

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA



TESIS DOCTORAL

Las comunidades de la Edad del Hierro en África centro-occidental:
cultura material e identidad

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Manuel Sánchez-Elipe Lorente

Directores

Almudena Hernando Gonzalo
Alfredo González-Ruibal

Madrid, 2015

LAS COMUNIDADES DE LA EDAD DEL HIERRO EN ÁFRICA CENTRO-OCCIDENTAL

CULTURA MATERIAL E IDENTIDAD

Tesis Doctoral presentada por:

MANUEL SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE

Bajo la dirección de:

DRA. ALMUDENA HERNANDO GONZALO y DR. ALFREDO GONZÁLEZ-RUIBAL



Departamento de Prehistoria

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Madrid, 2015

A mis padres,
que me dieron raíces,
y también alas.

“Is not short paine well borne, that brings long ease,
And layes the soul to sleepe in quiet grave?
Sleepe after toyle, port after stormie seas,
Ease after warre, death after life does greatly please”

Edmund Spenser, *The Faerie Queene*, 1590

ÍNDICE

	Página
AGRADECIMIENTOS	1
ABSTRACT	5
1. INTRODUCCIÓN	7
1.1. Motivaciones personales: un investigador en busca de tema	7
1.2. ¿Qué aporta esta tesis?	9
1.3. Metodología	10
1.4. Capítulos y anexos	12
2. LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA EN CAMERÚN, GUINEA ECUATORIAL Y GABÓN	15
2.1. La arqueología en África	16
2.2. La arqueología en Guinea Ecuatorial	18
2.2.1. La arqueología en Guinea Ecuatorial durante la época colonial (1946-1968).	22
2.2.2. La arqueología en Guinea Ecuatorial durante los años ochenta y noventa del siglo XX	26
2.2.3. La arqueología en Guinea Ecuatorial en la actualidad (2009-2012)	28
2.3. La arqueología en Camerún	30
2.3.1. La arqueología en Camerún durante el periodo colonial (1933-1960)	31
2.3.2. La arqueología en Camerún a partir de la independencia (1960-actualidad)	32
2.4. La arqueología en Gabón	35
2.4.1. La arqueología en Gabón durante el periodo colonial (1886-1960)	35
2.4.2. La arqueología en Gabón desde la independencia (1960-actualidad)	36
2.5. Conclusión	40
3. EL BOSQUE TROPICAL LLUVIOSO. DE LA SELVA COMO REPRESENTACIÓN A LA SELVA COMO ECOSISTEMA	45
3.1. La selva imaginada	46
3.1.1. La apropiación física de la selva	46
3.1.2. La apropiación simbólica de la selva	49
3.1.3. La apropiación científica de la selva	53

	Página
3.1.4. Selva y salvaje	54
3.2. La selva investigada	57
3.2.1. Extensión de la selva	58
3.2.2. El bosque tropical lluvioso durante el Holoceno: el Kibanguense	59
3.2.3. Precipitación	61
3.2.4. Temperatura	61
3.2.5. Humedad	62
3.2.6. Suelos	62
3.2.7. Vegetación	62
3.2.8. Fauna	65
3.3. La selva vivida	67
3.3.1. El ñame (<i>Dioscorea cayenensis</i>)	68
3.3.2. La palma de aceite (<i>Elaeis guineensis</i>)	69
3.3.3. La banana (<i>Musa paradisiaca</i>)	71
3.3.4. La selva de los símbolos	72
3.4. Conclusión	74
4. LOS PUEBLOS BANTÚES	77
4.1. Lingüística bantú, la otra jungla africana	79
4.2. El problema bantú	82
4.2.1. El proto-bantú	84
4.2.2. La expansión de las lenguas bantúes	86
4.2.3. Características del grupo proto-bantú y los motivos de su migración	88
4.3. Cultura bantú: la vieja tradición	93
4.3.1. El Pueblo, la Casa y los Big Men	94
4.3.2. Economía	96
4.3.3. Hierro y matrimonio	98
4.3.4. Mito y ritual	104
4.3.5. La tradición cambiante	108
4.4. Conclusión	109

	Página
5. EL MARCO TEÓRICO: LA ARQUEOLOGÍA DE LA IDENTIDAD	113
5.1. El campo teórico: conceptos y posiciones	113
5.2. La teoría arqueológica en el África subsahariana	123
5.3. Las arqueologías, las identidades: la intersección	127
5.4. La identidad (o el orden de la interacción)	131
5.5. La identidad y sus formas	135
5.6. Individualidad: otra ficción reguladora	140
5.7. Entonces... ¿dividualidad?	144
5.8. Conclusión	152
6. EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO I: BIOKO, GUINEA ECUATORIAL CONTINENTAL, COSTA SUR DE CAMERÚN Y GABÓN	155
6.1. Bioko	156
6.1.1. Los bubi	158
6.1.2. Secuencia arqueológica de Bioko	161
Sangoense	163
Carboneras	164
Bolaopí	171
Buelá	175
Balombe	178
6.1.3. Una caja de sorpresas: materiales inéditos para la Prehistoria de Bioko	178
6.1.4. Cronología radiocarbónica	183
6.2. Guinea Continental	184
6.3. Costa sur de Camerún	187
6.3.1. Yacimiento con fosas domésticas e indeterminadas	189
Yaoundé-Obobogo	189
Okolo	191
Ndindan	192
Nkang	193
Nkometou	194
Minyin	195

	Página
Abang Minko'o	196
Mampang	198
6.3.2. Yacimientos con fosas de uso metalúrgico	198
Olga	198
Bagofit	199
Nkpwala-Esse	200
6.3.3. Yacimientos con fosas funerarias y rituales	200
Bwambé-Sommet	200
Mouanko-Epolo	202
Mouanko-Lobethal	203
Kribi-Mpoengu	204
Akonétye	206
Campo	210
6.3.4. Otros	213
6.3.5. Síntesis	215
6.4. Costa norte de Gabón	217
6.4.1. Provincia del Estuario	217
Grupo Oveng	217
Grupo II	221
Grupo Angondjé	222
Grupo IV	224
6.4.2. Provincias de Ogooué-Medio y Ogooué-Ivindo	225
Grupos Epona y Yindo	226
Grupo Okanda	227
Grupo Otoumbi	229
Grupo Lopé	230
6.4.3. Provincia de Woleu-Ntem	230
6.4.4. Síntesis	232
6.5. Vínculos lejanos: costa de Congo-Brazzaville	234
6.6. Síntesis general: conexiones y divergencias	237

7. EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO II: CORISCO (GUINEA ECUATORIAL)	245
7.1. Corisco, una isla	246
7.2. Arqueología en el estuario del Muni	249
7.2.1. Edad de la Piedra Reciente (<i>LSA</i>) - Corisco y Elobey Grande	252
7.2.2. Edad del Hierro - Corisco	253
7.2.3. Época histórica - Corisco y Elobey Chico	254
7.2.4. Breve síntesis cronológica	256
7.3. Secuencia arqueológica de la Edad del Hierro en la isla de Corisco	257
7.3.1. El yacimiento de Nandá: características generales	257
7.3.2. Fase I: Oveng Temprano. Asentamiento y necrópolis	267
Fosa de desecho	267
Necrópolis Oveng Temprano	268
· Depósito Estructurado 1	271
· Depósito Estructurado 2a/b	272
· Depósito Estructurado 2c/d	273
· Depósito Estructurado 11	274
· Depósito Estructurado 12	275
· Depósito Estructurado 13	276
· Depósito Estructurado 14	276
· Depósito Estructurado 15	277
· Depósito Estructurado 16	278
· Depósito Estructurado 17	279
· Depósito Estructurado 18	280
· Depósito Estructurado 19	281
· Depósito Estructurado 20	282
· Depósito Estructurado 21	283
· Depósito Estructurado 22	284
· Depósito Estructurado 27	285
· Depósito Estructurado 28	286
· Depósito Estructurado 30	287
· Depósito Estructurado 32	288

	Página
· Depósito Estructurado 33	289
7.3.3. Fase II: Oveng Medio. Asentamiento	290
Suelos de ocupación, agujeros de poste y fosas de desecho	291
7.3.4. Fase III: Oveng Final. Asentamiento y necrópolis	296
Fosa de desecho	297
Depósito Estructurado 31	297
Depósito Estructurado 34	298
7.3.5. Fase IV: despoblamiento	299
7.3.6. Fase V: Nandá/Angondjé. Asentamiento y necrópolis	299
Necrópolis Nandá	301
· Depósito Estructurado 3	303
· Depósito Estructurado 4	304
· Depósito Estructurado 5	304
· Depósito Estructurado 6	305
· Depósito Estructurado 7	306
· Depósito Estructurado 8	307
· Depósito Estructurado 9	308
· Depósito Estructurado 10	309
· Depósito Estructurado 23	310
· Depósito Estructurado 24	310
· Depósito Estructurado 25	311
· Depósito Estructurado 26	312
· Depósito Estructurado 29	313
· Depósito Estructurado 35	314
· Depósito Estructurado 36	315
· Depósito Estructurado 37	316
Asentamiento Nandá	317
· Suelos de ocupación, agujeros de poste y fosas de desecho	317
Asentamientos Angondjé	319
7.3.7. Fase VI: despoblamiento	321
7.4. Las fosas	321
7.5. Tipología de materiales	326
7.5.1. Metales	326

	Página
Bikuele	326
Hachas	328
Cuchillos	329
Puntas de lanza	330
Hoces-cuchillo	330
Cucharas	330
Collares	331
Brazaletes y tobilleras	332
Anillos	334
Campana	334
7.5.2. Cerámicas	334
Oveng Temprano y Medio	334
Oveng Final	337
Nandá	338
Angondjé	341
7.6. Conclusión	341
8. RADIOCARBONO	345
8.1. Dataciones radiocarbónicas y análisis de validez	345
8.2. Secuencia crono-cultural de la isla de Corisco y el norte de Gabón	349
8.2.1. Edad del Hierro Temprano: Oveng	349
8.2.2. Edad del Hierro Tardío: Nandá y Angondjé	351
8.3. La Edad del Hierro en el sur de Camerún, Guinea Ecuatorial y la costa de Congo	352
8.4. Discusión	356
8.4.1. Edad del Hierro Temprana: migraciones y colapsos	356
8.4.2. Edad del Hierro Final: cerámica para la muerte y cerámica para la vida	358
8.5. Conclusión	360
9. ENSAYO INTERPRETATIVO: IDENTIDADES PREHISTÓRICAS EN CORISCO	363
9.1. El registro arqueológico funerario como fuente interpretativa	363
9.2. Análisis de correspondencias	366

	Página
9.2.1. ¿Qué es el análisis de correspondencias?	368
9.2.2. Unidades y variables	369
9.2.3. Presentación de los resultados	372
Primer grupo	373
Segundo grupo	374
Tercer grupo	375
9.2.4. Discusión de los resultados	376
9.3. La materialidad en contexto: la vida social de los objetos	378
9.3.1. Objetos metálicos Oveng	378
Bikuele	378
Hachas	381
Puntas de lanza	382
Hoces-cuchillo	382
Cucharas	385
9.3.2. Objetos metálicos Nandá	386
Adornos (collares, brazaletes, tobilleras y anillos)	386
Cuchillos	386
Campana	387
9.4. Identidades prehistóricas en Corisco	388
9.4.1. Riqueza/estatus, complejidad/jerarquía: desambiguación	389
9.4.2. ¿Es el hierro sinónimo de riqueza en Corisco?	391
9.4.3. Los Hombres Excepcionales	392
9.4.4. Las Mujeres Excepcionales	396
9.4.5. De la partibilidad Oveng a la permeabilidad Nandá	397
9.5. Conclusión	402
10. CONCLUSIONES	405
EPÍLOGO	413
BIBLIOGRAFÍA	417
ANEXO I. Tabla necrópolis de Nandá por tumba	483
ANEXO II. Listado de fechas radiocarbónicas	485
ANEXO III. Base de datos para WinBASP	491

ÍNDICE DE FIGURAS

	Página
Fig. 2.1. Incluso en la época seca en Corisco la lluvia marca los tiempos de descanso	18
Fig. 2.2. Julio Martínez Santa-Olalla junto a una anciana pamue en 1946	23
Fig. 2.3. Los materiales arqueológicos de Bioko encontrados en el almacén del Departamento de Prehistoria de la UCM	25
Fig. 2.4. Parte del equipo durante la campaña de mayo-junio de 2011	29
Fig. 3.1. Corazón de los Andes de Frederic Edwin Church (1826-1900)	49
Fig. 3.2. Cartel original de la película Mansiones verdes	50
Fig. 3.3. Guillermo Antonio Farini posa con sus pigmeos	52
Fig. 3.4. Extensión mundial del bosque tropical lluvioso	57
Fig. 3.5. Formación forestal secundaria en la isla de Corisco	64
Fig. 3.6. Fiesta del Mekuyo, celebrada en la isla de Corisco	73
Fig. 4.1. Familias lingüísticas africanas	83
Fig. 4.2. Supuestas zonas de origen del grupo proto-bantú	84
Fig. 4.3. Distribución y forma de los bikuele	100
Fig. 4.4. Jefe de Bébai contando el dinero de hierro	101
Fig. 4.5. Billete de 100 ekuele	102
Fig. 4.6. Conjunto de bikuele ofrecidos al equipo arqueológico de Corisco por un anciano de Bata en octubre de 2012	104
Fig. 4.7. Relicario fang	107
Fig. 6.1. Malabo, jefe supremo de los bubi	160
Fig. 6.2. Yacimientos arqueológicos de la isla de Bioko	162
Fig. 6.3. Industria lítica sangoense	164
Fig. 6.4. Industria lítica del periodo Carboneras	167
Fig. 6.5. Tipología cerámica Carboneras (tipos I y II)	168
Fig. 6.6. Tipología cerámica Carboneras (tipos III, IV y V)	169

	Página
Fig. 6.7. Materiales cerámicos y líticos del yacimiento Bolaopí destruido	172
Fig. 6.8. Industria lítica Bolaopí	173
Fig. 6.9. <i>Outils a gorge</i> de la fase final de Bolaopí	173
Fig. 6.10. Tipología cerámica Bolaopí	174
Fig. 6.11. Tipología cerámica Buelá	176
Fig. 6.12. Recipientes cerámicos Balombe	178
Fig. 6.13. Fragmentos cerámicos y restos líticos procedentes de Río Muni	179
Fig. 6.14. Fragmentos cerámicos procedentes del yacimiento Carboneras	180
Fig. 6.15. Fragmentos cerámicos procedentes del yacimiento Bolaopí	181
Fig. 6.16. Herramientas líticas procedentes del yacimiento Carboneras	182
Fig. 6.17. Herramientas líticas procedentes del yacimiento Bolaopí y San Carlos	183
Fig. 6.18. Yacimientos arqueológicos de la región continental de Guinea Ecuatorial	185
Fig. 6.19. Brazaletes de hierro del yacimiento de Akom	186
Fig. 6.20. Fragmentos cerámicos de la superficie del yacimiento de Ayene	187
Fig. 6.21. Yacimientos arqueológicos de la Edad del Hierro del sur de Camerún	188
Fig. 6.22. Recipientes cerámicos del yacimiento de Obobogo	190
Fig. 6.23. Cerámica de la Fosa 3 del yacimiento de Okolo	191
Fig. 6.24. Recipientes cerámicos del yacimiento de Ndindan	192
Fig. 6.25. Recipientes cerámicos del yacimiento de Nkang	193
Fig. 6.26. Fragmentos cerámicos del yacimiento de Nkometou	195
Fig. 6.27. Recipientes cerámicos del yacimiento de Minyin	196
Fig. 6.28. Recipientes cerámicos del yacimiento de Abang Minko'o	197
Fig. 6.29. Recipientes cerámicos procedentes del yacimiento de Bwambé-Sommet	201
Fig. 6.30. Cerámica y bikuele del yacimiento de Mouanko-Epolo	202

	Página
Fig. 6.31. Fosas del yacimiento de Mouanko-Lobethal	203
Fig. 6.32. Recipientes cerámicos del yacimiento de Mouanko-Lobethal	204
Fig. 6.33. Estructura MPO I-C1 y sus cerámicas asociadas del yacimiento de Kribi-Mpoengu	205
Fig. 6.34. Materiales cerámicos y metálicos del yacimiento de Akonétye AKO 05	208
Fig. 6.35. Recipientes cerámicos del yacimiento de Akonétye AKO 07	209
Fig. 6.36. Recipientes cerámicos y plantas de dos fosas del yacimiento de Campo	212
Fig. 6.37. Ejemplo de secciones de fosas domésticas de Camerún	216
Fig. 6.38. Yacimientos arqueológicos de la Edad del Hierro del norte de Gabón. Elaboración: Cristina Charro y el autor.	218
Fig. 6.39. Tipología cerámica Oveng	219
Fig. 6.40. Fragmentos cerámicos de la tradición Oveng	220
Fig. 6.41. Tipología cerámica del Grupo II	222
Fig. 6.42. Tipología cerámica de la tradición Angondjé	223
Fig. 6.43. Fragmentos cerámicos de la tradición Angondjé	224
Fig. 6.44. Recipientes cerámicos de las tradiciones de las provincias de Ogooué Medio y Ogooué Ivindo	226
Fig. 6.45. Estructuras de reducción de hierro de la provincia de Woleu-Ntem	231
Fig. 6.46. Ejemplos de secciones de fosas domésticas de Gabón	233
Fig. 6.47. Fragmentos cerámicos de las tradiciones documentadas en Congo	237
Fig. 6.48. Áreas de distribución aproximada de las dos tradiciones del primer milenio d.C. en África centro-occidental	239
Fig. 7.1. El estuario del Muni	246
Fig. 7.2. Mapa de Corisco de época colonial	248
Fig. 7.3. Vista de una playa de Corisco	249
Fig. 7.4. Fragmentos cerámicos Angondjé encontrados por Perramón en los años 60 del siglo XX en las islas del estuario del Muni	250

	Página
Fig. 7.5. Áreas delimitadas en la isla de Corisco	251
Fig. 7.6. Algunas de las piezas líticas encontradas en superficie en Corisco	252
Fig. 7.7. El yacimiento de Nandá visto desde el Sureste	253
Fig. 7.8. Corisco (y su pista de aterrizaje) vista desde el aire en 2011	258
Fig. 7.9. Uno de los depósitos seccionados por las obras de construcción	259
Fig. 7.10. Corte estratigráfico del Sector 1	261
Fig. 7.11. Plano del yacimiento de Nandá con la ubicación de sus cuatro sectores.	262
Fig. 7.12. Sector 1 del yacimiento de Nandá.	263
Fig. 7.13. Sector 2 del yacimiento de Nandá.	264
Fig. 7.14. Sector 3 del yacimiento de Nandá	265
Fig. 7.15. Sector 4 del yacimiento de Nandá.	266
Fig. 7.16. Materiales cerámicos diagnósticos de la Fosa 42 (Oveng Temprano)	268
Fig. 7.17. Ejemplos de plantas de depósitos estructurados Oveng Temprano	269
Fig. 7.18. Resto óseo adherido a un brazalete del D.E. 21	270
Fig. 7.19. Ajuar del D.E. 1	271
Fig. 7.20. Ajuar del D.E. 2a/b	272
Fig. 7.21. Ajuar del D.E. 2c/d	273
Fig. 7.22. Ajuar y planta del D.E. 11	274
Fig. 7.23. Ajuar, planta y sección del D.E. 12	275
Fig. 7.24. Fotografía del D.E. 13	276
Fig. 7.25. Ajuar y planta del D.E. 15	277
Fig. 7.26. Ajuar, planta y sección del D.E. 16	278
Fig. 7.27. Ajuar, planta y sección del D.E. 17	279
Fig. 7.28. Ajuar del D.E. 18	280
Fig. 7.29. Planta del D.E. 19	281

	Página
Fig. 7.30. Ajuar y planta del D.E. 20	282
Fig. 7.31. Ajuar y planta del D.E. 21	283
Fig. 7.32. Ajuar del D.E. 22	284
Fig. 7.33. Ajuar del D.E. 27	285
Fig. 7.34. Ajuar del D.E. 28	286
Fig. 7.35. Ajuar del D.E. 30	287
Fig. 7.36. Ajuar del D.E. 32	288
Fig. 7.37. Ajuar del D.E. 33	289
Fig. 7.38. Fosa 1	292
Fig. 7.39. Materiales cerámicos diagnósticos de la Fosa 1 (Oveng Medio)	293
Fig. 7.40. Materiales cerámicos diagnósticos de la Fosa 48 (Oveng Medio)	294
Fig. 7.41. Cerámica del interior de la Fosa 15	295
Fig. 7.42. Materiales cerámicos diagnósticos de la Fosa 55 (Oveng Final)	297
Fig. 7.43. Ajuar del D.E. 31	298
Fig. 7.44. Ajuar del D.E. 34	298
Fig. 7.45. Ejemplos de plantas y secciones de depósitos estructurados Nandá	302
Fig. 7.46. Ajuar y sección del D.E. 3	303
Fig. 7.47. Ajuar del D.E. 5	304
Fig. 7.48. Ajuar y planta del D.E. 6	305
Fig. 7.49. Ajuar y planta del D.E. 7	306
Fig. 7.50. Ajuar, planta y sección del D.E. 8	307
Fig. 7.51. Ajuar, planta y sección del D.E. 9	308
Fig. 7.52. Ajuar y planta del D.E. 10	309
Fig. 7.53. Fotografía del D.E. 24	310
Fig. 7.54. Ajuar y planta del D.E. 25	311

	Página
Fig. 7.55. Ajuar y planta del D.E. 26	312
Fig. 7.56. Ajuar, planta y ortoimagen del D.E. 29	313
Fig. 7.57. Ajuar del D.E. 35	314
Fig. 7.58. Ajuar y ortoimagen del D.E. 36	315
Fig. 7.59. Ajuar y ortoimagen del D.E. 37	316
Fig. 7.60. Materiales cerámicos diagnósticos de la Fosa 43 (Nandá)	319
Fig. 7.61. Materiales cerámicos Angondjé procedentes de diferentes yacimientos de Corisco (prospección)	320
Fig. 7.62. Plano de las fosas pequeñas del Sector 2	322
Fig. 7.63. Fosas pareadas del Sector 2	325
Fig. 8.1. Comparación de las curvas de calibración radiocarbónica de las seis áreas estudiadas	348
Fig. 8.2. Comparativa de objetos de hierro de Akonétye 05 (Camerún) a la izquierda y de la fase Oveng Temprano de Corisco (Guinea Ecuatorial) a la derecha.	353
Fig. 9.1. Eje de coordenadas con la dispersión de unidades y variables resultado del análisis de correspondencias	372
Fig. 9.2. Primer grupo identificado en los resultados del análisis de correspondencias	373
Fig. 9.3. Segundo grupo identificado en los resultados del análisis de correspondencias	374
Fig. 9.4. Tercer grupo identificado en los resultados del análisis de correspondencias	375
Fig. 9.5. Ajuar de la tumba del rey Cyryima II Rujugira de Ruanda	383
Fig. 9.6. Hoces-cuchillo kapsiki	384

ÍNDICE DE TABLAS

	Página
Tabla 5.1. Los dos polos entre los que se sitúan las formas estructurales de identidad de los grupos Humanos	139
Tabla 6.1. Tipología cerámica Carboneras (Bioko)	170-1
Tabla 6.2. Tipología cerámica Bolaopí (Bioko)	174-5
Tabla 6.3. Tipología cerámica Buelá (Bioko)	177
Tabla 6.4. Dataciones radiocarbónicas de las yacimientos Carboneras y Bolaopí	184
Tabla 6.5. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Obobogo	190
Tabla 6.6. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Okolo	191
Tabla 6.7. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Ndindan	192
Tabla 6.8. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Nkang	194
Tabla 6.9. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Nkometou	194
Tabla 6.10. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Minyin	195
Tabla 6.11. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Abang Minko'o	197
Tabla 6.12. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Mampang	198
Tabla 6.13. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Oliga	199
Tabla 6.14. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Bagofit	199
Tabla 6.15. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Nkpwala-Esse	200
Tabla 6.16. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Bwambé-Sommet	201
Tabla 6.17. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Mouanko-Epolo	202
Tabla 6.18. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Mouanko-Lobethal	204
Tabla 6.19. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Kribi-Mpoengu	206
Tabla 6.20. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Akonetyé	210
Tabla 6.21. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Campo	211

	Página
Tabla 6.22. Dataciones radiocarbónicas de varios yacimientos del sur de Camerún	213
Tabla 6.23. Listado de yacimientos cameruneses con tumbas o depósitos rituales	216
Tabla 6.24. Dataciones radiocarbónicas del grupo Oveng	221
Tabla 6.25. Dataciones radiocarbónicas del grupo II	222
Tabla 6.26. Dataciones radiocarbónicas del grupo Angondjé	225
Tabla 6.27. Dataciones radiocarbónicas del grupo Okanda	228-9
Tabla 6.28. Dataciones radiocarbónicas del grupo Otoumbi	229
Tabla 6.29. Dataciones radiocarbónicas de los yacimientos de la Edad del Hierro en la provincia de Woleu-Ntem	232
Tabla 6.30. Dataciones radiocarbónicas de los yacimientos de la Edad del Hierro en la costa de Congo	235
Tabla 7.1. Medidas y contenido de las fosas pequeñas del Sector 2 del yacimiento de Nandá (Corisco)	323
Tabla 7.2. Tipología de bikuele	327
Tabla 7.3. Tipología de hachas	328
Tabla 7.4. Tipología de cuchillos	329
Tabla 7.5. Tipología de collares	332
Tabla 7.6. Tipología de brazaletes/tobilleras	333
Tabla 7.7. Tipología cerámica Oveng Temprano y Medio	336-7
Tabla 7.8. Tipología cerámica Nandá	339-40
Tabla 8.1. Listado de laboratorios, con su código y localización, donde se han realizado las dataciones radiocarbónicas.	347
Tabla 8.2. Secuencia arqueológica de la Edad del Hierro en la isla de Corisco (Guinea Ecuatorial).	361
Tabla 9.1. Código y significado de las variables asociadas a cada unidad en el análisis de correspondencias	370-1

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis doctoral ha sido producto de varios años de trabajo en los que he recibido la ayuda desinteresada de muchísimas personas. Mencionarlas a todas sería una labor imposible. Aquí van, al menos, las imprescindibles. No puedo cerrar esta puerta sin mostrar antes mi profundo agradecimiento a todas ellas.

Las primeras y fundamentales, irremplazables, son Almudena Hernando Gonzalo y Alfredo González-Ruibal, mi directora y director de tesis. Este trabajo les pertenece a ellos al menos en la misma medida que a mí mismo. Tuve la fortuna de cruzarme con Almudena nada más empezar mis estudios universitarios y no tardé en decidir que hiciese lo que hiciese quería que fuese junto a ella. Años más tarde conocí a Alfredo, y él me llevó de la mano a África, abriéndome un mundo de posibilidades hasta entonces insospechadas. No sé poner en palabras la admiración y el respeto que siento por los dos, excelentes profesionales y grandísimas personas. A ambos les quiero agradecer su paciencia y su generosidad y, por qué no, también el cariño con que me han tratado todos estos años en los que no sólo me han guiado en mi investigación sino que me han servido de sustento emocional en los momentos de desánimo.

El departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense ha sido un perfecto caldo de cultivo para estas mentes inquietas que somos y eso, sin duda, se debe a un puñado de buenos profesores que nos forzaron a no quedarnos nunca en la superficie, a llegar al hueso, a ser críticos. Ellos son Gonzalo Ruiz Zapatero, Marisa Ruiz-Gálvez, Víctor Fernández, Alfredo Jimeno, Luis Ángel Sánchez Gómez, Jesús R. Álvarez Sanchís, Almudena Hernando y Alfredo González Ruibal.

Agradezco a Sandra Montón Subías que me invitase a participar en sus proyectos, lo que me permitió no sólo engrosar el curriculum sino trabajar con un equipo de mujeres excepcionales: Almudena Hernando, Beatriz Marín, Sandra Lozano, Lucía Moragón y Nùria Gallego.

Mis compañeros y compañeras de doctorado han supuesto un apoyo indescriptible. De ellos aprendí que valía más el sano vínculo emocional que la competencia feroz. Y ese cariño mutuo que sentimos entre nosotros nos ha permitido continuar reuniéndonos

en los bares más piojosos de Madrid para combinar entre cervezas la conversación más sesuda con la más banal. Puedo decir que me llevo un buen puñado de amigos y amigas: Sandra Lozano, Beatriz Marín, Iván González, Núria Gallego, Cristina Charro, Jorge de Torres, Jaime Almansa, Carlos Marín, Lucía Moragón, David González y Paloma de la Peña.

No puedo olvidar a mi amiga Oliva Izquierdo. Gracias a su profesionalidad pude disfrutar de una beca de inicio en la actividad investigadora que me correspondía pero que un error burocrático me denegó. Ella ha sido la cara amable de los no tan amables procesos administrativos.

Este trabajo se ha visto enriquecido gracias a la generosísima y desinteresada ayuda de Jorge de Torres, sin cuya colaboración no podría haber hecho el análisis de correspondencias. Cristina Charro, me ayudó con la cartografía, y Jesús F. Jordá con la gestión de las dataciones radiocarbónicas. En lo estético tengo que volver a mostrar mi agradecimiento a Alfredo González Ruibal, que además es un gran artista, por dejarme utilizar sus dibujos para ilustrar la portada y contraportada.

Un especial agradecimiento merece Amador Martín del Molino, misionero claretiano pionero de la arqueología de Guinea Ecuatorial. Desde su actual residencia en Arequipa (Perú) contestó muy amablemente a sus 86 años ¡y vía e-mail! a todas mis dudas sobre su trabajo en la antigua Fernando Poo. Si la distancia hubiera sido más corta habría disfrutado mucho entrevistándolo personalmente.

Durante estos años he viajado mucho y he tenido la suerte de encontrarme a personas extraordinarias a lo largo del camino. En el Instituto de Arqueología del *University College* de Londres conté con la ayuda de Andrew Gardner y Sirio Canós. En el *Joukowsky Institute for Archaeology* de la Universidad de Brown disfruté (literalmente) del apoyo de Linda Gosner, Sarah Craft, Nicolas Lamare, John Cherry y Susan Alcock. Mi estancia en la sección de Prehistoria y Arqueología del *Musée Royal de l'Afrique Centrale* de Tervuren fue una delicia gracias a Els Cornelissen, Pierre de Maret, Bernard Clist, Alexandre Livingstone Smith, Nadine Devleeschouwer, Alexander Vral, Scott MacEachern, Pascal Nlend y Josyane Vanherpe, verdadera alma máter de la sección. En Guinea Ecuatorial, país complejo donde los haya, hubiéramos sucumbido de no ser por la ayuda de Carlos Contreras, Patricia Picazo, María Angeles Díaz Ojeda, Myriam Martínez Elcoro, Andrea Ramos y Manuel Gómez-Acebo Rodríguez-Spiteri.

Esta tesis no habría podido completarse sin el durísimo trabajo que todos mis compañeros y compañeras hicieron en Corisco (Guinea Ecuatorial). De alguna manera soy deudor de cada uno de ellos y espero satisfacer parte de esa deuda con esta tesis: Alfredo González-Ruibal, Xurxo Ayán, Sonia García, Carlos Otero, Carlos Marín, Yolanda Porto, Cruz Ferro, Llorenç Picornell, Mario Trigo, Durgha Orozco, Eva Rodríguez, Agustín Ndong Ncoro Midje, Rafael Ntutum Ondo Mengue, Moisés Buelo Ribolebé, Juan César Bacale y Quintiliana Andeme. El éxito de la campaña de 2012 se debió sin duda al apoyo desinteresado de SOMAGEC, empresa constructora del aeropuerto de Corisco, y, en especial, a Bruno Vásquez, su generoso coordinador y verdadero *big man* de la isla. También merecen mi agradecimiento y respeto los habitantes de Corisco, a quienes “las obras” les están arrebatando la belleza y la tranquilidad de su isla, por soportar estoicamente a un grupo de chiflados haciendo agujeros por doquier y preguntas inapropiadas.

En lo emocional, sin duda, un papel fundamental lo han jugado mis amigos y amigas, esa bien avenida familia que hemos ido configurando casi sin darnos cuenta: Marta Fernández, Alejandro Barbero, Laura Martínez, María López, Sergio Muñoz, Alba Samperio, Clara Crespo, Patricia Martín, Andrea Villar, y también Lara Samperio y Noel Lassek, quienes durante los últimos cuatro años me han dejado compartir, muy generosamente, su parcelita de paraíso ibicenco. Y María Yubero y Xavi Rubio, anfitriones de mis escapadas a Barcelona. Los veterinarios, en especial Teresa García-Seco por esos veintitantos años de amistad, pero también Jesús García, Lucía Beltrán y Pablo Jiménez. Y, por supuesto, Ibrahima Traoré, *my bro*, mi otra mitad, con quien he compartido, en la distancia, la soledad existencial. Todos ellos son más importantes en mi vida de lo que puedan imaginar.

Un lugar especial en estos agradecimientos merecen mis padres Antonia y Alfonso, a quienes está dedicada esta tesis. Ellos me han dado todo lo que se pueda dar a un hijo, lo material e inmaterial, las oportunidades y el cariño, el apoyo y los ánimos, la comprensión y el respeto. De ellos he aprendido, ante todo, el valor del trabajo, de la constancia y de la honradez, y la importancia de nadar y saber guardar la ropa. También ha caminado a mi lado durante todos estos años mi hermana María, tan diferente a mí y sin embargo tan parecida, ambos sabemos que compartimos más de lo que nadie es capaz de percibir.

Gracias de corazón.

THE IRON AGE COMMUNITIES OF WEST-CENTRAL AFRICA: MATERIAL CULTURE AND IDENTITY

The archaeology of the African equatorial rainforest belt has been very limited for a long time. The colonial past of the countries located in this vast area, the subsequent dictatorial governments of many of them, and the intrinsic difficulty of the work in such an environment have contributed to the consolidation of this tendency. Fortunately, this picture has started to change in the last two decades. Archaeological remains often appear due to large infrastructure works that are clearing the rainforest, and they are attracting the attention of scholars. The project *Archaeology of the Muni Estuary (Equatorial Guinea)*, whose fieldwork took place between 2009 and 2012, arises in this context. The present PhD thesis is one of its outcomes. It deals with the prehistoric section of the project.

The aim of this work is threefold: first, to explore the archaeological evidence of West-Central Africa in a region that follows the Atlantic coast from the Sanaga river in Cameroon until Pointe-Noire in Congo-Brazzaville; second, to organize and set forth the archaeological remains uncovered in the island of Corisco (Equatorial Guinea) and to develop a chrono-cultural sequence of the Iron Age for this archaeologically unknown area; and third, using the ideas of the Archaeology of Identity as a theoretical framework, to interpret the empirical evidence in order to understand the origin of social ranking and the development of individual identities in this oral society.

In this PhD thesis we will defend the existence of two Iron Age traditions in West-Central Africa: the Bioko island tradition, characterized by the absence of metallurgy and its relative isolation, and the continental coast tradition characterized by the knowledge of iron metallurgy and the existence of extensive contacts as the resemblance of the material culture of this large area suggests. The archaeological record of Corisco belongs to this second tradition.

The archaeological sequence proposed for the island of Corisco is based on its archaeological findings and the radiocarbon dating associated with it. The Iron Age developed in Corisco from the 1st century BC until the 13th century AD. To this period belongs a large necropolis, where secondary and primary burials were practised, as well as

domestic structures such as refusal pits and floors with postholes and pottery sherds. The Early Iron Age (Oveng Tradition) ended with a progressive depopulation of the island, documented in other regions of West-Central Africa too, that started around the 7-8th centuries and lasted until the 10th century, when the Late Iron Age (Nandá/Angondjé Traditions) began. The sequence concluded around 13th century, when the island became deserted again, as the Portuguese sailors noticed in the 15th century.

Socially, the first signs of stratification have been documented in the form of “exceptional men”. From a structural point of view, we have suggested that the identity of the Iron Age population of Corisco would be strongly relational (dividual). In fact, the funerary ritual along with the ethnographic testimonies, allow us to identify the existence of partible and permeable dividual identities as proposed for Melanesia and India by some authors. However, some of the people of this society (the “exceptional men”) would have started to acquire a special status based on their personal capabilities as leaders, ritual specialists and metallurgists. This different status would lead them to develop a sense of individuality. We have traced these high statuses through the rich grave goods included in the tombs.

In conclusion, this PhD thesis sheds light on a geography and chronology largely unknown from an archaeological point of view and it helps to better understand the Iron Age of West-Central Africa, and the deep interconnections between social processes and their material expressions.

CAPÍTULO 1.

INTRODUCCIÓN

“Arder sin llama
como el picón.
Ser sólo
la combustión interna de las cosas”.
Federico Gallego Ripoll, *La sal*, 2001

Nunca me han gustado esos textos redactados de forma tan impersonal que aparentan no haber sido escritos por nadie, que parecen haber nacido listos para mandar a la imprenta, que parecen no haber sido nunca un borrador, ni haber estado sometidos a corrección, que simplemente son. Quizás por mi forma de ser, y mi investigación no es ajena a ello, prefiero esos otros textos en los que su autor se deja sentir entre línea y línea, esos textos en donde se entrevé una mano que escribe, que duda, que rectifica. Debe ser por eso que me voy a permitir en esta introducción escribir el más personal de los capítulos de esta tesis, pues probablemente en el resto he pecado un poco de aquello que critico.

Salvo este capítulo, redactado en primera persona del singular, utilizaré la primera persona del plural a lo largo de toda la tesis. No es simple convencionalismo, pues la mayoría de las ideas que aquí se defienden han sido producto de lecturas, debates y conversaciones en las que han estado involucradas muchas personas. La autoría de estas ideas es múltiple, y sería injusto apropiarme individualmente de ellas. No obstante, toda responsabilidad cae sobre mí en caso de haberlas expresado, interpretado o reelaborado incorrectamente.

1.1. Motivaciones personales: un investigador en busca de tema

Entre los años 2003 y 2008 estudié la licenciatura de Historia en la Universidad Complutense de Madrid, me especialicé en Prehistoria y, a falta de una asignatura, también en Antropología Americana. Almudena Hernando fue mi profesora de Prehistoria

durante el primer curso de la carrera y, gracias a una beca de Aprovechamiento Académico Excelente otorgada por la Comunidad de Madrid, pude contar con ella desde entonces a modo de tutora o guía personal. Eso me condujo a familiarizarme desde bien temprano con su investigación en torno a la identidad y a sentirme totalmente identificado (valga la redundancia) con las ideas que en ella defendía. No tardé en decidir que mi investigación, en caso de realizarla, debía de tratar de contrastar las hipótesis de Almudena en algún registro arqueológico concreto.

Paralelamente, desde el primer curso ocupé mis veranos en realizar prácticas de campo que me llevaron a recorrer la geografía española y algún país extranjero. Excavé en Numancia (Soria), Ulaca (Ávila), Orce (Granada), Gorham's Cave (Gibraltar), Saqsaywamán (Cuzco, Perú) y El llano de la Horca (Madrid). Una vez terminada la carrera tuve la suerte de incorporarme al equipo de investigadores que habitualmente trabaja con Alfredo González-Ruibal, quien había sido mi profesor de Tendencias Historiográficas durante mi último año de carrera. Formando parte de ese equipo excavé una trinchera republicana de la Guerra Civil en la Ciudad Universitaria de Madrid y viajé a África, primero a Etiopía y luego a Guinea Ecuatorial, para seguir realizando trabajo de campo.

Tanto por sus líneas de investigación como por la relación personal que me unía a ellos, Almudena Hernando y Alfredo González-Ruibal se convirtieron en mis directores de tesis. Gracias a su confianza en mí y a la concesión de una Beca de Formación de Profesorado Universitario del Ministerio de Ciencia e Innovación (2009-2013) decidí embarcarme en el proyecto que me condujo a la redacción de esta tesis.

Tras haber pasado por tres continentes formándome como arqueólogo de campo las cuestiones teóricas relativas a la identidad seguían muy presentes en mi mente, sin embargo, aún me faltaba decidir a qué registro arqueológico le haría mis preguntas. Mi trabajo de investigación de tercer ciclo *Identidad, construcción del sujeto y cultura material: el caso de la necrópolis celtibérica de Numancia* supuso un primer acercamiento a este tema, pero no sería la península ibérica el contexto geográfico definitivo para mí.

A la vez que redactaba la tesina, ya estaba formando parte del equipo que, dirigido por Alfredo González-Ruibal, excavaba una necrópolis de la Edad del Hierro en Guinea Ecuatorial. Fue entonces cuando, recién llegado de Londres, estresado y desbordado por tanta línea de investigación diferente, Almudena me sugirió la posibilidad de concentrar

mis esfuerzos reorientando mi camino hacia la arqueología africana. Por su parte, Alfredo tuvo la enorme generosidad de cederme una parcela de su proyecto para que yo elaborase mi investigación. No exagero si digo que esta ha sido una de las mejores decisiones que he tomado como arqueólogo, y que hubiera sido imposible de todo punto sin el apoyo de ambos. De este sinuoso proceso nace esta tesis doctoral.

1.2. ¿Qué aporta esta tesis?

Este trabajo viene a presentarse en un momento que podría calificarse como glorioso para la arqueología africana. Tras años de olvido en los que las intervenciones arqueológicas aparecían como puntos dispersos en un inmenso mapa, la investigación se ha densificado, no siempre homogénea pero sí constantemente, tupiendo los huecos de esa postergada cartografía. La situación está lejos de ser ideal, pues aún falta mucho por hacer y existen áreas escasamente exploradas. Tampoco sale África tan bien parada en materia de investigación arqueológica si la comparamos con la que se hace en otros continentes. Pero, para ser justos, si comparamos la actual situación con la de varias décadas atrás no nos queda otra que afirmar que la mejora ha sido exponencial.

Este *boom* de la arqueología africana empezó a gestarse en los años setenta del siglo pasado, pero su verdadero florecimiento se ha producido durante las dos últimas décadas. Valgan como ejemplo las monumentales síntesis editadas en 2005 por Stahl y en 2013 por Mitchell y Lane. Imagino que esta tesis no es producto de la casualidad, sino que se enmarca dentro de este proceso.

Las aportaciones de esta tesis a la arqueología del África centro-occidental podrían resumirse en tres grandes puntos:

1. La publicación de información arqueológica inédita sobre la Edad del Hierro de Guinea Ecuatorial. Concretamente en esta tesis se presentan los resultados de varias campañas de trabajo arqueológico realizado en la necrópolis de Nandá (Corisco).
2. Elaboración de una síntesis de las informaciones arqueológicas disponibles hasta la actualidad de la Edad del Hierro en esta región de África, concretamente desde la costa sur de Camerún hasta Congo-Brazzaville. Se han revisado tanto sus materiales como sus dataciones radiocarbónicas.

3. Por último, se ofrece una interpretación teórica del proceso usando como marco las ideas propuestas por la Arqueología de la Identidad. De este modo nos adentramos en cuestiones tales como el surgimiento de la complejidad y su relación con la aparición de los primeros rasgos de individualidad.

1.3. Metodología

La metodología seguida en la elaboración de esta tesis doctoral incluye dos ramas de trabajo: la investigación bibliográfica y el trabajo arqueológico de campo.

Por lo que respecta a la primera, ha sido una investigación llevada a cabo exclusivamente en bibliotecas, donde se han consultado publicaciones de carácter arqueológico, histórico, antropológico y lingüístico principalmente. Las bibliotecas utilizadas han sido las siguientes:

En España, Bibliotecas de la Universidad Complutense de Madrid, Biblioteca de la Agencia Española de Cooperación Internacional, Biblioteca del Museo Nacional de Antropología, Biblioteca del Real Jardín Botánico y Bibliotecas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En Reino Unido, Bibliotecas del *University College* de Londres.

En Estados Unidos, Biblioteca de la Universidad de Brown (y de muchas otras universidades estadounidenses gracias a su magnífico sistema de préstamo interbibliotecario).

En Bélgica, Biblioteca de la sección de Prehistoria y Arqueología del *Musée Royal de l'Afrique Centrale* de Tervuren.

Todas estas estancias fueron financiadas con una beca de Formación de Profesorado Universitario del Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

Además, ha habido decenas de artículos que me han sido proporcionados por amigos y colegas a través de muy distintos medios.

En cuanto al trabajo de campo, los datos arqueológicos relativos a Corisco fueron recolectados a lo largo de cuatro campañas desarrolladas en agosto de 2009, enero y febrero de 2011, mayo y junio de 2012 y septiembre y octubre de 2012. En ellas se llevaron a cabo trabajos de prospección, excavación, limpieza de materiales, fotografía, registro,

inventario, dibujo y restauración. La metodología seguida en campo sigue los principios de estratigrafía arqueológica de Edward C. Harris (1991), reelaborados por el Instituto de Ciencias del Patrimonio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Todas estas campañas de trabajo han sido financiadas por el Ministerio de Cultura de España dentro de la convocatoria de *Proyectos de Arqueología en el Exterior* y por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

El aparato gráfico de esta tesis ha sido diseñado usando diferentes programas informáticos. Los mapas del capítulo 6 fueron elaborados con el módulo ArcMap del programa de Sistemas de Información Geográfica ArcGis 10 de ESRI. Utilizamos para ello la base cartográfica provista por gadm.org para los límites administrativos y diva.org para la hidrografía. Georreferenciamos los yacimientos con el programa Google Earth con coordenadas geográficas en el sistema de referencia espacial WGS 1984, para todo esto conté con la muy generosa ayuda de Cristina Charro, quien hizo prácticamente todo el trabajo. Las ortoimágenes del capítulo 7 fueron elaboradas por Carlos Otero usando el software de fotogrametría digital Agisoft Photoscan. La información de los planos del capítulo 7 fue tomada con una estación total Leica TCRM-1105 plus. Carlos Otero se encargó también de gestionar los datos con el programa Leica Geo Office. El análisis de correspondencias del capítulo 9 lo elaboré con el programa WinBASP versión 5.43 con la ayuda de Jorge de Torres. La mayor parte de las imágenes y todas las láminas con materiales las he editado con Adobe Photoshop CS3.

Las figuras han sido realizadas por distintas personas. Aquellas que ya han sido publicadas por miembros del equipo o por mí mismo o han sido incluidas en informes inéditos van acompañadas de la referencia correspondiente. El resto de materiales arqueológicos han sido dibujados por Carlos Marín Suárez, Alfredo González-Ruibal, Mario Trigo y por mí mismo, así que compartimos autoría (a excepción de los metales, que fueron todos dibujados por Alfredo y por Mario).

Las fechas radiocarbónicas analizadas en el capítulo 8 han sido calibradas a dos sigmas utilizando la curva de calibración CalPal 2007 Hulu incluida en la versión de junio de 2007 del software CalPal. Para ello conté con la ayuda de Jesús F. Jordá.

Finalmente, parte de las ideas desarrolladas en esta tesis han sido expuestas en diferentes congresos científicos cuya asistencia he podido financiar gracias a mi pertenencia a los

proyectos *Comportamiento funerario y construcción social de la identidad en la prehistoria peninsular* (2010-2012) e *Identidad, cambio y permanencia en la cultura material del comportamiento funerario y ritual. Un estudio de arqueología comparada sobre el contacto cultural* (2013-2015), ambos dirigidos por Sandra Montón Subías y financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación y el Ministerio de Economía y Hacienda del Gobierno de España, respectivamente.

1.4. Capítulos y anexos

Esta tesis doctoral se divide en 10 capítulos y 3 anexos.

En el **segundo capítulo** hago una revisión historiográfica de la investigación arqueológica en los tres países objeto de estudio de este trabajo: Camerún, Guinea Ecuatorial y Gabón. De todos ellos, Guinea Ecuatorial es el único país que no cuenta con una historiografía arqueológica propia, por eso le he dedicado algo más de atención.

En el **tercer capítulo** presento las características generales del ecosistema predominante en estos tres países, el bosque tropical lluvioso. Nos acercaremos a él desde diferentes perspectivas (científica, social y humana).

En el **cuarto capítulo** me adentro en las controversias ligadas al mundo bantú con el objetivo de desentrañar el origen y la expansión de este pueblo así como sus características culturales, que no son otras que las de las poblaciones de la Edad del Hierro que exploraré posteriormente.

En el **quinto capítulo** analizo la situación de la teoría arqueológica en África subsahariana y presento el marco teórico que orientará la lectura de los datos de esta tesis doctoral, la Arqueología de la Identidad.

En el **sexto capítulo** reviso desde un punto de vista bibliográfico la evidencia arqueológica de la Edad del Hierro de Guinea Ecuatorial (a excepción de Corisco), el sur de Camerún, el norte de Gabón y la costa de Congo-Brazzaville.

En el **séptimo capítulo** presento ordenadamente el registro arqueológico de todos los contextos prospectados y excavados en la isla de Corisco y propongo, a la luz de la evidencia material y las dataciones radiocarbónicas, una secuencia arqueológica.

El **octavo capítulo** lo he dedicado a analizar las dataciones de radiocarbono generadas por nuestro equipo así como otras tantas provenientes de diferentes contextos de la Edad del Hierro de África centro-occidental.

El **noveno capítulo** se encarga en exclusiva de la interpretación de la necrópolis de Corisco. Para ello he evaluado las posibilidades y limitaciones del registro arqueológico funerario, elaboro un análisis de correspondencias que nos permita descubrir relaciones entre unidades y variables que hubieran pasado desapercibidas a simple vista y utilizo el marco teórico propuesto por la Arqueología de la Identidad para interpretar la sociedad de la Edad del Hierro en Corisco.

Para terminar, el **décimo capítulo** retoma las ideas principales desarrolladas en esta tesis doctoral de manera sintética.

Tras el cuerpo de la tesis y la bibliografía citada adjunto tres anexos cuya consulta puede resultar útil al lector.

El **Anexo I** es una tabla en donde se sintetiza la información más relevante de la necrópolis de Nandá (número de depósito estructurado, fecha radiocarbónica asociada en el caso de tenerla, ajuar funerario, fase cultural a la que se asocia, etc.).

El **Anexo II** es el listado de las fechas radiocarbónicas utilizadas para elaborar las curvas comparativas del capítulo 8, incluyen las fechas generadas por nuestro proyecto y algunas disponibles para Bioko y la costa ecuatoguineana y otras seleccionadas del sur de Camerún, Gabón y Congo, todas ellas relativas a la Edad del Hierro.

El **Anexo III** es la base de datos utilizada para elaborar el análisis de correspondencias del noveno capítulo.

CAPÍTULO 2.

LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA EN CAMERÚN, GUINEA ECUATORIAL Y GABÓN

“Africa is to Europe as the picture is to Dorian Gray - a carrier onto whom the master unloads his physical and moral deformities so that he may go forward, erect and immaculate”.

Chinua Achebe, *An image of Africa: racism in Conrad's 'Heart of Darkness'*, 2006.

El surgimiento de la arqueología está estrechamente ligado al nacimiento de los estados-nación europeos en el siglo XIX. La construcción de nuevas naciones requirió de la creación de discursos que hundiesen sus raíces en el pasado para legitimar las demandas de esos pueblos en el presente y dotarles de una identidad unitaria. La arqueología fue una de las herramientas utilizadas para barnizar esos discursos de un carácter científico y, por lo tanto, pretendidamente objetivo (Dietler 1994, Kohl 1995, Díaz-Andreu y Champion 1996).

El proceso histórico que ha vivido el África subsahariana no es comparable al europeo, por lo que es lógico que la arqueología no se desarrollase en este continente en época precolonial. Las poblaciones africanas no necesitaron justificar su presente de ese modo, lo que no quiere decir que no se ocupasen de su pasado, incluidos sus restos materiales (Maret 1990: 111). Lo hacían, pero de formas ajenas a la propuesta por la arqueología, basadas en otras tecnologías constructoras de una “memoria social” (Connerton 1989). La arqueología como disciplina empezó a practicarse en África en época colonial y, en muchos casos, continuó practicándose tras las independencias, aunque su implícito programa político sirviese a diferentes causas en uno y otro periodo: durante la época colonial justificó la ocupación occidental de los territorios africanos, mientras que tras la independencia se usó para dotar de contenido el pasado de los nuevos países y generar así el ansiado sentimiento de unidad que necesitaban estas naciones que habían sido creadas artificialmente (Shepherd 2002).

En este capítulo atenderemos a la historia de la arqueología en los países que componen nuestra área de estudio: Guinea Ecuatorial, Camerún y Gabón. Lo haremos de manera independiente porque aunque la historia de estos países tiene un armazón común (momento preindustrial, colonización-saqueo y descolonización y/o abandono) que impregna irremediabilmente a la propia arqueología, las circunstancias particulares en que se desarrolló la disciplina en cada país presentan diferentes matices¹. A pesar de la escasez de intervenciones arqueológicas en Guinea Ecuatorial prestaremos especial atención a la historiografía arqueológica de este país por dos motivos: el primero por haber sido el lugar en donde hemos desarrollado el trabajo de campo cuyos resultados presentamos en esta tesis y, el segundo, por no existir hasta ahora una historiografía sistemática de la arqueología ecuatoguineana, al contrario de lo que ocurre con Camerún (ver Essomba 1992a) o Gabón (ver Clist 1995: 67-90).

2.1. Los inicios de la investigación arqueológica en África

La investigación arqueológica tardó bastante tiempo en despegar en el continente africano, sobre todo si la comparamos con el europeo, y se desarrolló en un contexto puramente colonial (Trigger 1990: 310). Las diferentes metrópolis parecían estar más preocupadas en explotar económicamente sus nuevos territorios que en conocer a sus habitantes y su historia. A pesar de esto, las autoridades coloniales, oficiales y misioneros principalmente, fueron las primeras que, en sus ratos libres, jugaron a convertirse en arqueólogos (Holl 1990). En sus viajes fueron recolectando piezas arqueológicas que suponían parte del pasado de aquellos a quienes ahora sometían. Los más atrevidos llegaron a plantear pequeñas excavaciones. Más adelante, cuando estos restos materiales se hicieron evidentes, arqueólogos profesionales provenientes de la metrópolis empezaron a trabajar con más perseverancia en las colonias africanas, aunque rara vez se preocuparon de formar equipos locales. Los africanos solamente eran utilizados como porteadores o extractores de tierra.

La descolonización supuso una fractura en este proceso. En determinados contextos, la falta de especialistas locales llevó a la casi extinción de la disciplina; mientras que en otros, un esfuerzo común de investigadores extranjeros y población local hizo que

¹ Las referencias bibliográficas ofrecidas por cada país son una selección de todas las disponibles (sobre todo en los casos de Camerún y Gabón, donde la arqueología ha tenido mayor desarrollo que en Guinea Ecuatorial). Se puede acceder a una amplia bibliografía sobre la arqueología de los países de África Central en la página web del profesor Bernard Clist [<http://www.african-archaeology.net/biblio/>].

se desarrollasen equipos mixtos que continuaron trabajando. En los mejores casos, las recién creadas universidades incluyeron estudios sobre arqueología que permitieron el nacimiento de equipos locales que trabajasen independientemente. En el peor de los casos la arqueología desapareció, quedando como un vago recuerdo de la colonia.

Es necesario advertir que cualquier generalización sobre tan vasta extensión de terreno será necesariamente engañosa, pues no todos los países africanos recibieron la misma atención (pensemos en el caso de Egipto o la costa norte de África) ni tampoco todos los periodos prehistóricos fueron igualmente abordados, siendo el Paleolítico y las evidencias asociadas al origen de la Humanidad por un lado, y los restos de sociedades estatales por otro, los que primero llamaron la atención de los arqueólogos² (Robertshaw 1990, Stahl 2005b: 10-13, Mitchell y Lane 2013: 3, Connah 2013).

Si de las fases prehistóricas fue la post-paleolítica la que, en general, menos interesó a los pioneros de la arqueología africana, el territorio más tardíamente explorado fue el cinturón forestal ecuatorial, que permaneció siendo un *corazón de las tinieblas* en materia arqueológica hasta recientemente (Maret 1984, 1990, Eggert 1993: 289-290). No fue tanto por falta de interés como por falta de medios. Es lógico que esto ocurriese dada la dificultad intrínseca que ofrece el bosque tropical lluvioso para desarrollar prospecciones o excavaciones: densísima vegetación que limita la visibilidad, alta humedad ambiental y continuas precipitaciones [Fig. 2.1]. Los conflictos armados y las dictaduras militares que en demasiadas ocasiones sobrevinieron tras los regímenes coloniales tampoco ayudaron. Podemos hacernos una clara idea de lo tarde que llegó y lo lentamente que avanzó la investigación arqueológica en esta zona del continente consultando el volumen editado en 1991 por Lanfranchi y Clist, *Aux origines de l'Afrique Centrale*. En una fecha tan avanzada, los datos relativos a la Edad del Hierro en Camerún, República Centroafricana, Guinea Ecuatorial, Gabón, Congo, Zaire (actual República Democrática del Congo) y Angola son muy escasos, y quedan resumidos en poco más de 30 páginas y unas 120 referencias bibliográficas.

² Uso conscientemente el masculino aquí pues, como veremos, prácticamente todas las personas trabajando en arqueología en este momento en el continente africano eran hombres. Si bien es justo señalar que existieron excepciones, como Gertrude Caton-Thompson, quien estudió las ruinas de Gran Zimbabwe e insistió por primera vez en su origen indígena (Caton-Thompson 1931) o Annie Lebeuf, cuyo trabajo en Camerún quedó parcialmente eclipsado por el de su marido, también arqueólogo.



Fig. 2.1. Incluso en la época seca en Corisco (Guinea Ecuatorial) la lluvia marca los tiempos de descanso. Fotografía de Cruz Ferro.

2.2. La arqueología en Guinea Ecuatorial

De entre todos los países que componen África Central fue probablemente Guinea Ecuatorial uno de los que menos se vio afectado por la investigación arqueológica o etnográfica. Este hecho es consecuencia indirecta de la incompetente y recurrentemente pospuesta colonización que España hizo de sus territorios centroafricanos (Castro y Calle 1992, Fernández Martínez 2001, García Cantús 2004, Nerín 2010). Si bien la colonia recayó en manos españolas en 1778 no sería hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando España, presionada por el contexto internacional, y atónita ante la propia disolución de su maltrecho imperio colonial, hubo de hacerse cargo efectivo de Fernando Poo y Río Muni. El padre Martínez y Sanz nos deja buena muestra de cual era la influencia española en la isla de Fernando Poo:

“...basta tener en cuenta que esta isla es propiedad de España; pero que en ella no se conoce ni el idioma español, ni la religión de España, ni su moneda, ni sus costumbres; ni hay allí otra idea de los españoles que la que han querido dar los extranjeros”. (Martínez y Sanz 1859: 50).

Poca fuerza le quedaba a España para colonizar el África Ecuatorial a la vez que iba perdiendo Cuba, Puerto Rico y Filipinas y cuando el norte de África le causaba tantos problemas (un buen resumen del torpe proceder de España en este asunto se puede leer en Creus 2007: 518-520). Si poner en funcionamiento los mecanismos que deberían hacer de la actual Guinea Ecuatorial una colonia próspera y económicamente rentable supusieron un gran esfuerzo (Bravo 1926: 7-13, 18-19, Nerín 2010: 237-251), era de esperar que la planificación de investigaciones etnográficas y arqueológicas ni siquiera fuese contemplada por parte de las autoridades coloniales como algo relevante o urgente, ni desde un punto de vista científico ni con un objetivo colonizador.

Por estos motivos, las únicas informaciones más o menos sistemáticas y de carácter ligeramente etnográfico de las que disponemos de aquella época son los escritos y las memorias que algunos exploradores publicaron sobre sus viajes por la colonia (ver Gozalbes 2013). El tráfico comercial en el estuario del Muni era abrumador durante el siglo XIX. Franceses, holandeses, ingleses y norteamericanos comerciaban intensamente con las poblaciones indígenas de las islas del estuario y de la costa, intercambiando una gran variedad de productos, entre los que se incluían los esclavos, al menos hasta mediados de siglo (Nerín 2012a). Y de estas variadas nacionalidades eran también los exploradores y misioneros que, adelantándose a los españoles, iban descubriendo el Muni y sus territorios adyacentes (Nerín 2012a: 70-71). De hecho, el explorador español por antonomasia, Manuel Iradier, aunque tratando de emular en su gesta a su admirado Henry M. Stanley, no hizo otra cosa que recorrer territorios que ya habían sido visitados y descritos por otros occidentales años antes (Nerín 2012a: 74).

De las expediciones de estos viajeros nos quedan los libros que escribieron describiendo su experiencia. Obras que no son, en ningún caso, etnografías, sino testimonio personal de sus viajes, diarios en donde relatan los motivos que los originaron, las vicisitudes que vivieron durante ellos, los territorios que visitaron o las poblaciones con las que se relacionaron (ver, entre otros, Moros y Ríos 1844, Usera 1848, Wilson 1856, Martínez y Sanz 1859, Chaillu 1863, Reade 1864, Burton 1863, 1876, Kingsley 1897, Iradier 1994, Vizconde de San Javier s.f.). La mayoría de estos escritos no pasan de ser visiones particulares y subjetivas de la experiencia de cada autor. Unas están realizadas con un cierto rigor y detalle (como Wilson 1856 o Chaillu 1863), mientras que muchas otras, atravesadas por fuertes prejuicios coloniales, cabalgan entre las visiones románticas y

fantasiosas de los europeos en África y un fuerte racismo e incompreensión mutua (como Usera 1848, Martínez y Sanz 1859 o Reade 1864). Reade, por ejemplo, subtitula su libro: “with notes on the habits of the gorilla; on the existence of unicorns and tailed men; on the slave trade; on the origin, character, and capabilities of the negro, and on the future civilization of Western Africa” y el misionero y general castrense Jerónimo de Usera y Alarcón relata con estas palabras un episodio de su encuentro con los bubi de Bioko:

“Era tanta la admiración que causaba a algunos nuestras barbas, que no se satisfacían con menos que con manosearlas hasta convencerse bien que no eran artificiales y postizas: en seguida pasando una y otra vez su mano por nuestros rostros la llevaban inmediatamente al suyo, creyendo que así adquirirían la virtud de criar un gran bigote. Excusado es el decir cuánto sufriría al verme sobado por manos tan asquerosas, y sin libertad para repugnarlo a trueque de granjearme su benevolencia y amistad” (Usera 1845: 15).

Aunque publicada con posterioridad, probablemente la síntesis más completa realizada por un español sobre la geografía física y humana de los territorios coloniales de España en África central fue la trilogía de Abelardo de Unzueta (1944, 1945, 1947), quien recoge detalles de las expediciones de Juan José de Lerena y Barry, Nicolás de Manterola y Adolfo Guillemard de Aragón (1875-1876) y la de Manuel Iradier Bulfy (1875-76) e Iradier y Amado Ossorio (1884) (Iradier 1994, ver también, para una aproximación más divulgativa -y un tanto hagiográfica-, Martínez Salazar 2004). Estos viajeros daban por hecho que los grupos humanos con los que se encontraban carecían de historia y, consecuentemente, demostraron nulo interés por los restos materiales de su pasado.

Como es evidente, todas estas obras nos ofrecen de tanto en tanto imágenes más o menos precisas de las poblaciones nativas de Guinea Ecuatorial, a veces a modo de pinceladas exóticas, a veces con un cierto detalle “cientifista”. De hecho, no es raro encontrar publicaciones de la época centradas en las principales etnias de la colonia: la fang (Burton 1863, 1865; Kingsley 1897, Largeau 1901, Roche 1904) y la bubi (Clarke 1848, Luddington y Barleycorn 1875, Juanola 1890, Aymení 1928). Sin embargo, podemos afirmar que las únicas verdaderas etnografías sobre los fang y los bubi, fueron las realizadas por el comerciante alemán Günter Tessmann (2003, 2008 [1913]) y el explorador austriaco Oscar Baumann (2012 [1888]).

A nuestro juicio, son tres los puntos que hacen destacar el trabajo de estos dos autores por encima del resto. El primero es la fecha temprana en la que se realizan: Baumann hizo su estudio en 1886 y Tessmann estuvo allí entre 1909 y 1916. Desde al menos cien años antes las poblaciones nativas habían mantenido un contacto frecuente con los colonizadores, sobre todo en Fernando Poo y en las islas del estuario del Muni (la ciudad de Clarence, actual Malabo, fue fundada en 1827), por lo que parte de su cultura tradicional se vio alterada a causa de tal contacto³. No obstante, ésta debía aún conservar muchos de los elementos tradicionales que se perderían definitivamente a lo largo del siglo XX. El segundo punto que las hace interesantes es la meticulosidad con que los datos están recogidos, fruto de una larga estancia en el terreno y de la convivencia con la población nativa. Por último, lo que hace a estas obras especialmente relevantes es que, independientemente de la formación académica o los sesgos de sus autores, su objetivo fue crear una obra etnológica, de ahí que el producto final de sus publicaciones tenga forma de etnografía, con capítulos dedicados a su historia, la raza, la tribu, la lengua, la cultura material, la medicina, la música y la danza, la literatura oral, las creencias, las costumbres, etc.

Como vemos, la más importante labor etnográfica fue realizada por dos personas ajenas al aparato colonial español. Tal fue la despreocupación de España sobre los habitantes originarios de su colonia que casi nada había que mostrar sobre ellos en el pabellón colonial dedicado a la Guinea Española de la Exposición Iberoamericana celebrada en Sevilla entre 1929 y 1930. La falta de empresas científicas que se preocupasen por conocer los modos de vida de los habitantes de la colonia limitó la exposición a la simple muestra de objetos (utensilios domésticos, pipas, armas y herramientas, adornos, brazaletes, collares, fetiches y máscaras, colmillos de elefante), mapas, animales disecados y, como venía siendo habitual en las exposiciones de países colonizadores, 58 nativos guineanos que sirviesen de ejemplo pintoresco de las gentes de la colonia (Sánchez Gómez 2006).

Lo hasta aquí mencionado compuso la irregular “investigación etnográfica” en Guinea hasta casi mediados del siglo XX. Ni rastro de arqueología. En realidad, la disciplina arqueológica nunca ha llegado a tener una presencia sólida en Guinea Ecuatorial, ni

³ El propio Tessmann hace alusiones continuas a la transformación de las costumbres de las poblaciones nativas. En su obra sobre los bubis dedica un capítulo completo a la influencia de la “civilización europea” (Tessmann 2008: 231-257), en él afirma: “Aunque en la mayor parte de este libro se haya descrito la imagen de la antigua cultura de los bubis (...) la cuestión a tratar ahora es la de qué elementos de la civilización europea, sea en el campo material o en el espiritual, fueron adoptados por los primitivos bubis por voluntad propia” (2008: 231). Más adelante refiere la existencia de bubis a los que se les ha impuesto la cultura cristiana y que, ajenos a su cultura tradicional, no se diferencian de cualquier otro “negro con pantalones”.

durante la época colonial ni con posterioridad a ella; sin embargo, si estudiamos con detalle las intervenciones arqueológicas que se han llevado a cabo en el país descubrimos que son más numerosas de lo que en principio podríamos imaginar, si bien ha sido una investigación que puede caracterizarse como desigual, inconstante e intermitente. Podemos dividirla en tres etapas: la colonial (1946-1968), la de los años ochenta y noventa (1980-87 y 1998) y la actual (2009-2012).

2.2.1. La arqueología en Guinea Ecuatorial durante la época colonial (1946-1968)

Aunque los territorios del golfo de Guinea fueron concedidos a la corona española en la segunda mitad del siglo XVIII, no fue hasta inicios del siglo XX, a través del Tratado de París (1900), cuando las fronteras de la colonia quedaron definitivamente establecidas. Pero sólo con posterioridad a la guerra civil española, en los años cuarenta, se llevaron a cabo las primera misiones “etnográfico-arqueológicas”. Curiosamente, a partir de ese momento y durante dos décadas se abre el periodo de mayor actividad investigadora en estas disciplinas en la zona, como evidencian las continuas publicaciones realizadas en *La Guinea Española*⁴, *Trabajos de Prehistoria* o el *Instituto de Estudios Africanos* del CSIC (González Echegaray 2002: 331). Y este hecho se debe a que el franquismo, con su recién creado discurso “hispanotropicalista”, necesitaba demostrar que España seguía siendo una potencia imperial (más colonizadora que colonialista, como afirmaba Manuel Fraga) que mantenía en su agenda la misión civilizadora que antaño la había caracterizado (Nerín 1997). No en vano, Domingo Manfredi (1956: 27) afirmaba con vehemencia:

“Franco es en la historia de la isla de Fernando Póo el hombre blanco providencial que las viejas leyendas bubis añoraban. Y España es la madre generosa de la Perla de Biafra. Con España y con Franco alcanzaría la Isla su más alto nivel de prosperidad material, intelectual, moral, civilizador y religioso”.

Por este motivo, antes de que cualquier misión arqueológica tomase forma en la colonia, el régimen franquista envió una expedición cinematográfica para documentar con imágenes la realidad guineana y servir como soporte ideológico de su propia labor civilizadora en aquellas tierras. Entre 1944 y 1946 la productora Hermic Films, dirigida

⁴ Las publicaciones de *La Guinea Española* están disponibles en internet de manera gratuita [<http://www.bioko.net/guineaespanola/laguies.htm>]

por Manuel Hernández Sanjuán, rodó 31 películas documentales y realizó alrededor de 5.500 fotografías, las cuales, por su calidad, y a pesar de su evidente sesgo, han terminado por convertirse en un importante fondo de información etnográfica y antropológica, sobre todo aquellos cortometrajes dedicados a la “etnología de los habitantes” (Fernández-Figares 2003: 234-248, Ortín y Pereiró 2006, Valenciano y Bayre 2009).

La primera misión arqueológica propiamente dicha fue el viaje que Julio Martínez Santa-Olalla, catedrático de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid, hizo a la colonia en el verano de 1946 (ver Gozalbes *et al.* 2013) [Fig. 2.2]. Trataba de remediar así la escasa presencia que, según él, “la africanística” tenía en las universidades españolas en aquel momento; muy a su pesar, pues el testamento de Isabel la Católica indicaba bien claro que debíamos poner nuestros ojos en África (Martínez Santa-Olalla 1947: 5).

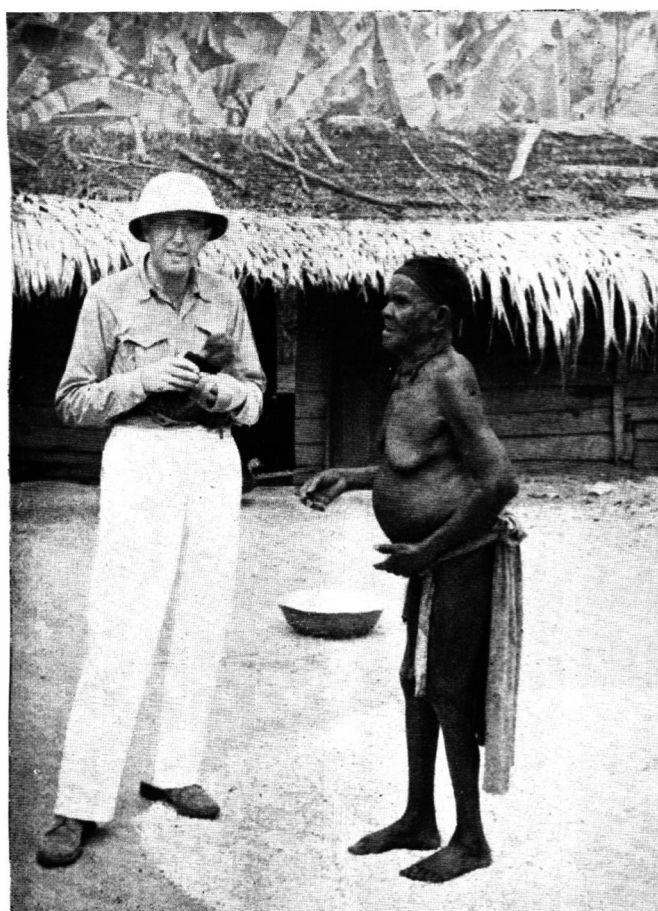


Fig. 2.2. Julio Martínez Santa-Olalla junto a una anciana pamue en 1946. Museo de los Orígenes (Madrid). Legado Julio Martínez Santa-Olalla.

En este viaje inaugural se descubrieron

“los primeros yacimientos paletnológicos de nuestros territorios del África Ecuatorial, con interesantes y ricos a la par que extensos poblados en la isla de Fernando Póo (...) así como los primeros indicios prehistóricos en la región de Bata e Idolo especialmente en la Guinea Continental” (Martínez Santa-Olalla 1947: 17-18).

Era habitual que en el transcurso de esos viajes se recogiesen piezas arqueológicas que quedaban depositadas en el Seminario de Historia Primitiva del Hombre “para uso y formación etnológica de los estudiantes” (Martínez Santa-Olalla 1947: 8). Nos consta, tal y como afirma el propio Martínez Santa-Olalla, que de Guinea Ecuatorial salieron instrumentos de piedra tallada y pulimentada y fragmentos de cerámica decorada (Martínez Santa-Olalla 1947: 18). Desafortunadamente, esos descubrimientos nunca fueron debidamente estudiados y publicados y las piezas depositadas en el Seminario cayeron en el olvido y se les perdió la pista, como indica el hermano claretiano Ramón Perramón veinte años después: “nosotros hemos sabido que en algún centro de Madrid hay material recogido en aquella ocasión y es una lástima que no se haya podido publicar” (Perramón 1968a: 2). No sería hasta 2012 que, en una revisión de los fondos del almacén del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, la profesora Teresa Chapa encontrase una caja que contenía material arqueológico de la isla de Bioko⁵. Tras examinar el contenido de la caja pudimos comprobar que se trataba del material del que hablaban Martínez Santa-Olalla y Perramón y que nunca fue publicado, por lo que ha sido incluido en esta tesis [Fig. 2.3].

Durante los años 50 y 60, la arqueología y la etnografía se hicieron algo más presentes en la colonia, sobre todo en Fernando Poo (actual Bioko), que captará casi en exclusiva la atención de los estudiosos. Carlos González Echegaray regresó a prospectar en el yacimiento de playa Carboneras entre 1950 y 1951 (González Echegaray y Hernández Pacheco 1958) y realizó estudios filológicos y etnológicos de diversos grupos de la colonia (González Echegaray 1964). El Museo de Etnología de Cataluña, como museo colonial que era, también se interesó por la cultura nativa de la Guinea española para enriquecer sus colecciones. Para ello organizó cuatro expediciones coordinadas por su director, Augusto Panyella y el catedrático de etología de la Universidad de Barcelona Jordi

⁵ Agradecemos a la profesora Teresa Chapa que nos pusiese al corriente de este hallazgo.

Sabater. En estos viajes se realizaron investigaciones botánicas, zoológicas, etnográficas y arqueológicas (Panyella 1959, Panyella y Sabater 1958, 1959, ver también Soriano 2010)⁶. Otros investigadores, como Amador Martín del Molino, Robert A. Kennedy (1962) o Armando Ligero realizaron estudios, prospecciones y excavaciones arqueológicas en la isla. Sin lugar a dudas, en el campo de la arqueología destacó la labor del padre claretiano Amador Martín del Molino, verdadero arqueólogo del momento. Fue él quien más concienzudamente y durante más tiempo trabajó por conocer el pasado prehistórico de los habitantes de Bioko así como su modo de vida tradicional. Resultado de sus esfuerzos son toda una serie de cuidadas publicaciones de temática arqueológica y antropológica (véase, por ejemplo, Martín del Molino 1960, 1965, 1968⁷), en las que ofrece la primera secuencia tipológica y crono-cultural de la isla de Bioko, así como un detallado estudio sobre los ritos y creencias de los bubis (Martín del Molino 1993). Es nuestra obligación destacar la gran calidad tanto de sus trabajos de campo como de sus publicaciones, muy por encima de los estándares de la época.



Fig. 2.3. Los materiales arqueológicos de Bioko encontrados en el almacén del Departamento de Prehistoria de la UCM. Fotografía del autor.

⁶ Los materiales resultados de estas expediciones se encuentran depositados en el Museo Etnológico de Barcelona, pero no han podido ser consultados al encontrarse éste cerrado durante los años de realización de esta tesis.

⁷ En la bibliografía se puede encontrar un listado completo de sus publicaciones.

Sin embargo, el resto del país apenas fue explorado. Una única persona, el misionero claretiano Ramón Perramón, a veces acompañado por Panyella y Sabater, se encargará desde 1959 de prospectar y realizar algunos sondeos en el resto de islas e islotes de la colonia (islote Ibelo, Elobey Grande, Elobey Chico, Annobón y Corisco), así como en la franja costera continental (Kogo, Macomo y alrededores de Bata) y en el interior del continente (Niefang, Ayene, Ebibeyin y Micomeseng) (Perramón 1963, 1966a, 1968a, entre las más importantes⁸). Pero su labor investigadora se vería interrumpida con la independencia y la posterior dictadura de Macías.

2.2.2. La arqueología en Guinea Ecuatorial durante los años ochenta y noventa del siglo XX

La independencia de Guinea Ecuatorial, concedida el 12 de octubre de 1968, y la repentina subida al poder de Francisco Macías Nguema interrumpirán los trabajos arqueológicos en el país. Durante la sangrienta dictadura de Macías, que se extiende hasta septiembre de 1979, fue imposible realizar trabajo arqueológico alguno. Habrá que esperar a su deposición y subida al poder de su sobrino Teodoro Obiang, actual presidente del país, para que las investigaciones se reanudasen. El artículo sexto de la Constitución de la República de Guinea Ecuatorial indica que el estado será el encargado de velar por la conservación del patrimonio cultural y de la riqueza artística e histórica de la nación, aunque no existe indicación alguna sobre “patrimonio arqueológico”. En esta fase se realizarán un total de cuatro intervenciones arqueológicas, pero todas ellas se caracterizarán por su carácter puntual y su nula continuidad.

Aunque generalmente ignorado en la literatura historiográfica, el primer arqueólogo que volvió a Guinea Ecuatorial tras el periodo colonial fue el británico Joseph Sheppherd⁹. Según él mismo afirma, fue requerido en 1980 por el gobierno ecuatoguineano para llevar a cabo una Prospección Arqueológica Nacional con el objetivo de localizar y tomar referencia geográfica de yacimientos prehistóricos ya conocidos y nuevos, describir sus características, recoger sus artefactos superficiales y codificar e inventariar las colecciones existentes en el Museo Nacional. Este trabajo fue diseñado, financiado y dirigido por él mismo, y se realizó entre 1980 y 1982 (Sheppherd 1983: 14).

⁸ En la bibliografía se ha incluido, igualmente, una lista completa de sus publicaciones.

⁹ Agradecemos a Bernard Clist que nos pusiera al corriente de este poco conocido trabajo y que nos facilitase el acceso a él.

Tres años después, en diciembre de 1985, se llevó a cabo una misión arqueológica en Guinea Ecuatorial continental. Esta campaña fue conducida por el Departamento de Arqueología del Centro Internacional de la Civilización Bantú (CICIBA) y dirigida por Bernard Clist en el marco de un proyecto de estudio del litoral atlántico (Clist 1987b). En el transcurso de la misma, fueron descubiertos yacimientos arqueológicos de diferentes momentos prehistóricos, algunos de los cuales fueron excavados. En la región de Bata (en Punta Eviondo y cerca de Bomudi) se estudiaron varios yacimientos de la Edad del Hierro, siendo Akom el más interesante. Más al sur, en Mbini, se encontraron otros yacimientos de la Edad del Hierro. En el río Muni se excavó Ayene (ya mencionado por Perramón 1968: 12, 16), un asentamiento de la Edad del Hierro Final que controla el acceso al río Muni y sus afluentes.

En abril de 1987, Clist regresó a Guinea Ecuatorial junto con Pierre de Maret, pero esta vez se dirigieron a la isla de Bioko. Ambos coordinaron una misión conjunta entre el CICIBA y la Universidad Libre de Bruselas (ULB) con el objetivo de precisar el marco crono-estratigráfico del norte de la isla. Para ello, se realizaron excavaciones en los yacimientos de Banapá, Bolaopí y Carboneras (Maret y Clist 1987, Clist 1998).

Ninguno de los trabajos arqueológicos llevados a cabo durante los años 80 se publicó adecuadamente. Se tratan de trabajos inéditos, notas o menciones en trabajos más generales y que raramente incluyen dibujos de materiales o planos detallados de los yacimientos.

Tras esta última intervención se abre de nuevo un paréntesis en la historia de la investigación arqueológica en Guinea Ecuatorial. Hay que esperar una década, hasta 1998, para que dos arqueólogos españoles, Julio Mercader y Raquel Martí, retomen el trabajo, esta vez en el Parque Nacional de Monte Alen y la depresión del Uoro, en la zona continental (Mercader y Martí 1999a, 2000, 2003, Martí 2003, Martí *et al.* 2000, y Mercader *et al.* 2002). Los objetivos de la investigación que ellos plantean se desmarcan de las anteriores intervenciones, pues pretenden documentar

“la existencia de una ocupación humana anterior a la Late Stone Age en el cinturón forestal centroafricano; incluir a Guinea Ecuatorial continental (...) en el debate sobre el origen de la ocupación humana de los bosques tropicales africanos; así como comparar los resultados con los obtenidos anteriormente en el este de la cuenca del Congo” (Martí 2003: 75).

De igual manera que en los anteriores casos, la expedición fue exitosa en resultados pero puntual en cuanto a su duración. Una vez concluida, no se programaron nuevos proyectos arqueológicos en ninguna otra zona del país.

2.2.3. La arqueología en Guinea Ecuatorial en la actualidad (2009-2012)

Desde la intervención arqueológica de Mercader y Martí nadie se mostró interesado en seguir estudiando el pasado prehistórico de Guinea Ecuatorial. No será hasta 2007 cuando, por casualidad, se localice en la isla de Corisco (también conocida como Mandji) una importante necrópolis de la Edad del Hierro que atraerá el interés de investigadores españoles.

El descubrimiento de yacimientos de gas y petróleo en Guinea Ecuatorial a mediados de los años 90 ha convertido a este pequeño país en uno de los más ricos de África (Frynas 2004, MacSherry 2006, para un estudio más general ver Heinrigs 2009). Debido a ello, uno de los propósitos del gobierno fue convertir la hermosa isla de Corisco en un destino turístico internacional. Para ello fue necesario planear obras de infraestructura que acondicionasen la isla para su nuevo cometido, entre ellas un gran aeropuerto cuya construcción se inició en 2003. Tras retrasos y cambio de compañías concesionarias del proyecto, las obras comenzaron a avanzar más rápidamente a partir de 2006. Durante las labores de remoción de tierra comenzaron a aflorar objetos arqueológicos de diferente tipo (vasijas cerámicas, armas y adornos metálicos). Este hecho llamó la atención de algunos trabajadores, quienes lo pusieron en conocimiento de sus superiores y éstos se lo comunicaron a las autoridades civiles de la isla. Es así como finalmente un conjunto de vasijas cerámicas prehistóricas procedentes de Corisco llegó a Bata (capital continental de Guinea Ecuatorial) y allí dos investigadores españoles, Alba Valenciano Mañé, entonces becaria del *Laboratorio de Recursos Orales* del Centro Cultural Español en Bata, y Llorenç Picornell Gelabert, arqueólogo que realizaba su trabajo de investigación de tercer ciclo sobre la antracología y la etnoarqueología de los pueblos fang, pudieron acceder a esta información. Tras un rápido viaje a Corisco para evaluar la importancia arqueológica del lugar, decidieron ponerse en contacto con los arqueólogos Víctor Fernández Martínez y Alfredo González-Ruibal, del departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, por su experiencia en arqueología de África, y valorar conjuntamente la posibilidad de diseñar un proyecto arqueológico a través del cual estudiar el yacimiento antes de que fuese completamente destruido.



Fig. 2.4. Parte del equipo durante la campaña de mayo-junio de 2011. De izquierda a derecha, sentados: Llorenç Picornell, Carlos, Carlos Marín, Carlos Otero, Juan César Bacale, Moisés Buelo Ribolebé, Manuel Sánchez-Elipe, Diego, Ntutum Ondo Mengue, Cruz Ferro. De pie, Martín y Gabriel. Foto de Alfredo González-Ruibal.

Una vez confirmada la importancia de los descubrimientos, González-Ruibal formó un equipo multidisciplinar de arqueólogos/as, historiadores/as y antropólogas y elaboró un proyecto de trabajo para intervenir en la isla [Fig. 2.4]. A partir de este momento, se desarrollaron en total cuatro campañas de trabajo en Guinea Ecuatorial. La primera, en agosto de 2009, consistió en la prospección y sondeo de la isla para evaluar su importancia arqueológica (González-Ruibal *et al.* 2011a). La segunda, en enero y febrero de 2011 (González-Ruibal *et al.* 2013a), y la tercera, en mayo y junio de 2012 (González-Ruibal *et al.* 2013b), sirvieron para excavar la necrópolis de la Edad del Hierro y algunos yacimientos históricos, así como para seguir prospeccionando el resto de Corisco, la isla de Elobey Chico y las inmediaciones de Cogo, en el estuario del Muni. La última campaña de trabajo, en septiembre y octubre de 2012, tuvo como objetivos, por un lado, el estudio, dibujo y restauración de algunos de los materiales recuperados y, por otro, realizar labores de difusión de los resultados del proyecto en universidades, colegios y centros culturales de Malabo y Bata. Todas estas campañas de trabajo han sido financiadas por el Ministerio de Cultura de España dentro de la convocatoria de *Proyectos de Arqueología en el Exterior* y por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

Que el yacimiento de la isla de Corisco no haya sido completamente destruido y que hayamos podido estudiarlo ha sido, desgraciadamente, producto de la casualidad. Contrariamente a lo que sucede en países como Camerún o Gabón, el desarrollo de infraestructuras ligado al progreso económico no ha corrido paralelo al diseño de una arqueología de urgencia reglada que permitiese salvaguardar el patrimonio arqueológico. En consecuencia, numerosos yacimientos se han perdido definitivamente.

Una vez concluidos nuestros trabajos los materiales arqueológicos recuperados quedaron depositados en el sótano del Centro Cultural Español en Bata, único organismo que cedió un espacio de almacenaje a la espera de que las autoridades ecuatoguineanas facilitasen unas instalaciones adecuadas que garantizaran la preservación de estos bienes¹⁰ (sobre cuestiones patrimoniales en Guinea Ecuatorial consultar González-Ruibal e.p.). Por este motivo no hemos vuelto a planear campañas de excavación en la isla, ni en el resto del país. Hasta la fecha, la nuestra ha sido la última intervención arqueológica en Guinea Ecuatorial.

2.3. La arqueología en Camerún

Al igual que en el resto de países del África subsahariana, la práctica arqueológica desarrollada en Camerún presenta características diferentes en el periodo anterior y posterior a la descolonización. En el periodo colonial la arqueología divergía poco de un país a otro; sin embargo, tras las independencias, los caminos seguidos por esta disciplina fueron muy variados y dependieron en gran medida del devenir histórico de cada país. Hemos visto cómo en el caso de Guinea Ecuatorial la arqueología languideció hasta prácticamente desaparecer. Podemos decir que la arqueología en Camerún vivió una experiencia distinta desde la descolonización: la disciplina se consolidó y adquirió un estatus científico propio.

Las primeras investigaciones arqueológicas en Camerún tuvieron lugar durante el periodo colonial y fueron protagonizadas por administradores coloniales y por misioneros. En realidad, estos aficionados no “practicaron” la arqueología como tal, sino que se limitaron a recolectar hallazgos de superficie, en su mayoría industria lítica, sin realizar ningún otro tipo de estudio asociado. Tras la independencia de las partes francesa e inglesa,

¹⁰ Agradecemos a María Ángeles Díaz Ojeda y Myriam Martínez Elcoro, a la sazón directoras del CCEB, sus gestiones en este sentido.

ocurridas en 1960 y 1961 respectivamente, la arqueología continuó practicándose, pero aplicando ahora métodos más sistemáticos de trabajo (Essomba 1992a: 330-331).

2.3.1. La arqueología en Camerún durante el periodo colonial (1933-1960)

El pistoletazo de salida de la arqueología camerunesa tuvo lugar en 1933, cuando el administrador de los territorios ultramarinos franceses Émile Buisson publicó un estudio sobre el Neolítico en Camerún (Buisson 1933). A partir de este momento, varios administradores coloniales se interesaron por la arqueología del país y publicaron sus pesquisas en revistas científicas. Algunos de ellos son Jacques Fourneau, quien también investigó sobre el Neolítico (Fourneau 1935) o J. B. Jauze quien se interesó por el estudio de industrias líticas del yacimiento de Nsam y de Obobogo (Jauze 1944). En la región británica de Bamenda, en el noroeste, Mervyn David Waldegrave Jeffreys trabajó sobre la industria lítica del Neolítico (Jeffreys 1951, 1957). La importancia que la disciplina fue adquiriendo durante las décadas de los años 30 y 40 queda evidenciada en la publicación de J. P. Nicolas (1951), quien realizó una compilación de trabajos precedentes.

Como recoge Essomba (1992a: 330-331), la actuación de los administradores coloniales será seguida por la de jóvenes investigadores profesionales, como fue el caso de Jean-Paul Lebeuf cuyas primeras actuaciones se remontan a 1936 en la región del lago Chad (frontera entre Nigeria, Camerún y Chad). A partir de 1947, se unirá a él su esposa, Annie Lebeuf, consagrando ambos gran parte de su vida a la investigación de Camerún septentrional, pues su labor continuó tras la independencia de Camerún. Sus abundantes investigaciones han sido objeto de un sinnúmero de publicaciones (para una recopilación de todas ellas ver Calame-Griaule 1994), entre las que destaca la carta arqueológica de los alrededores del lago Chad (Lebeuf 1969) o las relativas a la civilización Sao, que se desarrolló en la misma área desde mediados del primer milenio a.C. hasta mediados del segundo milenio d.C. (Lebeuf 1962).

La parte francesa de Camerún obtuvo su independencia el 1 de enero de 1960 y la parte británica el 1 de octubre de 1961. Ambas se reunificaron dando lugar al actual Camerún (el Camerún del Norte se unió a Nigeria). A partir de este momento podemos decir que la arqueología se profesionalizó: dejó de estar a cargo de administradores coloniales aficionados y comenzó a depender de profesionales de la arqueología.

2.3.2. La arqueología en Camerún a partir de la independencia (1960-actualidad)

La independencia traerá consigo una auténtica renovación de la arqueología camerunesa, pues será a partir de este momento cuando toda una serie de arqueólogos extranjeros comenzarán a establecerse en el país. Como consecuencia, la arqueología empezará a resonar como disciplina y atraerá la atención de jóvenes estudiantes que, a la larga, terminarían convirtiéndose en pioneros locales. Desde finales de los años 70 y, sobre todo, a partir de los 80, la arqueología se consolidó, como demuestra el hecho de que Camerún se convirtiese en sede de congresos sobre arqueología, como la *Réunion des archéologues du Cameroun*, celebrada en Garoua en 1979 o el *Colloque International sur l'Archéologie au Cameroun*, celebrado en Yaoundé en 1986. Con el objetivo de planificar las investigaciones arqueológicas y armonizarlas en cuanto a técnica y metodología, en 1980 se creó el Departamento de Historia y Arqueología (Ghomsí 1992). Hoy en día la Universidad de Yaoundé cuenta con un departamento de Arte y Arqueología.

De cara a valorar el desarrollo de la investigación arqueológica en el Camerún independiente, el país puede ser dividido en dos grandes áreas, el norte y el sur, cuya imprecisa frontera quedaría delimitada por los márgenes del río Sanaga. De ambas partes, la zona norte es la que más atención recibió a partir de la independencia, especialmente el área situada entre las fronteras de Nigeria y Chad, por un lado, y la región de las praderas, en torno a Bamenda, por otro. Por el contrario, el sur ha recibido menos atención, y la investigación arqueológica en esta área se ha limitado durante mucho tiempo a los alrededores de las zonas urbanas, concretamente de Yaoundé, aunque esta situación parece estar cambiando en la última década.

El listado de arqueólogos que fijaron su atención en la zona norte es numeroso. Desde 1963 Jean-Gabriel Gauthier trabajó con las poblaciones fali y sao (Gauthier 1979, 1992). A partir de 1969, el arqueólogo británico Nicolas David se encargó de estudiar la región del Bénoué. Este prolífico investigador se ha interesado por el origen de la civilización bantú y por cuestiones etnoarqueológicas (David 1980, 1982a, 2001). Ha coordinado entre 1984 y 2008 el proyecto arqueológico Mandara sobre la contribución de la etnología al conocimiento de las civilizaciones de Camerún (David y MacEachern 1992, David 1995).

A partir de 1968, la arqueología prehistórica de la región de Diamaré conoció un desarrollo real con Alain Marliac (2006) y Michèle Delneuf (1992). Marliac, investigador

del ORSTOM¹¹, se ocupó de estudiar el Paleolítico y el Neolítico (Marliac 1973, 1987), así como las pinturas rupestres de Bizdar, a las que dedicó su tesis de doctorado (Marliac 1978). Jean Hervieu, geólogo del ORSTOM, también trabajó sobre las culturas prehistóricas del norte de Camerún (Hervieu 1969, 1970) y Augustin Holl, arqueólogo camerunés, estudió en profundidad la cultura de Holouf en torno al lago Chad (Holl 2001, 2002).

Más hacia el este, pero también en la sección norte, Jean-Pierre Warnier ha trabajado sobre la metalurgia tradicional del hierro en colaboración con Michael Rowlands (Rowlands y Warnier 1993, 1996) y sobre la prehistoria de Bamenda (Warnier 1990, Warnier y Fowler 1979, Warnier y Nkwi 1982). Esta misma área, conocida como la de las praderas, también ha recibido la atención del arqueólogo canadiense Scott MacEachern (1993, 1996, 2001, MacEachern *et al.* 2013).

El arqueólogo belga Pierre de Maret será uno de los impulsores de la arqueología en Camerún, además de la de otros países de África Central. Ha trabajado en varias zonas del país, en el Noroeste ha efectuado investigaciones en Shum Laka, Mbi y Abeke (Maret 1980, 1982, 1996). En Shum Laka colaboró con él Els Cornelissen (1996) y en Mbi trabajó con Raymond Asombang, uno de los primeros estudiantes de arqueología cameruneses, quien luego ha desarrollado una larga carrera en la arqueología (Asombang 1988, 1992, 2004, Asombang y Schmidt 1990).

Por lo que respecta a la zona sur del país, el R. P. Engelbert Mveng fue el primero en interesarse por las industrias líticas y cerámicas de Ngoro y en prospeccionar los alrededores de Yaoundé (1965, 1966, 1968, 1971). De Maret también ha trabajado en la región sur de Camerún. Ha prospectado Yaoundé y sus alrededores, y excavó a inicios de los años 80 en Obobogo y en Ndindan con el estudiante de arqueología camerunés Christophe Mbida. Ambos yacimientos han dado importante material del Neolítico y de la Edad del Hierro, testimonio de una ocupación antigua de la región por agricultores sedentarios hace más de 2500 años (Maret 1980, 1982, 1992, Mbida Mindzié 1992a, 1996, 2002, Mbida Mindzié *et al.* 2001b).

Joseph-Marie Essomba ha trabajado en el sur de Camerún sobre el Neolítico, la Edad del Hierro y la metalurgia tradicional. También se ha interesado sobre el poblamiento

¹¹ El ORSTOM es la Oficina de investigación científica y técnica de ultramar (*Office de la recherche scientifique et technique outre-mer*), cuyo nombre fue cambiado en 1998 por el de Instituto de investigación para el desarrollo (*Institut de recherche pour le développement* - IRD), ambas instituciones son dependientes del gobierno francés.

antiguo en el país eton y particularmente por el yacimiento de Nkometou, donde las primeras excavaciones remontan a 1983 (Essomba 1985, 1986, 1989, 2004).

En las últimas décadas, arqueólogos franceses y alemanes se han interesado por el sur de Camerún. Ésta área, históricamente relegada, está ofreciendo información arqueológica que, como veremos en detalle en posteriores capítulos, será especialmente relevante para el trabajo que aquí nos ocupa. Los arqueólogos que están trabajando en esta zona son Richard Oslisly, Conny Meister y Manfred Eggert (Oslisly 2006, Oslisly *et al.* 2006, Meister 2008, 2010, Meister y Eggert 2008, Eggert 2002, Eggert *et al.* 2006).

Como apuntábamos anteriormente, el fuerte despliegue que la arqueología camerunesa vivió a partir de la descolonización hizo que muchos estudiantes locales comenzasen a interesarse por la arqueología como disciplina y, posteriormente, como profesión. Eso hace que hoy en día gran parte de esos estudiantes se hayan convertido en arqueólogos profesionales y que la arqueología en este país dependa en gran medida de ellos. Algunos de ellos son Claude Digara, que trabajó sobre técnicas líticas en el norte de Camerún (1988, 1992, 1993). Martin Elouga comenzó trabajando en la región septentrional de Lékié (1983, 1985), aunque posteriormente diversificó sus trabajos y ha publicado sobre el sur de Camerún (1989, 1993, 1998), sobre estudios cerámicos (2001) y de metalurgia (2010). Alice Lucie Mezop Temogua ha realizado estudio arqueológico y etnoarqueológico en el norte del país (Mezop 2004, 2011). Bienvenue Gouem Gouem también se inició en la etnoarqueología en el país Basaa (Gouem Gouem 2000), para posteriormente centrar sus esfuerzos en el litoral sur de Camerún (Gouem Gouem 2005, 2011). Christiane Atangana ha trabajado en el yacimiento de Okolo (1988, 1992) y Loumpet ha trabajado al este del país (1987, 1998). Pascal Nlend también ha trabajado en el sur del país, en la zona en torno a Kribi y Campo (2001, 2004, 2008).

Finalmente, es importante destacar una rama de la arqueología que está teniendo una importancia fundamental en los últimos años para el reconocimiento arqueológico de áreas anteriormente inexploradas. Se trata de la arqueología de salvamento o arqueología de rescate, vinculada a grandes obras de infraestructura (MacEachern 2010). De ellas podemos destacar el informe final producto de las reformas de la carretera que une Bertoua y Garoua-Boulaï (Delneuf *et al.* 2003) o la intensa labor de prospección y sondeo que supuso el seguimiento arqueológico de las obras de construcción del oleoducto de Komé

(sur de Chad) a Ebomé (Sur de Camerún) (Lavachery *et al.* 2005) y las de construcción del oleoducto de Komé a Kribi (Sur de Camerún) (Lavachery *et al.* 2010).

2.4. La arqueología en Gabón

Al igual que ocurre en los casos ecuatoguineano y camerunés, la historia de la investigación arqueológica en Gabón puede dividirse en dos periodos, el colonial y el del Gabón independiente. De nuevo, la arqueología colonial se asemeja en fechas y actividades a la de los dos países anteriores, pero la que se desarrolló durante fase independiente tiene más puntos en común con Camerún que con Guinea Ecuatorial, si bien presenta algunas diferencias sustanciales que veremos a continuación.

2.4.1. La arqueología en Gabón durante el periodo colonial (1886-1960)

Hemos de remontarnos bastante en el tiempo para localizar la primera noticia arqueológica vinculada a Gabón. En 1886, J. C. Reichenbach descubrió, a causa de las labores de construcción de un camino cerca de Libreville, un hacha de piedra pulimentada. Esta pieza sería mencionada por primera vez en la literatura científica en una publicación del director del Museo de Etnografía del Trocadero (Hamy 1897), convirtiéndose en la primera publicación sobre arqueología gabonesa de la historia, como recoge Clist (1995: 67).

En realidad, esta primera publicación no deja de ser anecdótica, pues habrá que esperar hasta los años 30 el siglo XX (el mismo momento en que la arqueología empieza a despegar en los países vecinos) para que la arqueología comenzase a practicarse de manera continuada. Los treinta años que transcurren desde este momento hasta la independencia de Gabón se caracterizan por una práctica arqueológica que presenta rasgos muy homogéneos: en primer lugar, los descubridores de yacimientos y piezas arqueológicas no son arqueólogos sino profesionales vinculados de una u otra manera a la colonia y que en sus ratos libres disfrutaban prospectando las zonas adyacentes a los lugares donde han sido enviados; en segundo lugar, estas personas nunca efectúan excavaciones sino que simplemente prospechan visualmente y recogen material arqueológico prehistórico, en su gran mayoría industria lítica; finalmente, este periodo se caracteriza por la escasez de publicaciones pues, al ser sus protagonistas simples aficionados, pocos tuvieron la iniciativa de publicitar sus trabajos entre la comunidad científica.

Son varios los nombres que resuenan de aquella época por su interés en la arqueología, como recoge Clist (1995: 67-68). Raymond Furon, prospectó cerca de la carretera de Mimongo-Mbigou (provincia de Ngounié) (Furon 1963) y Gabriel Droux hizo lo mismo en la provincia del Alto Ogooué (Droux 1937). El administrador de estado Jean Eckendorff recogió industria lítica en Makokou (provincia del Ogooué-Ivindo) (de Beauchene 1963). Los geólogos Victor Babet (1932) y P. Pouillande (Blankoff 1969) descubrieron yacimientos sangoenses y restos de sílex tallado en los lechos de los ríos Gombé y Bombé de la provincia de Ngounié, respectivamente. Guy de Beauchene, miembro del Museo del Hombre de París, en colaboración con el noruego E. Hinsch, prospectaron también en la provincia de Ngounié (de Beauchene 1963) y el geólogo M. de Muizon descubrió material prehistórico en los márgenes del río Bilagone, uno de los afluentes del estuario (Deschamps 1962, de Beauchene 1963).

En 1960 Gabón dejó de formar parte del África Ecuatorial Francesa y se convirtió en un país independiente. No obstante, al contrario de lo que ocurrió en Guinea Ecuatorial, la independencia no significó una ruptura en el desarrollo de la investigación arqueológica, más bien todo lo contrario. El Gabón independiente implementó planes de estudio universitarios y diseñó instituciones que planificasen y sistematizasen el trabajo de campo a lo largo y ancho del país, lo que, en definitiva, significó la profesionalización de la arqueología.

2.4.2. La arqueología en Gabón desde la independencia (1960-actualidad)

Las dos primeras décadas de la fase independiente fueron determinantes para el desarrollo de la arqueología gabonesa. En una fecha tan temprana como 1963, Boris Blankoff creó la *Société Préhistorique et Protohistorique Gabonaise*, que se encargó de excavar algunos de los yacimientos previamente conocidos de la franja litoral gabonesa y prospectar otras áreas del país. En él estarán involucrados Bernard Farine, director el *Centre Culturel Français Saint-Exupéry*, Jean Gazagnes, director del gabinete de la presidencia de la república gabonesa, y Blankoff, profesor del instituto Léon Mba, quienes fueron los primeros en realizar prospecciones tras la independencia (Farine 1963). Entre 1965 y 1967, la sociedad publicó un total de siete números en donde recogían la actualidad arqueológica de Gabón, en ellos indicaban el conocimiento de un total de 256 yacimientos (Farine 1966), la mayoría en los alrededores de Libreville. Animados por la labor de la

sociedad, se configuró un grupo de arqueólogos aficionados que colaboraron con ella en sus labores de investigación, son Andrault, Mulet, Durand, de Muizon, Hubert, Ferrari, Auzanneau, Chatelin, Beaujour y Hadjigeorgiou. Clist, quien tuvo la oportunidad de investigar los archivos de la sociedad en el domicilio privado de Farine, puso de relieve la calidad de los trabajos de excavación llevados a cabo por la sociedad (Clist 1995: 70).

También en 1963 se fundó un primer Museo Nacional en Gabón, que sería reinaugurado en 1967 en una nueva sede con el nombre de *Musée National des Arts et Traditions*. En este museo se recogerían gran parte de los hallazgos arqueológicos producto de la investigación de la sociedad arqueológica. Allí se dedicaron un par de salas a la exposición de estos objetos (Clist 1995: 74). Desafortunadamente, como recoge Clist (1995: 75), el museo volvió a mudarse de emplazamiento en 1978 y ello conllevó la pérdida de la casi totalidad de las piezas arqueológicas acumuladas hasta ese momento.

Paralelamente, en el ámbito legal, Gabón se dotó en 1965 de un proyecto de ley para la protección de bienes, de yacimientos y de objetos de carácter histórico, arqueológico, artístico, científico, legendario o turístico (Clist 1995: 74). Actualmente, la Constitución de la República de Gabón, revisada en 2003, dispone en su artículo 47 que será la ley la que fijará las reglas de protección del patrimonio artístico, cultural y arqueológico.

Este espectacular inicio de la arqueología en Gabón durante su fase independiente, no comparable a la de los países limítrofes, se vio frenado a partir de 1967. Desde esa fecha y durante una década aproximadamente, la labor arqueológica, tanto en el trabajo de campo como a nivel institucional, experimentó una importante ralentización.

A partir de finales de los años 70 y durante las décadas siguientes la arqueología volvió a renacer. En esto tuvo mucho que ver la llegada a la Universidad Nacional de Libreville de Daniel Cahen en 1977. Este arqueólogo del Museo Real de África Central de Tervuren (Bélgica), que ya había trabajado previamente en la República Democrática del Congo (van Noten y Cahen 1982), tuvo por objetivo la creación de un Servicio Nacional de Arqueología (Biffot 1977), así como la prospección arqueológica (Cahen 1978). Un año después, Pierre de Maret llegó a Libreville con el mismo objetivo (Clist 1995: 74-75).

El resurgimiento de la arqueología en los años 80 tuvo mucho que ver con dos circunstancias. En el ámbito académico, un hecho fundamental para la formación y

existencia de arqueólogos locales fue que en 1981 Lazare Digombe comenzó a impartir clases de arqueología africana en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Omar Bongo (Digombe y Diop 1987). En el ámbito institucional, en 1983 se fundó en Libreville el Centro Internacional de la Civilización Bantú (CICIBA). El CICIBA se constituyó como un centro de investigación, documentación, difusión, animación científica y cultural y formación sobre la civilización bantú. Dos años después de su creación incluyó un departamento de arqueología, cuyo laboratorio contaría con Bernard Clist como director (Clist 1989a). En 1987, Clist junto con un arqueólogo venido del Congo, Raymond Lanfranchi, lanzaron un boletín arqueológico llamado *Nsi*¹², que recogía las principales noticias arqueológicas del país vinculadas a la actividad del centro, se publicó entre 1987 y 1992. Hoy en día el CICIBA sigue en activo realizando una importante actividad cultural y de investigación en relación al mundo bantú¹³.

Por lo que respecta al trabajo de campo en sí, fueron numerosas las campañas de investigación arqueológica que se desarrollaron en esta segunda fase, aunque todas se limitaron a la prospección de superficie, al menos durante los primeros años. Por un lado, siguieron existiendo arqueólogos *amateur* que colaboraban con las instituciones, como el grupo de aficionados que en 1981 quedó formado por Delorme, Andrault, Breau, Lafile, Meresse y Saint-Arroman, quienes prospectaron en las provincias del Alto Ogooué y Ogooué-Ivindo (Delorme 1983). Por otro lado, arqueólogos profesionales continuaron con su labor de prospección, principalmente a las afueras de Libreville y en las provincias del Alto Ogooué (Breau 1981, Peyrot y Oslisly 1985, 1986, Digombe *et al.* 1985, Oslisly y Peyrot 1985, Peyrot 1985). En esta fase de intensa prospección se descubrieron en la provincia del Estuario yacimientos tan relevantes para esta tesis como Oveng o Sablières (Clist 1995: 77).

La intensa actividad arqueológica y el gran número de yacimientos cuya existencia ya había quedado documentada a mediados de los años 80 atrajo el interés de equipos arqueológicos extranjeros que plantearon proyectos en Gabón, como fue el caso de los formados por Peter Schmidt (Universidad de Brown, Estados Unidos), Danilo Grébenart (Universidad de Aix-en-Provence, Francia) o Philip de Barros (Universidad de California, Estados Unidos) (Digombe *et al.* 1984, 1985, 1987, 1988, 1989, Schmidt *et al.* 1985). De

¹² Disponible online <http://www.african-archaeology.net/Nsi/nsi1.html>

¹³ Más información sobre este centro puede consultarse en su página web: www.ciciba.info

Barros colaboró también en una misión en Port-Gentil junto con el equipo local de la Universidad Omar Bongo (Clist 1995: 76).

En 1985 y 1986, en colaboración con el departamento de arqueología del CICIBA, se desarrolló el proyecto PaléoGab, cuyo objetivo fue conocer mejor la secuencia arqueológica del litoral, para lo que se realizó una campaña de dataciones por C-14 y sondeos en diferentes yacimientos en las provincias del Ogooué Medio y Ogooué-Ivindo (Oslisly 1986, Clist 1987a, 1987b, 1989a, 1989b, 1989c) y Woleu-Ntem (Clist 1987a). Como parte de este proyecto, Clist investigó parte de la costa de Guinea Ecuatorial, como ya comentamos más arriba. Paralelamente, Lanfranchi trabajó en 1988 en la provincia del Alto Ogooué (Lanfranchi 1988, M'Bokolo 1988) y en la provincia del Estuario junto con Clist (Clist y Lanfranchi 1988). Por su parte, Oslisly continuó con sus investigaciones sobre el arte rupestre de Gabón (Oslisly 1986, 1992, 1996).

Según indica Clist (1995: 84), una reducción de los fondos económicos disponibles por el CICIBA hizo que desde 1987 a 1990, la investigación arqueológica en Gabón se viese fuertemente afectada. La actividad se retomaría a partir de los años 90 y, como hemos podido documentar, ha continuado dando abundantes frutos desde entonces hasta la actualidad. Desde los años 90 la investigación arqueológica en Gabón ha seguido su curso. Son varios los arqueólogos a destacar en este periodo, como por ejemplo Alain Assoko Ndong, que ha trabajado sobre todo en la reserva de fauna de la Lopé (Assoko Ndong 2000-2001, 2002), Michel Locko, quien ha diversificado su trabajo en varias zonas del país y se ha preocupado por elaborar trabajos de síntesis (Locko 1991, 1999, 2001), o Bernard Peyrot, quien desde mediados de los 80 se ha especializado en la elaboración de reconstrucciones paleoambientales (Peyrot 2001, 2008, Peyrot y Oslisly 1986, Peyrot *et al.* 2003). También es destacable la misión del Museo de Historia Natural de París, dirigida por Martin Pickford, la cual estudió los depósitos de fauna cuaternaria en grutas cársticas (Oslisly *et al.* 1994).

Pero sin lugar a dudas, y como demuestran sus extensísimas bibliografías, los dos arqueólogos que más intensamente han trabajado en Gabón durante este periodo han sido Clist y Oslisly. A principios de los 90, Clist se encargó de realizar los seguimientos arqueológicos vinculados a obras de infraestructura de un cierto número de compañías petrolíferas (Clist 1991, 1992a, 1992b). Aparte de esto, su investigación ha estado

principalmente centrada en torno a la Prehistoria del estuario de Libreville. Este autor ha publicado recurrentemente los resultados de todas sus campañas de trabajo durante las últimas décadas. Todo este trabajo queda mejor recogido y estructurado en los cuatro volúmenes que conforman su monumental tesis doctoral (Clist 2004), y en un libro de síntesis sobre la arqueología de Gabón (Clist 1995). Por su parte, Oslisly ha focalizado gran parte de su actividad en la investigación arqueológica en la reserva de la Lopé (Oslisly 1995, 1996a, 1998, 2011), en el arte rupestre gabonés (Oslisly 1993, 1996b, 1997, 2008) y en los márgenes fluviales del Ogooué medio (Oslisly 1994-1995, 2001). Ambos arqueólogos continúan en activo en la actualidad, aunque sus investigaciones arqueológicas no se limitan a Gabón, sino que se extienden hacia otros países como Camerún o República Democrática del Congo.

2.5. Conclusión

En este capítulo hemos hecho un recorrido por el surgimiento y desarrollo de la arqueología en los países de África centro-occidental que son objeto de nuestro estudio: Guinea Ecuatorial, Camerún y Gabón. El hecho de que estos tres países compartan un pasado colonial y que el nacimiento de la arqueología en África esté estrechamente ligado a la colonia hace que esta primera fase comparta muchas características en todos ellos. En cambio, tras las independencias, sobrevenidas en la década de los años 60 del siglo XX, la arqueología tomará rumbos diferentes en cada uno de los países, yendo desde su profesionalización, como es el caso de Gabón y Camerún, hasta prácticamente su olvido, como ocurrió en Guinea Ecuatorial.

En la fase colonial la arqueología surgió como el pasatiempo de algunos empleados coloniales quienes, en sus viajes por el país, dedicaban parte de su tiempo a prospeccionar visualmente y recoger piezas arqueológicas que encontraban en superficie. Los más interesados en conocer el pasado prehistórico de las gentes a las que colonizaban llegaron a plantear pequeñas excavaciones arqueológicas, como fue el caso de los misioneros claretianos en Guinea Ecuatorial. En ocasiones, las informaciones producto de tales investigaciones no fueron publicadas, pues sus propios protagonistas no sentían estar haciendo labor científica alguna; pero en otras, los aficionados se convirtieron en auténticos profesionales, realizando una labor de gran calidad para los estándares de la época.

La independencia trajo consigo aires de renovación, aunque esto no siempre conllevó noticias positivas para la arqueología. Guinea Ecuatorial vivirá el caso más dramático, pues la arqueología quedó paralizada por completo y nunca más llegaría a recobrar el dinamismo que tuvo durante la época colonial. En Camerún y en Gabón se vivió el proceso contrario: la arqueología fue implementada desde muy diversos frentes. Arqueólogos extranjeros comenzaron a realizar trabajo de campo en estos países de manera recurrente, se crearon instituciones que velaron por el diseño y la planificación de las intervenciones arqueológicas, surgieron publicaciones periódicas que difundieron sus resultados entre la comunidad científica y, lo que fue determinante para la existencia de arqueólogos locales que pudieron tomar el relevo a los extranjeros, se incluyó la arqueología dentro de los planes de estudio de las recién creadas universidades. Es revelador que en el Gabón independiente, el mantenimiento de las estructuras de poder francesas significó el empuje definitivo de la disciplina arqueológica, justo al contrario de lo que ocurrió en Guinea Ecuatorial, donde se rompieron los vínculos con la metrópolis y la arqueología desapareció.

A pesar de que los matices difieren, estos tres países tuvieron experiencias comunes en lo que a la arqueología se refiere. Aparte de las evidentes, ya mencionadas, nos parece importante destacar que la labor arqueológica, tanto en la fase colonial como en la posterior a la independencia, fue llevada a cabo casi en exclusividad por hombres. Y los márgenes de ese «casi» son tan estrechos que, en tres países diferentes y para un periodo de aproximadamente ochenta años, frente a las decenas de hombres que figuran en el listado de referencias bibliográficas tan sólo mencionamos a cuatro mujeres: la francesa Annie Lebeuf, que trabajó durante décadas en Camerún junto a su marido, la española Raquel Martí en el equipo de Julio Mercader, que trabajó puntualmente en Guinea Ecuatorial, la belga Els Cornelissen, que trabajó en Camerún con el equipo de Pierre de Maret, y la camerunesa Alice Lucie Mezop Temogua, que trabaja en la actualidad en Camerún.

Otro importante sesgo de la arqueología realizada en África en general, y en nuestra área de estudio en particular, es que desde un inicio se trató de una arqueología hecha por occidentales. Era de esperar que esto fuese así durante la fase colonial, pues como hemos visto la arqueología llegó a África de mano de los colonizadores. Sin embargo, tras las independencias la situación cambió poco. Se pasó de hacer una arqueología colonial a lo que podríamos llamar una arqueología *neocolonial*, pues no sólo esta disciplina

siguió estando a cargo de arqueólogos occidentales, sino que los equipos de trabajo que se establecían en cada país correspondían en sus nacionalidades con las antiguas metrópolis de las que estos nuevos países se acababan de independizar. Así, lo común, es que en Camerún trabajasen equipos franceses, ingleses y alemanes (las tres metrópolis participaron en la colonización del país), en Guinea Ecuatorial equipos españoles, y en Gabón equipos franceses, y así sigue reproduciéndose en la actualidad. La realidad ha ido cambiando sutilmente con el paso de los años conforme más arqueólogos locales han ido accediendo a puestos de responsabilidad tanto a nivel institucional como en el trabajo de campo. Esto ha ocurrido sobre todo en aquellos países que apostaron por formar a sus propios arqueólogos, más temprano en Camerún y más recientemente en Gabón. Hoy en día, aunque la situación ha mejorado, dista mucho de ser equilibrada, como demuestra la nacionalidad europea/norteamericana de la mayoría de los autores de las publicaciones sobre temas arqueológicos africanos.

Si hay un hecho que ha revitalizado la economía de estos tres países ha sido el descubrimiento de yacimientos de gas y petróleo. Las grandes obras de infraestructura necesarias para su explotación y aprovechamiento han supuesto el impulso definitivo de la arqueología. Como hemos visto, en Gabón y en Camerún se han desarrollado importantes proyectos de prospección y excavación arqueológica cuyo origen está en las evaluaciones de impacto que precedieron a la acometida de las obras. Estas evaluaciones tienen el objetivo de conocer y preservar el patrimonio arqueológico en áreas que van a verse afectadas por obras relacionadas con el gas y el petróleo (como la construcción de oleoductos, por ejemplo). Guinea Ecuatorial también está viviendo cambios en este sentido, y el dinero que ahora fluye gracias al petróleo está en parte invirtiéndose en modernizar el país a través de obras de este tipo. Desgraciadamente, en Guinea Ecuatorial no se han implementado planes de salvaguarda del patrimonio arqueológico que pudiera verse afectado por las obras. A día de hoy, que un yacimiento que vaya a quedar sepultado por una pista de aterrizaje se salve o no es, ante todo, producto de la casualidad.

Finalmente, un último hecho sobre el que queremos llamar la atención sobre la arqueología en estos tres países es que, como se ha podido comprobar, existen arqueólogos que han trabajado en más de uno de ellos, además de en otros de África central. Por ejemplo, Clist ha trabajado en Gabón y en Guinea Ecuatorial, Oslisly ha trabajado en

Camerún y en Gabón, y de Maret ha trabajado en los tres. En realidad, esta movilidad no quiere decir que estos arqueólogos hayan ido cambiando sus líneas de investigación, sino que nos habla de algo que ya conocemos de sobra: lo arbitrario de las fronteras políticas africanas. La división entre el sur de Camerún, Guinea Ecuatorial y Gabón carece de sentido humano o geográfico, pues las mismas etnias quedaron separadas a uno y otro lado de las fronteras, como fue el caso de la fang, y los tres países comparten un mismo ecosistema, el bosque tropical lluvioso. En esta tesis se pretende superar esa limitación y para ello, aunque la totalidad del trabajo de campo se haya realizado en Guinea Ecuatorial, se atenderá por igual a la arqueología de los tres países, porque esto revela unas conexiones culturales que resulta interesante explorar.

CAPÍTULO 3.

EL BOSQUE TROPICAL LLUVIOSO. DE LA SELVA COMO REPRESENTACIÓN A LA SELVA COMO ECOSISTEMA

“Now and again we passed among vast stems of buttressed trees, sometimes enormous in girth; and from their far-away summits hung great bush-ropes, some as straight as plumb lines, others coiled round, and intertwined among each other, until one could fancy one was looking on some mighty battle between armies of gigantic serpents, that had been arrested at its height by some magic spell”.

Mary Kingsley, *Travels in West Africa*, 1897

La selva, la jungla, el bosque tropical lluvioso, la frondosidad, el infierno verde, la nobleza salvaje, Tarzán de los monos, el sudor, el dosel vegetal, un paisaje primitivo, Stanley, la malaria, el corazón de las tinieblas, Mowgli, las lianas, el paraíso tahitiano, los madereros... La selva es quizá el ecosistema más cargado de connotaciones que existe. La población occidental se ha encargado desde hace siglos de ir entretejiendo ese conjunto de imágenes, a menudo contradictorias, para ir componiendo una cierta idea de aquel lejano paisaje del que hablaban los exploradores que conseguían regresar. Aunque hoy en día sabemos que la mayoría de esas ideas son exageradas o falsas, perviven en nuestro imaginario componiendo una extravagante representación.

Con el objetivo de desmontar falsas creencias sobre la selva de África central y obtener una imagen más precisa y poliédrica de lo que realmente es, hemos dividido este capítulo en tres partes. En la primera parte veremos cómo la idea de la selva llegó a Occidente de manos de los primeros viajeros y exploradores y de cómo Occidente se apropió, física y metafóricamente, de ella. En la segunda parte haremos un acercamiento al ecosistema al uso, desde un punto de vista científico, atendiendo a su historia, sus características climáticas y su vegetación. Finalmente, trataremos de hacer una valoración de la selva desde una perspectiva local. Para ello fijaremos nuestra atención en la experiencia de sus

habitantes, valorando tanto las especies vegetales que les son fundamentales, así como el modo en que la selva queda integrada en las esferas mítica y ritual de estos grupos.

3.1. La selva imaginada

Exceptuando los relatos de los viajes de Marco Polo al Lejano Oriente, los densos bosques de la Europa templada fueron el ecosistema más cerrado del que la población occidental tuvo noticia hasta inicios de la Edad Moderna. Los primeros viajeros portugueses y el mismo Cristóbal Colón en su búsqueda de las Indias rebasaron la difusa línea del horizonte y regresaron con noticias de otras tierras y otras gentes completamente diferentes a lo conocido hasta ese momento. Esas nuevas tierras estaban cubiertas de una espesa vegetación que apenas permitía observar el cielo una vez se hallaba uno en su interior: árboles de impresionante altura y poderosos contrafuertes que entrelazaban sus ramas en lo alto formando una bóveda impenetrable, helechos que superaban el tamaño de las personas, plantas trepadoras que reptaban por los troncos en busca de algo de luz y gruesas lianas que colgaban hasta el suelo. Estos impresionados viajeros comenzaron entonces a esbozar en sus crónicas la frondosa exuberancia de la selva, dando origen al variado abanico de representaciones que sobre la selva se confeccionaría siglos después. La selva constituiría un remoto escenario físico en el cual irían depositándose otros espacios míticos que antes carecían de arraigo terrenal. Efectivamente, Colón aseguró a los Reyes Católicos que las selvas del neotrópico a las que él había llegado eran el Paraíso bíblico (Colón 2002: 139-142). A partir de este momento irán surgiendo descripciones de este “nuevo” ecosistema, tan extraño a los ojos europeos ¡y tan lejano! No obstante, la selva tendrá escaso predicamento en la cultura popular europea hasta varios siglos más adelante.

3.1.1. La apropiación física de la selva

La selva como idea, como representación, calará en el imaginario europeo a partir de la segunda mitad del siglo XIX y lo hará de manera indeleble. No casualmente éste es el siglo en el que las potencias occidentales, en la búsqueda de nuevos territorios que explotar económicamente, iniciarán la carrera colonial imperialista. Asociados a este fenómeno se implementaron y multiplicaron grandes viajes de exploración, los cuales, bajo el supuestamente inocente velo del avance científico, pretendían conocer mejor el territorio a colonizar. Muchos de estos viajeros recalarán en el Amazonas y en las selvas de África central y del Sudeste Asiático. Los geógrafos, naturalistas, geólogos y exploradores

que fueron abriéndose camino en estas tierras presentaron ante sus compatriotas descripciones de ese ecosistema lejano y ajeno¹. La selva nació como representación en las mentes europeas, y fue a la vez un lugar hermoso y terrible: un ecosistema “primitivo” de verdes bóvedas vegetales y exuberante follaje, pero también el hábitat de peligrosos seres y mortíferas enfermedades. Estas emocionantes descripciones tuvieron buena acogida en Europa y Norteamérica, cuyos habitantes se adueñaron simbólicamente de la selva (a la par que los colonizadores se apropiaban físicamente de ella), que se convertirá indefectiblemente a partir de entonces y hasta hoy tanto en un *locus amoenus*, fuente de las esencias de la vida, como en el peligroso infierno verde, amenazante y retador (Deckard 2010: cap. 3, Putz y Holbrook 1988). El explorador español africanista por antonomasia, Manuel Iradier, describía así este ecosistema en 1876 (extraído de Martínez Salazar 2004: 90):

“Las selvas son la desesperación del viajero. Sobre un terreno húmedo, encharcado, compuesto de capas superpuestas de vegetales en descomposición que los siglos han ido amontonando, se elevan variedad inmensa de vegetales buscando la luz del sol y alcanzando alturas considerables. Sus ramas se entrelazan, se unen y se confunden formando una bóveda espesa de hojas variadas por su color, tamaño y figura, impenetrable a los rayos del sol y guardadora de una atmósfera densa, pesada, saturada de humedad y de venenosas miasmas que despiden un olor nauseabundo y característico, muy parecido al olor de un cementerio mal cuidado. Se yerguen en el aire los troncos gigantescos, raíces aéreas y por tierra cadáveres monstruosos del reino vegetal derribados y medio enterrados, lisos como el mármol o estriados como las columnas de la antigua arquitectura cierran el camino por todas partes, y como si esto no fuera bastante, una riquísima variedad de lianas y enredaderas del diámetro de un hilo algunas, gruesas otras como troncos de roble oprimen los vegetales unos con otros, se extienden por todas partes en forma de enmarañada madeja o se incrustan con fuerza prodigiosa en largas espirales alrededor de troncos más gruesos”.

¹ Fueron muchos los exploradores que se adentraron en los diferentes ecosistemas selváticos y los describieron en sus publicaciones, algunos de ellos son: para África Central Wilson (1856: 27), Chaillu (1863), Livingstone y Livingstone (1865: 19-20), Pechuël-Loesche (1888: 133-134), Stanley (1890), Kingsley (1897: 261), Baumann (2012 [1888]: 129-133) y Tessmann (2003 [1913]: 25-27); para el Amazonas La Condamine (2003 [1745]: 63-66), Humboldt (1982 [1820]: 189), Wallace (1992 [1853]: 66-68, caps. XIV, XV y XVI) y Marcoy (1869); y para el Sudeste Asiático Mouhot (1999 [1868]) y Pavie (2006: 331) [En los casos en los que no se citan páginas concretas, las referencias a la selva aparecen a lo largo de toda la obra].

No es anecdótico que los pioneros en adentrarse en la selva fuesen este tipo de personas, el explorador-naturalista y el explorador-colonizador. Ambos tipos, desde una perspectiva que tanto podía ser científica como política, concebían este espacio desde un mismo prisma: la selva es objetivada como una entidad cuyos mecanismos de funcionamiento hay que desvelar con el propósito de controlarla, dominarla y, finalmente, extraerle un rendimiento material (ya consistiera éste en el enriquecimiento de las colecciones botánicas de un museo o en la extracción de caucho y madera). Tanto es así que la exploración llegó a profesionalizarse (Fabian 2000: cap. 2). ¿Qué papel representaban estos viajeros? El de un poder hegemónico que trata de someter a un subalterno, el de aquéllos quienes, con una actitud de clara superioridad y arrogancia, han de penetrar en un ecosistema hostil con un fin preciso: doblegarlo a sus intereses, desvelar sus misterios y extraer sus riquezas (Putz y Holbrook 1988: 37). En cierto modo, *Robinson Crusoe* es una sutil (o no tan sutil) metáfora sobre cómo la civilización occidental se impuso sobre el paisaje salvaje (natural y humano) (McInelly 2003).

En realidad, la forma de objetivar la selva no fue en esencia diferente de la que se hizo de las poblaciones humanas que habitaban en ella, cazadores-recolectores y/o horticultores en su mayoría. Los nativos de lugares ajenos a Occidente, extraños habitantes de un peculiar paisaje, fueron considerados seres ajenos a la humanidad occidental, condenados, por la ignorancia o la incapacidad, a representar la versión más degradada de lo que “el Hombre” podía llegar a ser o había sido en algún momento: el salvaje (Bartra 1996). De hecho, etimológicamente, la palabra salvaje viene del latín *silvestris* “el que habita en la selva”. Apartados de dios y de la civilización, los indígenas fueron ideológicamente contruidos como “los otros” y definidos en oposición a lo “verdaderamente humano” (Todorov 1991: cuarta parte, Moser 1998, Fabian 2002, para el caso concreto de la construcción de la “otredad africana” ver Mudimbe 1991). Pero esta imagen no se construyó en el vacío, pues la idea de la existencia de un “otro” salvaje hundía sus raíces en la tradición griega y judeocristiana. Ambas corrientes confluyeron en el medievo y engendraron al *homo sylvestris*, ese ser legendario en el que depositar los miedos, las ansiedades y las frustraciones de la sociedad occidental (ver, por ejemplo, Azcárate 1948). A partir de la Edad Moderna, la recreación del *homo sylvestris* se adaptó en la forma y se le dio un contenido físico real: se encarnó en la figura del indígena americano (Bartra 1996, 1997, ambos compilados en Bartra 2008).

3.1.2. La apropiación simbólica de la selva

En su versión más popular, la selva tomó en ocasiones otro nombre que también nos es familiar: la jungla. Esta palabra poco tenía que ver en origen con lo que terminó representando. Jungla deriva del indostánico *djanghael*, que significa tierra baldía o sin cultivar y pronto los oficiales británicos destinados en la India comenzaron a utilizarla para referirse a la vegetación densa (Putz y Holbrook 1988: 38). Hoy en día la palabra jungla sigue poseyendo fuertes connotaciones: lugar salvaje, indómito, amenazante, en donde impera una ley propia, “la ley de la jungla”, esto es, la supervivencia no del más inteligente sino del más fuerte. Esta particular visión fue elaborada en el tránsito del siglo XIX al XX, y caló en el gran público gracias a la pintura y, sobre todo, a la literatura. Años más tarde lo haría también a través del cine.



Fig. 3.1. Corazón de los Andes (*Heart of the Andes*), Frederic Edwin Church (1826-1900). Óleo sobre lienzo. The Metropolitan Museum of Art, New York.

En 1859, el paisajista estadounidense Frederic E. Church se hizo especialmente conocido por su pintura *Corazón de los Andes*, realizada después de un viaje a Sudamérica [Fig. 3.1]. La contemplación del lienzo, que se exhibía a grupos tras unas cortinas de terciopelo, fue todo un acontecimiento, pues permitía al público disfrutar del “dulce idilio” de la selva sin necesidad de recurrir a la quinina, como relató el escritor Theodore Winthrop tras contemplar el cuadro (cit. por Putz y Holbrook 1988: 40). Unas décadas después, otros

pintores como Henri Rousseau (quien nunca salió de Francia) o Paul Gauguin (quien salió para no volver), harían sensuales representaciones de la selva y de sus habitantes, incidiendo en su imagen más naif, la que la asemeja a un paraíso terrenal habitado por inocentes seres semidesnudos.

Pero fue la literatura la que ofreció el más amplio y variado conjunto de visiones sobre este ecosistema. Tanto en la narrativa anglosajona como en la hispanoamericana, la selva se convirtió en un personaje más de novelas y cuentos. Un escenario exótico en el que ambientar el relato, como en *El libro de la selva* de Kipling (1894), *Tarzán de los monos* de Burroughs (1912) y *Cuentos de la selva* de Quiroga (1918); un lugar enigmático y evocador, como en *Mansiones verdes* de Hudson (1904); un verdadero infierno en el que enloquecer, como en *El corazón de las tinieblas* de Conrad (1899) o en *La vorágine* de Rivera (1924); o el lugar donde confluyen las fuerzas del bien y del mal, como en *Canaima* de Gallegos (1935).



Fig. 3.2. Cartel original de la película *Mansiones verdes*, Lee J. Cobb (1959).

Las descripciones literarias fueron lo suficientemente expresivas como para recrear vívidamente los matices de la selva, pero el encargado de crear imágenes que quedasen impresas en la retina del espectador fue el cine. Muchas de las obras literarias de más éxito fueron posteriormente adaptadas al medio audiovisual alcanzando una gran popularidad. Sirvan como ejemplo las tres versiones de *El libro de la selva* (Korda 1942, Disney 1967 y Sommers 1994), las 89 películas de *Tarzán* (según la *Internet Movie Database*), la propia *Mansiones verdes* protagonizada por Anthony Perkins y Audrey Hepburn en 1959 [Fig. 3.2], o la personal adaptación que Coppola hizo de *El corazón de las tinieblas* en *Apocalypse now* (1979). Mención especial dentro del “género selvático”, si es que puede ser llamado así, merecen también *La reina de África* de Huston (1952), *Mogambo* de Ford (1953), *La selva esmeralda* de Boorman (1985), *Depredador* de McTiernan (1987) o *Gorilas en la niebla* de Apted (1988). Estos son sólo algunos ejemplos, la lista de películas ambientadas en la selva sería interminable.

Aunque la remota selva fue acercada a Occidente a través de la literatura, la pintura y el cine, los occidentales no necesitaron emprender largos viajes para contemplarla directamente. Como por arte de magia la selva o, mejor dicho, una modesta selección de su fauna y de su flora, viajó hasta Europa y Estados Unidos. Durante el siglo XIX y también en el XX existieron, al menos, dos contextos en donde se trató de reproducir la selva de manera artificial. Por un lado estarían las exposiciones etnológicas comerciales, misionales y coloniales, las cuales, con diferente criterio, exhibieron individuos autóctonos de los territorios colonizados² (Corbey 1993, Barth 2011, Blanchard 2011, Qureshi 2011, Sánchez Gómez 2013) [Fig. 3.3]. Las aldeas y los ecosistemas de dónde procedían estos “modernos salvajes” eran recreados para impresionar al público por su rareza y exotismo, así se hizo, por ejemplo, en la Exposición de Ámsterdam de 1883 y en la Exposición de Filipinas en Madrid en 1887 (Sánchez Gómez 2002: 82, 90; 2003: 79, 98-101). En la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929-1930, se mostraron plantas y animales vivos y disecados originarios de Fernando Poo y Río Muni (Sánchez Gómez 2006: 1069, Nerín 2008: 198-201). Por otro lado, con objetivos algo menos mercantiles y un poco más científicos, la selva trató de reproducirse en zoos y jardines botánicos. Los jardines botánicos ya existían en la

² Entre noviembre de 2011 y junio de 2012 pudo verse en el museo Quai Branly de París una exposición dedicada a este tema: *L'invention du sauvage* (Blanchard et al. 2011). (<http://www.quaibranly.fr/fr/programmation/expositions/expositions-passees/exhibitions.html>, consultado el 6 de enero de 2014).

Grecia Clásica aunque su proliferación arrancará en el Renacimiento, momento en el que empezarán a incorporar de manera sistemática plantas exóticas (Morton 1986). La ciencia botánica como tal florecerá a partir de la segunda mitad del siglo XIX, muy vinculada a la obra de Darwin (Green 1909), si bien es cierto que estos jardines no siempre fueron de acceso público. Los zoos en sentido moderno, es decir, aquellos que sacaron a los animales de las jaulas y los introdujeron en reproducciones de sus ecosistemas, surgieron a finales del siglo XVIII, siendo el primero el de París, inaugurado en 1793 como *la ménagerie du Jardin des Plantes*. Pero sería a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, con la figura del empresario alemán Carl Hagenbeck a la cabeza, cuando este tipo de zoos empezaron a hacerse populares (Baratay y Hardouin-Fugier 2002, Hanson 2002, Rothfels 2002).

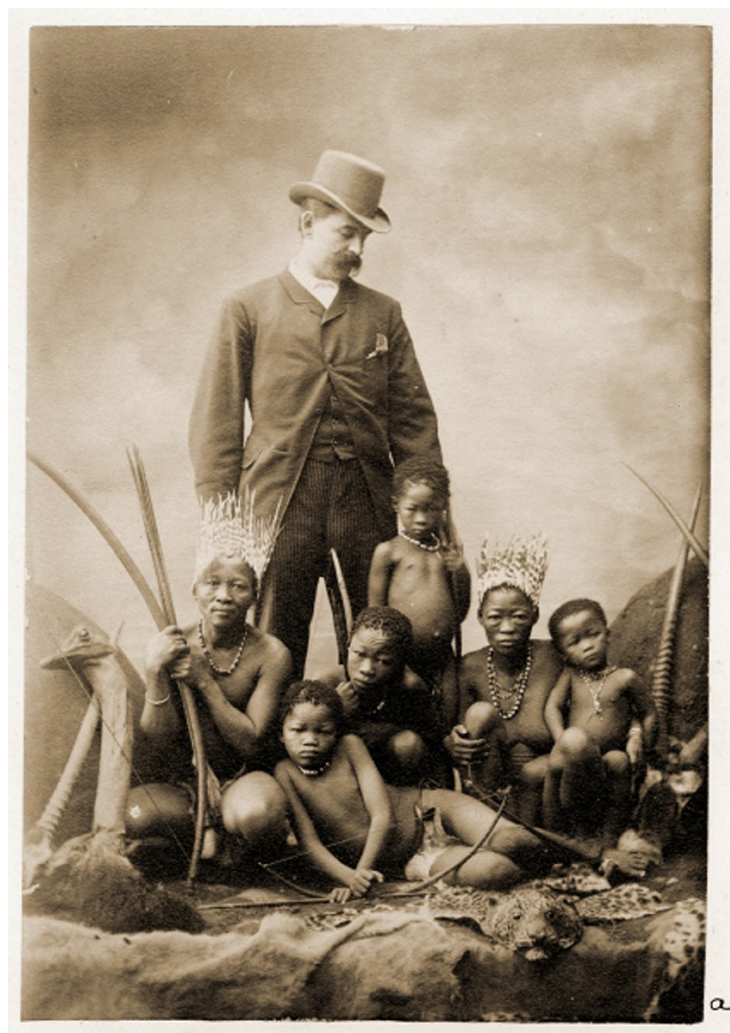


Fig. 3.3. Imagen que ilustra la portada del catálogo de la exposición *L'invention du sauvage*. Guillermo Antonio Farini posa con sus pigmeos. Fotografía de estudio realizada con ocasión de la exposición de hombres en el Royal Aquarium de Londres, 1884.

3.1.3. La apropiación científica de la selva

Como es lógico, la selva no fue solamente objeto de subjetivas descripciones de aventureros, el exótico decorado de pinturas, novelas y películas o el escenario donde ubicar a los “modernos salvajes”. Para los botánicos la selva también sería el “bosque tropical lluvioso” o, lo que es lo mismo, un objeto de estudio científico. Aunque desde el siglo XIX los viajes de exploración pretendían conocer en profundidad la ecología selvática (bien es cierto que más romántica que científicamente), no será hasta bien entrado el siglo XX que los misterios de la selva empezarán a ser verdaderamente desvelados. El botanista Andreas F. W. Schimper fue el primero que, en 1898, utilizó la expresión “bosque tropical lluvioso”, *Regenwald* en el original alemán, para referirse al bosque en el que no existe estacionalidad (Schimper 1898). El término sería posteriormente traducido al inglés como *tropical rainforest* (Schimper 1903: 284).

El pormenorizado conocimiento que tenemos hoy en día de la complejidad del bosque tropical lluvioso dista mucho de las primeras aproximaciones que los botánicos hicieron a un ecosistema que se adivinaba inabarcable. La fabulosa variedad de especies animales y vegetales, así como el tamaño de las últimas, impresionó a los estudiosos del biotopo selvático. Se trataba de un ecosistema absolutamente diferente a los de la Europa templada, y por eso no pudieron evitar compararlo continuamente con los paisajes que les eran familiares. La selva se definió básicamente por oposición a los bosques templados de Europa (el propio Schimper lo hace recurrentemente en su obra), y por eso recibió los calificativos de “anormal”, “exagerada”, “maravillosamente exuberante” pero “confusamente desordenada” (Schimper 1903: 293). No obstante, conviene recordar que desde fechas tempranas habrá quien critique esa visión. W. H. Brown afirmaba en 1919: “nor is there any reason to regard the presence of palms, tree ferns and epiphytes as more peculiar than their absence, particularly as their absence is connected with unfavourable conditions” (cit. en Richards 1979 [1952]: 15).

Los estudiosos de la selva no tardaron en reparar en que esa exuberancia que tanto les llamaba la atención era posible gracias a la particular climatología tropical, caracterizada por la permanente calidez de su temperatura, la abundancia de precipitaciones y una alta humedad relativa. Esta climatología benévola con el desarrollo vegetal puso en evidencia que los “normales” ecosistemas templados en realidad no eran más que una adaptación

concreta a unas condiciones climáticas adversas: una estacionalidad fuertemente marcada por drásticas variaciones tanto en la temperatura como en la distribución de la precipitación a lo largo del año.

La constatación de la realidad climática que permitía la existencia del bosque tropical lluvioso trajo consigo otra idea aparentemente inocente: la selva era un ecosistema estático e inmutable, y así debió haber sido durante miles de años (Flenley 1979: 1, Livingstone 1980). Siempre cálido, siempre lluvioso, siempre húmedo. La puesta y la salida del sol como únicas recurrencias apreciables, que incluso suceden siempre a la misma hora del día. En un ecosistema en el que los ciclos estacionales no existen, los límites temporales se difuminan. ¿Qué diferencia habría entonces entre el presente y el origen? Ninguna. Así lo relata el naturalista Alexander von Humboldt cuando en el año 1800 descendía el río Apure, afluente del Orinoco: “uno se siente en un mundo nuevo frente a una Naturaleza salvaje e indómita (...) «Es como el paraíso», decía nuestro timonel, el viejo indio de las misiones. Y en realidad todo recuerda aquí el estado original del mundo” (Humboldt 1982: 189). Recordaba a un estado original que nadie había conocido pero que así era imaginado, tranquilo, pacífico, donde el conflicto y la lucha contra la adversidad estaban ausentes. ¿No era acaso fácil entrever a gigantescas criaturas prehistóricas adueñándose de ese espacio creado a su medida? El explorador Oscar Baumann, al adentrarse en la selva de la isla de Bioko, tenía la impresión “de haberse trasladado a un bosque virgen de la era carbonífera” (Baumann 2012: 131). Un fósil viviente, eso parecía ser la selva, una ventana al pasado geológico que se entreabría para que Occidente se asomase.

3.1.4. Selva y salvaje

Hasta ahora hemos afirmado que la selva fue considerada un ecosistema estático, inmutable, sin historia, un fósil proveniente de tiempos precámbricos conservado hasta la actualidad, a veces paraíso, a veces infierno. Efectivamente, todas estas cualidades fueron aplicadas también a los cazadores-recolectores, quienes, desde bien pronto, fueron definidos como los “primitivos modernos” (Lubbock 1865) o “ancestros contemporáneos” (Service 1962), sociedades representantes de un pasado lejano que habían permanecido inalteradas. Esta circunstancia nos permitía a nosotros, verdaderos habitantes de la Modernidad, observar en directo cómo había sido la Prehistoria. Selva y salvajes fueron contruidos simétricamente. Se supuso que, como estas gentes no habían

variado su modo de vida desde tiempos inmemoriales, carecían de historia; es decir, ellos también eran fósiles vivientes, evidencia de la fase embrionaria de un proceso de desarrollo histórico que culminó en nuestro actual estado de “madurez” (Hernando 2006), lo que Fabian (2002: 25-35) llamó la “negación de la coetaneidad”: podíamos vivir en el mismo planeta, pero no habitábamos el mismo mundo. Bajo esta concepción general, cupieron también visiones contradictorias sobre cómo era la vida de estos seres, desde aquélla que los suponía atrasados, estancados en una indeseable fase evolutiva en donde la falta de desarrollo tecnológico los dejaba impotentes, abandonados a merced de unas fuerzas naturales a las que no les quedaba más remedio que adorar (Bettinger 1991: 3-5); hasta esa otra en la que aparecían como habitantes despreocupados de un ecosistema feraz en donde no existía el trabajo ni la pena, algo así como los adanes y las evas prehistóricos que en algún momento nosotros mismos habíamos sido, una verdadera “sociedad de la abundancia” (Sahlins 1983) que vivía en armonía con su medio (Bettinger 1991: 5-6, Köhler 1999: 265). Hoy en día sabemos que ambas versiones son demasiado simples como para ser ciertas.

Hace tiempo que las ciencias sociales dismantlaron estas falsas creencias sobre las poblaciones cazadoras-recolectoras, incidiendo en el hecho de que son sujetos históricos expuestos a cambios como cualquier otro grupo humano (Dentan 1988). De hecho, se ha documentado la existencia de sociedades inicialmente horticultoras que ante las presiones coloniales retornaron a la caza-recolección, como es el caso de los awá brasileños (González-Ruibal *et al.* 2011: 4). La visión que los considera supervivientes de un pasado remoto ha sido fuertemente criticada no sólo por su falsedad sino por dar legitimidad teórica a un discurso que permite aniquilar, física o culturalmente, a los últimos cazadores-recolectores que quedan sobre la faz de la tierra (Hernando 2006). El volumen editado por Lee y DeVore (1968) fue uno de los primeros que trató a los cazadores-recolectores en toda su complejidad, posteriormente otros investigadores incidieron en su “historicidad” (Leacock y Lee 1982, Schrire 1984, Wilmsen 1989, Grinker 1994). En definitiva, cualquier grupo humano vivo, independientemente de su grado de desarrollo tecnológico y de su particular manera de adaptarse al medio, es habitante del mismo momento presente y “construye” su realidad de maneras igualmente complejas (Hernando 2006: 225; ver, por ejemplo, Descola 1988).

De manera análoga, el avance de los estudios sobre botánica y zoología hizo que fueran desmantelándose falsas afirmaciones sobre lo que la selva era o no era. Aunque es cierto que en el imaginario popular muchas de esas ideas siguen vigentes, hoy sabemos que el bosque tropical lluvioso cuenta con más diversidad de especies animales y vegetales por metro cuadrado que ningún otro ecosistema: aunque sólo un 6% de la superficie terrestre está cubierta por selva, acoge sin embargo a más de la mitad de las especies existentes (Denslow 1988: 29). Con estos datos no es de extrañar que el bosque tropical lluvioso sea el ecosistema más complejo que existe (Martí 2003: 25). Quedó, por lo tanto, demostrado no sólo que la selva sí tenía historia (Maley 1996), sino que el conjunto de interacciones entre los seres vivos que la conforman la convierten en un ecosistema extraordinariamente dinámico (Maley 1997, Ngomanda *et al.* 2009, Nguetsop *et al.* 2004, Wirrmann *et al.* 2001, White 2001). Hizo falta algo más de tiempo para superar la falsa idea de que la selva no era un ecosistema propicio para la “complejidad cultural” (Viveiros de Castro 1996) y que sus habitantes, “tecnológicamente infradesarrollados”, eran incapaces de alterarla (Richards 1967: 49-50). Más bien al contrario, éstos interactúan activamente con ella produciendo modificaciones que pueden pasar fácilmente desapercibidas pero que existen (Politis *et al.* 1997, 2007: 281-285, Naughton-Treves y Weber 2001, Heckengerger *et al.* 2003, Descola 2004), si bien es cierto que esas alteraciones no son comparables a los efectos que la globalización está teniendo sobre la selva (González-Ruibal y Hernando 2010).

Como hemos apuntado, las características y dinámicas del bosque tropical lluvioso han sido grandes desconocidas hasta hace relativamente poco tiempo. En un momento tan reciente como el final de la década de los 70 del siglo XX Flenley se lamentaba de la dificultad para proponer conclusiones firmes sobre la selva a partir de un escasísimo abanico de datos: el número de diagramas polínicos por área disponibles para África ecuatorial era inferior al que Europa, territorio de similar tamaño, tenía en 1930 (Flenley 1979: 53). Más de veinte años después White, quizás exageradamente, afirmaba que el conocimiento de la selva permanecía en una fase embrionaria (White 2001: 3). Afortunadamente, en las últimas décadas se han multiplicado los estudios sobre aspectos concretos de este ecosistema: fauna, flora, suelos, climatología, paleoambiente, etc., los cuales, en conjunto, nos permiten componer una imagen mucho más acertada sobre la compleja realidad del bosque tropical lluvioso.

3.2. La selva investigada

El bosque tropical lluvioso fue definido por Schimper (1903: 260) como una formación vegetal perenne, de carácter higrófila, que alcanza con facilidad los 30 metros de altura, rica en anchas lianas y en epifitas³ tanto leñosas como herbáceas. Esta temprana definición sería posteriormente cuestionada por estricta, ya que no incluía otras formaciones boscosas que se dan en áreas con una marcada época seca y que actualmente sí se consideran parte de este ecosistema (Richards 1979: 2, White 1983, Hamilton 1989, White 2001: 15).

Existen tres regiones en el mundo en donde la superficie terrestre está cubierta por selva: el neotrópico americano, África central y occidental y el archipiélago Indo-malayo. Las tres regiones, con sus particularidades específicas, se distribuyen irregularmente en torno al Ecuador en una franja delimitada al norte por el Trópico de Cáncer (23° 27' N) y al sur por el Trópico de Capricornio (27° 27' S), de ahí que reciba habitualmente el nombre de tropical o intertropical (Richards 1979: 11, Martí 2003: 25-27) [Fig 3. 4].

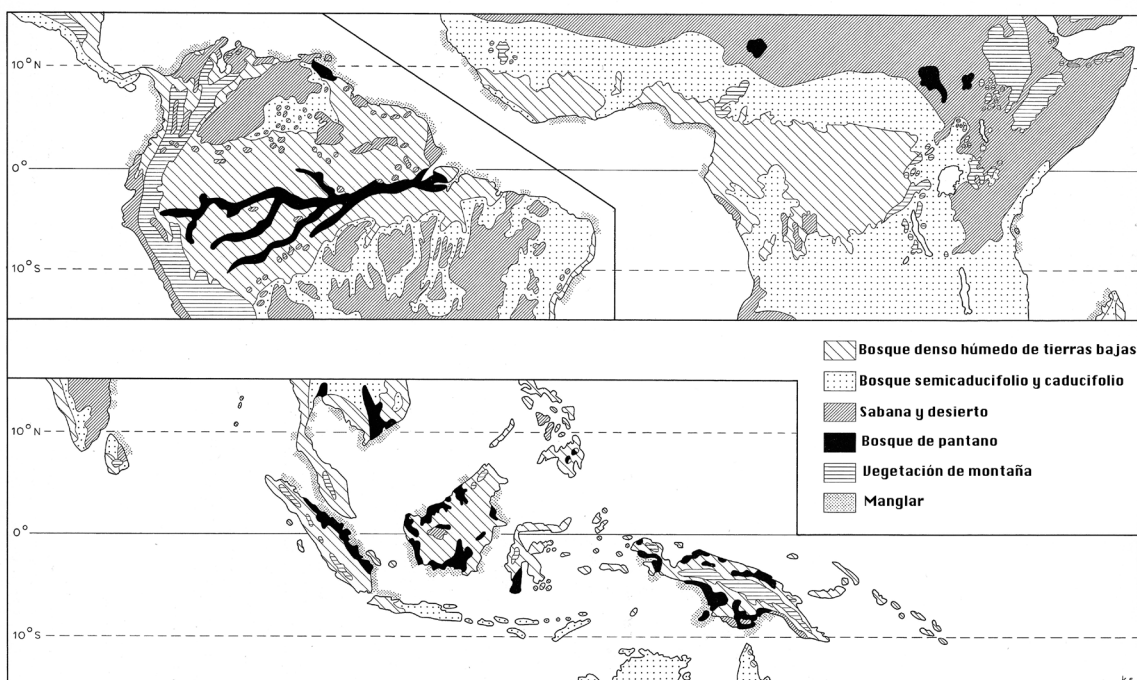


Fig. 3.4. Extensión mundial del bosque tropical lluvioso (a partir de Flenley 1979: 7).

³ Las epifitas son plantas que crecen sobre otros vegetales pero que no los parasitan, se sirven de ellos únicamente como soporte. Musgos, líquenes, orquídeas y helechos son plantas epifitas.

A día de hoy contamos con un buen puñado de publicaciones que describen el biotopo selvático, su flora, su fauna y los cambios que ha sufrido a lo largo del tiempo. Desde la publicación de la mencionada obra de Schimper, pero sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, han proliferado los estudios generales sobre la selva (Richards 1979 [1952], Flenley 1979, Golley 1983-89, Harris 1984, Denslow 1988, Jacobs 1988, Lieth y Berger 1989, Whitmore 1990) y sobre sus habitantes (Denslow y Padoch 1988). También existe un buen número de obras que focalizan su atención en la selva tropical africana (White 1976, Hamilton 1989, Maley 1990, 2004, Lovett y Wasser 1993, White 2001, Jacobs 2004, Plana 2004), en sus habitantes (Wilkie 1988, Grinker 1994, Naughton-Treves y Weber 2001, Höhn *et al.* 2008), en su vegetación (White 1983) y en su clima (Bultot y Griffiths 1972). En las dos últimas décadas, un fecundo campo de estudio ha sido el de los análisis polínicos y de sedimentos marinos y lacustres que permiten hacer reconstrucciones paleoambientales y conocer los cambios sufridos por la selva a lo largo del Holoceno (Maley 1996, 1997, Vincens *et al.* 1998, Wirrmann *et al.* 2001, Nguetsop *et al.* 2004, Ngomanda *et al.* 2005, 2007, 2009a, 2009b, Vincens *et al.* 2010, Lebamba *et al.* 2012).

En este apartado nos centraremos en la especificidad del bosque tropical africano como hábitat de las poblaciones prehistóricas que constituyen nuestro objeto de estudio. Nos basaremos fundamentalmente en las publicaciones citadas para hacer una breve síntesis de las características y el funcionamiento de este ecosistema. Para profundizar en aspectos concretos de la selva se sugiere acudir a la bibliografía mencionada.

3.2.1. Extensión de la selva

De las tres regiones selváticas mundiales, la africana es la de menor superficie. Tiene un área aproximada de 2.800.000 km² (White 1983: 71). El bosque tropical lluvioso africano se extiende en dos áreas separadas por el vacío de Dahomey (*Dahomey gap*) en la franja costera de Benin, Togo y Ghana⁴. El núcleo principal lo constituye la cuenca del río Congo y se extiende desde la costa atlántica hasta la región de los grandes lagos, cubriendo el sur de la República Centroafricana, República Democrática del Congo, República Popular del Congo, Gabón, República de Guinea Ecuatorial, suroeste de Camerún y costa de Nigeria.

⁴ El vacío de Dahomey se originó entre 4.500 y 3.400 cal. BP (Salzmann y Hoelzmann 2005). Su ecosistema de bosque-sabana es explicado por Aubréville (cit. por Flenley 1979: 29) como resultado de la orientación OSO-ENE de la costa en ese punto, lo que hace que el viento penetre en un ángulo agudo evitando que la humedad llegue al interior.

Más al oeste, se extiende por la franja costera de Ghana, Costa de Marfil, Liberia, Sierra leona y Guinea Conakry (Martí 2003: 26-27).

Desde que las primeras poblaciones de agricultores y productores de cerámica empezaron a poblar la selva de África central en el primer milenio a.C. ésta se ha visto fuertemente alterada (White 2001: 17, Höhn *et al.* 2008). A finales del primer milenio a.C., con el desarrollo de la metalurgia del hierro, que precisaba de grandes cantidades de combustible, este proceso se intensificó (Clist 1989b: 90, Schmidt 1997: capítulo 11, Oslisly *et al.* 2013: 4). Sin embargo, será a partir de bien entrado el siglo XIX cuando la codiciosa maquinaria capitalista comenzará a explotar sistemáticamente los recursos selváticos a través de su proyecto colonialista. Ininterrumpidamente desde entonces hasta hoy la selva africana ha sido una inagotable fuente de riquezas (madera y caucho principalmente) cuyos beneficios se han dejado sentir más en Europa que en África. Hasta muy recientemente no han existido políticas que integrasen el desarrollo económico con la conservación, tratando de minimizar así su impacto destructor. A pesar de la implementación de estos programas, el frágil ecosistema selvático africano se encuentra hoy en día terriblemente amenazado (Denslow 1988: 35-36, Barnes 1990, Oates 1999, Naughton-Treves y Weber 2001: 39-41, Weber *et al.* 2001, Chapman y Chapman 2003; para un análisis detallado de este problema para los bosques del este de África se puede consultar Rodgers 1993), lo que hace que sus límites aparezcan cada vez más desdibujados. No obstante, un reciente estudio (Mayaux *et al.* 2013) demuestra que, entre 2000 y 2010, la tasa de destrucción del bosque centroafricano se ha reducido sensiblemente, pues para este medio la explotación minera resulta menos dañina que la agricultura.

3.2.2. El bosque tropical lluvioso durante el Holoceno: el Kibanguense.

El origen de la selva centroafricana se remonta al Periodo Cretácico⁵, momento en que las angiospermas (tipo de planta que compone en su totalidad el bosque tropical africano) comenzaron a establecerse en torno al golfo de Guinea. A finales del Terciario, el Ecuador alcanzó su actual posición y aparecieron los casquetes polares, provocando la retracción de las formaciones boscosas del norte de África y su concentración en torno a la zona ecuatorial entre el golfo de Guinea y la cuenca del Congo (Maley 1996). Gracias a un conocimiento más detallado de la evidencia paleobotánica, el Cuaternario ha sido

⁵ Un cuadro sinóptico de la evolución de la selva desde el Jurásico puede consultarse en White (2001: 6, Fig. 1.1).

dividido en cuatro periodos: Maluekiense (70.000 - 40.000 BP), Njiliense (40.000 - 30.000 BP), Leopoldvillense (30.000 - 12.000 BP) y Kibanguense (12.000 BP - actualidad) (Maley 1993: 44, Martí 2003: 36-39). El último de ellos corresponde con el Holoceno, en cuya fase más reciente se halla enmarcado este estudio.

El inicio del Kibanguense⁶ coincide con la rehumidificación y aumento de las temperaturas del arranque del Holoceno, que favorecerá la expansión máxima de la selva en una franja temporal que va del 9.500 al 3.000 BP (Elenga *et al.* 1992: 87, Grove 1993: 36, Giresse *et al.* 1994: 70, Maley 2004: 148, 153, Lebamba *et al.* 2012: 71). Aproximadamente hacia el 4.000 - 3.000 BP se detecta un resecaimiento climático que afecta a toda África, lo que hace que las formaciones vegetales de mosaico bosque-sabana empiecen a expandirse (Elenga *et al.* 1992: 88, Wirrmann *et al.* 2001, Ngomanda *et al.* 2009a: 655-656, Oslisly y White 2009, Lebamba *et al.* 2012: 71; este fenómeno es tratado con detalle por Ngomanda *et al.* 2009b y Vincens *et al.* 1998). Este resecaimiento climático ha sido puesto en conexión con el inicio de la expansión bantú (Schwartz 1992, Maley 1993: 46, Elenga *et al.* 1994, Oslisly 1994-1995: 324), cuyo origen geográfico estaría en algún lugar de la actual frontera entre Nigeria y Camerún (Vansina 1984). Entre el 2.000 - 1.600 BP se produce una pulsión húmeda de corta duración y aunque la selva recupera terreno no volverá a los máximos del Holoceno inferior y medio (Maley 2004: 154). A partir de 1.600 BP la selva experimenta una progresiva recesión y se documentan los primeros episodios de actividad antrópica, representados por la aparición de pólenes de *Elaeis guineensis* (palma de aceite) asociados en muchas ocasiones a restos arqueológicos (Elenga *et al.* 1992: 88, Nguetsop *et al.* 2004: 602). Además de relacionarlo con factores climáticos, varios autores han puesto también en relación el deterioro selvático de ésta última fase del Holoceno con la actividad antrópica (Schwartz 1992, Elenga *et al.* 1994), aunque esta hipótesis ha sido cuestionada últimamente (Ngomanda *et al.* 2009).

Nuestro estudio se encuadra en el final de este proceso, por lo que las características actuales de la selva no divergen excesivamente de las de aquel periodo en el que la selva empezaba a deteriorarse por cuestiones bien climáticas, bien antrópicas. Esta región selvática ha sido denominada guineo-congolesa (White 1983: 71-85) y sus rasgos climáticos dependen básicamente de su localización latitudinal tropical y de su posición altitudinal,

⁶ Como se refleja en la bibliografía citada, toda la información sobre este periodo ha sido extraída de publicaciones que basan sus resultados en análisis polínicos y de sedimentos lacustres en Camerún, Gabón y Congo.

no excediendo esta última los 1000 metros, a partir de los cuales las formaciones selváticas son sustituidas por el bosque afromontano (Martí 2003: 27). Veamos cuáles son esas características.

3.2.3. Precipitación

De las tres grandes áreas selváticas mundiales, la africana es la más seca de todas, pues su precipitación anual oscila entre 1.600 y 2.000 mm (White 1983: 72, 2001: 10). Esta precipitación varía de unas zonas a otras en la región guineo-congoleza, tanto en su distribución mensual como en su cantidad anual, si bien para la vegetación el primer factor es más importante que el segundo (Richards 1979: 139). Incluso en los periodos secos la precipitación mensual supera los 50 mm. La zona más húmeda de esta área, y una de las más húmedas del mundo, se sitúa en el arco que forma el golfo de Guinea, entre el sur del Monte Camerún y la isla de Bioko, donde se alcanzan los 10.000 mm anuales (Bultot y Griffiths 1972: 285-286, 288, consultar tablas XXII y XXIII).

La presencia o ausencia de estacionalidad depende de la cercanía al Ecuador. Cuando el sol está en el cenit y sus rayos inciden perpendicularmente, la lluvia cae con intensidad. De tal modo, conforme nos alejamos de la latitud ecuatorial la estacionalidad se va haciendo proporcionalmente más marcada. En la zona que va de los 3 a los 10°, tanto al Norte como al Sur, existen dos estaciones secas y dos húmedas. Más alejados del paralelo 10° tan sólo existe una estación seca y una húmeda (Richards 1979: 139).

3.2.4. Temperatura

La temperatura de las regiones selváticas se caracteriza por su calidez y estabilidad, hecho que deriva principalmente de la escasa variación de la duración del día en la zona tropical (Richards 1979: 138). Las temperaturas medias anuales oscilan entre los 20 y los 28°C, siendo la diferencia entre los meses más fríos y los más cálidos inferior a 5°C (Richards 1979: 136). Esa variación térmica aumenta conforme nos alejamos del Ecuador, pero raramente supera los 13°C (Richards 1979: 136).

La ciudad de Malabo, al norte de la isla de Bioko, registra temperaturas mensuales medias mínimas de 19-22°C y máximas de 29-32°C (Bultot y Griffiths 1972: 284), mientras que Duala, en la costa camerunesa, registra medias anuales de 27°C para el mes más cálido y de 24°C para el más frío (Richards 1979: 137, Table 10).

3.2.5. Humedad

Las elevadas precipitaciones y las temperaturas cálidas constantes son las dos propiedades climáticas fundamentales que hacen que la selva exista. La combinación de ambas da como resultado una tercera cualidad que es tan importante como las otras dos: una altísima humedad relativa que siempre supera el 50%. En la selva, durante la noche, la humedad relativa está cercana a la saturación, mientras que durante el día puede bajar hasta valores del 65% (Richards 1979: 143).

Malabo ofrece porcentajes mensuales de humedad relativa que oscilan entre el 88 y el 92% (Bultot y Griffiths 1972: 284). En Duala, las medias de los meses más y menos húmedos son, respectivamente, 96 y 94% (Richards 1979: 144, Table 13).

3.2.6. Suelo

Los suelos selváticos tienen una textura generalmente limosa o arcillosa, con cierta tendencia arenosa en los niveles superficiales, y su color característico es el rojizo o amarillento (Richards 1979: 205). Ante semejante despliegue vegetal, sería lógico pensar que los suelos selváticos son riquísimos en nutrientes, pero lo cierto es que la selva bien podría ser definida como un gigante con pies de barro, pues el suelo que la sustenta es extremadamente pobre y frágil.

La pobreza de estos suelos se debe fundamentalmente a las abundantes precipitaciones que los lavan continuamente arrastrando así gran parte de sus nutrientes. Las continuas lluvias evitan que los suelos almacenen los nutrientes ofrecidos por los desechos vegetales que van depositándose en la superficie, siendo éstos rápidamente absorbidos por las plantas. A consecuencia de esto, los suelos son pobres en nutrientes y pésimos para la agricultura (Denslow 1988: 34). Esta milenaria exposición a las lluvias ha dejado al descubierto los óxidos de hierro y aluminio, que otorgan al suelo su característico tono rojizo (Richards 1979: 209) y que convierten su pH en extremadamente ácido (Denslow 1988: 33), lo que para la arqueología significa la prácticamente nula conservación de cualquier resto de materia orgánica.

3.2.7. Vegetación

El dominio forestal guineo-congolés constituye uno de las siete centros regionales de endemismo de un total de veinte clasificaciones corológicas definidas por la *Association*

pour l'Etude Taxonomique de la Flore d'Afrique Tropicale (AETFAT) para el continente africano (White 2001: 8-9). A su vez, White (1979) dividió la región guineo-congolese en tres subregiones: alta Guinea, baja Guinea y congolese; distribuidas de Oeste a Este, las dos primeras quedarían divididas por el vacío de Dahomey y la segunda y la tercera por el río Shanga (White 2001: 12). Nuestro estudio está centrado en la subregión baja Guinea, que se distribuye por Camerún, Guinea Ecuatorial, Gabón y la zona costera de Congo. La vegetación de este dominio forestal comprende diversos tipos de bosque lluvioso tropical de tierras bajas (White 1983). Aunque se caracteriza por presentar una menor cantidad de familias, géneros y especies que los bosques americanos o asiáticos⁷ (White 2001: 11, Martí 2003: 27), cuenta con alrededor de 8.000 especies florísticas, de las que más del 80% son endémicas (White 1983: 46).

El bosque tropical lluvioso africano cuenta con un dosel vegetal que alcanza con facilidad los 30 metros de altura, superándolo en ocasiones. La mayoría de sus especies son leñosas, siendo un 37% fanerófitas no trepadoras (árboles, arbustos, cañas y grandes hierbas). Varias familias de leguminosas componen los grandes árboles (*Caesalpiniaceae* y *Mimosaceae*). El ramaje de estos árboles se abre cerca del dosel formando coronas que suelen ser estrechas. El tronco está cubierto de corteza lisa, y la mayoría presenta contrafuertes en la base que los fijan al suelo. Muchas de las especies son caulifloras, es decir, sus flores aparecen en los troncos o ramas. Las hojas suelen ser verdes oscuras, lanceoladas o elípticas. En las zonas más húmedas abundan las hierbas epífitas (orquídeas y helechos). Aunque alguna especie pueda ser caducifolia, el bosque en sí mismo es perenne o semi-perenne (White 1983: 75).

Como apuntamos anteriormente, los bosques tropicales son formaciones dinámicas, pues están expuestos a diferentes grados de alteración tanto natural como antrópica. Cuando un bosque es modificado pasa por una serie de fases hasta alcanzar de nuevo el "equilibrio", en función de esto existen las llamadas formaciones primarias y secundarias (Martí 2003: 30).

⁷ La razón de por qué la flora de la selva africana es más pobre que la del resto de selvas del mundo es objeto de debate. Aún no hay certeza sobre si se trata de una característica propia de la selva africana o si ésta se empobreció en algún momento determinado. La "hipótesis de los refugios forestales" (Hamilton 1972-74, 1989: 156, Martí 2003: 40-42, Plana 2004: 1588-1589) apoya la segunda opción, sugiriendo que sucesivas fases áridas desde el Mioceno, pero sobre todo durante el Cuaternario, redujeron el bosque hasta áreas concretas del continente, los llamados "refugios" (Hamilton y Taylor 1991), desde donde volverían a expandirse una vez recuperadas las condiciones de humedad necesarias. Este hecho haría que hoy en día esos antiguos refugios sean zonas con una densidad de especies y endemismos relativamente elevada.

Las formaciones primarias o clímax son aquéllas que se han desarrollado sin sufrir alteraciones importantes durante largos periodos. Constituyen la fase final de la evolución forestal. Este tipo de bosque presenta una gran diversidad biológica: la mayoría de las especies están presentes en un número relativamente bajo (Martí 2003: 30). Físicamente se caracterizan por no dejar penetrar luz en su interior, por lo que las plantas de pequeño tamaño son prácticamente inexistentes, lo que facilita la circulación por su interior.



Fig. 3.5. Formación forestal secundaria en la isla de Corisco (Guinea Ecuatorial). Fotografía del autor.

Las formaciones secundarias o pioneras abarcan todos los estados existentes desde la modificación hasta el clímax (pionero, secundario temprano, secundario tardío y primario o clímax). Una vez que la formación forestal ha sido abierta, por motivos naturales o antrópicos, la luz penetra en el suelo y un tipo de especies diferentes a las del bosque clímax se desarrollan. Son aquéllas que no toleran la sombra y producen abundantes semillas que se dispersan con facilidad; la más característica es *Musanga cecropioides*. Esas semillas se conservan en el suelo hasta que los rayos del sol vuelven a penetrar de nuevo.

La diversidad arbórea durante esta fase se incrementa y la frecuencia y distribución de especies varían. Con el paso del tiempo, el dosel vegetal va cerrándose hasta impedir la entrada de la luz, con lo que estas plantas dejan de desarrollarse, mientras que sus semillas aguardan en el suelo hasta la siguiente apertura del dosel (Martí 2003: 31). Físicamente esta formación forestal es reconocible por tener una abundante maleza que dificulta el tránsito [Fig. 3.5].

Como vemos, la idea de la selva infranqueable (la jungla) en realidad tiene que ver con la perspectiva que hay de la selva desde el camino que la corta y que suele dejar una franja de espesa maleza a ambos lados. Una vez atravesada esa franja, si la formación es de tipo primario, el espacio es limpio y transitable, pues la falta de luz impide el desarrollo de vegetación de pequeño tamaño (Vansina 1990: 43). Las selvas impenetrables se corresponderían únicamente con las formaciones secundarias (para un desarrollo más detallado de las interacciones entre formaciones primarias y secundarias ver Jacobs 1998: cap. 8).

3.2.8. Fauna

La fauna selvática es enormemente variada e incluye un gran número de insectos, peces, anfibios, mamíferos, reptiles y aves que interactúan activamente con el resto de elementos de este ecosistema. Las publicaciones científicas dedicadas al bosque tropical lluvioso suelen centrar su atención, a menudo con exclusividad, en la flora, obviando la fauna o haciendo vagas referencias a ella (sirvan de ejemplo Jacobs 1988, Hamilton 1989). Por ello, es habitual que las publicaciones dedicadas a la fauna selvática africana se centren en aspectos específicos de determinadas especies, escaseando, en comparación, las que la estudian desde un punto de vista general (excepciones son Basilio 1962, Barreiro *et al.* 2002, Rodríguez 2006). Dada la importancia capital de la fauna selvática tanto a nivel regional como mundial, hemos creído conveniente incluir un pequeño apartado en este capítulo.

En contraposición a la omnipresente vegetación selvática, los animales de este ecosistema no se encuentran con facilidad a simple vista. Esto se debe a que en una gran mayoría la fauna selvática es nocturna y su hábitat no es el suelo, sino el dosel vegetal (Jacobs 1988: 139). Al igual que ocurre con las plantas, el número de individuos de cada especie animal por unidad de espacio es pequeño (Wilkie 1988: 113), esto quiere decir

que es necesario recorrer largas distancias para encontrar varios individuos de una misma especie, hecho que tampoco facilita su localización. Mamíferos y anfibios son quizás los animales selváticos más representativos de este ecosistema.

De entre los mamíferos destacan varias especies de murciélagos (*Hipposiderus ruber*, *Hypsignathus monstrosus*, *Megaloglossus woermanni*), ardillas (*Anomalurus derbianus*, *Protoxerus stangeri*) y primates como el mono de nariz blanca (*Cercopithecus nictitans*), el colobo negro (*Colobus satanas*), el gorila (*Gorilla gorilla*), el mandril (*Mandrillus leucophaeus*) y el chimpancé (*Pan troglodytes*). Otros mamíferos selváticos son la jineta (*Genetta servalina*), el hipopótamo (*Hippopotamus amphibious*), el pangolín (*Manis tricuspis*), el leopardo (*Panthera pardus*), el búfalo africano (*Syncerus caffer*), el sitatunga (*Tragelaphus spekei*), el duiquero azul (*Cephalophus monticola*) y el elefante africano (*Loxodonta africana*) (Barreiro *et al.* 2002).

Los reptiles incluyen un gran número de serpientes como la víbora rinoceronte (*Bitis nasicornis*), la cobra blanquinegra (*Naja melanoleuca*), la serpiente arborícola de Günter (*Dipsadoboa unicolor*), la pitón africana de roca (*Python sabae*) y la culebra ciega punteada (*Typhlops punctatus*). También son típicos de la selva el lagarto agama común o arco iris (*Agama agama*), el camaleón crestado (*Chamaeleo cristatus*), la tortuga verde (*Chelonia mydas*) y la tortuga de cuello escondido del Gabón (*Pelusios gabonensis*), la salamanquesa de Brook (*Hemidactylus brooki*), el cocodrilo enano africano (*Osteolaemus tetraspis*), la lagartija colilarga oscura (*Poromera fordii*) y el varano del Nilo (*Varanus niloticus*) (Barreiro *et al.* 2002).

Arqueológicamente es prácticamente imposible determinar las pautas de consumo de animales entre las poblaciones de la selva. Como vimos, la acidez del suelo impide la conservación de restos orgánicos. Sin embargo, las fuentes etnológicas confirman que la fauna ha sido, y es, uno de los recursos alimenticios fundamentales de las poblaciones selváticas, si bien el grado de dependencia de este tipo de recurso varía de unas poblaciones a otras. Representativo de este aprovechamiento es la relación existente entre los Efe (pigmeos) y los Lese (sus vecinos agricultores) de la selva de Ituri al Noreste de la República Democrática del Congo. Ambos mantienen una íntima relación de interdependencia, pues no sólo comparten el mundo material y mítico, sino estrechos vínculos humanos. A pesar de ello, al ser cuestionados sobre la naturaleza de su relación, sólo contemplan

el matiz económico: los Efe proveen a los Lese de carne de caza mientras que los Lese entregan a cambio productos cultivados (Grinker 1994). El trampeo es también habitual entre muchas etnias: los bubi y los fang de Guinea Ecuatorial han convertido esta práctica en todo un arte que aún hoy se sigue practicando con destreza (Tessmann 2003: 141-160, 2008: 89-94). En la actualidad, en áreas urbanas, la carne de caza sigue siendo muy valorada gastronómicamente.

3.3. La selva vivida

Es probable que las expectativas sobre una descripción de la selva se ajusten más o menos al contenido del anterior apartado: su evolución a lo largo del Holoceno, cuestiones climáticas, su vegetación, etc. Sin embargo, nos parece fundamental no pasar por alto “otra” visión de la selva: la visión de los “otros”. Y esos otros no son sino sus propios habitantes. No es nuestra intención comprender y analizar cuál es la percepción que de la selva tienen las poblaciones humanas que habitan en ella, pues sería un objetivo demasiado pretencioso para un capítulo como este. Sin embargo, con el fin de obtener una imagen más completa y menos sesgada de la selva creemos oportuno valorarla a escala humana, poniendo de relieve cómo sus habitantes interactúan con ella y qué aspectos suyos les resultan más relevantes.

Cabe esperar que en un territorio de casi tres millones de km², que prácticamente cruza el continente de Este a Oeste, las prácticas humanas varíen; igualmente, no debemos dar por hecho que esas prácticas se hayan mantenido inalteradas a lo largo del tiempo, más aún tras una larga historia de injerencias colonialistas. Puesto que no resulta posible (ni es el fin de esta tesis) realizar una documentación exhaustiva del modo en que cada uno de los grupos humanos que habita en este tipo de medio lo gestiona, trataremos, al menos, de ofrecer una visión global sobre cómo los pueblos bantúes, habitantes de nuestra zona de estudio al menos desde el primer milenio a.C., interactúan con el ecosistema selvático. Con la intención de combinar las escalas geográfica y temporal utilizaremos indistintamente fuentes arqueológicas, antropológicas y etnohistóricas. Conviene recordar la dificultad de reconstruir la interacción entre los seres humanos prehistóricos y su medio a partir del registro arqueológico, dada la prácticamente nula conservación de los elementos orgánicos en el sustrato selvático. Para solventar este contratiempo contamos con las informaciones de los grupos actuales que aún mantienen un modo de vida tradicional y los testimonios

de los antropólogos y viajeros que recorrieron África central a inicios del periodo colonial. En cualquier caso, no debemos olvidar que mientras las cuestiones más generales serán extensibles a la totalidad de habitantes de la selva centroafricana (aprovechamiento de recursos vegetales, por ejemplo), las más concretas (rituales, vinculación a mitos) sólo serán válidas para aquéllos grupos de las que fueron extraídas.

Los grupos humanos que tradicionalmente han habitado la selva de África central han sido cazadores-recolectores y horticultores. Estas poblaciones se relacionan con los elementos que constituyen la selva en un plano ontológicamente distinto al de Occidente. La perspectiva occidental es la *naturalista*: haciendo uso del dualismo cartesiano, consideramos que la naturaleza existe como entidad independiente, ajena -y opuesta- a la cultura. Este modelo no es extensible a las sociedades preindustriales cuya perspectiva suele ser la *animista*: aquello que nosotros consideramos naturaleza es para ellos una parte más de la realidad social, y se interactúa con ella en consecuencia. Cada elemento “natural” sería el término de una relación establecida entre dos sujetos. Los “elementos naturales” tendrían por tanto un carácter volitivo, serían agentes con los que se interactúa, con capacidad de interferir en la vida social y de formar parte de ella (este asunto ha sido ampliamente desarrollado en Descola y Pálsson 2001, un resumen se puede encontrar en Descola 2004). Como veremos más adelante, las poblaciones que tradicionalmente han habitado la selva de África central tenían una concepción animista de su medio, y por mucho que en nuestras descripciones opongamos continuamente las categorías de naturaleza y cultura (usando expresiones tales como medio, ecosistema, biotopo, paisaje), ellos no las percibían, e incluso muchos hoy en día no las perciben, del mismo modo.

Con estas ideas en mente, pasaremos a valorar brevemente la importancia de tres de los cultivos básicos que permiten la vida en la selva y nos aproximaremos someramente a la relación subjetiva que los habitantes de la selva establecen con ella.

3.3.1. El ñame (*Dioscorea cayenensis*)

El ñame es un tubérculo trepador del que se aprovecha únicamente el bulbo. Su origen está en el Triásico o Jurásico inferior, y para el Mioceno ya se había extendido por todas las áreas tropicales mundiales (Coursey 1980: 68). El ñame está adaptado a un ecosistema de transición entre selva y sabana, pues necesita la humedad de la primera y el sol de la segunda (Andah 1993: 246), pero ha sido introducido en áreas selváticas por

el ser humano, quien despeja la vegetación para que reciba la luz necesaria. De hecho, la penetración humana en las zonas más húmedas de África vino favorecida por el uso de esta planta en detrimento de los cereales, nada aptos para estos ambientes (Coursey 1980: 85). Prueba de ello es la escasamente exitosa plantación de trigo hecha por los colonos holandeses en la isla de Corisco en el siglo XVII con el objetivo de abastecer a los barcos que viajaban camino de las Indias Orientales (Burton 1876: 103). La gran ventaja del ñame es la posibilidad que ofrece de almacenar sus tubérculos, que pueden ser usados como reserva para el futuro (Coursey 1980: 84).

El ñame constituye un alimento básico en África occidental, sobre todo en la zona que cubre la mitad sur de Nigeria, Benin, Togo y Ghana (Coursey 1980: 77, Fig.1), aunque también se documenta en nuestra área de estudio, por ejemplo entre los fang (Tessmann 2003: 124) y los bubi (Tessmann 2008: 86-87) de Guinea Ecuatorial. Nuestro conocimiento arqueológico del ñame es muy reducido, dada la prácticamente nula posibilidad de que sus restos se conserven a causa de la acidez del suelo.

3.3.2. La palma de aceite (*Elaeis guineensis*)

La *Elaeis guineensis*, comúnmente conocida como palma africana de aceite o palma aceitera, es una de las palmeras más comunes de África central y occidental, aunque también existe en América. Tiene un origen propiamente africano que arranca del Cretácico Superior, cuando las angiospermas se fueron convirtiendo en especies dominantes en los bosques tropicales (Zeven 1964, Maley 1999: 237). Los endocarpos de la palma, nuez de palma o palmiste, son probablemente el elemento vegetal más habitualmente conservado en el registro arqueológico de África central y occidental. En toda la costa central atlántica de África es habitual encontrar contextos arqueológicos domésticos formados por fosas de desecho en donde aparecen recurrentemente endocarpos de *Elaeis* carbonizados. Las analíticas de sedimentos terrestres también contienen con frecuencia restos de polen de esta planta (Sowunmi 1999: 199). Esta presencia, nos habla de un temprano uso de este recurso selvático, además de facilitar la precisa datación radiocarbónica de los contextos que se le asocian al ser su semilla un material orgánico de vida corta.

A finales del siglo XIX, Oscar Baumann se refería al aceite de palma como el principal producto con el que comerciaban los bubis de Bioko (Baumann 2012: 207-208). Hoy en día la palma de aceite continúa siendo un cultivo muy importante de las economías de

África occidental y centro-occidental, pues es fuente de aceites y grasas (para consumo doméstico, industrias nacionales y exportación), sirve para elaborar bebidas alcohólicas (vino de palma) y combustible, como elemento de construcción, sus nueces son comestibles tanto por humanos como por animales, tiene también importantes usos medicinales, además de rituales y adivinatorios en las religiones tradicionales (Burton 1863: 50, Andah 1993: 248, Eggert 1993: 324, Sowunmi 1999: 201, D'Andrea *et al.* 2006: 201, Tab. 1). La palma de aceite es tan importante para estas poblaciones que diversos grupos la tienen presente en sus mitos de origen, como los Gouro de Costa de Marfil, cuyo mito presenta la palma como un don de dios al comienzo de la humanidad (Haxaire 1996, cit. por Maley 1999: 241), o los Wuli de Camerún, quienes en su mito de origen recuerdan la temprana explotación de este fruto, en una fase recolectora anterior a la agrícola (Baeke 1996, cit. por Maley y Chepstow-Lusty 2001: 118). Los bubi de Bioko consideraban que cada palmera poseía un espíritu a quien había que ofrendar antes de aprovechar sus recursos (Martín del Molino 1993: 468).

Las plantaciones de palma son habituales, habiéndose fomentado desde época colonial (Maley 1999: 240). Sin embargo, no existe consenso sobre si la palma de aceite se cultivaba en época prehistórica o si solamente se recolectaban sus frutos. Esto se debe a que el hábitat originario de esta planta es la vegetación forestal marginal, además de ser una especie pionera colonizadora de los espacios abiertos (Neumann 2005: 626). Hay quienes defienden que los datos ofrecidos por los perfiles polínicos de África occidental y centro-occidental a partir de finales del segundo milenio a.C. indican cultivo, además de que encontrar este tipo de restos en bosque cerrado implicaría necesariamente la presencia humana, si no cultivando sí favoreciendo su crecimiento (Sowunmi 1999: 202, Casey 2005: 234). Otros investigadores recuerdan que la selva puede abrirse por motivos naturales, e interpretan los altos porcentajes de palma de aceite en los perfiles polínicos como resultado de la dramática reducción del bosque debido a la crisis climática que culminó a mediados del primer milenio a.C. (Maley y Chepstow-Lusty 2001). Las hipótesis valoradas obedecen a las interpretaciones del registro polínico y difícilmente ofrecerán datos concluyentes ya que, en el registro arqueológico, las huellas de las actividades humanas pueden verse ensombrecidas por eventos climáticos (D'Andrea *et al.* 2006: 196-198).

3.3.3. La banana (*Musa paradisiaca*)

La banana es uno de los cultivos fundamentales de África tropical. Durante siglos se ha utilizado como alimento básico y determinadas especies se han usado fermentadas para producir bebidas. Su verdadera importancia radica en dos factores: su perfecta adaptación al ecosistema tropical (contrario a lo que ocurre con el ñame o la palma de aceite), lo que facilita enormemente su cultivo, y su enorme productividad, que excede la de la yuca en un factor de diez (Vansina 1993: 61). Esto permitió a los agricultores de África central expandirse con facilidad por la selva y crecer con mayor rapidez (Vansina 1993: 65).

A principios del siglo XX, la banana seguía teniendo una relevancia capital para los fang de Guinea Ecuatorial. Formaba parte de su alimentación básica y estaba presente en sus adivinanzas. El antropólogo Günter Tessmann atribuye esta importancia a la enorme facilidad de su cultivo, de ahí el sobrenombre de su especie *paradisiaca*: “éste es el ideal: salario sin trabajo, frutos sin esfuerzo, comida que le cae a uno en la boca sin trabajar manualmente” (Tessmann 2003: 128-129).

Que la banana ha sido y es un cultivo fundamental en África central es algo universalmente aceptado, aunque cómo, cuándo y de qué manera llegó la banana a África sigue siendo objeto de discusión. Se sabe que su origen es asiático y que probablemente penetró en África a través del alto valle del Nilo (Vansina 1993: 62, Fuller *et al.* 2011: 549). La escasa idoneidad de este ecosistema para la banana sugiere la presencia humana transportando la planta de hábitat favorable en hábitat favorable, favoreciendo así su dispersión (Vansina 1993: 64), aunque los datos disponibles para justificar este proceso son aún escasos.

La evidencia arqueológica y lingüística, sumada a la escasez de los estudios genéticos, apenas arrojan luz sobre cuándo llegó la banana a África. Tradicionalmente se ha fijado el origen de su cultivo en torno al inicio de la era y una difusión relativamente completa para mediados del primer milenio d.C. (Vansina 1993: 64). No obstante, estudios arqueológicos recientes retrotraen este proceso al primer milenio a.C. en el sur de Camerún (Mbida *et al.* 2000, 2001a), e incluso al cuarto milenio a.C. en Uganda (Lejju *et al.* 2006). La dudosa identificación del polen de esta especie hace que estos controvertidos datos estén lejos de ser aceptados por el conjunto de la comunidad científica (Vansina 2003).

3.3.4. La selva de los símbolos

El ñame, la palma aceitera y la banana son probablemente los tres cultivos más importantes de la selva africana, además de la base de la alimentación de estas poblaciones. No obstante, la selva no es sólo proveedora de alimentos, sino un sujeto con el que se interactúa. La relación que establecen con la selva los grupos humanos que la habitan va mucho más allá del mero aprovechamiento económico. La selva virgen es un lugar respetado y temido, de donde se extraen los remedios medicinales, en donde se entierra a los difuntos y se realizan rituales. Es también donde habitan los espíritus y donde transcurren los mitos.

Los habitantes de la región selvática que constituye nuestro objeto de estudio tienen, por lo general, una concepción claramente diferenciada entre el espacio doméstico (la selva abierta, antropizada, aneja a la vivienda) y el bosque (la selva virgen, no modificada). Ambas zonas, aunque limítrofes, están bien diferenciadas tanto simbólicamente como materialmente. Físicamente los caminos o los huertos sirven de frontera entre ambos mundos, el espacio doméstico, controlado y seguro, y el bosque, conocido pero peligroso (ver Martín del Molino 1993: 129, Picornell *et al.* 2011: 378). Las interacciones que se producen entre una y otra área requieren de un conocimiento específico sobre las características del bosque y las particularidades de los sujetos (no humanos) que lo habitan.

El mundo mítico y ritual de los habitantes del golfo de Guinea tiene una estrecha vinculación con determinados elementos de la selva. Muchas de las especies vegetales poseen características especiales que deben ser conocidas para interactuar adecuadamente con ellas. Esto hace que la selva sea un lugar apto sólo para especialistas, pues ignorar sus particularidades puede convertirla en un lugar peligroso. Los rituales que no deben realizarse a la vista de todos son habitualmente llevados a cabo en el interior de la selva (Mallart 1993), en donde se encuentran múltiples lugares sagrados (Martín del Molino 1993: cap. 11). Allí habitan los seres sobrenaturales de quienes se espera recibir algún don o a quienes hay que contentar para evitar su furia (Martín del Molino 1993: cap. 3). Aunque los seres sobrenaturales y los antepasados habitan en la selva, no todos depositan allí a sus muertos. Tradicionalmente los fang entierran a sus muertos dentro de los poblados (Tessmann 2003: cap. XXII), mientras que los bubi depositan sus cadáveres en lugares ocultos a donde rara vez se regresa (Martín del Molino 1993: 131).

Sirva como ejemplo de la cantidad de seres que habitan la selva las informaciones recogidas por Martín del Molino (1993) en Bioko, donde los espíritus de los tornados residen en el Pico de Santa Isabel (hoy pico de Basilé), el gran espíritu Moababioko vive en el pico Biao, y Eosó, el gran capitán, habita junto a las cascadas cercanas al bosque, donde se construyen sus capillas (Martín del Molino 1993: 87). Entre los lugares sagrados de los bubi “los bosques” tienen un lugar predominante, como es el caso del bosque de Mosubá, propiedad del espíritu Miukuáledé, donde se celebraba la gran cacería sagrada. Allí habita Yoló un espíritu de carácter maligno que impide que se aprovechen sus recursos. En este mismo sentido, hemos podido comprobar cómo los benga de Corisco siguen celebrando cada año el ritual en el que espantan al Mekuyo, espíritu de los bosques al que hay que hacer regresar a su interior con cánticos y danzas [Fig. 3.6].



Fig. 3.6. Fiesta del Mekuyo, celebrada en la isla de Corisco (Guinea Ecuatorial) en mayo de 2011. Fotografía de Cruz Ferro.

Pero no hace falta adentrarse en el mundo expresamente ritual o evidentemente simbólico para percibir matices de la percepción subjetiva de la naturaleza por parte de sus habitantes. El estudio de las actividades de mantenimiento, labor históricamente infravalorada en la arqueología (Montón y Sánchez 2008), puede arrojar luz sobre esta

realidad. En este sentido, Picornell (2009a, 2009b, Picornell *et al.* 2011) incide en cómo la recolección de leña por parte de las mujeres fang de Guinea Ecuatorial no sólo nos informa sobre pautas de consumo de recursos selváticos, sino que nos ayuda a comprender la relación subjetiva que los fang establecen con el bosque. La leña es el único combustible utilizado por los fang y aunque la primera tala es realizada por hombres, la recolección de leña del huerto corresponde a las mujeres (Picornell 2009a: 47). Aunque existe una noción sobre el “combustible ideal”, los criterios de selección de la leña suelen responder únicamente al diámetro de los troncos y no a su calidad como combustible (Picornell 2009a: 49). Esta norma rige de forma generalizada a excepción de dos árboles: el *ebaiñ* y el *ñuará*. Ambas especies son igualmente útiles como combustible pero sus características no tangibles las inhabilitan en este sentido. La primera de las especies es evitada por violenta, pues durante su crecimiento las vainas que contienen sus semillas estallan imprevisiblemente haciendo un ruido estrepitoso. La segunda especie tiene la capacidad de provocar desgracias en los bienes materiales de las personas; quemarla significaría quemar la prosperidad (Picornell 2009a: 50). Una explicación puramente economicista difícilmente podría justificar la recolección selectiva de leña que las mujeres fang realizan en sus huertos. Por el contrario, si atendemos a las pautas subjetivas de entendimiento del medio por parte de sus habitantes podemos comprender más cabalmente la naturaleza de esta relación.

3.4. Conclusión

En este capítulo hemos visto cómo la selva fue un ecosistema desconocido para la población occidental durante mucho tiempo. A partir del siglo XV se inaugura un largo periodo de viajes, exploraciones y conquista que culminará en los siglos XIX y XX con el control de las regiones selváticas africanas por parte de las potencias coloniales europeas. Durante este largo periodo, Occidente apprehendió la selva de muy diferentes maneras: simbólica, física y científicamente, y todas ellas sirvieron para ir moldeando la idea occidental de lo que la selva era.

Primero fueron los viajeros, los exploradores, los científicos. Ellos llegaron a la selva y se la descubrieron a sus compatriotas a través de las descripciones que ofrecían en sus narraciones. Construyeron imágenes exageradas de un ecosistema que se les antojó fantástico y lo describieron contradictoriamente según la experiencia subjetiva de cada

uno: como una reliquia paradisiaca o como un infierno ponzoñoso. Estas dos visiones, con todas las variaciones que caben entre ambas, fueron calando en la sociedad occidental gracias a la pintura, la literatura y también el cine, creando imágenes estereotipadas de un ecosistema escasamente conocido. Fragmentos seleccionados de su fauna y su flora viajaron en ocasiones hasta Europa y Norteamérica como muestra física de su exuberancia. Una versión de la selva pudo ser contemplada en directo en las exposiciones universales por un lado, y en los zoos y jardines botánicos por otro. Estos espacios permitieron que la selva se convirtiese, más allá de la descripción literaria o gráfica, en un elemento tangible, real y no mítico, escenario imaginado de aventureros supervivientes.

Pero todo este proceso no se limitó al mundo de las ideas. Mientras que en Occidente se construía un complejo imaginario sobre la selva, en la verdadera selva los efectos materiales de la colonización estaban teniendo consecuencias trágicas, tanto para ella como para sus habitantes. Ambos fueron objetivados como la “otredad”, y esto permitió a las potencias occidentales capitalistas explotarlas sin cuestionamiento. La consecuencia de esta barbarie fue la devastación física y cultural de los seres humanos que habitaban allí (Hochschild 2007), los cuales fueron esclavizados y usados como mano de obra gratuita para la extracción de caucho y madera (este hecho ya fue entonces denunciado por gente como Edmund Dene Morel o Roger Casement, ver Ó Síocháin y O’Sullivan 2003).

La parte positiva de tal objetivación fue el estudio científico del bosque tropical lluvioso. Maravillados al principio por el gran contraste entre este ecosistema y los de la Europa templada, los botánicos comprendieron que tal exuberancia florística dependía principalmente de tres factores: precipitaciones abundantes y distribuidas a lo largo del año, temperaturas cálidas y una alta humedad relativa. Superados definitivamente los prejuicios sobre la inmutabilidad de la selva, se empezó a comprender su complejidad, derivada del gran número de interrelaciones existente entre la gran variedad de especies vegetales y animales que la conforman. A día de hoy, la investigación sobre la selva sigue deparando nuevas informaciones y muchos puntos importantes siguen siendo objeto de debate.

La visión naturalista occidental construyó definitivamente una idea científica de la selva, de sus características climáticas, su fauna, su flora y sus interrelaciones en el pasado y en el presente. Sin embargo, si detuviésemos aquí la narración estaríamos obviando una

experiencia decisiva en la comprensión de la selva, y esa experiencia no es otra que la de sus propios habitantes. Con el objetivo de cerrar este capítulo ofreciendo una perspectiva local, hemos tratado de, por un lado, poner de relieve aquellos elementos selváticos que son más relevantes para las poblaciones de África central y, por otro, esbozar la compleja relación intersubjetiva que los habitantes de la selva mantienen con ella. Para esto último hemos de adoptar una perspectiva animista que nos permita valorar cómo para las sociedades preindustriales todos los elementos de la selva se hallan embebidos en la red social. La selva es, para estos grupos humanos, no sólo el espacio donde viven, sino donde habitan los ancestros, donde suceden los mitos y donde se celebran los ritos.

En definitiva, combinando estas tres diferentes aproximaciones al bosque tropical lluvioso hemos tratado de ofrecer una visión más completa y variada de la realidad selvática y, a la vez, evitar favorecer la perspectiva occidental frente a la local.

CAPÍTULO 4.

LOS PUEBLOS BANTÚES

“One needs other tags, tags that exist for everything, tags that duplicate the world. But do they exist? Yes, they do. These tags are the words we use for everything, be it object, activity, thought, or feeling”.

Jan Vansina, *Paths in the rainforests*, 1990

En los años 60 del siglo XX el lingüista Christopher Ehret acertó a vislumbrar que la reconstrucción de lenguas desaparecidas podía tener una utilidad “arqueológica”. La lingüística histórica como la concebimos hoy había nacido tiempo atrás, ligada a los estudios indoeuropeos, pero hay que esperar hasta inicios del siglo XX para asistir a su verdadero florecimiento gracias, en gran medida, al suizo Ferdinand de Saussure, quien con su *Curso de lingüística general* (1916) contribuyó a convertir la disciplina en una ciencia positiva. Esta ciencia permitía conocer la estructura de las lenguas, rastrear su grado de “parentesco” y su posible cronología; es más, la existencia de un conjunto de lenguas vivas emparentadas, esto es, descendientes de una lengua común, posibilitaba, mediante comparación de términos, la reconstrucción parcial de la lengua desaparecida o “proto-lengua”. La técnica pionera introducida por Ehret consistió en la reconstrucción de lenguas desaparecidas a través de la comparación cruzada de palabras con significación cultural, labor que nos permitiría acceder no sólo a la lengua en sí, sino al conocimiento de ciertas características del grupo humano que había hablado tal lengua (Blench 1993: 127, ver como ejemplo Ehret 1993), del mismo modo que la arqueología se sirve de la cultura material para elaborar semejante reconstrucción. Así lo explicaba el propio Ehret (1976: 8):

“The existence of a word for something requires at least the acquaintance of the people speaking the language with the thing named, and the reconstructibility of a whole set of words dealing with a particular set of practices or ideas would show not only the bare knowledge but the practical importance of the set in the culture”.

Blench (1993: 127) usa el siguiente ejemplo para ilustrar esta técnica: no existen palabras relacionadas con el cultivo en la lengua reconstruida Proto-Níger-Congo, sin embargo sí existen palabras relacionadas con la caza. Podemos, por tanto, deducir que la división de este tronco lingüístico se produjo en una fase cazadora-recolectora previa a la adopción de la agricultura.

Por otro lado, el historiador y antropólogo Jan Vansina, a través del uso de la lingüística, las fuentes orales, la etnografía y la arqueología, puso de manifiesto con sus investigaciones la existencia de una “tradición” en África ecuatorial (Vansina 1990). Con “tradición” Vansina se refería a una historia cultural común y, por lo tanto, a unas instituciones políticas, una ideología y unas prácticas sociales compartidas. Ahondando en la idea anteriormente defendida por Ehret, afirmaba que:

“The form is an arbitrary feature, but the meaning refers to culture and society (...) the history of the *form* tells us something valid about the history of *meaning*: the institution, belief, value, or object to which the form pertains” (Vansina 1990: 11).

Pero para Vansina (1990: 258-260) tradición no significaba sólo continuidad, sino también cambio. Es evidente que para poder definir una tradición como tal, debe existir un cuerpo colectivo de representaciones físicas y cognitivas relativamente invariables y compartidas por un determinado grupo humano, que son las que le conceden su entidad como tradición independiente y, a su vez, la diferencian de otras. Sin embargo, aunque pueda parecer contradictorio, para que la tradición perviva ha de estar en continuo cambio. Las personas que comparten una misma tradición aceptan, rechazan o modelan préstamos culturales dependiendo de si son coherentes o no con la lógica de su tradición, la cual se ve transformada en muchas ocasiones de manera inconsciente. Efectivamente, para que la tradición pueda desarrollarse libremente necesita autonomía, es decir, el grupo humano en cuestión deberá contar con poder de autodeterminación: la agencia para aceptar, rechazar o modificar aquello que venga de fuera.

Las ideas de estos dos autores serán los pilares que sustenten este capítulo. Por un lado, la confirmación de que existe un bagaje común en los pueblos que habitan África ecuatorial y, por otro lado, la posibilidad de acceder a esa tradición no sólo a través de la arqueología (lo que haremos a partir del capítulo 6) sino a través de la lingüística. Basándonos en estas

dos premisas exploraremos la naturaleza del llamado “problema bantú” y trataremos de reconstruir las características básicas de la “tradición bantú”, que no son otras que las de las comunidades de la Edad del Hierro en África centro-occidental. Esto último nos permitirá enmarcar culturalmente a las sociedades que pasaremos a estudiar desde un punto de vista estrictamente arqueológico.

4.1. Lingüística bantú, la otra jungla africana

Resulta imposible adentrarse en el estudio de la historia de África precolonial sin toparse antes o después con estudios lingüísticos. No en vano, la lingüística fue durante años, aquéllos en los que la investigación arqueológica en el continente era escasa o nula, una de las principales herramientas para generar hipótesis y extraer conclusiones sobre el pasado de los pueblos africanos. Allí donde aún no se disponía de secuencias arqueológicas o fechas radiocarbónicas las herramientas propias de la lingüística ayudaban a arrojar algo de luz sobre los movimientos de los pueblos prehistóricos y la franja temporal en que éstos ocurrieron. A partir de los años setenta, a la par que la arqueología iba abriéndose camino en el continente, la lingüística empezó a contrastar sus argumentos con las nuevas informaciones generadas por los arqueólogos. Hoy en día, con la multiplicación de proyectos arqueológicos en África, la situación se ha tornado opuesta: la información procedente del campo de la arqueología empieza a ser lo suficientemente densa como para generar hipótesis de trabajo sólidas en sí mismas, las cuales sólo ocasionalmente son contrastadas con la lingüística (Eggert 2005: 308).

Fue a mediados del siglo XIX cuando Bleek (1851) utilizó por primera vez el término de origen zulú “bantú” -hombre- para referirse a una proto-lengua que habría sido común entre la mayoría de los pueblos del África subsahariana y de la cual derivarían muchas de las actuales lenguas africanas. De manera muy similar a como ocurrió con el término “indoeuropeo” (Renfrew 1990), la denominación “bantú” se generalizó, y sucesivos estudios le fueron asociando un contenido humano, cultural y socioeconómico (ver Murdock 1959, Posnansky 1968) hasta llegar a un punto en el que es difícil diferenciar “lengua bantú” de “poblaciones bantúes” (Vansina 1979: 288, 321). Es habitual encontrar estudios que hablan de los asentamientos bantúes, metalurgia bantú, sociología bantú o expansión bantú (ver, por ejemplo, Clist 1987c, Maret y Nsuka 1977, Nassau 1914, Oliver 1970, Vansina 1984), y aunque el transfondo lingüístico permanece en todos estos

trabajos¹, se considera una referencia más bien étnica o cultural.

Los argumentos usados por los lingüistas no son siempre fáciles de comprender para los no iniciados en la materia (es muy útil, en este sentido, Nurse 1997). La falta de acuerdo sobre los principios básicos de sus métodos de estudio y los consecuentes y sucesivos cambios de paradigma en la explicación de la expansión de las lenguas bantúes tampoco ayudan. Los lingüistas basan sus estudios sobre las lenguas bantúes básicamente en dos técnicas: la lexicoestadística y la glotocronología.

La lexicoestadística fue usada por primera vez por Dumont d'Urville (1834 cit. en Blench 2006: 40) para calcular el coeficiente de interrelación entre un cierto número de lenguas austronesias. Pero no sería hasta los estudios realizados por Swadesh (1952, 1955) que la lexicoestadística se generalizaría como método lingüístico de comparación cuantitativa. El principio básico de la lexicoestadística es simple: seleccionar un vocabulario básico de 100 ó 200 palabras y comparar su grado de relación (porcentaje de cognación) entre dos o más lenguas. Un mayor grado de cognación implicaría una mayor relación entre esas palabras y, en consecuencia, entre esas lenguas. De ahí se deduce que a mayor grado de cognación, menor es el tiempo que ha pasado desde que esas dos lenguas se escindieron de un tronco común y, viceversa, a menor grado de cognación, las lenguas se debieron escindir hace más tiempo. Esta técnica permite no sólo poner en relación las lenguas entre sí, sino ordenarlas en un sistema de cronología relativa a través de árboles en donde se expresa la relación "genética"² entre las diferentes lenguas. Para evitar la arbitrariedad en la selección de términos que conforma el "vocabulario básico" que sirve como eje de la comparación, es necesario seleccionar palabras que estén presentes en todas las lenguas y que sean resistentes al cambio o al préstamo, tales como los verbos que hacen alusión a funciones humanas básicas (ver, decir, saber, morir), o sustantivos tales como números, partes del cuerpo o elementos presentes en la naturaleza (negro, blanco, lluvia, sol, luna, estrella, hueso, sangre) (Bastin *et al.* 1999: 5, table 2.1.1.).

Al problema de no poder establecer cronologías absolutas para cada lengua se le puso solución recurriendo a la glotocronología. El principio básico de esta técnica consiste en

1 El término bantú sigue siendo tan controvertido hoy como para que sus estudiosos aún no se hayan puesto de acuerdo sobre qué criterios son necesarios para considerar una lengua bantú (Eggert 2005: 301).

2 La metáfora genética es ampliamente utilizada en el campo de la lingüística. Un ejemplo significativo lo vemos en Ehret (1976: 6-7). Aún así ha sido criticada, pues genética hace referencia a los genes y los genes nada tienen que ver que la lengua (Junyent 1998: 46).

considerar que los “vocabularios básicos” de cada lengua cambian a un ritmo constante. Ese ritmo, o tasa de retención, fue calculado analizando separaciones de lenguas en ramas del Indoeuropeo (Vansina 1990: 16), siendo del 81% por cada milenio (Bergsland y Vogt 1962: 115). De este modo, un porcentaje lexicoestadístico puede ser automáticamente convertido en una fecha de calendario.

No hace falta ser un especialista en lingüística para darse cuenta de que existen ciertos problemas en la aplicación de estas dos técnicas, y así ha sido reconocido por lingüistas, arqueólogos y estudiosos del pasado africano (ver Hoiyer 1956, Coleman 1988, Vansina 1990: 16, Blench 1993: 126-127, Nurse 1997: 366, Dixon 2002: 35-37, ver también Embleton 2000 para una síntesis del estado actual de la cuestión).

La primera crítica que se puede hacer a estas técnicas es que no se basan en la totalidad de lenguas existentes sino en una muestra aleatoria que no tiene por qué ser representativa. Al igual que la arqueología en lo que respecta a la cultura material, la lexicoestadística y la glotocronología sólo trabajan con las lenguas que han sobrevivido hasta el presente, ignorando el resto, de las cuales no existen documentos escritos para el caso bantú (Dalby 1976: 1, Bynon 1977: 67).

Otra crítica es el factor subjetivo que se introduce al seleccionar los términos que conforman el “vocabulario básico” de una lengua. Que ese conjunto de palabras sea el más resistente al cambio o al préstamo no deja de ser una suposición intuitiva y, aunque probablemente funcione para la mayoría de las lenguas no está probado como principio universal (Vansina 1990: 11, Dixon 2002: 35-37).

El punto que invalida de pleno la glotocronología es el hecho de que la tasa de retención sea constante. No lo es. Además, como apunta Vansina (1990: 16), las lenguas no se dividen en un momento concreto, sino que van divergiendo en procesos que pueden ser más o menos largos, e imposibles de calcular con una fórmula matemática. De ahí que cualquier fecha aportada por la glotocronología sea necesariamente errónea.

Los principios sobre los que se asientan estas dos técnicas no son muy sólidos: algunos no están científicamente demostrados y otros dependen de decisiones más o menos arbitrarias del propio investigador. Eso hace que con unos mismos datos de partida se puedan alcanzar conclusiones diferentes (y divergentes), lo cual no ayuda mucho a la hora

de elaborar hipótesis válidas y consistentes sobre la historia de los pueblos africanos. Esta falta de consenso ha generado el típico movimiento pendular en la defensa de diferentes argumentaciones y, dependiendo del momento, se han dado por buenas unas u otras (para un buen resumen ver Eggert 2005).

A pesar de los problemas que presentan, lo cierto es que la glotocronología y la lexicoestadística han permitido generar hipótesis de trabajo, acertadas en numerosas ocasiones, cuando no había muchos más datos disponibles. Además, en los últimos años se ha hecho un esfuerzo por modernizarlas, tratando de suprimir el “sesgo humano” de sus analíticas (Blench 2013: 53). De esta manera, ambas técnicas han contribuido sustancialmente al avance de los estudios sobre las poblaciones africanas precoloniales y, aunque a día de hoy pocos confiarían en ellas con exclusividad, se han revelado como instrumentos útiles para proponer ideas a contrastar con otras fuentes de información (fuentes orales o escritas, arqueología, genética, etc.) (ver, por ejemplo, Blench 2006, 2013; Maret 2013).

4.2. El problema bantú

¿Existe un “problema bantú”? Según la literatura científica bantuista parece que sí. El problema bantú fue identificado al reconocer que un grandísimo número de lenguas habladas en África subsahariana, en torno a 600 según Vansina (1995a: 179), estaban estrechamente relacionadas (genéticamente emparentadas) entre sí [Fig. 4.1]. Estas lenguas fueron denominadas “bantúes” y se dedujo que procedían de una lengua común ya extinguida: el proto-bantú o PB-X, término acuñado por el lingüista británico Malcom Guthrie (1962a). Si esto era así, las preguntas surgían con facilidad ¿dónde y cuándo estaba el origen del proto-bantú? ¿cuáles eran las características culturales del grupo humano que lo hablaba? ¿cómo se fueron escindiendo las lenguas? ¿de qué manera se dispersaron por un área geográfica tan extensa?

Puesto que el problema inicial se identificó a través de las lenguas fue la lingüística la que empezó a trabajar para dar respuesta a estas cuestiones. La falta de acuerdo sobre las herramientas usadas por esta disciplina favoreció el surgimiento de hipótesis muy dispares en torno al origen y difusión de las lenguas bantúes, hipótesis que variaban según el autor o según la década (ver, por ejemplo, las opiniones encontradas de Greenberg 1949a, 1949b, 1955 y Guthrie 1959, 1962a, 1962b, o el intento de conciliar ambas posturas

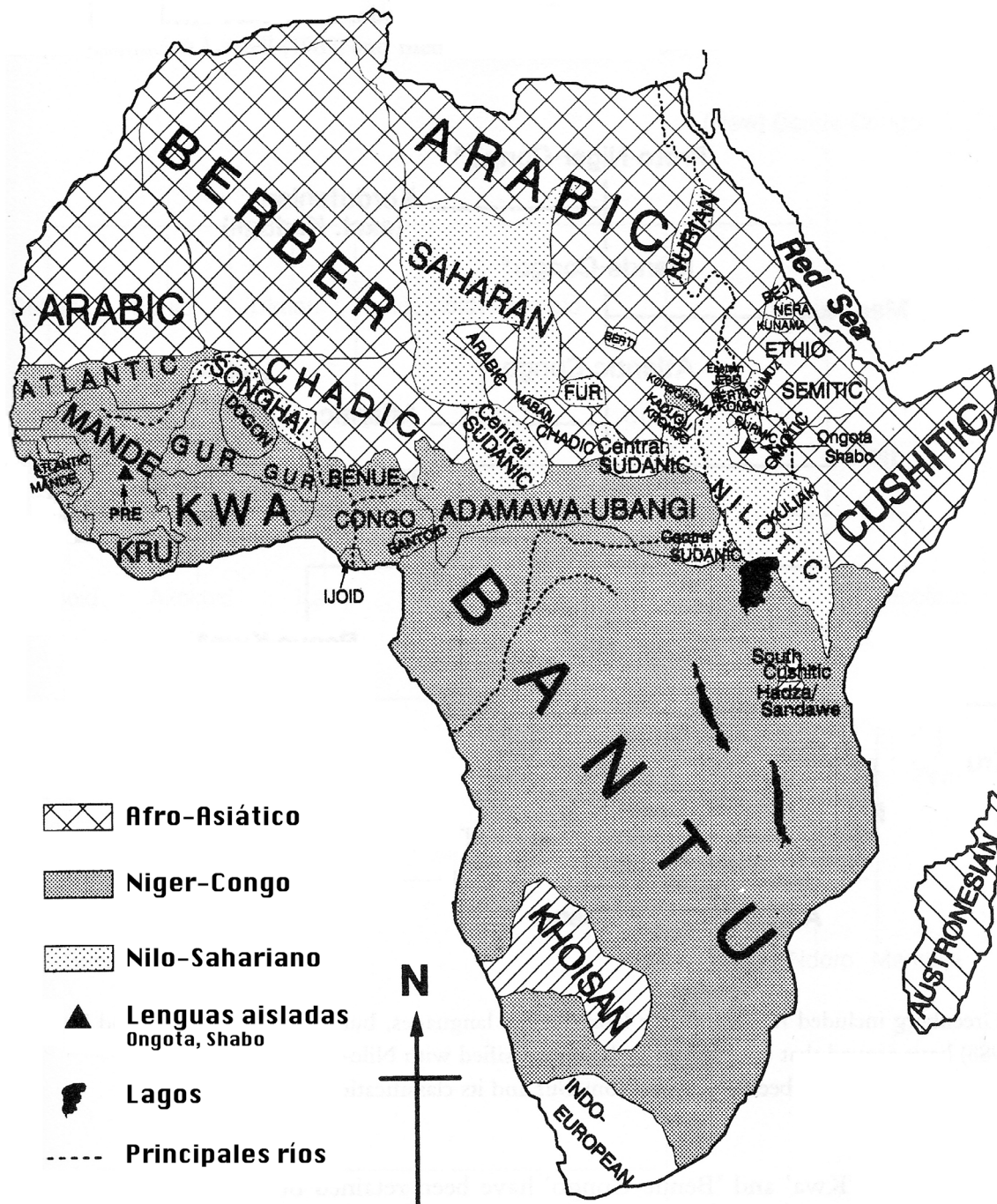


Fig. 4.1. Familias lingüísticas africanas (a partir de Blench 1993: Fig. 7.1).

de Oliver 1970). Como ya apuntamos anteriormente, tiempo después los resultados de la arqueología sirvieron para ir contrastando las respuestas que se habían sugerido e ir limitando el número de posibilidades. En este apartado trataremos de presentar sintéticamente, y sin entrar en debates que son más propios de la lingüística que de la arqueología, el estado actual de la cuestión (para ver síntesis más detalladas consultar Lwanga-Lunyiigo y Vansina 1988, Ehret 2001, Eggert 2005, Maret 2013).

4.2.1. El proto-bantú

Una vez que se identificó la existencia de una lengua madre, actualmente desaparecida, antecesora de las llamadas lenguas bantúes y de la que derivaban todas esas lenguas emparentadas entre sí, el objetivo de los lingüistas fue doble: por un lado, reconstruir esa lengua y, por otro, determinar cuál era el área geográfica en que se había hablado y el momento en el que esto ocurrió.

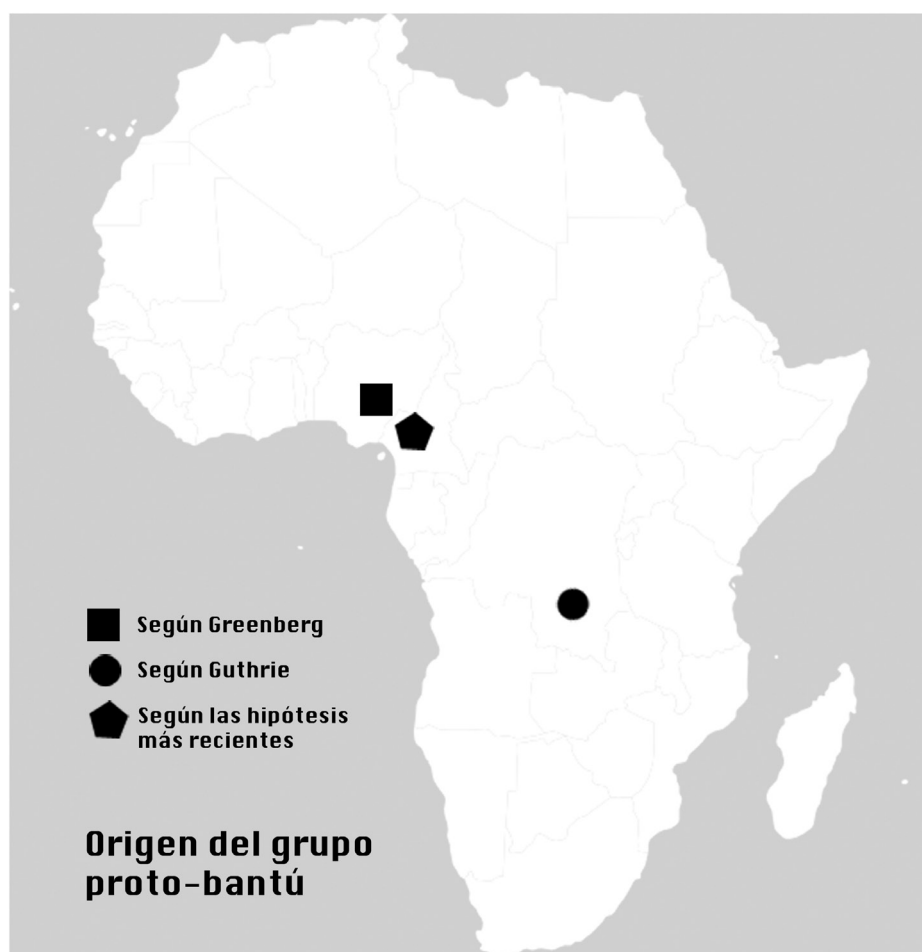


Fig. 4.2. Supuestas zonas de origen del grupo proto-bantú.

Para satisfacer el primer objetivo se recurrió a la lexicoestadística. Se compararon los vocabularios básicos de un elevado número de lenguas bantúes para detectar la existencia de cognados, palabras de similar significado y cuya raíz está emparentada morfológicamente (Nurse 1997: 364). Como hemos visto, valorando el número de cognados existentes entre dos lenguas podemos obtener el porcentaje de cognación entre ambas (su grado de parentesco o, lo que es lo mismo, el tiempo que hace que ambas lenguas se separaron de un tronco común), pero además, la raíz de los cognados nos aporta información sobre qué palabras estaban presentes en la proto-lengua y cuál era su forma. Esas raíces reflejo de la lengua extinta da lugar en lingüística a lo que se conoce como “formas estrelladas”: las raíces compartidas precedidas de un asterisco que indica que son palabras reconstruidas de esa lengua desaparecida llamada proto-bantú. Ejemplos de esto son **-báda* para matrimonio, **-bá* para aceite de palma o **-túdi* para herrero (Vansina 1990: Appendix). Este trabajo fue elaborado por Malcom Guthrie (1969-1970), quien en una monumental obra estableció la clasificación genética de las lenguas bantúes y reconstruyó el proto-bantú. El estudio de Guthrie fue posteriormente criticado porque su selección de lenguas fue algo aleatoria y sus conclusiones, en consecuencia, cuestionables (Nurse 1997: n. 5, Eggert 2005: 318), pero su trabajo fue durante mucho tiempo una obra de referencia en los estudios bantúes (ver Dalby 1975, 1976).

A la par que se iba completando la clasificación genética de las lenguas bantúes y el proto-bantú iba siendo reconstruido, se trató de dar respuesta a la segunda gran cuestión: el origen geográfico y cronológico de la lengua madre. Para localizar la cuna del proto-bantú se procedió a identificar los lugares en los que en la actualidad existen las lenguas que presentan el porcentaje más elevado de raíces del proto-bantú. Esa retención de palabras sería muestra de una menor “evolución” (cambio) de la lengua y, por lo tanto, de una mayor antigüedad (se entiende bien que los lingüistas utilicen la metáfora genética, pues su modo de proceder en este caso es bastante similar a la de los genetistas, sólo hay que sustituir los genes por las raíces). Greenberg y Guthrie fueron los primeros en abordar este tema. Con datos de partida diferentes alcanzaron, como cabía esperar, conclusiones diametralmente opuestas. Para Greenberg (1955: 116) ese núcleo original estaría en el valle medio del río Benue, que nace en la meseta de Adamawa en Camerún y fluye hasta desembocar en el Níger, del que es su principal afluente. Guthrie acusó a Greenberg de no tener en consideración los accidentes geográficos de cara a valorar las posibilidades

reales de las migraciones, y propuso como área nuclear el cinturón boscoso al sur de la selva ecuatorial, en la actual provincia de Katanga en la República Democrática del Congo (Guthrie 1970: 139). No nos adentraremos en las justificaciones de ambos autores para defender sus propuestas. Más adelante Oliver (1970) trató de combinarlas proponiendo que el verdadero núcleo original era el que proponía Greenberg mientras que el área nuclear de Guthrie era en realidad una segunda fase expansiva (de un total de cuatro) (Nurse 1997: 378). Dalby (1975, 1976) se mostró también de acuerdo con esta opción. Argumentos a favor y en contra de los diferentes orígenes y procesos se han ido poniendo de moda o cayendo en el olvido. En la actualidad parece existir consenso en torno a cuál sería esa área de origen: algún punto de la actual frontera entre Nigeria y Camerún. Paralelamente, la glotocronología sugirió una fecha en torno al 3.000 a.C. como origen de este proceso. Ambos datos, con matizaciones, van siendo corroborados por la arqueología (Phillipson 1985, Holden 2002 Adebayo 2005: 182) [Fig. 4.2].

4.2.2. La expansión de las lenguas bantúes

Este y no otro es probablemente el verdadero “problema bantú”: el cómo y el por qué un grupo humano establecido en algún lugar de la actual frontera entre Nigeria y Camerún empezó a moverse hace 5000 años por el continente africano hasta ocupar la casi totalidad del territorio al sur del Sáhara. Esta cuestión sigue siendo hoy en día uno de los principales caballos de batalla de la arqueología e historia africanas (ver Eggert 2005, Maret 2013).

Efectivamente, el origen geográfico que cada autor asignó al proto-bantú fue crucial a la hora de elaborar posibles modelos migratorios, así como para valorar sus causas y sus diferentes trayectorias. Guthrie no sólo sugirió (erróneamente según se cree hoy en día) que el PB-X tenía su origen en la actual región de Katanga, sino que esa lengua se dividió en dos dialectos, uno occidental, el PB-A, y otro oriental, el PB-B. Ambos dialectos se habrían expandido hacia el norte y hacia el sur desde el área nuclear dando lugar a las actuales lenguas bantúes (Guthrie 1969-70).

Oliver (1970), confiando más en los datos que anteriormente había ofrecido Greenberg (quien afirmaba que el origen del PB-X estaba en el valle medio del río Benue), propuso una expansión en cuatro etapas, de las cuales la segunda coincidiría con el área de origen que había sugerido Guthrie. Tras esa primera ola migratoria, las lenguas bantúes se habrían expandido en diferente medida en todas direcciones.

Heine (1973) y Heine *et al.* (1977), quienes además de las técnicas propias de la lingüística comenzaron a usar datos arqueológicos, propusieron un esquema bastante similar aunque ligeramente diferente al de Oliver: el área originaria era la misma, pero la dirección de las líneas migratorias variaba hasta completar el mismo espacio.

Más adelante, Phillipson (1976, 1977), esta vez un arqueólogo, propuso que el proto-bantú se dividió ya en su misma cuna, el valle medio del Benue, y de allí partieron dos corrientes migratorias, una que iría hacia la región de los grandes lagos y otra hacia el sur del río Congo, y desde allí la expansión continuaría en variadas direcciones.

Finalmente, Vansina sugirió nuevos matices a lo anteriormente propuesto (1984, 1990: 49-57, 1995): el proto-bantú, desde su cuna en el occidente camerunés, se expandió, por un lado, hacia la región de los grandes lagos y, por otro, en menor medida, hacia el sur, navegando sus hablantes por la costa occidental africana y penetrando en el continente a través del curso bajo del río Ogooué, en el actual Gabón. Conforme las lenguas iban quedando separadas por accidentes geográficos, éstas evolucionaban en distintas direcciones diferenciándose, a su vez, de la lengua original, la cual también iba dando lugar a nuevos dialectos. Vansina consideró también la posibilidad de que la evolución de las lenguas bantúes no respondiese únicamente a un modelo arbóreo, en el que las lenguas hijas proceden de una lengua madre, sino a un modelo en ondas, es decir, a uno en el que el movimiento físico de poblaciones humanas no era imprescindible para la diferenciación dialectal (esta idea la desarrolla en su artículo de 1995a publicado en el *Journal of African History*).

No profundizaremos más en los variados aspectos de cada hipótesis. De hecho, que terminemos con la propuesta de Vansina no quiere decir que ésta sea la definitiva. Vansina también ha sido criticado por hacer uso de la evidencia disponible de una manera un tanto selectiva y acrítica (Eggert 2005: 312). Robertson y Bradley (2000), por su parte, se han mostrado contrarios a este tortuoso debate lingüístico-arqueológico en el que ambas disciplinas usan sólo los datos que más les convienen de la otra para sustentar sus argumentos en un razonamiento circular estéril. Estos autores, en línea con Vansina (1995a), han llegado a defender que la Edad del Hierro en África central no se vincula a ningún tipo de migración, al menos no a una de tipo démico.

Diferentes puntos de unas y otras versiones han ido siendo desechados o reconsiderados a la luz de los nuevos datos lingüísticos y arqueológicos, y la posible trayectoria migratoria

ha ido siendo matizada. Más que el farragoso proceso expansivo en sí (cuyos detalles pueden explorarse más pormenorizadamente en Eggert 2005), nos ocuparemos de otros dos asuntos que consideramos de mayor interés: cuáles eran las características del grupo proto-bantú y por qué se expandieron y con qué medios.

4.2.3. Características del grupo proto-bantú y los motivos de su migración

Para reconstruir las características del grupo proto-bantú, contamos, además de con la arqueología, con la técnica propuesta por Erhet y a la que nos referimos al inicio del capítulo: la comparación cruzada de palabras con significación cultural. Inicialmente, Murdock (1959), partiendo de los estudios de Greenberg, sugirió que el grupo proto-bantú conocía el ñame y la banana. El cultivo de estos dos alimentos habría sido la clave que les permitió expandirse por el cinturón forestal centroafricano, dada su buena adaptación a este medio. Posnasky (1968) añadió que también conocían la metalurgia del hierro y, siguiendo la moda histórico-cultural, les asoció un par de posibles estilos cerámicos (uno para la rama oriental y otro para la occidental). Guthrie (1970: 138) coincidió en señalar que los proto-bantúes habían desarrollado la metalurgia del hierro y que, además, conocían la pesca y la navegación fluvial.

Oliver (1966) puso el acento en la metalurgia del hierro como principal característica del grupo proto-bantú. Para él, no sólo el conocimiento de la agricultura del ñame y la banana fueron importantes, sino que lo que verdaderamente les permitió penetrar y adueñarse de un ecosistema tan aparentemente adverso como la selva fue el conocimiento del trabajo del metal.

El paradigma histórico-cultural, omnipresente en la arqueología africana en la segunda mitad del siglo XX, condujo en poco tiempo a imaginar a los proto-bantúes primero y a los bantúes después como una suerte de héroes civilizadores de gran parte del continente africano (Johnston *et al.* 1913, Wrigley 1960, Oliver 1966, Posnasky 1968). De manera muy similar a como los celtas fueron considerados en Europa (ver Marín 2005: 43-47), la expansión bantú habría sido posible gracias al dominio de una tecnología superior, “la tríada bantú”, que incluía la práctica agrícola, la producción cerámica y el trabajo del hierro. Ellos habrían hecho uso de esta tecnología para expandirse y penetrar en la selva y, a su vez, habrían difundido a su paso tanto su lengua como su paquete tecnológico.

Años después, nuevos estudios lingüísticos cuestionaron que el grupo proto-bantú fuera conocedor de la metalurgia del hierro, echando por tierra gran parte de las teorías elaboradas hasta ese momento. En concreto, Maret y Nsuka (1977) hicieron un pormenorizado estudio de las raíces proto-bantúes asociadas a la metalurgia del hierro y concluyeron que muy pocas de esas raíces aparecían en todas las lenguas bantúes; el resto, en muchas ocasiones, muestran tal variabilidad de significados que, tomados en conjunto, difícilmente permiten justificar la existencia de la metalurgia. Recientemente Vansina (2006) ha vuelto a analizar las raíces asociadas a la metalurgia, incluyendo los aportes de los últimos treinta años de investigación, y alcanzando similares conclusiones.

¿Qué dice la arqueología sobre la metalurgia? En realidad, el origen de la metalurgia en el África subsahariana es un tema largamente debatido que aún hoy suscita acalorados enfrentamientos. El germen del problema se debe a la inexistencia de una Edad del Bronce en África subsahariana tal y como existe en Europa. Eso hizo que en un principio la mayoría de los arqueólogos, pero no todos (ver Lothe 1952), diesen por supuesto que sin el ensayo previo que supone la metalurgia del bronce habría sido completamente imposible la invención independiente de la metalurgia del hierro. Ésta habría llegado hasta África central a través de otras vías: Egipto, Meroe o los enclaves fenicios de la costa mediterránea (ver Mauny 1952, 1953, Tylecote 1975, van der Merwe 1980, Childs y Killick 1993, Phillipson 2005, Killick 2009).

Con el avance de la arqueología en África central, las fechas que indicaban conocimiento de la metalurgia fueron retrotrayéndose hasta el punto de cuestionar la anterior hipótesis (aunque la interpretación de esas fechas se ha puesto en cuestión, ver Killick 2004). Esto ha dividido a los arqueólogos africanistas entre aquellos que defienden un origen autóctono de esta tecnología y esos otros que la consideran alóctona. Yendo más allá de la mera arqueología, Vansina (1995b: 383-384) ha insinuado que los arqueólogos franceses están más influenciados que los ingleses por un cierto nacionalismo y orgullo africanos que les conduce a validar cualquier fecha antigua que indique metalurgia, mientras que Holl (2009: 415) apunta a que en la crítica a la invención independiente también está contenido el prejuicio colonial sobre la capacidad innovadora de la población africana.

Que el debate está aún muy vivo quedó demostrado con la controvertida publicación de Zangato (2007) y Zangato y Holl (2010), quienes presentaron fechas de entre 3.000

y 2.500 a.C. asociadas a metalurgia en la meseta de Adamawa, lugar de nacimiento del río Benue. Su publicación ha sido duramente contestada por numerosos arqueólogos africanistas especializados en metalurgia (Chirikure *et al.* 2010). Resúmenes de todo este debate pueden leerse en Woodhouse (1998), Alpern (2005), Childs y Herbert (2005) Pringle (2009) y Chirikure (2013).

Si obviamos el debate suscitado en torno a las fechas propuestas por Zangato y Holl, el resto de la evidencia arqueológica apunta a que los grupos bantúes debieron haber iniciado su migración desconociendo la metalurgia del hierro, la cual sería adquirida bastante tiempo después (concretamente a lo largo del primer milenio a.C.), pues no existen datos que confirmen el conocimiento metalúrgico para las fechas asociadas al origen del grupo proto-bantú. Las fechas más antiguas de trabajo metalúrgico documentadas arqueológicamente en el área considerada cuna del grupo bantú son las asociadas a la cultura Nok, desarrollada en el centro de Nigeria, muy cerca de su actual capital, Abuja, y famosa por sus delicadas terracotas (Shaw 1981). Las fechas asociadas a estos metales se sitúan en torno a mediados del primer milenio a.C. (Fagg 1969). En la región de Nsukka, unos 300 km al sur del área originaria de la cultura Nok se localizaron los hornos metalúrgicos más antiguos de Nigeria, fechados en la segunda mitad del primer milenio a.C. (Okafor y Phillips 1992, Okafor 2002).

Camerún ha producido un buen puñado de fechas radiocarbónicas asociadas no a hornos metalúrgicos pero sí a objetos y escorias en los yacimientos de Obobogo, Oliga y Okolo, cuya cronología es, como muy antigua, de inicios del primer milenio a.C. (Holl 1991: 195, *Tableu 1*), y también en Doulo Igzawa 1 y Ghwa Kiva, con cronologías de mediados del primer milenio a.C. (MacEachern 1996: 491, *Table 1*). El abrigo rocoso de Shum Laka, situado en las praderas camerunesas, ofrece una completa secuencia estratigráfica que va desde hace 9.000 años hasta momentos subactuales, pero no muestra evidencia de uso de metales hasta la fase que va de finales del primer milenio a.C. a finales del primer milenio d.C. (Lavachery 2001). En todos los casos la metalurgia del hierro o, al menos, el uso de objetos metálicos, se retrotrae como mucho hasta inicios del primer milenio a.C. y, con más probabilidad, se centra a mediados de ese milenio, como se documenta en todo el resto del golfo de Guinea.

Los proto-bantúes no eran metalurgos, ¿eran, acaso, agricultores? La agricultura es otro de los temas controvertidos de la arqueología en África subsahariana. Si para la metalurgia uno de los grandes “problemas” es la inexistencia de una Edad del Bronce para la agricultura la gran contrariedad emana de la dificultad de identificar una fase a la que se le pueda etiquetar como Neolítico³. Dependiendo de las zonas, existe una amplia franja temporal de “transición” de la caza-recolección a la agricultura. De hecho, no existe tal transición (el término implica una cierta provisionalidad que no es real) sino una adaptación versátil al medio en la que se combina por igual la caza, la recolección y la horticultura, y cuya tecnología puede o no incluir la cerámica y la metalurgia. La constatación de esta realidad ha llevado a varios autores a acuñar la expresión *Stone to Metal Age* (SMA) (McIntosh y McIntosh 1988, Maret 1994, Lavachery 1996) para acomodar todas esas adaptaciones económicas que no encajan bien ni con la “Edad de la Piedra” ni con la “Edad de los Metales”, a la vez que evitan las implicaciones del término “Neolítico”.

De nuevo la evidencia arqueológica nos impide solapar el inicio de la agricultura con el nacimiento del grupo proto-bantú. En la zona central y occidental al sur del Sahara la agricultura se documenta tan sólo después del 1800 a.C., y a otras áreas del continente llegó mucho más tardíamente (Vansina 1995c: 12-16, 1996, Neumann 2005: 263-264). La fecha camerunesa más antigua que atestigua agricultura es la del yacimiento de Nkang, en plena selva, con presencia de banana entre el 800 y el 400 a.C. (Neumann 2005: 262-263). Para el caso de Nigeria, las fechas más antiguas de agricultura se documentan en torno al lago Chad, mucho más al norte de la supuesta zona de origen bantú, y se remontan, como mucho, dos milenios a.C. (Alabi 2005).

En cualquier caso, lo que queda claro es que la asociación de un grupo lingüístico reconstruido a un paquete tecnológico cerrado no funciona, como ya fue sugerido por Stahl (1984). La única realidad atestiguada arqueológicamente es que los grupos bantúes, es decir, las múltiples ramas que fueron desgajándose de ese área nuclear, fueron adquiriendo la cerámica, la agricultura y el trabajo metalúrgico en diferentes momentos de su migración; y estos rasgos sólo se empiezan a identificar en el registro arqueológico del golfo de Guinea a lo largo del primer milenio a.C.

³ Como vemos, el verdadero gran problema de las interpretaciones arqueológicas en África subsahariana se ha generado al tratar de imponer sobre este continente las dinámicas prehistóricas identificadas en Europa, cuando la evidencia demuestra que ambos continentes difieren considerablemente tanto en sus aspectos geográficos como en su trayectoria histórica. Que esto haya ocurrido se debe en gran medida a que la mayoría de los arqueólogos africanistas se han formado previamente en la arqueología europea.

Nos quedaría una última cuestión por resolver, el por qué de la migración. Como ocurre habitualmente en arqueología, determinar los procesos suele ser (ligeramente) más sencillo que esclarecer las motivaciones que los originaron. Hablar de “motivos” es quizás aventurar demasiado, pues una migración a tan gran escala y tan prolongada en el tiempo no fue, con total seguridad, producto de ninguna voluntad sino el resultado de una suma de pequeños cambios. De nuevo, las posibilidades propuestas han sido diversas y, por lo general, poco o nada argumentadas. En la cuestión bantú, hemos de decir que el “cómo” ha sido mucho más debatido que el “por qué”, y aunque la causa real probablemente sea una combinación de varias de las que han sido propuestas, lo cierto es que a día de hoy no existe una argumentación sólida que sustente ninguna de ellas.

Por lo general, los autores que se han atrevido a aventurar las posibles razones de la migración suelen caer en la trampa de justificar el origen del proceso expansivo con causas que sólo son documentadas en momentos más avanzados de la propia migración. A esto debemos unir, como ya recogió Vansina (1990: 55), el hecho de que las motivaciones que generaron un proceso migratorio que se extendió durante milenios no pudieron permanecer inalteradas a lo largo de tanto tiempo. A continuación recogeremos algunas de las ideas que se han propuesto, unas más plausibles, otras más peregrinas, y recordamos que, a la luz de los datos arqueológicos, muchas de ellas no pueden ser adjudicables al inicio de la migración.

Hermanada con la corriente historicista que veía a los bantúes como civilizadores, una de las primeras causas que se arguyó fue que el grupo proto-bantú se expandió por meros motivos de conquista (Johnston *et al.* 1913: 391-292, Wrigley 1960: 201-203). La inconsistencia de esta hipótesis tuvo que ser complementada de alguna manera para hacerla más creíble. ¿Qué llevó a los bantúes a querer conquistar otros territorios? La explosión poblacional parecía ser la opción más razonable (Murdock 1959, Oliver 1966). Un aumento de población que debía haber sido causado por la adopción de la agricultura (aunque ya hemos visto que arqueológicamente no se documenta agricultura en fechas tan tempranas) y el aumento de la productividad gracias al uso del metal (aunque el hierro empezó a ser utilizado mucho tiempo después)⁴.

4 Conviene recordar, como comprobaremos más adelante, que la adopción del metal no afecta inicialmente tanto a la esfera de lo económico como a la de lo social. Antes que influenciar las técnicas agrícolas, el metal se usa como repositorio de valor, para realizar pagos sociales (como la transacción matrimonial) o para crear objetos de prestigio (Vansina 1990: 60).

Otras propuestas, quizás más acertadas para los movimientos que se produjeron en fechas a partir del primer milenio d.C., incluyen la posibilidad de hambrunas, el desplazamiento en busca de condiciones de vida más saludables tanto para el cultivo de tierras como para el pastoreo, epidemias, guerras o, incluso, el puro espíritu aventurero (*sic*) (Lwanga-Lunyio y Vansina 1988: 150). Se ha llegado a sugerir incluso que la migración se produjo por accidente: el sistema de producción agrícola hacía que los poblados tuvieran que moverse a nuevas tierras una o dos veces por década (Vansina 1990: 55). Finalmente, no debemos desestimar una hipótesis que ya sugerimos en el apartado 3.2.2. cuando nos referimos a cuestiones paleoambientales: el resecamiento climático que se produjo a finales de la era contribuyó a la expansión de las formaciones vegetales de mosaico bosque-sabana, favoreciendo la ocupación de estos territorios por grupos humanos adaptados a este ecosistema. Son todas posibilidades reales pero que carecen de una evidencia material que las sustente. Por ello, a día de hoy, ante la pregunta de por qué los pueblos bantúes empezaron a desplazarse, sólo podemos contestar con vaguedades.

4.3. Cultura bantú: la vieja tradición

Abandonamos los tortuosos debates sobre la naturaleza del origen y la expansión bantú para centrarnos ahora en lo que nos ofrecerá el marco cultural con el que empezar a imaginar las sociedades de la Edad del Hierro en África centro-occidental. Para ello retomamos la idea de Vansina sobre tradición y detallamos a continuación cuáles serían las características básicas identificadas para la de África ecuatorial. Seremos selectivos a la hora de presentar la información, pues tan sólo recogeremos la que pueda ayudarnos posteriormente en la interpretación arqueológica.

Vansina (1990) elabora sus hipótesis basándose en dos tipos de evidencia: la lingüística y la etnográfica. En principio, confiaremos en su análisis a la hora de presentar los datos y los contrastaremos más adelante con los que nos ofrece la arqueología. Esto quiere decir que no atenderemos a la argumentación lingüística elaborada por Vansina aunque indicaremos los términos que han sido reconstruidos en el proto-bantú acompañándolos de un asterisco cuando aparezcan en el texto por primera vez.

4.3.1. El Pueblo, la Casa y los Big Men

Según Vansina (1990: 73), los principales grupos sociales que se pueden identificar en la “sociedad ancestral” son el *Distrito, el *Pueblo y la *Casa. La unidad más pequeña sería la Casa, la cual, basada en un sistema de interrelaciones bastante flexible y extremadamente descentralizado, se uniría con otras Casas dando lugar a Pueblos y éstos, asociados entre sí, conformarían los Distritos.

El liderazgo (*líder) tanto de la Casa como del Pueblo no estaría institucionalizado, y sería ejercido por personas que más que heredar el poder, lo adquirirían en virtud de sus características personales (Vansina 1990: 73). Estas personas son referidas en muchas lenguas bantúes como “grandes hombres”, lo que nos conduce a pensar en los *big men* identificados por la tradición antropológica en Melanesia y Polinesia (ver Sahlins 1963). El significado de ser un *big man* está bien expresado en la invocación realizada por los Djue de Camerún durante el rito de paso de la pubertad, en la que los abuelos obsequian a sus nietos con amuletos que les habrán de facilitar una vida llena de éxitos. Así lo recoge Koch (1968, cit. por Vansina 1990: 73), el abuelo entrega un brazalete de marfil a su nieto y le dice:

“This elephant which I put on your arm, become a man of crowds,
a hero in war, a man with women
rich in children, and in many objects of wealth
prosper within the family, and be famous throughout the villages”

El *big man* se convierte en el centro gravitacional de una sociedad claramente patriarcal. Él ha de ser un hombre de multitudes, próspero, aclamado, seguido y respetado. La fuente de ese respeto puede provenir, entre otros aspectos, del hecho de ser un héroe en la guerra, esto es, un buen líder militar. Un *big man* será también, indefectiblemente, “un hombre con las mujeres”, expresión que hace clara referencia a la poligamia, régimen familiar habitual en África central. Un *big man* poderoso (en lo social, pero también en lo económico) se caracterizará por tener la capacidad de mantener, después de haberlas comprado matrimonialmente, a un número elevado de esposas, quienes, a su vez, le proporcionarán una prole abundante, un símbolo más de prosperidad. Finalmente es interesante que en la invocación se incluya la expresión “muchos objetos de riqueza”: más adelante veremos hasta qué punto la posesión de objetos de riqueza, es decir, objetos de hierro, será un elemento

definitorio de los *big men* en diferentes puntos de África central. Es importante destacar que cada una de las palabras usadas en la invocación se repite en un buen número de lenguas bantúes, lo que nos indica su conexión con una tradición común (Vansina 1990: 74).

La Casa se traduce en una entidad familiar extensa de producción de alimento que ocupa una unidad espacial en el Pueblo. Físicamente una Casa es un complejo habitacional de cabañas privadas y sus espacios asociados al aire libre (*compounds*) y regidos por un *big man*. El número de componentes de cada Casa es variable, aunque la cifra oscila entre las 10 y las 40 personas. Los miembros de la Casa incluyen a los parientes del *big man*, principalmente a sus mujeres, sus hijos y sus ancianos, pero también a *amigos, clientes y otros *dependientes (Vansina 1990: 75). Se ha documentado toda una serie de términos que harían referencia a miembros de la Casa en una situación de dependencia: *esclavo, *grupo protegido/adoptado (como los grupos cazadores-recolectores, ver, por ejemplo Grinker 1994, Klieman 2003) y amigo o *cadete, en el sentido de un miembro joven (Vansina 1990: 76). La ideología de la Casa se basa en la ficción de que es un grupo familiar indiferenciado en el que el *big man* es el *padre. Dentro de la Casa hay una cierta libertad de movimiento ya que no existe la idea de linaje al no ser la descendencia unilineal ni el liderazgo heredado (Vansina 1990: 75).

El Pueblo puede definirse como la unidad de asentamiento en la “tradición ancestral”, y como tal continuó hasta el siglo XIX, momento en el que la media poblacional apenas superaba los 100 habitantes (Vansina 1990: 77). Vansina (1990: 78) así los describe siguiendo las reconstrucciones del proto-bantú y la etnografía comparada: asentamientos rectangulares privados establecidos a lo largo de los lados de una *calle o plaza. Cada barrio sería habitado por una Casa y en la plaza se ubicarían los edificios públicos. El pueblo estaría dirigido por el *big man* que lo fundó, pero sería asistido en su labor por los *big men* del resto de Casas, dando lugar a una forma política de poder que podríamos calificar de “contrapesado” (*sensu* Bondarenko 2005). Con el objetivo de encontrar territorios más aptos para la agricultura o la ganadería, el pueblo se desplazaría cada década, y las Casas podrían continuar formando parte del mismo pueblo o no. Vansina (1990: 79) incide en que esta inestabilidad de la institución del poblado sería inconscientemente negada, pues el sentido de permanencia, predecibilidad y seguridad, falso en la realidad física, sería esencial para la reproducción de la vida social cotidiana.

El sentimiento de permanencia, y pertenencia a un grupo social se recrearía gracias a una serie de instituciones, actividades e ideas colectivas. Una de las fundamentales es la *circuncisión, el rito de paso fundamental que introducía a los jóvenes en la vida adulta. En la mayoría de los casos estos rituales eran colectivos, lo que favorecería la creación de *grupos de edad que trascendiesen la institución de la Casa (Vansina 1990: 79).

La figura del *big man* regidor de un Pueblo alcanzaba notoria relevancia en las situaciones de guerra. Pueblos o grupos de Pueblos podían enfrentarse en conflictos armados de dos tipos: la *guerra restrictiva o la *guerra destructiva. La primera contaba con una serie de normas establecidas para limitar el daño, la segunda tenía como objetivo aniquilar al contrario (Vansina 1990: 80). Se ha documentado un gran número de palabras que podrían asociarse con la guerra como *especialista de la guerra, *escudo, *arco y *lanza (Vansina 1990: 282-283).

No nos detendremos en el Distrito, al ser su entidad la más difícilmente identificable en el registro arqueológico. El Distrito es la organización institucional de mayor tamaño entre los pueblos de África central. Su existencia se organiza en torno a la idea de etnicidad, es decir, un Distrito empezaría a existir cuando un grupo de Pueblos empezasen a identificarse unos con otros (a través de ancestros o prácticas comunes, una cultura material semejante, etc.) y a confiar más entre sí en cuestiones de defensa común, comercio o matrimonio (Vansina 1990: 81). La idea de Distrito, como la de la misma etnicidad, constituiría una instrumentalización política y/o económica, y probablemente inconsciente, de la idea del nosotros (autores que han explorado la idea de etnicidad a través de la arqueología son Emberling 1997, Jones 2002, Lucy 2005, Fernández Götz 2008, Ruiz Zapatero 2009).

4.3.2. Economía

El grupo proto-bantú no practicaba la metalurgia del hierro, y es arqueológicamente complicado asociarles la agricultura y la producción cerámica, como ya hemos visto. A pesar de ello, de lo que no hay duda es de que los bantúes cruzaron el río Sanaga, divisor de Camerún, en algún momento de la Edad del Hierro con el paquete tecnológico completo, ahora sí, atestiguado arqueológicamente. Que los grupos bantúes conociesen la agricultura no los convertía exclusivamente en agricultores. Los suelos del bosque tropical lluvioso no son los idóneos para cultivar, por lo que fue necesario diversificar las formas

de conseguir alimento. A continuación vamos a explorar los términos compartidos por las lenguas bantúes para tratar de reconstruir sus prácticas económicas.

Por lo que respecta a la agricultura (Vansina 1990: 84-88), se ha documentado todo un conjunto de palabras que haría referencia a los posibles cultivos. Los principales serían la *palma de aceite y el *ñame, pero también conocerían las *judías, la *calabaza, el *cacahuete, la *caña de azúcar y el *pimiento, y, en menor medida, la *ciruela africana, la *palmera de rafia y algunas especies de *higos. El grupo de palabras que designa el utillaje agrícola incluye el *machete, la *azada, el *hacha y el *palo cavador. También existe el verbo *plantar, y dentro de las tareas agrícolas se diferencia entre el *trabajo en el bosque y el *trabajo en el campo.

De aquí se deduce que el tipo de agricultura practicado no incluiría los cereales (como es lógico, al estar tan mal adaptados a un ecosistema selvático) e implicaría el clareo de parte de la selva durante la época seca. La tierra despejada se cultivaría hasta el agotamiento de sus nutrientes, problema que se solucionaría desplazando el huerto en sucesivas ocasiones hasta que la distancia entre el poblado y las tierras de cultivo fuese lo suficientemente grande como para justificar el traslado del poblado (Vansina 1990: 85).

Se calcula que la agricultura sólo proveería el 40% de los recursos alimenticios (Vansina 1990: 83) y que el resto provendría de otras actividades posiblemente “prestadas” a los grupos bantúes por los habitantes autóctonos de las tierras que ocuparon. Diferentes palabras atestiguan la práctica de estas actividades: el conocimiento de la *miel y algunas *frutas nos indica la existencia de la recolección; *trampa, y *poner una trampa, junto con *caza colectiva, *red de caza y *flecha son indicativos del trampeo y la caza. *Pesca con sedal, *canoa, *remo, *remar y *anzuelo hacen referencia al conocimiento de la navegación y la pesca (Vansina 1990: 88-92).

Uno de los grandes inconvenientes del bosque tropical lluvioso es la presencia de la mosca tsé-tsé (*Glossina* ssp.), causante de la “enfermedad del sueño” (*trypanosomiasis*) tanto en humanos como en animales. La distribución de esta enfermedad en casi toda África central (Bossard 2009: 47) imposibilitaría la cría de ganado. A pesar de esto, se documentan palabras para animales domésticos como *perro, *cabra y *gallina. Quizás en los márgenes de la selva sí se podría haber sostenido algún tipo de ganado vacuno (Vansina 1990: 92).

La tecnología cerámica (*modelar, *arcilla, *olla de cocina), la práctica metalúrgica (*herrero, *martillo, *yunque, *mineral de hierro, *hierro, *fundición del hierro *forjar), el tejido vegetal (*tejidos de rafia, *tejidos de corteza, *costura, *cestería) y la *extracción de sal conformarían otro grupo de técnicas desarrolladas por las poblaciones bantúes (Vansina 1990: 291-295)

Finalmente, el intercambio y el comercio quedarían atestiguados gracias a palabras como *prestar, *pedir prestado, *comprar, *vender, *deuda, *multa, *intercambiar y *mercado (Vansina 1990: 295-297).

4.3.3. Hierro y matrimonio

En África central, el matrimonio es un punto clave en el que convergen de manera conspicua la esfera de lo social, de lo económico, y su visibilidad en el registro arqueológico. Goody y Tambiah (1973: 22), haciendo uso de los datos facilitados por Murdock (1969) en su Atlas Etnográfico, concluyeron que las transacciones matrimoniales realizadas a través de la compra de la novia en África subsahariana ascendían a un 82%, mientras que el resto se hacían a través del servicio a la novia, el intercambio de hermanas o a través de un intercambio simbólico o ausente.

El sistema de matrimonio conocido como **bridewealth* en inglés ha sido, a nuestro juicio, insatisfactoriamente traducido al castellano como “compra de la novia” o “precio de la novia”, sugiriendo que el marido, a través del pago realizado a la familia de la novia antes de la boda, compra, efectivamente, a la mujer con la que desea casarse⁵. No es exactamente así pero algo de eso también hay. Por un lado, el pago que realiza el futuro marido tiene como objetivo compensar a la familia de la novia por la pérdida de esa fuerza de trabajo pero, por otro lado, también significa la renuncia de la familia de la novia a ejercer derechos de filiación sobre su hija y sus descendientes. En definitiva, puede que el hombre no esté literalmente comprando a la mujer, pero sí está comprando la futura filiación de sus hijos, que será de su plena potestad y no de la familia de la madre, dando lugar a lo que se conoce como sistema unilateral agnaticio (Goody y Tambiah 1973: 2-17, Ruiz-Gálvez 1992: 220). El antropólogo David Graeber (2011: 130-135) propone denominar a este tipo

⁵ *Bridewealth* significa literalmente “la riqueza de la novia” y verdaderamente es un término que hace referencia al valor intrínseco de la novia y no a la transacción en sí misma, por lo que creemos que tanto “la riqueza de la novia” como “el valor de la novia” serían traducciones más convenientes que “la compra de la novia”.

de economías “economías humanas” y a la moneda que usan “moneda social”, no porque sean más humanas que otras (que no lo son) sino porque sus intercambios se basan no tanto en el hecho de la compraventa en sí, sino en la reorganización de las relaciones interpersonales. En el caso concreto del pago por la novia, este autor, basándose en las ideas de Rospabé (1995), sugiere que la materialización monetaria del intercambio estaría en sí misma representando la existencia de una deuda tan inconmensurable (al tratarse de un intercambio humano) que no podría saldarse materialmente.

Que este tipo de transacción matrimonial esté tan extendida en África subsahariana no es un hecho casual. Se ha propuesto que los sistemas matrimoniales están estrechamente vinculados a razones de tipo económico, especialmente a diferencias en la tecnología agraria (Ruiz-Gálvez 1992: 220): en el caso subsahariano, la agricultura itinerante de azada, azuela o palo cavador, unido a una mínima presión demográfica, plantea escasos problemas de acceso a la tierra, por lo que las familias de las novias no estarían especialmente preocupadas por asegurar la prosperidad económica de sus hijas en caso de disolución del matrimonio, pero sí por recibir una compensación económica ante la pérdida de mano de obra que la boda suponía.

Hoy en día, más por tradición que por cuestiones de tecnología agraria, este tipo de matrimonio sigue celebrándose en Guinea Ecuatorial, generando verdaderos quebraderos de cabeza a los novios a la hora de satisfacer las demandas de la familia de la novia. Los bienes que componen el pago han cambiado desde tiempos precoloniales; hoy el dinero en metálico, las bebidas alcohólicas, algunos animales y bienes de consumo (televisores, ordenadores, coches, etc.) conforman la mayor parte de los bienes demandados. En la sociedad tradicional, además de con bienes perecederos, el pago se realizaba con ganado, conchas (cauri) y objetos de metal (especialmente azadas) (Perramón 1963e, Goody y Tambiah 1973: 11). Los objetos metálicos son los que más nos interesan, ya que son los únicos que hemos podido recuperar en el registro arqueológico.

Las primeras referencias históricas al comercio en el golfo de Guinea son las que aparecen en el *Esmeraldo de Situ Orbis* de Pereira (1506), en donde refiere la existencia de arandelas de bronce como elemento de transacción en la desembocadura del Calabar, al sur de Nigeria (Jones 1958: 43-44). Más recientemente, Guyer (1986: 578) indicó que en la zona cultural y lingüística de los pahuinos (pamues o fang), dividida hoy entre el sur

de Camerún, Gabón y Guinea Ecuatorial, se documenta etnográficamente la existencia de seis tipos de monedas de diferente tamaño, siempre con forma de lanza o hacha, habitualmente atadas en manojos de diferente número y usadas para una variedad de transacciones pero, particularmente, para el pago del precio de la novia [Fig. 4.3]. John L. Wilson, Richard F. Burton, Mary Kingsley y Günter Tessmann, quienes recorrieron África central y occidental entre mediados del siglo XIX y principios del XX, recogen en sus publicaciones este dato.

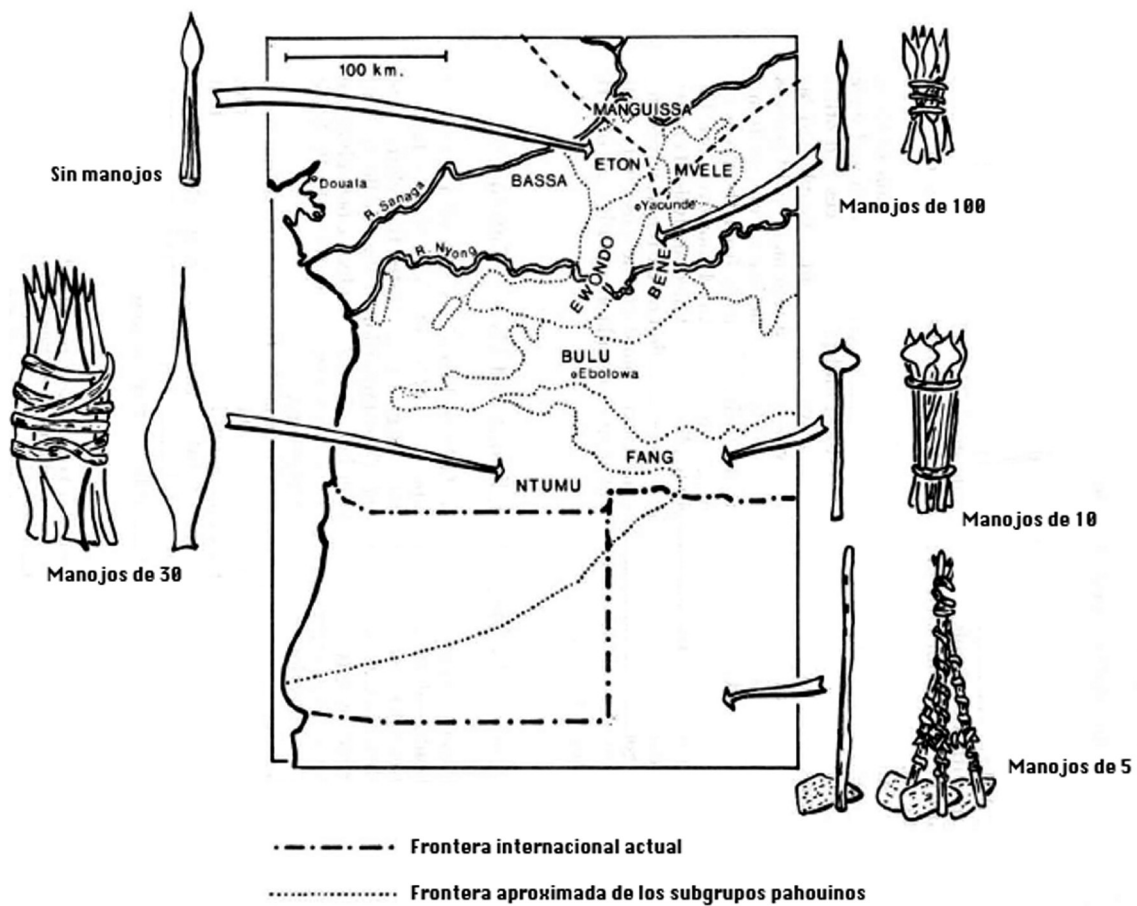


Fig. 4.3. Distribución y forma de los bikuele (a partir de Guyer 1986: 586, Fig. 1).

“Strips of iron, in size and shape like the blade of a horse-phlegm, and tied up in bundles of eight or ten pieces, are the real currency of the country, by which the price of every other article is regulated” (Wilson 1856: 304).

“They are cunning workmen in iron, which is their wealth. Their money is a bundle of dwarf rods shaped like horse-fleams, a coinage familiar to old travellers in West Africa” (Burton 1863: 53).

“These [ebony and rubber] he changes with the rich men of his village for a very peculiar and interesting form of coinage -bikěi- little iron imitation axe-heads which are tied up in bundles called ntet, ten going to one bundle, for with bikěi must the price of a wife be paid” (Kingsley 1897: 320).

“...los pamues inventaron una moneda propia; esto es, un patrón de valoración hecho del hierro forjado por ellos mismos (...) El tipo de dinero actualmente en curso tiene forma de hojas de lanza que pueden ser más grandes, más pequeñas, más sencillas o más complicadas y que, de acuerdo a ello, tienen distintos valores. La hoja de lanza de hierro corriente (dinero de lanza) (...) se llama *egwe, lē*” (Tessmann 2003 [1913]: 535-536) [Fig. 4.4].



Fig. 4.4. Jefe de Bébai contando el dinero de hierro (Tessmann 2003: 536, Fig. 65).

Estos objetos metálicos usados para realizar la compra de la novia son llamados *bikëi* por Kingsley, *egwe, lë* por Tessmann y *bikie* por Guyer. En Guinea Ecuatorial se les denomina *bikuele* (*ekuele* en singular) (ver González Echegaray 1964: 84-88). El grupo ndowé, que habita la costa que va del sur de Camerún hasta Gabón, y al que pertenecen los benga de Corisco, llaman a este objeto *mabanja*. Significativamente, entre 1975 y 1985, antes de que Guinea Ecuatorial adoptase el Franco CFA como moneda oficial, la moneda nacional era llamada *ekuele*. En los billetes de 100 *ekuele* aparecía tanto la efigie del dictador Francisco Macías como el *ekuele* tradicional [Fig. 4.5].



Fig. 4.5. Billeto de 100 *ekuele*, mostrando dos *bikuele* tradicionales a ambos lados del mismo. Fuente: <http://stampscoinsnotes.com/banknote/equatorial-guinea-100-ekuele-1975/>

Como vemos en las descripciones, a esta moneda se le da una forma que semeja a algún objeto de uso cotidiano (lanza o hacha en este caso) pero, por lo que se ha podido comprobar en las piezas conservadas, son lo suficientemente diferentes como para hacerlas inoperantes: suelen ser o demasiado finas o carentes de punta o filo. La moneda, por lo tanto, no puede usarse para otra cosa que para el intercambio, a no ser que fuera fundida (Guyer 1986: 589). Recientemente se han llevado a cabo análisis metalográficos en las colecciones de *bikuele* procedentes de Liberia y Camerún del Museo Peabody de Arqueología y Etnología de la Universidad de Harvard y todo parece indicar que las piezas no son producto de reutilizaciones (Papakirillou 2009).

En una zona de África donde el excedente agrícola es casi inexistente y el ganado está continuamente amenazado por la *trypanosomiasis*, las dos únicas formas de atesorar riqueza son las personas y el hierro. Vansina (1990: 60, 2004: 129-131) equiparó la importancia

social y económica del hierro en África central y occidental al papel que juega el ganado en África oriental y meridional. El metal permite disponer de un patrimonio acumulable que puede usarse para comprar personas. El poder del líder dependería en gran medida del volumen de sus depósitos de hierro lo que, en última instancia, lo habilitaría para disponer de personas y para movilizarlas (Guyer 1993, Guyer y Belinga 1995). En efecto, hierro y mujer son definidos en esta zona con una misma palabra: *akúma*, esto es, riqueza, y como tal, se consideran bienes intercambiables (Guyer 1986: 578).

No podemos estar seguros de si en el pasado el ekuele era usado sólo para realizar la compra de la novia o también para algún otro tipo de transacciones (Guyer 1986: 584). Aunque Tessmann no lo aclara, nos da dos pistas: llama a los bikuele “patrón de valoración” (Wilson apunta en esta dirección también al afirmar “by which the price of every other article is regulated”) y nos ofrece un largo listado de bienes (animales domésticos, carne, alimentos vegetales, materia prima animal, artículos de uso en el hogar y mercancías europeas) con su precio en bikuele (Tessmann 2003 [1913]: 538-542). De esto, y de la imposibilidad física de que estas piezas de hierro circularan de mano en mano entre el común de los habitantes de África central, deducimos que el ekuele debería ser usado más como medida de valor que como moneda de cambio. Esto último lo sería solamente para transacciones especialmente importantes, como lo era la matrimonial.

¿Durante cuánto tiempo estuvieron en uso los bikuele? Etnográficamente se sabe que, dependiendo de las zonas, dejaron de circular en las primeras décadas del siglo XX, y Guyer sugiere que su origen no debe perderse en la noche de los tiempos (Guyer 1986: 583). Pero quizás somos los arqueólogos quienes podemos dar la respuesta más precisa a esta cuestión. Los yacimientos de Akonétye en el sur de Camerún (Meister y Eggert 2008: Fig. 8) y Nandá en la isla de Corisco en Guinea Ecuatorial (González-Ruibal *et al.* 2013: Fig. 13) han producido piezas de hierro en contextos funerarios que son, sin duda alguna, el mismo tipo de objeto al que hacían referencia Wilson, Burton, Kingsley y Tessmann. En algunas ocasiones, varias de estas piezas aparecen atadas entre sí formando manojos. Las dataciones radiocarbónicas que se asocian a estos enterramientos contradicen la opinión de Guyer, pues indican que fueron depositados a inicios del primer milenio d.C., lo que sugiere que la tradición del uso de los bikuele como medida de valor se extendió, como mínimo, a lo largo de casi dos milenios.

A modo de anécdota, y para confirmar el grandísimo parecido entre los bikuele prehistóricos y los etnográficos, concluiremos este apartado recordando que todas las personas de cierta edad, tanto de ambientes rurales como urbanos, que pasaron a echar un vistazo a los objetos que los arqueólogos desenterramos en Corisco reconocieron de inmediato los bikuele e identificaron tanto su nombre como su función. Tanto es así que un anciano de la ciudad de Bata nos ofreció vendernos un conjunto de bikuele que él poseía y que probablemente databan del siglo XIX [Fig. 4.6].



Fig. 4.6. Conjunto de bikuele ofrecidos al equipo arqueológico de Corisco por un anciano de Bata en octubre de 2012. Fotografía del autor.

4.3.4. Mito y ritual

Uno de los principales elementos que da coherencia e integridad a un grupo humano es la existencia de un mundo mítico y ritual compartido: unos antepasados comunes, la adoración a los mismos dioses y la práctica de rituales semejantes. Un buen puñado de palabras identificadas en un cierto número de lenguas bantúes nos indica que aunque en su contenido puedan diferir, existe una estructura común en la cosmovisión bantú (Vansina 1990: 95).

Como suele ser habitual en casi todas las poblaciones humanas, los pueblos bantúes creían que el mundo se extendía más allá de la simple apariencia y que trascendía la experiencia de los sentidos. Aunque la investigación de cada uno de los aspectos de la cultura bantú ha hecho correr ríos de tinta, su mundo mítico y ritual ha sido, probablemente, el tema menos explorado. Quien sí lo hizo de manera concienzuda fue el escritor, cineasta y antropólogo belga Luc de Heusch, quien, partiendo de su experiencia en el Congo durante los años 50 del siglo XX, elaboró una famosa trilogía sobre mitos y ritos bantúes (*Le roi ivre ou l'origine de l'État*, *Rois nés d'un cœur de vache*, y *Le roi de Kongo et les monstres sacrés*) (Heusch 1972, 1982, 2000). Otro compilador de mitos bantúes fue Jan Knappert (1977).

Evidentemente, estos autores recogieron los corpus mitológicos de poblaciones vivas cuyos relatos podían retroceder como mucho hasta donde la tradición oral y la memoria permitían. La reconstrucción de mitos de época prehistórica es una labor de todo punto imposible; la práctica de algunos rituales, por el contrario, sí puede ser reconstruida gracias al registro arqueológico. Sin embargo, como venimos viendo en este capítulo, la lingüística nos ofrece en ocasiones la oportunidad de superar las limitaciones de la arqueología y, gracias a los vocabularios reconstruidos del proto-bantú relacionadas con el mundo mítico y ritual, podemos aventurarnos a perfilar la estructura de su cosmovisión.

Las palabras comunes en la mayoría de lenguas bantúes y las más significativas son *dios, *héroe, *espíritu natural, *experto ritual, *amuleto, *amuleto medicinal, *abstinencia, *tabú, *bruja, *embruja, *sustancia embrujada, *adivinar, *oráculo (Vansina 1990: 297-300).

Unos términos son más fácilmente interpretables que otros. La palabra dios es difícil de explorar al estar muy contaminada tras la colonización. Podría hacer alusión al primero de los ancestros (Vansina 1990: 96). El mundo mítico estaría probablemente poblado de seres sobrenaturales: los héroes, con pasado mítico o real, que protegerían al grupo a cambio de adoración y ceremonias conmemorativas, y también los espíritus naturales, vinculados a los dominios de cada Casa. La importancia del mundo mítico vendría atestiguada por la existencia de especialistas rituales, poseedores de un conocimiento específico y, quizás, capaces de acceder a planos de la realidad vetados al resto de los comunes. Probablemente la participación en rituales vendría acompañada de la práctica de tabúes alimenticios o abstinencias de cualquier tipo. Las personas podrían hacerse acompañar de amuletos para

protegerse de malos deseos, quizás originados por brujas, y podrían conocer su ventura realizando consultas al oráculo (Vansina 1990: 95-99).

El uso de las herramientas propias de la lingüística para hacer una reconstrucción de algo tan complejo como lo es el mundo mítico de un grupo humano puede parecernos un procedimiento un tanto intuitivo y escasamente argumentado. Efectivamente, la lingüística solamente propone una reconstrucción basada en las palabras que debieron existir en esa lengua, dando por hecho que son evidencia de la existencia real de lo nombrado. Posteriormente, la comparación etnográfica primero y los datos ofrecidos por el registro arqueológico después, han confirmado que esa inicial propuesta no iba nada desencaminada. Ese es el caso del culto a los ancestros, un ritual muy extendido en África central y que viene avalado por la terminología reconstruida además de documentado tanto etnográfica como arqueológicamente (su reconocimiento arqueológico lo planteamos en esta tesis doctoral y lo exploraremos más adelante).

El culto a los ancestros, ritual hoy en día desaparecido, consiste en la conmemoración de los antepasados o figuras heroicas a través de objetos vinculados a ellos como, por ejemplo, sus reliquias (Perrois 1979, Borrego 1994: 295-297). Según Vansina (1990: 134) el inicio del culto a las reliquias de los héroes comenzó durante la expansión del grupo Sanaga-Ntem desde Camerún hasta Gabón a mediados del segundo milenio d.C. Entre los fang se documentan estos relicarios para los huesos de los ancestros desde mediados del siglo XVIII (Kaehr *et al.* 2007: 48) y contamos con noticias de su uso a inicios del siglo XX entre los fang, los kota y los punu de Guinea Ecuatorial y Gabón (LaGamma 2007). En Guinea Ecuatorial estos rituales fueron erradicados durante la época colonial, alrededor de los años 40 del siglo XX (Borrego 1994: 293, Ondo Mangué 2009: 35) y en Camerún se documentan hasta los años 60 (Bernault 2006: 236). No obstante, Borrego (1994: 294) apunta a la posible pervivencia secreta de este ritual al suroeste de Evinayong (Guinea Ecuatorial) en los años 90 del siglo XX, pero de una manera absolutamente residual.

Este ritual, conocido como *melan* -cráneo- entre los fang, consiste en la recuperación de parte de los huesos, principalmente el cráneo, y su deposición en relicarios de madera antropomorfos [Fig. 4.7] convertidos en objetos de veneración o altares familiares (Santos Moro 2005, LaGamma 2007: 36). Una gran variedad de grupos situados en ambos márgenes del Ogooué (Gabón) -los kele, ngoní, kota y tshogo-, utilizaban estos relicarios

para invocar el *bwiti*, un espíritu intercesor en favor de la humanidad (LaGamma 2007: 39), a través de la mediación de sus antepasados.

Según Ondo Mangué (2009: 32) los cadáveres de los “grandes hombres”, que serían después venerados, eran enterrados en el bosque, pero sus cráneos eran trasladados a su pueblo natal. También es posible que sus cuerpos fueran expuestos en cabañas o en plataformas, como hacían con los jefes benga en Corisco hasta finales del XIX (Andeke 2005: 3). Su familia sería la encargada de conservar y venerar el cráneo en rituales conducidos por especialistas que incluían la realización de sacrificios, la presentación de ofrendas y la práctica de tabúes alimenticios para los oficiantes y participantes. Estos cráneos, como documentó Tessmann, se conservaban en un lugar sagrado llamado *eleasi*, a la sombra de grandes árboles como el *oveng* y el *adjab* (Ondo Mangué 2009: 32).



Fig. 4.7. Relicario fang (grupo ngumba, sur de Camerún) del siglo XIX. Museo Etnológico de Berlín (LaGamma 2007: 33).

Más arriba hemos propuesto que el uso del ekuele se retrotrae hasta inicios del primer milenio d.C. ¿Podremos decir lo mismo del *melan*? Es prácticamente imposible rastrear la existencia de estos rituales en el pasado prehistórico, ni siquiera los relicarios de madera se habrían conservado en el ácido sustrato selvático. Uno de los pocos indicadores arqueológicos que podría guiarnos en su reconocimiento es la existencia de enterramientos secundarios en donde parte del cadáver apareciese desmembrado y en donde estos restos estuviesen acompañados por objetos de valor. En el capítulo dedicado al registro arqueológico de la isla de Corisco tantearemos esta posibilidad.

4.3.5. La tradición cambiante

Esta tradición que venimos explorando se ajustaría a lo que los arqueólogos han denominado Edad del Hierro Temprana en África centro-occidental que, *grosso modo*, se extendería desde mediados del primer milenio a.C. hasta finales del primer milenio d.C. Pero estas características no permanecerían inmutables eternamente; como ya apuntamos, uno de los principales rasgos de la tradición es su capacidad para cambiar. Según Vansina (1990: 101-127) los primeros grandes cambios en la tradición de África ecuatorial se pueden percibir en torno a la transición del primer al segundo milenio d.C., periodo que, arqueológicamente, se ha identificado como el inicio de la Edad del Hierro Final.

Para Vansina (1990: 101-119), es en este momento cuando la institución de la Casa y el Pueblo empiezan a difuminarse al comenzar a combinarse entre sí en una entidad de mayor tamaño. Estas grandes Casas acumularían un importante patrimonio gestionado por un único *big man* que, ahora sí, sentiría la necesidad de institucionalizar la idea de linaje para que ese caudal económico, que aseguraba en parte su poder político, pasase a sus herederos. Las Casas empezarían a ser físicamente menos móviles, lo que iría acompañado de un crecimiento poblacional, y la desigualdad entre linajes se consolidaría. Este proceso iría acompañado de un auge del matrimonio por compra de la novia, que se impondría frente a otras formas de matrimonio más igualitarias, como el intercambio de hermanas, en el que las posibilidades de una poligamia acumulativa son limitadas (Guyer 1986: 598).

Spencer (1980, cit. en Guyer 1986: 579), indicó que en las sociedades en donde predomina la compra de la novia como forma de matrimonio, el aumento de la desigualdad suele venir acompañado de la liberalización de los precios pagados en esa transacción. Cuando el precio está fijado, la poligamia tiende a ser uniforme por grupos de edad,

pero cuando es variable, se negocia competitivamente, lo que da lugar al surgimiento de grandes disparidades entre los hombres más exitosos, que acumulan con mayor rapidez, y esos otros que quedan desaventajados en este proceso. En el primer caso, el pago actúa como freno a la desigualdad, mientras que en el segundo, la facilita. No sería, por tanto, descabellado creer que el aumento de esa jerarquización vendría también impulsado por una liberalización del precio de la compra de la novia.

El proceso sugerido por Vansina para inicios del segundo milenio d.C. es uno de progresiva jerarquización que se retroalimentaría en diferentes esferas sociales: asentamientos de mayor tamaño, crecimiento poblacional, acumulación de riqueza en forma de depósitos metálicos por parte de los *big men*, generalización de la transacción matrimonial a través de la compra de la novia, liberalización de los precios de esa transacción, aumento de la desigualdad entre Casas, consolidación de la idea de linaje, transmisión patrilineal de la herencia, etc.

4.4. Conclusión

La arqueología no es la única disciplina que permite reconstruir ciertas características de los grupos humanos del pasado cuando se carece de registros escritos. En África subsahariana, la etnografía ha posibilitado el acceso a un pasado más inmediato (si bien en ocasiones permite retrotraerse hasta el siglo XIV y XV, ver Vansina 1985, también Cooper 2005 y Henige 2005), pero durante muchos años ha sido la lingüística la única herramienta que ha permitido aventurar posibilidades sobre cómo fue el pasado más remoto.

No en vano, fueron los lingüistas los que descubrieron que gran parte de las lenguas habladas en África subsahariana, que serían denominadas bantúes, estaban emparentadas entre sí y que esto sólo podía deberse al hecho de que procediesen de una lengua común ya desaparecida, el proto-bantú. Esta certeza dio el pistoletazo de salida a lo que vendrían a llamarse “estudios bantúes”, los cuales tenían como principal objetivo resolver el “problema bantú”, es decir, averiguar cuáles eran las características del grupo proto-bantú, cuál era su origen geográfico y cronológico, cómo se expandieron y por qué motivos, qué vías siguieron y cuál fue la consecuencia de tal migración.

Hasta los años 70 del siglo XX, la lingüística fue la única proveedora de hipótesis que aventurasen posibles respuestas a todas estas preguntas. La falta de acuerdo sobre los

métodos a seguir para valorar el grado de parentesco entre lenguas y reconstruir la proto-lengua dio lugar al surgimiento de un sinnúmero de propuestas, muchas de ellas muy dispares y contradictorias entre sí. A partir de los años 70, la arqueología se incorporó al debate, y permitió contrastar unas y otras hipótesis con las evidencias del registro material, limitando el número de posibilidades y matizando las más probables.

Hoy en día, se considera que el origen geográfico del grupo proto-bantú estaría en torno a la actual frontera de Nigeria y Camerún y que iniciaron su expansión hace aproximadamente 5000 años por causas que son difíciles de precisar (se sugieren motivos demográficos, climáticos o vinculados a la práctica agrícola). Las vías de expansión siguen siendo debatidas en la actualidad. Posiblemente hubo varias ramificaciones que fueron hacia África oriental y hacia los grandes lagos, pero también hacia el sur por la costa de África centro-occidental. El grupo proto-bantú era desconocedor de la metalurgia del hierro, pero adquirieron conocimiento de esta tecnología en algún momento de su migración. Ellos serían los responsables de extender su práctica junto con la cerámica, la agricultura y, cómo no, su lengua allí por donde se expandieron. Con ciertos matices, la llegada de los grupos considerados bantúes a África central y centro-occidental se considera el inicio de la Edad del Hierro.

Las dos ideas principales sobre las que pivota este capítulo son la posibilidad de acceder al conocimiento de ciertas características de los pueblos prehistóricos a través de la reconstrucción de los vocabularios que componían su lengua y la certeza de que en África ecuatorial existe una “tradición” común, esto es, un conjunto de instituciones políticas, prácticas sociales y una ideología compartidas extensamente. Partiendo de aquí, hemos procedido a recolectar los vocabularios reconstruidos para determinados ámbitos de la vida de los grupos bantúes, con el objetivo de esbozar las particularidades de la antigua tradición de África ecuatorial, que no es otra que la que exploraremos más adelante a través de la arqueología.

Según la reconstrucción de la proto-lengua, la sociedad tradicional bantú sería de tipo patriarcal, en la que el grupo familiar extenso estaría regido por un *big man* cuyo poder dependería, en gran medida, además de en sus características personales, en su capacidad de acumular riqueza. La imposibilidad de acumular riqueza en forma de ganado o excedente agrícola en África central hizo que el hierro, por un lado, y las personas,

por otro, constituyesen las dos principales fuentes de riqueza, hasta el punto de ser en ocasiones equiparables e intercambiables. Un *big man* poderoso sería aquel capaz de “comprar” y mantener a un elevado número de esposas y generar, gracias a ellas, un grupo familiar extenso, al que se le unirían otro tipo de familiares y otros individuos en relación de dependencia.

Los grupos bantúes conocían la metalurgia del hierro, la tecnología cerámica y la agricultura de azada o palo cavador. La adquisición de alimento no se fundamentaría en la agricultura, sino que vendría acompañada de otras actividades como la recolección, la caza, la pesca y el comercio.

Los pueblos bantúes compartirían también un mundo mítico y ritual común que podría ser definido como animista, pues se basaba en la existencia de héroes ancestrales a los que rendir culto y en espíritus domésticos. La esfera de lo ritual estaría mediada por especialistas, que controlarían los contactos entre el mundo físico y el mundo mítico a través de rituales de conmemoración.

Hemos querido destacar ante todo la transacción matrimonial más típica entre los grupos bantúes dada su importancia en la esfera de lo social y de lo económico, pero también porque es una de las pocas de las que queda clara referencia en el registro arqueológico. Esa práctica es “la compra de la novia”, transacción que en gran parte de África central parece haberse satisfecho con un tipo de objeto metálico muy similar, el ekuele, un fragmento de hierro en forma de hacha o azada anudado en manojos de varios ejemplares. Este objeto fue reconocido etnográficamente por muchos viajeros del siglo XIX y principios del XX así como por los actuales habitantes de África central. Arqueológicamente se han identificado este tipo de objetos en contextos funerarios que datan de inicios del primer milenio d.C., lo que retrotraería su uso a tiempos prehistóricos.

Esta antigua tradición bantú empezaría a mostrar signos de cambio en el tránsito del primer al segundo milenio d.C. en la cuenca interior del Congo. Un cambio que seguiría la dirección de la jerarquización y la desigualdad, al aumentar el tamaño de las Casas y al acumular sus *big men* más poder, tanto en forma de depósitos de metal como en su capacidad de controlar personas. Esto habría conducido a la institucionalización de la figura de la Casa y a la consolidación de la idea de linaje mediante la transmisión patrilineal de la herencia.

La propuesta de Vansina depende fundamentalmente de la interpretación lingüística y de la evidencia etnográfica, y en mucha menor medida de la arqueología. Esto es lógico si tenemos en cuenta que su trabajo fue realizado hace más de veinte años, cuando la arqueología apenas empezaba a abrirse camino en África central. Por lo tanto, hemos de considerar su propuesta como un marco interpretativo de la cultura bantú pendiente de contrastar con las informaciones arqueológicas disponibles en la actualidad. De ello nos ocuparemos en próximos capítulos.

CAPÍTULO 5.

EL MARCO TEÓRICO: LA ARQUEOLOGÍA DE LA IDENTIDAD

“En la pequeña noche de la vida humana la loca de la casa enciende velas”.

Rosa Montero, *La loca de la casa*, 2003

El desarrollo y la aplicación de la teoría arqueológica en el continente africano, al menos en lo que respecta al África subsahariana, ha seguido una evolución propia no comparable con la de Europa o Norteamérica. Si bien la antropología ha encontrado en África un campo de estudio fecundo (las monografías etnográficas sobre pueblos africanos se cuentan por decenas), un simple vistazo a los últimos volúmenes editados sobre teoría arqueológica nos harían llegar fácilmente a la conclusión de que “la teoría” aún está por llegar a la arqueología africana. Esta última afirmación no es del todo correcta, pues si exploramos volúmenes dedicados en exclusiva a la investigación arqueológica en este continente descubriremos que, aunque con un desarrollo más tardío y diferente al caso occidental, la teoría arqueológica sí ha tenido y tiene cierta presencia en África subsahariana, aunque de manera muy desigual en lo referente a debates teóricos y áreas geográficas. Las características concretas de la “teoría arqueológica africana” están estrechamente relacionadas con las propias particularidades de la arqueología africana. En este capítulo exploraremos brevemente la naturaleza de la teoría arqueológica en general, y la que se ha producido en ese continente en particular, y plantearemos el marco teórico en el que se va a encuadrar nuestro estudio arqueológico.

5.1. El campo teórico: conceptos y posiciones

En esta tesis seguiremos los postulados teóricos posestructuralistas de la llamada Arqueología de la Identidad. Se trata de una corriente que ha sido abordada desde posiciones diferentes, que tienen en común adoptar una visión crítica y proponer un nuevo acercamiento al pasado en donde se contemple la diversidad de ontologías que han caracterizado a sus culturas. En este sentido, se trata de un acercamiento posmoderno al estudio del pasado.

En efecto, el aspecto más importante que para nosotros tiene la corriente posmoderna es el enfoque crítico, una crítica que se ocupa de revisar no sólo la forma de acceder al conocimiento, sino también el contexto de producción de ese conocimiento. Desde el nacimiento de la arqueología, en el siglo XIX, las diferentes aproximaciones arqueológicas a los restos del pasado han ido construyendo discursos que trataban de explicar qué ocurrió en ese pasado. La escuela histórico-cultural dio por hecho que las explicaciones aportadas por los arqueólogos, siendo más o menos precisas, eran, sobre todo, acertadas, y que una investigación más profunda equivalía a engrosar los detalles de esa explicación, a arrojar más luz sobre un periodo lejano en el tiempo, como quien añade páginas a un libro, y que ésa era la forma “natural” de hacer Ciencia. Por lo general, se consideró que esos discursos no eran más que explicaciones tendentes a la objetividad que poco tenían que ver con su propio contexto de producción o con la subjetividad del investigador y cuyo mayor o menor acierto dependía exclusivamente de la precisión del trabajo del investigador en cuestión.

El avance “cientifista” que supuso la Nueva Arqueología tampoco pareció subvertir dicha situación, pues la crítica que realizaba no era, como apuntó Vicent (1991: 32) “radical”, es decir, no atacaba a sus raíces, no suponía una crítica “de su condición epistemológica y su praxis en un marco de referencia definido por conceptos y categorías independientes de dicha constitución epistemológica y desligados de los intereses y condicionamientos en los que se produce dicha praxis”, en otras palabras, no era una Filosofía de la Arqueología sino una Teoría de la Arqueología que actuaba como “instancia normativa con respecto a la praxis arqueológica y como instancia justificativa con respecto al contexto social en el que ésta se desenvuelve” (Vicent 1991: 32). Sin embargo, poco a poco, los teóricos posmodernos fueron asumiendo posiciones que ya habían sido desarrolladas por la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt (Horkheimer y Adorno 2004 [1947]) para desvelar el carácter construido de esos discursos y su estrecha dependencia de la situación concreta del investigador, quien, inconscientemente en la mayoría de los casos, proyectaba sobre sus estudios no sólo su propia forma de ver el mundo, sino sus propios intereses. Se hizo evidente que la práctica arqueológica, como cualquier otra producción de corte científico, era también práctica ideológica, estando políticamente situada muy a pesar de la opinión de sus propios productores, quienes, para el caso de la Nueva Arqueología, no hacían otra cosa que seguir justificando su propio discurso sin someterlo a crítica externa alguna y

coadyuvando a la reproducción del sistema político imperante, en este caso, el capitalismo, tal y como apuntaban Shanks y Tilley (1987: 62). Ya no valía el viejo truco de “verlo todo desde ningún sitio” (Haraway 1991: 189), pues la teoría crítica de la arqueología ponía de manifiesto las implicaciones políticas y sociales de cualquier postura epistemológica, destacando el carácter socialmente determinado de la propia Arqueología, así como el hecho de que la arqueología era tanto un proceso cognoscitivo como una acción social (Vicent 1991: 31) que tenía unas consecuencias materiales reales en el presente (ver Hernando 2006).

Esta evidencia supuso lo que Víctor Fernández considera, haciendo alusión a un famoso trabajo de Clarke (1973), una segunda pérdida de inocencia de la arqueología (Fernández Martínez 2006a: 209), lo que, a su vez, puso sobre la mesa un asunto espinoso: la validez científica del conocimiento arqueológico o, como dijo Jacques Derrida (Fernández Martínez 2006b: 192), que la objetividad es siempre una apariencia provisional de la misma. Entonces, ¿cómo validar la producción de conocimiento arqueológico si sus propios productores son conscientes de que es hijo de una subjetividad particular? ¿Cómo evitar la trampa del hiperrelativismo a la cual la Teoría Crítica parece conducir irremediabilmente? La respuesta es clara, aunque no por ello convence a todos: tratando de evitar la falsa conciencia que desvincula la práctica arqueológica de los compromisos que ésta adquiere con la realidad (Vicent 1991: 33) y dando siempre por hecho que puede haber múltiples perspectivas sobre el pasado, pero que eso no se debe a la debilidad de los datos, sino a las múltiples posiciones subjetivas desde las que “el pasado” es y puede ser entendido (Conkey 2007: 306). Es este un tema que da pie a un debate mucho más amplio que no tiene cabida en este trabajo (para ello ver Criado 2006 y 2012), sin embargo hemos considerado oportuno dejar clara nuestra postura al respecto: la única alternativa posible para la arqueología es reconocer esa posición situada y subjetiva, como la que se propone desde el posestructuralismo, y trabajar para evitar un relativismo extremo. Ese reconocimiento no puede más que reafirmarnos en una posición ventajosa pues, reconociendo “lo político” de nuestros planteamientos podemos comprometernos activamente en la defensa de un discurso más válido, de unas posiciones más sólidas y de un presente más justo.

En arqueología, la corriente posmoderna dio a luz a un sinnúmero de nuevas ramas de estudio: una de ellas fue la Arqueología de la Identidad. Ciertamente, dentro de tal

denominación caben planteamientos muy diferentes, desde la definición de conceptos básicos hasta las preguntas a plantear. También es fácil confundir corriente posmoderna con posprocesualismo, y aunque en este trabajo estamos comprometidos con ciertas ideas generadas en el posprocesualismo, no todos los puntos defendidos por esta corriente serán aplicados aquí. A riesgo de incidir en asuntos de sobra conocidos, creemos necesario comenzar clarificando nuestra posición y definiendo conceptos claves que servirán para entender cómo aplicamos la teoría de la identidad al estudio del registro arqueológico.

En este trabajo no se abrazarán completamente las premisas posprocesuales, pues no estamos de acuerdo con algunos de los excesos subjetivistas que se hicieron (y se siguen haciendo) desde la defensa de discursos que confundieron el enfoque narrativo con la más pura y acrítica fenomenología (visiones críticas sobre el uso de la fenomenología se encuentran en Brück 2005, Olsen 2006 y Criado 2012: 140-146). No obstante, creemos que esta corriente puso en circulación toda una serie de ideas y preguntas enormemente iluminadoras y que ofrecieron herramientas interesantes para pensar el pasado y para pensar nuestra propia posición como investigadores de “ese” pasado, por lo que algunas de ellas las encontraremos en este trabajo, si bien matizadas. Las bases sobre las que se sustenta nuestro marco teórico se pueden resumir en los siguientes puntos:

1) la primera idea fundamental, y desde la que se derivarán las dos siguientes, es que la arqueología posprocesual dejó de considerar la cultura material como un reflejo pasivo de las actividades que un grupo humano sostuvo en el pasado y comenzó a pensarla como un elemento activo de la cultura por servir de soporte de un simbolismo que era necesario interpretar (Hodder 2003: 73). El nacimiento de la etnoarqueología tuvo mucho que ver en esta cuestión, pues aquellos arqueólogos que tuvieron la oportunidad de trabajar cerca de sociedades preindustriales o directamente con ellas cayeron en la cuenta de las potencialidades que un estudio arqueológico de la cultura material de sociedades vivas (una antropología enfocada a los objetos) podía tener para la comprensión de los mecanismos de funcionamiento de esas culturas. Paradigmáticos son ya esos primeros estudios de Patty Jo Watson en Irán (1979) o de Ian Hodder en Kenya (1982a), aunque ambos terminarían siendo representantes de corrientes teóricas opuestas.

El hecho de considerar la cultura material como significativa quiere decir, evidentemente, que está cargada de significados, esto es, que la arqueología tiene un carácter semiológico:

la cultura material de las sociedades del pasado es para nosotros un conjunto de signos sobre el que se atribuyó y al que atribuimos una variedad de significados. Como Hodder apunta (2003: 73), estas ideas semióticas y estructuralistas nos conducen a la noción de que la cultura material tiene un significado que va más allá de sus propiedades físicas como objeto y que derivan del entramado social en el que ese objeto se halla embebido. No sólo esto, sino que los objetos son usados activamente por los agentes de una cultura con el fin de tener un efecto concreto en el mundo social, intenciones y efectos que no siempre son comprendidos conscientemente o expresados discursivamente, y que crean una red de retroalimentación en la cual el objeto creado adquiere características de agente, pues reconstituye y refuerza la identidad de los sujetos que lo crearon en un proceso continuo de definición y redefinición que caracteriza toda vida social.

2) Si la cultura material adquiría ese nuevo estatus activo dentro de la arqueología resulta comprensible que se pasase de buscar *explicaciones* a realizar *interpretaciones*, es decir, que se reconociese el componente subjetivo de toda reconstrucción del pasado. Tras un largo periodo en el que se veía con naturalidad el hecho de que cada nueva investigación aportaba nuevos datos con el fin de densificar nuestro conocimiento del pasado, se comenzó a tener en cuenta que las realidades pasadas eran inaprensibles de tal manera y que, como mucho, debíamos conformarnos con realizar un simple acercamiento, una interpretación de las mismas (sobre el problema “subjetivista” que esta idea traía como correlato discutiremos más adelante). Ya no era posible verter explicaciones con pretensión de objetividad sobre esa cultura material (al menos alguna que fuera más allá de un análisis formal o tipológico), sino que había llegado el momento de interpretarla en el marco de la cultura en que fue producida, había que leer la cultura material como si de un texto se tratara. De esta manera, asistimos a la aplicación de un enfoque hermenéutico en la arqueología.

El enfoque hermenéutico abría un nuevo horizonte de comprensión del pasado a la vez que acarrea no pocos problemas. La hermenéutica, con un nacimiento estrechamente vinculado a la exégesis bíblica, pone el acento en el lector, en el sujeto que interpreta, es decir, se da a entender que el significado no reside en el objeto en sí mismo, sino en el modo en el que el lector conceptúa significativamente ese objeto (Hodder 2003: 74); este hecho nos enfrenta a un círculo hermenéutico cuádruple (Shanks y Tilley 1987: 103-115, Criado

2012: 169) o a, como Criado (2000: 279, 2012: 231) lo ha llamado, un juego con cuatro participantes: el registro arqueológico producido por un determinado grupo del pasado, el sujeto que interpreta, el contexto subjetivo del intérprete y el propio horizonte cultural de ese registro. Esta realidad nos sitúa en un complejo entramado de subjetividades muy difícil de desenmarañar si tenemos como objetivo producir algún tipo de conocimiento válido sobre el pasado prehistórico.

Aplicar este método de análisis implica considerar cada cultura como una entidad particular que requiere un estudio concreto adaptado a sus propias especificidades (idea que ya defendía el particularismo histórico), pues da por hecho que cada sociedad se define por el conjunto de decisiones tomadas por los individuos que la conforman, y esas decisiones dependerán en gran medida de la subjetividad particular, individual, de sus miembros; subjetividad que, por otro lado, no tendría por qué responder a ningún patrón o esquema que pueda abstraerse y estudiarse independientemente, lo que convertiría a esa sociedad en única, original y, por lo tanto, no comparable en manera alguna a otras. En nuestra opinión, muchos de los investigadores que se han arriesgado a dar el salto aplicando la hermenéutica a la arqueología han cometido ciertos excesos, pues la solución ofrecida al problema de las subjetividades ha sido el uso de la fenomenología, dando con ello lugar a trabajos fuertemente especulativos, como si de juegos literarios se tratasen, al pretender identificar los deseos y actitudes de los “individuos” prehistóricos (ejemplos de esta forma de hacer arqueología se encuentran en Spector 1993, Joyce 1994, Meskell 1998a, Hodder 2000, Knapp y van Dommelen 2008). Si por el contrario pretendiésemos ofrecer estudios arqueológicos de corte hermenéutico que sean algo más que una narrativa, los únicos campos accesibles, desde nuestro punto de vista, serían la arqueología histórica o la etnoarqueología, ámbitos en los que el investigador dispone de otro tipo de recursos (principalmente el acceso al horizonte lingüístico del grupo, ver Criado 2012: 161-162, 167-168) que permiten contrastar los datos arqueológicos, pero ese no es nuestro caso.

¿Nos queda alguna alternativa frente al subjetivismo posprocesual hermenéutico? Pensamos que sí: una vuelta al positivismo. Ha quedado claro en estas pocas páginas que no vamos a defender un enfoque positivista clásico, ese que consideraba que el pasado estaba “ahí”, esperando a ser estudiado, comprendido y explicado; pero sí vamos a abogar por un positivismo menos acrítico y menos automático, más reflexionado y consciente

del valor de lo subjetivo en nuestra investigación. Hemos llegado a esta posición porque pensamos que la arqueología posprocesual, con su fuerte carga anti-positivista, nos conduce a un escenario cuando menos difícil, en el que la única opción que nos queda como arqueólogos es realizar interpretaciones de un pasado no reglado, siempre original, único e incomparable, haciendo ese cuádruple salto subjetivista (un verdadero *leap of faith*). Para superar ese inestable escenario proponemos esa revisión positivista que medie entre las explicaciones totalizadoras de los positivistas clásicos y las interpretaciones subjetivas de los posprocesuales, para permitir afianzar nuestros estudios alcanzando una “interpretación objetivable” como la que propone Criado para la Arqueología del Paisaje (Criado 1999: 6-13, 2000: 289-290, 2006: 249, 2012: 206-214) y eso será solamente posible adoptando ideas procedentes del estructuralismo, pues estamos convencidos de que la relación entre la cultura material –significante– y su significado no es completamente arbitraria. Esto nos permitiría, a través de aproximaciones contextuales, desentrañar los códigos o reglas usados en el “lenguaje” de los objetos materiales (Hodder 2003: 74-75), es decir, en cada cultura existe una compatibilidad estructural entre códigos que ha de ser desvelada en la medida de lo posible (ver Criado 2012: 232).

Lévi-Strauss es considerado el padre del estructuralismo, pero esta corriente bebe de la obra de otros muchos pensadores, tales como de Saussure, Heidegger, Wittgenstein, Durkheim, Mauss, Radcliffe-Brown e incluso Freud (ver Fernández Martínez 2000: 283-300). A través de sus aportaciones en diferentes disciplinas (lingüística, antropología, sociología o psiquiatría) se fue construyendo la idea de que el lenguaje, la sociedad o la psique están determinadas en su expresión externa por *estructuras* internas (inconscientes, mecánicas, no directamente observables) que las definen y las condicionan, que tienen una lógica propia que se puede estudiar (es objetivable) y que, además, esas estructuras son compartidas por toda la humanidad. Estas estructuras (que tendrán contenidos distintos) rigen la organización de la lengua de cada cultura y el inconsciente de quienes la hablan. Por ejemplo, Lévi-Strauss, en su serie *Mitológicas* (1981a, 1981b, 1982a, 1982b) analizó los mitos de diferentes pueblos suramericanos concluyendo que, siendo diferentes en la forma, respondían a una estructura común. No es este el lugar en el que realizar un estudio profundo de las principales ideas que defiende el estructuralismo (ver Harland 1987, Hodder 1989, Layton 2006, Moragón 2007), pero haremos uso de dos de ellas que tienen una especial validez para el estudio del pasado, éstas son: la propia noción de “estructura”

y el entendimiento del “espíritu humano” como “mente universal” (Lévi-Strauss 1973: 22, cit. en Criado 2000: 281).

Siguiendo a Criado (2000: 280, ver también Criado 2012: 237), el objetivo del programa estructuralista sería:

“to define the *structures of culture* which are also the structures of the human mind, understanding this both in a neurological sense as well as a philosophical sense, which form the unconscious determinations which constrict human understanding and action, and which (...) «make our liberty an illusion fed by our ignorance» (see Lévi-Strauss 1967: 159) (...) these cultural structures form the mechanisms which permit reflexive action. The function of structures is to impose a form on the occurrences of life”.

Por otro lado, Giddens (2006: 53) propone que la estructura:

“...aparece como algo «externo» a la acción humana, como una fuente de restricción impuesta a la libre iniciativa del sujeto independientemente constituido. Tal como se la conceptualiza en el pensamiento estructuralista y pos-estructuralista (...). Aquí en sustancia se la concibe no como un diseño de presencias sino como una intersección de presencia y ausencia; es preciso inferir códigos soterrados a partir de manifestaciones de superficie”.

Lo que nos interesa de la idea de “estructura” es que ésta determina al ser humano en sus acciones y, por consiguiente, en sus productos. Y son los productos materiales de los grupos humanos del pasado lo único que tenemos para realizar interpretaciones y acceder, finalmente, a la comprensión de cómo la estructura está funcionando, es decir, de cómo esa estructura, que es común, está creando pautas de racionalidad que son diferentes. Este aspecto es especialmente interesante para la arqueología, porque “una estructura existe, como presencia espacio-temporal, sólo en sus actualizaciones en esas prácticas” (Giddens 2006: 54), es decir, la estructura no existe como algo independiente de la práctica (hay estructuras que funcionan prácticamente, como el *habitus*¹) y para nuestro caso, esas

1 Pierre Bourdieu define *habitus* como: “sistemas de *disposiciones* duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente ‘reguladas’ y ‘regulares’ sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas, y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta” (Bourdieu 2008: 86).

prácticas (funerarias, en el ejemplo arqueológico que centrará el tema de esta tesis) nos ofrecen como resultado el registro arqueológico (funerario): ahí está la vinculación directa entre registro, práctica y estructura. Se sobreentiende, por lo tanto, que no vamos a prestar especial atención a posibles comportamientos, presumiblemente originales, de agentes individuales, sino a la estructura identitaria que subyace bajo un grupo humano determinado y que se expresa a través de sus prácticas. Para reforzar esta idea y conseguir superar definitivamente aquello que criticábamos de los hermenéuticos debemos poner en juego otra idea puramente estructuralista, la de “mente universal”, entendiendo que:

“the *mind* is the innate and universal capacity which human beings have to create order after facing an outside world which, before reflection and thought, appears to humans as chaotic and confusing. This order is produced through three fundamental mechanisms or procedures: the creation of *dual conceptions* or the principle of binary combination; the *opposition* or ability to compare dichotomies converting the two poles of a duality into contrary elements; and *classification*, or organisation according to conventional criteria of the different entities and values created in this way. This mechanisms constitute logical and universal qualities of the human mind.” (Criado 2000: 283, 2012: 242-243).

Una vez entendido que los mecanismos usados por la mente (no sus productos) son comunes a la humanidad y que esos mecanismos se expresan a través de estructuras que a pesar de no ser directamente observables sí son objetivables (se pueden estudiar) obtendremos un “modelo de funcionamiento constante de la mente que ofrecería un punto de arranque objetivo y positivo para la investigación arqueológica” (Criado 2000: 290, 2012: 206-214).

3) En los dos puntos anteriores ya aparece esbozada la tercera idea a la que queremos referirnos: el concepto de agencia -*agency*- o capacidad de acción como es generalmente definida en su versión más simple. El término *agency* se ha convertido en un asunto espinoso en la arqueología por no responder a un único significado. La falta de claridad en torno a este tema ha hecho que cada investigador haya ido creando definiciones *ad hoc* del concepto. Para una visión general del tema es imprescindible consultar la monografía editada por Dobres y Robb (2000a) y para un cuadro sinóptico de definiciones, el artículo

con el que los dos autores abren la monografía (Dobres y Robb 2000b: 9). Para un debate más actualizado puede consultarse Robb (2010). La idea de agencia en sí misma no es en absoluto novedosa: cuestiones como la autodeterminación, la voluntad o el deseo han sido contempladas en las ciencias sociales desde hace mucho tiempo, si bien lo cierto es que será a partir del siglo XIX y XX que se harán, no casualmente², más recurrentes a través de la obra de autores como Marx, Weber, Durkheim o Parsons (Dobres y Robb 2000b: 4-6, Dornan 2002: 305), quienes propusieron su análisis desde los estrechos márgenes que el normativismo y el funcionalismo permitían. Sin embargo, los que serán reconocidos como padres de la teoría de la agencia y desde quienes se importará definitivamente a la arqueología serán los sociólogos Anthony Giddens y Pierre Bourdieu. Fueron ellos quienes gracias a su pensamiento lúcido y novedoso reformularon desde el posestructuralismo la teoría de la agencia, proponiendo nuevas nociones bajo cuyo foco podía analizarse el comportamiento humano de un modo mucho más dinámico que el que se había venido haciendo. Ellos elaboraron ideas que hoy nos resultan familiares: la dualidad de la estructura, el concepto de *habitus*, la teoría de la práctica o la relación basculante entre estructura y sujeto, concretada en el expresivo término de “estructuración” de Giddens (2006: 53-64). La propuesta general es que “ante las reglas sociales existentes, la gente no se contenta con seguirlas pasivamente, sino que tiende a entenderlas y utilizarlas, a intervenirlas o estructurarlas, de forma creativa. Al obrar de este modo *contribuye a reforzar, o alternativamente a transformar, la misma estructura (...)*” (Johnson 2000: 138, la cursiva es nuestra).

Pero no creemos que la agencia sea un campo de acción social exclusivamente humano, sino que esa capacidad transformadora de la realidad está también contenida en los objetos y, como bien sabemos, son los objetos el medio fundamental que usamos los arqueólogos para acercarnos al conocimiento del pasado. Como se apuntó, la cultura material está cargada de significados que expresan realidades tanto conscientes como inconscientes de la identidad humana. A través de los objetos y su uso expresamos el modo en que comprendemos el mundo en que vivimos y la posición que ocupamos en él. Expresamos también quiénes somos a través de los objetos que nosotros creamos u otros crean (incluso

2 Será a partir del siglo XIX cuando el proceso de individualización sufra un despegue imparable en el mundo occidental. Puesto que una identidad individualizada se fundamenta principalmente en el reconocimiento de los propios deseos (Hernando 2000a), este proceso traerá como correlato lógico directo ese no casual énfasis en la agencia. Sobre la génesis de esas identidades individualizadas en Europa, véase Elias (1993).

desde el propio proceso de selección de materias primas y posterior elaboración), de los modos en los que los usamos (rechazándolos o aceptándolos, vistiéndolos, conservándolos o destruyéndolos) e incluso de la selección y tratamiento que de ellos hacemos para que acompañen a nuestros muertos en sus sepulturas, creando, en definitiva, un sistema coherente de significados que se expresan a través de estos diferentes órdenes (ver Lemmonier 1986). Este hecho dota a la cultura material de la capacidad de transmitir información, que pasa así de ser un mero objeto de uso a convertirse en un componente social de alto significado con el que se interactúa. Así, en este trabajo nos aproximaremos a la cultura material desde este enfoque, el cual ya fue defendido por el sociólogo Norbert Elias (Elias 1990a [1983]: 70, cit. en Hernando 2007a: 314-315), quien, en una línea semejante a la elaborada por Annales (Burguière 1982), subrayó la equivalencia ontológica entre personas y objetos. Esta idea fue posteriormente retomada y ampliada por la *Actor-Network-Theory* (o Teoría del Actor-Red) cuyo principal representante es Bruno Latour (1998) y que en arqueología se ha reconvertido hacia la llamada Arqueología Simétrica (González-Ruibal 2007, Witmore 2007). Recibe este nombre porque entiende que existe una ontología *simétrica*, es decir, equivalente, entre objetos y seres humanos, lo que no deja de ser, como apuntó Hernando (2007a: 314) una vuelta hacia ciertas posturas estructuralistas por parte de la arqueología posprocesual pero, eso sí, prestando una especial atención a los objetos. Esta postura vendría a confirmar que cualquier cosa podría convertirse en actor (o *actante*, como ellos lo llaman) y ser incluido en una red de relaciones sociales (Olsen 2003: 98) que se configura y reconfigura en las relaciones que actores humanos y no humanos establecen entre sí. Por eso consideraremos que la cultura material no solo porta y expresa identidades colectivas o individuales, sino que constituye, reforzando o transformando, según el caso, esas identidades.

5.2. La teoría arqueológica en el África subsahariana

Como hemos visto, con el paso de los años, los debates teóricos en arqueología han ido evolucionando y prestando atención a diferentes asuntos y variados contextos. No obstante, a día de hoy, no tenemos más que echar un vistazo a los libros de referencia editados sobre cuestiones teóricas en arqueología y comprobaremos cómo apenas se alude a África, no se utilizan ejemplos africanos o simplemente se pasa de puntillas por ellos. El continente africano ni siquiera es mencionado en obras como *Social Theory in Archaeology*

(Schiffer 2000), *Archaeological Theory Today* (Hodder 2001), *Archaeological Theory and Scientific Practice* (Jones 2002), *Archaeological theory and the politics of cultural heritage* (Smith 2004), *Global Archaeological Theory. Contextual voices and contemporary thoughts* (Funari *et al.* 2005) o *Archaeological Theory in Practice* (Urban y Schortman 2012). De manera puntual aparece mencionado en *Reader in archaeological theory. Post-processual and cognitive approaches* (Whitley 1998). Algunas excepciones a la norma son *Theory in Archaeology. A world perspective* (Ucko 1995), *Handbook of material culture* (Tilley *et al.* 2006) y *Handbook of archaeological theories* (Bentley *et al.* 2008), en donde el continente africano es tratado con igualdad respecto al resto de las áreas del mundo.

Como apuntábamos al inicio del capítulo, que esto sea así depende en gran medida de las características que ha tenido la práctica arqueológica en el África subsahariana, donde la arqueología se ha desarrollado tardíamente en comparación con Europa (ver capítulo 2), pues los contextos coloniales, más preocupados por cuestiones económicas que culturales, no siempre favorecieron la investigación arqueológica. Por otro lado, los conflictos que siguieron en demasiadas ocasiones a los procesos descolonizadores tampoco incentivaron el estudio del pasado. Finalmente, amplias áreas del continente africano, como es el caso del cinturón forestal ecuatorial, han permanecido prácticamente inaccesibles hasta un momento bien reciente. La combinación de estos factores retrasó considerablemente el asentamiento de equipos arqueológicos en ciertas zonas del continente. Esta realidad ha condicionado fuertemente la práctica arqueológica, que rara vez se ha caracterizado por la presencia continuada de equipos trabajando en las mismas áreas ni, por tanto, por la generación de un conocimiento arqueológico denso a lo largo del tiempo. Al contrario, la arqueología del continente africano se ha caracterizado por su carácter puntual e intermitente, muchas veces asociado a grandes obras de infraestructura que permiten a los arqueólogos penetrar en zonas de difícil acceso. Si hay algo que necesita la teoría arqueológica para ser aplicada con rigor es contextos de excavación en área bien documentados, con información contextual que permita reconstruir aspectos particulares del pasado. Que este no haya sido el caso en África ha limitado a los arqueólogos a la hora de hacer interpretaciones teóricas, pues dada la escasez de datos, sus hipótesis habrían sido más fruto de la intuición que del razonamiento contrastado. Es por ello que hasta ahora, salvo alguna excepción que veremos a continuación, uno de los principales objetivos de la arqueología en África subsahariana ha sido reconstruir el hilo conductor de los

acontecimientos prehistóricos, tal y como sucedió en Europa al comienzo de la disciplina. Evidencia de esta realidad es el artículo publicado en 1993 por Andah y Bagodo sobre teoría arqueológica en África, donde ni siquiera se contemplan las ideas generadas desde la arqueología posprocesual, a pesar de que entonces ya habían pasado más de diez años desde la publicación de *Symbols in action* (sobre la influencia de la Nueva Arqueología en África ver Connah 2013: 21-23).

No obstante, un número limitado de arqueólogos ha hecho el esfuerzo de plantear cuestiones teóricas al registro arqueológico africano, si bien los asuntos tratados no son exactamente los mismos que en Europa. Podríamos afirmar que los dos grandes temas que sí han sido teorizados en África subsahariana son el surgimiento de la complejidad social y la crítica poscolonial.

En la primera mitad del siglo XX, cuando el pasado prehistórico africano se desconocía y la única fuente de información eran los prejuicios racistas y evolucionistas de los colonizadores, se dio por hecho que no existía tal pasado, que los pueblos africanos carecían de historia porque no habían cambiado desde tiempos inmemoriales y, sobre todo, que la complejidad social no se había desarrollado (Rowlands 1989: 261-264). Este prejuicio llevaba al punto de considerar construcciones monumentales como las de Gran Zimbabwe producto de alguna migración fenicia o árabe, aunque no existiese ninguna evidencia que apuntase en tal dirección (ver Bent 1892). Con el tiempo y conforme avanzaba la investigación arqueológica, las pruebas de la existencia de grupos prehistóricos con una elevada complejidad social en el África subsahariana fueron multiplicándose. Algunos ejemplos serían Ife en Nigeria, el Imperio de Aksum en Etiopía, el Imperio meroítico en Sudán, las tumbas reales de la Depresión del Upemba en la República Democrática del Congo, el Reino de Mali o la misma Gran Zimbabwe (Connah 1987). Demasiadas evidencias que echaban por tierra viejos prejuicios.

A la sorpresa que generó el descubrimiento de evidencias sobre la complejidad social se sumó la constatación de que todas esas sociedades eran orales, generando además una gran controversia el tema de la invención independiente o no de la metalurgia del hierro. Cuestiones que según se tomen pueden servir para argumentar ideas opuestas sobre el surgimiento de la complejidad social. Tal vez fue por este conjunto de factores que este tema despertó el interés de muchos arqueólogos, como evidencia el volumen editado por

Susan K. McIntosh *Beyond chiefdoms. Pathways to complexity in Africa* (McIntosh 1999a) en donde toda una serie de estudiosos del pasado africano teorizan sobre el surgimiento de la complejidad social y la variedad de formas que ha adoptado en el continente africano. Otras publicaciones en donde se debate el origen del estado y la complejidad social en África son la de Munro-Hay (1993) para el norte de Etiopía, McIntosh y McIntosh (1993) para el Níger medio en Mali, Anquandah (1993) para Ghana, Osadolor y Otoide (2005) para Nigeria, Huffman (2009) para Gran Zimbabwe o Maret (2012) para una visión africana global. El recientemente publicado *Oxford Handbook of African Archaeology* (Mitchell y Lane 2013), incluye una sección completa (parte VI) dedicada a este tema.

La corriente posmoderna que mayor calado ha tenido en África ha sido la crítica poscolonial. Dado que la investigación arqueológica ha dependido durante mucho tiempo y sigue dependiendo en muchos contextos africanos de arqueólogos occidentales, parece lógico que sea el debate que trata sobre las relaciones coloniales/poscoloniales entre investigadores extranjeros y nativos y entre discursos ajenos y locales, el que haya tenido más arraigo. Esta corriente ha sido desarrollada en África por autores como Shepherd (2002a, 2002b), Schmidt (2009), Karega Munene y Schmidt (2010) o Lane (2011). Con el objetivo de no sólo teorizar sobre poscolonialidad sino hacer verdadera arqueología poscolonial, en la obra editada por Schmidt publican trabajos numerosos investigadores africanos, como son Felix A. Chami, Karega Munene, Chapurukha M. Kusimba, Morongwa Mosothwane, Ndukuyakhe Ndlovu, Nonofho Mathibidi Ndobochani y Alinah K. Segobye.

La relación colonial que ha mediado históricamente entre occidentales y africanos, en donde los occidentales representaban el papel de colonizadores y los africanos el de subalternos, ha permeado también el mundo de la arqueología. Tradicionalmente, los equipos arqueológicos que trabajaban en África eran occidentales, y los pocos africanos que formaban parte de ellos lo hacían como obreros y porteadores, quedando ajenos por completo a la toma de decisiones y siendo silenciadas sus opiniones a la hora de elaborar el discurso arqueológico (Shepherd 2003). La crítica poscolonial trata de revertir ambas situaciones: deconstruir, por un lado, las relaciones de desigualdad dentro de los equipos arqueológicos, buscando contrapartes locales válidas que puedan aportar su propia visión al proyecto e incentivando la formación de equipos locales independientes y, por otro lado, integrar sus discursos en la creación de las narrativas arqueológicas. Ambas tareas son

difíciles y requieren de un esfuerzo bilateral que no siempre se produce. Afortunadamente, en los últimos años este desequilibrio se ha ido reduciendo, aunque uno de los hechos que evidencia que aún queda mucho camino por recorrer es la minoría de autores africanos que se encuentra en los volúmenes editados sobre arqueología africana (Schmidt 2009: 4).

En cierto modo, este trabajo está vinculado a ambas corrientes: por un lado explorará el surgimiento de la complejidad social en la costa centro-occidental africana y, por otro, tanto en el desarrollo del trabajo de campo como en la redacción de este texto se ha tenido en cuenta la crítica poscolonial. Sin embargo, el marco teórico en el que se inscribirá será uno nuevo para la arqueología africana: la Arqueología de la Identidad. Este marco teórico, al menos tal y como lo comprendemos, se inscribe dentro de la corriente posmoderna aunque no se identifica por completo con el paradigma posprocesual. La Arqueología de la Identidad ha tenido un potente desarrollo durante las dos últimas décadas en Occidente (ver, por ejemplo, Thomas 1996, Graves-Brown *et al.* 1996, Wells 2001, Hernando 2002, Casella y Fowler 2004, Díaz-Andreu *et al.* 2005, Insoll 2007, Gardner 2007), aunque no ha sido aplicada a contextos arqueológicos centroafricanos, por lo que creemos que ésta es una buena oportunidad para explorar este camino. A ese cometido dedicaremos el capítulo 9. No debemos, sin embargo, pasar por alto que en el campo antropológico, mucho más fecundo en África que el arqueológico, sí se han estudiado cuestiones relativas a la identidad (ver Mallart 1993, Grinker 1994, Warnier 2007, 2010).

5.3. Las arqueologías, las identidades: la intersección

Hemos asistido durante las dos últimas décadas a un poderoso surgimiento de estudios relacionados con la identidad y originados desde diferentes disciplinas. Se ha producido una especie de acuerdo entre investigadores de distintas áreas para convertir la identidad en uno de los asuntos clave de los últimos años del siglo XX y los primeros del XXI. La identidad se está estudiando desde puntos de vista sociológicos (Carrithers *et al.* 1987, Giddens 1991, Jenkins 1996), antropológicos (Cohen 1994, Fowler 2004a) y, por supuesto, arqueológicos (Thomas 1996, Graves-Brown *et al.* 1996, Wells 2001, Hernando 2002, Casella y Fowler 2004, Díaz-Andreu *et al.* 2005, Insoll 2007, Gardner 2007, Amudnsen-Meyer *et al.* 2011). ¿Casualidad? Evidentemente, no. Este renovado interés en cuestiones como la agencia o la identidad está fuertemente anclado en la compleja realidad en que nos hallamos inmersos en el mundo occidental. Vivimos en contextos en donde

“lo Otro” cada vez está más presente en nuestra cotidianidad y eso “otro”, por parecido que la globalización nos lo muestre, nos revela un mundo de posibilidades de ser que nunca habíamos contemplado y que en ocasiones nos incomoda por extraño. Tratar de explicar “lo otro” siempre acaba teniendo por objetivo entender también un poco mejor “lo nuestro”. Asimismo, la posmodernidad nos ha situado en un nuevo entramado de relaciones *líquidas* (Bauman 2000, 2003) en las que definitivamente hemos perdido pie. El mundo entero parece haberse convertido en un castillo de naipes en el que la seguridad ontológica de la que ha disfrutado el ser humano durante mucho tiempo se está disolviendo (ver Lyotard 2006 [1984], Fernández Martínez 2006a: 42-53). Como indica Hernando (2002: 195; 2012), es cierto que la posmodernidad nos ha permitido multiplicar el número de relaciones sostenidas, pero hemos debilitado sus vínculos; también hemos podido liberarnos del yugo de la divinidad, y a su vez de la seguridad de la que nos proveía; hemos desdibujado el espacio y nos hemos mudado a vivir al tiempo, al mañana. Se podría decir que en el mundo occidental posmoderno se ha alcanzado un estado de consciencia bastante incómodo: definitivamente nos hemos hecho cargo del mundo, pero lo hemos hecho en soledad. El individuo se erige hoy en día con más fuerza y autonomía que nunca, y a la vez con toda su vulnerabilidad: ¿cuándo se requirieron más psicólogos, más psiquiatras, más psicoanalistas? ¿cuándo se pusieron de moda las terapias familiares, de pareja, de grupo? Pero no es este el tema que venimos a presentar aquí, tan sólo pretendemos hacer evidente que el dedicar hoy nuestro tiempo y el volcar nuestros esfuerzos en tratar de comprender los mecanismos que usa la identidad para construirnos (en el presente o en el pasado) no es ni casual ni inocente, simplemente necesario.

La arqueología de la identidad no existe como campo de estudio unificado con una misma metodología, unos mismos intereses y unos resultados compartidos. Más bien podríamos hablar de un cúmulo de estudios que podrían quedar acogidos bajo la denominación de “arqueología de las identidades”, como algunos empiezan a denominarla (Casella y Fowler 2004, Insoll 2007), pues la identidad, en toda su complejidad, no puede ser cabalmente entendida sin la intersección de todos sus diferentes parámetros. Esta situación la convierte en un campo de estudio enormemente rico a la vez que considerablemente variable, teniendo cabida en su seno estudios realizados desde muy diferentes perspectivas y que prestan atención a distintos aspectos que trabajan en la conformación de la identidad.

Por todo ello, esta etiqueta simple y generalista nos dice a la vez mucho sobre el estudio realizado y poco sobre su contenido real. Desde el punto de vista que defenderemos a lo largo de este trabajo toda arqueología debería ser una arqueología de la identidad, pues el objetivo último de cualquier arqueología (al menos de la aplicada al *Homo sapiens*) es poder interpretar contextualmente tanto los cambios como las permanencias de un grupo o cultura determinado, y el único modo de entender esto pasa por el intento de comprender la forma en que los miembros de ese grupo construían su identidad, esto es, cómo se situaban en el mundo, atendiendo a qué realidad, y reconociendo qué relaciones establecían con el resto del grupo y con el conjunto de elementos materiales que estaban presentes en su vida. Solamente valoraremos en su justa medida la importancia de la identidad en el pasado si comprendemos que todo cambio (o permanencia) en el modo de establecer relaciones entre “colectivos” y dentro de “colectivos” (entendiendo con ello actores humanos y no humanos, naturaleza, cultura material, etc.) condicionará consecuentemente el resto de cambios apreciables a través de los restos materiales que nosotros podremos recuperar, pues, cada cambio (económico, político, ideológico) expresa una modificación en la forma en que esas relaciones están siendo entendidas y sostenidas (Elias 1990b, Hernando 1999: 29, Hernando y González-Ruibal 2011, González-Ruibal *et al.* 2011).

Pero como apuntábamos, la identidad no es fácilmente asible como una unidad, sino que se compone de una multiplicidad de variables que dificultan su estudio a la vez que lo enriquecen. Esta situación ha hecho proliferar una variedad de perspectivas que, con el tiempo, se han ido convirtiendo en campos de trabajo sólidos e independientes, si bien, interrelacionados y no siempre estrechamente comunicados. Se ha hecho habitual en las investigaciones arqueológicas sobre la identidad encontrar trabajos sobre arqueología del género (Gero y Conkey 1991, Gilchrist 1999, Hays-Gilpin y Withley 1999, Sørensen 2000, Díaz-Andreu 2005, Nelson 2006, VV.AA. 2007), arqueología de la sexualidad (Dowson 2000, Voss 2007, 2008), arqueología de la edad/de la infancia (Politis 1998, Kamp 2001, Baxter 2005, Lucy 2005a, VV.AA. 2010), arqueología del estatus (Babić 2005, Coningham y Young 2007), arqueología de la etnicidad (Emberling 1997, Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís 2002, Lucy 2005b, Fernández Götz 2008), arqueología de la religión (Edwards 2005, Fogelin 2008, Steadman 2009, Insoll 2011, Wesler 2012), arqueología del cuerpo (Joyce 2005, Thomas 2007, Borić y Robb 2008, Rebay-Salisbury *et al.* 2010, Moragón 2008, 2009, 2013, Armit 2012, Shapland y Armit 2012) e incluso arqueología de la discapacidad

(Hubert 2000, Waldron 2007, Cross 2007). Esta variedad de enfoques que, como vemos, ha desarrollado densas bibliografías independientes, ha enriquecido considerablemente el mundo de las identidades en los últimos años, tanto que algunos de los estudiosos que habitualmente trabajan con estos temas han comenzado a plantearse la necesidad de estudiar una identidad *interseccional*.

Como apunta Lozano (2011), la “interseccionalidad” como herramienta teórica entró en funcionamiento en el campo de la teoría feminista académica una vez que se reconoció que la complejidad de interacciones que conformaba la existencia de cada mujer quedaba mejor explicada si se atendía no sólo al estudio del género como eje identitario, sino al resto de ejes por los que cada mujer estaba atravesada (la raza, el estatus o la sexualidad, entre otros) y que demarcaban igualmente su posición en el mundo. Precisamente, esta circunstancia fue puesta de manifiesto por el feminismo negro, que denunció la doble discriminación a la que una mujer negra estaba sometida, por ejemplo, a la hora de buscar trabajo (los trabajos “femeninos” eran para blancas, y los trabajos para negros eran para hombres) (Crenshaw 1989, 1991). Para el caso de la arqueología, debemos preguntarnos hasta qué punto esta herramienta es aplicable. Coincidimos con los argumentos de Lozano, quien propone, recogiendo las ideas sobre la construcción de la identidad de Almudena Hernando, la necesidad de evaluar cuándo podemos aplicar esta herramienta y cuándo no; para el caso europeo, sería posible en las sociedades en las que la individualidad ha comenzado a desarrollarse (un límite impreciso que en Prehistoria comenzaría a partir de la Revolución de los Productos Secundarios y se vería con claridad durante la Edad del Bronce, por lo que no sería operativa en sociedades igualitarias de cazadores-recolectores, en donde ni la complejidad social, ni la densidad grupal, ni las diferencias interpersonales son lo suficientemente grandes como para hablar de intersección entre diferentes ejes identitarios) (Hernando 2003). Para el África subsahariana, podría aplicarse a partir de la Edad del Hierro (en torno a mediados de la mitad del primer milenio a.C. dependiendo de la zona), cuando habría empezado a surgir la complejidad social, es decir, cuando el número de relaciones y las diferencias interpersonales se habrían multiplicado.

Aunque la interseccionalidad, se la llame o no así, ha empezado a emplearse en ciertos estudios (Russell 2004, Fowler 2004a: 42-48, 2004b, Leone *et al.* 2005, McCall 2005, Gardner 2007: 229-239, Cowie 2011, Fahlander 2012, Thedéen 2012), no creemos que

sea aplicable hoy en día a cualquier registro arqueológico, no tanto por un problema epistemológico de la herramienta en sí, sino a causa de la escasa madurez que la arqueología de la identidad ha desarrollado en algunos campos (especialmente en el caso africano). Así, para el caso que nos ocupa, el de la Edad del Hierro en África centro-occidental, la total ausencia de investigaciones sobre la identidad en arqueología impide por completo proponer un estudio interseccional. Por ello, este trabajo pretende constituirse como el estudio de algunos de esos ejes identitarios (los vinculados a la identidad grupal frente a la identidad individual y el surgimiento de la complejidad social expresada a través de las prácticas funerarias) para el primer milenio d.C. en la costa centro-occidental africana. De este modo, pretendemos que, en un futuro, cuando podamos acceder a una más amplia variedad de trabajos realizados desde perspectivas similares, sea posible realizar un análisis más integrado que, a la postre, podrá ofrecernos interpretaciones mucho más ajustadas de la realidad social de la prehistoria reciente.

5.4. La identidad (o el orden de la interacción)

Habiendo hecho ya un recorrido por los principios teóricos que defenderemos y por la arqueología de la identidad en general, nos sentimos obligados a dar una definición de lo que vamos a considerar por identidad a lo largo del trabajo. La identidad puede tener múltiples apellidos (de género, de clase, étnica, individualizada, relacional), y aunque esos apellidos la redefinan y la diferencien de las demás podemos dar una explicación general de qué es la identidad y cómo funciona para todos los casos, pues vamos a considerar que la identidad tiene un carácter estructural, es decir, que funciona siguiendo los mismos mecanismos en todos los seres humanos (por tanto, también en los del pasado), aunque se exprese de forma distinta en cada uno de ellos.

Etimológicamente el término identidad

“viene del latín *identitas*, de la raíz *idem*, ‘lo mismo’, y tiene dos significados básicos: el primero es un concepto de semejanza total: esto es idéntico a aquello. El segundo es un concepto de distinción que presume consistencia o continuidad a lo largo del tiempo. Así, la noción de identidad establece dos posibles relaciones de comparación entre personas o cosas: *similaridad*, por un lado y *diferencia*, por otro” (Jenkins 1996: 3-4, cit. en Hernando 2002: 50).

Partiendo de esta definición desarrollaremos una idea general sobre qué es la identidad y cómo se construye. La identidad a la que nos vamos a referir a lo largo de este trabajo será siempre, tal y como apunta Jenkins (1996: 5) una “identidad social” o “el entendimiento de quién somos y quiénes son los demás y, recíprocamente, el propio entendimiento que los otros tienen de ellos mismos y de los otros (lo que nos incluye a nosotros)”. Esta realidad se ordena a través del uso de dos mecanismos básicos: en primer lugar, se edifica sobre la idea de quién creemos que somos (yo, nosotros, nuestro mundo, nuestra posición en él), es decir, a través de relaciones de *similitud*, y, en segundo lugar, se organiza en torno a la idea de qué creemos que no somos, es decir, lo que son los otros que no son como nosotros o las relaciones de *diferencia*.

La identidad se pone en marcha para reconocer o “identificar” qué es el mundo y qué posición ocupamos en él, y el mundo para cada uno va a ser exactamente lo que esa persona contemple como su horizonte vital, el territorio que reconozca y entienda, sea conocido o no personalmente. Es decir, el mundo es para cada cual el conjunto de fenómenos que contempla como parte de la realidad porque funciona siguiendo unas lógicas a las que ha dado sentido, lo que le permite sentir que las controla en cierta medida. Como recoge Hernando (2002: 51 y ss., 2012), los diferentes grupos humanos que habitan y han habitado la Tierra han tenido muy diferente grado de control material real sobre los acontecimientos que los rodeaban. Podemos hacer un recorrido desde los grupos de cazadores-recolectores que tienen un escaso control sobre esa realidad hasta las sociedades tecnológicas del presente en las que existe una alta capacidad de predicción y control de los fenómenos naturales. Todas las sociedades comprendidas en esa amplia horquilla comparten, sin embargo, un rasgo común: sienten que controlan el mundo en el que viven en medida suficiente como para sentir que pueden sobrevivir en él. ¿Cómo es esto posible? Porque cada grupo humano contempla como parte de la realidad tan sólo la parte del mundo que puede explicar (y por tanto controlar en cierta medida, ya sea a través de la creencia en dioses protectores o de ciencias predictivas). El resto no se incluye en lo que se considera “realidad”, de lo que se deduce que el mundo es distinto para seres humanos que tienen distinto grado de complejidad socioeconómica y capacidad de explicar y controlar sus fenómenos (Hernando 2002: 51, Hernando 2012).

Dentro de la “realidad” los grupos humanos clasifican los fenómenos por identificación y por diferencia, como hemos dicho. En el primer grupo se incluyen aquellos con los

que se establecen vínculos afectivos que permiten construir una idea de pertenencia a una entidad colectiva (lo que Hernando 2012 llama identidad “relacional”) , mientras que en los segundos se incluyen aquellos que quedan fuera de esas redes. Esto incluye, básicamente, a las gentes que no son como nosotros, que tienen costumbres extrañas, que rezan a otro dios, pero también el resto de seres vivos y objetos que se les asocian. Este mecanismo no es menos importante que el primero, pues para poder construir con cierta fuerza la idea de un nosotros (o de un yo) es necesario oponerlo a la idea de un otro; según sostuvo siempre el estructuralismo, nuestra experiencia del mundo tiene, en gran medida, un carácter de enfrentamiento (Goffman 1991: 177). Esta identificación, que podríamos llamar negativa, refuerza a la anterior ayudando a formular la autoconcepción que cada grupo humano tiene de ser el conocedor de las prácticas que aseguran la supervivencia, lo que sirve para generar una seguridad ontológica que es producto de tal convicción (esta idea tan aparentemente simple la comparten un financiero de Wall Street y un indígena de la Amazonía) (ver Hernando 2009). El resto son grupos que o bien tratan de asemejarse a nosotros o bien están completamente equivocados. Además, cuando existe contacto directo con esos grupos, la identidad se empieza a jugar en un plano nuevo, en el de la interrelación directa con la otredad, por lo que el acceso a las categorías que esos otros han creado para definirnos pasará a convertirse en un nuevo parámetro que reconfigurará el cóctel identitario. Los grupos podrán acomodarse a esas categorías impuestas y, a su vez, podrán reproducir y transformar esas categorías a través de sus acciones (Gardner 2007: 199). Este es el caso que se vivió en África subsahariana tras el contacto con los europeos. Los locales que participaron del comercio de esclavos adoptaron, en consecuencia, parte de la identidad de los colonizadores, lo que les permitió desvincularse emocionalmente de sus semejantes. Un ejemplo de este proceso es el de los benga de la isla de Corisco en Guinea Ecuatorial, quienes participaron activamente en el comercio de esclavos (Nerín 2012a)

La premisa fundamental de la que partiremos y que no debemos olvidar es que estos mecanismos funcionan en todo ser humano (en todo *Homo sapiens*) (Hernando 2002: 49). Sólo estando convencidos de esta realidad, podremos realizar acercamientos interpretativos a contextos prehistóricos, pero no debe malinterpretarse esta idea creyendo que el hecho de funcionar con los mismos mecanismos produce “tipos” humanos idénticos, más bien al contrario, en función de cómo se articulen estos mecanismos obtendremos a

un indígena de la Amazonía o a un financiero de Wall Street, pero lo importante es que ambos comparten mecanismos de construcción de la identidad que son estructurales al ser humano y que tienen un mismo objetivo: hacer posible la vida en un mundo que, en realidad, no controlamos (Hernando 2002: 50). Tanto la idea que una persona tendrá de ese mundo como la creencia de su control sobre él son, lo que llamaremos, ficciones reguladoras, falsas realidades que nos permiten acomodarnos en un mundo aparentemente coherente y de riesgo controlado.

Tomamos la expresión “ficción reguladora” de la socióloga Elena Casado quien hace uso de ella para referirse a la identidad de género a partir, principalmente, de las ideas de Judith Butler sobre el carácter *performativo* del mismo (1990: 279, cit. en Casado 2002: 88-89, también Casado 2003: 64). En la expresión “ficción reguladora” están contenidos los principios de construcción y operatividad, es decir, una “ficción reguladora” es aquella idea que manejamos comúnmente y que es una construcción social, pero con una función específica en la sociedad, por lo que no puede ser considerada mero simulacro o fantasía pues tiene efectos reales (materiales) que pueden ser estudiados, a pesar de su carácter de construcción. Las “ficciones reguladoras” no son “naturales”, ni tampoco inocentes: como por ejemplo, la individualidad o el género. Nuestra meta como arqueólogos es poder desentrañar cómo esos mecanismos están operando en contextos concretos del pasado.

Como podemos observar, y aquí nos interesa especialmente enfatizar, la identidad no es un bloque monolítico que se nos concede dependiendo del contexto en el que nacemos y que conservamos a lo largo de nuestra vida. Nada de eso: la identidad es más un proceso que un estado, un “llegar a ser” continuo (Jenkins 1996: 4) que se reformula en función de las relaciones que establecemos o rompemos y que la hacen difícil de delimitar, de ahí la complejidad de su estudio.

Se ha ido viendo a lo largo de esta argumentación que la identidad (tanto en su versión “relación de similaridad” como en la de “relación de diferencia”) nunca se construye en solitario. La idea del yo solo, del “hombre hecho a sí mismo” es rotundamente falsa (Hernando 2012): similaridad o diferencia, pero siempre *relación*. Esto quiere decir, y es lo que venimos a defender, que la identidad se construye y se actúa siempre en un plano relacional, en el orden de la interacción que se da, tal y como afirma Goffman, “en las situaciones sociales (...) en las que dos o más individuos se hallan en presencia

de sus respuestas físicas respectivas” (1991: 173, Jenkins 2000) o en lo que Giddens llamaría “situaciones de copresencia” (2006: 98-102). Los niños recién nacidos comienzan a construir su identidad en base a las relaciones que establecen con las personas que se ocupan de su crianza, aunque lo cierto es que el “ser social” ya existe antes de su nacimiento. Ya desde el primer momento, se hace evidente que la identidad surge de la relación, no se crea identidad en solitario (ver Jenkins 1996 54-67). De aquí deducimos, como ya reconoció Leenhardt (1997: 153), que la identidad no reside en ninguno de los términos de la relación, sino en la relación en sí misma. La identidad es relación, incluso cuando hablemos de individualización³. Con esto no debe sobrentenderse que la identidad deja de ser operativa en la solitaria intimidad, todo lo contrario, impregna el ser de tal manera que funciona en todas las circunstancias, pues “lo más probable es que nuestros actos, cualesquiera que sean, estén *socialmente situados* en un sentido estricto” (Goffman 1991: 174), pero se construye siempre y se expresa preferentemente en situaciones de copresencia. Y esto es especialmente importante para el trabajo que aquí nos ocupa, pues estudiaremos la cultura material que expresa y construye identidades en una situación de copresencia especialmente intensa: el ritual funerario.

5.5. La identidad y sus formas

La identidad, con su innegable base relacional, puede organizarse en una multiplicidad de formas. Siguiendo de nuevo las ideas de Hernando (2002, 2012), podemos establecer dos polos (que por ser absolutos y extremos son, probablemente, inexistentes) entre los cuales se inserta una amplia gama de “posibilidades identitarias” que combinan en diferente medida las características de ambos polos. Llamaremos a esos dos polos “identidad relacional” e “identidad individualizada”, si bien, como decimos, ninguna de las dos existe como absoluto (podríamos quizá aceptar el caso tan sólo de la primera, idea que argumentaremos más adelante), sino simplemente como aproximaciones a la realidad identitaria de determinados seres humanos que en la práctica articulan su identidad de maneras mucho más complejas. En ningún caso consideramos las identidades como algo dado, ni fijo, ni biológicamente determinado, pero sí creemos que están estructuralmente vinculadas con otras dos situaciones que, a su vez, se hallan profundamente interconectadas: la complejidad socioeconómica o división de funciones y el control material de la realidad o desarrollo

³ El debate sobre la relacionalidad está teniendo lugar también en otras ciencias, como por ejemplo la biología (ver Gilbert *et al.* 2012).

científico-técnico de cada grupo concreto (Hernando 2002: 51 y ss.). Adelantamos ya que esta triple determinación es especialmente relevante para el estudio arqueológico, pues pudiendo aproximarnos a dos de ellas a través de los restos materiales (complejidad socioeconómica y desarrollo científico-técnico) podremos empezarnos a plantear la posibilidad de reconstruir la tercera: la identidad. Las ideas que vamos a esbozar aquí están tomadas y más ampliamente elaboradas en Hernando (2002: 49-107, Fig. 13; 2012).

Antes de entrar a valorar las características de cada uno de estos polos y con el objetivo de evitar ser criticados de evolucionistas hemos de insistir en que en ningún momento pueden considerarse estos dos tipos de identidades como un antes y un después. Aunque la identidad relacional se vincule preferentemente a sociedades preindustriales y la identidad individualizada a las sociedades desarrolladas a partir de la modernidad y, sobre todo, de la posmodernidad, no podemos contemplarlas insertas en un proceso diacrónico e inevitable que procede fagocitando lo relacional y favoreciendo lo individual. De hecho, Hernando (2012) sostiene que el componente relacional no desaparece jamás de la identidad humana, y que la individualidad es sólo una fantasía, porque el ser humano no podría construir la ilusión de que controla el mundo en medida suficiente si no construyera esas relaciones de similaridad e identificación con otros seres humanos. De hecho, además, la visibilidad de los componentes relacionales o individualizados varía en función del grado de poder o control que defina a la persona, por lo que dentro de una misma sociedad pueden darse combinaciones distintas de ambos rasgos identitarios (no hay más que prestar atención a las diferencias de género). Y por la misma razón, aunque el proceso histórico del mundo occidental se define por una tendencia hacia el desarrollo de la individualidad (invisibilizando la identidad relacional) pueden darse coyunturas históricas en que el proceso se caracterice por una transformación en sentido inverso (Hernando 2012).

Puesto que la identidad individualizada es con la que más estrechamente estamos en contacto por caracterizar (al menos conscientemente) a la amplia mayoría de la sociedad moderna occidental en la que vivimos y a todos los lectores de este trabajo, será la primera que esbozaremos. Partiendo de esa base material de análisis que para nosotros va a ser la complejidad socioeconómica del grupo, desarrollaremos el resto de características que la definen y que de un modo u otro se entrelazan y retroalimentan dependiendo de

esa primera. A continuación, haremos lo mismo con la identidad relacional, pudiendo comparar aspectos de esta segunda con la primera.

En los grupos humanos en que la complejidad socioeconómica es considerablemente alta existe una variabilidad de funciones lo suficientemente elevada como para que podamos contar con una amplia diversidad de posiciones en las que los distintos seres humanos de ese mismo grupo se pueden ubicar. Las personas que crezcan en ambientes de este tipo podrán tener trayectorias de vida muy distintas, que estarán determinadas por circunstancias variables. Cada una de ellas se asociará a una particular conciencia de lo que cada cual es, lo que genera una idea particular de uno/a mismo/a que se asocia a la idea de un yo que habita el interior de nuestro cuerpo y que es diferente al de los demás (Hernando 2002: 56-58, Elias 1990b: 149-151). Esa es la idea de la individualidad, la de que cada persona es algo independiente del resto y que tiene un sentido en sí misma, más allá de las relaciones que establezca. Y ese producto continuamente modificado que es nuestra existencia tiene que ver bastante con el reconocimiento y la satisfacción de nuestros propios deseos (Hernando 2007b: 170). La elevada división de funciones hace que en este tipo de sociedades (el mundo capitalista occidental, como caso extremo) se haya de interactuar continuamente con infinidad de personas que ocupan distintos lugares y funciones en la sociedad y a las que apenas conocemos personalmente. Esto genera la necesidad (y la costumbre) de reprimir las emociones en nuestra relación con ellas, tal y como demostró Norbert Elias (1993) en lo que llamó “el proceso de la civilización”. Esto es lógico, de lo contrario el grado de conflicto social sería aún más elevado. Junto a este hecho, podemos comprobar históricamente que grupos con una amplia división de funciones presentan también un elevado control de la naturaleza, por lo que podríamos decir que la individualidad está estrechamente vinculada con la posibilidad de objetivar y controlar la naturaleza como algo distinto del yo o del nosotros (Descola 2004, Hernando 2002: 58). Lógicamente, esta forma de identidad se verá claramente potenciada y facilitada por el desarrollo de la escritura (Ong 1994, Olson 1998) y el posterior desvelamiento de las pautas de comportamiento de la naturaleza a través del descubrimiento de leyes físicas. Puesto que la naturaleza no-humana se controla tanto más cuanto más reprimida está la emoción en la relación entre las personas, se puede decir que el miedo a los fenómenos de la naturaleza va siendo sustituido por el que las personas sienten entre sí (Hernando 2002: 57-58, Elias 1993: 504). Esto acentúa la idea de individualidad y también otra sensación con la que está estrechamente relacionada: la soledad.

La identidad relacional, por el contrario, no funciona de este modo, aunque sí usa mecanismos semejantes. Para explicarla, partimos de una realidad social caracterizada por una baja densidad demográfica y la ausencia de división de funciones, como sucede, por ejemplo, en un grupo de cazadores-recolectores. En este contexto, todas las personas realizarán (y tendrán el conocimiento para realizar) las mismas actividades. En el caso de existir alguna división de funciones será la que venga impuesta por la edad o el género, la cual será variable culturalmente. Al no existir división de funciones, un niño o una niña sabrá perfectamente cuál es su horizonte vital: hacer lo que hacen los hombres o hacer lo que hacen las mujeres de su grupo. Consecuentemente, no se generarán deseos individuales, al menos no ninguno que vaya más allá de ser y comportarse tal y como son y se comportan el resto de miembros de su grupo, lo que Bourdieu (2007) llama “amor fati”, y no surgirá esa idea de un yo independiente e interno, que creemos en ocasiones universal (Hernando 2002: 59, Hernando 2012: cap. IV). En este modo de identidad todos formamos un nosotros en el que las posiciones individuales no tienen sentido alguno; no hay cabida para la idea de un yo individual trascendente, sino solamente para la trascendencia del propio grupo. Gracias, también, a la baja densidad demográfica, la cohesión del grupo se asegura estableciendo vínculos humanos de fuerte contenido emocional. Como apuntó Leenhardt (1997: 153, ver también Strathern 1988) para el caso de los canacos melanesios, estas personas no se definen a través de una idea de yo, sino a través de la relación que se establece con las otras personas, es decir, la relación es la base de su ser. Esa escasa división de funciones, unida a un limitado control de los fenómenos naturales, hecho relacionado también con el no desarrollo de la escritura y por lo tanto, con la no objetivación de la naturaleza como algo distinto a la sociedad (Descola 2004) hará situar los miedos en lugares diferentes a los que veíamos entre las gentes individualizadas (Hernando 1997: 252-255). El grupo en sí mismo o las personas que lo conforman no serán el origen de las inseguridades, porque son precisamente lo contrario, son puntos de referencia que hacen a uno saber quién es. El miedo o la inseguridad, por tanto, se depositarán sobre todo en la naturaleza, apenas controlada, y cuyos efectos pueden alterar la vida del grupo (Elias 1990, 1993). Un aspecto importante de esta forma de identidad es que debido a su relación estructural con la baja complejidad socioeconómica ha debido ser la que caracterizó a los grupos humanos que habitaron en el inicio de la humanidad (Hernando 2002, 2012). Y aunque antes hayamos negado el carácter evolucionista de este modelo, sí que podemos afirmar ahora que esta

forma de identidad constituyó una primera etapa, a partir de la cual la identidad comenzó a modelarse de maneras muy diferentes que no siguen un patrón evolutivo unilineal, y ni siquiera “evolutivo” -dirigido siempre hacia la complejidad- en algunos casos.

En la Tabla 5.1. se pueden ver los diferentes rasgos asociados a estos dos tipos de identidad según Hernando (2002).

Reducida división de funciones y especialización del trabajo	Complejidad socioeconómica (elevada división de funciones y especialización del trabajo)
Ausencia de conocimiento de las dinámicas propias de funcionamiento de la Naturaleza no humana	Confianza en la separación entre "yo" y lo demás: la naturaleza no humana se considera regida por sus propias dinámicas
Escaso control material de las circunstancias de la vida	Control material de las circunstancias de la vida
Metonimia como modo de representación de la realidad (el signo forma parte de la realidad que representa) = MITO	Metáfora como modo de representación de la realidad (desarrollo de la abstracción; modelos científicos)
Miedo a la naturaleza no humana (a la que no se comprende/controla)	Ausencia de miedo a la naturaleza no humana (porque se la comprende/controla)
Ausencia de miedo a la naturaleza humana (por la escasa diferenciación de comportamientos)	Miedo a la naturaleza humana (por la alta diferenciación de comportamientos)
ESPACIO como eje prioritario de ordenación de la realidad	TIEMPO como eje prioritario de ordenación de la realidad
Resistencia al cambio (se valora como riesgo)	El cambio se valora positivamente
IDENTIDAD RELACIONAL	IDENTIDAD INDIVIDUALIZADA
La confianza en el destino y la supervivencia se deposita en una instancia sagrada con la que se establece una relación dependiente y subordinada	La confianza en el destino y la supervivencia se depositan en la iniciativa y trabajo personal
Seguridad basada en la confianza de haber sido elegido/a por la instancia sagrada: posición de OBJETO	Seguridad basada en ser el agente de la acción que se controla: posición de SUJETO
No se generan deseos para uno mismo (que marcan las diferencias individuales, exigen un sentido del tiempo lineal, la confianza en que se pueden satisfacer a través del trabajo y la valoración positiva del cambio)	La identidad personal se manifiesta a través de la conciencia de los deseos particulares y de la capacidad de su satisfacción

Tabla 5.1. Los dos polos entre los que se sitúan las formas estructurales de identidad de los grupos Humanos (a partir de Hernando 2002: 97, Fig. 13).

Éstos son los dos polos extremos entre los que se distribuyen las diferentes posibilidades identitarias de las personas, pero no son dos polos simétricos, ni por tanto, equivalentes. Como se apuntó, cada persona modela su identidad interseccionando características de ambas (de una forma mucho más compleja de la que podemos desarrollar aquí, véase Hernando 2012), pero sólo vamos a considerar real una de ellas, la identidad relacional, que es por la que estamos constituidas todas las personas, mientras que la individualidad la consideraremos una ficción reguladora (cfr. Fowler 2000: 116). Veamos por qué.

5.6. Individualidad: otra ficción reguladora

Como defendimos más arriba, la identidad es siempre una identidad social (Jenkins 1996: 4), es decir, no se crea identidad en solitario, sino que ésta surge siempre en relación con los demás, por ello subrayamos su base relacional. Como se ha señalado desde todas las disciplinas interesadas por el análisis de la subjetividad humana (Freud 2006 [1929], Giddens 1991), ésta es resultado de la intersubjetividad, es decir, de la relación. Somos lo que somos en gran medida por el tipo de relaciones que hemos establecido u otros han establecido con nosotros desde nuestro nacimiento y, de hecho, nuestra propia existencia deriva al menos de la relación de otras dos personas (Jenkins 1996: 54).

No podemos decir lo mismo de la individualidad. Mientras que la base relacional es un hecho inevitable en la constitución de la persona, una condición *sine qua non*, los rasgos de individualidad serán accesorios y variables, y se desarrollarán dependiendo de la propia experiencia que esa persona tenga del mundo y hacia él. Por ello, todas esas personas que se vean empujadas a tomar decisiones desarrollarán rasgos de individualidad mucho más fuertes que las personas que no. El tomar decisiones y responsabilizarse de las consecuencias de éstas tiene mucho que ver con el reconocimiento de los propios deseos y ése reconocimiento, como hemos visto, sólo puede darse cuando existe la idea de un yo independiente, un yo que desea, un yo que decide y un yo que se responsabiliza de las consecuencias de esas decisiones. Esas gentes “individualizadas” continúan manteniendo una identidad de base relacional (a la que nunca se renuncia, si bien se debilita en su expresión), pero a partir del momento en que los rasgos de individualidad empiezan a pesar más que los relacionales se pasará a explicitar aquéllos mientras que se dejarán de reconocer éstos, actuándolos simplemente pero no dándoles un valor específico, negándolos incluso, como defiende Almudena Hernando en el caso concreto que ella ha

llamado “individualidad dependiente” (Hernando 2008: 69, 2012: 146-162); con esto nos referimos a que se empezarán a valorar positivamente todas las actitudes derivadas de la individualidad (autonomía, firmeza, capacidad de decisión, autocontrol, racionalidad por encima de la emocionalidad) y a menospreciar las que tienen que ver con la relacionalidad (dependencia, emocionalidad por encima de racionalidad, etc.). ¿Nos suena esto a algo? Efectivamente son las características que han definido a la identidad de género masculina y femenina tradicionales, respectivamente. Esto no es casual, pues aquello que tradicionalmente se ha considerado ser “un hombre” o ser “una mujer” no era otra cosa que “ser individual” o “ser relacional” y más hombre o más mujer se era (entendamos, más masculino o más femenina, más femenino o más masculina) cuanto más se desarrollaban estos rasgos (Hernando 2008: 64).

Afortunadamente, esta situación está cambiando⁴, y muchos hombres y mujeres en la actualidad están pasando a desarrollar identidades en las que se está rompiendo con esa regla opresora, pues la mayoría de las mujeres se niegan a reprimir el lado relacional de la identidad, estrechamente vinculado con las emociones, a la vez que desarrollan actitudes fuertemente individualizadas, y a muchos hombres les pesa el tradicional rol masculino que se veían obligados a sostener (Bonino 2000). Aunque este trabajo no está específicamente enfocado desde una perspectiva de género, no perder de vista este hecho nos puede resultar de gran ayuda a la hora de comprender ciertas dinámicas sociales del pasado.

Con toda esta argumentación, pretendemos reconocer un fenómeno fácilmente identificable en nuestra sociedad actual: el carácter construido de la identidad, y sobre todo, su enorme variabilidad. Cabe esperar una menor diversidad identitaria en las sociedades del pasado, sobre todo en las tecnológicamente menos desarrolladas y con una densidad demográfica reducida (aunque debe quedar claro que, en el ámbito de las identidades, menor diversidad no implica menor complejidad en su construcción). Nuestro objetivo será determinar cómo se están negociando esas identidades en ciertos momentos de la Prehistoria.

Para comprender por qué nos referimos a la individualidad como una ficción reguladora volvamos por un momento al mundo actual. Podemos creer que puesto

4 Almudena Hernando defiende (2008) que este hecho está intrínsecamente ligado con la ruptura de la complementariedad de funciones que caracteriza el momento que vivimos en la actualidad en occidente y que no ha tenido parangón en ningún otro momento de la historia.

que lo que se prima y se visibiliza en el mundo occidental actual es la identidad individualizada (entiéndase, sus actitudes), a los niños y niñas se les educa exclusivamente en la “individualidad”. Habría que matizar este punto. Es cierto que si comparásemos la educación que recibe, por ejemplo, una niña española de clase media con la que recibe un niño que crezca en algún grupo cazador-recolector actual, veremos que a la primera se le inculcarán unos valores determinados, muy diferentes de los del segundo, estos son: independencia, originalidad, determinación, objetividad, etc. Pero sin embargo, esa niña no se está socializando con el mismo grado de individualidad que los niños de su propio grupo, porque no se transmiten los mismos valores a uno y a otro. Esta diferencia es la que define la categoría de *género* que, como Katchadourian (1983) demostró, se va construyendo a través de actitudes inconscientes que van transmitiéndose a hombres y mujeres desde su nacimiento, como parte del juego de las relaciones que se establecen con ellos. Con este ejemplo simple, lo que pretendemos hacer evidente es que la identidad siempre es relacional, se reconozca ésta o no, y sobre esa relacionalidad se construye el aparato de la individualidad, por lo tanto, más que de individualidad como categoría sería conveniente hablar de “rasgos de individualización”.

Por todo ello, partiendo de esta hipótesis en la que la verdadera identidad tiene siempre una base relacional ¿qué hemos de buscar en el registro arqueológico de la Edad del Hierro en África centro-occidental? La evidencia arqueológica nos muestra una sociedad que ha comenzado a volverse más compleja y más jerárquica, en la que algunas personas acumulan más bienes que otras. A pesar de ello, la sociedad seguirá siendo durante toda la Edad del Hierro una de tipo tradicional, y sin escritura. Debemos entonces tratar de aislar los rasgos que pueden estar funcionando en la identidad de las personas de ese grupo. Parece probable que habrá sectores de población, la mayoría, que no presentarán rasgos de individualidad, mientras que otros, aquellos que ocupen posiciones de poder, que hayan de tomar decisiones, que, en definitiva, puedan considerar que su persona tiene algo distintivo, sí habrán desarrollado alguno de esos rasgos. El principal desafío al que nos enfrentamos es el siguiente: hasta ahora todos los rasgos de individualidad que hemos reconocido están atravesados por una importante situación, el uso de la escritura, que individualiza y permite objetivar el mundo (Havelock 1996), pero ¿qué mecanismos pone en marcha el juego de la individualidad cuando no se hace uso de la escritura? Más adelante veremos si podemos dar respuesta a esta pregunta.

Hemos intentado expresar con claridad por qué hemos de considerar la individualidad como ficción y con qué ideas de partida debemos aproximarnos al registro arqueológico para tratar de determinar las características y el funcionamiento de esas identidades. Dentro de ese amplio rango de variabilidad que antes hemos expuesto habría que determinar cómo se están expresando las identidades relacionales, qué grado de individualidad están alcanzando ciertos miembros del grupo y en virtud de qué situaciones lo están logrando, todo esto con el fin de comprender el modo en que el grupo está interactuando y de qué manera esa interacción está constituyéndose como el aspecto visible de relaciones sociales, de género, de poder, etc. para, definitivamente, alcanzar un mejor entendimiento del registro arqueológico y las potencialidades que éste nos ofrece a la luz de este armazón interpretativo que aquí se propone.

Para apoyar esta idea de que el “ser persona” hubo de ser diferente en el pasado no tenemos más que echar un vistazo a algunas publicaciones que desde hace unos años están apareciendo en el campo de la antropología (ver Conklin y Morgan 1996, Busby 1997, LiPuma 2001, Strathern 1988), en las cuales se reconoce que en el presente la forma de “constituirse persona” es enormemente variable y muy diferente del modo en el que nosotros, el mundo moderno occidental, lo hacemos. Que en las ciencias sociales en general cueste tanto aceptar las categorías humanas que desde estos estudios se están proponiendo para entender la construcción identitaria de grupos de menor complejidad socioeconómica que el nuestro (relacionalidad, permeabilidad, partibilidad), es evidencia una vez más de hasta qué punto nos cuesta reconocer que se pueda ser de formas diferentes a la nuestra e igualmente válidas. Tanto más si atendemos al hecho de que hasta ahora, y salvo excepciones, hemos imaginado a la gente del pasado como seres bastante parecidos a nosotros. Es por esto que no podemos pasar por alto una nueva categoría que, apuntada inicialmente por la antropología, está empezando a hacerse popular en la bibliografía sobre arqueología de la identidad: frente a la tradicional individualidad, se empieza a hablar de *dividualidad* (Fowler 2004a). El hecho de que esta noción de persona se tome de casos de estudio actuales sirve para demostrar que esa variabilidad existe, el problema surge al tratar de localizar casos similares en el pasado, pues realizar un salto interpretativo que vaya del presente a la Edad del Hierro es peligroso y arriesgado. Algunos de los estudios que se han hecho proponen el funcionamiento de identidades *dividuales* para momentos antiguos de la Prehistoria (Fowler 2004a: 130-154). Desde aquí proponemos la necesidad

de relegar la validez o utilidad de esta categoría para otros periodos prehistóricos a la realización de estudios más profundos que permitan averiguarlo. Mientras tanto, veamos qué nos ofrece esta nueva categoría de análisis.

5.7. Entonces... ¿dividualidad?

La actual preponderancia de la individualidad dentro del abanico de posibilidades identitarias nos hace mirar con extrañeza a cualquier otra forma de constituirse como persona que no pase por la individualización y sus mecanismos, los cuales consideramos “lo normal”. Hasta tal punto llega nuestra extrañeza que rechazamos o pasamos por alto, como si de errores se tratase, las manifestaciones materiales de esa diferente manera de imaginarse. Pondremos un ejemplo para aclarar esto. Hablando sobre pintura medieval, Bordo (1987, cit. por Chris Fowler 2004a: 13) recoge el hecho de que en esa época las obras carecían de perspectiva y que la misma persona podía aparecer varias veces en la misma obra⁵. Lejos de ser un error o una extravagancia, este hecho permitía mostrar de una vez las múltiples facetas que definían a una persona: sus estados de ánimo, sus actitudes, sus relaciones con otras personas y con el mundo, etc. Sin embargo, a partir del siglo XV y en adelante, se fueron fijando ciertos convencionalismos que ya no se perderían hasta la llegada del arte contemporáneo, entre ellos la perspectiva, lo que significaba localización de cosas y personas en el espacio y en el tiempo, por lo que si en el cuadro se estaba mostrando un momento particular, no cabía la posibilidad de que apareciese dos veces la misma persona. La persona era única y, lógicamente, no podía desdoblarse. En estrecha vinculación con este hecho en pintura, empezarán a proliferar a partir de entonces toda una serie de *tecnologías* sociales a través de las cuales se producían experiencias de individualidad (el autor cita los retratos, las novelas, el recuerdo de fechas de nacimiento y muerte, lápidas, habitaciones privadas, introspección e investigación científica, etc.), lo que Foucault llamaría “tecnologías del yo” (1990), es decir, todo un dispositivo de mecanismos que expresaban, por un lado, la tendencia individualizadora que se empezaba a atisbar en ese momento y, por otro, fortalecía la retroalimentación de ese proceso. Que este fenómeno pueda ser observable a través de tantos ejemplos provenientes de muy diferentes órdenes de la vida no hace sino corroborar nuestra hipótesis inicial de que existe una coherencia estructural entre los diferentes aspectos de una sociedad y que esa coherencia se puede estudiar a través de sus restos materiales.

⁵ Un ejemplo de esto puede verse en *La historia de Nastagio degli Onesti* de Sandro Botticelli (c. 1483) en El Museo del Prado de Madrid.

Durante los tres últimos siglos, la forma en que una amplia mayoría de los hombres del mundo occidental se han imaginado a sí mismos y han imaginado al resto de la humanidad tiene mucho que ver con lo que Norbert Elias (1993) llamó el “proceso de la civilización”. Se trata de un proceso a través del cual el “individuo” se ha convertido casi literalmente en el centro del mundo y ha pasado de definirse por sus relaciones a hacerlo por su pensamiento individual (aunque según Hernando (2012) esto sólo ha sucedido de forma consciente, porque de forma inconsciente siempre ha mantenido la necesidad de vínculos y relación). Los fundamentos ontológicos de esa tendencia, que empezó a calar principalmente entre las élites del momento, quedaron en parte recogidos en la obra del filósofo francés René Descartes (1596-1650) quien, con su famosa sentencia: *cogito ergo sum*, expresó a la perfección lo que ya debía ser una pulsión fuerte de su época: que *mi* propio ser se construye a través de la capacidad de pensar. El cartesianismo, retomando ideas que ya estaban presentes en el mundo clásico, imaginó al ser humano como una dualidad de cuerpo y mente, en la que una de las partes de ese tándem, la mente, era la preponderante, mientras que la otra, el cuerpo, quedaba relegada a simple continente (Olson 1998: 270, Moragón 2013). No sólo esto, sino que con el desarrollo del pensamiento de Descartes accedemos a toda una lista de oposiciones que van a fijar el modo de comprender el mundo de la humanidad occidental, como por ejemplo, mente:cuerpo, cultura:naturaleza, hombre:mujer. Pero, como hemos visto para el primer ejemplo, esta forma de oponer categorías esconde una asimetría, no son oposiciones equivalentes (Derrida 1971), pues la primera siempre tiene una preponderancia jerárquica sobre la segunda. Así, en nuestra forma de concebir el mundo, sentimos que la mente representa lo que verdaderamente somos por encima de nuestro cuerpo, que la cultura supuso la superación de la naturaleza, y ¿qué decir de la relación de subordinación que ha caracterizado históricamente a las mujeres?

Popularmente se siguen considerando “naturales” estas imágenes sobre cómo somos nosotros, cómo es el mundo, qué es natural y qué no. Y posiblemente estas oposiciones sigan funcionando en la mayoría de los casos. No podemos negar que, con matices, seguimos viéndonos como un cuerpo que contiene una mente o como una mente (un yo) que está contenida en un cuerpo que posee⁶. Se esté más o menos de acuerdo con

6 De ahí el uso de expresiones tales como “mi cuerpo”, como si el cuerpo fuese algo diferente de lo que somos nosotros. Lejos de tratarse de una cuestión anecdótica, hoy en día el asunto de “la propiedad del cuerpo” es ampliamente debatido en publicaciones sobre medicina y derecho. Para una discusión más profunda sobre el concepto de cuerpo como propiedad ver Petchesky (1995), Martin (1998) y Moragón (2013).

esta propuesta cabe hacerse la siguiente pregunta ¿es aplicable el dualismo cartesiano a la totalidad de sociedades humanas, presentes y pasadas? Parece ser que no. Desde la antropología se están proponiendo diferentes formas a través de las cuales los seres humanos se imaginan, formas que nada tienen que ver con el dualismo cartesiano y que se elevan en sí mismas como crítica a la forma tradicional dicotómica de pensar no sólo el ser humano, sino también el mundo. Estas categorías esencialistas no funcionan para la totalidad de la humanidad actual, y en consecuencia, debemos imaginar que tampoco para la pasada: si en la Edad Media apreciamos señales que nos indican que una persona no tenía por qué ser exactamente tal y como nosotros nos imaginamos hoy en día, tanto más si nos estamos refiriendo a la Prehistoria.

Esta revelación antropológica ha ido calando lentamente en la arqueología y la etnoarqueología. Desde la arqueología de género, Lynn Meskell se resiste a seguir reproduciendo los esquemas cartesianos, los cuales, en su opinión, no hacen sino ahondar en las desigualdades de género. En estas oposiciones habría tan sólo un término válido, mientras que el otro se constituye por oposición, es decir, si lo determinante en ese par de conceptos es la cultura, la naturaleza será todo aquello que no es cultura, o el cuerpo será todo lo que no es mente. De ahí, que esta autora considere que la oposición hombre:mujer siempre reproducirá la desigualdad que lleva contenida en sí misma (Meskell 1998b: 143-145). Timothy Webmoor y Christopher Witmore (2008) y Bjørnar Olsen (2010) son otros arqueólogos que también han defendido la necesidad de superar esta asimetría predominante entre culturas y naturalezas, presente y pasado, cosas y humanos.

En este contexto de revisión de las categorías a través de las cuales se está imaginando al mundo y a las personas está surgiendo la crítica a cómo estamos imaginando a los seres del pasado. Es hora de reflexionar, rectificar y reconocer el carácter construido y contingente de toda esta serie de categorías que se han presupuesto durante mucho tiempo en nuestra visión del pasado y que han sido vistas como dadas, universales, naturales, cuando en realidad sólo nos estaban definiendo a nosotros. Así, desde la antropología, Pitarch (1996), Busby (1997), LiPuma (2001) o Strathern (1988), entre otros, están abriendo caminos en el conocimiento de estas diferentes formas de ser humanos, todas ellas igualmente válidas, igualmente reales, e igualmente contingentes (en realidad Leenhardt ya propuso en su obra de 1947 para el caso melanesio que los seres humanos pueden ser algo distinto a lo que somos nosotros, pero su trabajo tuvo una influencia nula en arqueología). En estos

trabajos se proponen ideas que en principio suenan extrañas para nuestra concepción individual de la persona (un cuerpo con un alma-mente en su interior y la piel como frontera última e infranqueable de ese yo): personas con trece almas, almas que no siempre habitan dentro del cuerpo, la piel no como frontera última e infranqueable, construidas a través de categorías como permeabilidad, partibilidad, dividualidad... Debemos por tanto dejar de construir a los sujetos del pasado a nuestra imagen y semejanza y comenzar a acercarnos a ellos como la gente extraña que son. Extraños porque no los conocemos, extraños porque no son como nosotros, suficientemente extraños para que nos detengamos a reflexionar sobre los mecanismos de construcción de su identidad hasta el punto que el registro arqueológico nos permita.

En las dos últimas décadas, estas ideas generadas en la antropología han empezado a calar en algunos estudios arqueológicos (Treherne 1995, Brück 2004, Fowler 2002, 2004a, Jones 2005, Graham 2009, Brittain y Harris 2010, Budja 2010, 2012), proponiendo, como veíamos, que la identidad en sí es un atributo relacional y que las relaciones que la gente establece con los otros son lo que las convierte en lo que son (Brück 2004: 311). Chris Fowler es uno de esos arqueólogos que ha comenzado a aplicar estas ideas en sus estudios sobre el Mesolítico (2004a: 130-154) y el Neolítico (2002), basándose en los trabajos de Cecilia Busby y Marilyn Strathern. Entre los conceptos que aplica, está el de *dividualidad*:

“A state of being in which the person is recognized as composite and multiply-authored. People are composed of social relations with others to the degree that they owe parts of themselves to others. Furthermore, the person is comprised of multiple features with different origins, like mind, soul and body, and some of these may not be fixed in the matter of the body but either into or emerge from the person during certain occasions. The body itself also has different constituent elements, and changes in the balance of these may alter the disposition of the person. Interactions reach into and affect the constitution of the person. All of the elements of the cosmos may pass through dividual people” (Fowler 2004a: 8).

La dividualidad, por tanto, expresa una noción de ser que se opone radicalmente a la (falsa) idea extendida en la modernidad occidental de la persona hecha a sí misma, sin lazos ni dependencias, autoconstituída. La dividualidad, sin embargo, podría ser una

forma específica de expresión de lo que anteriormente consideramos identidad relacional, una forma concreta que se da en determinados grupos del presente y que puede servir para arrojar luz sobre otros grupos del pasado. Pero el estudio de la dividualidad no queda ahí, sino que se precisa aún más, distinguiendo dos tipos diferentes de dividualidad: la partibilidad y la permeabilidad. El primero de los casos estaría identificado en Melanesia, y el segundo en el sur de la India. La *partibilidad* sería:

“A state of being in which the dividual person is reconfigured so that one part can be extracted and given to another person to whom it is owed. Parts of oneself originate in and belong to others. These can be identified as objects and extracted. Partibility exists in tandem with dividuality, and is a key feature of personhood in many Melanesian contexts” (Fowler 2004a: 9).

Mientras que la *permeabilidad* consiste en:

“A state of being in which the person is dividual, and can be permeated by qualities that influence the internal composition of the person. The component parts of the person are not identifiable as objects but as flow of substances. Permeability is a key feature of personhood in many Indian contexts” (Fowler 2004a: 9).

Partibilidad y permeabilidad son dos expresiones diferentes de una identidad dividual o relacional. En la primera, vemos cómo la persona es un compuesto de distintas realidades (objetos y sustancias, entre ellas) que son separables y objetivables en bienes que representan la totalidad de la persona al modo de metonimias. Todas las partes de uno dependen de los demás y se intercambian bajo la lógica de lo que se debe a los demás por haber sido originado en ellos. Este intercambio fortalece el vínculo y el vínculo construye a ese uno. Por eso, el intercambio de regalos en estas sociedades no podría verse, por ejemplo, simplemente como una mera transacción de bienes con resultados económicos o simbólicos, sino que ese intercambio se construye sobre la propia relación que existe entre esas dos personas y la manera en que esas personas se imaginan e imaginan esa relación que los une.

Para el caso de la permeabilidad, la persona está compuesta por un flujo de sustancias que, contrariamente al primero de los casos, no son objetivables o individualizables, pero

sí se reconoce su interacción en la conformación del ser. La persona queda desdibujada y se convierte en punto de intersección de muy diferentes flujos. El debilitamiento o desaparición de esa intersección de flujos supondría también el debilitamiento de la propia persona. Como vemos, en ambos casos la persona “es” en tanto que sostiene algún tipo de relación.

La permeabilidad definida para el caso indio será especialmente relevante para el estudio etnográfico y arqueológico de África centro-occidental. En el ámbito etnográfico, creemos que las identidades permeables coinciden con la forma de constituirse como persona que caracteriza a los habitantes de las praderas camerunesas en relación con su rey, tal y como fueron descritas por Jean-Pierre Warnier (2007). El rey, bautizado por Warnier como “pot-king” o “roi-pot” (en el original francés se produce un juego de palabras intraducible en donde el sonido de la palabra “pot” puede entenderse tanto como “peau” -piel- o “pot” -recipiente-), es un contenedor de sustancias ancestrales y vitales, y él tiene el poder y la obligación de redistribuirlas entre sus súbditos, quienes las necesitan para vivir con prosperidad. Así lo explica Warnier (2007: 25-26):

“The king contains in his own body a number of substances, like those that are contained in any human body: breath, saliva, semen. These are transformed into life-substances by the dead monarchs and stored by the reigning king to be given out to his subjects. However, these bodily substances are multiplied and extended by other substances like raffia wine, palm oil and camwood powder used by the king to spray and smear on people and things (...) The monarch distributes his royal substances to all his people. He exhales, speaks out, sprays raffia wine with his mouth, anoints the skins, smears them with camwood, ejaculates (...) All the subjects of the kingdom receive the royal substances, either directly or by proxy”.

Otro caso antropológico en donde identificamos identidades dividuales partibles es el ritual funerario fang del melan, en donde los cráneos de los ancestros son venerados con motivos propiciatorios, pues de ellos depende también la prosperidad del grupo (Fernández 1982, Tessmann 2003: 442-451, Bernault 2006: 236-237, Perrois 2006: 299-304).

Finalmente, en el caso arqueológico que examinaremos con mayor detalle en este trabajo, el de la necrópolis de la Edad de Hierro de la isla de Corisco, identificamos enterramientos

secundarios para la fase Oveng Temprano en los que se realiza un tratamiento de los huesos de los cadáveres que podría estar vinculado con rituales semejantes al melan y, sobre todo, con la existencia de identidades partibles. En la fase Nandá de la misma necrópolis, hemos identificado a personas de alto estatus enterradas con numerosas botellas cerámicas como las que se usan para consumir el topé (vino de palma), de ahí deducimos que podríamos encontrarnos con un caso similar al documentado en las praderas camerunesas, en donde la identidad dividual (permeable) se actúa a través de la redistribución de sustancias. Trataremos este asunto con más detalle en el capítulo 9.

Sin embargo, hay un punto que tanto LiPuma como Fowler defienden y que no encontramos acertado para el estudio de sociedades prehistóricas. Aunque ambos están en desacuerdo con las teorías que consideran al “individuo” como una categoría ontológica privilegiada, transhistórica y transcultural (LiPuma 2001: 130-131, Fowler 2004a: 17) sí se muestran defensores de una cierta “individualidad” inmanente al ser humano, como si negar un último reducto de individualidad a determinados grupos supusiera negarles la condición humana. Por eso, según ellos, la persona emerge siempre de la tensión entre los aspectos dividuales e individuales de la identidad (LiPuma 2001: 132, Fowler 2004a: 24) y ésta quedaría determinada por el lado hacia el cual se desequilibra la balanza identitaria, dependiendo esto de las condiciones históricas del grupo en cuestión. En nuestra opinión, los autores no dejan claro de dónde procede ese sentimiento de individualidad o de agencia reflexiva (Fowler 2004a: 16) que posiblemente sí que aparezca en las poblaciones actuales estudiadas de India y Melanesia, pero que no creemos extensible en todos los casos a las poblaciones que habitaron la prehistoria. Parece que con este tipo de afirmaciones estos autores regresan a los enunciados que pretenden criticar: no creen que puedan definirse todas las personas a través de los parámetros que nosotros utilizamos, pero a la hora de afirmar que su construcción de la idea de persona es realmente diferente de la nuestra se ven empujados a reconocer que en el fondo sí existe una base común sobre la que edificar la identidad: una individualidad inherente al ser humano. En este trabajo se ha defendido que sí existe esa base común compartida por todos los seres humanos, pero ésta no es la individualidad, sino las potencialidades que como *Homo sapiens* tenemos, esto es, unos mismos rasgos genéticos, unas mismas capacidades intelectuales y una igual sofisticación emocional (Hernando 2002: 49).

En nuestra opinión, no podemos equiparar los términos de persona e individuo, pues no son sinónimos. El argumento que se ha defendido aquí es el opuesto: la verdadera identidad se construye en el plano de la relación y la individualidad solamente aflorará en determinados contextos, bajo determinadas situaciones y no necesariamente entre todos los miembros de un grupo. Sí es cierto que en ocasiones (como la que vivimos en la actualidad) la identidad se conforma a partir de la intersección de aspectos individuales y relacionales, porque la globalización exporta e impone las tecnologías de la individualidad, pero a pesar de que un cazador-recolector tenga autoconsciencia de su propio ser como persona esto no quiere decir que la tenga como individuo, como algo único, original y trascendente.

No hemos de olvidar que estos casos propuestos están identificados etnográficamente y en ningún momento debemos hacer una analogía directa hacia poblaciones prehistóricas que presenten una complejidad tecno-económica semejante, si bien pueden servirnos para hacer diferentes preguntas a los restos materiales del pasado y desmontar los prejuicios positivistas con los que casi siempre nos acercamos al registro arqueológico. Concretamente, Chris Fowler ha tratado de hacerlo para el Mesolítico Final escandinavo (2004a: 130-154), analizando diversos enterramientos de la fase inicial de la cultura de Ertebølle (5400-4600 BC). En ellos se encuentran representados individuos adultos y jóvenes, así como hombres y mujeres. También existe una amplia representatividad de animales y una amplia variedad de ajuares, entre los que se encuentran fragmentos de esos animales, mandíbulas, cuentas de diente, pezuñas, así como collares, herramientas líticas y armas. En estas necrópolis se pueden identificar también muy diferentes tipos de enterramientos y prácticas funerarias, entre las que encontramos la cremación, la inhumación, la reapertura de tumbas y segundos enterramientos o las desarticulaciones de cadáveres. Lejos de considerar estas prácticas como marcadores de diferentes estatus sociales, el autor cree que cada una de las transformaciones que aparecen en el registro afectaba a la propia constitución de la persona, tanto al muerto como a los vivos. Y que, en definitiva, lo que están expresando es el hecho de que la persona estaba compuesta por una diversidad de relaciones con animales, lugares y otros seres humanos que la convertían en una pura intersección que unía en sí misma a la comunidad y al cosmos.

No entraremos a valorar aquí lo acertado o no de esta propuesta, simplemente la tomaremos de ejemplo para poner de relieve que el hecho de la muerte y sus productos son

un escenario especialmente interesante para investigar la construcción de las identidades. La muerte sí es una realidad transhistórica y transcultural en tanto que hecho biológico, aunque no lo es la forma en la que se la afronta o se la piensa. Pero el hecho de que la muerte sea siempre cambio (antes había alguien que ahora no está y no estará ya más) hace que se acentúen las identidades colectivas y/o individuales y se expresen a través de rituales que tienen el fin de trazar con claridad las delimitaciones que configuran las formas de pensarse al haber cambiado dramáticamente la identidad de uno o varios de sus miembros.

5.8. Conclusión

En este capítulo hemos revisado el estado de la teoría arqueológica en el África subsahariana y hemos presentado las bases teóricas posestructuralistas de la Arqueología de la Identidad, así como los debates actuales en torno a este tema. Éste será el marco teórico desde el que se interpretará el registro material de la Edad del Hierro en el golfo de Guinea.

A nuestro juicio, una de las fortalezas (y de los retos) de realizar un acercamiento posmoderno al estudio del pasado es contar con las propuestas de la teoría crítica, la cual nos advierte de que la creación de conocimiento científico objetivo no es más que una quimera. Gracias a la teoría crítica podemos comprender que nuestra producción científica no se genera en el vacío sino que se trata de un conocimiento situado, influido y condicionado por su propio contexto de producción, y como tal hay que tomarlo.

Antes de entrar a valorar los principios que rigen la Arqueología de la Identidad hemos esbozado una serie de cuestiones teóricas que tendremos presentes a la hora de abordar nuestro estudio. La primera de ellas, de sobra conocida y ampliamente aceptada, es considerar la cultura material como una entidad simbólica. De esta afirmación se deduce el carácter semiológico de la cultura material, es decir, los objetos serían significantes cargados de significados que desde la arqueología habrían de ser interpretados. Algunos defensores de esta corriente han propuesto una interpretación de carácter hermenéutico que a nosotros nos parece excesiva. En nuestra opinión, el enfoque hermenéutico nos acerca peligrosamente a la producción de narrativas arqueológicas más basadas en la intuición que en los datos contrastados, por lo que creemos necesario buscar una alternativa que nos salve de la trampa subjetivista a la que parece condenarnos la hermenéutica. Nuestra

propuesta es dar un giro hacia el positivismo de manera crítica con el objetivo de ofrecer un punto de arranque objetivo y positivo en la investigación arqueológica. Para ello, rescatamos dos ideas provenientes del estructuralismo: la propia “estructura” y la “mente universal”, lo que nos permitirá establecer puntos en común en la conformación de la identidad de todos los seres humanos.

Otra de las fuentes teóricas de las que bebe este trabajo es la Arqueología Simétrica, aplicación arqueológica de la Teoría del Actor-Red, desarrollada en sociología. Esta corriente teórica considera que los objetos no son meros productos ni simples portadores de significados, sino que son agentes del entramado de redes sociales y como tal debemos considerarlos los arqueólogos. La aplicación de estas ideas nos lleva a comprender de una forma mucho más rica y compleja las redes de relaciones entre actores humanos y no humanos y, por lo tanto, a reconsiderar la cultura material como agente activo, creador y re-creador de identidad y no como un pasivo producto humano.

Estos desarrollos teóricos se han originado en y aplicado desde la academia occidental y han tenido escasa o nula repercusión en la arqueología africana. La naturaleza de la práctica arqueológica desarrollada hasta la actualidad en el África subsahariana (intermitente, inconstante y de carácter puntual) ha dificultado la aplicación de la teoría arqueológica tal y como sí se ha hecho en otros lugares del mundo. Sin embargo, si vamos más allá de lo que a primera vista podríamos intuir, descubrimos que algunos debates teóricos sí han tenido cierto calado en diferentes áreas del continente, como son las cuestiones en torno al origen de la complejidad social, estudiadas principalmente allí donde se ha documentado la existencia de jefaturas y estados, y la crítica poscolonial, que en diferentes contextos trata de deconstruir la tradicional relación de desigualdad establecida tanto a nivel teórico como práctico en el campo de la arqueología entre occidentales y africanos.

Aunque este trabajo bebe de ambas corrientes, el marco teórico en el que se desarrollará es ajeno a ambos debates. Se trata de la Arqueología de la Identidad, cuyas propuestas no han sido aún exploradas en contextos arqueológicos de África centro-occidental. No obstante, debemos recordar que herramientas teóricas similares a las que aquí se proponen sí han sido aplicadas a contextos antropológicos de la misma área.

Con estos pilares teóricos en mente, pasamos a examinar los principios de la Arqueología de la Identidad. Como su nombre indica, esta disciplina trata de desentrañar cuestiones

identitarias de los grupos humanos que estudiamos. La identidad es el mecanismo que otorga seguridad ontológica al ser humano y se articula, valga la redundancia, a través de identificaciones que pueden ser tanto positivas como negativas, esto es: nos identificamos positivamente con el grupo al que pertenecemos y al que nos parecemos, aquel al que nos vinculamos, con sus valores, sus costumbres, etc., y nos identificamos negativamente con aquello que no consideramos que somos pero que otros sí son, es decir, con lo que no nos “identifica”. De aquí se deduce que la identidad es un asunto que se genera y se gestiona en sociedad, a través de vínculos de apego y desapego. Puesto que las relaciones humanas son complejas, la identidad, que no es otra cosa que el modo como nos construimos a través de las relaciones que establecemos, no es algo simple. Su complejidad nos lleva en ocasiones a hablar de “identidades”, pues no podremos entender cabalmente la riqueza identitaria de una persona si no atendemos a la intersección de los muy variados ejes identitarios que la atraviesan.

Siguiendo la propuesta de Almudena Hernando (2002, 2012), en este trabajo vamos a considerar que la identidad se conforma de manera estructural en los seres humanos y que la identidad de cada persona combinará en diferentes medidas rasgos individuales y relacionales. En resumen, podemos afirmar que los aspectos individuales serán los que estén vinculados a la idea del “yo” mientras que los relacionales se vinculan al “nosotros”. A pesar de que ambos tienen un peso fundamental en la definición identitaria de una persona y en el producto final de su identidad, afirmaremos que la base de toda identidad se basa en la relación mientras que la parte individual no es otra cosa que una ficción reguladora. Consideraremos una ficción reguladora aquel mecanismo que no siendo real, opera socialmente y tiene un fin.

A modo de cierre, hemos examinado algunos debates actuales sobre Arqueología de la Identidad en los que se proponen otras formas de identidad que se han ido explorando desde la antropología y que ahora se comienzan a aplicar a la arqueología, son las llamadas identidades individuales, de la que se han identificado dos formas: la partibilidad y la permeabilidad. Ambas pueden ser marcos de análisis útiles de la identidad de determinados grupos históricos y prehistóricos de África centro-occidental.

CAPÍTULO 6.

EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO I: BIOKO, GUINEA ECUATORIAL CONTINENTAL, COSTA SUR DE CAMERÚN Y NORTE DE GABÓN

“Descendientes de los que realizaron la gran hazaña de la primera agricultura en Fernando Poo y conquista de la isla son los bubis (...) Pero todos podemos sentirnos de algún modo unidos a una gesta, que es de la humanidad de la que todos formamos parte”.

Amador Martín del Molino, *Etapas de la cultura de Carboneras de Fernando Poo en el primer milenio de nuestra Era*, 1968.

En el capítulo 2 tuvimos la oportunidad de ahondar en la historia de la investigación arqueológica en Camerún, Guinea Ecuatorial y Gabón, y la caracterizamos como desigual, inconstante e intermitente. Tanto es así que, a día de hoy, mientras empezamos a recibir información más detallada de algunas regiones de estos países, otras permanecen aún inexploradas. Numerosos proyectos internacionales, en ocasiones asociados a obras de construcción, han ido arrojando luz sobre la Edad del Hierro en esta amplia zona. Haber tenido la oportunidad de trabajar durante varias campañas en la isla de Corisco nos ha permitido conocer el pasado prehistórico de esta isla de manera excepcional. Y cuando decimos excepcional, queremos decir que no existe ningún otro enclave de África centro-occidental que haya podido ser excavado en extensión de la misma manera.

Este capítulo tiene como objetivo presentar de manera sintética el estado de la cuestión de la arqueología de la Edad del Hierro en África centro-occidental para poder comprender de qué manera Corisco se inserta en su propio contexto. Para ello, dividiremos el capítulo en cuatro secciones. La primera estará dedicada a la isla de Bioko (antigua Fernando Poo), la cual presenta particularidades culturales al ser comparada con el resto de la costa continental. En la segunda, la más breve, presentaremos los escasos hallazgos de la región continental de Guinea Ecuatorial. En la tercera y cuarta sección nos ocuparemos del

sur de Camerún y del norte de Gabón respectivamente, en donde se han documentado tradiciones culturales parangonables a las de Corisco. Finalmente, tras hacer una breve referencia a la costa de Congo-Brazzaville, trataremos de hacer una síntesis regional sobre la Edad del Hierro de África centro-occidental.

Un rasgo que caracteriza a las publicaciones sobre arqueología de África centro-occidental de los últimos treinta años es el estudio en profundidad de las tradiciones cerámicas (cantidades, procesos técnicos, formas, decoraciones, tipos, etc.) hasta el punto de existir una multiplicidad de tipologías locales que dificultan la obtención de una imagen más amplia. En este capítulo, salvo para el caso de Bioko, al que prestaremos más atención, no trataremos en detalle las tipologías cerámicas de cada una de las áreas, pues no son determinantes para el tipo de estudio que aquí realizamos y excederían con creces los objetivos de esta tesis. No obstante, como se realizarán comparaciones tipológicas y estilísticas entre diferentes tradiciones hemos decidido ilustrar los casos con imágenes en vez de densificar el texto con prolijas descripciones. En cualquier caso, para información más detallada sobre las tipologías cerámicas remitimos a la bibliografía citada.

A lo largo de este capítulo organizaremos la secuencia arqueológica basándonos en una serie de fechas radiocarbónicas que han sido publicadas, pero no las analizaremos en detalle. El conjunto de dataciones de este capítulo y del siguiente serán comentadas de manera crítica en el capítulo 8.

6.1. Bioko

Bioko, con sus 2.017 km² de área, es la más grande de las islas que forman parte de Guinea Ecuatorial. Durante la época colonial fue conocida por el nombre de Fernando Poo, en alusión a su “descubridor” portugués. En su costa norte se encuentra la ciudad de Malabo, capital del estado, fundada como Clarence y rebautizada en diferentes ocasiones con los nombres de Santa Isabel y Macías Nguema. Bioko se ubica en el golfo de Biafra (también conocido como golfo de Bonny), y tan sólo la separan 32 km de la costa de Camerún.

Debido a su origen volcánico, el perfil de la isla de Bioko es extremadamente escarpado, con altitudes que superan los 3.000 m.s.n.m. De hecho, la isla no es otra cosa que la unión de tres volcanes diferentes: el pico Basilé al norte, y el volcán de San Carlos (o Caldera de

Luba) y el pico Biaó al sur. Estos picos forman parte de la misma cadena montañosa que el Monte Camerún (Monte Fako), el archipiélago de São Tomé, y las islas de Annobón o Santa Elena, que se extienden a lo largo de una importante falla geológica. La isla en su conjunto es una valiosa reserva de fauna y flora de la biosfera (Castroviejo *et al.* 1994, Zafra 2008, Zafra *et al.* 2010).

A pesar de su cercanía al continente, durante la época prehistórica y los primeros siglos de la fase colonial los contactos entre isla y tierra firme no fueron tan habituales como cabría esperar. Sus costas abruptas y las fuertes corrientes marinas del golfo favorecieron esta situación de aislamiento, pero también fue determinante la propia voluntad de sus habitantes, que desde bien temprano se ganaron el apelativo de “salvajes” e “indolentes” debido a su escaso interés en cooperar con los europeos (Bosman 1705: 399, Quesné 1823: 349, Martínez y Sanz 1859: 13, Kingsley 1897: 56, Vansina 1990: 137-138, García Cantús 2004: 67). Como tendremos oportunidad de ver en detalle más adelante, la escasez de contactos con otras zonas de África central favoreció un desarrollo cultural original en Bioko, ajeno a la evolución de los grupos de la costa continental, y este es el principal motivo por el que dedicamos un apartado propio a la prehistoria de la isla.

Al contrario de lo que ocurrió con Corisco, los viajeros europeos que llegaron a Bioko a finales del siglo XV descubrieron que la isla estaba habitada (García Cantús 2004: 43). Los bubi eran la población autóctona, y siguieron siendo la etnia mayoritaria hasta momentos muy avanzados de la época colonial. Es difícil calcular el número de habitantes de la isla para el momento del contacto, aunque no debería ser muy elevado. Tessmann (2008: 63), desconfiando de los datos de Baumann, y basándose en los de Coll y, sobre todo, en el censo de Ramos Izquierdo, propone una cifra que oscila en torno a los 8.000 para las primeras décadas del siglo XX. Los autores coinciden en que la densidad de población sería superior en momentos anteriores, llegando incluso a cuadruplicar esta cifra para la primera mitad del siglo XIX (Borrego 1994: 59).

Existen diferentes mitos de origen entre los bubi. Tiene especial relevancia el que afirma que proceden del interior del volcán, como recogieron muchos de los primeros viajeros que trataron con ellos (Burton 1874, Tessmann 2008: 49, Baumann 2012: 142), otros afirman que llegaron a la isla por vía marítima desde el continente. El cómo y el cuándo de la llegada de los bubi a Bioko es aún un tema controvertido. Aunque la vía marítima

es la más probable, se ha sugerido la posibilidad de que, aprovechando un momento climático en el que los niveles freáticos serían más bajos, los primeros habitantes de Bioko pudieron haber atravesado lo que hoy es océano a pie, pues la isla habría quedado unida al continente (Tessmann 2008: 49-50, Martín del Molino 1965: 9, 1993: 19). Según Clist (1998: 215), quien recoge las informaciones de Giresse (1989), la isla estuvo unida al continente en torno al 6000 a.C. y el paso pudo producirse hacia el 2000 a.C. (Maret y Clist 1987: 32), dato que coincide con el aportado por Blench (2007: 4). A pesar de esto, las fechas radiocarbónicas más antiguas de que disponemos sobre contextos arqueológicos no remontan el primer milenio d.C., aunque existen contextos arqueológicos más antiguos carentes de dataciones absolutas.

6.1.1. Los bubi

Los viajeros que llegaron a Bioko en los siglos XVIII y XIX después de haber recorrido las costas de África occidental y central se encontraron con un grupo humano, los bubi, cuyos rasgos culturales diferían sustancialmente de los de sus vecinos continentales. Los grupos costeros no eran idénticos unos a otros, pero sí compartían características básicas en su estructura socio-económica. No es el caso de los bubi que, apartados en su isla, permanecieron ajenos a cambios tecnológicos que se extendieron con rapidez por el continente.

El rasgo fundamental que marcó la diferencia y que condicionó en una dirección particular la vida de los bubi fue el desconocimiento y/o rechazo de la metalurgia del hierro, así como la ausencia de uso de objetos metálicos que pudieran haber conseguido a través del comercio (hecho que empieza a documentarse a partir del siglo XIX). Esta realidad sumía a los bubis, siempre según los viajeros y primeros investigadores de su cultura, en un estadio cultural “neolítico” (Martín del Molino 1965: 11, 1993: 20; Shepherd 1983: 76; Vansina 1990: 139). La gran sorpresa venía generada fundamentalmente por dos cuestiones: la primera es que tanto los bubi como la isla de Bioko contaban con todo lo necesario para poder fundir metal (recursos minerales, carbón, medios de transporte, conocimiento sobre cómo producir altas temperaturas, herramientas para forjar, etc.) (Shepherd 1983: 77-78), la segunda es que, salvo los bubi, el resto de etnias de la costa no sólo trabajan con habilidad el metal, sino que además contaban con un patrón monetario basado en objetos de hierro (ver apartado 4.3.3.).

Es difícil creer que los bubi no hubieran tenido ningún contacto con esta tecnología, dada la cercanía de la isla al continente, pero lo cierto es que, consciente o inconscientemente, decidieron no adoptarla. Este hecho no es banal, pues condicionó de igual manera tanto la estrategia económica seguida por ellos como la conformación de su propia identidad, que fue gestionada al margen de determinados círculos de interacción socio-económica y que, a la postre, constituyó el elemento clave que les hizo rechazar activamente la participación en el comercio de esclavos (Sundiata 1973) (al contrario de lo que ocurrió con otros grupos costeros, como los fang del continente o los benga de Corisco, por ejemplo).

Los primeros escritos de que disponemos sobre los bubi datan de mediados del siglo XIX y son, en su mayoría, opiniones poco fundamentadas de viajeros que pasaban temporadas en Bioko. Hasta finales del XIX y principios del XX no se elaboraron las dos etnografías clave sobre los bubi, la de Baumann y la de Tessmann. Desafortunadamente, para este momento la cultura tradicional bubi ya se había visto fuertemente alterada por el contacto con los europeos, así lo recogía Tessmann (2008: 63) a inicios del siglo XX:

“Durante mi estancia en Moka, que duró casi un año, fui testigo del incremento en la implantación de nuestra mal llamada “cultura”. Algunos ancianos, a los que yo había conocido ataviados con su sencilla vestimenta [...] llevaban ahora un pantalón viejo y agujereado. Para contentar al bello sexo, había que conseguir cada vez más batas y “adornos” (llamémosles así) europeos; un peluquero moderno expandía sus novedades por el poblado, y, ante mis propios ojos, se levantó la primera casa con las paredes hechas de tablas de madera”.

A pesar de ello, pervivían muchas de las características tradicionales de este grupo. La breve reconstrucción sobre cómo eran los bubi en torno al cambio del siglo XIX al XX la tomamos de las informaciones publicadas por Baumann (2012) y Tessmann (2008).

La población bubi se asentaba principalmente en enclaves cercanos a la costa, en donde agrupaciones familiares construían sus conjuntos domésticos. Sin embargo, conforme la colonización europea fue haciéndose efectiva, los bubi fueron desplazándose hacia el interior de la isla (Martín del Molino 1965: 32). Políticamente estaban organizados en forma de sociedad segmentaria regida por un jefe supremo, cuyo poder era más ceremonial que político, y toda una serie de jefes locales (uno por poblado) que disfrutaban de

bastante autonomía, lo que limitaba la centralidad del poder [Fig. 6.1]. Carecemos de datos precisos sobre la forma de articular el gobierno, aunque sí sabemos que los cargos solían ser heredados, pues pasaban con frecuencia de tíos a sobrinos.



Fig. 6.1. Malabo, jefe supremo de los bubi en Riaba (Moka) en un día de la fiesta de los espíritus, ca. 1900. Fotografía de Günter Tessmann (2008: 206).

Tanto Baumann como Tessmann coinciden en señalar que los bubi apenas se vestían, a excepción del uso de taparrabos de fibra o delantales de piel. Por el contrario, se decoraban profusamente el cuerpo, tanto con escarificaciones en la cara, espalda y abdomen como con sombreros de estilo europeo, amuletos, collares de huesos, brazaletes de fibra vegetal y cuentas de colores. Por lo general, la combinación de desnudez y escarificación horrorizaba a los europeos, quienes veían en los bubi a unos bárbaros incivilizados que contaban, sin embargo, con una constitución física “robusta y perfecta” (Navarro 1859: 76). Los adornos de sarta de conchitas pulidas de forma lenticular funcionaron también como moneda hasta mediados del siglo XIX (Kingsley 1897: 59, González Echegaray 1964: 81-84, Tessmann 2008: 202).

Los bubi eran buenos cazadores que usaban sofisticadas técnicas de trampeo, aunque con la llegada de los europeos y la adopción de las armas de fuego las tecnologías de caza tradicionales empezaron a desaparecer. También pescaban y trabajaban la tierra con hachas líticas y palos cavadores. Sus principales cultivos eran la palma de aceite y el ñame. Hemos destacado anteriormente su desconocimiento de la metalurgia, aunque con el tiempo, a partir de mediados del siglo XIX aproximadamente, terminaron por incorporar cuchillos, machetes, hachas y ollas de hierro provenientes de las factorías europeas que vinieron a sustituir en parte su tradición cesterá y alfarera.

El escaso rigor de la mayoría de las informaciones etnohistóricas existentes sobre los bubi no facilita el conocimiento de sus modos de vida previos a la colonización europea. La arqueología, por lo tanto, se presenta como la única herramienta útil para realizar tal cometido. Veamos a continuación las informaciones arqueológicas disponibles sobre Bioko.

6.1.2. Secuencia arqueológica de Bioko

Como ya apuntamos en el capítulo de historiografía, el periodo más dinámico, si es que así puede ser llamado, de la arqueología en Bioko fue el de los años 50 y 60 del siglo XX. Fue en aquel momento cuando se precisó la primera secuencia crono-estratigráfica de la prehistoria reciente de la isla. Las escasas intervenciones arqueológicas posteriores apenas añadieron más información a lo ya propuesto entonces.

En total podríamos diferenciar tres grupos de intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en Bioko. La primera es la que acabamos de mencionar, que tuvo lugar durante las dos últimas décadas de la fase colonial y que fue coordinada por el padre claretiano Amador Martín del Molino, quien ocasionalmente contó con la ayuda de otros investigadores como Augusto Panyella, del Museo de Etnología de Cataluña, Jordi Sabater, de la Universidad de Barcelona, el arqueólogo británico Robert Kennedy o el médico catalán Armando Ligeró, entre otros. Los resultados de sus trabajos aparecían frecuentemente en *La Gaceta de Guinea* en forma de artículos breves (ver bibliografía). Gracias a sus labores de prospección y excavación en 1965 ya se habían documentado un total de 87 yacimientos arqueológicos (Martín del Molino 1968: 8). Las conclusiones de estas dos décadas de investigación quedaron bien resumidas en las síntesis publicadas por Martín del Molino (1960, 1965, 1968).

El británico Joseph Sheppherd llevó a cabo la segunda intervención arqueológica entre los años 1980 y 1982. Su trabajo consistió principalmente en la prospección y estudio de los yacimientos conocidos como *grinding stations* o talleres de pulimento de piedra (Martín del Molino y Ligeró 1959a, 1959b, Kennedy 1962), afloramientos rocosos cercanos al mar que, al haber sido usados como molinos o afladoras, muestran marcas de abrasión, de los cuales localizó 43. Además de éstos, identificó otros 11 yacimientos consistentes en dispersiones cerámicas y basureros (Sheppherd 1983). La ausencia de dataciones en los trabajos de Sheppherd, así como de dibujos o fotografías de los materiales cerámicos nos impide asociar sus descubrimientos a ninguna fase de ocupación de la isla.

La tercera y última intervención arqueológica apenas duró una semana. En 1985 los arqueólogos belgas Bernard Clist y Pierre de Maret sondearon algunos de los lugares anteriormente excavados por Martín del Molino (Seminario de Banapá, Playa de Bolaopí y Playa de Carboneras), comprobando lo acertado de su propuesta (Maret y Clist 1987, Clist 1998).

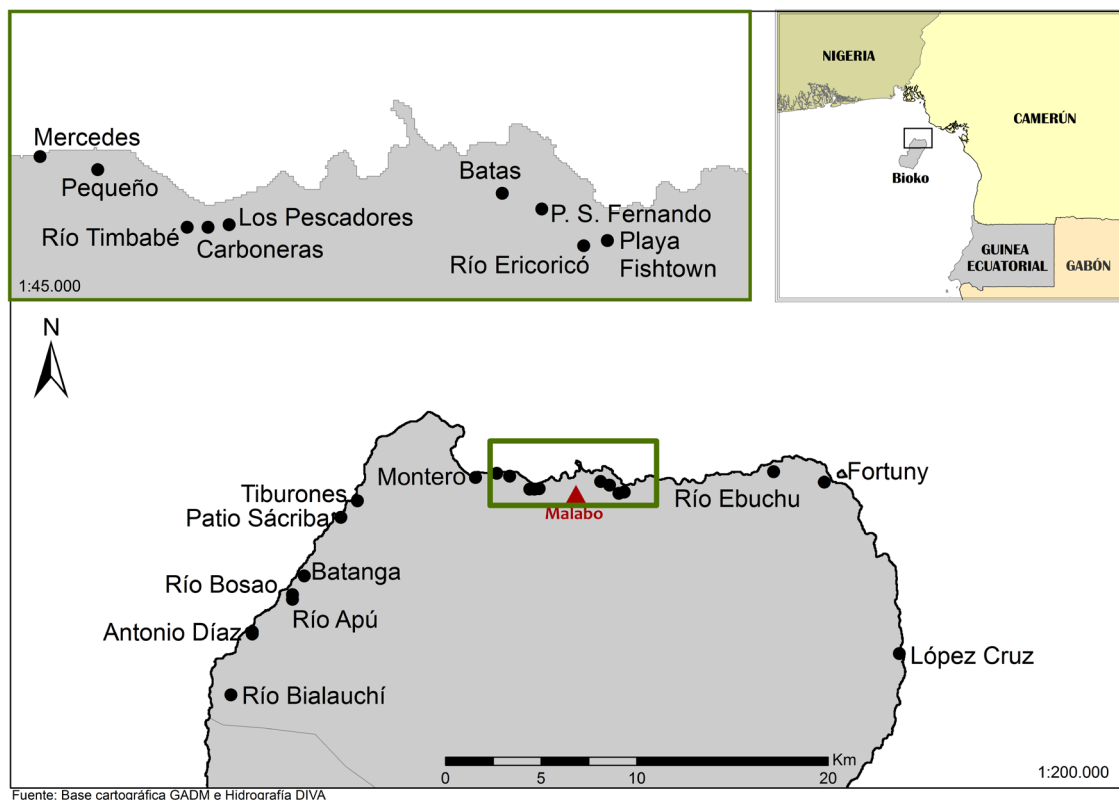


Fig. 6.2. Yacimientos arqueológicos de la isla de Bioko (Guinea Ecuatorial). Elaboración: Cristina Charro y el autor.

La secuencia arqueológica descrita por Martín del Molino divide la prehistoria de Bioko en cinco fases: Sangoense, Carboneras, Bolaopí, Buelá y Balombe. La primera de ellas, escasamente conocida, engloba todo el Paleolítico, aunque Martín del Molino reconoció la existencia de un Sangoense cerámico de transición. Tras esta primera fase se suceden otras cuatro bien documentadas en contextos estratigráficos claros y a las que se les asoció una cultura material concreta. Su origen sería la cultura Carboneras (Martín del Molino 1968), la mejor descrita de las cinco fases, datable en la segunda mitad del primer milenio d.C. La secuencia concluye con la fase Balombe, considerada protohistórica por desarrollarse plenamente en contacto con la población europea. En la Fig. 6.2 puede verse un mapa de Bioko con los yacimientos mencionados en el texto.

Sangoense

Sangoense es un término que hace referencia al Paleolítico de África central y occidental heredero de la tradición Achelense. Se dispone de escasísima información sobre esta primera fase de la prehistoria de Bioko. En realidad se trata de un gran “cajón de sastre” al que se asociaron picos y puntas líticas que aún seguían en uso a la llegada de los europeos, por lo que la adscripción de los hallazgos de superficie a esta fase es más que cuestionable (Martín del Molino 1965: 13).

El Sangoense se divide en dos subfases: anteneolítico y neolítico. La gran diferencia entre ambas es que la primera es acerámica mientras que en la segunda los útiles líticos aparecen mezclados con materiales asociados a la fase Carboneras.

El Sangoense anteneolítico pudo ser documentado estratigráficamente en un único yacimiento, el Seminario de Banapá, al sur de Malabo (Martín del Molino 1964, 1965: 10, Fig. 1, Estación 2). Los materiales que allí aparecieron, además de encontrarse a gran profundidad, presentaban una pátina diferente a los considerados plenamente neolíticos, lo que avalaría su fecha antigua. [Fig. 6.3].

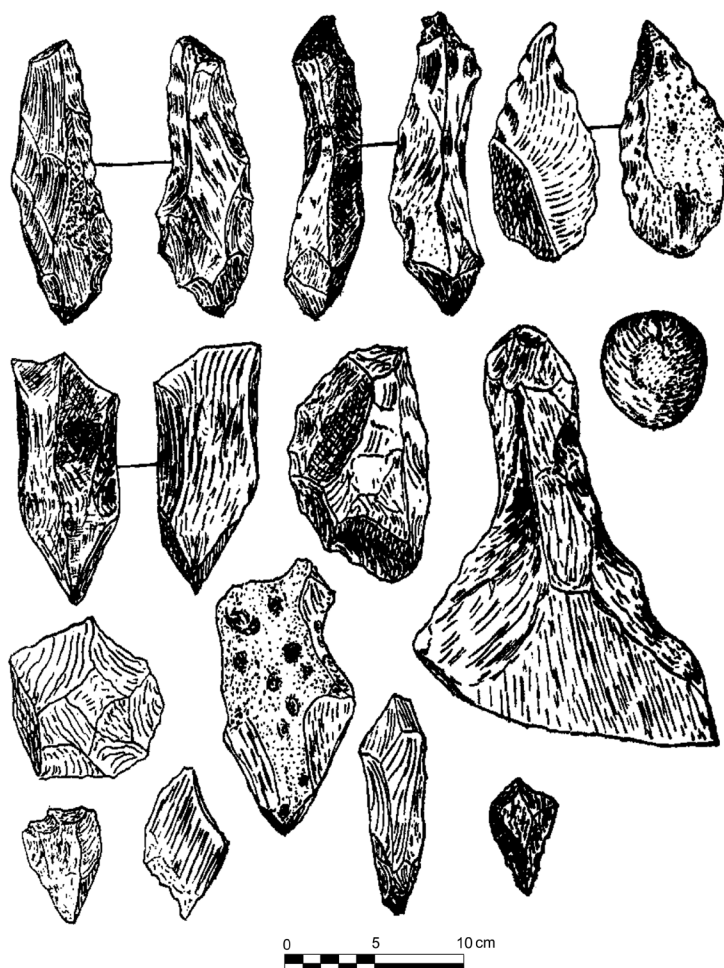


Fig. 6.3. Industria lítica sangoense (a partir de Martín del Molino 1965: 13, Fig. 3).

Carboneras

La fase Carboneras fue dividida en tres subfases: Inicial, Medio y Final. Estas tres subfases se diferencian entre sí tanto por cambios en los estilos cerámicos como en las pautas de asentamiento. Recibe su nombre de la playa en donde se localizó su yacimiento tipo¹, en las inmediaciones de Malabo (Panyella 1959, Panyella y Sabater 1959). Allí se documentaron niveles arqueológicos que arrancan del Carboneras Medio y que se extienden hasta la fase Buelá. El Carboneras Inicial fue reconocido en el yacimiento Río Timbabé (3°45'8" N ; 8°45'42"E), situado en la margen izquierda del río. Más hacia el interior de la isla y en cuevas aparecen otros yacimientos de la fase Carboneras Final o de transición. Además de los mencionados, otros yacimientos representativos de la fase

¹ En el momento de su descubrimiento el mar había arrasado alrededor del 80% del yacimiento de playa Carboneras (3°45'8"N ; 8°45'50"E) dejando expuesto un perfil estratigráfico (Martín del Molino 1968: 21). Hoy en día ha desaparecido por completo.

Carboneras son Mercedes (3°45'35"N ; 8°44'46"E), Río Ebuchú (3°45'38"N ; 8°52'35"E), Primitivo San Fernando (3°45'15"N ; 8°47'57"E) o López Cruz (3°40'28"N ; 8°56'8"E), todos ellos situados en la costa norte de Bioko (Martín del Molino 1960: 6-7). En general, se trata de poblados con múltiples fondos de cabaña superpuestos o dispersiones de restos cerámicos y líticos y fosas de desecho (Martín del Molino 1968: 23). Martín del Molino (1968: 17-18) vinculó esta fase al Neolítico de Tradición Capsiense, identificado en otros países de África central y occidental. En ambas tradiciones, Capsiense y Carboneras, es habitual encontrar azadas de bordes laterales paralelos con filo convexo y talón apuntado y hachas con corte pulimentado. No obstante, la vinculación entre ambas tradiciones nos parece bastante especulativa, dada la enorme distancia que las separa.

Si los límites entre Carboneras Inicial y Carboneras Medio son imprecisos, la fase Carboneras Final presenta importantes diferencias frente a las dos anteriores. En este periodo los asentamientos empiezan a abandonar los enclaves costeros para ir adentrándose hacia el interior de la isla y comienzan a proliferar las fosas detríticas como estructura arqueológica más habitual, por lo que también es conocida con el nombre de "Cultura de los Pozos" (Martín del Molino 1965: 24).

Las fechas radiocarbónicas obtenidas para Carboneras por el equipo de Martín del Molino fueron publicadas sin calibrar. Nosotros hemos calibrado (o recalibrado, según el caso) todas las fechas utilizadas en esta tesis, por lo que la horquilla cronológica que sugerimos difiere de la que fue propuesta originalmente. Según Martín del Molino (1968: 21) esta fase se extendería entre los siglos VII y XII d.C., aunque sugiere que Carboneras Inicial es ligeramente anterior al siglo VII, Carboneras Medio se desarrollaría entre los siglos VIII y IX y Carboneras Final avanzaría hasta el siglo XI. Tras la calibración de fechas la franja temporal parece ser más amplia, pues iría aproximadamente de mediados del siglo V a mediados del siglo XIII, nos es imposible precisar la cronología de las diferentes fases dentro de Carboneras. En cualquier caso, podemos afirmar que el grueso de la fase Carboneras se desarrolló en la segunda mitad del primer milenio d.C. Este dato resulta interesante si lo comparamos con la tendencia poblacional del resto de la región: como veremos más adelante a finales del primer milenio Corisco queda deshabitada y se documenta una caída poblacional generalizada en África centro-occidental que parece no afectar a Bioko.

Aparte de un estilo cerámico determinado, Martín del Molino (1968: 24-30) señaló toda una serie de rasgos materiales que caracterizan a esta fase. Muchos de ellos son habituales tanto en otras fases de la Prehistoria de la isla como en otros enclaves de África centro-occidental.

Quizás uno de los elementos materiales más característicos de la fase Carboneras son los suelos empedrados con cantos rodados. Martín del Molino (1968: 25) distinguió hasta cuatro tipos de empedrado según el tamaño y la disposición de los cantos. Cercanos a estos empedrados o sobre ellos mismos se registraron fondos de cabaña tanto de forma circular (2,5/3 m de diámetro) como rectangular (4x5 m aproximadamente) y junto a ellos patios con suelos de arena en los que se excavaban fosas de desecho, estructura muy habitual en toda la Edad del Hierro de la región. Otro elemento frecuente es el hogar, junto a los que se localizan piezas líticas. La presencia de líticos se asocia a todas las fases de ocupación de la isla, aunque escasean en los niveles arqueológicos. Según Martín del Molino (1965: 19-22) los líticos más habituales de la fase Carboneras son: grandes lascas sin retocar, guijarros retocados, lascas retocadas o con dorso preparado, picos, hachas y azadas, discos, raspadores rectangulares, morteros, paletas de pintura (probablemente morteros), piedras “con hoyuelos” (conocidas como *pierres à cupule*² en la literatura francófona) y puntas de flecha (tan sólo se encontró una) [Fig. 6.4]. Se presupone el uso de muchos otros objetos de madera y concha no conservados debido a la acidez del suelo

Los carboneras eran, además, buenos ceramistas. Asociado a esta actividad se localizó un horno consistente en una cavidad en el suelo de forma biconvexa con boca en la parte superior (Martín del Molino 1968: 29), del que carecemos de dibujo o fotografía. Como apuntábamos, las variaciones en la tipología cerámica han sido uno de los principales argumentos para diferenciar fases y subfases en la prehistoria de Bioko. Siguiendo la propuesta de Martín del Molino (1960), resumimos las características de la cerámica de la fase Carboneras en la Tabla 6.1. Las Figs. 6.5 y 6.6 ilustran la tipología cerámica de esta fase³. El autor diferenció tipos generales y variedades particulares dentro de cada tipo. A la hora de describir las variedades

2 Las *pierres à cupule* son un elemento frecuente en el registro arqueológico de la Edad del Hierro en toda la zona. Se han encontrado en otros lugares de Guinea Ecuatorial (Clist 1987b: 16), así como en Gabón (Assoko Ndong 2002: 140) y en el sur de Camerún (Oslisly *et al.* 2000: 351). Su utilidad es incierta, aunque probablemente sirviesen como manos de mortero para machacar frutos, especialmente la nuez de la palma de aceite (Oslisly 1992: 189), de ahí su típica concavidad en forma de cúpula.

3 Las figuras ilustrativas de la tipología cerámica Carboneras, Bolaopí, Buelá y Balombe carecen de escala porque así aparecían en la publicación original. Hemos tratado de mantener las proporciones de la publicación.

atendió tanto a formas como a decoraciones, pero no de manera sistemática, lo que significa que cerámicas que presentan variaciones en sus formas pertenecen a variedades diferentes, pero también que cerámicas de idéntica forma pueden pertenecer a diferentes variedades simplemente por los cambios en su patrón decorativo.

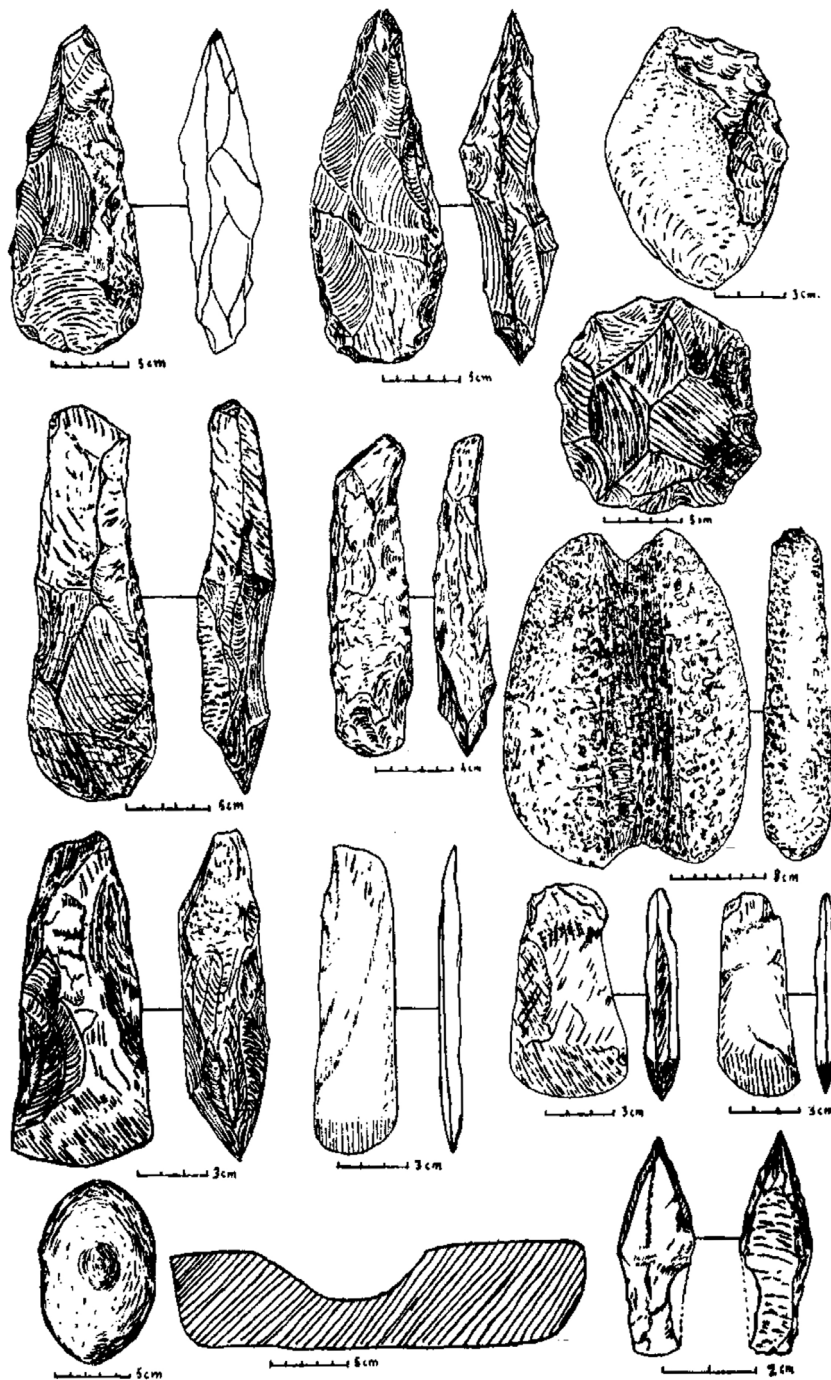


Fig. 6.4. Industria lítica del periodo Carboneras (a partir de Martín del Molino 1965: 20, Fig. 6).

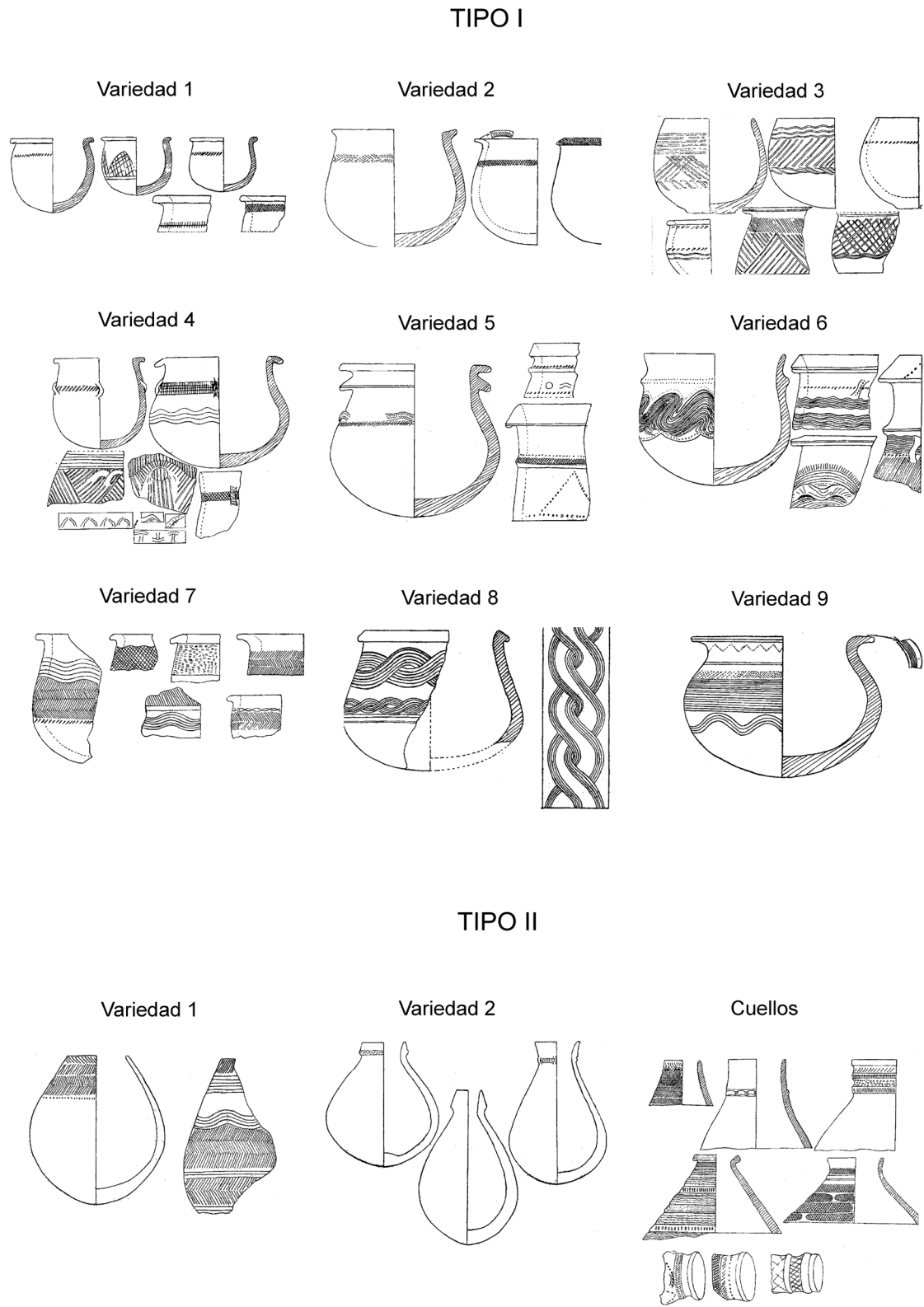
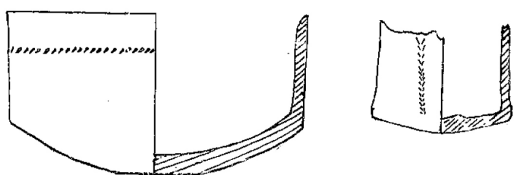
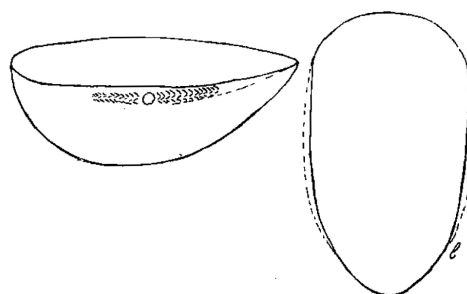


Fig. 6.5. Tipología cerámica Carboneras (tipos I y II) (a partir de Martín del Molino 1960).

TIPO III



TIPO IV



TIPO V

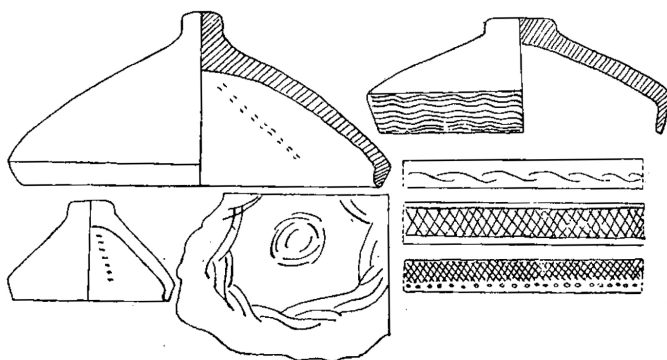


Fig. 6.6. Tipología cerámica Carboneras (tipos III, IV y V) (a partir de Martín del Molino 1960).

TIPOLOGÍA CERÁMICA CARBONERAS		
TIPO	VAR.	DESCRIPCIÓN
I. Olla Recipiente de cocina de forma globular, fondo convexo (salvo la variedad 3 que lo tiene plano) y bordes habitualmente horizontales.	1	Pequeño tamaño y modelado tosco. Arcilla poco decantada. Fondo convexo y bordes exvasados y evertidos y labios redondeados. Decoración simple de líneas incisas.
	2	Pequeño tamaño. Borde exvasado y labio redondeado. Decoración de espigas y reticulados incisos en una única banda o ausencia decorativa. Fondos convexos.
	3	Tipo cuenco. Fondo plano, panza esferoidal, borde recto y labio redondeado. Decoración de líneas incisas formando surcos.
	4	Características de las variedades 2 y 3 a las que se añaden pequeñas asas, generalmente cuatro, cercanas al borde, en ocasiones dobles, montadas una sobre la otra.
	5	Recipientes de mayor tamaño y tendencia piriforme que se diferencian por presentar un doble reborde. Decoración de punzones incisos, formando líneas horizontales, triangulares o en zig-zag.
	6	Idéntica a la anterior pero añade la decoración del escobillado impreso cubriente. Decoración de asas, cordones e impresiones.
	7	Esta variedad cerámica se caracteriza por el borde exvasado de labio redondeado y por la decoración en espiga realizada extrayendo la arcilla con una cuchilla.
	8	Decoración de líneas curvas incisas trenzadas
	9	Forma más globular con borde exvasado. La decoración es de líneas paralelas, rectas u onduladas realizadas con incisión de peine.
II. Botija (botella) Recipientes piriformes de base convexa y boca estrecha.	1	De borde recto y labio plano. Decoración idéntica a la variedad 7 del tipo I.
	2	Con cuello generalmente reforzado con cordones y rebordes, habitualmente decorado con profusión de incisiones de peine y punzón.

TIPOLOGÍA CERÁMICA CARBONERAS		
TIPO	VAR.	DESCRIPCIÓN
III. Vaso	1	Recipiente cilíndrico de paredes rectas, labio biselado, boca ancha y fondo plano. Decoración de líneas impresas.
IV. Naveta	1	Recipiente naviforme con borde picudo y redondeado en los extremos de su sección longitudinal.
V. Cobertera (tapadera)	1	Tapaderas con bordes entrantes y pomo en ocasiones decorado. El resto de la superficie aparece decorada con impresiones de series de puntos formando cruces o retículas incisas.

Tabla 6.1. Tipología cerámica Carboneras (Bioko) (según Martín del Molino 1960).

Esta es la tipología general de toda la fase Carboneras. La diferencia entre una subfase y otra vendría caracterizada por la combinación de los diferentes tipos y la presencia o ausencia de algunos de ellos. Martín del Molino no precisó con detalle las diferencias en estilo cerámico entre una subfase y otra, *grosso modo* podemos decir que en Carboneras Inicial la cerámica aparece ricamente decorada con impresiones de punzón, trenzados en relieve y cordones retorcidos e imbricados. En Carboneras Medio predominan las líneas incisas paralelas, formando trazados ejecutados con peine (en un primer momento se usa el peine de dientes rígidos y posteriormente la escobilla). Carboneras Final se diferencia por la boquilla de las jarras, que presentan relieves de cordoncillos en aspa y por el repliegue del labio en las ollas, formando una sencilla moldura exterior de sección triangular, origen del estilo Bolaopí (Martín del Molino 1968: 32).

Bolaopí

Dependiendo de a qué publicación acudamos, Martín del Molino dividió la fase Bolaopí de dos diferentes maneras: Bolaopí Inicial, Medio y Final o Bolaopí 1 y Bolaopí 2. En general mantendremos la segunda división, pues es la que él usó para elaborar la tipología cerámica, aunque incluiremos la información aportada en su primera propuesta (Martín del Molino 1965: 32-45). Bolaopí 1 se encuentra en los yacimientos Río Apú (3°41'5"N ; 8°37'52" E), Los Pescadores (3°45'9"N ; 8°45'58"E), Tiburones (3°44'48"N ; 8°40'50"E), Carboneras (3°45'8"N ; 8°45'50"E), Río Ericoricó (3°45'1"N ; 8°48'13"E), Bolaopí A

y Batanga (3°42'40"N ; 8°39'20"E). Bolapí 2 en Río Apú, Los Pescadores, Patio Sácriba (3°44'20"N ; 8°40'22"E), Tiburones, Carboneras, Río Ericoricó, Bolaopí A y Bolaopí B.

Durante la elaboración de esta tesis tuvimos noticia de la existencia y destrucción de un yacimiento Bolaopí en el punto más al norte de la isla de Bioko. Nuestro informante, James A. Saunders, era un ingeniero de caminos, canales y puertos que trabajó en la isla durante los años 1998-2000. Localizó, según él, millones de fragmentos cerámicos. En las fotografías que nos hizo llegar se observan algunos recipientes cerámicos completos, incluido un cuenco con borde entrante característico, hachas de mano pulidas con apéndices y una fosa de varios metros de profundidad [Fig. 6.7].



Fig. 6.7. Materiales cerámicos y líticos del yacimiento Bolaopí destruido. Fotografía de James A. Saunders.

Sin perder de vista la costa, los poblados en la fase Bolaopí empiezan a avanzar hacia el interior y se instalan en zonas de pendiente o en colinas. También son típicos de esta fase los concheros, con presencia de ostras, lapas, turrítelas y espinas de pescado (los concheros se pueden conservar en suelos ácidos porque el calcio de las conchas rectifica la acidez). No obstante, hacia el final del periodo el patrón de asentamiento empieza a cambiar: desaparecen los concheros y los poblados comienzan a establecerse en zonas más llanas.

Comparada con las fases Carboneras y Buelá, en Bolaopí la industria lítica escasea. Los útiles más habituales son los raspadores, hachuelas alargadas, picos y piedras acanaladas (afiladores) [Fig. 6.8]. Hacia el final de Bolaopí, aparecen los llamados *outils a gorge*, herramientas líticas con una entalladura que sería el punto de enmangue de un vástago de madera [Fig. 6.9].

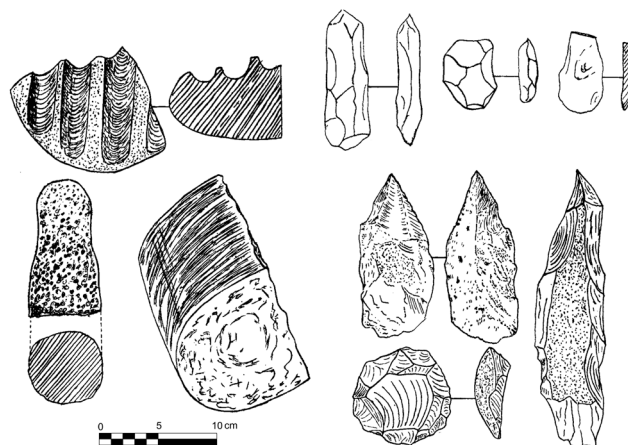


Fig. 6.8. Industria lítica Bolaopí (a partir de Martín del Molino 1965: 27, Fig. 9B; 35, Fig. 13; 36, Fig. 14).

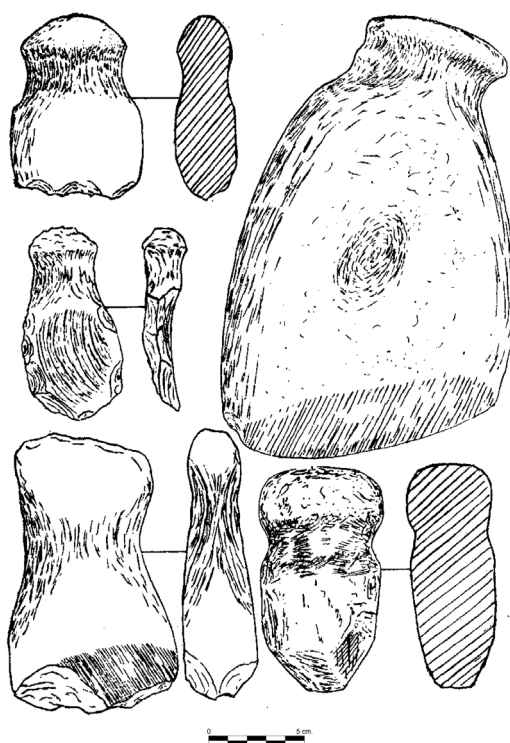


Fig. 6.9. *Outils a gorge* de la fase final de Bolaopí (Martín del Molino 1965: 40, Fig. 16).

Siguiendo la propuesta de Martín del Molino (1960), presentamos la tipología cerámica de las dos fases de Bolaopí en la Tabla 6.2. La Fig. 6.10 ilustra la tipología cerámica de esta fase.

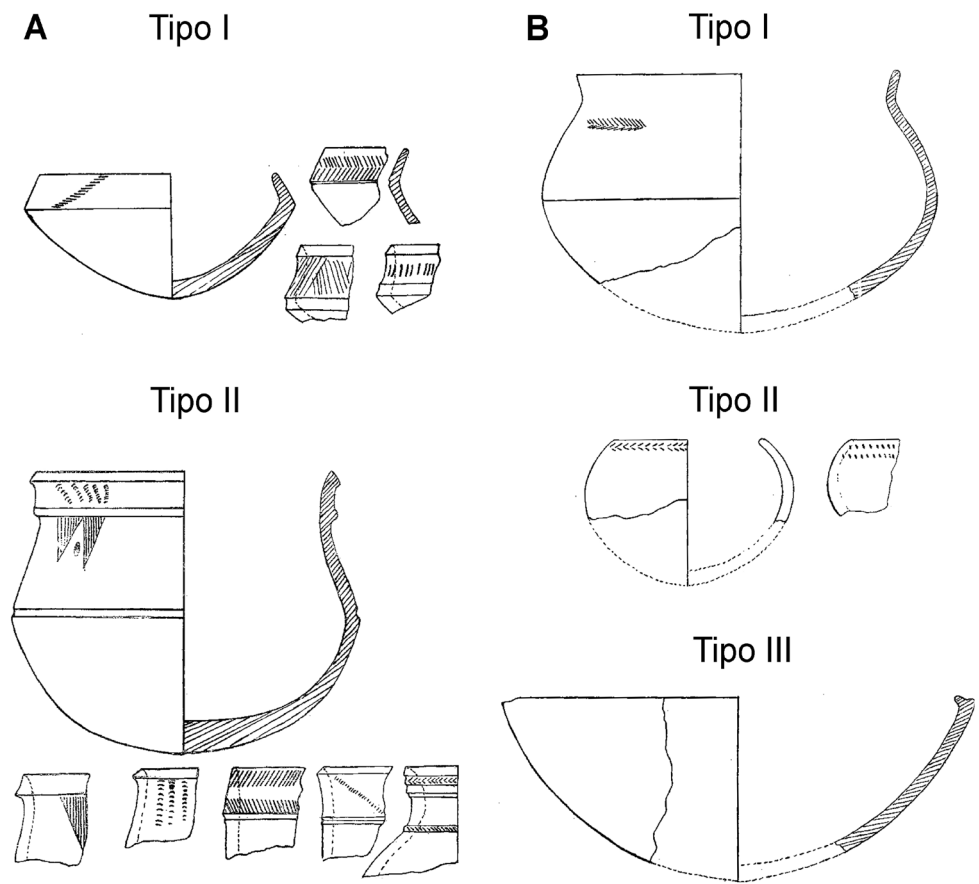


Fig. 6.10. Tipología cerámica Bolaopí (a partir de Martín del Molino 1960).

TIPOLOGÍA CERÁMICA BOLAOPÍ 1		
TIPO	VAR.	DESCRIPCIÓN
I. Olla	1	Recipiente globular con carena en la panza, lo que hace que su sección inferior sea hemiesférica y la superior troncocónica. Su fondo es extraordinariamente grueso y convexo y su borde está habitualmente reforzado con molduras. El labio es apuntado e invertido. La carena aparece decorada con acanaladuras y en la sección superior pueden encontrarse impresiones de punzón y peine formando motivos.
II. Botija	1	Cuenco con fondo convexo, borde invertido y labio redondeado o apuntado. La decoración es similar a la del Tipo I.

TIPOLOGÍA CERÁMICA BOLAOPÍ 2		
TIPO	VAR.	DESCRIPCIÓN
I. Olla	1	Recipiente de forma globular con una brusca inflexión en mitad de la panza pero sin formar carena. Su fondo es convexo, el borde exvasado y el labio plano o redondeado. Ocasionalmente presenta labios engrosados o una pequeña moldura en el arranque del labio.
II. Botija	1	Pequeño cuenco esferoide o cónico (se desconoce la base). Borde entrante con labio redondeado.
III. Cuenco	1	Recipiente semiesférico de base convexa y borde recto con labio redondeado ligeramente entrante. No suele presentar decoración, y cuando lo hace es una simple serie de puntos sobre el reborde.

Tabla 6.2. Tipología cerámica Bolaopí (Bioko) (según Martín del Molino 1960).

Buelá

En la fase Buelá (Martín del Molino 1965: 45-50) los asentamientos se distribuyen en dos enclaves diferentes: las playas y las alturas (c. 400-500 m.s.n.m.). Tanto el número de yacimientos como la dispersión cerámica en superficie es muy abundante, lo que sugiere que la isla estaría ya densamente poblada para este momento. Los yacimientos en donde se han encontrado restos Buelá son: Patio Sácriba, Pequeño (3°45'30"N ; 8°45'8"E), Montero (3°45'28"N ; 8°44'10"E), Fortuny (3°45'20"N ; 8°54'1"E), Antonio Díaz (3°41'1"N ; 8°37'52"E), Río Ericoricó, Carboneras, Batas (3°45'21"N ; 8°47'42" E), Playa Fishtown (3°45'3" N ; 8°48'22"E), Bolaopí, Elgorriaga (3°42'8"N ; 8°39' E), Río Bosao (3°42'N ; 8°39'E) y Río Bialauchí (3°39'N ; 8°36'E).

Esta fase se caracteriza por la aparición de dos tipos de estructuras novedosas, los montículos y los menhires. Los primeros son acumulaciones de tierra y cerámica de alrededor de un metro de altura y una base de unos 8 metros de diámetro, aunque existen algunos de mayor tamaño. La cerámica es típicamente Buelá, de ahí su adscripción cronológica, y su funcionalidad incierta. Martín del Molino (1965: 46-47) sugirió la posibilidad de que se tratase de basureros, aunque el descubrimiento de varios cadáveres enterrados en posición de cuclillas en los montículos de Cacariaca le condujeron a

considerarlas posibles estructuras funerarias asociadas a ritos de veneración de los antepasados. Desafortunadamente, carecemos de más datos sobre estos enterramientos.

Los menhires rondan el metro de altura, aunque hay los que superan los dos metros. Aparecen tanto individualmente como reunidos en grupos de dos o tres. Carecen de datación de ningún tipo, pero Martín del Molino los asoció a esta fase por hallarse emplazados en alturas, como algunos asentamientos Buelá, afirmación más que cuestionable.

La producción lítica aumenta y continúa repitiendo los tipos de los momentos finales de la fase Bolaopí. Se incorpora como elemento muy habitual los morteros de piedra, que aparecen recurrentemente en superficie en los yacimientos Buelá.

Siguiendo la propuesta de Martín del Molino (1960), presentamos la tipología cerámica Buelá en la Tabla 6.3. La Fig. 6.11 ilustra la tipología cerámica de esta fase.

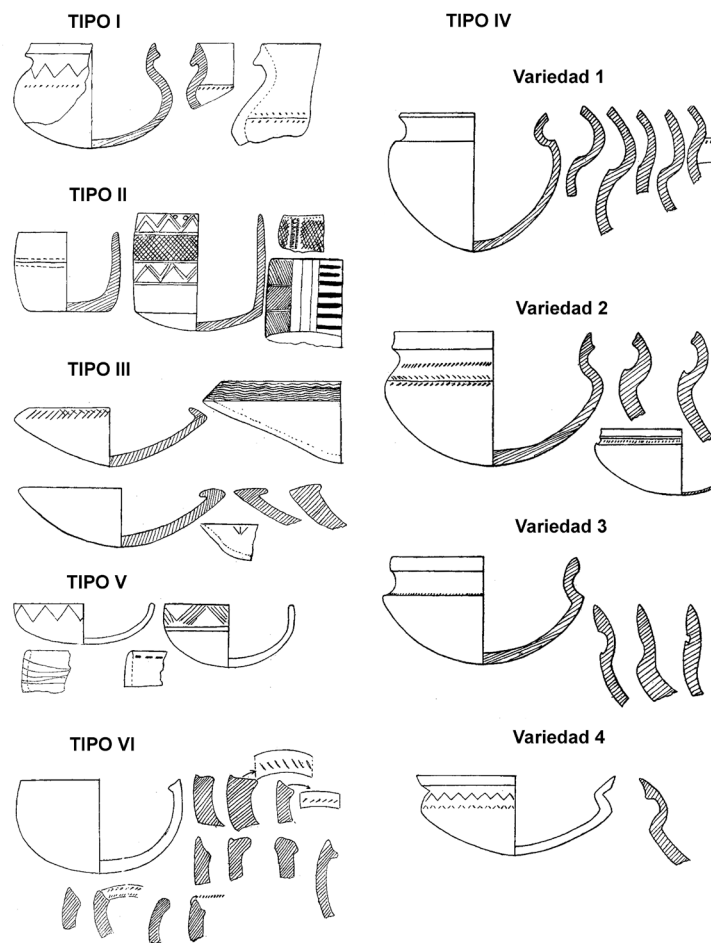


Fig. 6.11. Tipología cerámica Buelá (a partir de Martín del Molino 1960).

TIPOLOGÍA CERÁMICA BUELÁ		
TIPO	VAR.	DESCRIPCIÓN
I. Ollita	1	Recipiente globular de base convexa, cuello corto, borde cóncavo-convexo y labio apuntado. La rápida curvatura de la panza a veces forma una suave carena. Su decoración es simple: líneas incisas horizontales acompañadas de impresiones o líneas en zig-zag a lo largo del cuello.
II. Vaso	1	Recipiente cilíndrico de base plana o convexa, paredes rectas o ligeramente entrantes y labios redondeados o apuntados. Su decoración es de líneas incisas muy finas reunidas en bandas en zig-zag, reticulados, trazos paralelos, etc. También presenta cordones verticales serpentiformes y dos orificios junto al borde.
III. Cuenco carenado	1	Recipiente de boca ancha, borde entrante y labio redondeado. Sobre él aparecen gran variedad de incisiones decorativas.
Recipiente globular de base convexa y borde cóncavo-convexo	2	Idéntico al anterior pero con borde invertido casi horizontal, apenas adornado con una serie de trazos profundos o con dos líneas de muescas.
IV. Olla cónica Recipiente en forma de cono invertido más o menos abierto. Decoración incisa formando líneas en combinaciones sencillas	1	La curva del cuello forma un arco más abierto. Su labio es plano o biselado.
	2	La curva del cuello es más cerrada. Su labio presenta una cornisa exterior.
	3	Casi ausencia de cuello y moldura que redondea el exterior del labio.
	4	Labio muy exvasado y con diversas formas.
V. Cuenco pequeño	1	Recipientes muy pequeños con boca ancha y paredes rectas o curvas que terminan en labios redondeados.
VI. Cuenco grande	1	Recipiente hemiesférico de base convexa y paredes rectas o ligeramente entrantes. Su principal diferencia respecto al anterior, además del tamaño es el labio, que es muy irregular: plano, apuntado, engrosado, con engrosamiento entrante, etc. En ocasiones la superficie del labio se decora con líneas o incisiones de punzón.

Tabla 6.3. Tipología cerámica Buelá (Bioko) (según Martín del Molino 1960).

Balombe

Las características de la fase Balombe son prácticamente desconocidas, de hecho ni siquiera cuenta con una tipología cerámica elaborada. Los dibujos disponibles muestran recipientes semejantes al Tipo III de Buelá: formas más o menos globulares con base convexa, boca ancha, bordes exvasados o rectos y labios redondeados [Fig. 6.12]. Los restos cerámicos asociados a esta fase aparecieron en los yacimientos de Fortuny, Carboneras, Bolaopí C y Río Bosao.

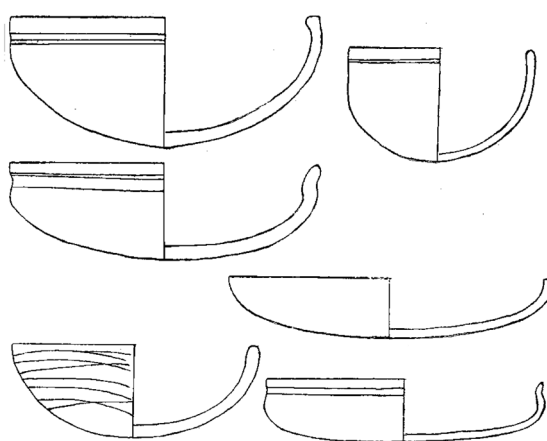


Fig. 6.12. Recipientes cerámicos Balombe (a partir de Martín del Molino 1960).

6.1.3. Una caja de sorpresas: materiales inéditos para la Prehistoria de Bioko

En el apartado 2.2.1. hicimos alusión a la reciente localización de una caja con materiales arqueológicos procedentes de Guinea Ecuatorial que había pasado inadvertida durante décadas en el almacén del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid. Probablemente, corresponden a los que Julio Martínez Santa-Olalla trajo consigo de su viaje a la colonia en los años 40 del siglo XX para el museo del Seminario de Historia Primitiva del Hombre. Hasta donde sabemos, esos materiales nunca han sido publicados y, aunque carecen de información contextual precisa y no aportan novedad alguna, hemos decidido presentarlos aquí.

Los materiales pueden ser divididos en dos grupos: por un lado una pequeña cajita con material lítico y fragmentos cerámicos de pequeño tamaño procedentes de “Estaciones de Río Muni” y, por otro, 15 fragmentos cerámicos y 15 instrumentos líticos procedentes de los yacimientos Carboneras y Bolaopí, según reza una nota que los acompaña.

Los restos cerámicos y líticos de la cajita deben proceder de prospecciones de superficie en la costa continental de Guinea Ecuatorial. Los siete fragmentos cerámicos presentan decoraciones típicamente Angondjé y posiblemente Oveng (estas tipologías cerámicas fueron definidas para Gabón, las veremos más adelante); los restos líticos son escasamente diagnósticos [Fig 6.13]. La ausencia de información contextual nos impide realizar una valoración más minuciosa de ellos.



Fig. 6.13. Fragmentos cerámicos y restos líticos procedentes de Río Muni (región continental de Guinea Ecuatorial)

Las otras 30 piezas, tanto cerámicas como líticas, son fácilmente identificables como pertenecientes a la Prehistoria de Bioko. Sabemos que proceden de los yacimientos de Carboneras y Bolaopí (más un lítico de San Carlos), pero carecemos de más datos que nos permitan afinar su contexto cronológico. A continuación examinaremos, por un lado, los restos cerámicos, tratando, en la medida de lo posible, de identificar sus tipos y, por otro lado, los restos líticos.

En la Fig. 6.14 presentamos los siete fragmentos cerámicos procedentes del yacimiento de Carboneras. Tanto por la posición del asa como por la decoración acanalada por

debajo de la misma creemos que los fragmentos 1 y 2 pertenecen a la cuarta variedad de ollas de la fase Carboneras (Tipo I.4) y, entre ellas, a las que acaban en borde recto. El tercer fragmento podría pertenecer tanto a la cuarta como a la sexta variedad de ollas de Carboneras (Tipo I.4/I.6), la ausencia de decoración no facilita la identificación. El cuarto fragmento pertenece con total seguridad a la segunda variedad de botijas (botellas) de la fase Carboneras (Tipo II.2), tanto la decoración como el refuerzo del cuello con cordones y rebordes la hacen perfectamente reconocible. El quinto fragmento no tiene ninguna forma diagnóstica y su decoración de punzón inciso no aparece recogida por Martín del Molino en su tipología, por lo que nos es imposible asociarlo a alguno de los tipos. Puesto que la decoración aparece en la cara interna del fragmento podemos sugerir que se trata de una tapadera de la fase Carboneras. Finalmente, los dos últimos fragmentos son de coberteras (tapaderas) de la fase Carboneras (Tipo V). Uno de ellos (6) es un fragmento de borde con decoración interna acanalada y el otro (7) una agarradera o asa.

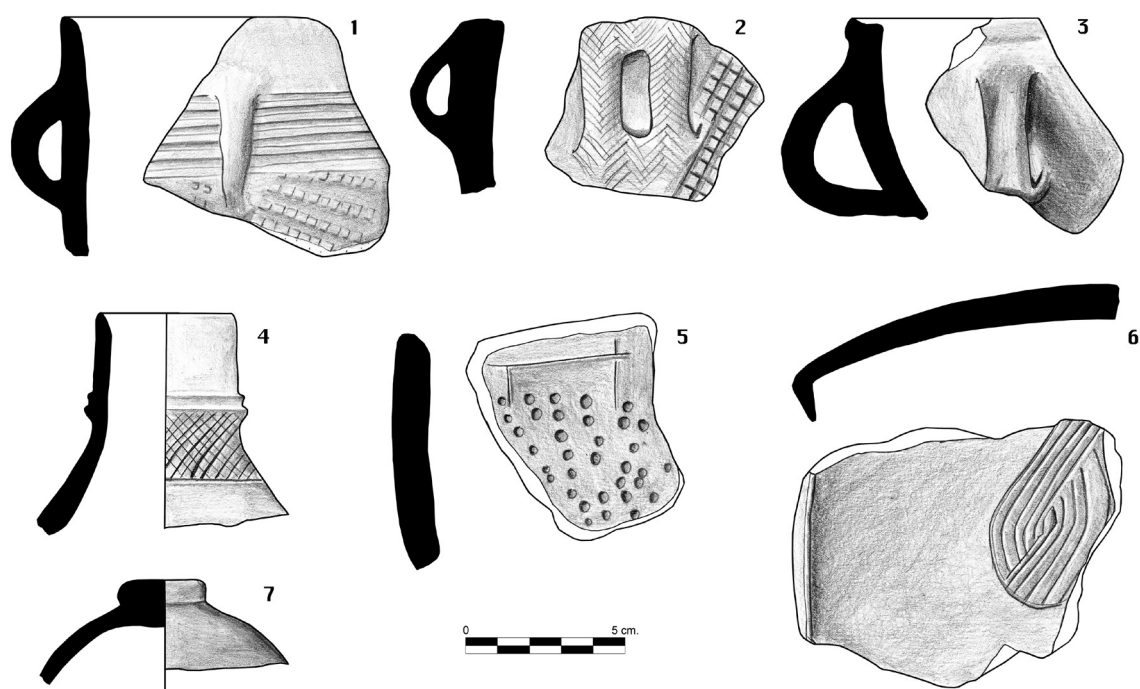


Fig. 6.14. Fragmentos cerámicos procedentes del yacimiento Carboneras (Bioko). 1 y 2) Carboneras Tipo I.4, 3) Carboneras Tipo I.4/I.6, 4) Carboneras Tipo II.2; 5) ¿Carboneras Tipo V?, 6 y 7) Carboneras Tipo V.

En la Fig. 6.15 presentamos los siete fragmentos cerámicos procedentes del yacimiento de Bolaopí. Los fragmentos 1 y 2 son bordes de ollas de la fase Bolaopí 1 (Tipo I). El tercer fragmento podría tratarse tanto de un vaso Carboneras (Tipo III) como de uno Buelá (Tipo

II), la decoración en forma de espiga nos hace inclinarnos más hacia la primera opción. El cuarto fragmento es muy similar al quinto del yacimiento Carboneras, y nos enfrentamos a los mismos problemas de identificación: puede tratarse de un fragmento de tapadera de la fase Carboneras (Tipo V). La forma del fragmento número 5 es poco diagnóstica aunque su decoración de finas espigas semeja a Bolaopí, el cambio de orientación que se intuye puede ser el del reborde de una tapadera, aunque Martín del Molino no recogió la existencia de tapaderas para la fase Bolaopí. El sexto fragmento es un galbo perforado que podría pertenecer a cualquier fase, aunque las perforaciones aparecen preferentemente en la fase Carboneras (Tipo I.5). El pequeño tamaño del séptimo fragmento también hace difícil su adscripción, aunque la forma del borde parece remitirnos a las ollas (Tipo I) de la fase Bolaopí 1.

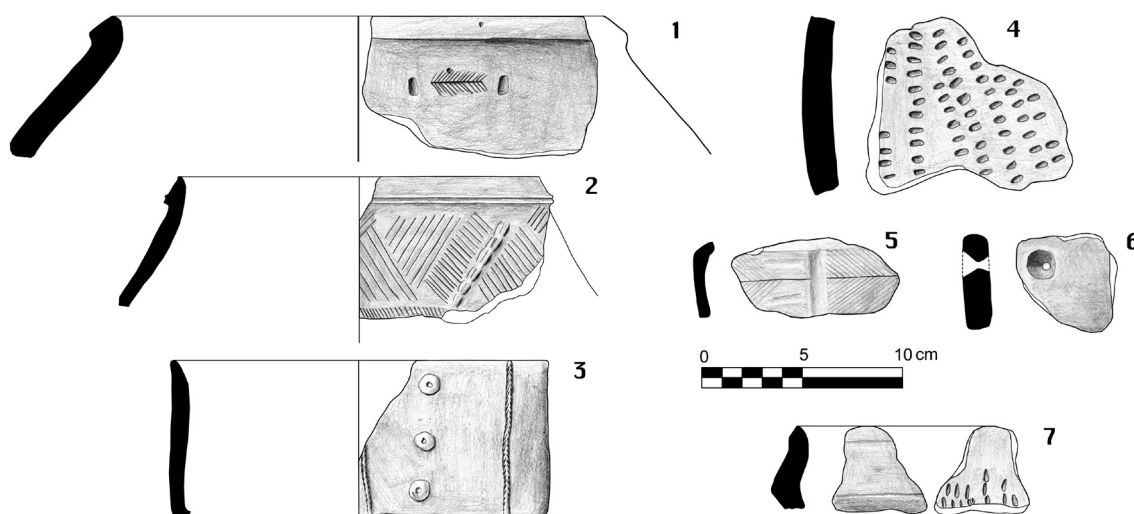


Fig. 6.15. Fragmentos cerámicos procedentes del yacimiento Bolaopí (Bioko). 1 y 2) Bolaopí 1 Tipo I, 3) Carboneras Tipo III o Buelá Tipo II, 4) ¿Carboneras Tipo V?, 5) Bolaopí ¿tapadera?, 6) ¿Carboneras Tipo I.5?, 7) Bolaopí 1 Tipo I.

A estos quince fragmentos debemos añadir uno más que no hemos recogido junto al resto por carecer de identificación y por tratarse de cerámica a torno, por lo que su cronología es histórica con total seguridad. Es un borde cerámico exvasado de labio redondeado y sin decoración.

De los quince líticos, 9 provienen del yacimiento Carboneras, 4 de Bolaopí, 1 fue recogido en superficie en la localidad de San Carlos (actual Luba). El último es de origen

desconocido. Dada la escasa variación de tipos líticos de unas fases a otras en la Prehistoria de Bioko nos abstendremos, salvo excepciones, de adscribir cada pieza a un periodo concreto.

En la Fig. 6.16 presentamos los 9 instrumentos líticos procedentes del yacimiento Carboneras. El primero se trata de una *pierre à cupule* que mencionamos anteriormente como típicas de la fase Carboneras. La segunda es una lasca. La tercera una punta. El resto puede considerarse hachitas o azuelas.

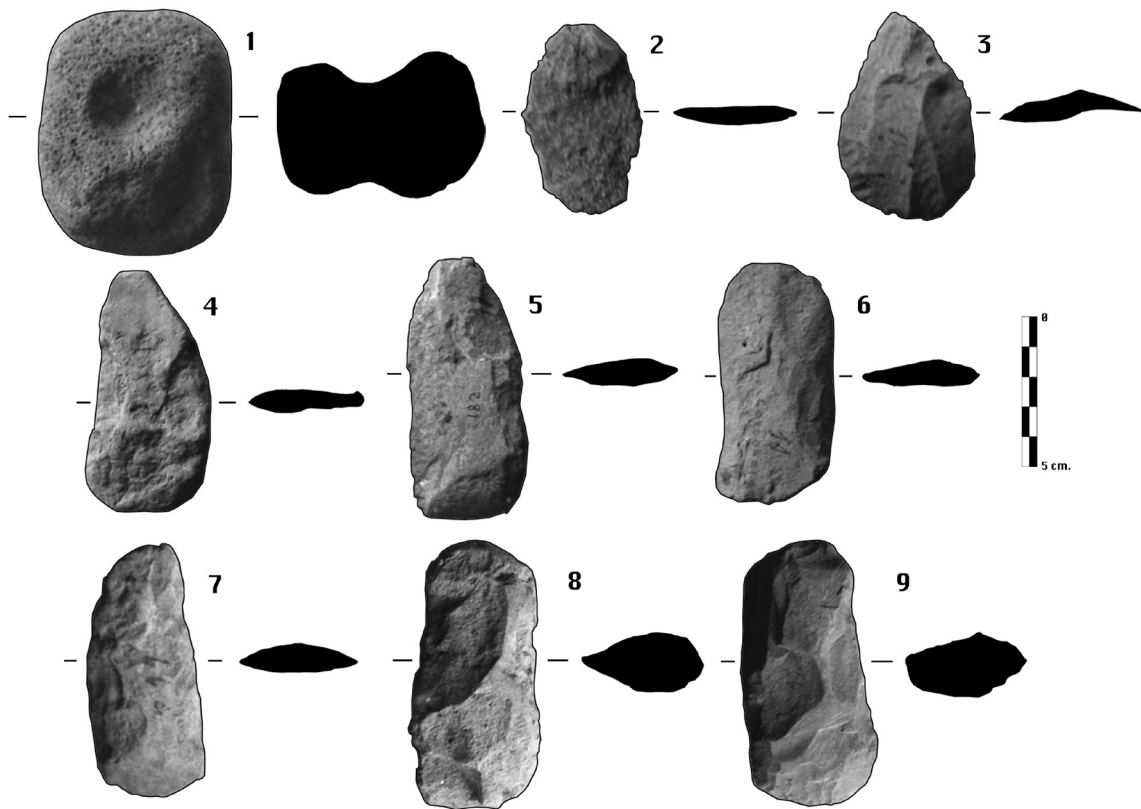


Fig. 6.16. Herramientas líticas procedentes del yacimiento Carboneras (Bioko). 1) *Pierre à cupule*; 2) Lasca; 3) Punta; 4-9) Hachas o azuelas.

En la Fig. 6.17 presentamos los 4 instrumentos líticos procedentes del yacimiento Bolaopí, uno que fue recogido en superficie en la localidad de San Carlos (actual Luba) y uno sin identificación. El primero de ellos, el no identificado, es una azuela. El que se recogió en San Carlos es uno de los conocidos como *outils a gorge*, típicos de la fase final de Bolaopí. Además, una punta y tres azuelas con una entalladura que permitiría emparentarlos con lo que Martín del Molino y Ligeró (1960) denominaron hachas de cuello fernandinas.

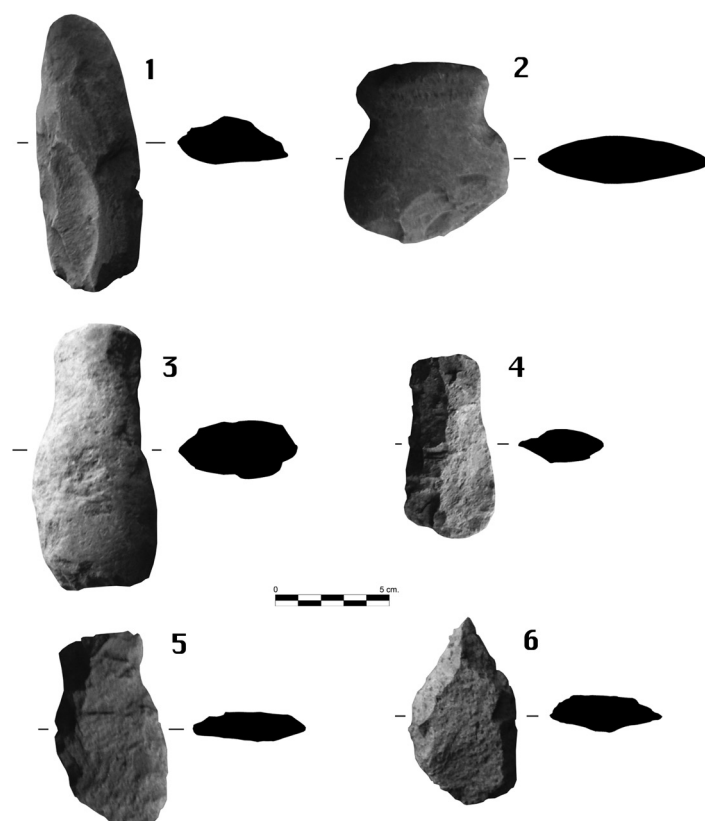


Fig. 6.17. Herramientas líticas procedentes del yacimiento Bolaopí (3-6) y San Carlos en superficie (2) (Bioko). 1) Hacha; 2) *Outil a gorge*; 3-5) Hachas o azuelas; 6) Punta.

En conjunto, parece evidente que estos materiales fueron recogidos para resultar una muestra representativa de la cultura material lítica y cerámica de la Prehistoria de Bioko. Desafortunadamente, comprobamos que cuando los objetos carecen de buena información contextual se pueden inferir escasos datos sobre ellos.

6.1.4. Cronología radiocarbónica

Tanto en las excavaciones de Martín del Molino como en las de Clist se obtuvieron muestras para datar por radiocarbono (ver Tabla 6.4⁴). Contamos con trece provenientes del yacimiento Carboneras y dos de Bolaopí. Excepto SR-105 y CSIC-97, que datan niveles Buelá y Bolaopí/Buelá respectivamente, el resto de fechas datan estratos del periodo Carboneras. La fase Carboneras queda bien datada en la segunda mitad del primer milenio d.C., excediendo ambos márgenes. Las fases Bolaopí y Buelá son consecutivas a Carboneras, extendiéndose hasta mediados del segundo milenio d.C.

⁴ Las fechas CSIC-101 y CSIC-98 son inéditas. Tuvimos conocimiento de su existencia gracias a Antonio Rubinos, del Laboratorio de Geocronología del Instituto de Química-Física Rocasolano - CSIC.

YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Carboneras	CSIC-101	1480	50	AD 460-660
Carboneras	CSIC-98	1450	50	AD 510-670
Carboneras	CSIC-102	1390	50	AD 550-710
Carboneras	Beta-25581	1370	60	AD 530-770
Carboneras	CSIC-103	1360	50	AD 560-760
Carboneras	CSIC-100	1300	50	AD 610-810
Carboneras	CSIC-139	1290	50	AD 620 820
Carboneras	Beta-25545	1280	50	AD 610-850
Carboneras	SR-18	1270	100	AD 560-960
Carboneras	CSIC-99	1250	50	AD 620-900
Carboneras	CSIC-96	1170	50	AD 710-990
Carboneras	Beta-25544	1110	60	AD 760-1040
Bolaopí	SR-104	930	100	AD 910-1270
Bolaopí	SR-105	630	100	AD 1210-1450
Carboneras	CSIC-97	470	50	AD 1350-1510

Tabla 6.4. Dataciones radiocarbónicas de las yacimientos Carboneras y Bolaopí (Clist 1998). CSIC-101 y CSIC-98 son inéditas.

6.2. Guinea Ecuatorial continental

La región continental de Guinea Ecuatorial ha sido la gran olvidada en materia arqueológica. A pesar de ello, contamos con algo de información producto de prospecciones y sondeos.

Clist (1987, 1998: 214, Fig. 1) recogió la existencia de numerosos yacimientos arqueológicos en esta región, aunque no poseemos datos concretos sobre ellos más allá de su posición en un mapa. Punta Eviondo, Bomudi y Akom, al norte de Bata, y Mbini y Ayene, en los estuarios del río Mbini y Muni respectivamente, fueron prospectados con más detalle (ver Fig. 6.18).

En Punta Eviondo (01°54'12"N ; 09°47'54"E) aparecieron numerosos fragmentos de cerámicas y un lítico (*pierre à cupule*). En Bomudi (01°52'48"N ; 9°48'36"E) un sondeo en un nivel doméstico depuró varios fragmentos cerámicos decorados (Clist 1987: 16).

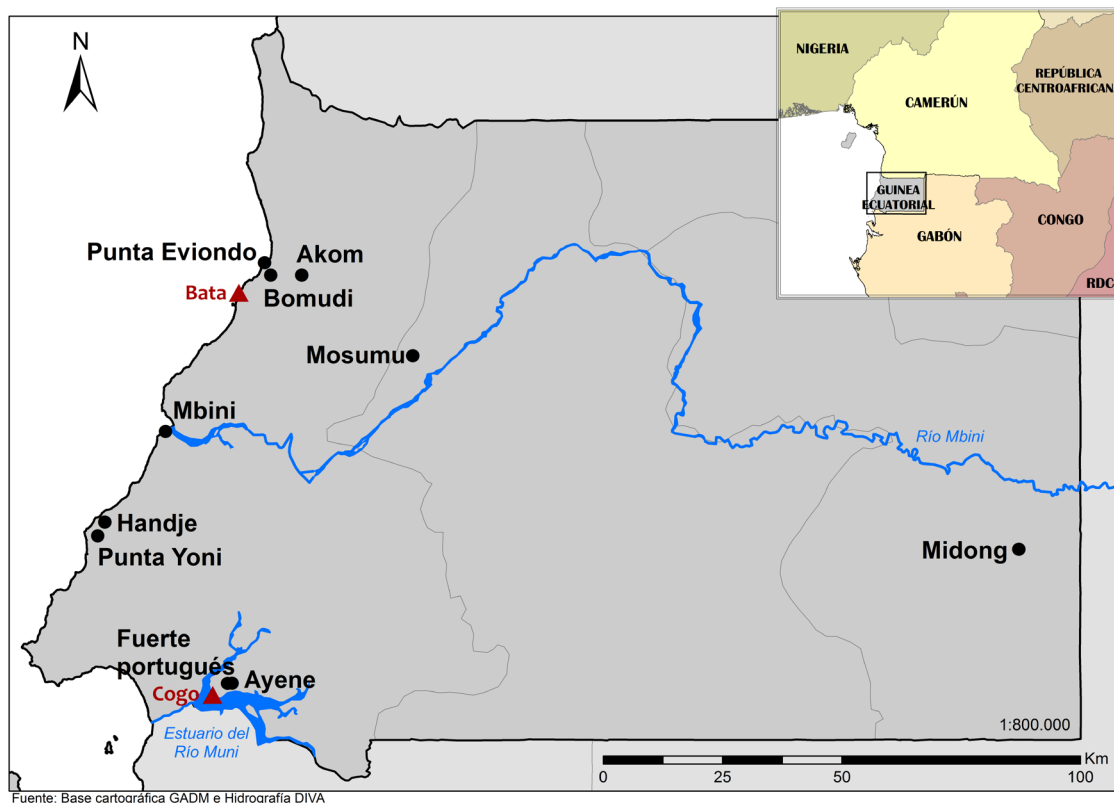


Fig. 6.18. Yacimientos arqueológicos de la región continental de Guinea Ecuatorial. Elaboración: Cristina Charro y el autor.

En la superficie de Akom (01°52'48"N ; 09°52'06"E) se encontró una industria de cuarzo de talla microlítica lo que, según el autor (Clist 1998: 215), debe ser indicativo de la presencia de cazadores-recolectores de la *LSA*. También apareció un hacha de mano pulida. Vinculados a la Edad del Hierro se localizaron las típicas fosas que se documentan en toda la región con restos de endocarpos de palma carbonizados (Clist 1987: 16) y en una fosa cercana cuatro brazaletes de hierro (Clist, comunicación personal) [Fig. 6.19]. Una muestra datada de uno de los sondeos produjo una fecha de (Gif-8610) 760±40 1180-1300 AD.

En el estuario del río Mbini (antiguo Río Benito) se pudieron reconocer posibles niveles de ocupación de la Edad del Hierro con los típicos restos de fragmentos cerámicos y endocarpos de palma (c. 01°35'N ; 09°36'42"E) (Clist 1987: 17). La falta de información sobre la cerámica nos hace imposible adscribirla culturalmente a alguna de las tradiciones conocidas.

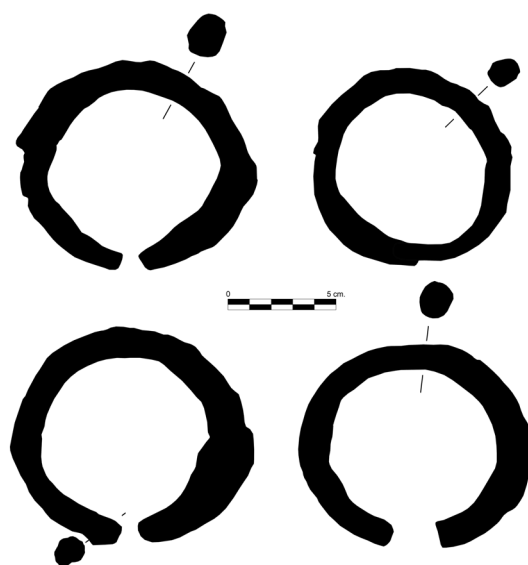


Fig. 6.19. Brazaletes de hierro de Akom (región continental de Guinea Ecuatorial) (estos restos proceden de la prospección de Clist, actualmente son parte de los fondos de la sección de Prehistoria y Arqueología del Museo Real de África Central en Tervuren, Bélgica).

Ayene (01°06'18"N ; 09°43'42"E), que fue mencionado por primera vez por Perramón (1968a: 16), cuenta con restos de concha de carácter detrítico y fragmentos dispersos de cerámicas de tradición Angondjé [Fig. 6.20] (Clist 1987: 17, 1998: 216). El conjunto fue datado (Beta-17062) en 620 ± 60 1230-1430 AD. En 2012 visitamos el fuerte portugués de Ayene (1°06'20"N ; 9°44'13"E), cercano al sitio identificado por Perramón. En el cerro amesetado donde se ubica el fuerte se observa en superficie abundante cerámica a mano sin decoración, al igual que en la ladera norte. Los materiales no permiten determinar su adscripción al período Angondjé. La ocupación, en cualquier caso, ha de ser anterior al siglo XVII, cuando se funda el fuerte. La ausencia de materiales líticos sugiere una datación en la Edad del Hierro. Es importante destacar que es uno de los pocos yacimientos de este periodo que conocemos en altura (a 55 m.s.n.m.).

Además, se documentaron en superficie piedras pulimentadas en Handje, Punta Yoni, Bata, Mikingchi, Ndjimelang y un hacha de mano pulida en Midong (Clist 1998: 215-216).

Una intervención arqueológica de muy diferente carácter fue la emprendida en 1998 por Julio Mercader y Raquel Martí, quienes investigaron el origen de la ocupación humana en los bosques tropicales africanos. Su estudio se centró en el yacimiento de Mosumu (1°43'37"N ; 10°04'39"E), en el Parque Nacional de Monte Alen (Mercader y Martí 1999a, 2000, 2003, Martí 2003, Martí *et al.* 2000, y Mercader *et al.* 2002).

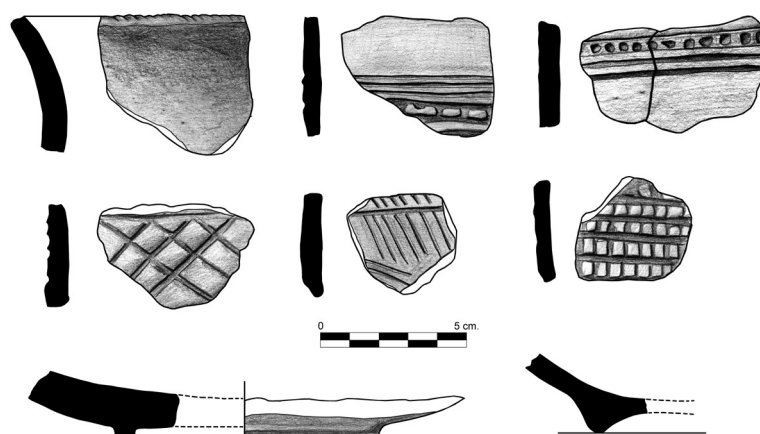


Fig. 6.20. Fragmentos cerámicos de tradición Angondjé encontrados en superficie en el yacimiento de Ayene (región continental de Guinea Ecuatorial) (estos restos proceden de la prospección de Clist, actualmente son parte de los fondos de la sección de Prehistoria y Arqueología del Museo Real de África Central en Tervuren, Bélgica).

6.3. Costa sur de Camerún

A continuación exploraremos los yacimientos arqueológicos de la Edad del Hierro descubiertos hasta la fecha en la costa sur de Camerún, en un área cuyos límites aproximados son el río Sanaga al norte y la localidad de Sangmélina al este [Fig. 6.21]. Administrativamente corresponde con las provincias Sur, Centro y Litoral. Como ya tuvimos la oportunidad de comprobar, el suroeste de Camerún es una de las áreas del país menos estudiadas desde un punto de vista arqueológico. La mayoría de trabajos de esta índole se han llevado a cabo en los alrededores de Yaoundé, la capital, o en el norte del país, en torno al lago Chad (Delneuf 1992, Digara 1993, Holl 1994, 2002, David 1995, Asombang 2004, Marliac 2006, Mezop Temogua 2011). Sin embargo, en los últimos años, debido principalmente al incremento del número de obras públicas (gasoductos, carreteras, etc.), el sureste del país también se ha revelado como una interesante zona arqueológica.

El número de yacimientos conocidos en esta zona se ha incrementado exponencialmente, pero el conocimiento que tenemos de ellos es, habitualmente, poco detallado. La mayoría de estos yacimientos han sido descubiertos como consecuencia de la apertura de grandes zanjas en el terreno asociadas a obras de construcción, lo que ha hecho que, por un lado, muchos de ellos fuesen parcialmente destruidos y, por otro, que, en el mejor de los casos, tan sólo se excavase la parte que iba a verse afectada. Esta realidad

hace que apenas existan yacimientos en esta zona del país en donde se haya llevado a cabo una excavación en área sistemática, por lo que los datos de que disponemos suelen ser incompletos y sesgados. No obstante, el panorama actual de la arqueología en esta zona de Camerún ha mejorado considerablemente en las últimas décadas.

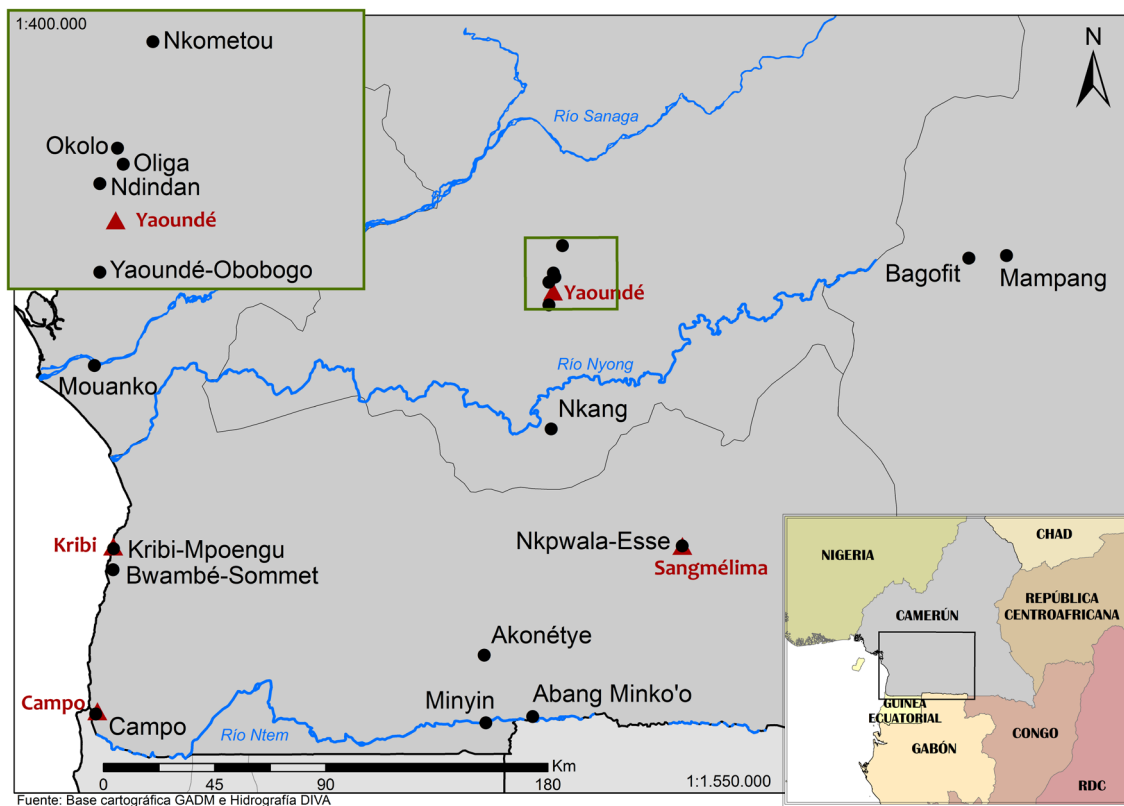


Fig. 6.21. Yacimientos arqueológicos de la Edad del Hierro del sur de Camerún. Elaboración: Cristina Charro y el autor.

Los yacimientos que pasamos a valorar han sido seleccionados tanto por su cronología como por el tipo de resto material que ofrecen. Que contasen con dataciones radiocarbónicas ha sido fundamental para tenerlos en consideración. El marco temporal que abarcamos se extiende desde el primer milenio a.C. hasta los primeros siglos del segundo milenio d.C., lo que podría considerarse el final de la *Stone to Metal Age* y la Edad del Hierro, respectivamente. El tipo de estructuras arqueológicas documentadas en estos yacimientos suele ser siempre el mismo: fosas de desecho y, en ocasiones, suelos de ocupación. También hay yacimientos que cuentan con fosas metalúrgicas y enterramientos humanos. Hemos dividido este apartado según el tipo de resto arqueológico de cada yacimiento.

6.3.1. Yacimiento con fosas domésticas e indeterminadas

Yaoundé-Obobogo

El yacimiento de Obobogo se encuentra ubicado sobre una pequeña elevación de terreno en el margen sur de la ciudad de Yaoundé (03°49'N ; 11°30'E), en el barrio homónimo. Fue descubierto en 1940 por el administrador colonial Jauze (1944) y redescubierto cuarenta años después por Pierre de Maret (1983: 199, 1985c: 134-135, Claes 1985: 20-25, Mbida 2002: 160-161).

Los restos arqueológicos de Obobogo corresponden con los de un poblado neolítico. En él se han documentado ocho grandes fosas con diámetros que oscilan entre los 2 y 3 m y profundidades que llegan a alcanzar los 2,60 m. De las ocho fosas tan sólo se han estudiado en detalle tres de ellas (II, III y VII) (Claes 1985). En su interior se encontraron miles de fragmentos de recipientes cerámicos de fondo plano decorados con incisiones e impresiones acompañados de herramientas líticas pulimentadas, molinos, piedras acanaladas, lascas y núcleos de cuarzo y restos de semillas carbonizadas (*Elaeïs guineensis* y *Canarium schweifurthii*, principalmente) [Fig. 6.22]. En dos fosas (IV y VII) se han encontrado, además, escorias de hierro. Estas estructuras han sido interpretadas principalmente como fosas detríticas que quizás tuvieron un primer uso como silos (Claes 1985: 138-139). No obstante, tal y como recoge Meister (2010: 239-240), no debemos olvidar que Jauze (1944: 119-122) indicó que en las fosas que él excavó en Obobogo había objetos de hierro (no se especifica más, quizá sólo un anillo por depósito) cubiertos por cerámicas invertidas, pauta documentada en otros yacimientos del sur de Camerún como Akonétye y Campo. El propio Jauze las interpretó como sepulturas, pero carecemos de datación y de información más precisa al respecto.

Del interior de estas estructuras se obtuvieron una serie de muestras para datar que ofrecieron resultados imprecisos (ver Tabla 6.5). No obstante, nos sirven para fijar el origen del poblado, así como el inicio del uso de los metales en esta parte de África que, como veremos más adelante, es coincidente con las fechas aportadas por otros yacimientos de la zona. El inicio de la ocupación estaría en torno a finales del segundo milenio y principios del primer milenio a.C. Para nuestro estudio son especialmente relevantes las dataciones de las fosas en las que aparecen escorias de hierro (IV y VII) y que sitúan el origen de la metalurgia en la segunda mitad del primer milenio a.C., es decir, en el momento inmediatamente anterior a la ocupación de la Edad del Hierro en la isla de Corisco.

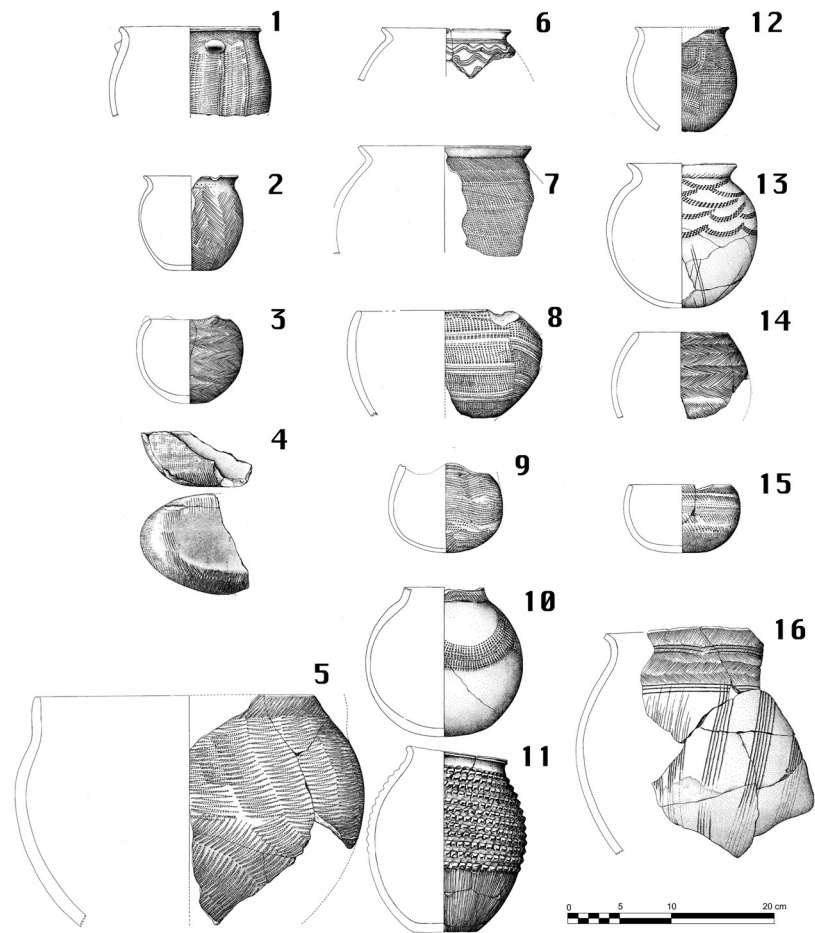


Fig. 6.22. Recipientes cerámicos del yacimiento de Obobogo. 1 y 2) Fosa VII; 3-10 y 12-15) Fosa III; 11 y 16) Fosa I (a partir de Claes 1985, Vol. II).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Superficie	Hv-10580	2055	70	352 BC-AD 83
Fosa I	Hv-10582	2900	110	1391-839 BC
Fosa II	Hv-10583	3070	95	1529-1044 BC
Fosa II	Hv-10832	1990	65	181 BC-AD 135
Fosa II	Hv-10833	3055	110	1601-997 BC
Fosa III	Hv-11045	2635	100	1014-431 BC
Fosa IV	Hv-11046	3625	165	2472-1566 BC
Fosa IV	Lv-1432	2310	100	764-165 BC
Fosa V	Hv-12845	2300	65	728-193 BC
Fosa VII	Lv-1394	2120	70	363 BC-AD 5
Fosa VII	Lv-1395	2120	50	358-2 BC

Tabla 6.5. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Obobogo (Maret 1992: 255-256).

Okolo

El yacimiento de Okolo se encuentra en el km 6 de la carretera Yaoundé-Bafia (Claes 1985: 48). Allí se encontró un número indeterminado de fosas de las cuales seis fueron estudiadas en detalle. Tres de ellas aparecieron completas y otras tres habían sido afectadas por obras de construcción. En general, contenían fragmentos cerámicos [Fig. 6.23], algunos macrolíticos y en dos de las fosas (9 y 17) aparecieron también fragmentos de escoria de hierro (Atangana 1988). Tres dataciones radiocarbónicas (ver Tabla 6.6) fechan las fosas a lo largo de la segunda mitad del primer milenio a.C.

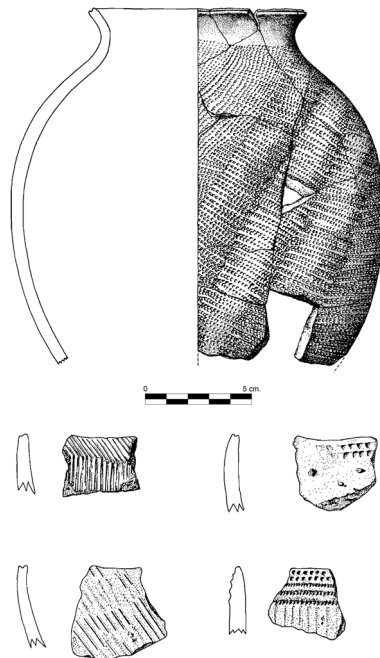


Fig. 6.23. Cerámica de la Fosa 3 del yacimiento de Okolo (Claes 1985, Vol. II).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Fosa3	Hv-12851	2215	105	400-170 BC
Fosa 9	Hv-12852	2325	135	440-352 BC
Fosa 17	Lv-1605	2320	70	408-381 BC

Tabla 6.6. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Okolo (Atangana 1988: 67).

Ndindan

El yacimiento de Ndindan se sitúa al noroeste de Yaoundé (3°54'N ; 11°30'E). En él se han excavado una veintena de fosas, pero solo una decena han sido estudiadas en detalle (ver Mbida 1992b, 1996). En su interior han aparecido fragmentos cerámicos [Fig. 6.24], material lítico (hachas pulimentadas, molinos de mano, percutores, lascas), endocarpos carbonizados y algo de escoria de hierro en las fosas 7 y 19 (Mbida 2002: 163). Se ha propuesto que el origen de las escorias puede estar en la estructura de fundición de metal encontrada en el cercano yacimiento de Oliga (Mbida 2002: 167). Las dataciones radiocarbónicas asociadas a las fosas (ver Tabla 6.7) las fechan desde el primer milenio a.C. hasta mediados del primer milenio d.C.

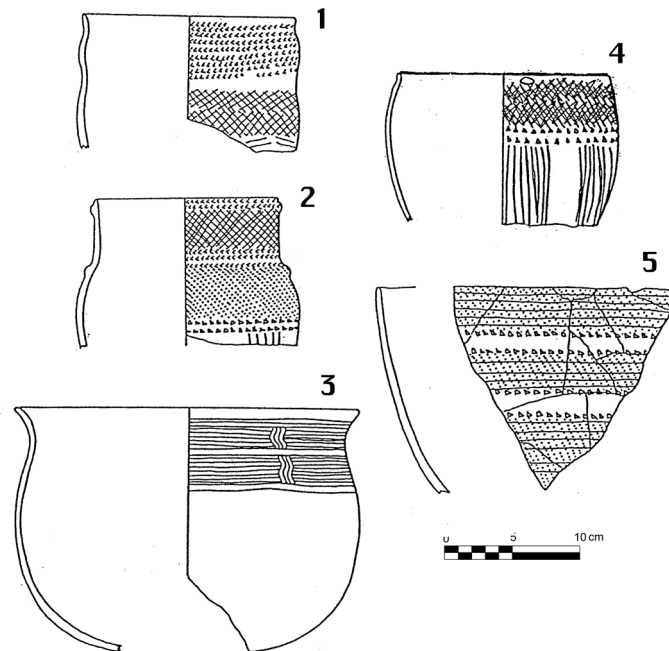


Fig. 6.24. Recipientes cerámicos del yacimiento de Ndindan. 1) Fosa 10bis, 2) Fosa 11, 3) Fosa 13, 4) Fosa 5, 5) Fosa 11. (a partir de Mbida 2002: 166, Fig. 3).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Fosa 5	Hv-12847	2414	60	770-390 BC
Fosa 10bis	Hv-12849	2140	60	380-40 BC
Fosa 20	Hv-12850	2060	60	350-310 BC / 210 BC-AD 80
Fosa 7	Lv-1393	1930	130	400 BC-AD 400
Fosa 1	Hv-12845	1645	90	AD 230-630
Fosa 10	Hv-12848	1400	105	AD 420-860

Tabla 6.7. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Ndindan (Mbida 2002: 164).

Nkang

El pueblo de Nkang se encuentra en la rivera izquierda del río Sanaga, a 7 km al este de Monatélé (3°21'46"N ; 11°30'26"E). Allí se han encontrado cerca de una veintena de fosas de las cuales once han sido estudiadas en detalle (1, 3, 5, 6, 7, 7bis 7NF, 8, 9, 13 y 14) (Mbida 1996). En general se trata de fosas de gran tamaño, con profundidades que en ocasiones superan los cuatro metros y cuyo contenido se repite: numerosos fragmentos cerámicos [Fig. 6.25], restos macrolíticos (molinos de mano, *pierres à cupule*, hachas pulimentadas, afiladores, etc.) y endocarpos calcinados de *Canarium schweinfurthii* y *Elaeis guineensis*. En ocasiones también se han encontrado restos óseos faunísticos: peces, lagartos y roedores. En dos de las fosas (7bis y 7NF) han aparecido escorias de hierro. Un conjunto de dataciones radiocarbónicas (ver Tabla 6.8) sitúan las fosas en el primer milenio a.C.

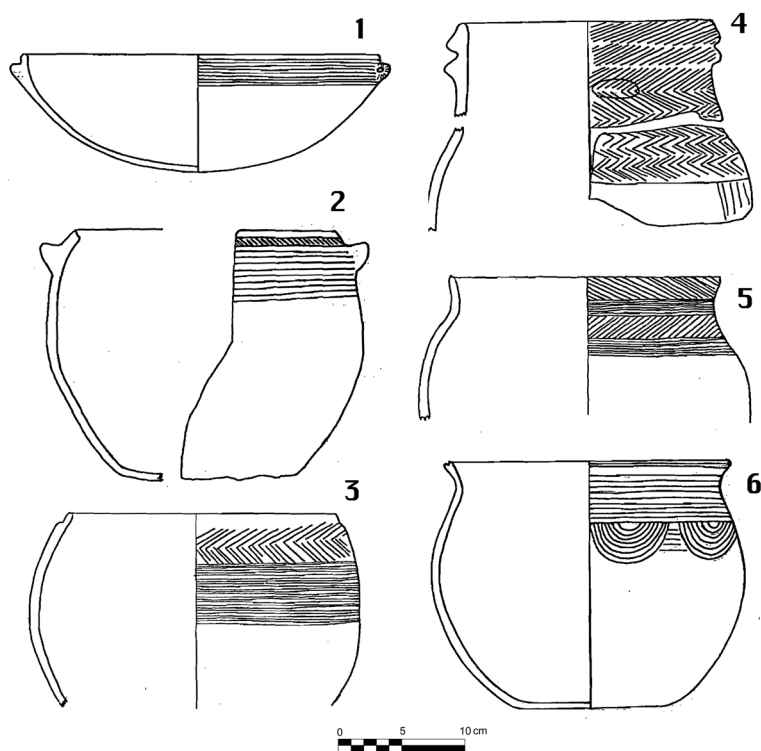


Fig. 6.25. Recipientes cerámicos del yacimiento de Nkang. 1) Fosa 7bis, 2) Fosa 3, 3-5) Fosa 9, 6) Fosa 7. Los recipientes 1 y 4 son parecidos a la cerámica Carboneras, el resto es similar a la cerámica gabonesa Oveng (a partir de Mbida 1996, Vol. I).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Fosa 3	Lv-1939	2420	70	770-350 BC
Fosa 6	Lv-1940	1860	70	334-0 BC
Fosa 7bis	Lv-1941	2340	70	850-150 BC
Fosa 9 (superficial)	Lv-1942	2400	60	770-380 BC
Fosa 9 (medio)	Lv-1943	2490	80	790-400 BC
Fosa 9 (fondo)	Lv-1944	2490	110	840-370 BC
Fosa 13	Lv-1945	2310	90	800-150 BC
Fosa 14	Lv-1946	2170	80	390 BC-AD 1

Tabla 6.8. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Nkang (Mbida 1996: 474).

Nkometou

El yacimiento de Nkometou se encuentra a 20 km al norte de Yaoundé (4°02'N ; 11°33'E). En él se documentaron hasta 128 fosas de forma circular de las cuales se excavaron tres (Nkoe 29, Nkow 1 y Nkoe 9) (Essomba 1992b, 2002: 135). Las fosas aparecían en diferentes niveles, lo que parecía indicar diferentes fases de ocupación (Essomba 1992b: 236). En el interior de las fosas se encontraron carbones, fragmentos cerámicos [Fig. 6.26], herramientas líticas pulidas y endocarpos carbonizados. De dos de las fosas excavadas se obtuvieron muestras para datar por radiocarbono (ver Tabla 6.9) ofreciendo una cronología de finales del primer milenio a.C. e inicios del primer milenio d.C. En fosas excavadas con posterioridad y de las que carecemos de información detallada aparecieron escorias de hierro y fragmentos de tobera (Essomba 1992b: 241). El autor las interpretó como fosas de desecho (Essomba 1992b: 243-244).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Fosa Nkow 1	Hv-1284	2230	80	430-230 BC
Fosa Nkoe 9	Hv-12853	1920	60	AD 20-110

Tabla 6.9. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Nkometou (Essomba 1992b: 239).

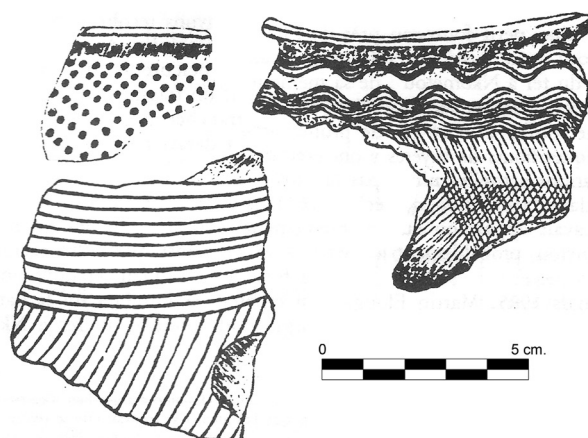


Fig. 6.26. Fragmentos cerámicos del yacimiento de Nkometou (a partir de Essomba 1992b: 242).

Minyin

El yacimiento de Minyin se encuentra a 10 km al sur de la localidad de Ambam. A causa de las obras de construcción de una carretera se localizaron al menos 6 estructuras en forma de fosa con profundidades que oscilaban entre 1,5 y 3 m. Las tres fosas excavadas ofrecieron escasos fragmentos de cerámica, algunos trozos de hierro, escorias y fragmentos de toberas. Una de las fosas contenía una gran cantidad de piedras de entre 5 y 20 cm. Las cerámicas más diagnósticas son similares a las encontradas en Akonétye [Fig. 6.27]. Todas estas estructuras son interpretadas como fosas de desecho (Eggert *et al.* 2006: 285, Höhn *et al.* 2008: 31, Meister 2008: 53). Se obtuvieron dos muestras para datar por radiocarbono en cada una de las fosas (ver Tabla 6.10), sugiriendo un momento de uso en torno a los cuatro primeros siglos de la era.

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
MIY 06/1	KIA-29603	1845	25	AD 60-220
MIY 06/1	KIA-29604	2001	27	50 BC-AD 70
MIY 06/2	KIA-29605	1871	35	AD 60-240
MIY 06/2	KIA-29606	1922	24	AD 20-130
MIY 06/3	KIA-29607	1739	28	AD 230-390
MIY 06/3	KIA-29608	1849	26	AD 80-240

Tabla 6.10. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Minyin (Oslisly 2006: 310, Meister y Eggert 2008: 189).

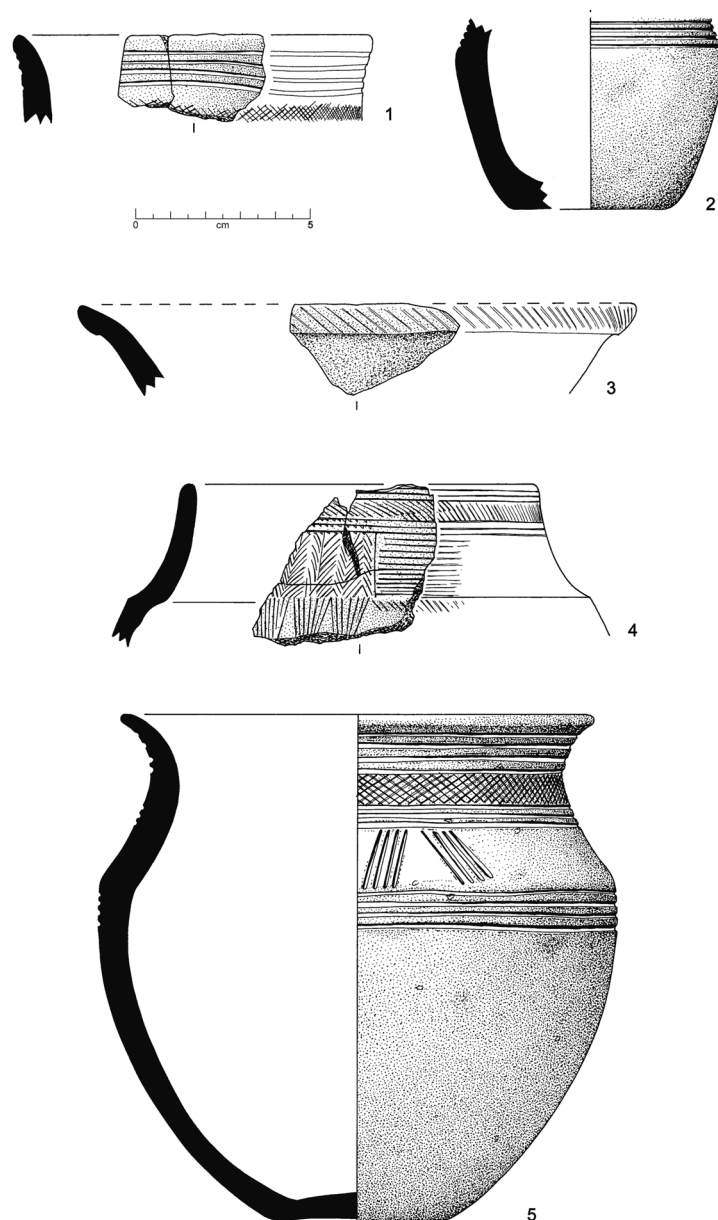


Fig. 6.27. Recipientes cerámicos del yacimiento de Minyin. 1-3) MIY 06/1, 4-5) MIY 06/2 (a partir de Meister y Eggert 2008: 186, Fig. 11).

Abang Minko'o

El yacimiento de Abang Minko'o está ubicado al sureste de Minyin, a unos 5 km del río Ntem. A ambos lados de la carretera que estaba siendo construida se localizaron al menos once estructuras en forma de fosa de las cuales se excavaron tres. Dos de ellas tienen profundidades de 2,5 m, carecemos de información sobre la tercera. Todas las estructuras contenían fragmentos cerámicos [Fig. 6.28], semejantes en estilo a los encontrados en

Bwambé-Sommet (lo veremos más adelante), y restos líticos. En estas fosas no aparecieron restos de hachas de mano o azadas, tampoco objetos de hierro ni escorias como sí ocurrió en Minyin. Del interior de las dos fosas se obtuvieron muestras para datar por radiocarbono (ver Tabla 6.11) que sitúan su uso entre los siglos IV y II a.C. (Eggert *et al.* 2006: 285, Höhn *et al.* 2008: 31, Meister 2008: 53).

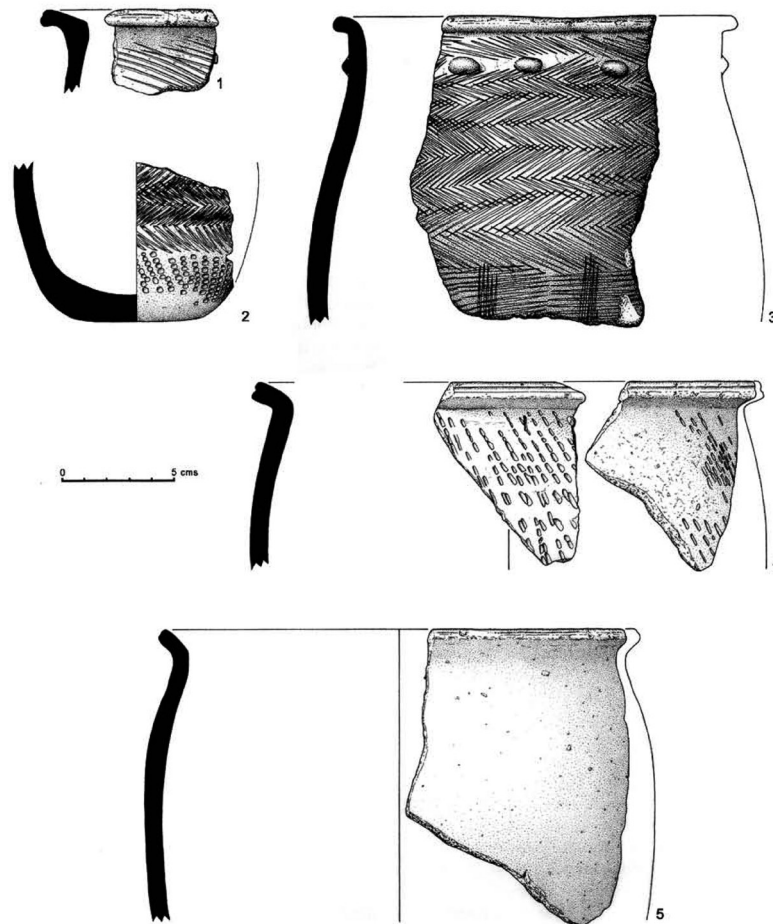


Fig. 6.28. Recipientes cerámicos del yacimiento de Abang Minko'o. 1, 2, 4) ABM 06/1, 3) ABM 06/2 (a partir de Eggert *et al.* 2006: 287, Fig. 7).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
ABM 06/1	KIA-29598	2236	26	320-200 BC
ABM 06/1	KIA-29599	2270	25	400-350 BC
ABM 06/2	KIA-29698	2181	41	380-150 BC
ABM 06/2	KIA-29600	2198	30	380-180 BC
ABM 06/2	KIA-29601	2286	30	410-350 BC
ABM 06/2	KIA-29602	2249	28	320-200 BC

Tabla 6.11. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Abang Minko'o (Meister y Eggert 2008: 197).

Mampang

El yacimiento de Mampang recibe el nombre de la ciudad junto a la que está situado, a 2 km al norte de Abong Mbang. En una franja de alrededor de 100 m de largo se identificó un nivel continuo de fragmentos cerámicos que con gran probabilidad formaban un suelo de ocupación. Debajo del suelo se localizaron algunas fosas. En total se excavaron cuatro estructuras: el suelo de ocupación (MPG 08/6), dos fosas de desecho (MPG 08/8) y una cuarta fosa que resultó ser una acumulación de madrigueras. Todas las estructuras generaron abundante cerámica, escorias, fragmentos de tobera y restos macrobotánicos (Meyer *et al.* 2009: 69-70). Las dataciones radiocarbónicas (ver Tabla 6.12) asociadas al suelo y a una de las fosas ofrecieron una fecha idéntica, siglos III-IV d.C.

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
MPG 08/6	Erl-12257	1761	38	AD 208-383
MPG 08/8	Erl-12258	1761	38	AD 208-383

Tabla 6.12. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Mampang (Meyer *et al.* 2009: 71).

6.3.2. Yacimientos con fosas de uso metalúrgico

Oliga

El yacimiento de Oliga se encuentra al norte de la ciudad de Yaoundé. En él, Essomba (2002: 137-139) localizó una estructura de reducción de hierro fechada a lo largo del primer milenio a.C. A pesar de la importancia del sitio, disponemos de poca información contextual que nos permita evaluar los datos ofrecidos por su excavador.

Contamos con un conjunto de doce fechas radiocarbónicas obtenidas de muestras recogidas en el yacimiento (ver Tabla 6.13), pero carecemos de datos precisos sobre el lugar de su obtención en relación a la estructura de fundición. Además, cinco de las fechas tienen desviaciones iguales o superiores a 100, lo que no facilita la datación. En general, con la información provista, podemos decir que el horno estuvo en uso en algún momento entre finales del segundo milenio a.C. e inicios de la era. Por comparación con el resto de yacimientos de la zona que cuentan con evidencia de fundición de metal podríamos acotar esa amplia franja temporal hacia el final de la misma.

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
A2 (-90) NA7	Beta-31411	2710	130	1256-500 BC
A1-B1 (-50) NA1-2	Beta-31412	1860	70	334-0 BC
B2 (-60) NA3	Beta-31413	1960	80	70 BC-AD 70
A2 (-50) NA2	Beta-31414	2820	70	1300-800 BC
A2 (-90) NA7 (-100)	Beta-31410	2810	100	1300-800 BC
A2 (-90) NA7	Beta-31534	2110	60	367 BC-AD 10
A2 (-100) NA7	Beta-32228	2150	80	400 BC-AD 22
A2 (-110) NA10 (-120)	Beta-32264	2200	60	400 BC-AD 90
A2 NA11 (-130)	Ly-4976	2150	60	365-68 BC
B2 NA10 (-120)	Ly-4977	2185	110	539 BC-AD 26
B2 NA11 (-130)	Ly-4978	2380	110	773-212 BC
B2 NA4 (-70)	Ly-4979	1945	250	831 BC-AD 567

Tabla 6.13. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Oliga (Essomba 2002: 137-138).

Bagofit

El yacimiento de Bagofit está situado a unos 15 km al oeste de Abong Mbang. Debido a trabajos de construcción se localizaron varias estructuras arqueológicas de las cuales se excavaron tres fosas (BGF 08/22, BGF 08/8, BGF 08/17) y tres hornos metalúrgicos (BGF 08/6, BGF 08/23, BGF 09/5). La primera fosa contenía escorias y fragmentos de tobera, el resto de fosas ofrecieron escaso material arqueológico. Se realizaron tres dataciones radiocarbónicas (ver Tabla 6.14) que ofrecieron fechas muy heterogéneas (Meyer *et al.* 2009: 67-69)

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
BGF 08/1	Erl-12252	268	39	AD 1488-1602 (45,5%) AD 1609-1671 (39%)
BGF 08/6	Erl-12253	1923	39	1 BC-AD 173
BGF 08/9	Erl-12254	2559	40	808-730 BC (46,9%) 652-543 BC (33,2%)

Tabla 6.14. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Bagofit (Meyer *et al.* 2009: 71).

Nkpwala-Esse

Este yacimiento se encuentra cerca de Sangmélíma, en la provincia Sur de Camerún. En él se encontraron cuatro hornos metalúrgicos de los cuales fueron excavados dos (NKP 08/6 y NKP 08/8). A una distancia de 20 m se localizó una fosa (NKP 08/10) en cuyo interior se documentaron escorias de hierro, fragmentos de cerámica y toberas, carbones y un anillo y un hacha de hierro. El conjunto de dataciones radiocarbónicas (ver Tabla 6.15) sitúan estas estructuras entre los siglos I y II d.C. (Meyer *et al.* 2009: 71, Meyer y Eggert 2009).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
NKP 08/4	Erl-12263	1933	39	41 BC-AD 136
NKP 08/6	Erl-12261	1905	39	AD 20-218
NKP 08/8	Erl-12262	1953	38	4 BC-AD 125
NKP 08/10	Erl-12259	1886	38	AD 52-229
NKP 08/10	Erl-12260	1896	38	AD 47-222

Tabla 6.15. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Nkpwala-Esse (Meyer *et al.* 2009: 71).

6.3.3. Yacimientos con fosas funerarias y rituales

Bwambé-Sommet

En este yacimiento, situado a 8 km al sur de Kribi, se han documentado alrededor de 30 fosas con diámetros máximos de 3 m. De todas ellas sólo se excavaron tres (Eggert *et al.* 2006: 279).

La estructura BWS 04/1, con una profundidad de 1,7 m, contiene una cerámica rota depositada intencionalmente. La fosa debió ser reutilizada con posterioridad porque en ella se documentan, al menos, tres diferentes momentos deposicionales (Eggert *et al.* 280-281). En la estructura BWS 04/3, excavada hasta los 2,2 m de profundidad, se distinguieron cinco fases deposicionales. De su interior se obtuvieron fragmentos cerámicos que parecían rotos intencionalmente con piedras. Ambas estructuras estaban delimitadas por alineaciones de trozos de cerámicas y pequeñas piedras (Eggert *et al.* 2006: 281) [Fig. 6.29].

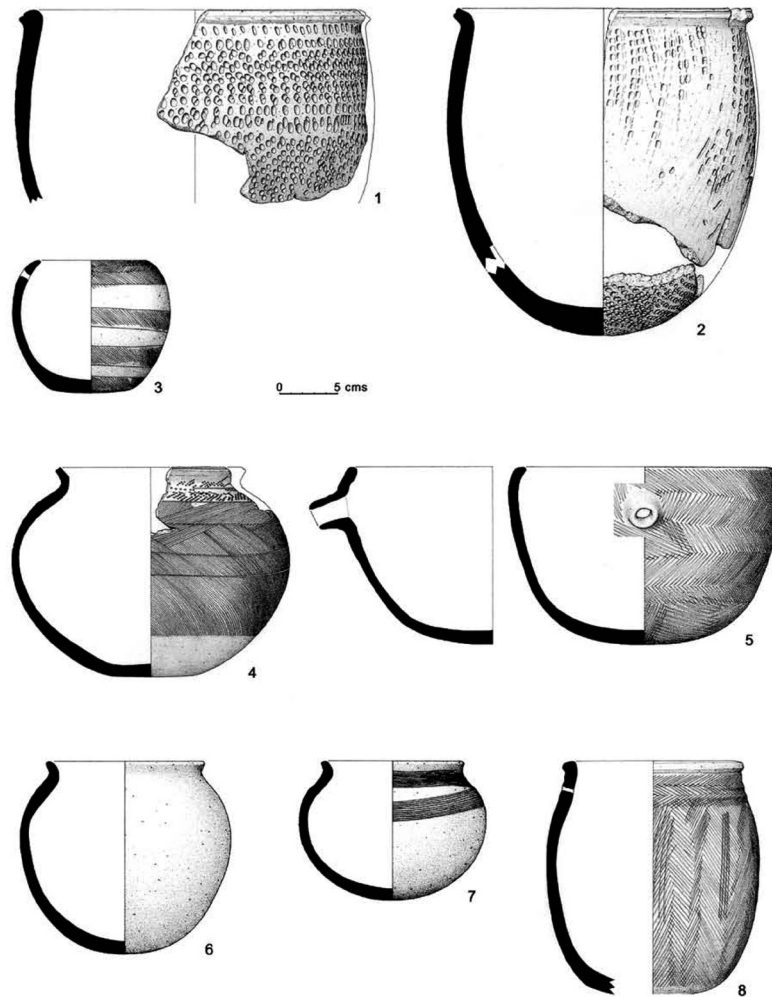


Fig. 6.29. Recipientes cerámicos procedentes del yacimiento de Bwambé-Sommet. 1, 3-7) BWS 04/3; 2, 8) BWS 04/1 (a partir de Eggert *et al.* 2006: 282, Fig. 3).

Las dataciones radiocarbónicas obtenidas de las fosas de Bwambé (ver Tabla 6.16) las sitúan en el primer milenio a.C., y más concretamente en su segunda mitad.

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Fosa 1	Beta-146655	2200	60	400-100 BC
BWS 04/2	KIA-29697	2162	60	380-50 BC
BWS 04/3	KIA-27037	2193	29	370-170 BC
BWS 04/3	KIA-27036	2206	31	380-190 BC
BWS 04/1	KIA-27034	2363	20	510-380 BC
BWS 04/1	KIA-27035	2384	57	670-380 BC
BWS 04/2	Erl-9176	2326	86	800-150 BC
BWS 04/2	Erl-9177	2305	44	420-340 BC

Tabla 6.16. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Bwambé-Sommet (Oslisly 2006: 310, Meister y Eggert 2008: 197).

Mouanko-Epolo

Está situado en la provincia Litoral, a orillas del río Sanaga. Allí se encontró una fosa (MOU 97/1) de la que no pudo documentarse ni la forma ni la profundidad. En su interior aparecieron al menos dos fragmentos cerámicos y un puñado de objetos de hierro similares a los bikuele recuperados en Akonétye y Campo (Meister 2010: 240). La cerámica es parecida a la “cerámica temprana” descrita por Eggert (2002: 513-519) y Williams-Schmid (2000: 53) en otros yacimientos del área como LBT 98 y LBT 99 [Fig. 6.30]. Dos muestras datadas por radiocarbono procedentes del interior de la estructura fechan la fosa en dos momentos diferentes (ver Tabla 6.17). Por comparación con el registro arqueológico del área cabe suponer que la fecha más antigua es una contaminación, por lo que debemos considerar que la fosa estuvo en uso entre los siglos II y IV d.C.

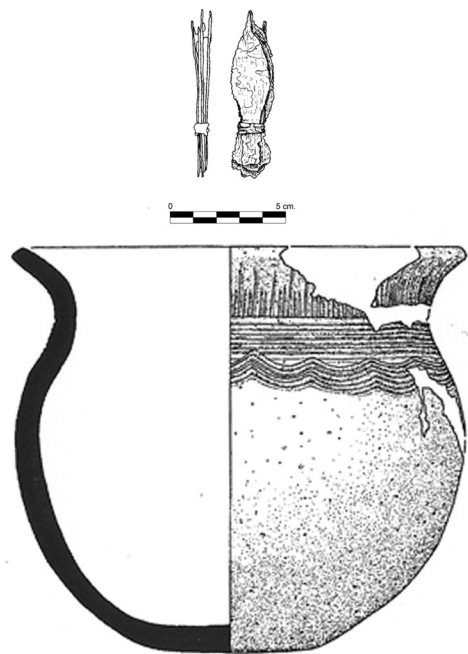


Fig. 6.30. Cerámica y bikuele del yacimiento de Mouanko-Epolo (a partir de Meister y Eggert 2008: 194, Fig. 8; Eggert 2002: 515, Fig. 8.2).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
MOU 97/1	KIA-8457	1783	33	AD 130-340
MOU 97/1	KIA-8458	3860	29	2470-2270 BC

Tabla 6.17. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Mouanko-Epolo (Meister 2010: 241).

Mouanko-Lobethal

En Mouanko-Lobethal se localizó un complejo formado por una fosa ovoide de un metro de largo por uno de profundidad (LBT 98/9) junto con otro sistema complejo de fosas que interseccionan entre sí [Fig. 6.31]. De su interior se obtuvieron cinco anillos de hierro y restos dentales de un individuo de 7 ± 2 años. La posición de los dientes y el aro de hierro de mayores dimensiones en la parte este del depósito representaría la posición de la cabeza, mientras que los otros aros de hierro serían pulseras y tobilleras. Una fecha radiocarbónica (ver Tabla 6.18.) data esta tumba en los tres primeros siglos de la era (Meister 2010: 240, 242).

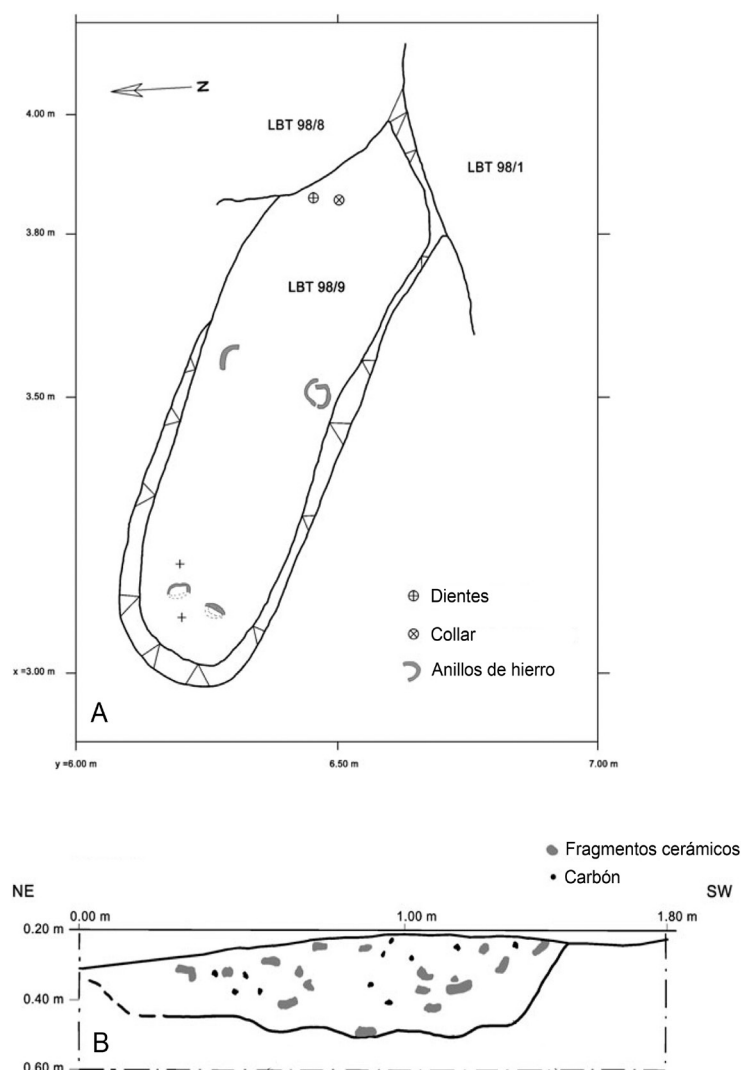


Fig. 6.31. Fosas del yacimiento de Mouanko-Lobethal. A) Planta de LBT 98/9, B) Sección de LBT 99/2 (a partir de Meister 2010: 242, Figs. 3-4).

Posteriormente se encontró otro depósito similar al anterior aunque de dimensiones en superficie ligeramente mayores y menos profundo (40 cm). En su interior se encontraron recipientes cerámicos fragmentados [Fig. 6.32] y un objeto plano de hierro que por su forma curva podría haber sido un cuchillo arrojadizo. Una fecha radiocarbónica (ver Tabla 6.18) dató el depósito en torno al cambio de era (Meister 2010: 240, 242).

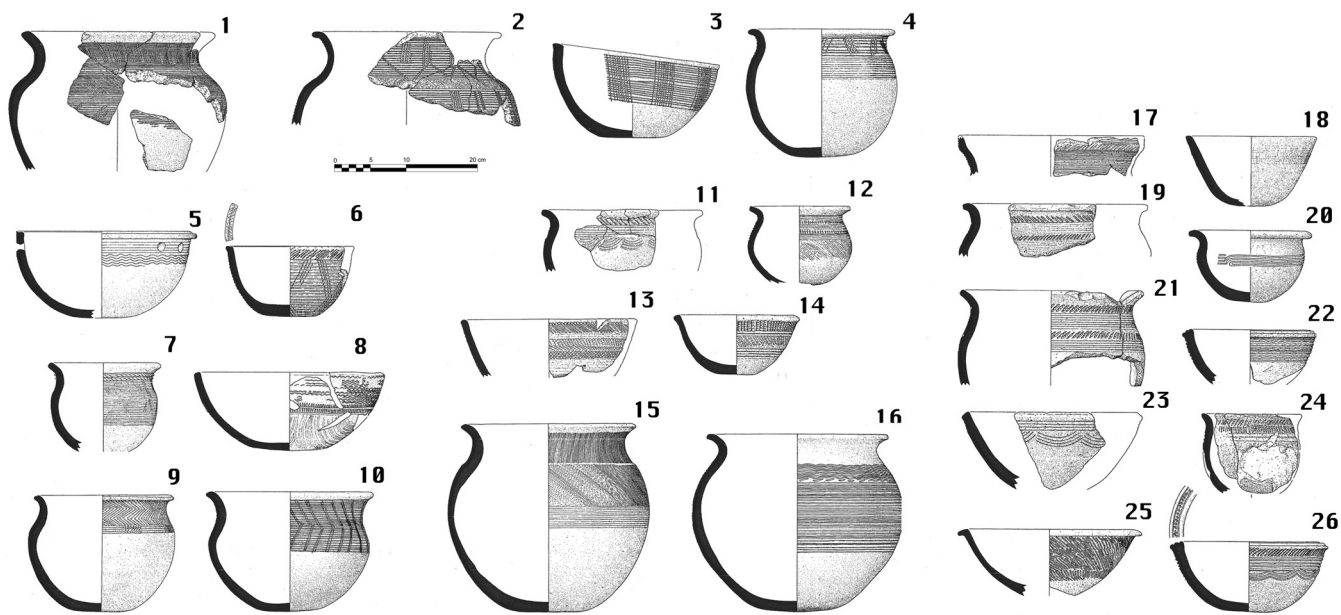


Fig. 6.32. Recipientes cerámicos del yacimiento de Mouanko-Lobethal. 1-3) Fosa 1 (LBT 98/1); 4) Fosa 3 (LBT 98/3); 5) LBT 99/2; 6-10) LBT 98/2; 11, 13-15) LBT 98/4; 12) LBT 98/3; 16) LBT 98/3; 17-26) LBT 99/4 (a partir de Eggert 2002: 514-518, Figs. 7-11).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
LBT 98/9	KIA-12949	1888	29	AD 50-220
LBT 99/2-2	ERL-12264	1960	39	50 BC-AD 130

Tabla 6.18. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Mouanko-Lobethal (Meister 2010: 241).

Kribi-Mpoengu

En las inmediaciones de la localidad de Mpoengu (02°55’37”N ; 09°54’44”E) se documentó la existencia de cuatro fosas datadas en la Edad del Hierro de las cuales una puede ser interpretada como un enterramiento (Gouem Gouem 2011). Las estructuras MPO I-A, MPO-II y MPO I-C corresponderían con las típicas fosas de desecho que aparecen en toda la zona. Sus formas y tamaños son variables: MPO I-A es irregular con

tendencia oval, mientras que MPO II y MPO I-C son cilíndricas. Los diámetros de sus plantas oscilan entre los 1,20 y los 1,50 m. En todas ellas han aparecido los mismos tipos de restos: numerosos fragmentos cerámicos (sólo en el segundo depósito aparecen dos cerámicas completas), restos líticos, escorias de hierro, carbones y endocarpos de palma de aceite. En las dos últimas aparecieron además fragmentos de objetos de hierro de difícil identificación (posibles puntas de flecha o barras).

La estructura MPO I-C1 [Fig. 6.33] se trata de una tumba, pero no se describe ni su forma ni su tamaño (Gouem Gouem 2011: 305-307). De su interior se recuperaron dos cerámicas decoradas, algún carbón y varios objetos de hierro, entre los que se identificaron decenas de puntas de lanza, una punta de flecha, dos hachas o azadas y varillas de hierro y fragmentos de anillos. Como es habitual en las tumbas de esta región, no se conservó resto óseo alguno.

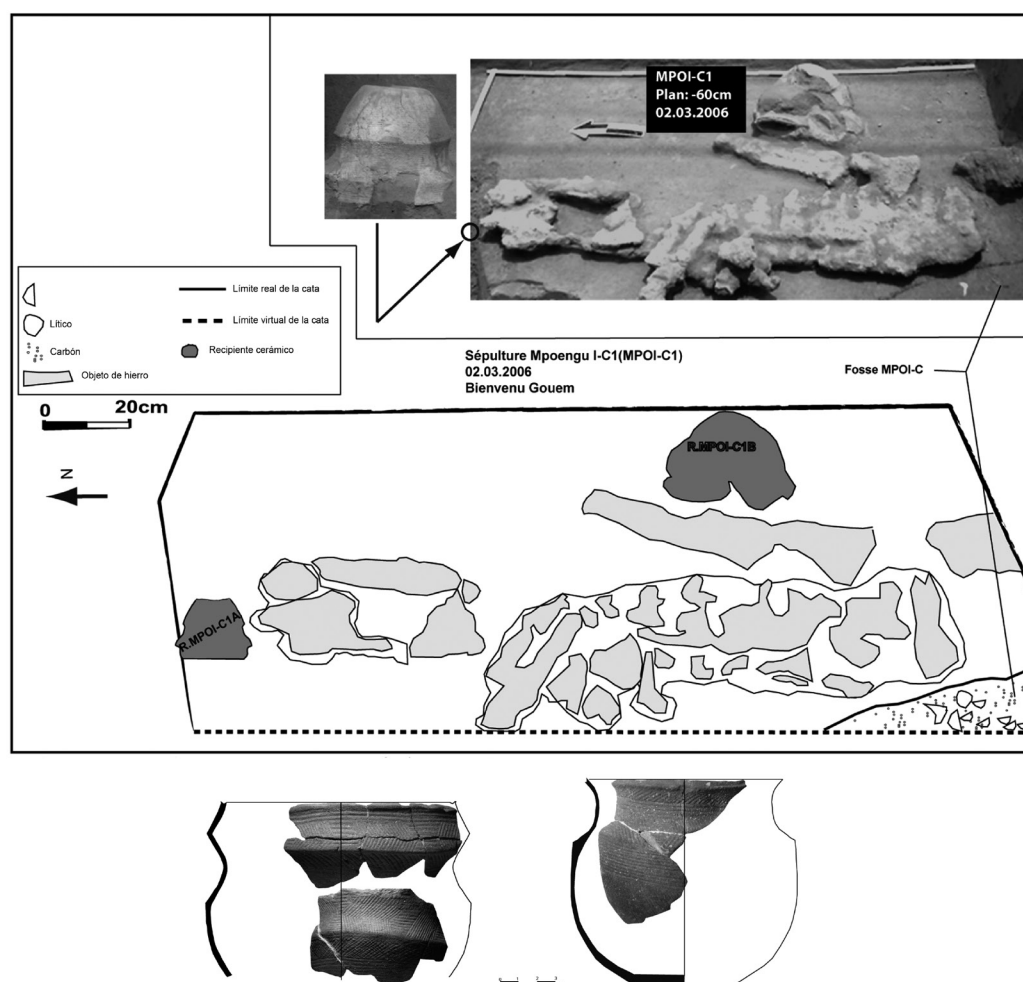


Fig. 6.33. Estructura MPO I-C1 y sus cerámicas asociadas del yacimiento de Kribi-Mpoengu (a partir de Gouem Gouem 2011: 307, Fig. 71.5; 628, Planche 99).

Se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono del interior de cada depósito (ver Tabla 6.19). Todas las fechas salvo una se agrupan en torno a un mismo periodo pero todas son coherentes entre sí. Una de las fosas se data a finales del primer milenio a.C., mientras que el resto, incluida la tumba, están datadas a mediados del primer milenio d.C.

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
MPO I-A	Beta-242316	2190	50	390-100 BC
MPO II	Beta-233401	1510	50	AD 420-640
MPO I-C	Beta-242317	1470	40	AD 540-650
MPO I-C1	Beta-233400	1520	40	AD 430-620

Tabla 6.19. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Kribi-Mpoengu (Gouem Gouem 2011).

Akonétye

Akonétye es un pueblo ubicado a 20 km al norte de Ambam, en la ribera derecha del río Mboro, un afluente del Ntem. En sus inmediaciones se descubrieron dos yacimientos arqueológicos, AKO 05 y AKO 07 (Meister y Eggert 2008).

En AKO 05 se han identificado un total de ocho estructuras, cinco de ellas son fosas detríticas (AKO 05/1, AKO 05/3, AKO 05/4, AKO 05/5 y AKO 05/7), dos son tumbas (AKO 05/2 y AKO 05/6) y una es una zanja (AKO 05/8). En general, todos estos restos se datan en la primera mitad del primer milenio d.C. (ver Tabla 6.20).

Las fosas comparten similares características entre sí: sus formas son ovales o cilíndricas, con diámetros que oscilan entre 0,5 y 1,5 m y profundidades de 0,5 a 2 m. Aunque se pueden identificar diferentes fases de deposición, las fechas radiocarbónicas obtenidas de su interior son muy parecidas entre sí, lo que parece indicar un único momento de uso. La cultura material recuperada de su interior es, por lo general, muy similar a la de otros yacimientos con fosas de la región (fragmentos cerámicos y endocarpos calcinados, sobre todo), pero presenta algunas novedades: en ocasiones se encuentran objetos de hierro (con formas no identificadas), fragmentos de toberas y las cerámicas aparecen completas o fracturadas en grandes trozos. Estas cerámicas son de base plana y bordes exvasados, decoración *rocker* en zigzag, líneas incisas diagonales y verticales y círculos impresos (Meister y Eggert 2008: 185-192).

La estructura AKO 05/8 es una zanja en forma de V con una profundidad aproximada de 2 m y anchura de 1,45. Ha sido interpretada como parte de un posible sistema defensivo (Meister y Eggert 2008: 190).

De las dos tumbas halladas en Akonétye, una de ellas se había visto fuertemente afectada por obras de construcción (AKO 05/2), mientras que la otra apareció intacta (AKO 05/6). Como es habitual en la zona, ninguna de ellas contenía restos humanos, por lo que es la forma y el contenido y disposición de la cultura material en su interior lo que ha permitido identificarlas como tumbas. No obstante, tras limpiar las piezas metálicas se encontraron pequeños restos óseos adheridos a ellas (Meister 2010: 243), tal y como ocurrió en algunos de los depósitos de Nandá.

La forma de AKO 05/2 es desconocida. De su interior se recuperaron tres recipientes cerámicos casi completos, varios brazaletes de hierro y dos azadas de enmangue tubular decoradas con incisiones de punzón en forma de espiga a lo largo de cada uno de los bordes laterales. En su parte central una muestra un triple trazo en zigzag y la otra una composición de rombos formados por trazos que interseccionan. Junto con las azadas apareció una masa corroida de anillos que podrían haber sido brazaletes. Los que fueron restaurados presentaban decoraciones de líneas de puntos impresas (Meister y Eggert 2008: 190-191).

La tumba AKO 05/6 es una estructura cuadrangular de 2 m de largo por 0,8 de ancho. Su superficie estaba marcada por la acumulación intencionada de piedras trabajadas. En su sección sur aparecieron tres recipientes cubriendo un depósito metálico formado por tres puntas de lanza, dos tobilleras y varias púas de hierro. En la parte norte se encontró una piedra redonda pulida junto con una cuchara de hierro y alrededor de 21 bikuele de entre 5 y 10 cm de longitud similares a los encontrados en Campo y en Mouanko-Epolo. Los bikuele aparecieron anudados con un hilo de materia orgánica. A ambos lados había depositados unos 30 brazaletes de hierro, y un hacha decorada con una líneas de puntos (Meister y Eggert 2008: 192) [Fig. 6.34].

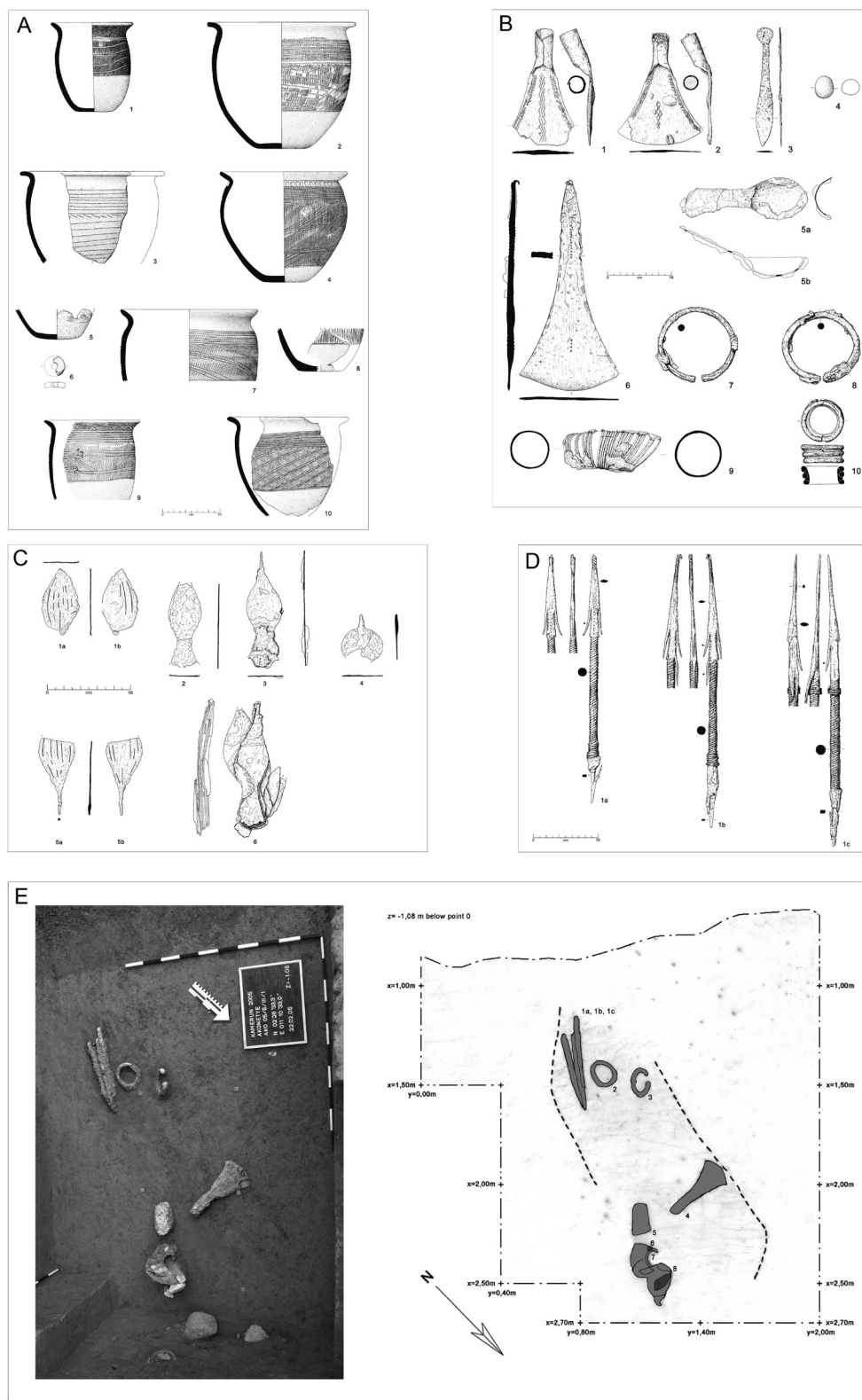


Fig. 6.34. Materiales cerámicos y metálicos del yacimiento de Akonétye AKO 05. **A1)** AKO 05/1, **A2-4)** AKO 05/3, **A5)** AKO 04/3/III, **A6-10)** AKO 05/5, **B1, B2, B10)** AKO 05/2, **B3)** AKO 05/3, **B4-9)** AKO 05/6, **C1-6)** AKO 05/6, **D)** AKO 05/6, **E)** AKO 05 (a partir de Meister y Eggert 2008: 188, Fig. 5; 191, 193, Fig. 6. Fig. 6; 194 Figs. 8-9).

En AKO 07 se excavaron dos fosas (AKO 07/1 y AKO 07/6) de similares características a las de AKO 05. Cabe destacar la presencia en AKO 07/1 de 10 recipientes cerámicos intactos decorados con líneas horizontales y paralelas, líneas de puntos impresos y secuencias a peine en el cuello, hombro y bajo el borde, semicírculos concéntricos y formas triangulares [Fig. 6.35]. En su interior también aparecieron restos de escorias y fragmentos de tobera. AKO 07/6, con más de dos metros de profundidad, contenía, entre otros restos cerámicos, un recipiente intacto de base plana y hombros elongados (Meister y Eggert 2008: 192-197).

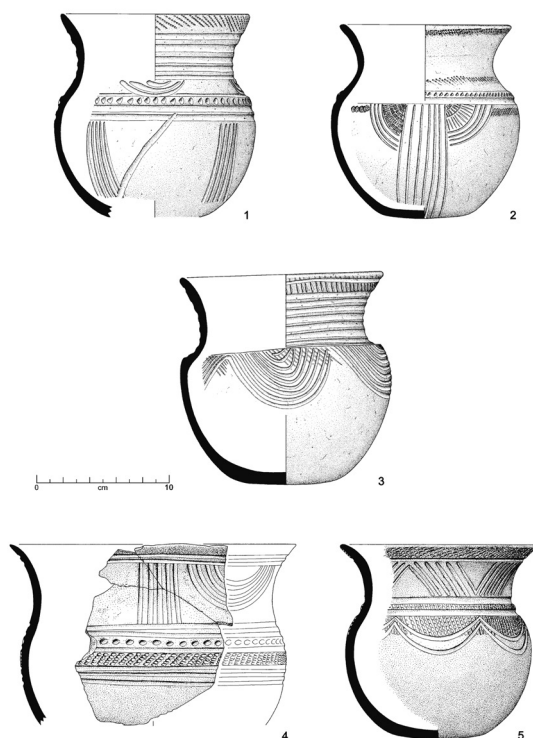


Fig. 6.35. Recipientes cerámicos del yacimiento de Akonétye AKO 07. 1-3) AKO 07/1, 4-5) AKO 07/6 (a partir de Meister y Eggert 2008: 195, Fig. 10).

En Akonétye habría que diferenciar, excluyendo la zanja, dos tipos de estructura: las que son tumbas sin lugar a dudas y las fosas. Los arqueólogos que excavaron el lugar, siguiendo la propuesta de Wotzka (1993), que ahonda en estudios etnográficos, y teniendo en cuenta la habitual presencia de recipientes cerámicos completos o casi completos en las fosas, así como de objetos de hierro que pudieron haber sido reutilizados en vez de desechados, han creído más conveniente vincular las fosas a prácticas funerarias y rituales de culto a los ancestros que considerarlas simples basureros (Meister y Eggert 2008: 198).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
AKO 04/2/I	KIA-24729	1770	27	AD 130-350
AKO 04/2/I	KIA-24730	1685	25	AD 320-420
AKO 04/3/I	KIA-24739	1755	29	AD 210-390
AKO 05/2	KIA-27026	1692	29	AD 250-420
AKO 05/2	KIA-31781	1787	17	AD 130-260
AKO 05/2	KIA-31782	1769	24	AD 130-350
AKO 05/3	KIA-27027	1747	32	AD 210-400
AKO 05/4	KIA-27028	1718	32	AD 240-410
AKO 05/4	KIA-27029	1719	30	AD 240-400
AKO 05/5	KIA-27030	1815	21	AD 130-250
AKO 05/6	KIA-27032	1771	30	AD 130-350
AKO 05/6	KIA-31779	1814	23	AD 120-260
AKO 05/6	KIA-31780	1801	24	AD 130-260
AKO 05/6	KIA-27031/1	2429	30	600-400 BC
AKO 05/6	KIA-27031/2	1982	50	110 BC-AD 130
AKO 05/8	KIA-31778	1779	20	AD 130-340
AKO 05/9	KIA-27033	1732	24	AD 240-390
AKO 07/1	KIA-33061	1808	25	AD 130-260
AKO 07/1	KIA-33062	1924	26	AD 20-130
AKO 07/1	KIA-33065	1934	26	0-AD 130
AKO 07/6	KIA-33063	1885	25	AD 60-220
AKO 07/6	KIA-33064	1855	24	AD 80-230

Tabla 6.20. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Akonetyé (Meister y Eggert 2008: 189).

Campo

La localidad de Campo está situada cerca de la desembocadura del río Ntem, frontera natural entre Camerún y Guinea Ecuatorial. Allí se encuentran dos yacimientos arqueológicos (CAM 07) que reciben el nombre de “centro” e “iglesia”, según sus emplazamientos.

En Campo-centro se localizaron dos estructuras alargadas de planta casi rectangular (CAM 07/1 y CAM 07/2) con profundidades aproximadas de 40 cm. Además de fragmentos cerámicos rodados, en su interior se encontraron, respectivamente, una masa de hierro corroída en forma de azada y un anillo de hierro (Meister 2010: 243-244).

En Campo-iglesia aparecieron diez estructuras de las cuales dos son profundas y el resto de planta alargada y escasa profundidad. Todas las estructuras, independientemente de su forma, cuentan con un determinado número de recipientes cerámicos invertidos bajo los cuales se han encontrado múltiples objetos de hierro: cucharas, puntas de flecha, hachas, brazaletes, collares y lanzas. Las cerámicas suelen tener forma de cuenco y cuentan con dos orificios bajo su borde. Están decoradas con ondas horizontales e impresiones paralelas de peine (Meister 2010: 244) [Fig. 6.36].

Todas las estructuras de Campo han sido interpretadas como tumbas. Las fechas radiocarbónicas obtenidas de su interior las sitúan en la primera mitad del primer milenio d.C. (ver Tabla 6.21).

ESTRUCTURA	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
CAM 07/1 ⁵	KIA-33068	11211	45	11270-11030 BC
CAM 07/1	KIA-33069	1713	25	AD 250-400
CAM 07/1	KIA-33070	1796	24	AD 130-260
CAM 07/2	KIA-33071	1742	26	AD 230-390
CAM 07/2	KIA-33072	1705	25	AD 250-410
CAM 07/2	KIA-33073	1729	26	AD 240-390
CAM 07/3	KIA-33074	1714	23	AD 250-400
CAM 07/3	KIA-33075	1901	24	AD 50-180
CAM 07/3	KIA-33076	1988	28	50 BC-AD 80
CAM 07/4	KIA-33077	1184	22	AD 770-900
CAM 07/4	KIA-33078	1847	22	AD 120-240

Tabla 6.21. Dataciones radiocarbónicas del yacimiento de Campo (Meister 2010: 241).

⁵ Existen varias incoherencias entre las fechas publicadas por Meister y Eggert (2008: 189) y por Meister (2010: 241) para Campo: las fechas y sus códigos no son siempre los mismos, aunque este error no afecta a la interpretación final. Las fechas aquí recogidas provienen de la publicación de Meister (2010).

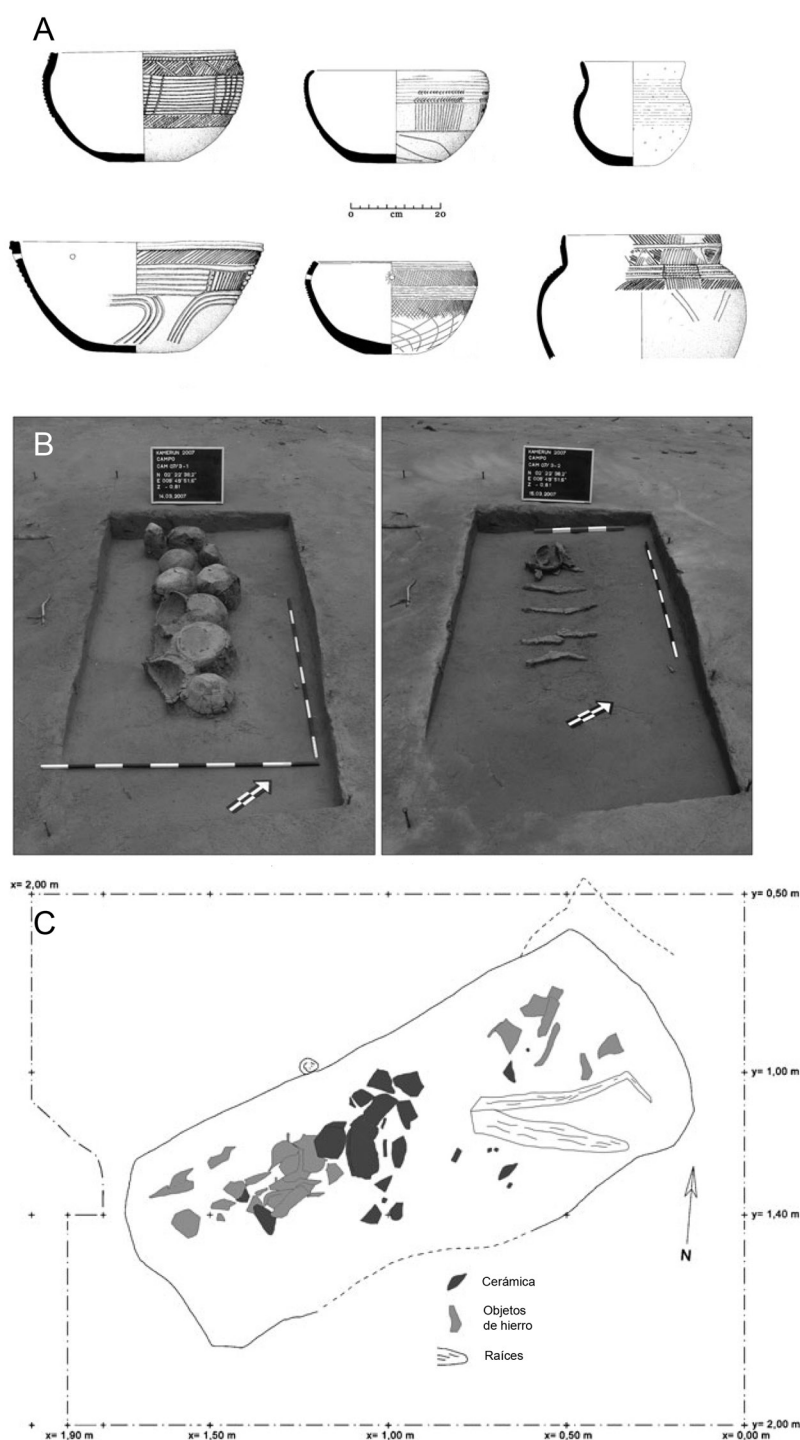


Fig. 6.36. Recipientes cerámicos y plantas de dos fosas del yacimiento de Campo. A) Recipientes cerámicos de Campo-iglesia, B) CAM 07/3, disposición de los recipientes cerámicos (izquierda) y los objetos de hierro que se encontraron bajo ellos (derecha), C) Planta de CAM 07/1 (a partir de Meister 2010: 239, Fig. 2; 246, Fig. 8; 247, Fig. 9).

6.3.4. Otros

Las prospecciones de Oslisly (2006) han permitido localizar un gran número de yacimientos de la Edad del Hierro en el sur de Camerún de los que sin embargo poseemos escasa información. Gracias a su publicación podemos saber de la existencia de suelos de ocupación formados por fragmentos cerámicos rodados en Ebomé, Nlendé Dibé 3, Kribi Hôtel, Eboundja 3 y Bwambé Beach. Además, en Eboundja 3 se localizó una gran fosa de 2,5 m de profundidad por debajo del suelo. Otra fosa fue encontrada en Boussibiliga, en cuyo interior apareció, además de fragmentos cerámicos, un objeto de hierro corroído (Oslisly 2006). Contamos con algunas dataciones radiocarbónicas para estos yacimientos (ver Tabla 6.22) que los sitúan en diferentes momentos a lo largo de todo del primer milenio d.C.

YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Nlendé Dibé 3	Beta-156388	1900	50	AD 3-236
Kribi Hôtel	Beta-146661	1820	80	AD 27-390
Eboundja 3 (suelo)	Beta-165714	1280	70	AD 638-940
Eboundja 3 (fosa)	Beta-165713	1740	50	AD 141-402
Boussibiliga 1	Beta-156376	1570	70	AD 343-630
Bwambé Beach (nivel inferior)	Beta-165710	1480	60	AD 428-655
Bwambé Beach (nivel inferior)	Beta-165711	1360	50	AD 595-770
Bwambé Beach (nivel superior)	Beta-165709	1280	60	AD 651-884
Bwambé Beach (superficie)	Beta-156377	550	70	AD 1286-1451

Tabla 6.22. Dataciones radiocarbónicas de varios yacimientos del sur de Camerún (Oslisly 2006: 310-314).

Fuera de nuestra área de estudio, en la reserva natural de Banyang-Mbo, al norte del río Sanaga, han sido localizados numerosos yacimientos arqueológicos: Ale Mekudian, Njuinye (Mercader y Martí 1999b, Mercader *et al.* 2006), Akak 1, Akak 2, Nfeitok 1, Mameli 1, Ewani 1-10, Ndjano 1, Ndjano 2, Nhuan 1, Etalafa y Kokobuma 1 (Oslisly *et al.* 2000). En general no han sido estudiados con detalle y pocos de ellos ofrecen restos que puedan asociarse al uso de los metales o fosas con cronologías similares a las que aquí

estudiamos. Aquellos que presentan restos parecidos pero con cronologías más tardías son los siguientes:

En Akak 1 (5°30'19"N ; 9°22'3"E) se excavó una fosa de desecho con restos cerámicos. Una datación radiocarbónica [(Gif-11047) 610±30 BP] fecha la estructura en AD 1304-1404.

En Nfeitok 1 (al norte de Akak 1) se excavó una fosa de desecho que contenía carbones y fragmentos cerámicos. Una datación radiocarbónica [(Gif 10749) 580±40 BP] fecha la estructura en AD 1305-1427.

En Mameli 1 (5°9'16"N ; 9°20'2"E) se excavaron los restos de una estructura de reducción de hierro con escorias y fragmentos de cerámica y un hachita lítica. Una datación radiocarbónica [(Gif-11049) 1000±75 BP] fecha la estructura en AD 894-1213.

En Ewani 1 (5°12'50"N ; 9°26'37"E) aparecieron restos de escorias y fragmentos de cerámica. Una datación radiocarbónica asociada a los restos [(Gif-11050) 530±35 BP] los fecha en AD 1319-1445.

Otro importante yacimiento que queda fuera de nuestra área de estudio es el abrigo rocoso de Shum Laka (Lavachery 1996, 2001, Lavachery y Cornelissen 2000, Moeyersons 1996, Maret 1996, Cornelissen 1996) situado en la provincia noroeste de Camerún, a unos 17 km al suroeste de Bamenda (5°51'31"N ; 10°4'40"E). En él se excavó toda una secuencia arqueológica continua que va de finales del Pleistoceno hasta mediados del segundo milenio d.C. La única fase que proveyó evidencia de uso de metal es la llamada Horizonte Medio (2150-900 BP), en la que además de industria lítica y restos cerámicos se encontraron dos objetos de hierro: un anillo y un fragmento de pulsera, pero no podemos asegurar que no sean intrusiones de momentos subactuales (Lavachery 2001: 233-236).

Finalmente, hemos excluido de nuestro estudio la información de yacimientos en donde hay estructuras de reducción de hierro como Pongsolo I y II, Pan Pan, Saka, Zoétéle-Brousse porque han sido escasamente estudiados y sus dataciones los sitúan entre los siglos XIV y XVII d.C. (Essomba 2002), lo mismo sucede con los dos yacimientos del lago Ossa, Isla y Safa Cam (Wirrmann y Élouga 1998). Tampoco incluimos el yacimiento de Nkoongop (Ossah 1997) por carecer de datación radiocarbónica.

6.3.5. *Síntesis*

La Edad del Hierro en la costa sur de Camerún arranca en el primer milenio a.C. y se extiende hasta la llegada de la población europea, sus límites son imprecisos y variables según las zonas. Los restos arqueológicos asociados a este largo periodo de tiempo son, sin embargo, muy homogéneos: fosas, hornos y tumbas. Las dataciones radiocarbónicas asociadas a estos restos presentan, en ocasiones, amplias desviaciones típicas, lo que no permite concretar en detalle la secuencia arqueológica.

La estructura arqueológica más común, y cuyo origen arranca de momentos previos a la Edad del Hierro, es la fosa, de la que se han encontrado centenares [Fig. 6.37]. Su utilidad original pudo haber sido variada (aprovisionamiento de arcilla, silo, etc.), aunque la mayoría de ellas se reutilizó con un fin detritico. Cuando en su interior albergan restos de escoria de hierro o fragmentos de tobera sirven como marcadores del inicio del uso de los metales, aunque la poca calidad de las fechas radiocarbónicas no permita precisar el momento. No obstante, una pauta relativamente recurrente es que estas fosas tienden a presentar cronologías algo más tardías que las que no tienen restos metálicos, en torno a finales del primer milenio a.C. Algunas fosas, por el tipo de deposición que se encontró en su interior, han sido asociadas a comportamientos rituales.

El tipo de resto arqueológico que indica sin duda dominio de la metalurgia es el horno de fundición, identificado tanto por su forma, como por la rubefacción de sus paredes expuestas al fuego y por la presencia de escorias de hierro y fragmentos de tobera. Sus dataciones radiocarbónicas sitúan su uso a finales del primer milenio d.C. y a lo largo de la era. Con los datos de que disponemos hoy en día podemos afirmar que es altamente probable que la metalurgia llegase a la zona a lo largo del primer milenio a.C., pero que no se dominase extensamente hasta mediados de ese mismo milenio.

Finalmente, un tipo de estructura arqueológica menos habitual son las tumbas (ver Tabla 6.23). No siempre son fáciles de reconocer debido a la ausencia de restos óseos. Suelen identificarse por su forma oblonga o tendente al rectángulo y, sobre todo, por la disposición de los elementos de adorno (collares, brazaletes y tobilleras principalmente) que debió portar el cadáver. Las tumbas encontradas hasta la fecha se datan a partir del cambio de era, habitualmente en la primera mitad del primer milenio d.C. En el capítulo 9 haremos un ensayo interpretativo sobre la posible función social de estas tumbas junto con sus ajuares.

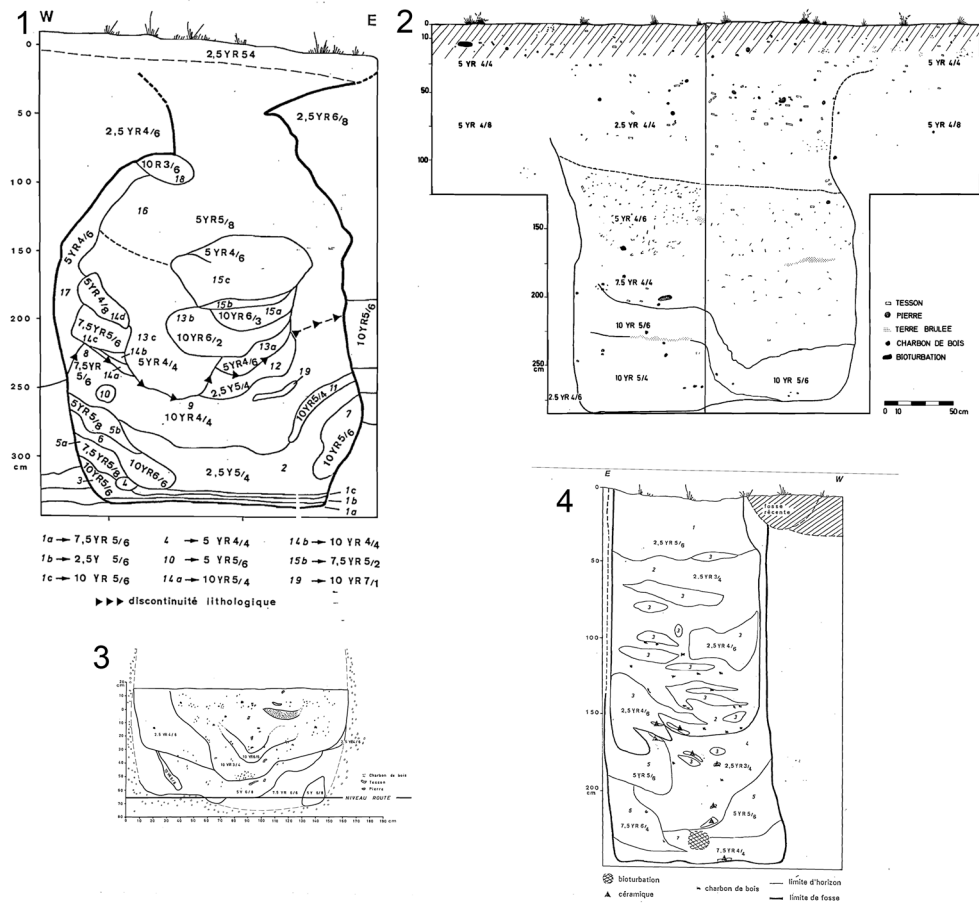


Fig. 6.37. Ejemplo de secciones de fosas domésticas de Camerún. Todas están a la misma escala. 1) Fosa 9 de Nkang (Mbida 1996: Vol. I, 132, Fig. III.3.1), 2) Fosa II de Obobogo (Claes 1985: Vol. II, Fig. 12), 3) Fosa 3 de Okolo (Claes 1985: Vol. II, Fig. 15), 4) Fosa 14 de Ndindan (Mbida 1996, Vol. II, 401, Fig. III.12.1).

YACIMIENTO	Nº DE TUMBAS/ DEPÓSITOS RITUALES	FORMA
Bwambé-Sommet	3	Redondeada
Mouanko-Epolo	1	Desconocida
Mouanko-Lobethal	2	Oval
Kribi-Mpoengu	1	Irregular con tendencia oval
Akonétye	4	Desconocida/Cuadrangular
Campo	12	Rectangular
TOTAL	23	

Tabla 6.23. Listado de yacimientos cameruneses con tumbas o depósitos rituales.

6.4. Costa norte de Gabón

A diferencia del orden que hemos seguido en Camerún, en Gabón estudiaremos los yacimientos arqueológicos de la Edad del Hierro según sus provincias. Que lo hagamos así se debe a que nos basamos en el análisis realizado por uno de los arqueólogos más destacados en el país, Bernard Clist (1995, 2004). En concreto centraremos nuestra atención en las cuatro provincias más cercanas a Guinea Ecuatorial: Estuario, Ogooué Medio, Ogooué Ivindo y Woleu-Ntem.

Hemos podido comprobar que en la literatura arqueológica se han definido una serie de “grupos” para cada provincia. En principio es fácil creer que estos grupos son grupos humanos pero, en realidad, no podemos afirmar que se traten de grupos arqueológicos (*sensu* Gordon Childe) ni de grupos culturales, se tratan simplemente de lo que podríamos llamar grupos tecnológicos, es decir, la única diferencia entre unos y otros es la forma y decoración de sus cerámicas, el resto de elementos conservados que nos informan sobre sus modos de vida se repiten en todos los grupos.

La actividad arqueológica de los últimos treinta años ha revelado la existencia de una gran cantidad de yacimientos arqueológicos en Gabón [Fig. 6.38]. No obstante, la mayoría de ellos se conocen por sus materiales de superficie o por pequeños sondeos. Aunque sabemos que la arqueología de la Edad del Hierro gabonesa es rica en yacimientos aún carecemos de la información suficiente como para elaborar una narrativa sólida sobre este periodo.

6.4.1. Provincia del Estuario

La provincia del Estuario es la más cercana al archipiélago formado por las islas de Elobey y Corisco y, como veremos, es aquí donde primero se identificaron las tradiciones culturales que nuestro equipo documentó en Corisco. En la ribera norte del estuario que da nombre a la provincia se encuentra Libreville, la capital del país, lo que hace que ésta sea la región más estudiada desde un punto de vista arqueológico.

Grupo Oveng

Clist identificó la tradición Oveng en once yacimientos situados en los alrededores del estuario de Libreville y la bahía del Mondah: Ayémé, Evinayong 2, Evinayong 3, Kafélé 2, Kango 5, Oveng 1, Remboué 1, Remboué 3, Angondjé 1, Awoungou 2 y Awoungou 7.

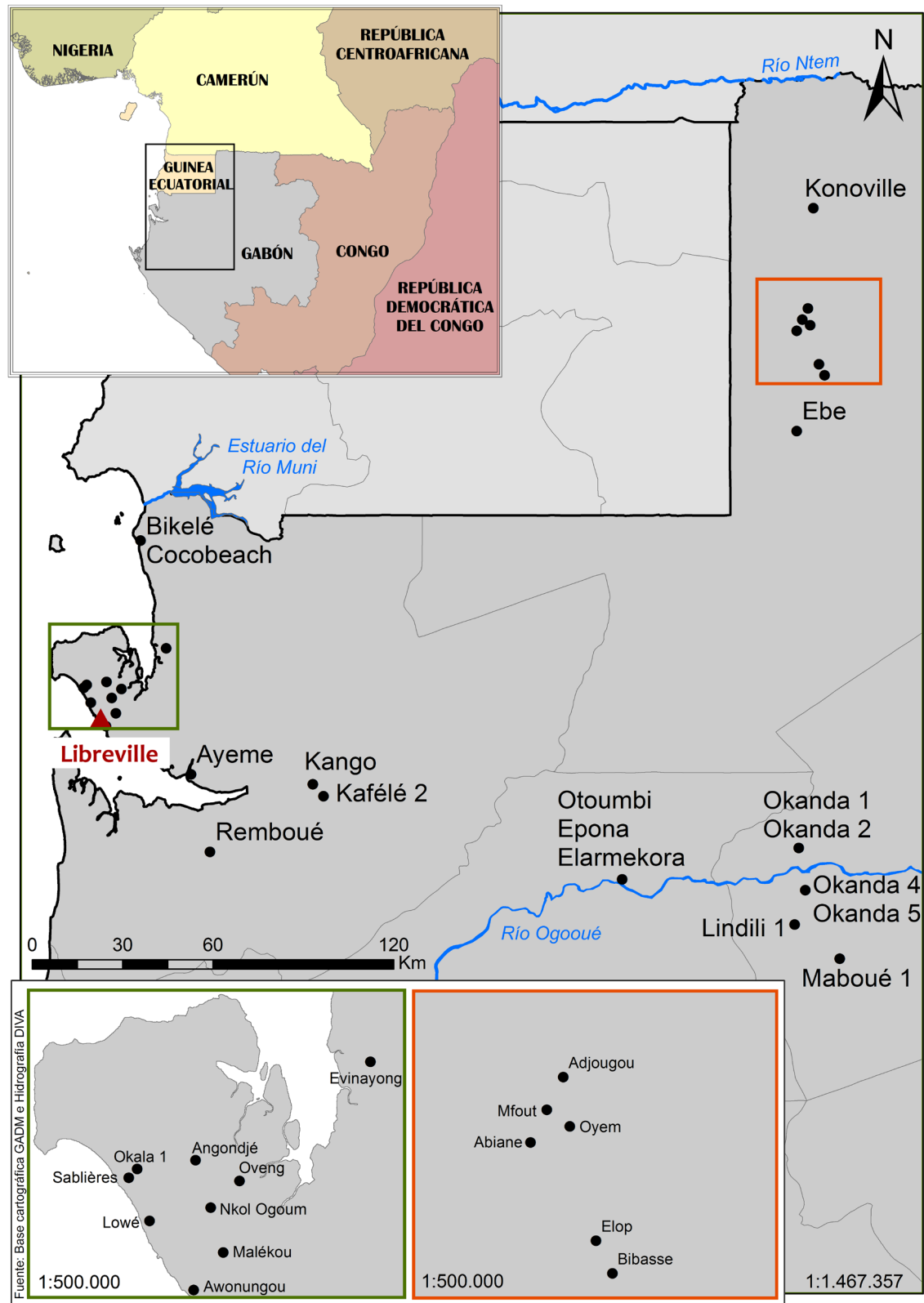


Fig. 6.38. Yacimientos arqueológicos de la Edad del Hierro del norte de Gabón. Elaboración: Cristina Charro y el autor.

Todos ellos consistían en suelos de ocupación y/o fosas de desecho o simples hallazgos en superficie. Solamente en tres de ellos (Oveng 1, Kango 5 y Kafélé 2) se llevaron a cabo intervenciones arqueológicas (Clist 2004: 615-617).

En el yacimiento de Oveng 1 (00°28'43"N ; 09°31'00"E) han aparecido fragmentos cerámicos, molinos de piedra, endocarpos carbonizados, pesas de red de arcilla, restos óseos de peces, fragmentos de moluscos y cuentas de collar de concha. También apareció una pequeña fosa con restos de actividad metalúrgica (escorias y fragmentos de tobera principalmente) (Clist 2004: 556-574). Tanto en Kafélé 2 (00°09'27"N ; 10°07'12"E) como en Kango 5 (00°12'03"N ; 10°04'57"E) se ha excavado una fosa por yacimiento cuyo contenido consistía en fragmentos cerámicos, fragmentos de piedras pulidas y, en la fosa de Kango, restos de escorias de hierro y un trozo de tobera (Clist 2004: 592-599).

Los restos cerámicos Oveng han sido estudiados en detalle por Clist (2004: 556-571). En general se tratan de cuencos de boca ancha de mediano y pequeño tamaño con fondos planos con umbo y bordes cóncavos, rectilíneos o convexos. La decoración es variada, incluyendo impresiones de punzón, ungulaciones y líneas incisas formando tramas [Fig. 6.39]. En la estancia de investigación que realizamos en la sección de Prehistoria y Arqueología del Museo Real de África Central en Tervuren (Bélgica) tuvimos la oportunidad de acceder al conjunto de restos cerámicos de esta tradición. Agradecemos a Bernard Clist que nos dejase dibujarlos e incluirlos en este trabajo [Fig. 6.40].

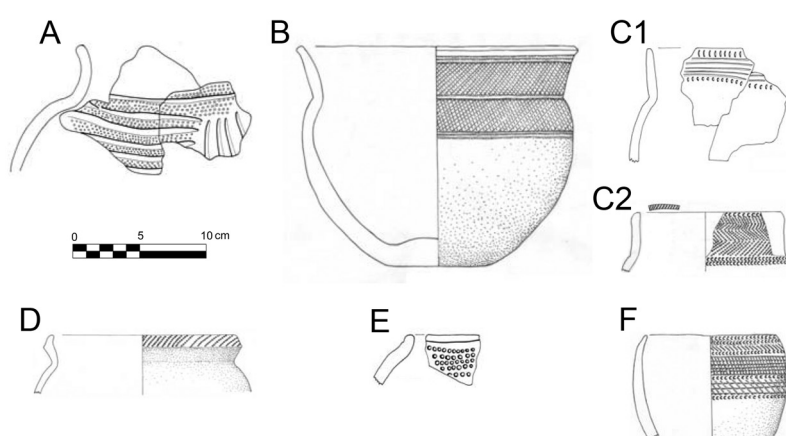


Fig. 6.39. Tipología cerámica Oveng. A) Cuellos cóncavos con extremidad divergente, B) Cuellos divergentes ligeramente cóncavos, C1) Cuellos rectilíneos divergentes o paralelos, C2) Forma tendente a botella, D) Cuellos convexos, E) Formas semicerradas, F) Cuencos (a partir de Clist 2004: 559, Fig. 7-18).

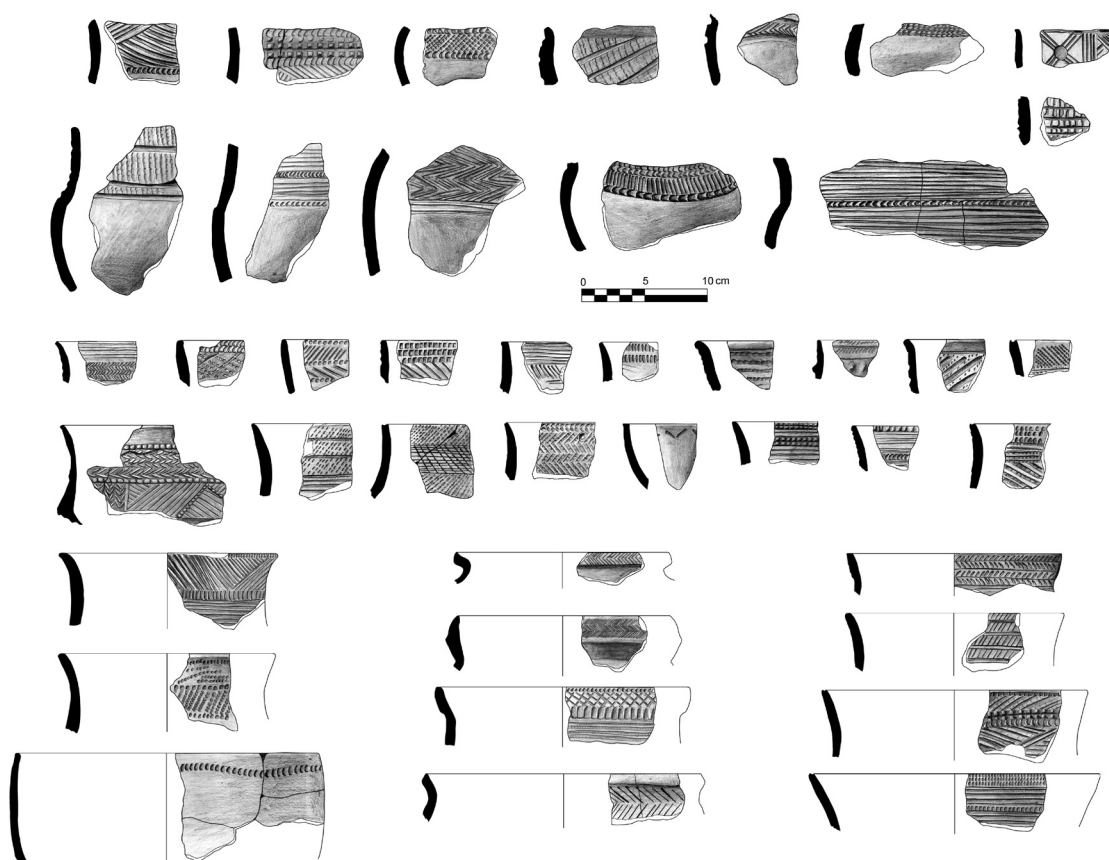


Fig. 6.40. Fragmentos cerámicos de la tradición Oveng (yacimiento Oveng 1) de la sección de Prehistoria y Arqueología del Museo Real de África Central (Tervuren, Bélgica). Colección Bernard Clist.

En general, los restos arqueológicos que conforman este grupo junto con los enclaves en los que aparece (cerca de cursos fluviales) llevan a su descubridor a sugerir que su economía dependería fuertemente de la pesca y que dominaban la metalurgia (Clist 2004: 617).

El grupo Oveng ha sido fechado a través de nueve dataciones radiocarbónicas procedentes de cinco yacimientos (ver Tabla 6.24) de las que su autor considera válidas todas menos Gif-6424 y Gif-8151, la primera por ser demasiado reciente y la segunda por ser demasiado antigua. Inexplicablemente, el autor no descarta otras que adolecen de los mismos problemas. La cronología de este grupo iría aproximadamente del siglo III a.C. al siglo VI d.C.

YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Oveng 1	Arc-343	1900	50	AD 3-236
Oveng 1	Beta-14832	1970	70	126 BC-AD 213
Oveng 1	Beta-14833	1740	60	AD 428-660
Oveng 1	Gif-6424	1650	70	AD 237-562
Oveng 1	Gif-8151	2210	40	382-184 BC
Remboué 1	Beta-53554	1650	50	AD 257-539
Remboué 3	Beta-53552	1750	70	AD 87-423
Kafélé 2	Gif-6905	1670	80	AD 143-561
Kango 5	Lv-1519	1900	70	49 BC-AD 321

Tabla 6.24. Dataciones radiocarbónicas del grupo Oveng (Clist 2004: 618).

Grupo II

El grupo II fue identificado en cuatro yacimientos: tres poblados (Lowé 1, Malékou y Remboué 11) y una necrópolis (Sablières) al noroeste de Libreville.

Conocemos muy poco del grupo II en Gabón, pues sus restos aparecieron semidestruidos por obras de construcción. Tan escasa es la información que su descubridor lo consideró un “grupo a la espera” (*groupe d'attente*) hasta que posteriores excavaciones arrojasen más luz sobre él (Clist 1995: 167, 2004: 628). Como tendremos la oportunidad de ver, este grupo fue identificado por nuestro equipo en el registro arqueológico de Corisco y renombrado como Tradición Nandá.

Sablières (Peyrot *et al.* 1990) es el yacimiento que más materiales ha dado, aunque se limitan a varios recipientes cerámicos y un hacha de hierro. Las formas cerámicas corresponden a cuatro tipos: los recipientes de borde cóncavo, los recipientes de borde rectilíneo, las botellas y las bombonas, con fondos planos o convexos y decoraciones de líneas incisas en bandas paralelas o formando reticulados, espigas u ondulaciones (Clist 2004: 603-613) [Fig. 6.41].

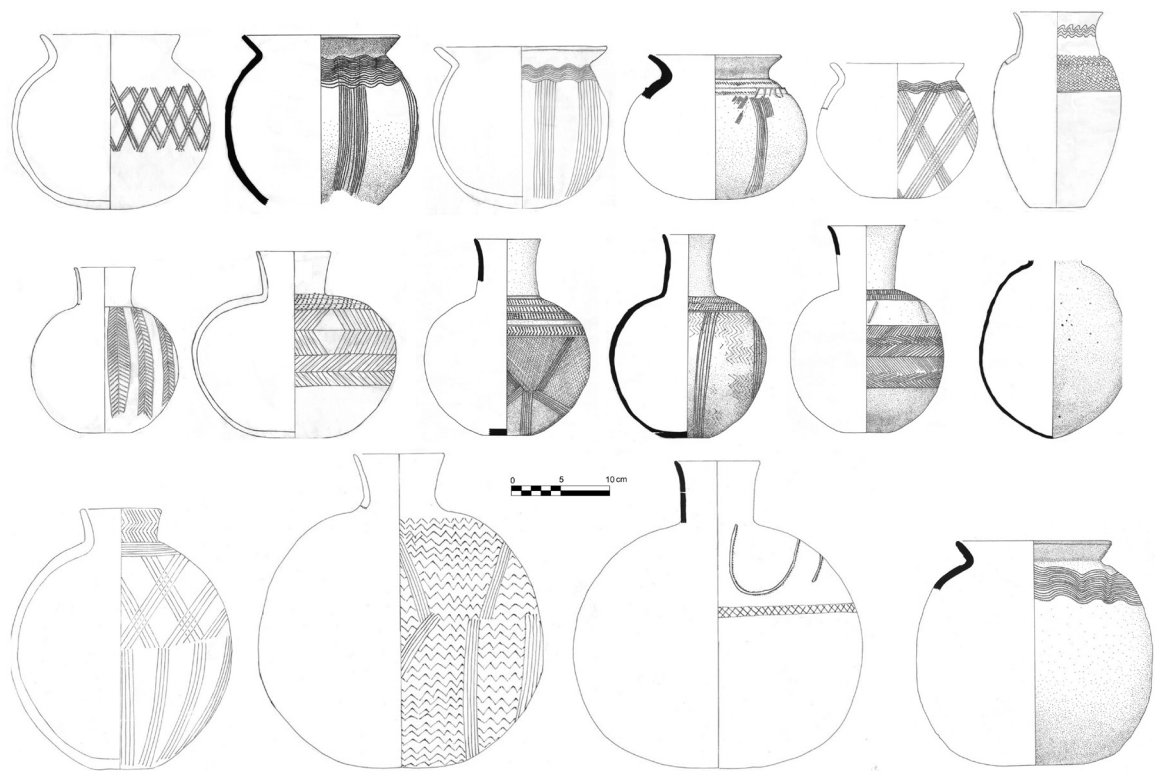


Fig. 6.41. Tipología cerámica del Grupo II (renombrado Nandá). De arriba abajo recipientes de borde cóncavo y borde rectilíneo, botellas y bombonas (a partir de Clist 2004: 604-612, Figs. 7-48/56).

Las dataciones radiocarbónicas asociadas al grupo II (ver Tabla 6.25) son escasas y de poca calidad. Sitúan a este grupo en la segunda mitad del primer milenio d.C.

YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Remboué 11	Beta-54220	1360	70	AD 530-810
Malékou	Beta-20784	1290	140	AD 470-1030
Sablières	Gif-6426	1150	60	AD 700-1020

Tabla 6.25. Dataciones radiocarbónicas del grupo II (Clist 2004: 628).

Grupo Angondjé

Este grupo ha sido identificado en numerosos yacimientos concentrados en los alrededores de Libreville y en la rivera derecha del estuario de Gabón⁶. Todos ellos son lugares de habitación con fosas: Angondjé, Charbonnages, Okala 1, Nkol Ogoum, Kango

6 Mientras estábamos redactando este capítulo Richard Oslisly y Alain Assoko Ndong descubrieron un yacimiento con materiales claramente Angondjé al norte de Libreville, cerca del Parque Nacional Akanda, en una zona fuertemente alterada por obras de construcción (Richard Oslisly, comunicación personal).

2 y Remboué 15. Existen otros enclaves en donde han aparecido restos cerámicos en superficie adscribibles a este grupo (Clist 1995: 168).

Sólo dos de estos yacimientos han sido excavados, Angondjé y Okala 1. En Angondjé se excavaron siete fosas en donde aparecieron los restos habituales: fragmentos cerámicos, endocarpos carbonizados y cuatro objetos de hierro (tres indeterminados y una espada que probablemente pertenezca a un periodo posterior a la Edad del Hierro). También se encontraron múltiples fragmentos de escoria de hierro y toberas, lo que atestigua la actividad metalúrgica (Clist 2004: 643-652). En Okala 1 se excavaron 18 fosas, de las cuales 11 eran neolíticas y el resto tenían rellenos de diferentes periodos, entre ellos de la Edad del Hierro. Estas últimas contenían fragmentos cerámicos [Fig. 6.42], piezas líticas, carbones y algunos fragmentos de hierro (un posible brazalete y una lámina de hierro) (Clist 2004: 653-679). Del mismo modo que con la tradición Oveng, en el Museo Real de África Central tuvimos la oportunidad de dibujar varios fragmentos cerámicos encontrados en superficie en el yacimiento de Angondjé [Fig. 6.43].

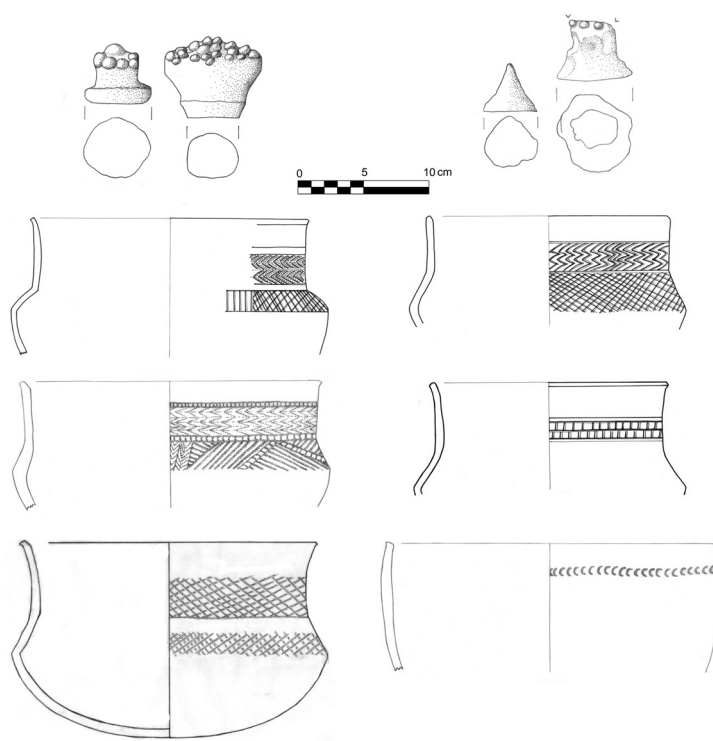


Fig. 6.42. Tipología cerámica de la tradición Angondjé (a partir de Clist 2004: 645-649, Figs. 7-81/85).

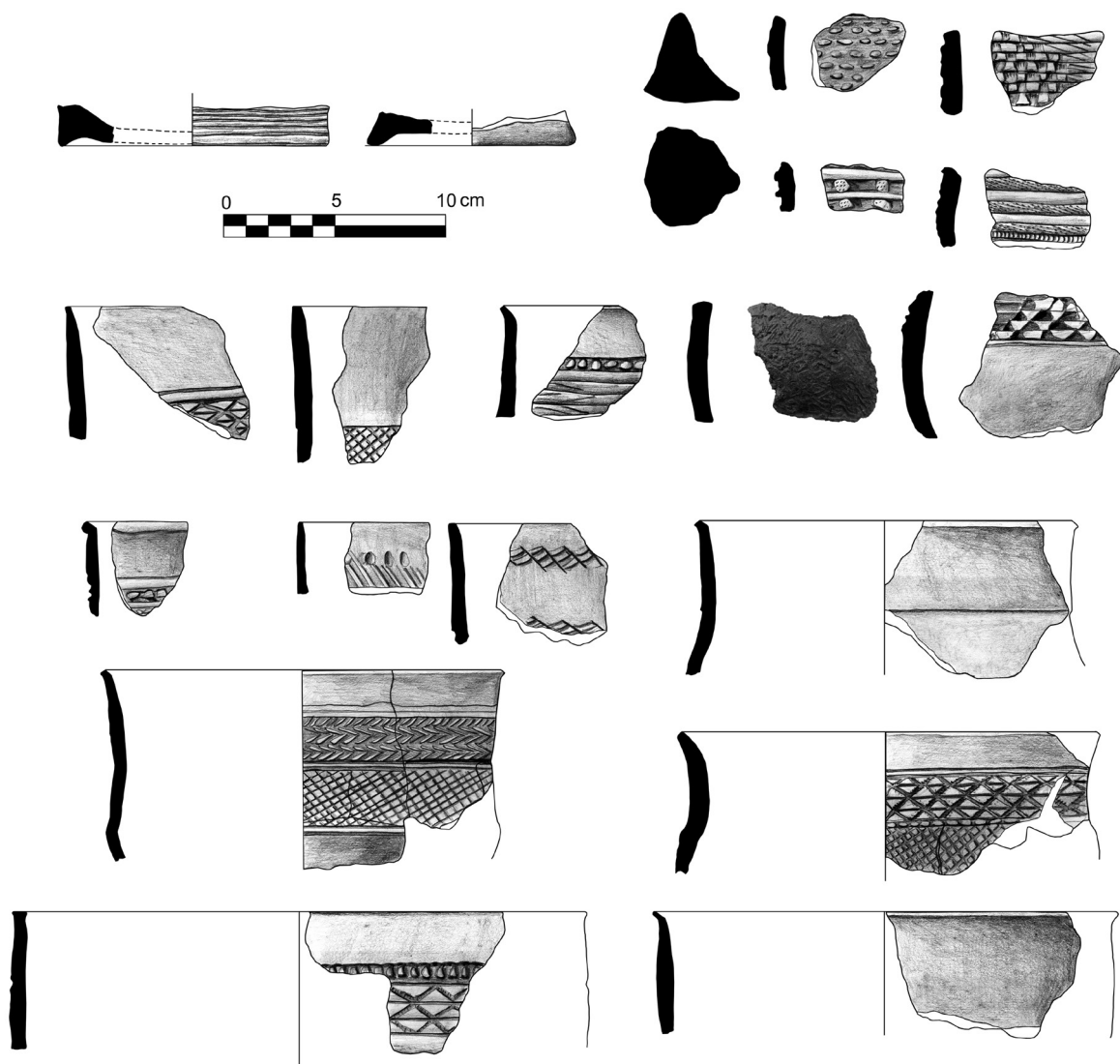


Fig. 6.43. Fragmentos cerámicos de la tradición Angondjé (yacimiento Angondjé en superficie) de la sección de Prehistoria y Arqueología del Museo Real de África Central (Tervuren, Bélgica). Colección Bernard Clist.

Del conjunto de yacimientos Angondjé se obtuvieron muestras para datar por radiocarbono (ver Tabla 6.26). Las de Angondjé provienen de un estrato de la Edad del Hierro, las de Okala 1 de una posible estructura de combustión. El resto de fechas corresponden a yacimientos que no fueron excavados y desconocemos cómo fueron obtenidas. Todas ellas sitúan el grupo Angondjé entre el siglo X y el XVII d.C.

YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Angondjé	Beta-74283	930	50	AD 970-1210
Angondjé	Beta-74282	740	50	AD 1190-1320
Charbonnages	Hv-13432	850	60	AD 980-1300
Kango 2	Lv-1517	800	60	AD 1100-1300
Angondjé	Beta-74282	740	50	AD 1170-1330
Nkol Ogoum	Lv-1518	710	50	AD 1170-1410
Remboué 15	Beta-54221	670	50	AD 1220-1420
Charbonnages	Hv-13430	565	50	AD 1250-1450
Okala 1	Beta-20787	560	50	AD 1250-1450
Okala 1	Gif-8152	440	50	AD 1340-1620

Tabla 6.26. Dataciones radiocarbónicas del grupo Angondjé (Clist 1995: 176-179).

Grupo IV

El grupo IV excede la cronología que abordamos en este trabajo pues es posterior a la llegada de la población europea a la zona. Desconocemos prácticamente todo de este grupo, a excepción de que la cerámica mantiene las formas angondjé pero pierde calidad y su típica decoración. Progresivamente la cultura material local empezará a ser sustituida por la europea, como sucede en el yacimiento de Remboué 15, llegando incluso a desaparecer por completo, como en Evinayong (Clist 1995: 168-169).

6.4.2. Provincias del Ogooué Medio y Ogooué Ivindo

Situadas al Sur y Sureste de la provincia del Estuario, estas provincias reciben su nombre del río Ogooué, el más importante de Gabón. Aunque nace en Congo, gran parte de su cauce fluye por estas dos provincias, hasta desembocar en el Atlántico en la provincia Ogooué Marítimo. El conjunto de tradiciones cerámicas que se mencionarán para estas provincias pueden verse en la Fig. 6.44.

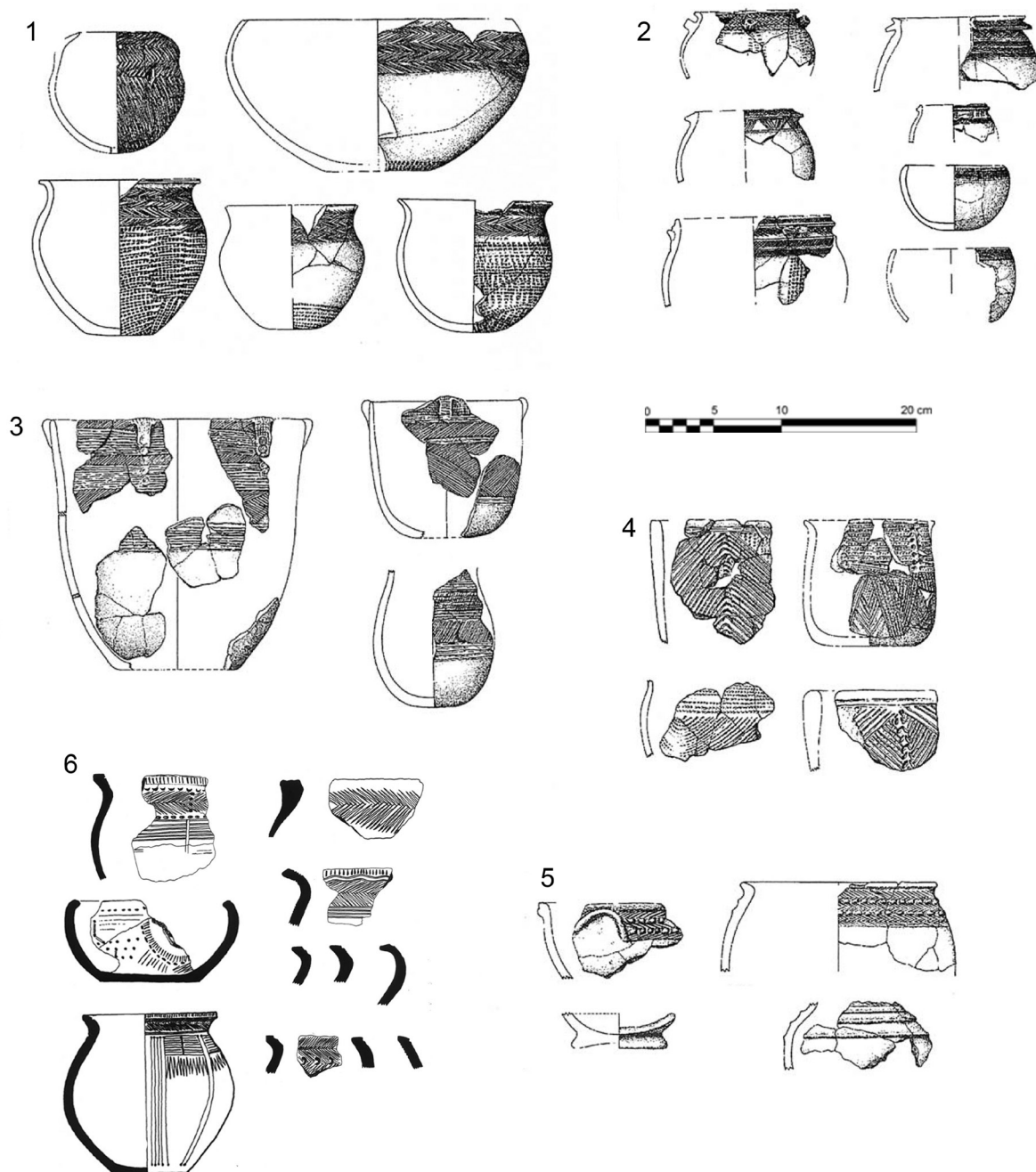


Fig. 6.44. Recipientes cerámicos de las tradiciones de las provincias de Ogooué Medio y Ogooué Ivindo. 1) Grupo Epona, 2) Grupo Yindo, 3) Grupo Okanda, 4) Grupo Lindili, 5) Grupo Guétandé, 6) Grupo Otoumbi (a partir de Assoko Ndong 2002: 142; Fig. 4, 148, Fig. 8; 153, Fig. 12; Clist 2004: 267, Fig. 7-67).

Grupos Epona y Yindo

Los grupos Epona y Yindo, localizados dentro de la reserva de fauna de Lopé, no pertenecen como tal a la Edad del Hierro, sino a la fase conocida como *Stone to Metal Age*, una fase cuya principal característica es la del modo de vida neolítico, acompañado muy

ocasionalmente de restos asociados al uso de los metales (escorias de hierro y fragmentos de tobera). De nuevo, la estructura arqueológica típica es la fosa.

Conocemos muy poco de estas dos tradiciones que han sido exclusivamente definidas (y diferenciadas) por su estilo cerámico. La tradición Epona se ha descubierto en seis yacimientos (Epona 1, Epona 2, Lopé 12, Okanda 5, Okanda 6 y Otoumbi 13) y ha sido datada entre 1290 a.C y 220 d.C. (Assoko Ndong 2002: 143). La tradición Yindo, fechada entre 830 a.C. y 230 d.C., ha sido descubierta en Lopé 2, Okanda 1 y Toubé 1 (Assoko Ndong 2002: 144). A pesar de convivir durante un milenio en una misma zona geográfica ambas tradiciones mantienen sus características propias, hecho muy parecido al documentado en Corisco con las tradiciones Nandá y Angondjé. La equivalencia cronológica nos lleva a sugerir la posibilidad de encontrarnos ante dos tradiciones tecnológicas diferentes, Epona y Yindo, pero no necesariamente dos grupos humanos diferentes. Desafortunadamente, la falta de información precisa sobre los contextos arqueológicos de dónde proceden estas cerámicas nos impide ahondar en esta hipótesis.

Ha sido destacado que la tradición cerámica Yindo posee numerosas similitudes con la cerámica de la fase Carboneras Medio de Bioko aunque, como vimos más arriba, esta última tradición es más reciente que Yindo pues se sitúa en la segunda mitad del primer milenio d.C. Según Assoko Ndong (2002: 145), esta similitud entre tipos nos habla de la pertenencia a un ambiente cultural común que vendría corroborado por estudios lingüísticos que emparentan fonológica, morfológica y lexicoestadísticamente la lengua Mbam de Camerún, el Bubi de Bioko y el Myene de Gabón.

Grupo Okanda

La transición de un modo de vida neolítico, sin metales, a otro en el que el trabajo del metal se vuelve cada vez más común en el valle del río Ogooué ha sido intensamente investigado por Oslisly (1986, 1992, 2001) y su colaboradores (Oslisly y Peyrot 1992, Oslisly y Fontugne 1993). Los asentamientos Okanda se instalan en la ribera norte y sur del curso medio del río Ogooué, en los mismos enclaves anteriormente ocupados por población neolítica (grupo Okala). Fue Oslisly (1986, 1992) primero, y Assoko Ndong (2001) después quienes estudiaron este grupo, pero aquí nos guiaremos ante todo por la síntesis hecha por Clist (2004: 619-623).

Los dos yacimientos de referencia para este grupo son Lindili 1 y Okanda 5, aunque también ha podido identificarse este grupo en Epona 2, Otoumbi 4, Otoumbi 5, Otoumbi 8, Lopé 4, Lopé 10, Okanda 1, Okanda 2, Okanda 4, Mingoué 1 y Maboué 1 (Clist 1995: 169, 2004: 619).

En su mayoría se trata de yacimientos formados por fosas de desecho en donde aparecen fragmentos cerámicos, abundantes escorias de hierro y fragmentos de tobera. En Mingoué 1, Lopé 4 y Epona 2 aparecieron hornos de reducción de mineral de hierro sin cerámicas asociadas (Clist 1995: 169).

Aunque el grupo Okanda se considera una unidad desde el punto de vista de la producción cerámica, Assoko Ndong (2001: 465) diferenció dos posibles tradiciones: Lindili, localizada en Maboué 1 y Lindili 1, y Guétandé, sólo presente en Okanda 5. La primera sería considerada una vajilla ritual mientras que la segunda tendría un uso doméstico (Clist 2004: 620). Como tendremos oportunidad de explorar en los próximos capítulos, algo similar ocurre con las tradiciones tecnológicas Nandá y Angondjé en Corisco.

El grupo Okanda ha sido datado gracias a 15 fechas radiocarbónicas procedentes de seis yacimientos (ver Tabla 6.27). Las muestras datadas provienen de fosas o niveles de ocupación en donde se han documentado fragmentos cerámicos pertenecientes al grupo Okanda y restos de escorias de hierro y fragmentos de tobera que asocian la actividad metalúrgica a este grupo. La secuencia cronológica sitúa este grupo entre el siglo IV a.C. y VII d.C.

YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Lindili 1	Gif-8138	1910	40	AD 7-217
Lindili 1	Oxa-7602	1905	35	AD 23-214
Lindili 1	Gif-10753	1480	60	AD 428-655
Lindili 1	Oxa-7753	1830	35	AD 83-316
Lindili 1	Gif-10752	1745	40	AD 145-396
Lindili 1	Gif-10436	1890	50	AD 6-240
Okanda 1	Gif-6909	2130	60	362-3 BC
Okanda 1	Gif-10102	1790	50	AD 92-381
Okanda 2	Gif-7776	2110	70	360 BC-AD 22

YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Okanda 5	Gif-10437	1950	40	41 BC-AD 129
Okanda 5	Gif-7524	1840	60	AD 52-335
Okanda 5	Oxa-7603	1980	35	52 BC-AD 115
Okanda 5	Gif-11345	1620	55	AD 260-567
Otoubmi 4	Beta-15066	1980	80	183 BC-AD 220
Otoubmi 5	Beta-15067	2260	120	754-41 BC

Tabla 6.27. Dataciones radiocarbónicas del grupo Okanda (Assoko 2001: 312, 387, Clist 2004: 620-621, Oslisly 1992: 209, 227).

Grupo Otoubmi

El grupo Otoubmi (Oslisly 1986, 1992: 231-245) ha sido documentado en varios yacimientos localizados al oeste del grupo Okanda: Otoubmi 5, Otoubmi 8, Otoubmi 13, Otoubmi 15, Otoubmi 16, Elarmekora 3, Epona 2, Anzem 1 y Mingoué 5. En algunos de ellos (Otoubmi 4, Otoubmi 5 y Otoubmi 8) se da una relativa superposición de los poblados Okanda y Otoubmi (Clist 2004: 623).

Se tratan de poblados con fosas y suelos de ocupación. Sendos hornos de reducción de mineral de hierro han sido localizados en Anzem 1 y Mingoué 5.

Las fechas de radiocarbono disponibles para los yacimientos asociados al grupo Otoubmi (ver Tabla 6.28) sitúan este grupo entre los siglos II a.C. y VI d.C.

YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Otoubmi 5	Beta-15068	1900	90	111 BC-AD 340
Otoubmi 5	Gif-7196	1630	50	AD 260-550
Otoubmi 5	Gif-7197	1700	50	AD 220-529
Otoubmi 8	Gif-7430	1640	70	AD 244-565
Elamerkora 3	Gif-8051	1850	60	AD 27-330
Anzem 1	Gif-8740	1600	60	AD 333-596
Mingoué 5	Gif-7775	1730	60	AD 136-419

Tabla 6.28. Dataciones radiocarbónicas del grupo Otoubmi (Clist 1995: 176-179).

Grupo Lopé

Tras el final del grupo Otoumbi (mediados del primer milenio d.C.) hasta el inicio del grupo Lopé (s. XIV d.C.) se sugirió la existencia de un hiato poblacional de unos 700 años en torno al valle medio del río Ogooué (Oslisly 1992). Hoy en día ese hiato parece corresponder más a una falta de investigación que a una desaparición de los yacimientos (Clist 1995: 172), de hecho, publicaciones más recientes proponen reducirlo a un periodo que iría del siglo VII al XII (Oslisly y White 2009: 358). Como veremos, en fechas parecidas en Corisco también se documenta un descenso poblacional acusado.

Al igual que ocurre con el grupo IV en la provincia del Estuario, el grupo Lopé excede considerablemente el marco cronológico que aquí tratamos, pues se fecha aproximadamente entre el 1300 y el 1900 d.C. (Oslisly 1992: 256). Este grupo ha sido identificado en los yacimientos de Lopé 5 y Otoumbi 10, principalmente, y su cultura material ha sido tan escasamente descrita que Clist ha considerado la creación de este grupo como un “cajón de sastre” para toda la cerámica de producción local que aparece combinada con cultura material europea (Clist 1995: 172-174).

6.4.3. Provincia de Woleu-Ntem

La provincia de Woleu-Ntem rodea el interior de Guinea Ecuatorial y limita con el sur de Camerún. Hay escasísima información arqueológica relativa a esta provincia, y la existente se concentra en dos periodos cronológicamente muy separados el uno del otro: el primero sería una Edad del Hierro temprana, fechada en torno al 400 a.C.-400 d.C., y el segundo una Edad del Hierro tardía, en contacto con la población europea, posterior a 1450 d.C. Es más que probable que el vacío existente entre ambos periodos tenga más que ver con la falta de investigación que con una ausencia real de población.

Asociados a esa Edad del Hierro temprana tenemos conocimiento de varios yacimientos formados por estructuras de reducción de mineral de hierro asociadas a restos de escorias y fragmentos de tobera, son Oyem 1, Oyem 2 (01°33'59"N ; 11°34'24"E) y Koualessis (Clist 1989c: 82-83, 87, Jézégou y Clist 1991: 203).

De la segunda fase se conocen muchos más yacimientos. En la carretera Oyem-Bitam-Minvoul se excavaron siete hornos de fundición en Mbam, Soukoudzap, Akam, Nkobomboumou o Ndzomossi (Clist 1989c: 87). Por su parte, Assoko Ndong (1988)

descubrió una veintena de yacimientos metalúrgicos de los que excavó seis (Mbomo I, Mbomo II, Elarmitang, Nkoltang, Nkolayop y Missele). En ellos encontró estructuras de fundición de mineral de hierro asociadas a fragmentos cerámicos y de toberas y escorias de hierro [Fig. 6.45].

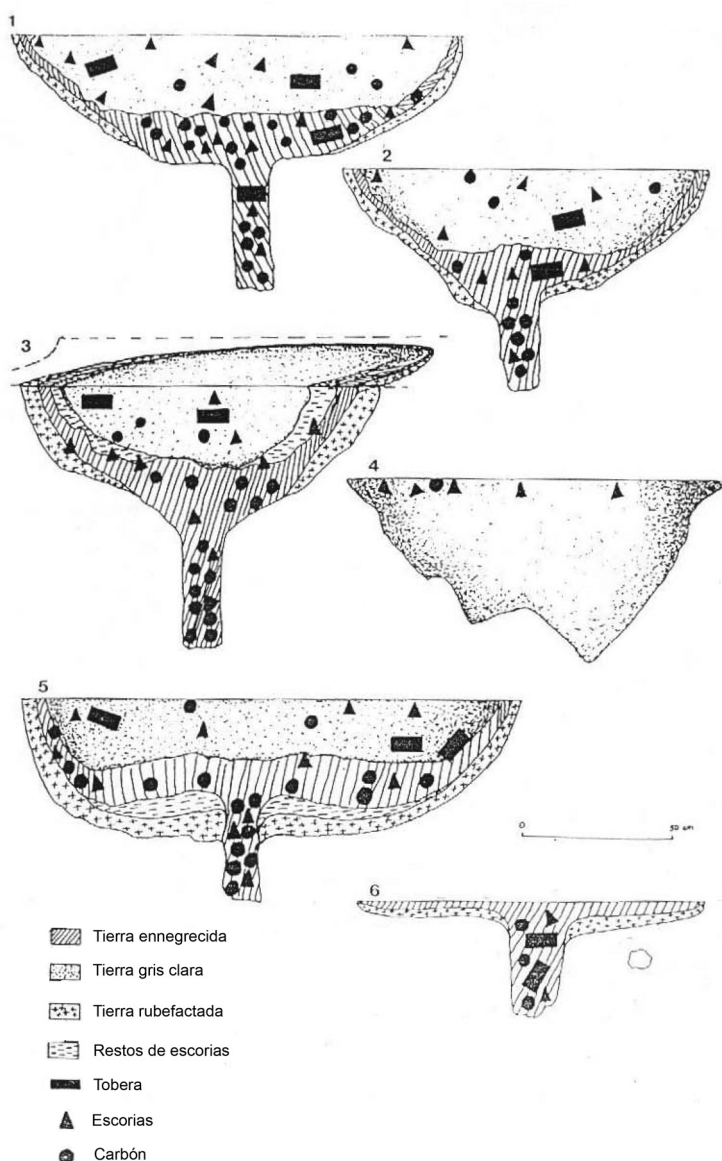


Fig. 6.45. Estructuras de reducción de hierro de la provincia de Woleu-Ntem. 1) Mbomo I, 2) Mbomo II, 3) Elarmitang, 4) Akoltang, 5) Nkolayop, 6) Missele (Assoko Ndong 1988: 14, Fig. 2).

Finalmente, conocemos la existencia de varios yacimientos arqueológicos que no han sido excavados ni datados por radiocarbono pero en cuya superficie aparecieron fragmentos de cerámica y acumulaciones de escorias de hierro, son: Abiane (1°33'N ; 11°32'E), Adjougou (1°37'N ; 11°34'E), Bibasse (1°25'N ; 11°37'E), Elop (1°27'N ; 11°36'E),

Konoville (1°55'N ; 11°35'E), Mfout (1°35'N ; 11°33'E), Ebe (1°15'N ; 11°32'E) (Meye Medou 1990).

Disponemos de una serie de dataciones radiocarbónicas asociadas a algunos de estos yacimientos (ver Tabla 6.29) y que confirman los dos rangos calendáricos antes sugeridos.

YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Oyem 1	Beta-14830	1710	60	AD 138-527
Oyem 2	Lv-1520	2220	75	405-58 BC
Oyem 2	Lv-1521	2280	55	473-193 BC
Koualessis	Beta-15058	1920	60	44 BC-AD 234
Koualessis	Beta-15059	2110	70	360 BC-AD 22
Mbam	Beta-15061	350	70	AD 1432-1664
Soukoudzap	Beta-15062	270	60	AD 1460- 1950
Akam	Beta-14826	140	90	AD 1528-1950
Nkobomboumou	Beta-14827	360	60	AD 1442-1646
Ndzomossi	Beta-15060	140	80	AD 1649-1950

Tabla 6.29. Dataciones radiocarbónicas de los yacimientos de la Edad del Hierro en la provincia de Woleu-Ntem (Clist 1989c: 92).

6.4.4. Síntesis

La naturaleza de los yacimientos arqueológicos conocidos para la sección norte de Gabón nos permite llegar a conclusiones muy generales sobre la Edad del Hierro. Esto se debe principalmente a la inexistencia de excavaciones extensivas y al tipo de estructuras encontradas.

Al contrario de lo que sucede en Camerún, en Gabón sólo se han localizado yacimientos con fosas [Fig. 6.46] y estructuras de reducción de mineral de hierro. Una excepción la constituye la necrópolis de Sablières, que aporta información muy sesgada al haberse visto fuertemente afectada por obras de construcción. Otra lo es el conjunto de 10 hachas metálicas descontextualizadas encontradas en el transcurso de unas obras en las cercanías de Libreville (Clist y Farine 1990). Desafortunadamente, esta realidad limita en gran medida la posibilidad de interpretar el pasado prehistórico gabonés así como la precisión de tal interpretación.

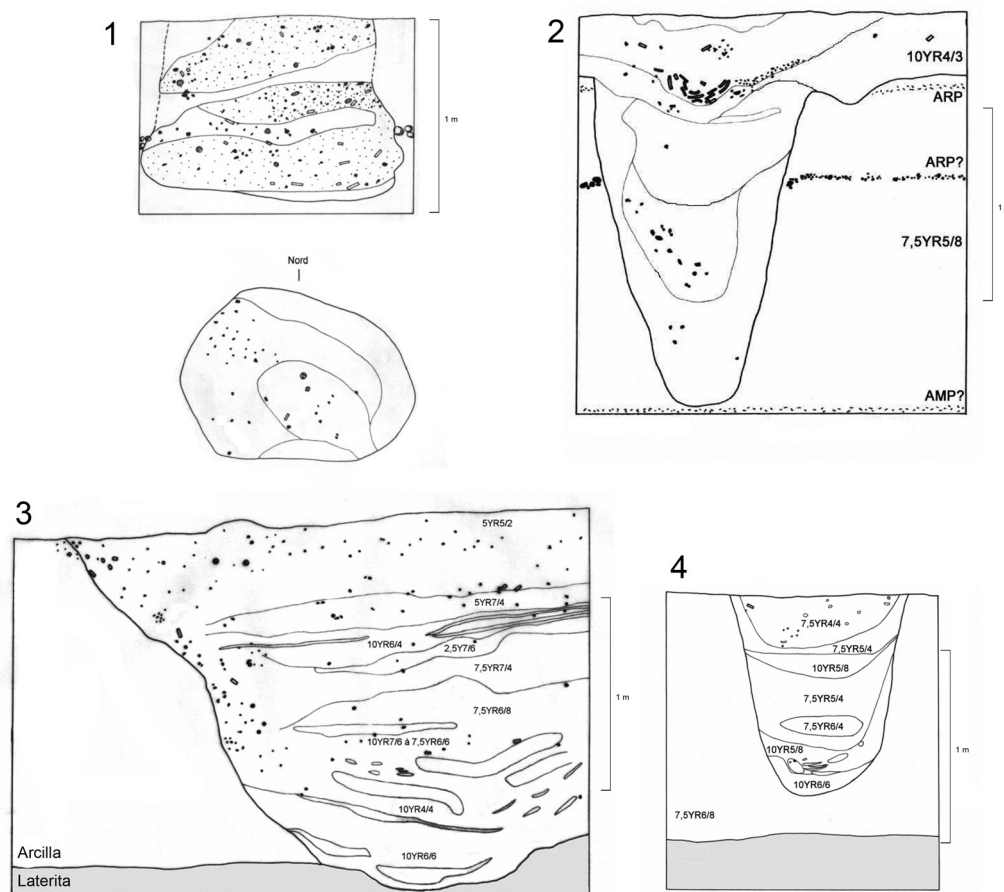


Fig. 6.46. Ejemplos de secciones de fosas domésticas de Gabón. 1) Fosa VI de Kango 5, 2) Fosa II de Angondjé, 3) Fosa II de Okala 1, 4) Fosa XII de Okala 1 (Clist 2004: 591, Fig. 7-38; 639, Fig. 7-77; 655, Fig. 7-89; 677, Fig. 7-109).

Con la información disponible podemos afirmar que en la región estudiada la metalurgia comenzó a asentarse en una franja temporal que estaría en torno al 300-200 a.C., momento en el que arrancaría la Edad del Hierro *sensu stricto*.

El modo de vida que se ha documentado es prácticamente idéntico para toda el área, y extensible al resto de zonas estudiadas en esta tesis: una economía versátil basada en la caza-recolección y en la horticultura, en la que los objetos metálicos irían sustituyendo progresivamente a los líticos, los cuales quedan representados en el registro por molinos de mano, percutores y afiladeras, principalmente. Acompañando a estos restos se han localizado grandes cantidades de fragmentos cerámicos cuya variedad decorativa permite hablar de diferentes tradiciones tecnológicas regionales, de las cuales tres de ellas, localizadas en el estuario de Libreville, se documentan también en Corisco.

Es especialmente llamativo que, salvo las excepciones mencionadas, en el norte de Gabón no se hayan encontrado objetos metálicos contextualizados, como sí ha sucedido en Camerún y, sobre todo, en Corisco. Por el momento, la única evidencia que tenemos de la fundición de metal son las estructuras de reducción de metal junto con escorias y fragmentos de tobera recuperados en algunos yacimientos.

6.5. Vínculos lejanos: costa de Congo-Brazzaville

En los últimos años hemos tenido noticia del descubrimiento de restos arqueológicos asociados a la Edad del Hierro al norte de Pointe-Noire, en Congo-Brazzaville, por parte del equipo coordinado por James Denbow (1990, 2012, 2014). A pesar de estar a casi 700 km de distancia de la isla de Corisco nos ha parecido interesante incluir este breve apartado por dos motivos: por un lado, pertenece a la misma área cultural de la costa centro-occidental africana de tradición bantú (en donde no sobran los hallazgos arqueológicos) y, por otro, sus restos arqueológicos convergen en cronología, tipo de estructuras y, en ocasiones, estilo cerámico con los previamente estudiados.

Aunque los restos documentados hasta la fecha en esta zona arrancan de la Edad de la Piedra y se extienden hasta la época colonial, aquí sintetizaremos sólo la información asociada a la Edad del Hierro.

Después de haber localizado decenas de yacimientos en prospección y haber excavado sólo algunos de ellos, James Denbow (2014) dividió la Edad del Hierro en la costa de Congo en dos grandes periodos: Temprano y Final. La Edad del Hierro Temprana (siglo III a.C. - siglo IX d.C.) cuenta con tres fases: a la primera y segunda pertenecen los yacimientos BP 113 y Kayes, y a la tercera Madingo-Kayes y Lac Ndembo. La Edad del Hierro Final (siglos XI-XIX) queda dividida en dos fases de las que sólo nos ocuparemos de la primera (siglos XI-XVII), pues la segunda se desarrolla ya en contacto con la población europea. Los yacimientos asociados a la primera fase de la Edad del Hierro Final son Condé y Loubanzi. Entre la Edad del Hierro Temprana y la Final se ha documentado un posible vacío de población similar al que documentamos en Corisco y en las provincias gabonesas de Ogooué Medio y Ogooué Ivindo entre el año 900 y el 1100 d.C., aproximadamente. Este hiato poblacional sería inmediatamente posterior al de Corisco y contemporáneo al gabonés. Las dataciones radiocarbónicas obtenidas de cada yacimiento pueden consultarse en la Tabla 6.30.

YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	CALIBRACIÓN
Tandou-Youmbi	Tx-6183	2110	60	370 BC-AD 30
BP113	Tx-7016	2060	60	250 BC-AD 70
BP113	Tx-7729	1930	50	60 BC-AD 180
BP113	Tx-7728	1940	50	70 BC-AD 170
BP113	Tx-7730	1930	50	60 BC-AD 180
BP113	Tx-7014	1820	60	AD 30-350
BP113	Tx-7727	1640	70	AD 200-600
Madingo-Kayes	Tx-5958	1810	60	AD 40-360
Madingo-Kayes	Tx-5957	1720	80	AD 120-480
Meningue	Tx-6189	1740	70	AD 100-460
Fignou 4	Tx-7362	1730	70	AD 130-450
Fignou 4	Tx-7363	1790	70	AD 40-400
Kayes (LSA)	Tx-6690	2310	70	610-130 BC
Kayes	Tx-6689	1550	80	AD 330-650
Kayes	Tx-6692	1440	60	AD 490-690
Kayes	Tx-6691	1720	70	AD 140-460
Fignou 1	Tx-7364	1410	100	AD 410-810
Tchitembo	Tx-6751	1420	80	AD 460-740
Lac Ndembo	Beta-292442	1610	40	AD 330-570
Lac Ndembo	Beta-292440	1340	30	AD 610-730
Lac Ndembo	Beta-292441	1250	30	AD 640-840
Condé	Tx-7019	810	70	AD 1030-1310
Loubanzi	Tx-7017	420	50	AD 1340-1660

Tabla 6.30. Dataciones radiocarbónicas de los yacimientos de la Edad del Hierro en la costa de Congo (Denbow 2014: 56-58).

La secuencia arqueológica de la Edad del Hierro se abre en la costa de Congo con un descubrimiento que se remonta a más de dos décadas atrás: un horno metalúrgico datado en el siglo II a.C. y hallado a escasos kilómetros de Les Saras (12°17'E ; 4°11'S), una pequeña ciudad en medio del Mayombe (Schwartz *et al.* 1990). Este descubrimiento sigue siendo el más antiguo testimonio de la fundición de mineral de hierro en toda la zona.

Enlazando con esta evidencia, los yacimientos de la Edad del Hierro Temprana excavados por Denbow (2014: 106-135) (BP 113, Kayes, Madingo-Kayes y Lac Ndembo) se caracterizan por tratarse del mismo tipo de fosas que venimos documentando en toda la costa centro-occidental de África, cuyo contenido es prácticamente invariable: fragmentos cerámicos, algunos líticos (lascas de cuarcita o macrolíticos dependiendo de si los estratos son más antiguos o más recientes), endocarpos de palma calcinados y fragmentos de tobera, de escorias de hierro y objetos de hierro muy corroídos y de difícil identificación (34 en BP 113, dos fragmentos de brazalete y otros dos indeterminados en Kayes y un pequeño anillo en Lac Ndembo).

Tras el vacío poblacional que parece producirse en la costa en torno a los años 900 y 1100, otros 24 yacimientos datados entre el siglo XII y el XVI fueron documentados en superficie por Denbow (2014: 136-145), aunque sólo contamos con información de dos de ellos. El yacimiento de Condé apenas ofreció una docena de fragmentos cerámicos decorados, lascas de sílex y cuarcita y nada de metal. En Loubanzi, en cambio, se encontraron cinco fragmentos de hierro, además de abundantes fragmentos de cerámica, lascas de cuarcita y un molar humano.

La distancia entre la costa congoleña y el estuario del Muni no impide que ambas zonas compartan ciertas características en lo que a su cultura material se refiere. Por un lado, la ya habitual “cultura de fosas” en cuyo interior se encuentran fragmentos cerámicos, endocarpos de palma carbonizados, algún instrumento lítico y, ocasionalmente, restos de tobera y escorias de hierro sigue documentándose durante la Edad del Hierro a lo largo de la costa occidental africana, al menos hasta el norte de Pointe-Noire. Por otro lado, los estilos cerámicos, sin ser idénticos, cuentan con patrones estilísticos comunes. A pesar de que el propio Denbow (2012: 397) afirma que las cerámicas de la Edad del Hierro Temprana guardan escaso parecido con las cerámicas Oveng hemos advertido que algunas de sus decoraciones, especialmente las del estilo cerámico que él denominó *spaced curvilinear ware* (Denbow 2012: 401, Fig. 12, fragmento superior izquierdo) son prácticamente idénticas a algunas de las identificadas en la cerámica Oveng. Otro patrón decorativo compartido por cerámicas de la misma cronología en ambas zonas son los llamados *woven motifs* o motivos entretejidos o entrelazados, que parecen imitar a los tejidos de rafia. Realizados con la técnica *roulette*, aparecen indistintamente en las

cerámicas congoleesas de la Edad del Hierro Final (Denbow 2014: 137, Fig. 7.1) y en las cerámicas de tradición Angondjé de Corisco y del estuario de Libreville [Fig. 6.47].

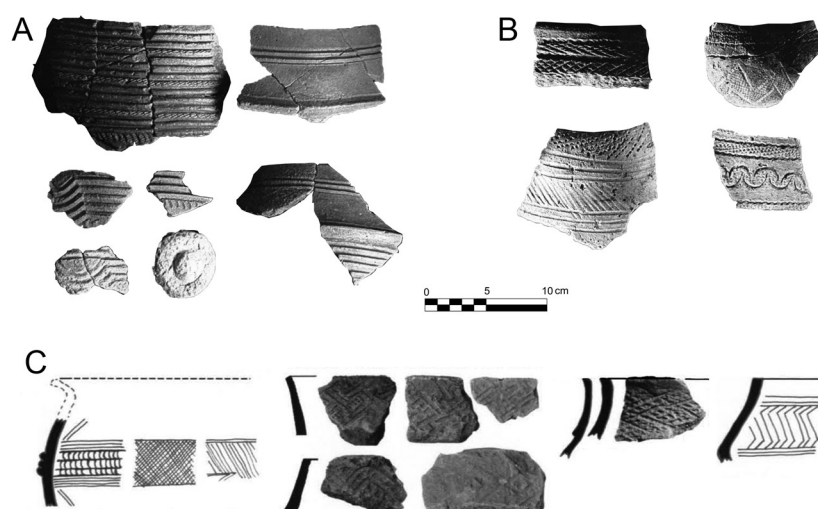


Fig. 6.47. Fragmentos cerámicos de las tradiciones documentadas en Congo-Brazzaville. A) *Carinated broadly grooved ware* del yacimiento BP 113, B) *Spaced curvilinear ware* del yacimiento Madingo-Kayes, C) Fragmentos cerámicos procedentes de Condé y Loubanzi (a partir de Denbow 2012: 400, Fig. 11; 401, Fig. 12; 403, Fig. 13).

6.6. Síntesis general: conexiones y divergencias

El conjunto de la evidencia arqueológica revisada a lo largo de este capítulo y del anterior fue generada por poblaciones humanas pertenecientes al grupo bantú. En el tercer apartado del capítulo 4 ya avanzamos que, ante la escasez de información arqueológica, la reconstrucción de las características socio-económicas y culturales de los bantúes había sido sugerida principalmente desde la lingüística. Ahora, una vez explorado el registro arqueológico de esta gran área, debemos comprobar hasta qué punto aquellas ideas antes propuestas tienen o no un correlato material. Aunque todavía no hemos tenido la oportunidad de revisar el registro arqueológico de Corisco (lo que haremos en el próximo capítulo), aparecerá mencionado en esta síntesis en varias ocasiones debido a que, como veremos, sus características son comparables, aunque mucho más espectaculares, que las del resto del registro arqueológico de África centro-occidental.

Las ideas que recogimos pueden ser divididas en tres grandes grupos: cuestiones económicas, cuestiones sociales y cuestiones culturales. Haciendo uso de la metodología

arqueológica, y dependiendo del tipo de resto encontrado, suele ser menos complicado explorar los aspectos económicos, más fácilmente identificables en el registro arqueológico, que los sociales o los puramente culturales o ideológicos. Para poder abordarlos en conjunto de una manera satisfactoria sería necesario contar con un buen número de yacimientos excavados en área y que ofreciesen un registro lo suficientemente variado, incluyendo restos domésticos, funerarios, asociados a la producción de alimento o a la manufactura de objetos. La excavación en área nos ofrecería información contextual de cada uno de estos ámbitos.

Llegados a este punto tenemos que reconocer que la investigación arqueológica de las últimas décadas en África centro-occidental ha estado más centrada en realizar reconocimientos de áreas antes inexploradas a través de prospecciones de superficie y sondeos que en concentrar los esfuerzos en yacimientos ya conocidos para obtener el máximo de información que nos puedan aportar. No pretendemos que esto se entienda como una crítica, sino como el reconocimiento del estado de la cuestión. No obstante, creemos que la arqueología de África central se encuentra actualmente en el momento oportuno para dar el salto de un tipo de investigación a otro. Desafortunadamente, la falta de conocimiento y excavación de grandes yacimientos, a la vez que la frecuente parquedad de los restos encontrados, nos impiden elaborar interpretaciones que exploren mucho más allá de las características básicas de estos pueblos. Aun así, podemos llegar a algunas conclusiones interesantes.

Aunque todos estos grupos humanos pertenezcan a un mismo tronco bantú, es fácil distinguir dos grandes tradiciones. Por un lado estaría la tradición que se desarrolló durante la Edad del Hierro en el área que transcurre paralela a la costa, al menos desde la desembocadura del río Sanaga hasta Pointe-Noire, tradición en la que estarían incluidos los restos arqueológicos de Corisco. Y, por otro lado, restringida a un espacio mucho más reducido, la tradición cultural de Bioko, que comparte cronología y ciertas características socio-económicas con la anterior pero que carece de la metalurgia del hierro, con todo lo que esto puede llegar a suponer desde un punto de vista tanto tecnológico como social [Fig. 6.48].

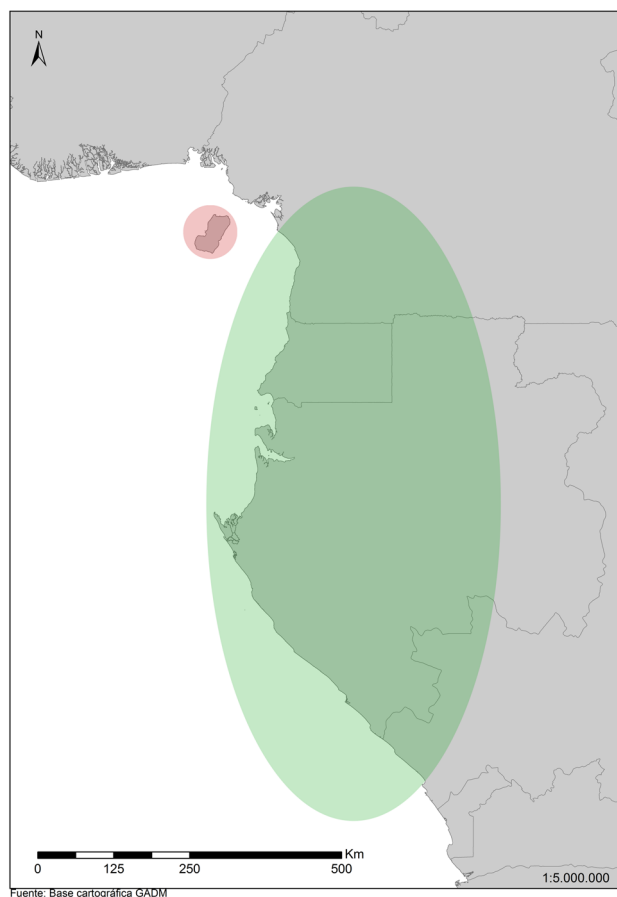


Fig. 6.48. Áreas de distribución aproximada de las dos tradiciones del primer milenio d.C. en África centro-occidental (elaboración Cristina Charro y el autor).

La primera de las tradiciones ofrece un registro arqueológico poco espectacular y repetitivo en sus formas. La estructura arqueológica por excelencia sería la fosa, cuyo uso primigenio pudo ser variado: horno metalúrgico, silo, lugar de aprovisionamiento de arcilla, basurero, etc. Tras cumplir su principal objetivo fueron casi siempre reutilizadas como basureros. En su interior encontramos invariablemente el mismo tipo de resto: fragmentos cerámicos de diferente estilo dependiendo de la zona, útiles líticos, en especial macrolíticos (manos de moler, afiladoras, *pièrres a cupule*), restos calcinados de endocarpos de palma y carbones y, ocasionalmente, fragmentos de tobera y de escorias de hierro. En raras ocasiones también contienen objetos de hierro corroídos. La gran excepción a esta norma la componen, como veremos, las tumbas de Corisco y del sur de Camerún, y los suelos de ocupación de Corisco y Angondjé en donde se han documentado agujeros de poste.

Una excepcionalidad del registro arqueológico gabonés es la existencia de arte rupestre en forma de petroglifos encontrados en varios afloramientos rocosos de las provincias de Ogooué-Medio, Ogooué-Ivindo y Alto-Ogooué (Clist 1995: 184-197). Su difícil datación nos impide vincularlo con certeza a la Edad del Hierro.

Desde un punto de vista económico nos encontramos ante grupos humanos cuya organización no difiere sustancialmente de la documentada en la *Stone to Metal Age* y de la propuesta por Vansina (1990: 84-95) para los grupos bantúes del primer milenio d.C. (ver apartado 4.3.2). Se trataría de una adaptación versátil al medio en la que, aunque se conozca la agricultura, como queda documentado con el consumo masivo de *Elaeis guineensis*, se sigue confiando ampliamente en la caza, la recolección y la pesca. Estaríamos ante grupos semi-sedentarios, que fijarían sus asentamientos en lugares propicios y permanecerían durante un tiempo variable hasta agotar los recursos o hasta que las zonas cultivadas estuviesen lo suficientemente lejanas como para justificar el traslado del poblado. El tipo de sociedad propuesto por Vansina (1990: 73-83) encaja con este tipo de economía: grupos relativamente jerarquizados y flexibles en su composición, en los cuales el poder no se hereda de manera automática y en donde la escisión es fácil en caso de desacuerdo (ver apartado 4.3.1). La construcción de estructuras con materiales perecederos así como la gran movilidad de estos grupos tendría como consecuencia la dificultad de encontrar restos reconocibles de asentamientos.

Otra de las principales consecuencias de esa amplia movilidad de los grupos de la Edad del Hierro sería la existencia de contactos vecinales. Esta hipótesis viene corroborada por la evidencia arqueológica, como lo demuestra la singular homogeneidad de los objetos metálicos en zonas que distan hasta 300 km unas de otras (por ejemplo, desde Akonétye hasta Corisco), las duplicidades en los estilos cerámicos de los estuarios del Muni y de Libreville, o la repetición de patrones decorativos en toda la zona. No es descabellado pensar que existiesen contactos entre líderes locales, y entre ceramistas y/o herreros, pues al tratarse de grupos costeros es más que probable que dominasen la navegación de cabotaje, sin embargo las conexiones culturales en áreas más amplias vendrían seguramente producidas por la existencia de contactos *down the line*. Contactos que, a la postre, ayudaron a generar (o a mantener) un trasfondo cultural común, como lo demuestran las tumbas de Corisco y del sur de Camerún.

El conjunto de dataciones radiocarbónicas vinculadas a los inicios de la metalurgia es demasiado ajustado como para proponer una secuencia sobre la llegada de esta tecnología. Lo ideal sería pensar en una implantación cadenciosa desde el área nuclear bantú hasta lugares más meridionales y, en cierto modo, así parece ocurrir si atendemos a las dataciones radiocarbónicas del sur de Camerún, del norte de Gabón y de Corisco: la metalurgia se extendería primero en la parte continental en torno a la segunda mitad del primer milenio a.C. para dar el salto a Corisco en torno al final del milenio. Sin embargo, las fechas de la metalurgia en Congo en el siglo II a.C. parecen sugerir una implantación simultánea, con lo que lo único que podríamos afirmar es que la metalurgia del hierro se expandió con cierta rapidez por toda la costa centro-occidental de África.

Los excepcionales hallazgos de Corisco y del sur de Camerún nos permiten aventurar ciertas hipótesis sobre los aspectos sociales y culturales de esta tradición: cuál era su organización social, cómo se gestionaba el poder, a qué símbolos estaba asociado, cuál era su grado de jerarquización, cómo eran sus rituales, etc. Creemos que muchos de estos aspectos podrían ser extensibles al conjunto de la tradición. Como se trata de un tema complejo, lo trataremos en exclusiva en el capítulo 9, a la vez que retomaremos las ideas expuestas en el capítulo dedicado a teoría arqueológica.

Si una de las principales características de la tradición de la costa continental es la existencia de contactos, quizás la de la tradición de Bioko es precisamente la contraria: el aislamiento. Es difícil precisar hasta qué punto tal aislamiento fue más geográfico que humano o viceversa. Anteriormente ya recogimos informaciones que nos hablaban del carácter hostil de los bubi (Martínez y Sanz 1859: 13, Kingsley 1897: 56, Vansina 1990: 137-138, García Cantús 2004: 67), pero ¿quién no es hostil ante una colonización? También indicamos que aunque la isla de Bioko está cerca de la costa camerunesa y es visible desde ella, la navegación por el golfo de Guinea es peligrosa debido a las fuertes corrientes marinas (Sundiata 1996: 13, cit. en Nerín 2012b). A pesar de este aislamiento, no sería difícil que hubiera existido algún tipo de contacto, dada la cercanía de la isla a la costa y que de alguna manera los bubi hubiesen estado expuestos a la metalurgia del hierro en alguna de sus formas, tanto a sus procesos como a sus productos. La no adopción de esta tecnología no debe ser asociada, a nuestro juicio, a una falta de habilidad, ni de medios, ni de información, sino simplemente a un rechazo activo.

Desde una perspectiva puramente técnica podemos considerar la metalurgia del hierro una tecnología superior a, por ejemplo, la lítica. Bajo esta premisa sería difícil comprender que un grupo humano que pudiese acceder ella no la aceptase. Afortunadamente, hoy en día sabemos que las adaptaciones al medio más exitosas no siempre dependen del dominio de una tecnología supuestamente “superior”, y, sobre todo, gracias a los estudios poscoloniales, hemos entendido que en situaciones de contacto, el que un grupo humano adopte o no elementos exógenos depende en gran medida no de su utilidad, sino de si éstos entran o no en conflicto con otros aspectos de su cultura (Thomas 1991). En este último punto es en el que queremos incidir, pues consideramos que la no adopción por parte de los bubi de la tecnología metalúrgica en particular y de los metales en general estuvo estrechamente vinculada a un rechazo activo de un elemento que fomentaría la desigualdad entre los miembros del grupo.

El resto de características que podemos reconstruir desde el registro arqueológico sobre la prehistoria de Bioko es escaso y muy similar al del resto de África centro-occidental. En una fase coetánea a la Edad del Hierro en la costa continental se documentan poblados cercanos a la costa con suelos empedrados y fondos de cabaña circulares y rectangulares. De nuevo, la estructura más habitual es la fosa detrítica, no en vano Martín del Molino (1965: 24) llamó a la fase Carboneras “la cultura de los pozos”. Los bubi prehistóricos hacían un uso de su medio de forma versátil, conocían la agricultura pero no dependían de ella, pues seguían aprovechando los recursos provenientes de la pesca, la caza y la recolección.

Un aspecto original de la tradición bubi lo constituye la erección de megalitos, que son referidos como menhires por Martín del Molino (1965: 46-47). Se encuentran en el interior de la isla en lugares elevados y llegan a alcanzar los 2 metros de altura (Perramón 1968c, 1968d). Perramón (1966c: 161) dividió estas estructuras en cinco tipos: el menhir o piedra plantada, la taula o mesa de ofrenda de un solo pie, el dolmen o mesa de ofrenda de dos pies, el cromlech o alineación de menhires y el túmulo o amontonamiento de piedras. Estas construcciones estuvieron en uso hasta, al menos, los años 60 del siglo XX, cuando aún era habitual encontrar cerca de ellos recipientes cerámicos llenos con alimentos a modo de ofrenda (Perramón 1966c: 164). En época colonial los megalitos constituían lugares de adoración y culto. Se hallaban ubicados en bosques sagrados y se consideraban

el asiento de determinados dioses. Perramón (1966b: 132), recogiendo el testimonio del padre Aymemí, nos informa de que los encargados de extraer vino de palma hacían ofrendas al espíritu de estas piedras para que les concediese vino y aceite en abundancia y les librase de una caída. Tessmann (2008: 199) documentó también la construcción de túmulos funerarios. Desafortunadamente, estas estructuras nunca fueron excavadas. Para encontrar restos arqueológicos parecidos a éstos tenemos que salir de nuestra área de estudio y dirigirnos hasta la mitad norte de la frontera entre Camerún y República Centroafricana. Son los llamados *tazunu*, túmulos de tierra y cantos de granito sobre los que se erige una piedra de gran tamaño sin trabajar. Se asocian cronológicamente a la primera mitad del primer milenio a.C. y se sugiere para ellos un uso funerario, aunque no necesariamente serían enterramientos (David 1982b).

Como hemos podido comprobar, las dos tradiciones que identificamos en la costa centro-occidental de África comparten muchas características en lo que a sus aspectos económicos y de patrón de asentamiento se refiere. Sin embargo, difieren en algo sustancial: la adopción o no de la metalurgia del hierro, un asunto que lejos de ser trivial, nos informa sobre aspectos profundos de la identidad de los miembros de cada una de las tradiciones. En el capítulo interpretativo tendremos la oportunidad de explorar de qué manera la incorporación o no de esta tecnología puede servir como implemento o freno de la desigualdad social.

CAPÍTULO 7.

EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO II: CORISCO (GUINEA ECUATORIAL)

“Estoy condenado a ser un vagabundo. No soy un constructor de imperios, no soy un misionero, en realidad ni siquiera soy un científico. Lo que verdaderamente quiero es volver a África y seguir vagando de un lado a otro”.

Joseph Thompson, *To the Central African Lakes and Back*, 1887

Tras haber explorado los restos arqueológicos asociados a la Edad del Hierro en África centro-occidental, en este capítulo presentaremos sistemáticamente la evidencia material prehistórica recuperada en el estuario del Muni, concretamente en la isla de Corisco (Guinea Ecuatorial). La información que aquí se recoge ha sido parcialmente publicada en otros lugares (González-Ruibal *et al.* 2011a, 2013a, 2013b, Ayán *et al.* 2011, Sánchez-Elipe *et al.* e.p.) pero esta es la primera vez que aparece de manera conjunta y detallada.

Desgajamos la valoración arqueológica de Corisco de la del resto de la costa de África centro-occidental (incluido Bioko) por tratarse de información inédita, generada tras varias campañas de trabajo de campo que se desarrollaron entre 2009 y 2012. Este motivo hace que exista un desequilibrio de datos entre los disponibles para esta pequeña isla y los ya publicados por otros arqueólogos sobre el resto de la región, por lo que las interpretaciones arqueológicas descansarán, en gran medida, en las nuevas informaciones provistas por el proyecto desarrollado en Corisco. No obstante, la semejanza entre los registros arqueológicos entre ambas zonas hace que aquello que podamos deducir de Corisco sea, en general, extrapolable a la zona vecina.

Del mismo modo que en el anterior capítulo, a lo largo de éste se aludirá a fechas de radiocarbono que fueron obtenidas de muestras recogidas de los diferentes contextos arqueológicos. Su mención servirá para sustentar la secuencia cronológica que se presenta,

pero no valoraremos el conjunto de fechas críticamente, pues dedicaremos el capítulo 8 en exclusiva a tal cometido. La calibración de las fechas ha sido realizada a dos sigmas siguiendo la curva de calibración CalPal Hulu 2007.

7.1. Corisco, una isla

La isla de Corisco está situada en el estuario que forman los ríos Utamboni y Mitemele en su desembocadura en el Océano Atlántico. Este accidente geográfico, que sirve de frontera natural entre Guinea Ecuatorial y Gabón, se conoce como estuario del Muni, y dio nombre a la región continental de la antigua colonia española. Corisco, junto con las islas de Elobey Grande, Elobey Chico y algunos islotes dispersos (Mbañe y Cocoteros) forman un archipiélago cercano a la costa atlántica de África central [Fig. 7.1].

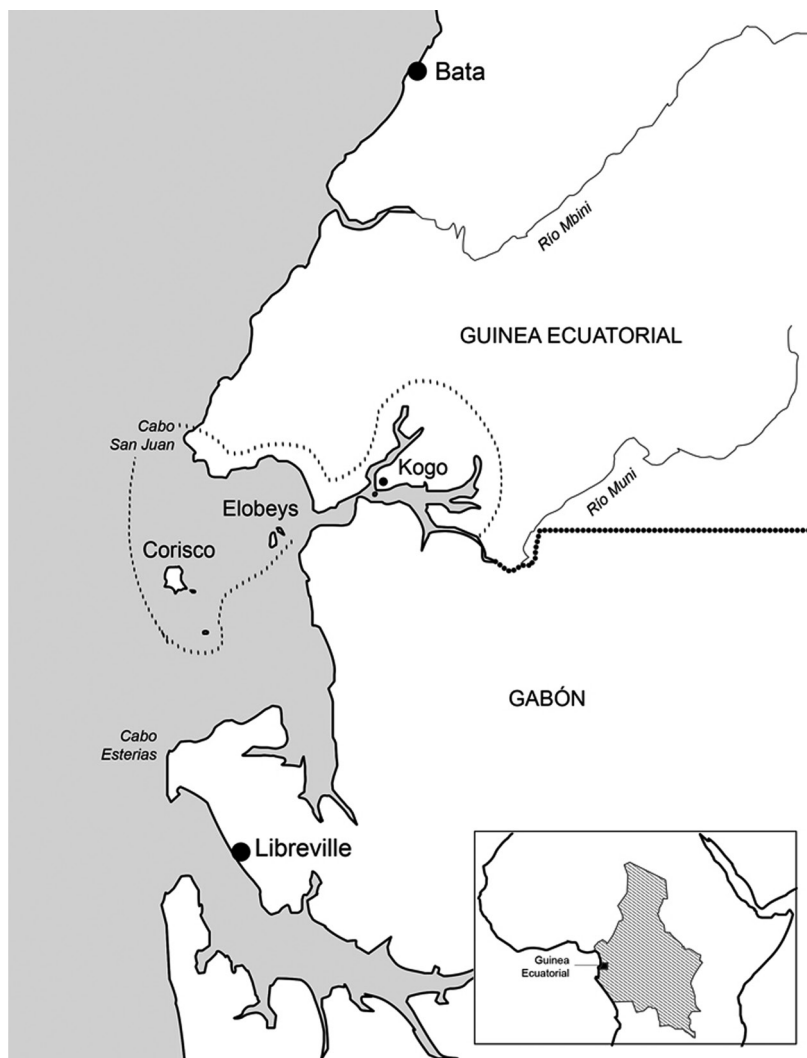


Fig. 7.1. El archipiélago formado por la isla de Corisco y las Elobeyes en el estuario del Muni (a partir de González-Ruibal *et al.* 2013a: 116, Fig. 1).

Las primeras referencias europeas con que contamos sobre Corisco datan de alrededor de 1470, momento en que los portugueses alcanzaron la isla por primera vez (Gautier 1950: 132, Ferro 1989: 128, ambos cit. en Nerín 2012a). Ya en 1502, Corisco aparece bien definida en el planisferio robado a los portugueses por el italiano Cantino, y en 1655 en el mapa del holandés Blaeu (Anónimo 1502, Blaeu 2006, ambos cit. en Nerín 2012a). La isla, que estaba deshabitada, recibió el nombre de Corisco, que quiere decir “rayo” o “relámpago” al ser esta una zona de fuertes descargas eléctricas cuando se forman tornados (Unzueta 1945: 81). La isla no volvió a estar habitada de manera permanente hasta la segunda mitad del siglo XVIII, cuando los benga, sus actuales habitantes, llegaron allí procedentes de la costa, probablemente presionados por grupos fang que se desplazaban desde el interior. Los benga llamaron a la isla Mandji, nombre que parece hacer referencia a un árbol entonces abundante en la isla pero que hoy ha desaparecido por completo, el *Chlorophora excelsa* (Unzueta 1945: 81), también conocido como iroko o teca africana por la calidad de su madera. Otros (Deschamps 1962: 125, Andeke 2005: 88) sugieren que Mandji proviene en realidad de Mayendje, “lugar tranquilo” (Nerín 2012a). En la actualidad es habitual escuchar las dos denominaciones para referirse a la isla, aunque la más común y la oficial es Corisco. Ese será el nombre que utilizaremos.

Corisco es una isla de apenas 14 km² situada a 0° 55' Norte, 9° 20' Este. Su anchura máxima es de 6 km de Norte a Sur y 5 km de Este a Oeste y, a pesar de su pequeño tamaño, es la isla más grande del estuario. Actualmente forma parte de Guinea Ecuatorial, aunque geográficamente hablando se encuentra frente a la costa de Gabón, de la que la separan poco más de 20 km. Su forma es ligeramente rectangular, con un largo brazo de arena que penetra en el mar en su extremo sureste (punta Hoko), y su topografía plana, siendo su punto más elevado el promontorio rocoso de Elongo, que se alza 35 m.s.n.m. en el noroeste de la isla. [Fig. 7.2].

La práctica totalidad de su costa, a excepción de los acantilados de su sección noroeste, está formada por playas cuya arena presenta un gran contenido en sílice, lo que le otorga su característico color blanco [Fig. 7.3]. La facilidad de acceso a la isla contrasta con la imposibilidad de cruzarla de lado a lado. Salvo su costa y algunas praderas (8%), todo el interior se encuentra cubierto de denso bosque secundario (24%) y manglares (60%) (cálculos según Unzueta 1945: 91). Un único camino atraviesa la isla de este a oeste

Así describía el explorador Paul du Chaillu (1863: 93), de forma mucho más poética, la isla de Corisco a mediados del siglo XIX:

"Corisco, qui mérite bien d'être appelée Corisco la pittoresque, est une île située dans la baie du même nom (...) Corisco a ses collines et ses vallées, ses forêts et ses prairies, et même un petit lac ou un étang où les canards sauvages viennent souvent se baigner et pêcher. On dirait un monde en abrégé, mais un

charmant petit monde. Tantôt les côtes sont hérissées de rochers à pic, opposant leur front inébranlable à la fureur des vagues qui se brisent contre leurs flancs, tantôt, plates et sablonneuses, elles se déroulent en une superbe plage blanche, adossée à de beaux palmiers, parmi lesquels se groupent les petits villages des indigènes, avec leurs plantations de bananiers, de manioc, de pistaches et de maïs".



Fig. 7.3. Vista de una playa de Corisco. Fotografía del autor

7.2. Arqueología en el estuario del Muni

Durante la época colonial, las islas del estuario del Muni recibieron escasa atención, pues fue la isla de Fernando Poo (Bioko) la que acaparó los intereses de aquellos que estaban interesados en el pasado prehistórico de la colonia. La única persona que pareció interesarse por la arqueología de las islas del estuario fue el misionero claretiano Ramón Perramón. En los viajes que realizó a Corisco y las Elobeyes en los años 60 del siglo XX documentó abundantes restos en superficie tanto de materiales prehistóricos (lascas de sílex, recipientes y fragmentos cerámicos, escorias y láminas de hierro) como históricos (pipas de caolín, cuentas de pasta vítrea, porcelanas) [Fig. 7.4], pero los hallazgos realizados

en estas islas fueron siempre producto de visitas puntuales y se publicaron simplemente a modo de resumen (Perramón 1968a).



Fig. 7.4. Selección de fragmentos cerámicos de la Edad del Hierro encontrados por Perramón en los años 60 del siglo XX en las islas del estuario del Muni (a partir de Perramón 1968). La tipología de estos objetos nos permite asociarlos a la tradición Angondjé.

Desde las exploraciones de Perramón tuvo que pasar casi medio siglo hasta que se iniciara un proyecto arqueológico que centrara su atención en las islas del estuario del Muni, principalmente en Corisco y, en menor medida, en Elobey Chico. En las sucesivas campañas, desarrolladas entre 2009 y 2012, se excavó y prospectó en la isla de Corisco y se prospectó en las cercanías de la localidad de Cogo (en la parte continental del estuario), y en la isla de Elobey Chico. Durante estos trabajos se localizaron restos arqueológicos cuyo origen comprende un lapso temporal que va desde la Edad de la Piedra Reciente hasta la época colonial. Los hallazgos más significativos fueron los adscritos a la Edad del Hierro en Corisco y los de época colonial tanto en Elobey Chico como en Corisco.

En la isla de Corisco se realizaron los principales trabajos arqueológicos. Su sección oriental fue la más afectada por las obras de construcción de un aeropuerto y, en consecuencia, la que más material arqueológico expuso en superficie. Por este motivo, en toda esta gran franja de terreno se delimitaron 10 áreas de diferente tamaño allí donde

aparecían las mayores concentraciones de materiales. Las áreas se distribuyen de Norte a Sur y en sentido contrario a las agujas del reloj tal y como indica la Fig. 7.5 (la excavación arqueológica sistemática se llevó a cabo en las Áreas 7 y 8). Los yacimientos localizados gracias a la prospección superficial fueron identificados con un código seguido de un número (Cor-1, Cor-2, etc.) al que acompañaremos de una referencia toponímica cuando sea posible (por ejemplo, Cor-1-Biameno).

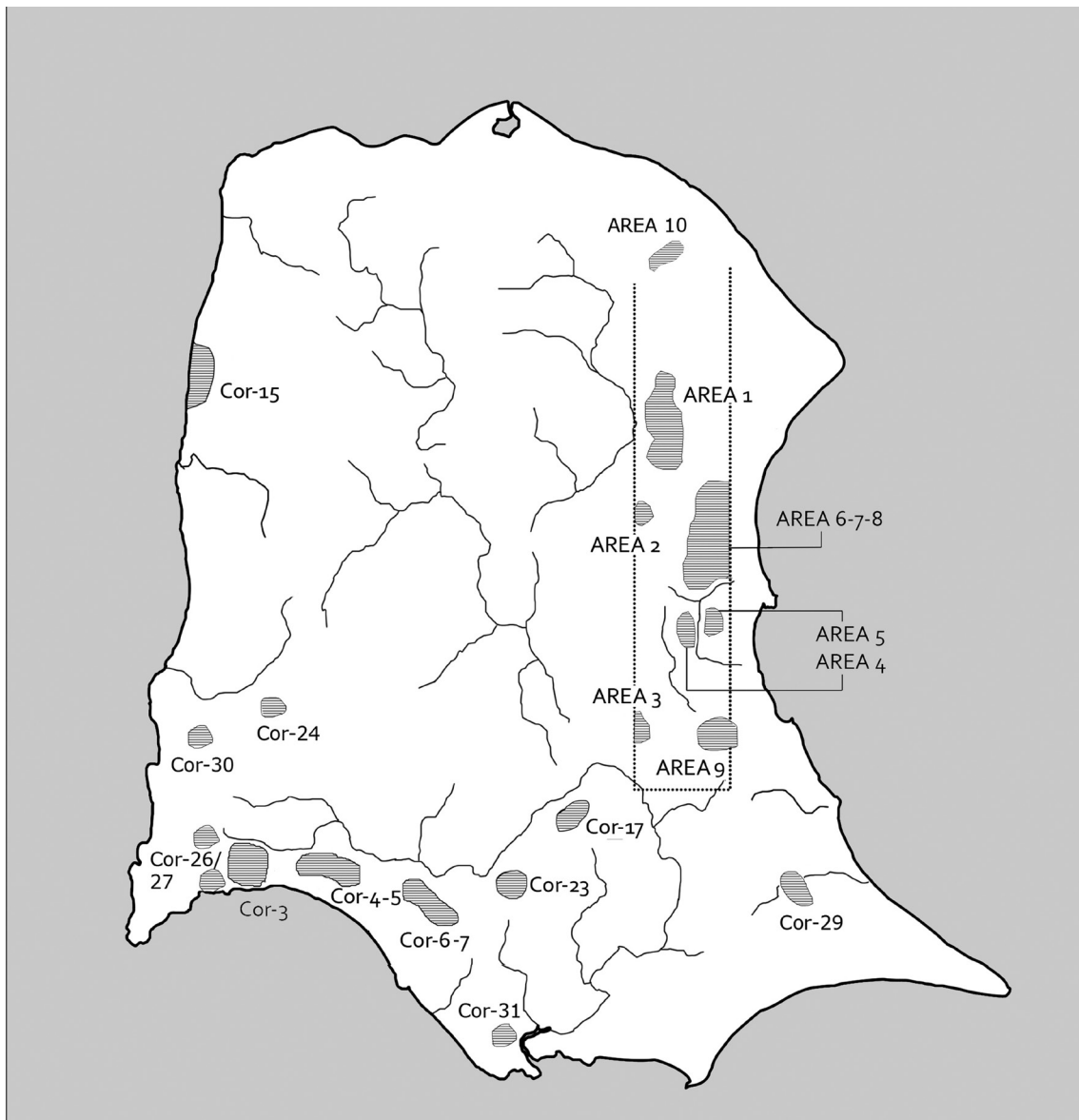


Fig. 7.5. Áreas y yacimientos de la isla de Corisco (a partir de González-Ruibal *et al.* 2013a: 116, Fig. 1).

Aunque el marco cronológico de esta tesis no excede la Edad del Hierro, a continuación daremos breve cuenta del conjunto de los descubrimientos realizados en el estuario. Esbozaremos así una secuencia cronológica en la que poder empezar a volcar los datos arqueológicos de una manera más ordenada.

7.2.1. Edad de la Piedra Reciente (LSA) - Corisco y Elobey Grande

Los restos relativos a la Edad de la Piedra aparecieron en el Área 3, al norte del Área 6 y en la esquina noroeste del Área 7 de la isla de Corisco. Todos ellos fueron localizados en superficie en zonas que habían sido alteradas por las máquinas excavadoras. Una breve visita a Elobey Grande deparó también hallazgos líticos en los alrededores de la antigua escuela.

La presencia de lascas y láminas [Fig. 7.6] nos conduce a suponer que se trata de una industria lítica de momentos recientes del periodo Paleolítico (*Late Stone Age - LSA*), aunque la falta de contexto arqueológico asociado nos impide precisar su cronología. Su materia prima es el sílex, que se encuentra altamente deshidratado, al igual que ocurre con los restos de malacofauna subactual, debido en ambos casos a la gran acidez del suelo.

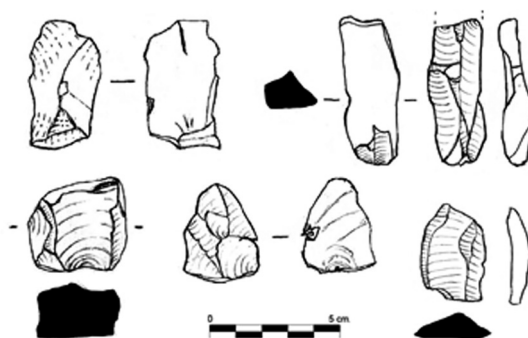


Fig. 7.6. Algunas de las piezas líticas encontradas en superficie en Corisco

La parquedad de los datos relativos a este periodo dificulta aventurar la naturaleza de esta ocupación paleolítica de la isla. No podemos, en ningún caso, asegurar su conexión directa con la población de la Edad del Hierro, y lo único que cabe proponer es que dada la facilidad de acceso a la isla junto con su cercanía a la costa, Corisco debió ser un enclave visitado y, probablemente, habitado desde tiempos antiguos.

7.2.2. Edad del Hierro - Corisco

Los materiales de la Edad del Hierro son, con diferencia, los más numerosos. Aunque Perramón (1968a) localizó restos de la Edad del Hierro en la isla de Elobey Grande y en el islote Ibelo, nuestro equipo sólo los encontró en la isla de Corisco, que resultó ser un grandísimo yacimiento arqueológico de la Edad del Hierro. Prácticamente en la totalidad de las áreas prospectadas en la isla localizamos tanto restos cerámicos como metálicos adscribibles a este periodo. Diferenciaremos, por un lado, la zona excavada (Áreas 7 y 8) y, por otro lado, el territorio prospectado.

La enorme acumulación de materiales cerámicos y metálicos que habían quedado expuestos tras las obras del aeropuerto en las Áreas 6, 7 y 8, algunos de ellos completos, nos condujo a realizar allí la excavación arqueológica. A pesar de la enorme alteración que el terreno había sufrido a consecuencia de las obras (gran parte del yacimiento fue usado como lugar de aprovisionamiento de arena), se pudieron documentar restos aún intactos de una gran necrópolis cuyo uso se extendió a lo largo de diferentes momentos de la Edad del Hierro así como lugares de asentamiento de estos mismos periodos. Este gran yacimiento fue denominado con el nombre de la pradera sobre la que se asienta: Nandá [Fig. 7.7].



Fig. 7.7. El yacimiento de Nandá visto desde el Sureste. La zona elevada es la que menos se vio afectada por las obras, el resto fue destruido. Fotografía del autor.

La prospección de las zonas costeras, de los caminos y de los solares que las máquinas excavadoras habían abierto en la selva junto a los caminos deparó un gran número de yacimientos de época prehistórica. Los materiales recuperados en los yacimientos de Cor-3-García, Cor-4-Somagec Bas Vie, Cor-5-Covadonga, Cor-6-Upaca, Cor-7-Ulato, Cor-15-Bedubu, Cor-17, Cor-23, Cor-24-Ayuntamiento, Cor-26-Cruz, Cor-27-Cruz II, Cor-30-Combo, Cor-31-Gobé-Domande, Área 1, Área 2, Área 3, Área 4, Área 5, Área 9 y Área 10 ofrecieron, por lo general, algún resto metálico (fragmentos informes, escorias, gubias, collares, etc.) y abundantes restos cerámicos (pomos de tapadera, tapaderas, fondos anulares, fragmentos cerámicos decorados con incisión e impresión de espigas, retículas, triángulos, etc.) pertenecientes a una tradición tecnológica común y diferente de las identificadas en Nandá.

Finalmente, existe un yacimiento (Cor-29-Arena Blanca) que ofreció material cerámico prehistórico poco diagnóstico.

7.2.3. Época histórica - Corisco y Elobey Chico

Una gran parte del proyecto estuvo dedicada a la investigación de los restos arqueológicos de época histórica, periodo que transcurre desde el siglo XVI hasta la actualidad. Estos cinco siglos de historia pueden dividirse en dos etapas diferentes: la primera está relacionada con la presencia precolonial europea (desde el siglo XVI hasta 1843), mientras que la segunda coincidiría con el ejercicio de la soberanía española en la zona (1843-1968) (información más detallada que la que aquí se expone se puede consultar en González-Ruibal *et al.* e.p.).

Hasta que España tomó control efectivo del estuario del Muni a mediados del siglo XIX, la zona fue punto de encuentro de comerciantes de diferentes nacionalidades europeas: portugueses, holandeses, ingleses y franceses. A lo largo del siglo XVI el comercio estuvo controlado sobre todo por Portugal, quien se enfrentaba a la piratería inglesa y francesa mientras comerciaba con telas de Benín, marfil, brazaletes, cauríes y esclavos, principalmente. Su predominio en el estuario fue decayendo a lo largo del siglo XVII, a la vez que los holandeses iban expandiendo su control en la zona mediante el levantamiento de fuertes defensivos que sirviesen, a su vez, de puestos comerciales. Es en este momento cuando Corisco y las Elobeyes pasaron a estar ocupadas de manera efectiva por los Países Bajos.

Los restos asociados a esta primera etapa fueron los más esquivos. Fuentes documentales de la época confirmaban la existencia de un fuerte holandés en Corisco y otro en Elobey Chico. A pesar de los esfuerzos invertidos nos resultó imposible localizar el de Corisco. En cambio, tuvimos más suerte en Elobey Chico donde pudimos identificar los restos del foso excavado en la roca del fuerte holandés. El resto del edificio fue desprovisto de materiales constructivos que fueron utilizados para levantar el edificio de la misión. Perramón (1968a: 12-14) recogió información sobre otro fuerte portugués ubicado en las cercanías de Cogo (antiguo Puerto Iradier), en la zona continental del estuario (ver Fig. 6.18). Allí reconocimos parte de sus taludes de tierra y un posible bastión. Este lugar es Ayene, al que ya hicimos referencia en el capítulo anterior, pues fue también prospectado por Clist (1987, 1998), quien documentó restos cerámicos de la Edad del Hierro final (ver Fig. 6.20). Nuestros hallazgos en este sentido fueron poco diagnósticos (cerámicas a mano sin decoración en la zona amesetada del cerro y en la parte superior de la ladera noroeste).

El objetivo principal respecto a la segunda fase, mucho más productiva desde el punto de vista arqueológico, consistió en localizar y documentar factorías y otros edificios precoloniales asociados a la presencia europea. En Corisco se identificaron las estructuras de piedra y cemento de los establecimientos comerciales de Sowe, Combo y Buma. Y en Elobey Chico se localizaron un total de cuatro factorías.

Ambas islas conservan los restos de otros edificios coloniales, tanto religiosos como civiles. Si en Corisco tan sólo identificamos el edificio de la misión y algunas viviendas benga de estilo colonial, en la isla de Elobey Chico, que quedó deshabitada a finales de los años veinte del siglo XX, aún pueden reconocerse entre la maleza los edificios de la misión y el subgobierno, la capilla, algunas viviendas y sus aljibes y el cementerio, que cuenta con una sección católica y otra protestante.

Finalmente, también fueron documentados en Corisco numerosos despoblados benga, datables entre finales del siglo XVIII y la Primera Guerra Mundial: Upé, Ulato, Tundulu, Nandá, Italo, Evanguesimba (en donde se encuentran los restos de un cementerio presbiteriano de los años 60 del siglo XIX) y la aldea compuesta por los lugares de Biameno, Cuñalanda y Bohoco. Los restos materiales asociados a estos despoblados varían según su cronología pero suelen estar compuestos por loza, botellas de ginebra, ron y vino, frascos de perfume y medicina y cuentas de pasta vítrea. En general muestran un empobrecimiento

de las condiciones materiales a partir de inicios del siglo XX y un abandono generalizado de los asentamientos durante la dictadura de Macías.

7.2.4. Breve síntesis cronológica

Con los datos hasta aquí expuestos podemos elaborar el siguiente marco cronológico con el que empezar a imaginar la evolución histórica de la isla de Corisco:

Desconocemos el momento en que Corisco fue habitada por vez primera. Arqueológicamente hemos podido atestiguar la presencia de visitantes, o pobladores, en los momentos más recientes de la Edad de la Piedra. Los restos de industrias líticas asociadas a la LSA indican presencia humana en la isla a lo largo de, al menos, el primer milenio a.C.

Tras una fase de despoblamiento, grupos humanos conocedores de la tecnología cerámica y metalúrgica repoblaron Corisco a inicios del primer milenio d.C. Durante toda la Edad del Hierro la isla estuvo intensamente poblada aunque, como veremos más adelante, el radiocarbono sugiere al menos una fase de despoblamiento en torno a los siglos VIII-X. Finalmente, a partir del siglo XII-XIII la isla queda de nuevo despoblada.

A finales del siglo XV marineros portugueses “descubren” la isla pero no la habitan. Durante los siglos XVI y XVII, a pesar de que el estuario del Muni ya formaba parte de los intereses comerciales de algunas potencias europeas, no fue una de las zonas más transitadas de la costa occidental de África debido a las fuertes corrientes marítimas del golfo de Guinea que dificultaban la navegación y a la ausencia de fuertes jefaturas que facilitaran el comercio, como en otras zonas de la costa occidental africana. Esto hizo que la ruta hacia las Indias se desviase formando un arco desde la Costa del Oro hacia la desembocadura del Congo o Angola. Además, que Corisco estuviera deshabitada no ayudaba a hacerla interesante más que para realizar aguada (Nerín 2012a).

Así permaneció hasta la llegada de los benga en la segunda mitad del siglo XVIII. Los benga formaron parte activa del comercio esclavista durante la primera mitad del siglo XIX, momento en el que Corisco se convierte en un centro importante de la trata de esclavos. Este es probablemente el período en el que la isla estuvo más poblada. Los datos disponibles sobre la población de Corisco desde mediados del siglo XVIII a mediados del siglo XIX son extremadamente variados. Visitantes y censos oficiales contabilizan desde

apenas 300 hasta más de 1.000 pobladores. Una valoración crítica de los datos indica que la población en Corisco durante esta etapa no debió superar nunca el límite de 1.500 habitantes (probablemente nunca hubo muchos más de 1.000); en los momentos de mayor despoblamiento el número de habitantes descendería a cifras que oscilarían entre los 300 y los 500 (ver, al respecto, la síntesis hecha por Unzueta 1945: 140-141, Cuadro 2°).

Los benga han continuado siendo la principal población de la isla hasta la actualidad, en que el número de habitantes no supera los dos centenares. En la primera década del siglo XXI el paisaje humano (y natural) de la isla se ha visto fuertemente modificado al haberse desplazado allí un elevadísimo número de ingenieros, técnicos y obreros de diferentes nacionalidades (además de personal de servicio, prostitutas y, temporalmente, algunos arqueólogos) con motivo de la conversión de la isla en un complejo turístico (ver González-Ruibal y Sánchez-Elipe 2012).

7.3. Secuencia arqueológica de la Edad del Hierro en la isla de Corisco

Nuestros trabajos de excavación y prospección en la isla de Corisco depararon una gran cantidad de restos arqueológicos de la Edad del Hierro. Los hallazgos cubren, tal y como las dataciones radiocarbónicas sugieren, un lapso temporal que va desde mediados del siglo I a.C. hasta el siglo XII-XIII. Como indicamos con anterioridad, los restos encontrados provienen de una gran necrópolis (Áreas 7 y 8) y de suelos de ocupación (Áreas 6, 7, 8, y muchos otros puntos prospectados en la isla). En este apartado detallaremos las características del yacimiento excavado y la secuencia arqueológica de la Edad del Hierro en Corisco.

7.3.1. El yacimiento de Nandá: características generales y sectores

El yacimiento de Nandá recibe su nombre de la pradera en la que se encuentra ubicado. En la última década, la pradera de Nandá, situada al este de la isla, se ha visto fuertemente afectada por la construcción de una terminal aeroportuaria y una pista de aterrizaje de 3 km de longitud que transcurre de Norte a Sur, atravesando la práctica totalidad de la isla. Cuando accedimos por primera vez al yacimiento éste ya había sido en gran parte desmantelado debido a las obras. Las estimaciones que realizamos después de prospectar toda la zona indican que el tamaño original del yacimiento debió haber sido de unas 4 ó 5 Ha, de las cuales tan sólo quedaban intactas alrededor de 1,5 Ha. No debemos olvidar

que en el lugar que conocemos como el yacimiento de Nandá se encuentran, en realidad, sólo los restos del mismo, debido a la destrucción que ya habían practicado las máquinas para construir el aeropuerto [Fig. 7.8]. Fue en los límites de las zonas afectadas donde empezamos a trabajar, pues en los perfiles dejados por las máquinas excavadoras se identificaban fácilmente las secciones de las tumbas que, en ocasiones, mostraban parte de su ajuar [Fig. 7.9].

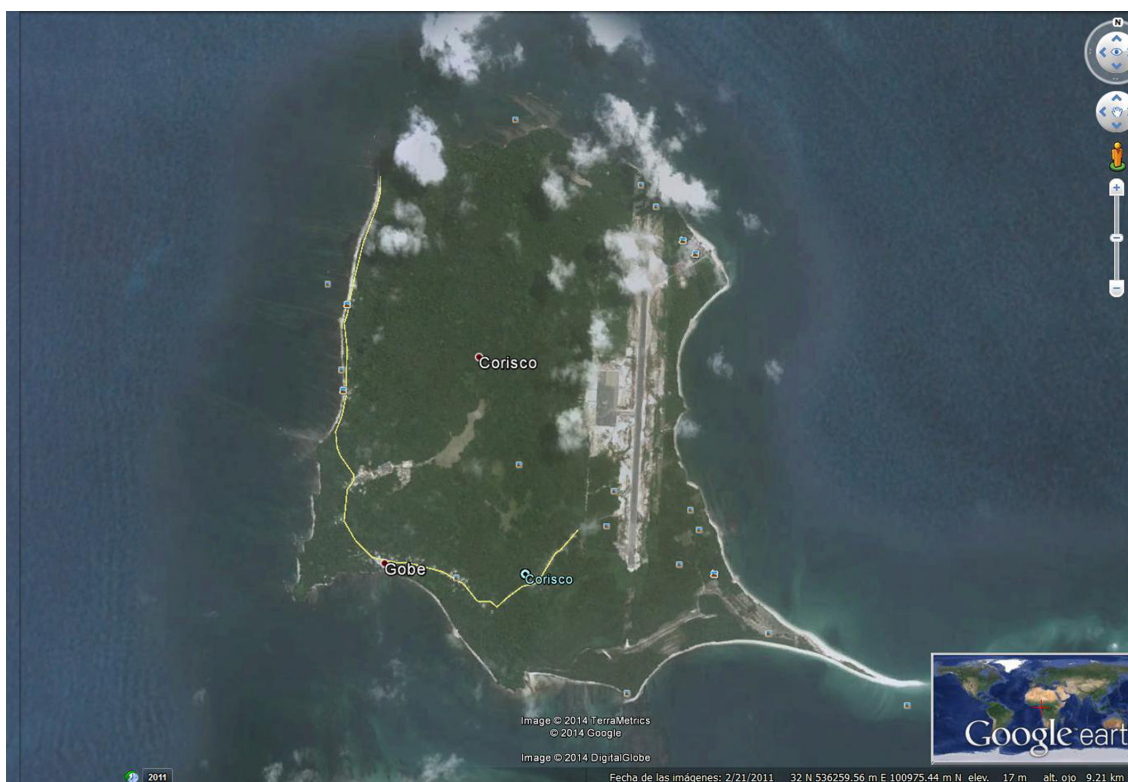


Fig. 7.8. Corisco (y su pista de aterrizaje) vista desde el aire en 2011. Fuente: Google Earth.

El yacimiento se encuentra contenido en una duna fósil a unos escasos 100 metros de la costa y separado de ella por una espesa franja vegetal. La duna está cubierta de vegetación baja que, una vez eliminada, no necesita más de un año para recuperarse, como pudimos comprobar de una campaña a otra. Bajo la cobertera vegetal encontramos una capa de sedimento arenoso estéril cuya potencia oscila entre el metro y medio y unos escasos centímetros. Esta variación depende sobre todo de la pendiente del terreno, del tipo de erosión al que ha estado sometido y del grado en que se ha visto afectado por las obras. Esta capa presentaba su máxima potencia en la zona más meridional del yacimiento (Área 7), aunque había sido fuertemente afectada por el paso de bulldozers que no sólo

habían removido la tierra sino que habían comprimido los estratos afectando, como comprobaríamos después, a los restos arqueológicos. En la zona más septentrional en que excavamos (Área 8) esta capa era prácticamente inexistente.



Fig. 7.9. Uno de los depósitos (D.E. 3) seccionados por las obras de construcción. Fotografía de Alfredo González-Ruibal.

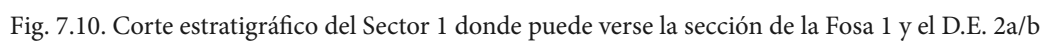
Bajo la vegetación y este primer paquete estratigráfico se encuentra el sustrato en donde se comienzan a detectar los restos asociados a la Edad del Hierro: estructuras negativas pertenecientes a tumbas, fosas y agujeros de poste. Este sustrato (UE 36) es arenoso, fácilmente disgregable (lo que dificulta la conservación de las estructuras excavadas), y la elevada acidez de su pH imposibilita la conservación de la materia orgánica por lo que, salvo rarísimas excepciones que más adelante comentaremos, las tumbas no han deparado restos humanos [Fig. 7.10].

Varios factores han dificultado la estratificación en el yacimiento de Nandá: la naturaleza arenosa y disgregable del sustrato, por un lado, y las propias características de la duna, por otro, expuesta además al efecto del viento y de las continuas precipitaciones. Esto ha convertido a Nandá en un palimpsesto, es decir, en un yacimiento de estratigrafía plana. En la mayoría de los casos, estructuras que fueron excavadas con siglos de diferencia aparecen a la misma profundidad y cortando el mismo estrato. Por ejemplo, la base de

las fosas del Hierro Reciente aparece a mayor profundidad que las del Hierro Antiguo. En consecuencia, para ordenar la secuencia arqueológica hemos confiado en la comparación tipológica y, sobre todo, en las dataciones radiocarbónicas.

Tanto la ausencia de una estratigrafía clara como su simplicidad (en la mayoría de los casos se trata de fosas excavadas en una misma duna) nos han conducido a obviar las explicaciones referentes a las diferentes unidades estratigráficas del yacimiento, pues creemos que no aportan información interesante y, al contrario, entorpecen considerablemente la lectura.

Es cierto que las obras del aeropuerto destruyeron una gran parte del yacimiento, pero conllevaron también algo positivo: esa destrucción dejó expuestos perfiles estratigráficos en donde podían identificarse tanto estructuras como acumulaciones de materiales arqueológicos. Tras prospectar todos estos perfiles delimitamos tres sectores donde comenzar a excavar: los Sectores 1 y 2, en el Área 7, separados por una franja de terreno de unos 40 metros de anchura que había sido completamente arrasada, y el Sector 3, alejado hacia el Norte de los otros dos, en el Área 8. Más adelante se decidió abrir un cuarto sector a medio camino de los Sectores 2 y 3, en el límite meridional del Área 8 [Fig. 7.11]. Las Figuras 7.12, 7.13, 7.14 y 7.15 muestran, respectivamente, los planos de los sectores 1, 2, 3 y 4 con sus estructuras en planta.



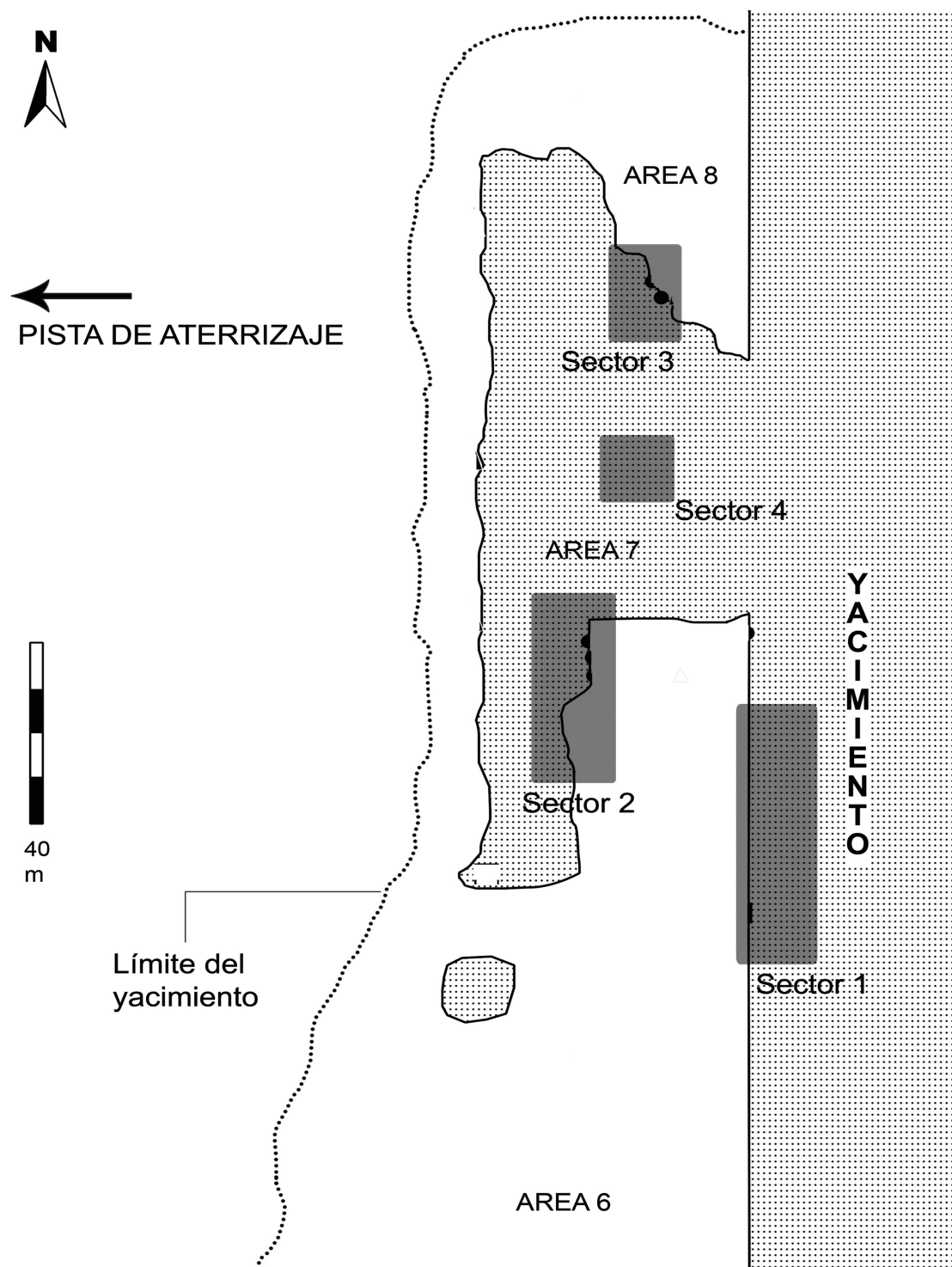


Fig. 7.11. Plano del yacimiento de Nandá con la ubicación de sus cuatro sectores (los límites de los sectores son orientativos) (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011a: 53, Fig. 9).

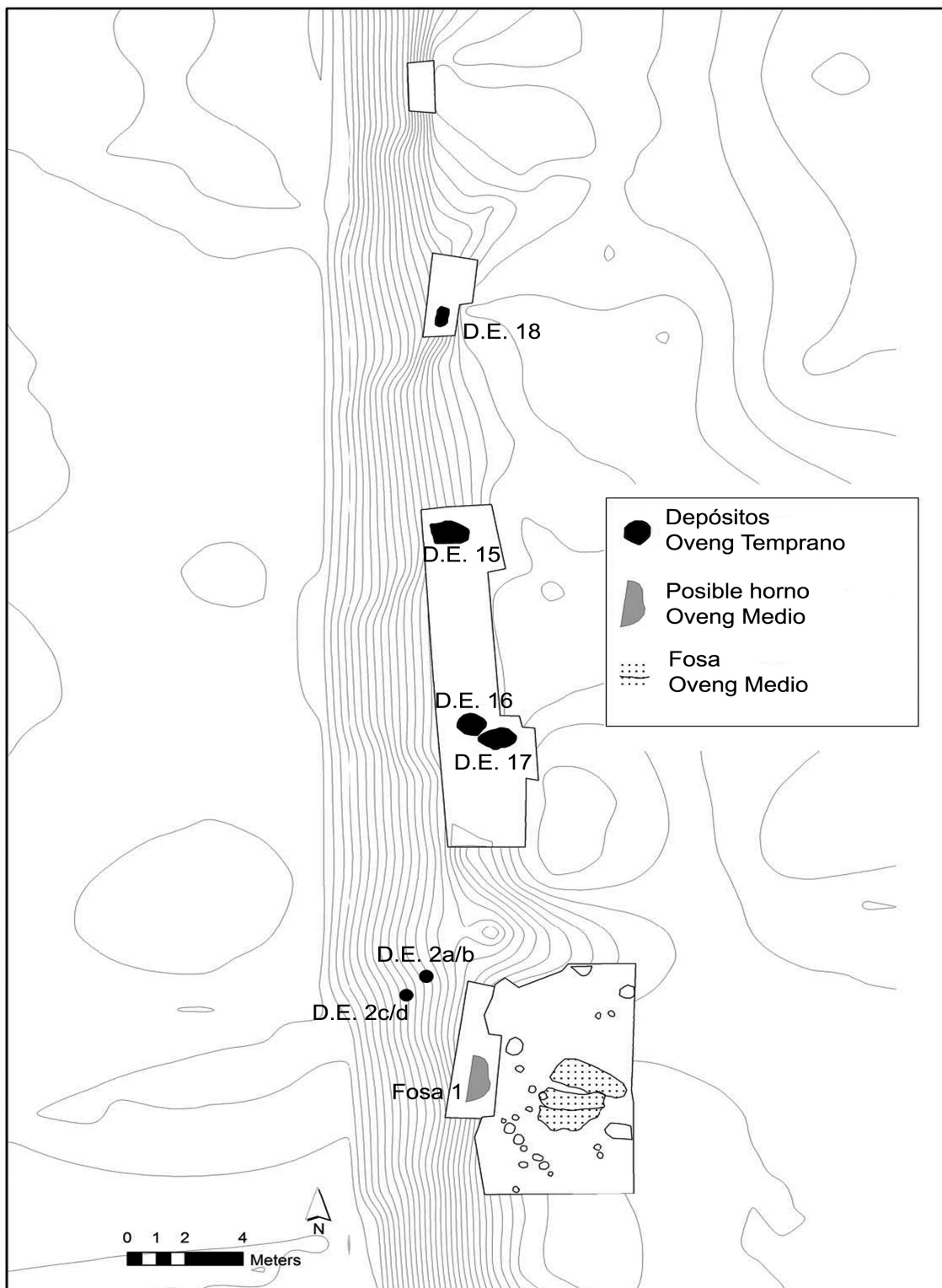


Fig. 7.12. Sector 1 del yacimiento de Nandá (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 13).

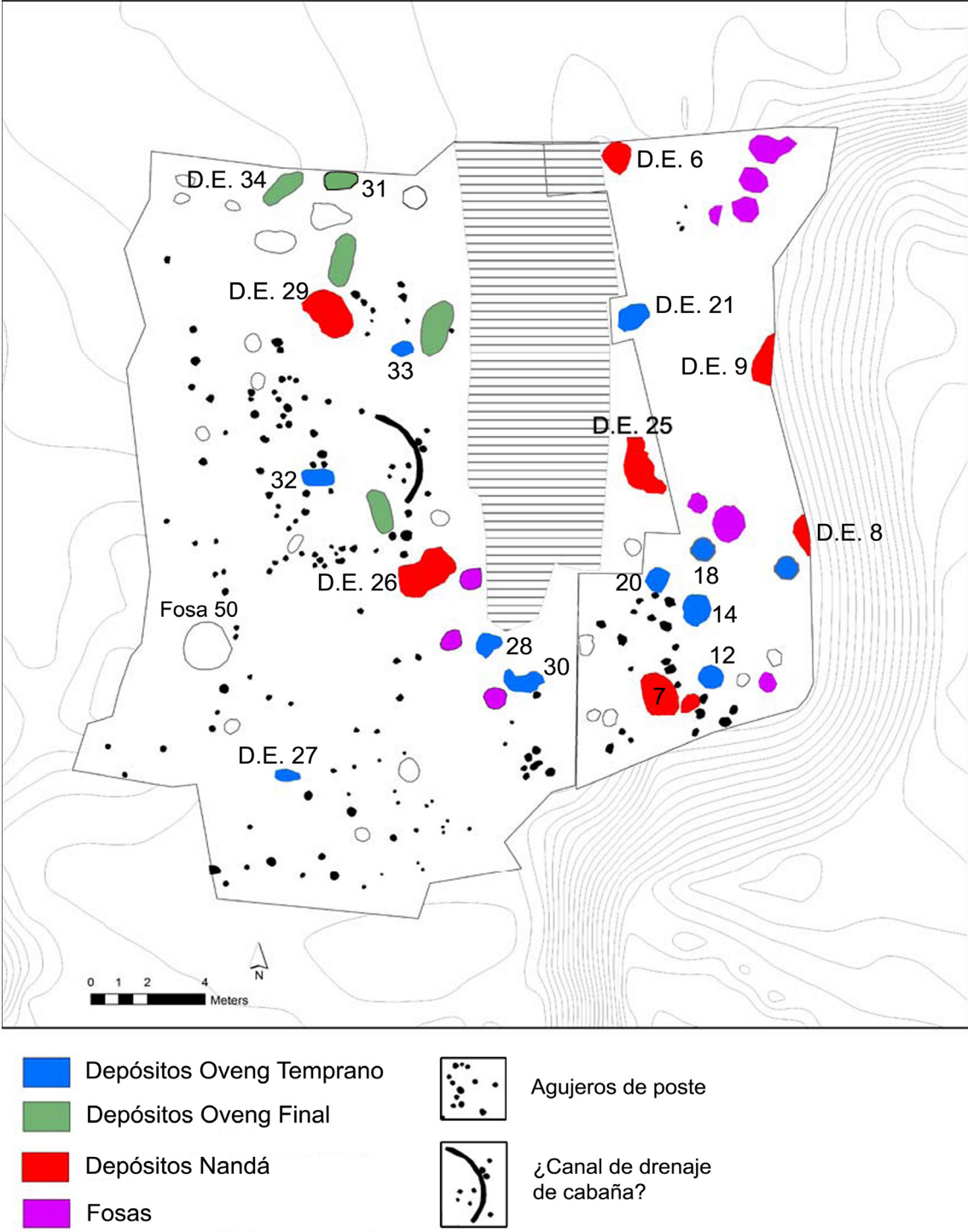


Fig. 7.13. Sector 2 del yacimiento de Nandá (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 17).

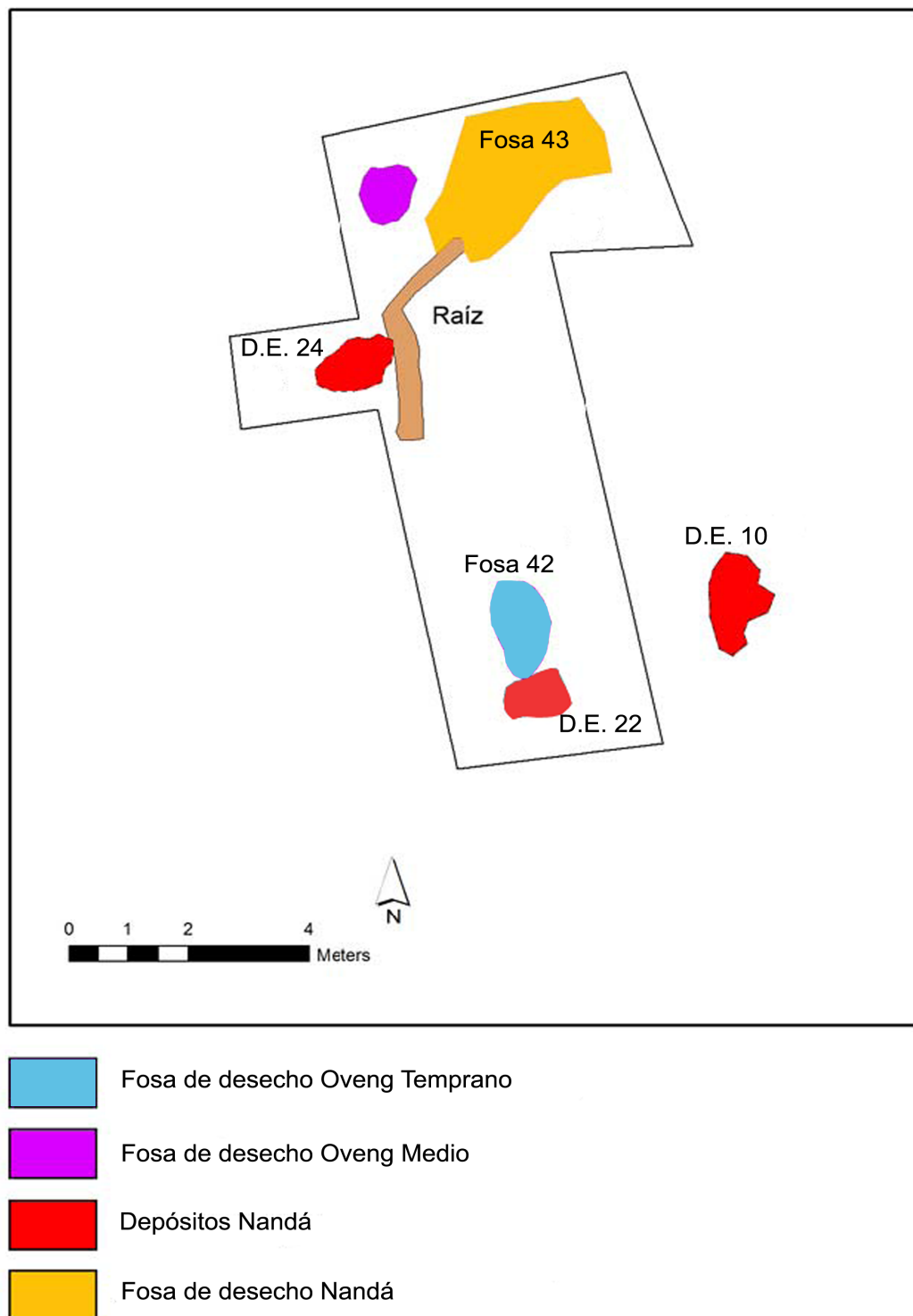


Fig. 7.14. Sector 3 del yacimiento de Nandá (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 47).

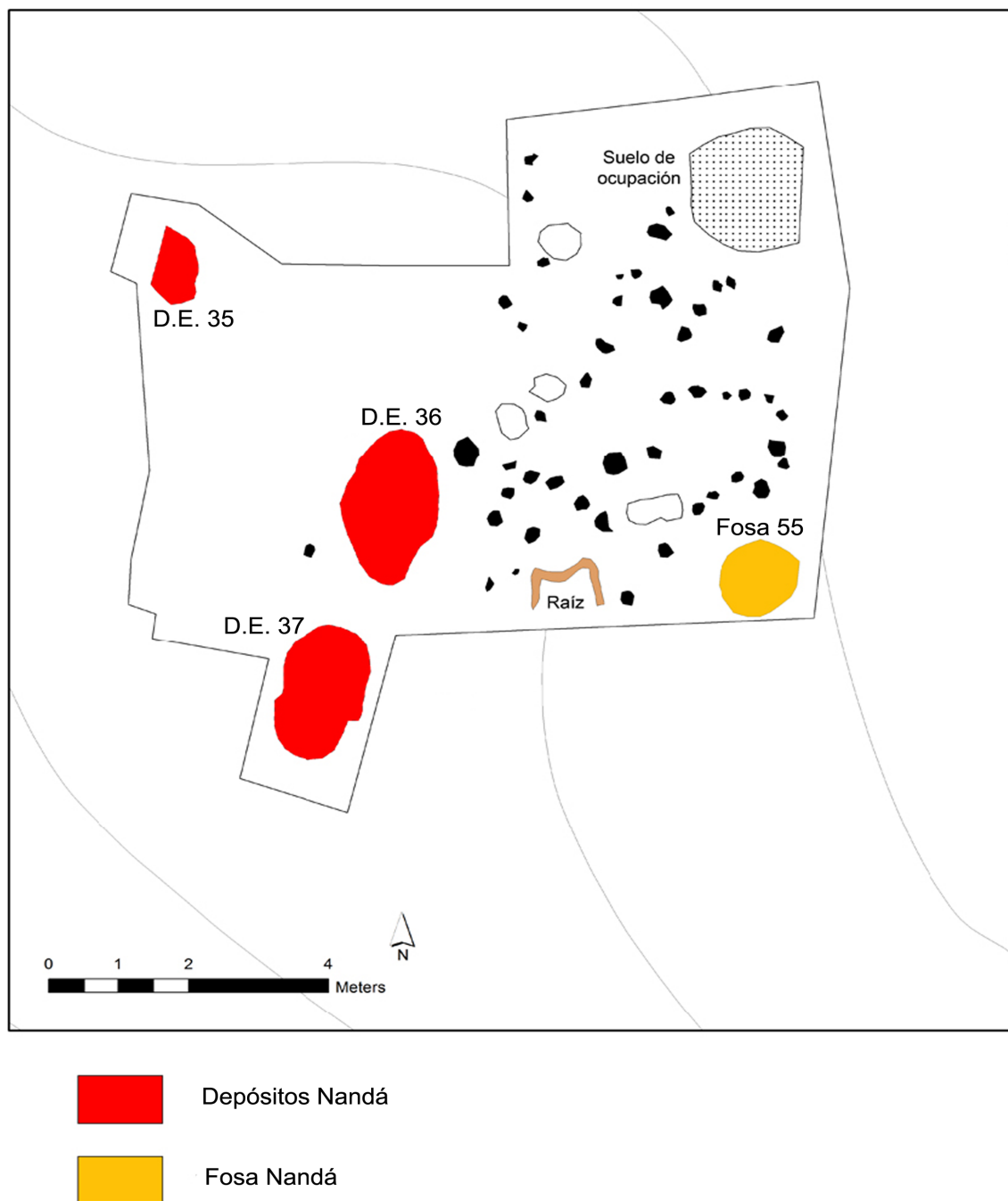


Fig. 7.15. Sector 4 del yacimiento de Nandá (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 55).

7.3.2. Fase I: Oveng Temprano. Asentamiento y necrópolis

El primer momento de ocupación de la Edad del Hierro reconocido en el yacimiento de Nandá corresponde con una necrópolis cuyos restos fueron identificados en los Sectores 1, 2 y 3 (ver Figs. 7.12, 7.13 y 7.14). Se localizaron un total de 20 depósitos estructurados¹ cuya cronología va desde el cambio de era hasta el siglo V d.C., tal y como indican siete fechas radiocarbónicas cuyas muestras fueron obtenidas del interior de las tumbas. El único resto de esta fase que podemos asociar a un asentamiento es una fosa de desecho identificada en el Sector 3.

Antes de disponer de dataciones radiocarbónicas la comparación tipológica fue nuestra única manera de establecer cronologías aproximadas. Desde un inicio las cerámicas asociadas a este primer periodo nos parecieron similares en sus formas y decoraciones a las descubiertas en varios yacimientos del estuario de Libreville y en la bahía del Mondah en la costa norte de Gabón y que habían sido denominadas Oveng por su descubridor, el arqueólogo Bernard Clist (1995: 164-167, 2004: 615-617). Para evitar duplicidades innecesarias, dado el parecido entre los estilos y la proximidad geográfica, decidimos utilizar el mismo nombre para identificar a esta tradición tecnológica.

Fosa de desecho

La Fosa 42 se encuentra en el Sector 3 (ver Fig. 7.14) y tiene forma oval. De su interior se recuperaron abundantes fragmentos cerámicos decorados [Fig. 7.16] y una muestra para datar por radiocarbono [Ua-44132 (1671±30) 280 - 240 calAD] que situó a la fosa en Oveng Temprano.

¹ Los denominamos depósitos estructurados porque no podemos asegurar con absoluta certeza que todos ellos sean tumbas. De un total de 20 depósitos estructurados, 6 de ellos presentan un tamaño pequeño y escaso ajuar, lo que nos enfrenta a la posibilidad de que sean o bien tumbas modestas o depósitos votivos. En principio, los consideraremos tumbas y nos referiremos a ellos como "D.E." y a continuación un número identificativo como, por ejemplo "D.E. 1".

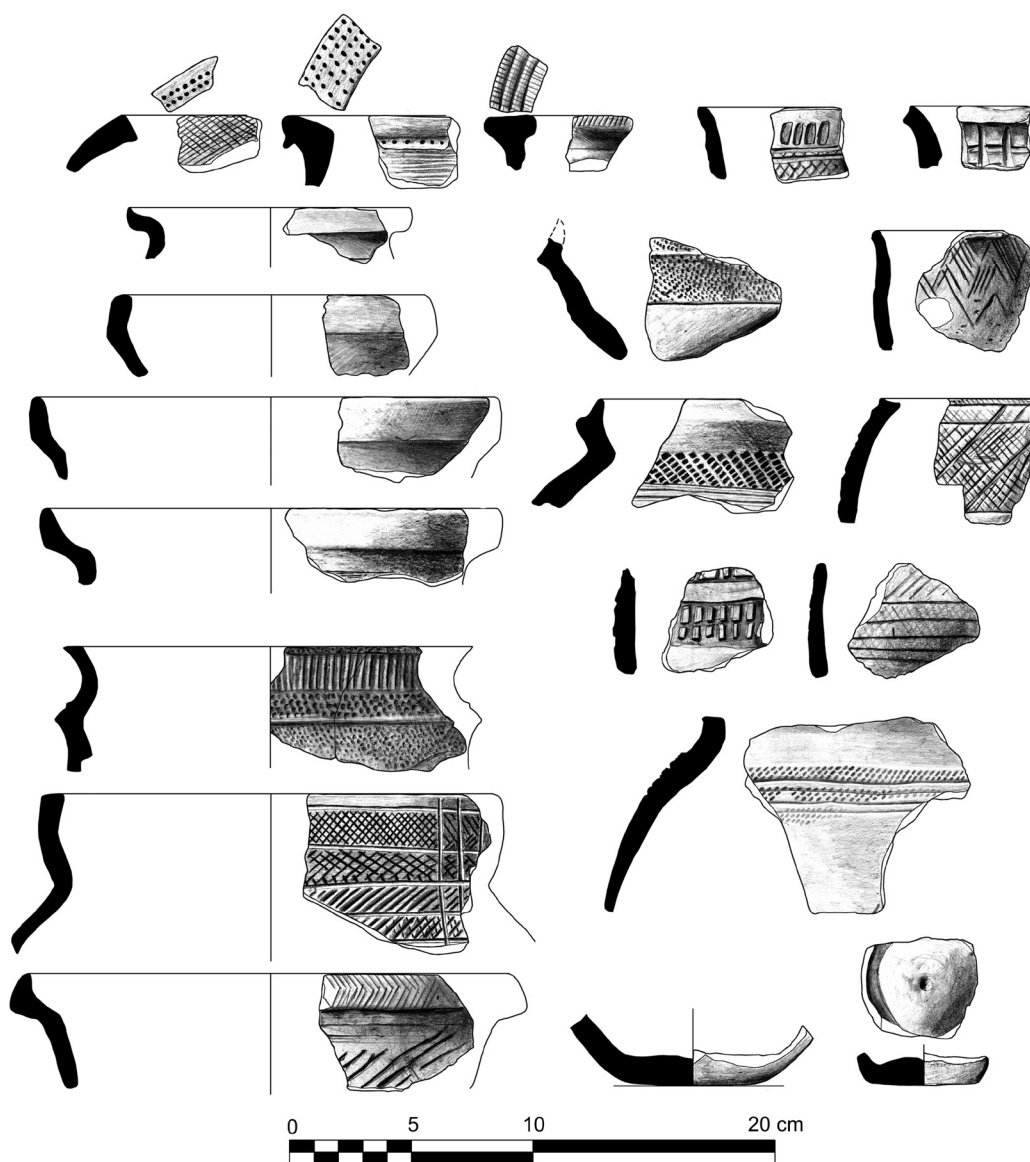


Fig. 7.16. Materiales cerámicos diagnósticos de la Fosa 42 (Oveng Temprano)

Necrópolis Oveng Temprano

Los depósitos funerarios de esta fase comparten similares características entre sí. Su forma suele ser redondeada u oblonga y su tamaño varía según su forma: los primeros suelen tener diámetros que están en torno a los 80 cm y los segundos tienen ejes mayores que van de los 70 a los 125 cm. Sus profundidades oscilan entre los 10 y los 40 cm. Son estructuras simples, excavadas en la arena y sin delimitación alguna, por lo que todas fueron inicialmente identificadas por la coloración más oscura del sustrato que contenían [Fig. 7.17]. Este cambio de coloración respecto de la UE en la que estaban excavadas está causado por la descomposición de la materia orgánica que debieron contener.

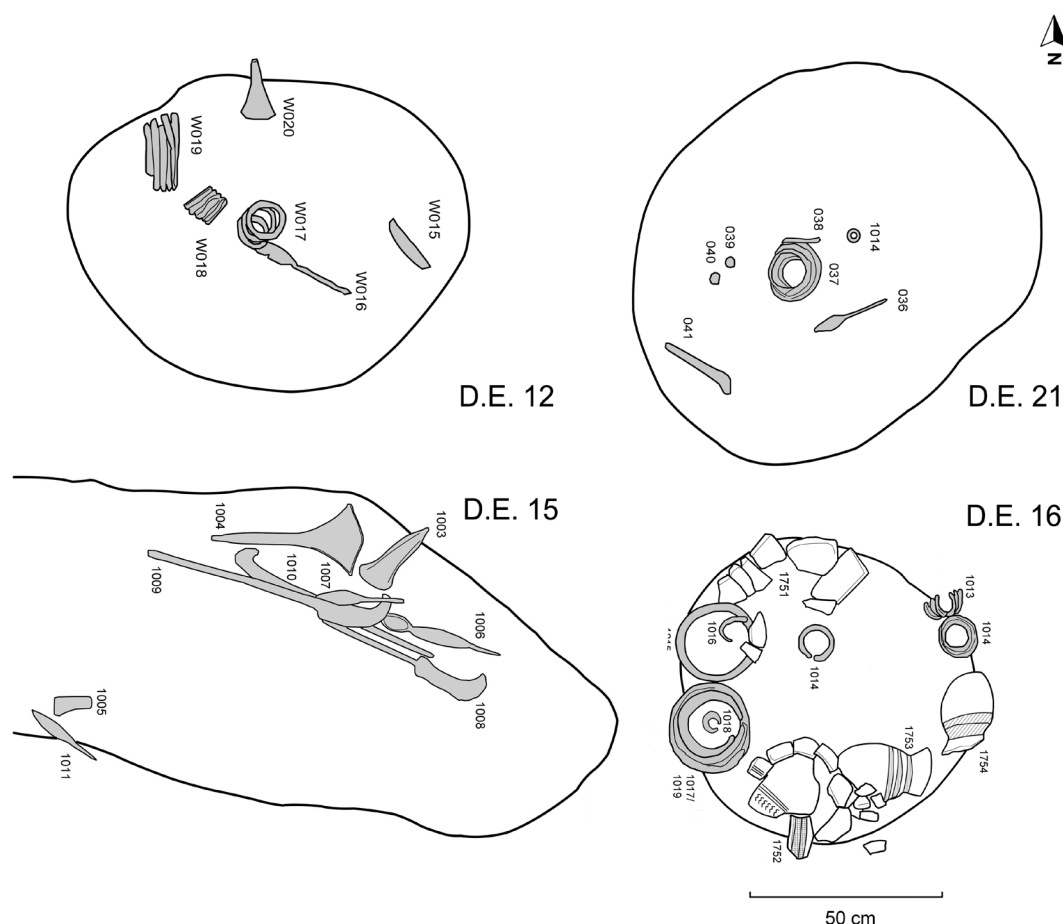


Fig. 7.17. Ejemplos de plantas de depósitos estructurados Oveng Temprano (a partir de González-Ruibal *et al.* 2013a: 123)

No se han conservado restos humanos en los depósitos, tampoco ningún otro tipo de materia orgánica que pudieran haber contenido, tan sólo el ajuar de piezas cerámicas y metálicas. Los ajuares están compuestos por, en menor medida, fragmentos cerámicos o cerámicas casi completas y, muy abundantemente (con exclusividad en muchos casos), objetos de hierro: bikuele, cucharas, puntas de lanza, hachas, hoces-cuchillo, brazaletes, tobilleras, collares y anillos.²

Con la descripción hasta aquí hecha se puede sugerir que estas tumbas bien pudieran ser simples depósitos rituales y no enterramientos humanos. De hecho, nuestras primeras conjeturas apuntaban en esa dirección. Afortunadamente, durante los procesos de limpieza de los materiales que componían los diferentes ajuares de estos depósitos fuimos capaces de identificar pequeños fragmentos de hueso que habían quedado adheridos al metal de algunos

² Todos los objetos metálicos encontrados en la necrópolis de Nandá son de hierro, independientemente de su cronología, por lo que de aquí en adelante evitaremos repetir este dato.

collares y brazaletes y conservados gracias a la corrosión del hierro que los había recubierto [Fig. 7.18], algo que también ocurrió en las tumbas camerunesas de Akonétye (Camerún) del mismo periodo (Meister 2010: 243). Este descubrimiento nos condujo a pensar que en el momento de la deposición los adornos que componían el ajuar debieron ir acompañados de parte de los restos óseos del cadáver, es decir, nos encontrábamos no ante simples depósitos rituales ni ante enterramientos primarios, sino ante enterramientos secundarios.



Fig. 7.18. Resto óseo adherido a un brazaletes del D.E. 21 (González-Ruibal *et al.* 2013a: 124, Fig. 8.).

Como ya comentamos en el apartado 4.3.4. al referirnos al melan, los rituales que conllevan el tratamiento de los huesos de los cadáveres de las personas relevantes no son algo ajeno a las poblaciones de África centro-occidental. Entre los benga existió hasta finales del siglo XIX la tradición de exponer los cadáveres en plataformas hasta que quedasen descarnados para luego utilizar sus huesos en rituales (Andeke 2005: 3), mientras que los fang, los kele, los ngoní, los kota y los tshogo, entre otros, veneraban los huesos de los ancestros, principalmente sus cráneos, depositados en relicarios cuyo cuidado estaba a cargo de los familiares del fallecido (LaGamma 2007). No sería extraño que los restos de la necrópolis de fase Oveng Temprano estuviesen relacionados con rituales conmemorativos de este tipo.

Pasamos a detallar las características concretas de cada uno de los 19 depósitos estructurados identificados para este periodo³.

Depósito Estructurado 1

Está localizado en el Sector 1 del Área 7. Los restos de este depósito aparecieron en superficie y muy alterados debido a las obras de construcción del aeropuerto, por lo que no podemos precisar su forma. Afortunadamente, fue posible recuperar el ajuar metálico de su interior, compuesto por 6 bikuele, 2 brazaletes compuestos y 1 hacha de abanico [Fig. 7.19].

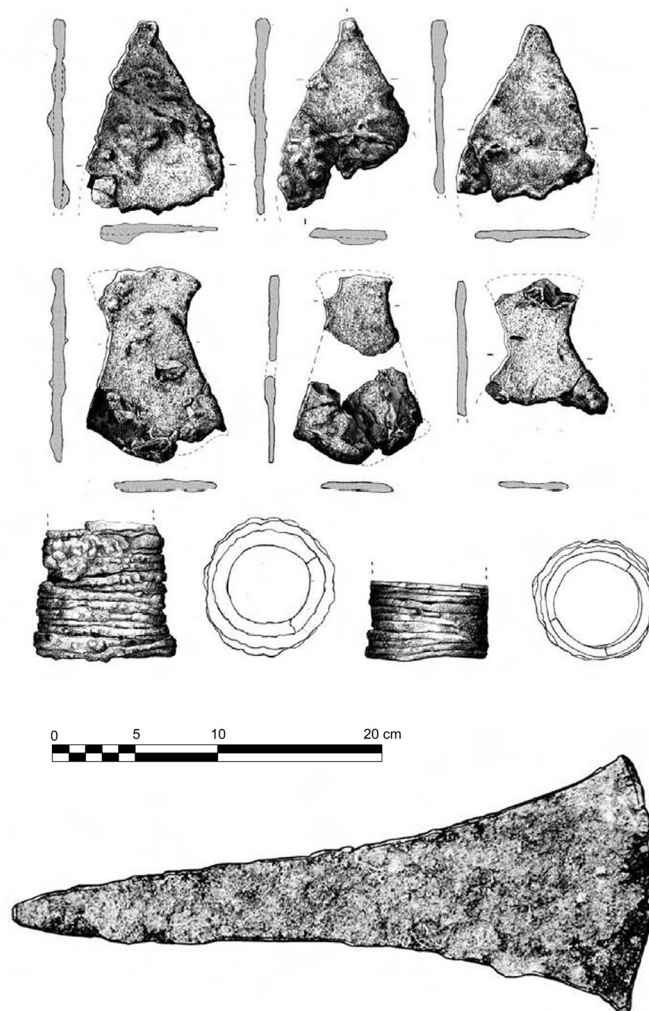


Fig. 7.19. Ajuar del D.E. 1 (González-Ruibal *et al.* 2011a: 58, Fig. 17).

³ Cabe la posibilidad de que el número de piezas descrito no equivalga al de piezas ilustradas. Que esto ocurra (en este periodo o en los siguientes) se debe a la imposibilidad de recuperar algunos de los objetos debido a su mal estado de conservación, lo que nos impidió documentarlos.

Depósito Estructurado 2a/b

Está localizado en el Sector 1 del Área 7. Al igual que el anterior depósito, se vio muy afectado por las obras de construcción del aeropuerto, por lo que tampoco pudimos precisar su forma. El ajuar recuperado lo componen 2 tobilleras compuestas, 1 collar compuesto, 15 hachas de abanico, 2 cucharas, 2 puntas de lanza, 4 bikuele, 1 anillo y un objeto metálico indeterminado. De todos los objetos, el collar no pudo ser recuperado dado su mal estado de conservación [Fig. 7.20].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: CNA1573 (1930 ± 30) 20 calBC - 140 calAD.

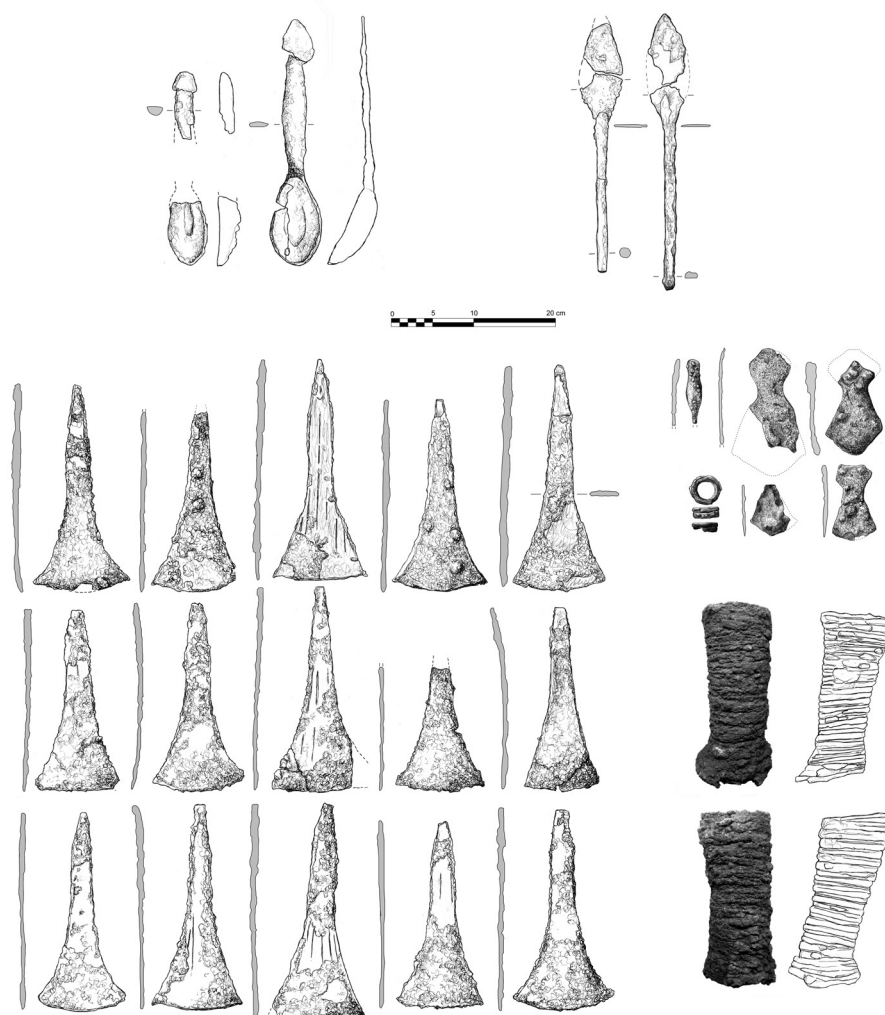


Fig. 7.20. Ajuar del D.E. 2a/b (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011a: 60-61, Figs. 21-22).

Depósito Estructurado 2c/d

Está localizado en el Sector 1 del Área 7. Es un depósito subyacente al anterior que también se vio muy alterado por las obras del aeropuerto. Su ajuar lo componen 3 hachas de abanico y 1 hacha recta [Fig. 7.21].

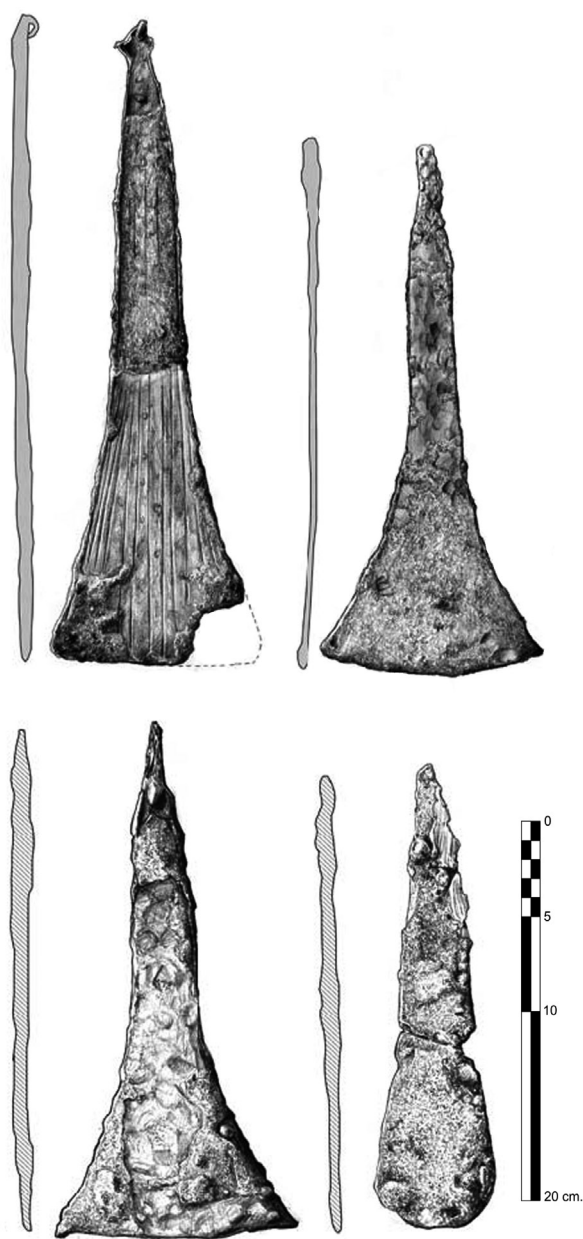


Fig. 7.21. Ajuar del D.E. 2c/d (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011a: 59, Fig. 20).

Depósito Estructurado 11

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Se trata de una estructura de planta circular y base plana con paredes curvas. Tiene 80 cm de diámetro y unos 25 cm de profundidad. De su interior se recuperaron 1 hacha de abanico, 2 bikuele y 1 brazalete compuesto [Fig. 7.22].

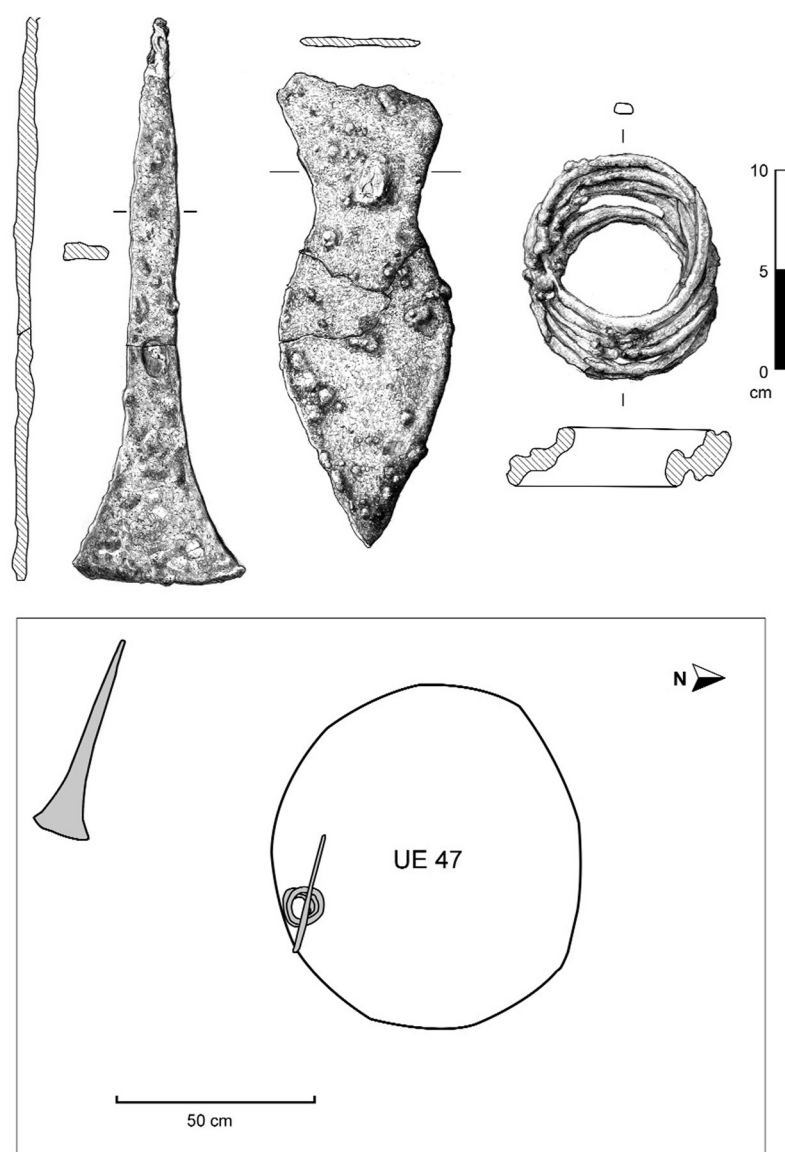


Fig. 7.22. Ajuar y planta del D.E. 11 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c).

Depósito Estructurado 12

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura de planta circular, base plana y paredes cóncavas. Tiene 80 cm de diámetro, 75 cm de profundidad máxima (hacia el Oeste) y 25 cm de profundidad mínima (hacia el Este). Su ajuar está formado por 1 hacha de abanico, 1 collar compuesto, 3 brazaletes simples, 1 brazalete compuesto, 1 ekuele, 1 cuchillo y un objeto metálico indeterminado [Fig. 7.23].

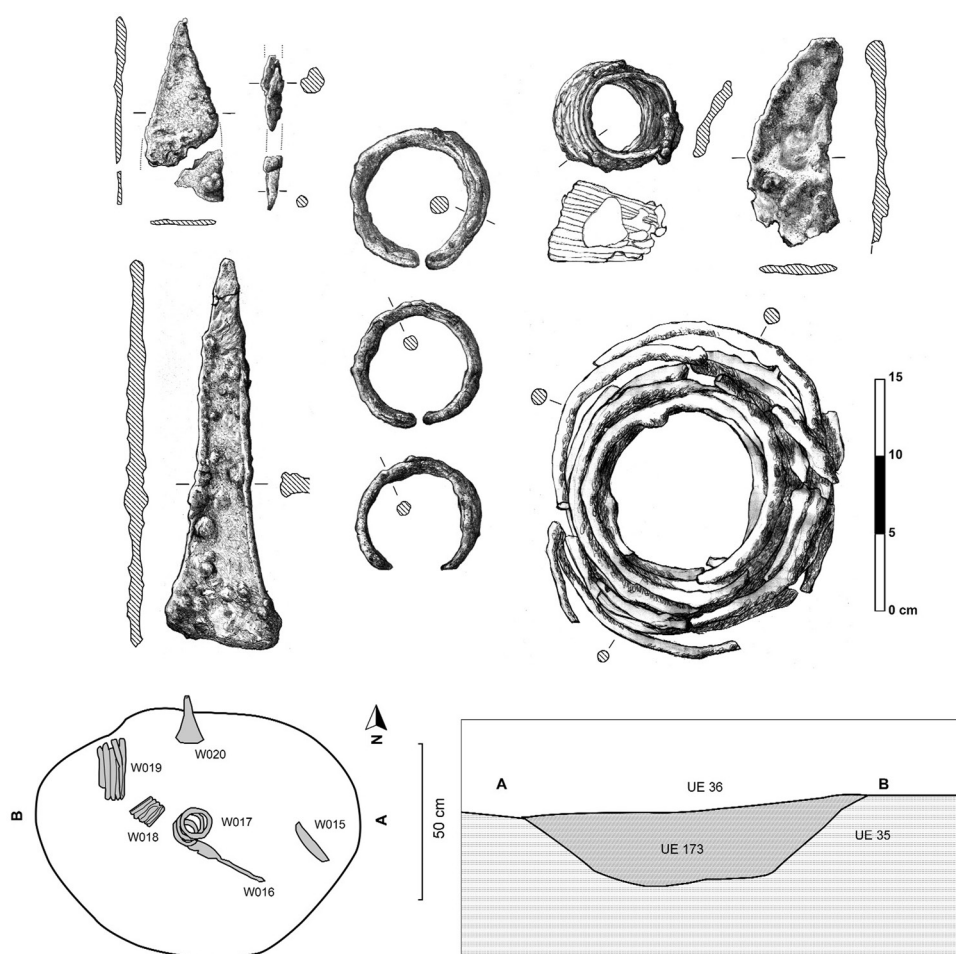


Fig. 7.23. Ajuar, planta y sección del D.E. 12 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2013a: 127, Fig.10).

Depósito Estructurado 13

Está localizado en el Sector 1 del Área 7. Es una estructura de planta circular con diámetro de poco más de 20 cm. De su interior se recuperó medio recipiente cerámico. Su escaso ajuar nos hace cuestionar su naturaleza funeraria [Fig. 7.24].

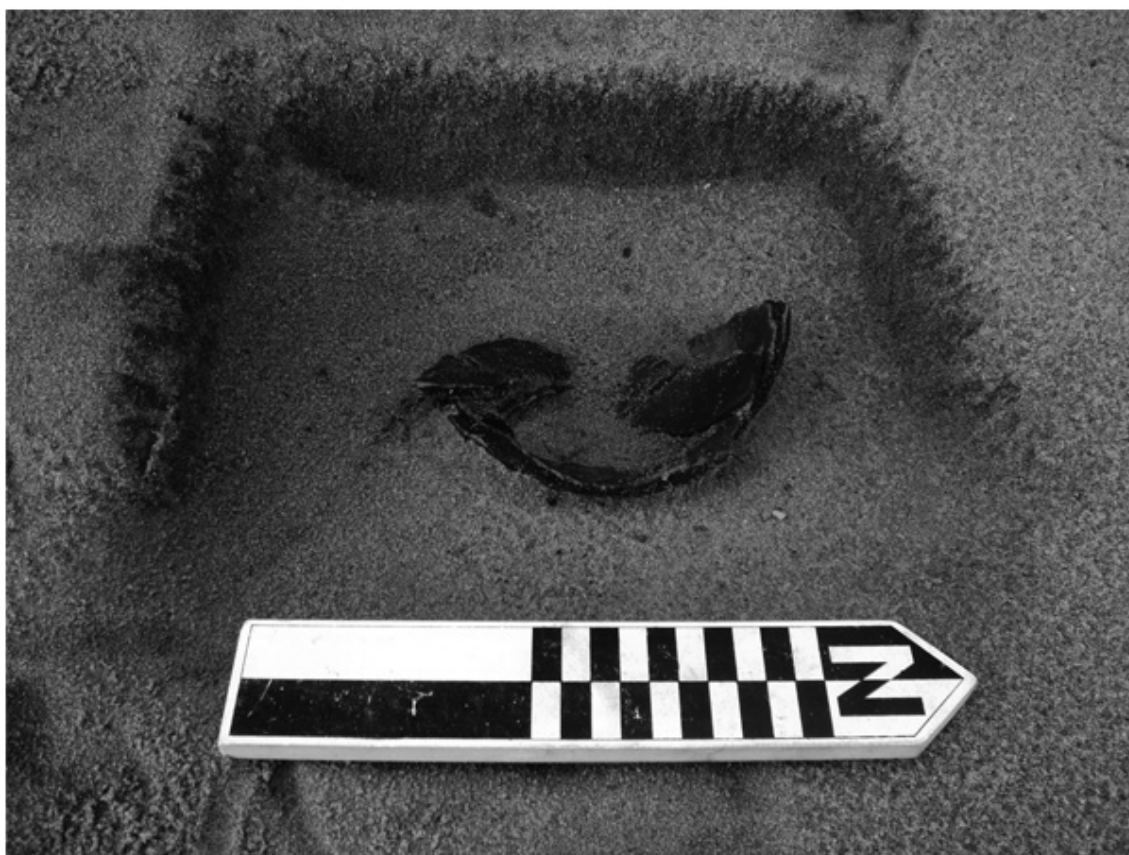


Fig. 7.24. Fotografía del D.E. 13

Depósito Estructurado 14

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura de planta circular, base cóncava y paredes curvas. Su diámetro es de 1,15 m y su profundidad máxima es de 25 cm. De su interior se recuperó una punta de hierro. Al igual que en el caso anterior, dudamos de su naturaleza funeraria.

Depósito Estructurado 15

Está localizado en el Sector 1 del Área 7. Es una estructura oval cuyo extremo occidental fue seccionado por las obras del aeropuerto. A pesar de ello, podemos suponer que su eje mayor mediría en torno a 1,20 m y su eje menor 70 cm. Su profundidad alcanza los 35 cm. Su ajuar está compuesto por 2 hachas de abanico, 3 hoces-cuchillo, 1 cuchara, 2 puntas de lanza y 1 hacha recta [Fig. 7.25].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Beta-296113 (1640±40) 270 - 550 calAD.

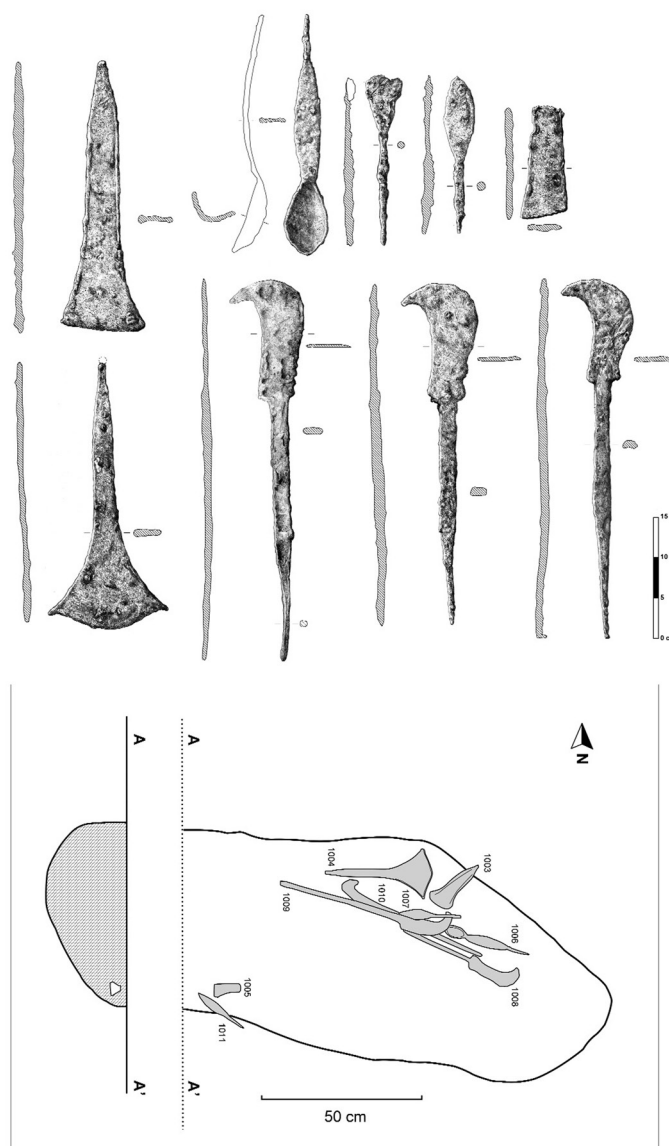


Fig. 7.25. Ajuar y planta del D.E. 15 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2013a: 128, Fig. 12).

Depósito Estructurado 16

Está localizado en el Sector 1 del Área 7. Es una estructura de planta circular, con un diámetro de 1,20 m y una profundidad máxima de 30 cm. El ajuar contenido en esta tumba aparece apoyado contra las paredes de la fosa, dejando el centro prácticamente libre (lo que nos conduce a suponer que ésta sería la zona en donde se depositarían los huesos del cadáver). El ajuar está compuesto por 1 collar simple con incrustaciones de marfil, 1 collar compuesto, 2 lúnulas, 4 brazaletes compuestos, 1 anillo y un fragmento de hierro. También aparecieron 4 recipientes cerámicos muy fragmentados, 3 de ellos decorados [Fig. 7.26].

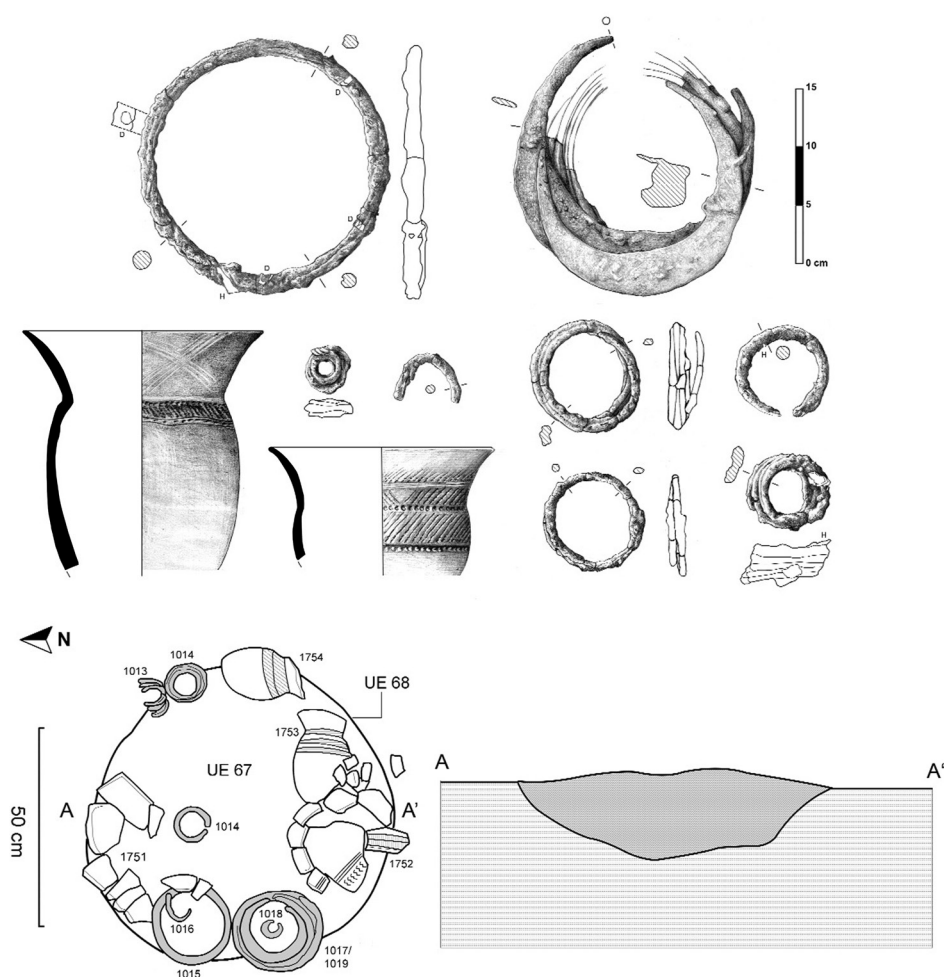


Fig. 7.26. Ajuar, planta y sección del D.E. 16 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2013a: 126, Fig. 10).

Depósito Estructurado 17

Está localizado en el Sector 1 del Área 7. Esta estructura, prácticamente adyacente al D.E. 16, tiene planta oval y fondo cóncavo. Su eje mayor mide 1,25 m, el menor 70 cm y su profundidad máxima es de 40 cm. Su ajuar está compuesto por 1 hacha de abanico y 1 brazalete simple enroscado [Fig. 7.27].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Beta-296116 (1750±40) 180 - 380 calAD.

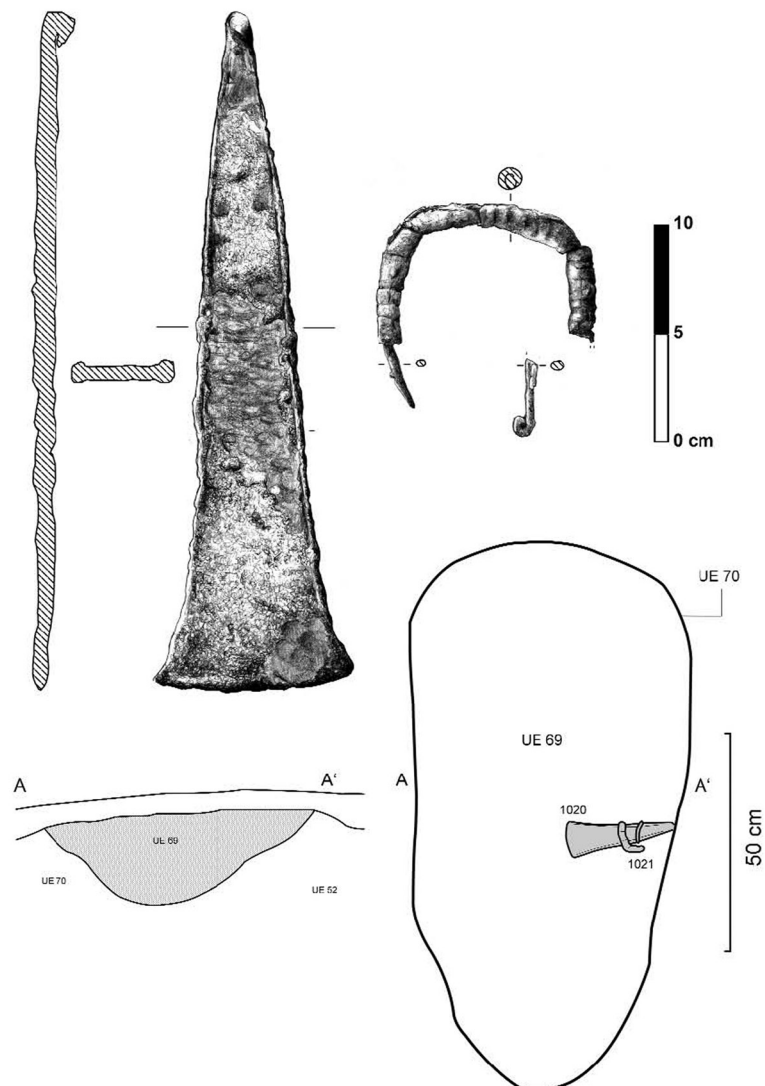


Fig. 7.27. Ajuar, planta y sección del D.E. 17 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c).

Depósito Estructurado 18

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura circular de unos 40 cm de diámetro. En su interior tan sólo apareció un ekuele. La forma y el contenido de este depósito nos hacen dudar sobre su naturaleza funeraria [Fig. 7.28].

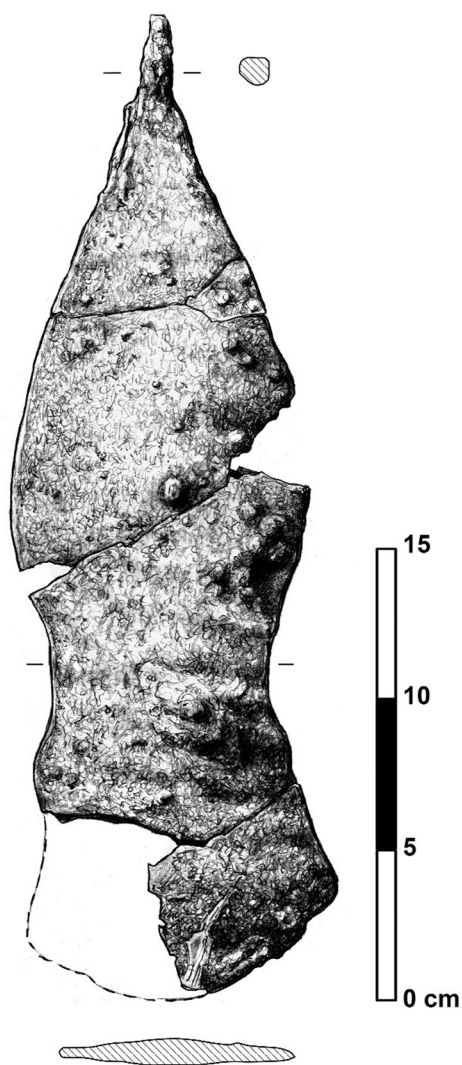


Fig. 7.28. Ajuar del D.E. 18 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2013a: 119, Fig.13).

Depósito Estructurado 19

Está localizado en el Sector 1 del Área 7. Esta estructura fue seccionada por las obras del aeropuerto. Podemos intuir que se trataba de una fosa ligeramente oval, siendo su eje mayor de 80 cm y el menor de 55 cm. En su interior documentamos un recipiente cerámico muy fragmentado. De nuevo, la morfología del depósito junto con su parca cultura material nos hace dudar de que estemos ante un enterramiento humano [Fig. 7.29].

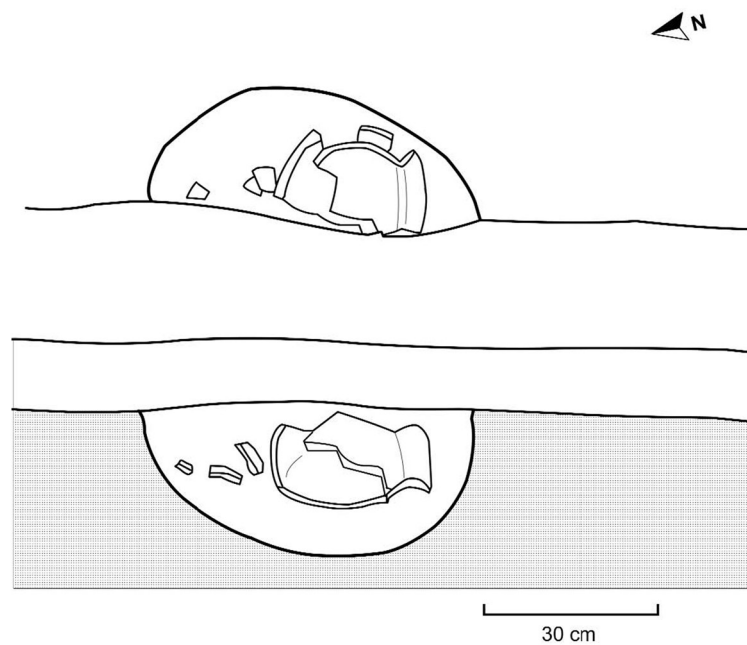


Fig. 7.29. Planta del D.E. 19 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c).

Depósito Estructurado 20

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura ligeramente oval y de base cóncava con un eje mayor de 80 cm, uno menor de 70 cm y una profundidad de 20 cm. En su interior se recuperó 1 collar simple con adherencias óseas y múltiples fragmentos cerámicos pertenecientes, al menos, a un recipiente [Fig. 7.30].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Ua-42374 (1808 ± 30) 90 - 290 calAD.

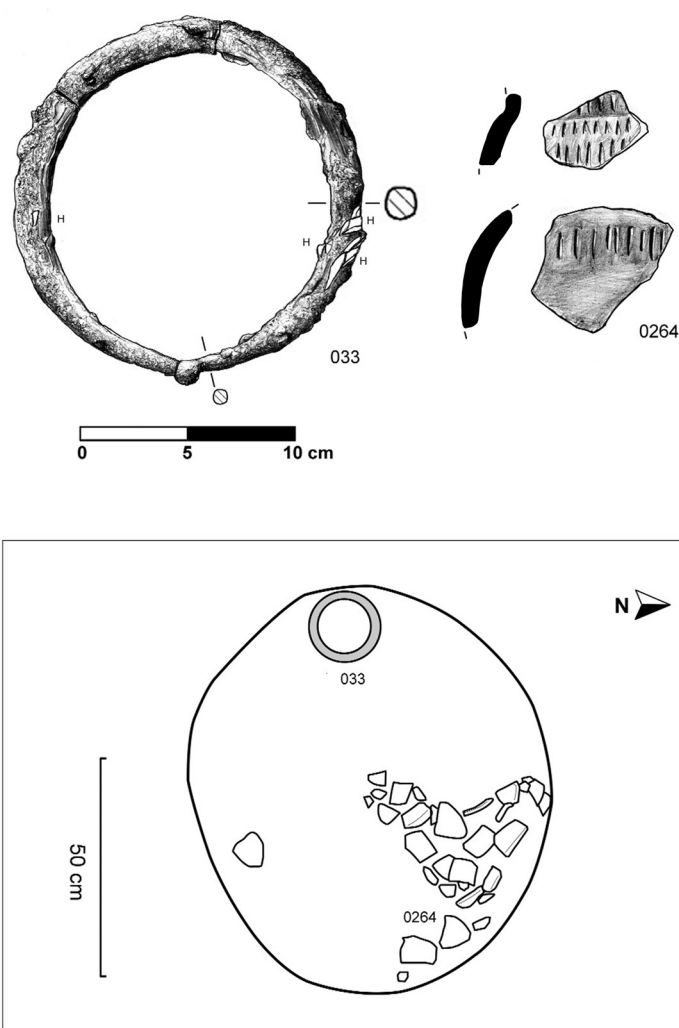


Fig. 7.30. Ajuar y planta del D.E. 20 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c).

Depósito Estructurado 21

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura de planta oval y base plana, con un eje mayor de 1,2 m, uno menor de 80 cm y una profundidad de entre 10 y 20 cm. El ajuar recuperado de su interior lo conforma 1 hacha de abanico, 1 punta de lanza, 1 anillo, 2 fichas, 1 brazalete compuesto y 1 cuchillo [Fig. 7.31].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Beta-296117 (1940±40) 50 calBC - 150 calAD.

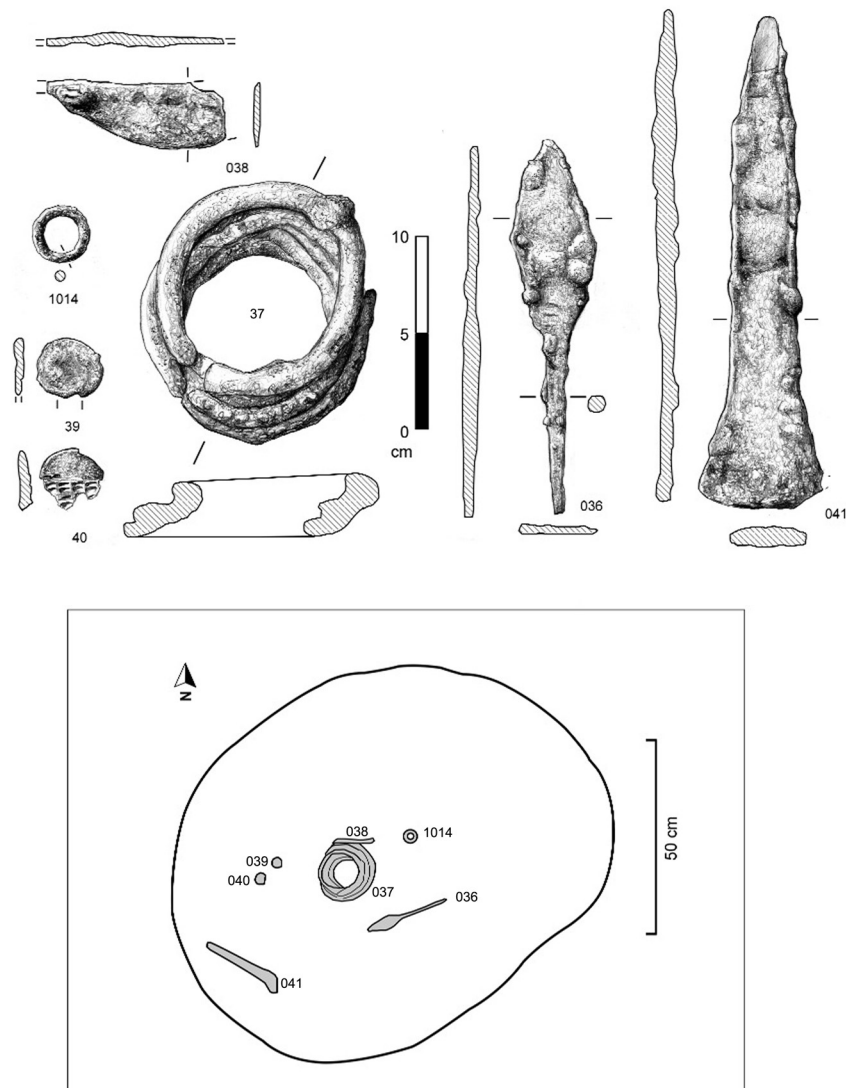


Fig. 7.31. Ajuar y planta del D.E. 21 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c).

Depósito Estructurado 22

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura de planta oval y perfil suavemente cóncavo, su eje mayor mide 80 cm y el menor 50 cm su profundidad máxima no supera los 15 cm. De su interior tan sólo se recuperó un conjunto de 4 recipientes cerámicos muy fragmentados [Fig. 7.32].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Ua-44133 (1836 ± 30) 80 - 240 calAD.

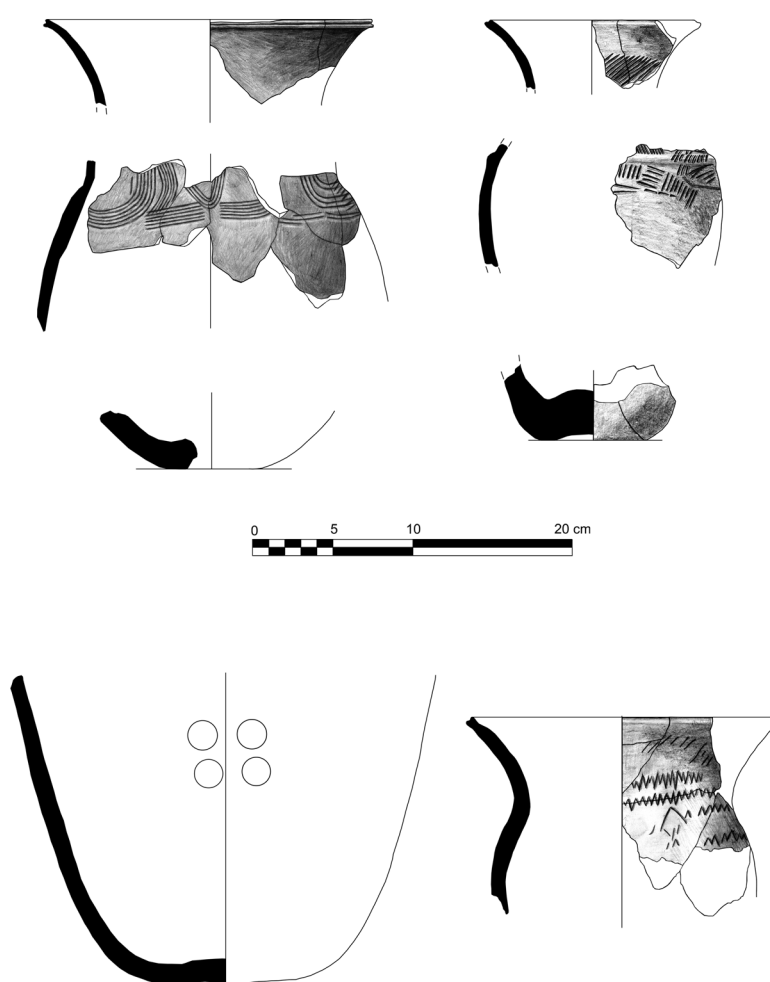


Fig. 7.32. Ajuar del D.E. 22.

Depósito Estructurado 27

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura oval cuyo eje mayor mide unos 70 cm y el menor 30. En su interior ha aparecido 1 ekuele (el más grande localizado hasta la fecha), 1 collar simple, 2 brazaletes compuestos y 1 anillo, además de fragmentos cerámicos pertenecientes a 5 recipientes [Fig. 7.33].

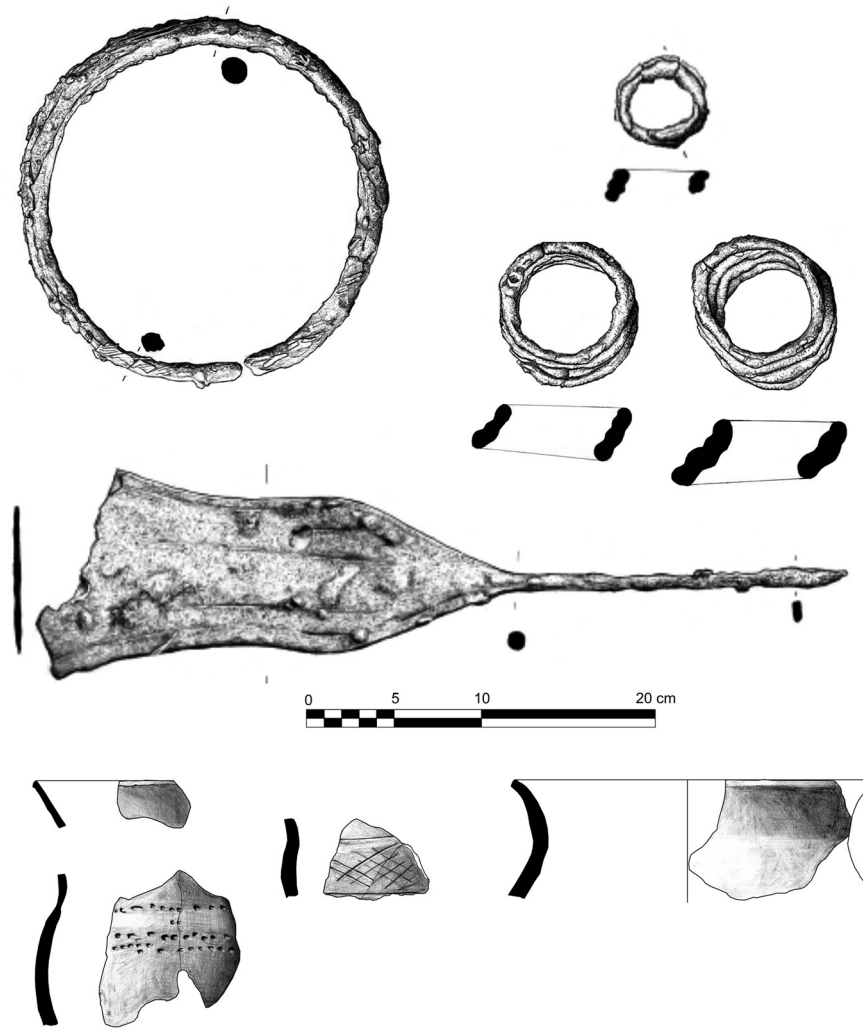


Fig. 7.33. Ajuar del D.E. 27 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 23-24).

Depósito Estructurado 28

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura muy poco profunda con forma irregular (semejante a un corazón) cuyos mayores ejes miden 74 y 68 cm respectivamente. En su interior se localizaron 2 brazaletes simples, 1 collar simple, y fragmentos de dos recipientes cerámicos, uno de ellos totalmente destruido [Fig. 7.34].

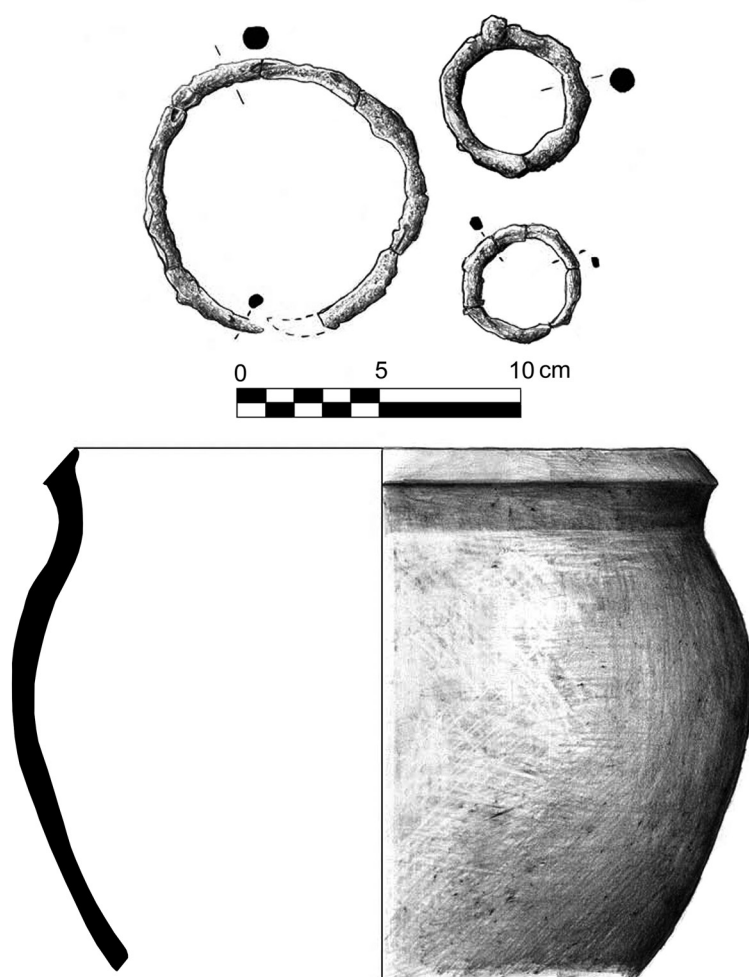


Fig. 7.34. Ajuar del D.E. 28 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 26).

Depósito Estructurado 30

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Esta estructura presenta forma de ocho, por lo que originalmente pudieron ser dos. Su eje mayor mide 1,13 m y el menor 52 cm. Contenía dos recipientes cerámicos aplastados [Fig. 7.35].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Ua-44136 (1892 ± 30) 20 - 180 calAD.

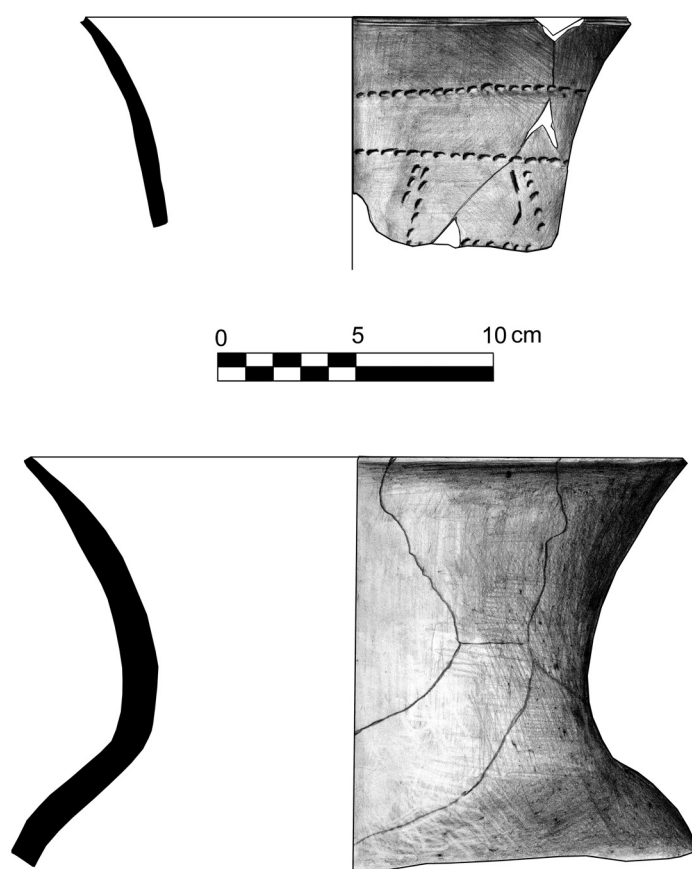


Fig. 7.35. Ajuar del D.E. 30 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 28).

Depósito Estructurado 32

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Esta estructura fue completamente destruida por una pala excavadora, por lo que resulta imposible conocer su forma y dimensiones. Distribuidos en la misma ubicación se encontraron 11 bikuele y 1 hacha de abanico [Fig. 7.36].

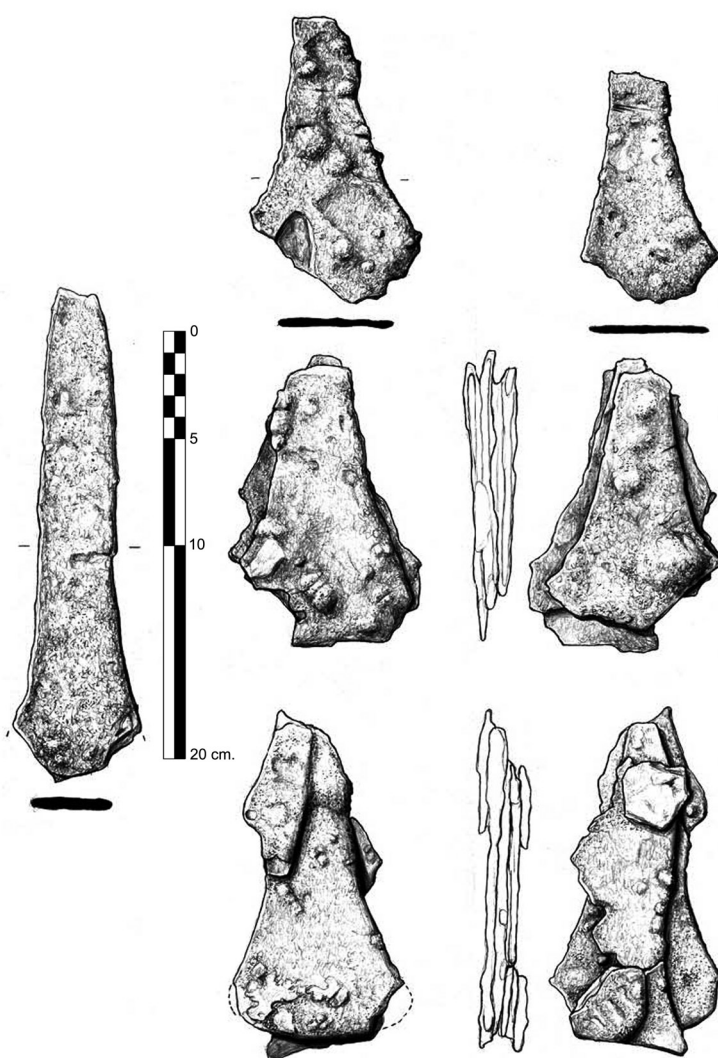


Fig. 7.36. Ajuar del D.E. 32 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 30).

Depósito Estructurado 33

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Esta estructura es una pequeña fosa circular de 28 cm de diámetro y escasa profundidad. El único objeto que deparó fue una cuchara de hierro. Tanto la forma como el ajuar nos hacen dudar de su naturaleza funeraria [Fig. 7.37].

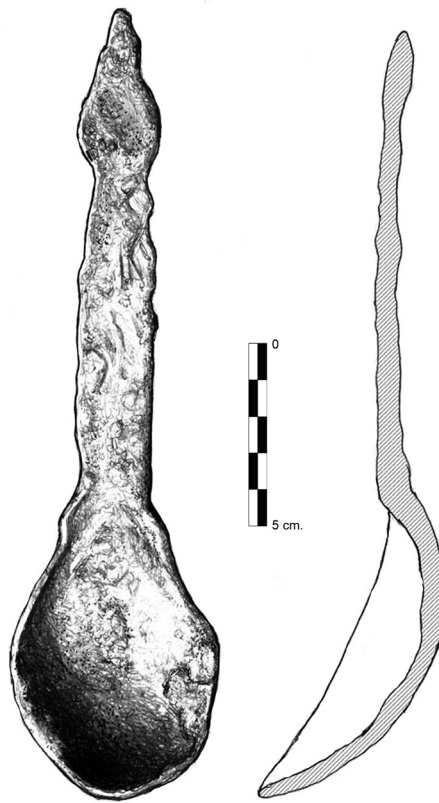


Fig. 7.37. Ajuar del D.E. 33 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 32).

7.3.3. Fase II: Oveng Medio. Asentamiento

Inmediatamente posterior a Oveng Temprano identificamos una fase que, aunque presenta ciertas similitudes en cuanto a su cultura material con la fase anterior, tiene características diferentes, la hemos llamado Oveng Medio. Cronológicamente esta fase se extiende desde el siglo IV al VII, solapándose ligeramente tanto con la fase previa como con la posterior. No encontramos tumbas asociadas a este momento y, en su lugar, aparece un nivel de habitación con fosas de desecho y agujeros de poste.

Estratigráficamente, Oveng Medio se trata de un suelo de ocupación que cubre los enterramientos de la fase anterior. De hecho, no podemos descartar por completo que algunos de los enterramientos más tardíos de la fase Oveng Temprano (el D.E. 15, por ejemplo) sean contemporáneos de este momento. El nivel es homogéneo y está compuesto por un sustrato de color marrón oscuro que contrasta fuertemente con las capas más arenosas que se extienden por encima y por debajo de él. Su color es evidencia de un alto contenido en materia orgánica, como cabe esperarse de un suelo de ocupación. Este estrato aparece en todo el Área 6 y 7, y en parte del Área 8, y presenta en ocasiones grandes acumulaciones de fragmentos cerámicos (como es el caso de la franja occidental del Área 7), sugiriendo una ocupación intensa aunque irregular. Desafortunadamente, este nivel se ha visto muy dañado tanto por las obras de construcción del aeropuerto como por procesos erosivos naturales (viento y fuertes lluvias principalmente). Por ejemplo, el sedimento que lo cubre ha desaparecido completamente en el Área 6 y en el Sector 2 del Área 7 está muy alterado.

Todo este nivel fue denominado Unidad Estratigráfica 36. La zona en que mejor conservada estaba la U.E. 36 era el Sector 1 (ver Fig. 7.12), en donde, en muchas ocasiones, los restos cerámicos aparecían *in situ*, en posición horizontal, junto con fosas y agujeros de poste. La falta de materiales y carbones asociados a estos últimos impide fecharlos en el mismo periodo, aunque el hecho de que en el Sector 1 solamente exista ocupación Oveng parece corroborar su carácter coetáneo.

De esta fase se obtuvieron un total de tres dataciones radiocarbónicas procedentes tanto del mismo suelo como del interior de una de las fosas. Todas ellas indican que el asentamiento tuvo una vida relativamente corta: las fechas calibradas cubren un periodo de unos 250 años (especialmente del siglo IV al VI). Tras este lapso temporal el asentamiento

desaparece, al menos de las áreas estudiadas. Que existan restos arqueológicos datados en un momento inmediatamente posterior sugiere que el poblado, probablemente, no desapareció, sino que simplemente mudó su emplazamiento a otra parte de la isla.

Aparte de este gran asentamiento de las Áreas 6, 7 y 8, lo que en total supone unas 4 Ha, hay otros yacimientos en la isla en donde aparecen los mismos tipos de materiales: en el Área 1, localizada unos 400 metros al Noroeste del Área 8, con un tamaño aproximado de 5 Ha, y Cor-3-García y Cor-4-Somagec Bas Vie, en la costa suroeste de la isla (ver Fig. 7.5). La presencia de carreteras, edificios y áreas de cultivo en esta última zona hace difícil calcular su extensión. Una pequeña parte de él fue excavada por Perramón en los años 60 del siglo XX. Aunque documentó materiales prehistóricos e históricos, sólo publicó los más recientes (Perramón 1968a). Nosotros mismos realizamos un pequeño sondeo que reveló una estratigrafía absolutamente alterada y algunos bordes cerámicos de tipología Oveng.

Veamos ahora con algo más de detalle los restos arqueológicos asociados a esta fase.

Suelos de ocupación, agujeros de poste y fosas de desecho

La gran extensión documentada ofreció un sinnúmero de fragmentos cerámicos muy rodados y una gran cantidad de agujeros de poste formando un palimpsesto difícil de interpretar. Ambas evidencias confirman la existencia de un asentamiento pero aportan poca información más. Afortunadamente, identificamos tres fosas de desecho que se asocian a esta fase sin ningún género de dudas. Del conjunto de elementos obtuvimos un total de tres fechas radiocarbónicas.

La primera de las fosas (Fosa 1) se encuentra en el Sector 1 y se vio parcialmente afectada por las obras del aeropuerto. A pesar de ello, nos fue posible conocer sus proporciones: tiene 90 cm de profundidad y 180 cm de diámetro y su base es estrecha y plana. Tanto su forma de embudo con fondo plano (sin parangón en todo el yacimiento) como la presencia de un fragmento de tobera de arcilla en su interior nos lleva a pensar que su uso original fue el de horno metalúrgico y que posteriormente fue reutilizado como basurero [Fig. 7.38]. Este tipo de horno metalúrgico ha sido documentado en Gabón (Clist y Lanfranchi 1989). La estructura fue posteriormente rellena con carbones, alguna piedra pulimentada, endocarpos de palma de aceite calcinados (palmiste) y multitud de fragmentos cerámicos

que, tipológicamente hablando, pertenecen a la tradición Oveng identificada por Clist (2004: 559) [Fig. 7.39]. La dispersión y fragmentación de todos estos elementos deja claro que no fueron depositados, sino simplemente arrojados.

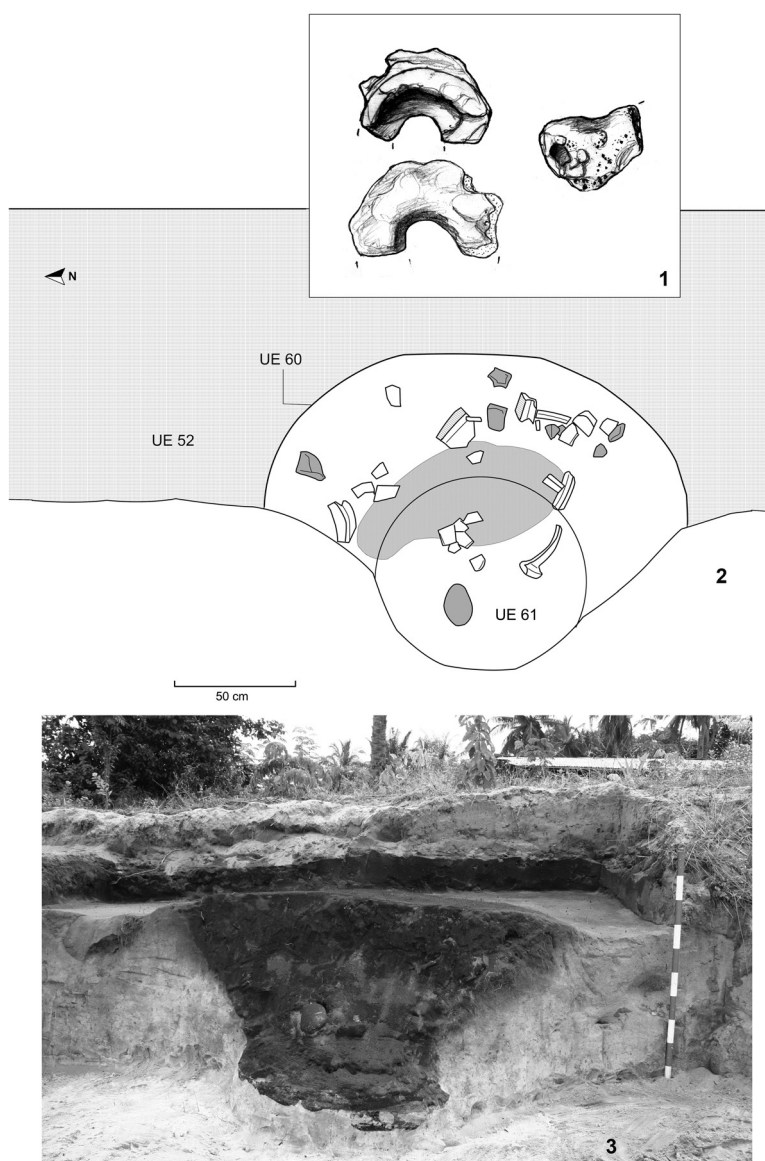


Fig. 7.38. Fosa 1. 1) Fragmento de tobera, 2) Planta de la fosa, 3) Vista de la fosa desde el Oeste (a partir de González-Ruibal *et al.* 2013a: 133, Fig. 14).

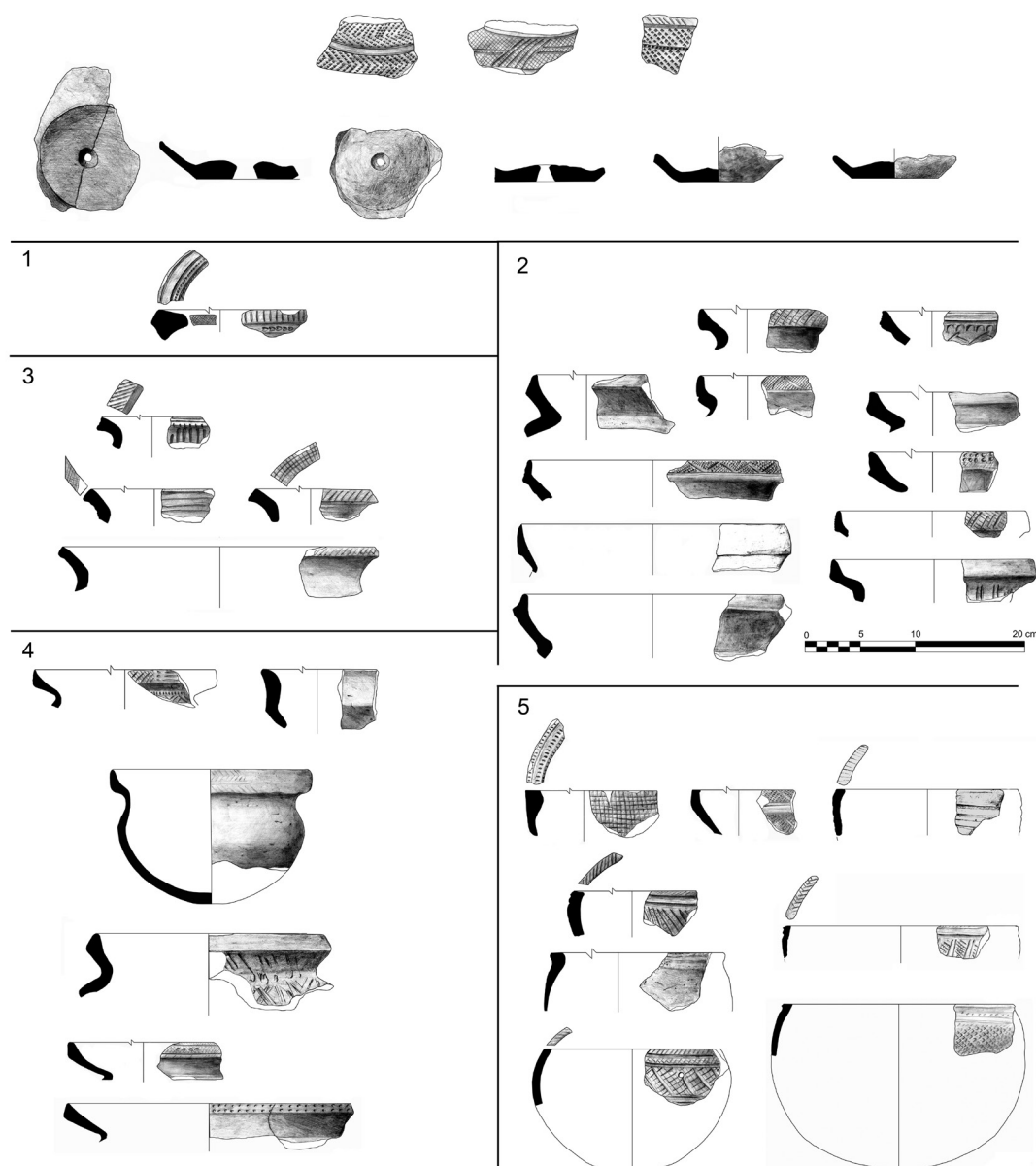


Fig. 7.39. Materiales cerámicos diagnósticos de la Fosa 1 (Oveng Medio). 1) Tipo D2, 2) Tipo B2, 3) Tipo A2, 4) Tipo B1, 5) Tipo C.

Tenemos dos fechas radiocarbónicas relacionadas con este depósito que confirman la cronología Oveng Medio: una fue obtenida de la acumulación de cenizas sobre la propia fosa [Beta 264858 (1510±40) 400 - 640 calAD] y la otra [Beta 296114 (1570±40) 370 - 570 calAD] de un carbón procedente de dentro de la fosa. No debemos olvidar que estas fechas datan la basura, no la construcción de la fosa en sí, que debió ser algo anterior.

El área de excavación fue posteriormente ampliada, revelando la presencia de una fosa oval rellena con distintos sedimentos hacia el Este (Fosa 48) [Fig. 7.40] y una serie de agujeros de poste que flanquean la gran fosa hacia el Sur. Su ubicación, en el mismo eje de la Fosa 1, nos lleva a pensar que todos estos elementos estarían relacionados entre sí. Hipotéticamente se puede aventurar que toda la estructura estaría relacionada con el trabajo metalúrgico.

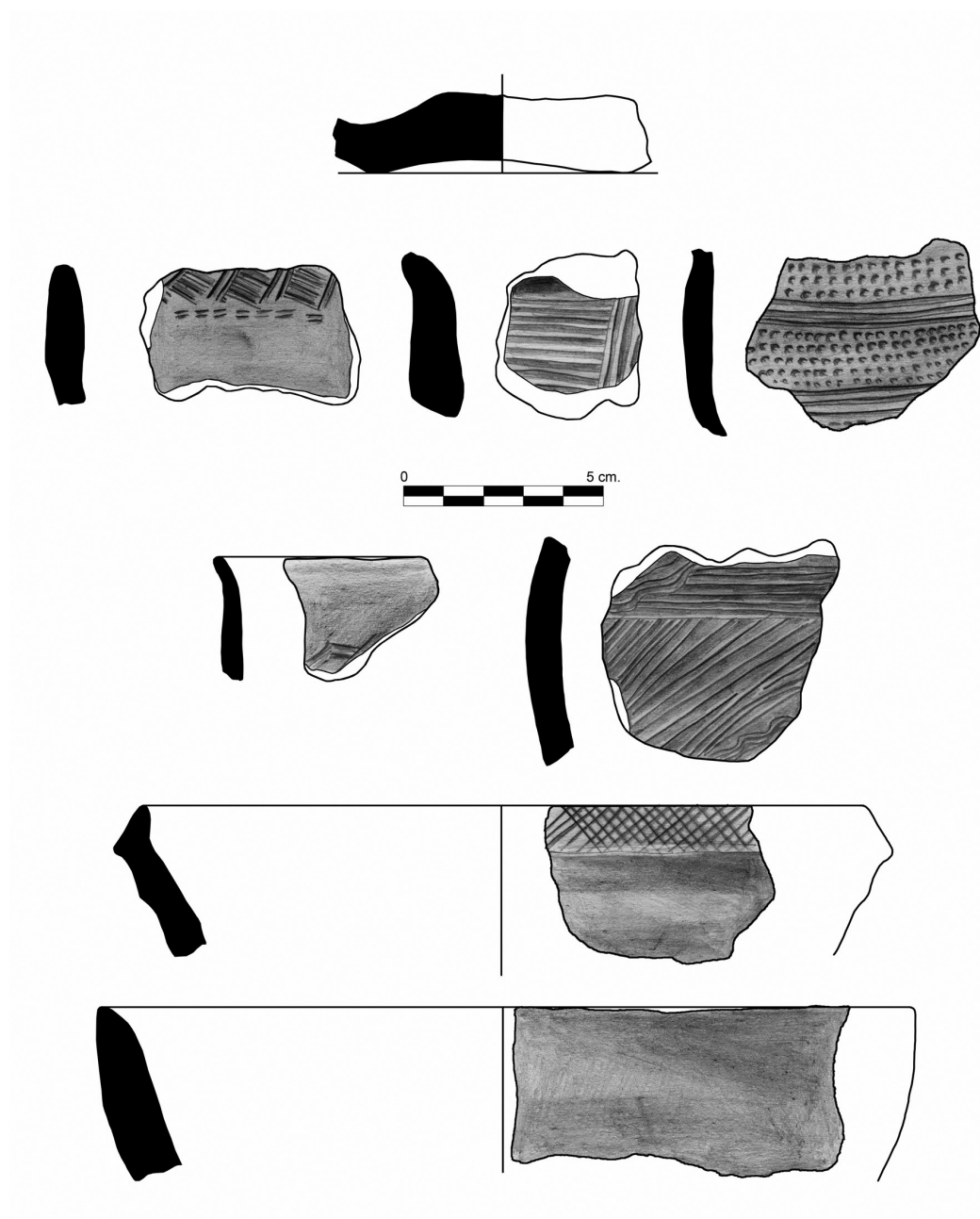


Fig. 7.40. Materiales cerámicos diagnósticos de la Fosa 48 (Oveng Medio)

La tercera fosa identificada para este periodo (Fosa 15) se encuentra en el Sector 2 (ver Fig. 7.13) y tiene forma oval, con unas dimensiones de 1,55 por 1,15 m y una profundidad de 1,20 m. En su interior se recogieron abundantes fragmentos de ocre y algunos carbones. En la cota superior del relleno apareció un lítico aplanado fragmentado, de naturaleza esquistosa, y un recipiente cerámico decorado casi completo [Fig. 7.41]. El recipiente tiene un paralelo en el yacimiento gabonés de Kango, excavado por Clist (2004: 597, Fig. 7.42.7), donde también se documentan fosas similares en tamaño y forma (Clist, comunicación personal). Esta fosa está flanqueada por otras dos, que son con toda probabilidad contemporáneas. Sugerimos un posible uso ritual para esta fosa, que presenta características muy similares a las documentadas en la fosa BWS 04/1 del yacimiento camerunés de Bwambé-Sommet (ver apartado 6.3.3.) (Eggert *et al.* 2006: 280-281).

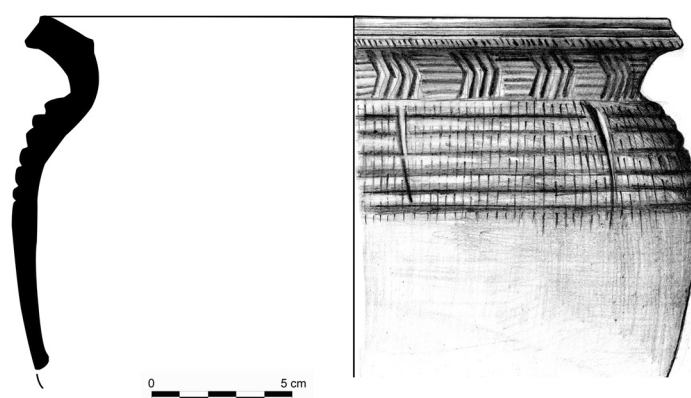


Fig. 7.41. Cerámica del interior de la Fosa 15 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c).

El nivel de asentamiento fue, además, datado por una tercera fecha [Beta 264859 (1560±40) 380 - 580 calAD] procedente del suelo sobre el D.E. 3 (Sector 2, Área 7), consistente con las otras.

En general, la fase Oveng Medio parece haber sido una de relativa alta ocupación en Corisco. No sólo el lugar de asentamiento es bastante extenso, sino que la abundancia de endocarpos de palma de aceite de la Fosa 1 es una evidencia plausible de deforestación de la capa vegetal de la isla: las dos especies identificadas (*Elaeis guineensis* y *Raphia* sp.) son típicas de ambientes abiertos, lo que sugiere una cierta deforestación en la isla, probablemente causada por la presión poblacional. De igual modo, en otros lugares de África centro-occidental, parece existir una presión demográfica creciente en la Edad del Hierro (ver, por ejemplo, Lavachery 1998: 29-31).

7.3.4. Fase III: Oveng Final. Asentamiento y necrópolis

La fase Oveng Final es la última asociada a Oveng en Corisco. Corresponde con una tradición que no ha sido documentada hasta el momento, y constituye probablemente una evolución propia de la isla. La evidencia de que disponemos para esta fase es escasa: un par de modestas tumbas, una fosa de desecho y un par de dataciones radiocarbónicas que la fechan en los siglos VII y VIII.

Esta fase ha sido denominada, provisionalmente, Oveng Final por varios motivos. En primer lugar, porque se solapa ligeramente con la fase anterior y, en segundo lugar, porque su cultura material, aunque diferente, aún retiene ciertas características de la de fases más tempranas. Además, esta fase parece ser el inicio de un periodo de caída demográfica que concluiría con un posible abandono temporal de la isla. Este conjunto de características parecen suficientes para dotar a esta fase de una cierta entidad autónoma, aunque no deja de ser parte de un proceso histórico que arranca de Oveng Medio. En cualquier caso, los datos disponibles para este periodo son escasos, y sólo con más investigación podremos esclarecer con certeza si esta fase debe considerarse parte de Oveng o si conforma un grupo diferente.

Las características de las dos tumbas localizadas diferían sustancialmente tanto de las de la Fase I (Oveng Temprano) como de las de la fase V (Nandá), que veremos más adelante. Tanto su forma como la disposición del ajuar sugieren que el ritual funerario fue el enterramiento primario. Cercanos a esos dos depósitos aparecen otras tres estructuras de similar forma y carentes de contenido. Puesto que no es un tipo de estructura habitual en el yacimiento creemos que podrían tratarse de tumbas sin ajuar de este mismo periodo (ver Fig. 7.13).

Pasamos ahora a ver con algo más de detalle los restos arqueológicos asociados a esta fase.

Fosa de desecho

La Fosa 55 está localizada en el Sector 4 del Área 8. Es una estructura de planta circular y un diámetro de 1,30 cm. Suministró una gran cantidad de material cerámico [Fig. 7.42]. En su mayoría cuencos carenados con borde entrante y sin decoración. Las formas son muy similares a las conocidas para Oveng, pero carecen de su habitual profusa decoración. Una fecha radiocarbónica [Ua-44131 (1296±30) 620 - 780 calAD] nos indicó que esta estructura debía ser fechada en torno a los siglos VII y VIII. Existe otro lugar en la isla en donde han aparecido cerámicas de similar tipo, se trata del yacimiento Cor-27-Cruz II, en el suroeste de la isla.

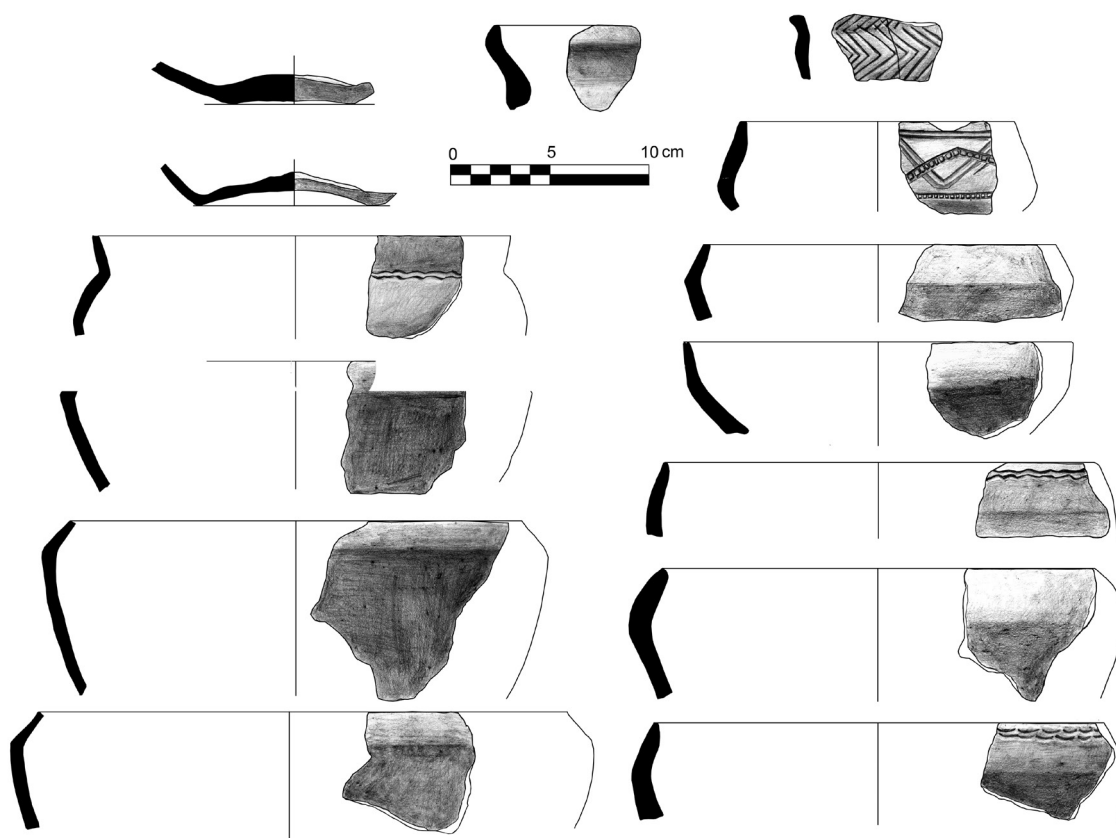


Fig. 7.42. Materiales cerámicos diagnósticos de la Fosa 55 (Oveng Final).

Depósito Estructurado 31

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura oval cuyo eje mayor mide unos 145 cm y el menor 45. En su interior han aparecido tres collares simples ubicados en uno de los extremos de la fosa [Fig. 7.43].

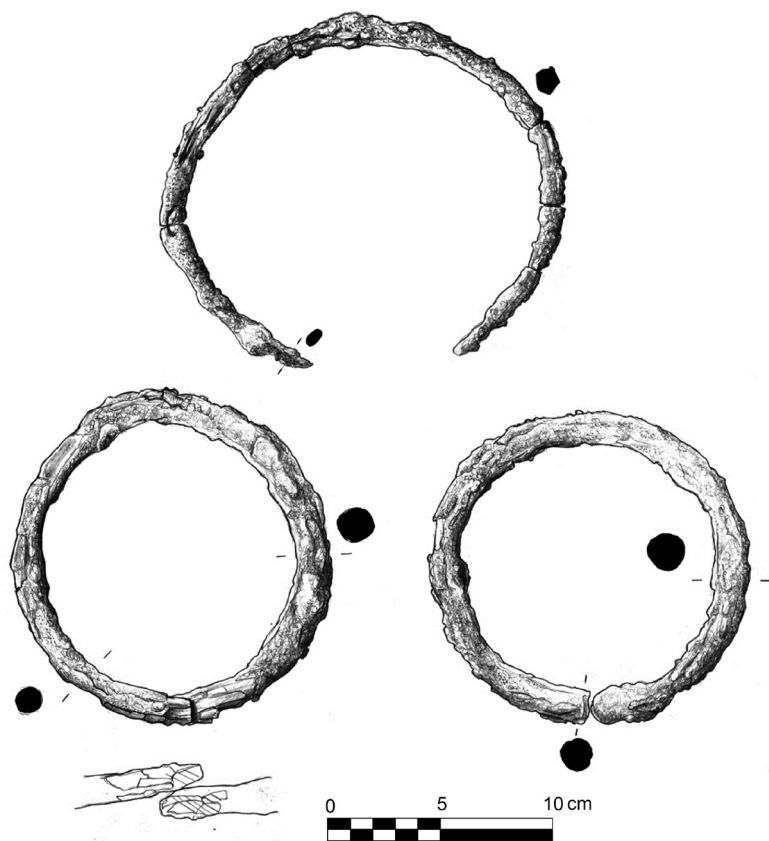


Fig. 7.43. Ajuar del D.E. 31 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 29).

Depósito Estructurado 34

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura oval cuyo eje mayor mide unos 140 cm y el menor 45. En su parte central aparecieron dos brazaletes simples [Fig. 7.44].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Ua-44134 (1297 ± 30) 620 - 780 calAD.

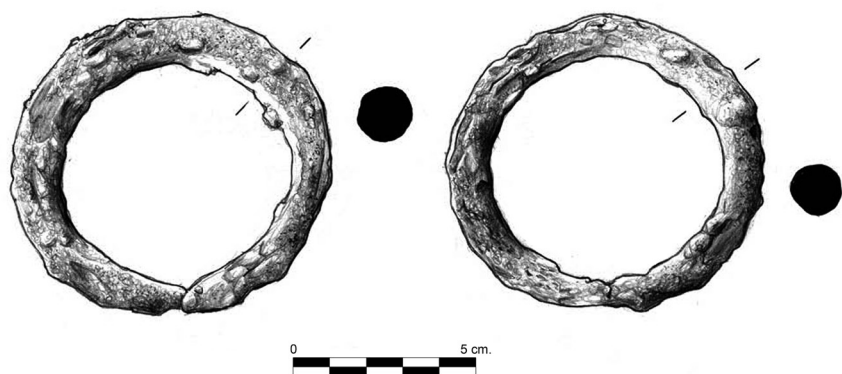


Fig. 7.44. Ajuar del D.E. 34 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 45).

7.3.5. Fase IV: despoblamiento

A la caída poblacional de Oveng Final le sucede una posible fase de abandono. No encontramos ningún tipo de resto arqueológico en Corisco asociado al periodo que transcurre desde el final de Oveng hasta el principio de la fase conocida como Nandá/Angondjé. El total de fechas radiocarbónicas compiladas de la isla de Corisco sugieren un periodo de despoblamiento para estos siglos (aproximadamente del VIII al X) lo que, a su vez, representa una tendencia general en la costa de África centro-occidental para este periodo, en donde parece haber un gran descenso de población.

Como ya apuntamos con anterioridad, la causa de este despoblamiento pudo haberse debido a una sobreexplotación de la isla. Los restos arqueológicos asociados a las fases Oveng Temprano y Medio sugieren una densidad de población elevada para una isla del tamaño de Corisco. La cantidad de metal fundido en este periodo debió requerir importantes cantidades de combustible en forma de carbón vegetal que provendría, con toda seguridad, de los bosques de la isla. Paralelamente, la documentación durante Oveng Medio de una gran cantidad de semillas de plantas típicas de ambientes más abiertos que los habituales en el bosque tropical lluvioso sugiere la consolidación de ese proceso deforestador ya en aquel momento. No sería extraño que para Oveng Final la isla estuviese ya sobreexplotada y no fuese capaz de sostener a una población de tan gran tamaño.

No podemos asegurar con total certeza que la isla quedase totalmente despoblada durante este periodo. Probablemente Corisco siguió siendo visitada, aunque la población no fue lo suficientemente densa como para dejar una huella arqueológica indeleble. Trataremos este tema más detenidamente cuando analicemos las fechas radiocarbónicas en el siguiente capítulo.

7.3.6. Fase V: Nandá/Angondjé. Asentamiento y necrópolis

La última fase de ocupación prehistórica de la isla de Corisco, la precedente al despoblamiento identificado por los primeros portugueses que llegaron a la isla en el siglo XV, se extiende desde el siglo X hasta el siglo XII de nuestra era. Esta fase ha sido ampliamente documentada tanto en forma de necrópolis, también localizada en la pradera de Nandá, como en suelos de ocupación localizados en el Área 8 y en muchas otras zonas de la isla en donde se prospectó (ver Fig. 7.5).

En esta franja temporal se han documentado dos tradiciones cerámicas diferentes (Nandá y Angondjé) que, al igual que ocurrió con la tradición Oveng, habían sido previamente identificadas en el estuario de Libreville (Clist 1995: 167-168). En Corisco, la tradición Nandá se asocia exclusivamente a recipientes contenidos en tumbas y en una fosa de desecho y la tradición Angondjé a restos cerámicos procedentes de áreas de asentamiento.

La primera de las tradiciones, a la que llamamos Nandá, había sido anteriormente denominada grupo II por su descubridor, Bernard Clist (1995: 167). Como tuvimos ocasión de comprobar, él identificó esta tradición en tres asentamientos (Lowé 1, Malékou y Remboué 11) y una necrópolis (Sablières) de Gabón. Ninguno de estos yacimientos fue extensamente excavado y algunos (como por ejemplo, Sablières) habían sido fuertemente afectados por obras de construcción, lo que hizo que los materiales recuperados fuesen escasos. A pesar de estos inconvenientes y de la pobreza del registro arqueológico, Clist pudo identificar una tradición tecnológica a la que denominó grupo II y caracterizó como un “grupo en espera” (*groupe d'attente*), que debería ser renombrado cuando se localizase un yacimiento de la misma tipología que ofreciese un mayor número de restos cerámicos (ver apartado 6.4.1 y Fig. 6.41) (Clist 1995: 167, 2004: 628). Esa misma tradición fue la localizada en las tumbas del último periodo en la necrópolis de Nandá, y puesto que tanto su número como variedad excedían considerablemente a las de Gabón, así como la calidad de su contexto arqueológico, decidimos renombrar al antiguo grupo II como tradición Nandá⁴.

Cercanas a las tumbas se han documentado estructuras asociadas al mundo doméstico Nandá: una fosa detrítica, agujeros de poste y un suelo de ocupación.

Por su parte, la tradición Angondjé había sido previamente identificada en un buen puñado de yacimientos situados en los alrededores de Libreville (ver apartado 6.4.1 y Figs. 6.42 y 6.43) (Clist 1995: 168). La enorme similitud de sus características con las de la segunda tradición tecnológica identificada en ésta última fase de ocupación de la isla nos condujeron a denominarla con el mismo nombre. Los restos cerámicos de la tradición

4 Debemos tener en cuenta que a lo largo de esta tesis doctoral la palabra “nandá” puede hacer referencia a tres elementos diferentes: la pradera de Nandá en la isla de Corisco, el yacimiento de Nandá (ubicado en la pradera homónima) o la tradición cerámica Nandá (anteriormente conocida como grupo II y localizada en la última fase de ocupación de Corisco). Trataremos de ser lo suficientemente explícitos a la hora de utilizar este término para evitar ambigüedades.

Angondjé no han sido identificados ni dentro de tumbas ni en la pradera de Nandá, sino en muchos otros emplazamientos de Corisco que solamente fueron prospectados.

Necrópolis Nandá

La necrópolis de fase Nandá se extiende ligeramente al norte de la necrópolis Oveng, solapándose ambas en su parte Norte y Sur respectivamente. Ocupa los Sectores 2 (Área 7), 3 y 4 (Área 8) (ver Figs. 7.11, 7.13, 7.14 y 7.15) y ha generado un total de 16 depósitos estructurados de los que obtuvimos seis dataciones radiocarbónicas que fechan este periodo entre mediados del siglo X e inicios del XIII. Nos encontramos de nuevo ante fosas simples excavadas en la duna y sin delimitación ni marca. El ritual llevado a cabo es el enterramiento primario, en el que el cadáver es depositado completo en la fosa junto con su ajuar funerario. La forma de los depósitos suele ser oval, con tendencia rectangular en ocasiones. La longitud de los depósitos excede habitualmente el metro y medio y su anchura suele alcanzar el metro.

La mayoría de estos depósitos se habían visto fuertemente alterados por las obras de construcción del aeropuerto. Muchas tumbas estaban seccionadas y los materiales que los contenían parcialmente destruidos, por lo que no siempre fue posible documentar la forma de las estructuras o recoger la totalidad de sus ajuares.

Todas las tumbas cuentan con ajuares cerámicos y 11 de ellas, además, presentan objetos de hierro (hachas, cuchillos, collares, brazaletes y tobilleras, principalmente). Como viene siendo habitual, no se localizó ningún resto óseo en las tumbas debido a la mala preservación de la materia orgánica en el sustrato pero, en este caso, tanto la forma de los depósitos como la disposición de los elementos de adorno en su interior nos conducen a considerarlas tumbas sin ningún género de dudas [Fig. 7.45].

Pasamos a detallar las características concretas de cada uno de los 16 depósitos estructurados identificados para este periodo.

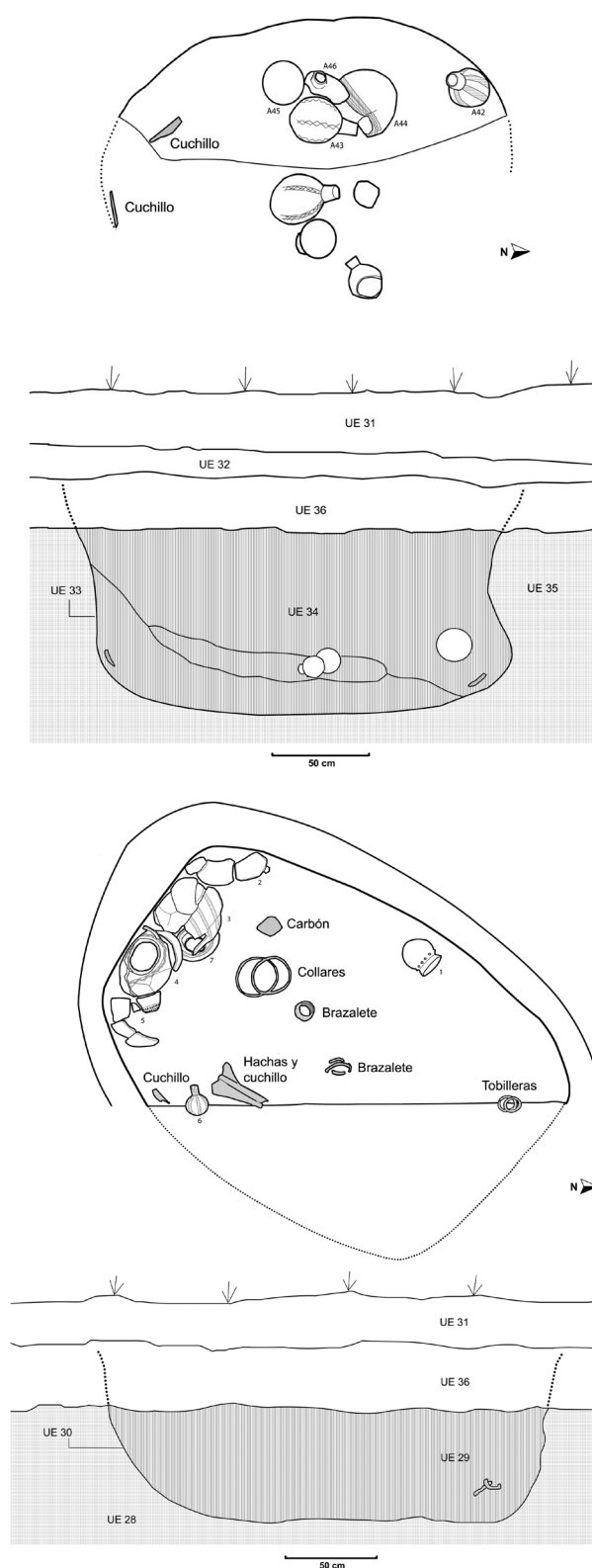


Fig. 7.45. Ejemplos de plantas y secciones de depósitos estructurados Nandá (a partir de González-Ruibal *et al.* 2013a: 136, Fig. 16)

Depósito Estructurado 3

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Fue seccionado por las obras del aeropuerto. Su forma es oval, con un eje mayor de 1,80 m. En su interior se recuperó 1 recipiente cerámico [Fig. 7.46].

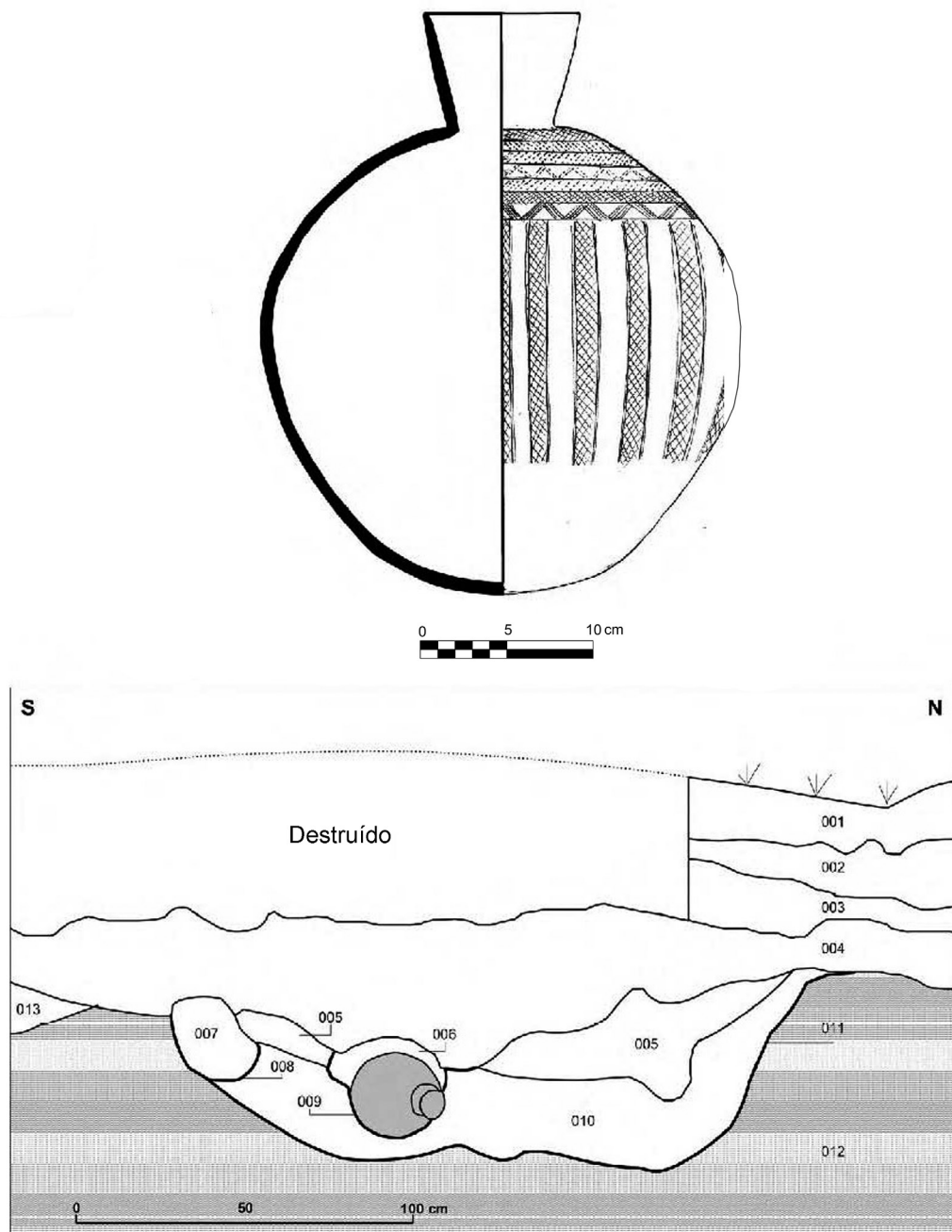


Fig. 7.46. Ajuar y sección del D.E. 3 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011a: 63, Fig. 23).

Depósito Estructurado 4

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. La estructura, que fue muy afectada por las obras, colapsó antes de poder ser documentada. En su interior había un recipiente cerámico globular que no pudo ser registrado.

Depósito Estructurado 5

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. La estructura, en muy mal estado de conservación, no pudo ser documentada, pero de su interior se recogió 1 recipiente cerámico [Fig. 7.47].

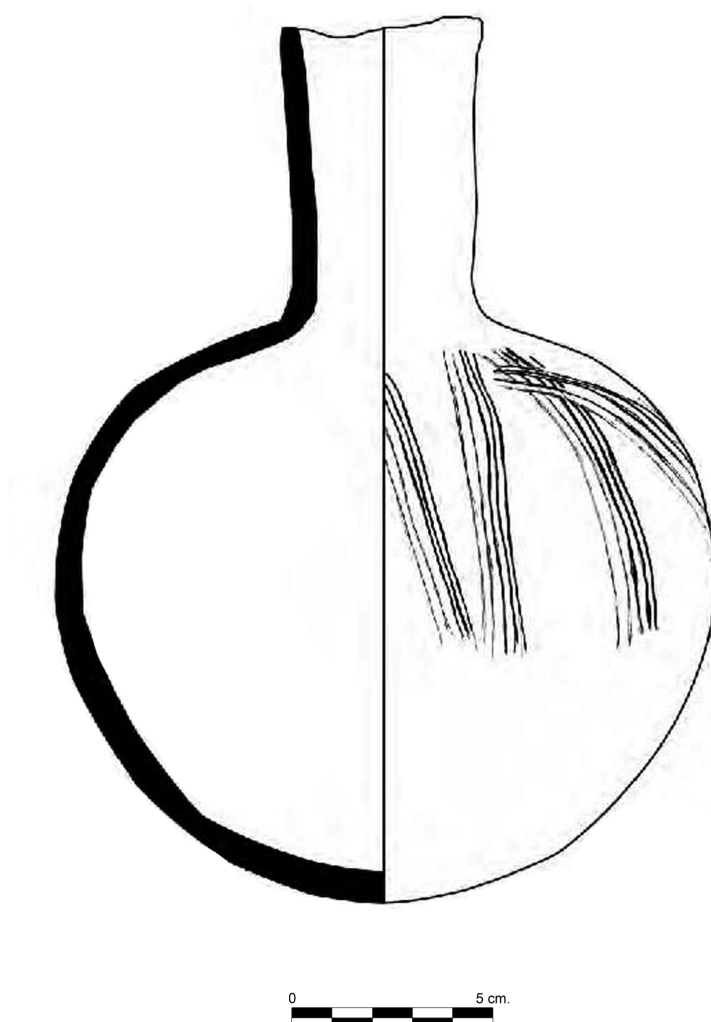


Fig. 7.47. Ajuar del D.E. 5 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011a: 63, Fig. 24).

Depósito Estructurado 6

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. La estructura es de forma rectangular con esquinas redondeadas. Su longitud es de 1,70 m y su anchura de 1,30 m. Su tramo oriental estaba seccionado por la acción de una pala excavadora, lo que dismanteló parte del depósito y fragmentó algunas de las piezas del ajuar. Este último está compuesto por 1 cuchillo curvo, 1 hacha recta, 6 brazaletes/tobilleras simples y 7 recipientes cerámicos (de los cuales sólo dos pudieron ser totalmente recuperados) [Fig. 7.48].

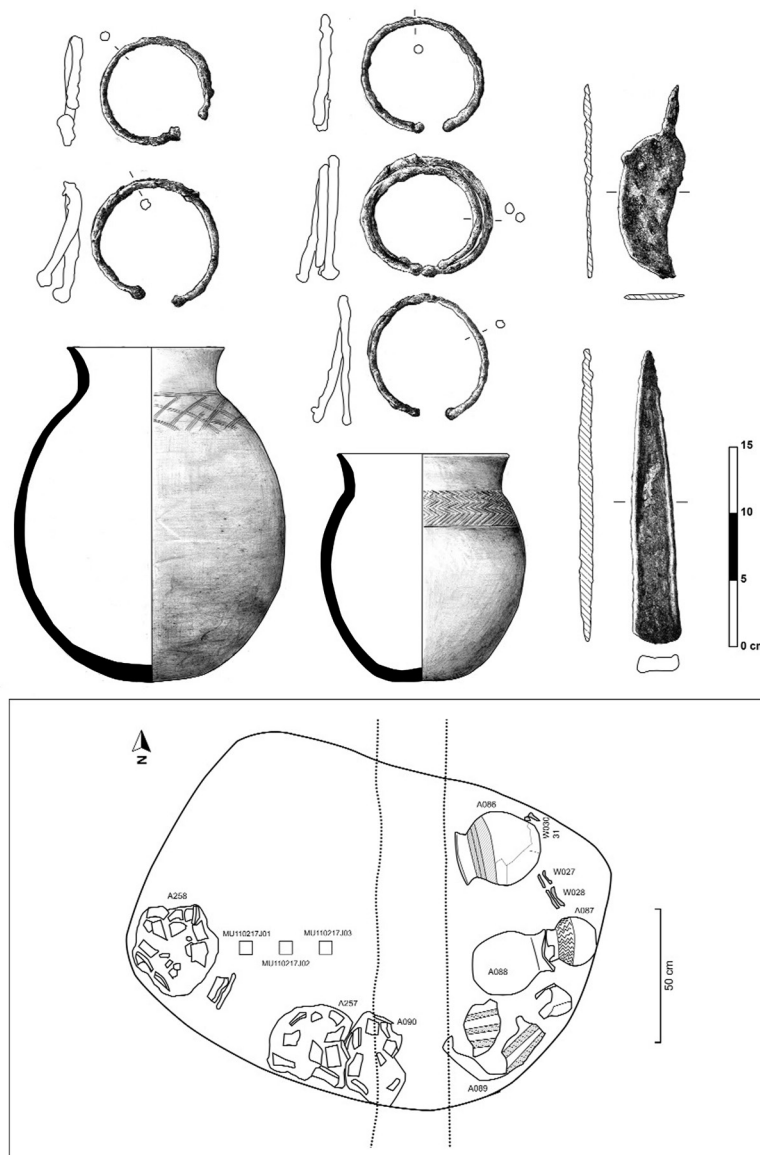


Fig. 7.48. Ajuar y planta del D.E. 6 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c).

Depósito Estructurado 7

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura de planta oval y perfil cóncavo cuyo eje mayor mide 1,80 m y el menor 1,20 m. Su profundidad no supera los 30 cm. Su ajuar está compuesto por 1 fragmento de hacha, 1 objeto metálico indeterminado y 4 recipientes cerámicos [Fig. 7.49].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Ua-42372 (951 ± 30) 980 - 1180 calAD.

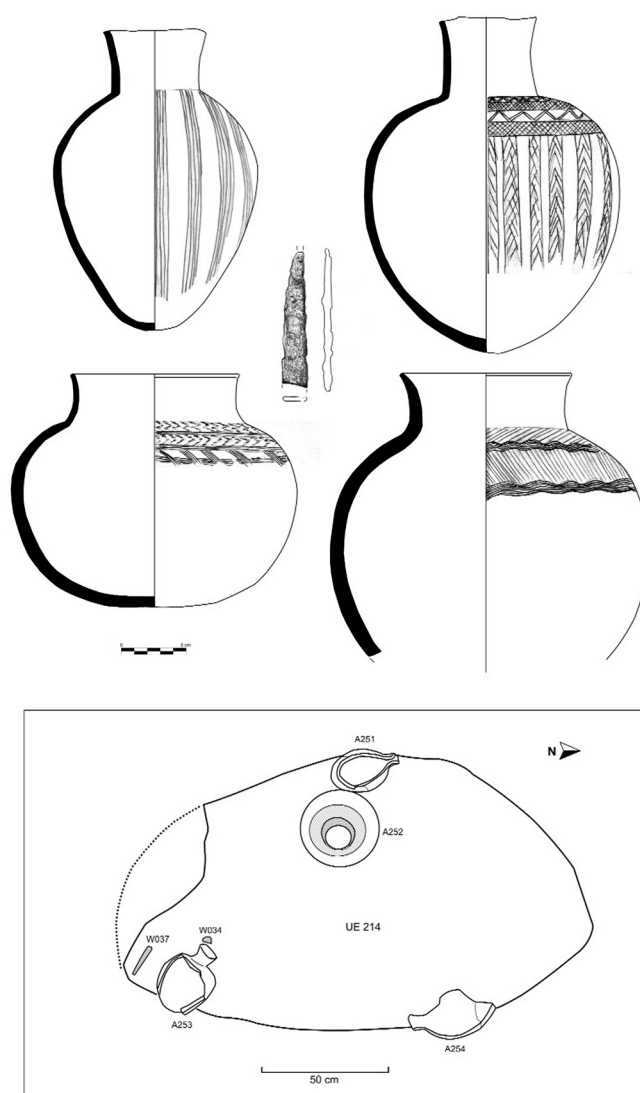


Fig. 7.49. Ajuar y planta del D.E. 7 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c).

Depósito Estructurado 8

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Esta estructura fue seccionada por una pala excavadora, destruyendo aproximadamente sus dos terceras partes. Pudimos intuir su forma oval. Su eje mayor mediría 1,80 m y el menor 50 cm. Su ajuar lo componen 4 cuchillos curvos, 1 hacha recta, 1 brazaletes/tobillera simple y 8 recipientes cerámicos [Fig. 7.50].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Ua-42371 (962±30) 970 - 1170 calAD.

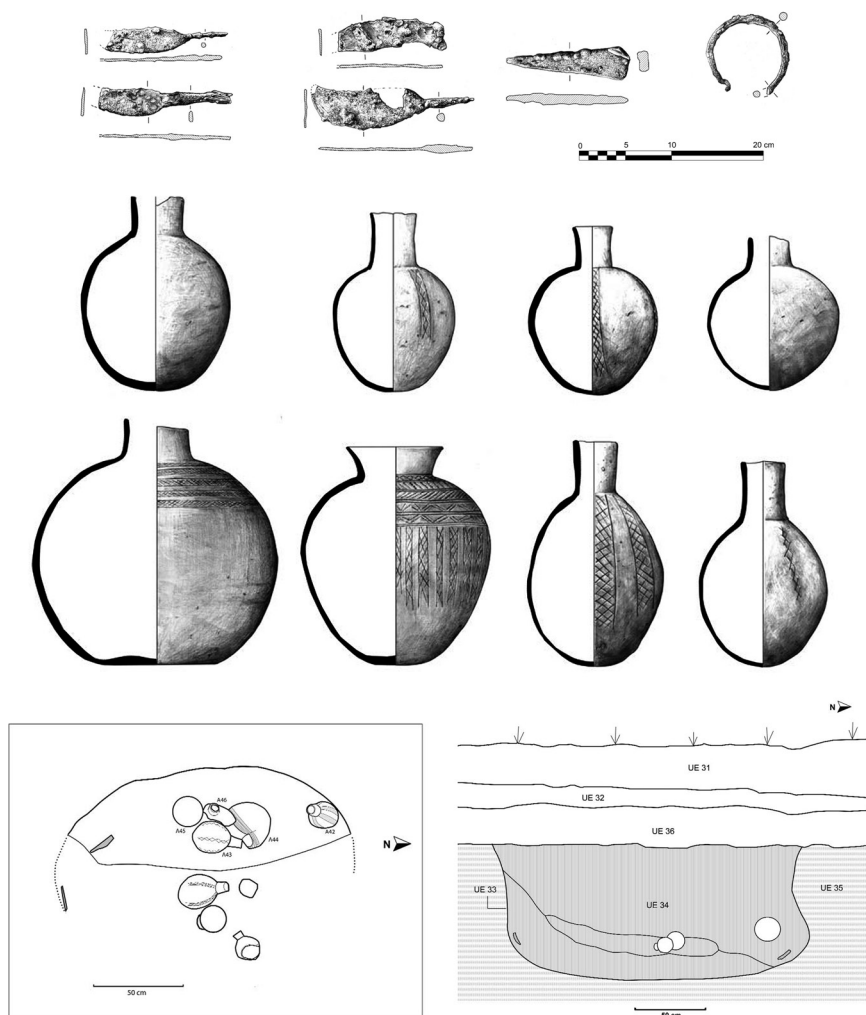


Fig. 7.50. Ajuar, planta y sección del D.E. 8 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2013a: 136, Fig. 16, 137, Fig. 18 y 138, Fig. 19b).

Depósito Estructurado 9

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura de forma rectangular con tendencia oval con unas dimensiones de 2 m de largo por 1,05 m de ancho. Su ajuar lo componen 2 cuchillos curvos, 1 hacha recta, 1 hacha de abanico, 4 tobilleras simples, 2 brazaletes simples, 2 collares simples y 7 recipientes cerámicos [Fig. 7.51].

Del interior de esta tumba se obtuvieron dos muestras para datar por radiocarbono: Ua-42373 (949±30) 980 - 1180 calAD, y Beta-296115 (940±30) 980 - 1180 calAD.

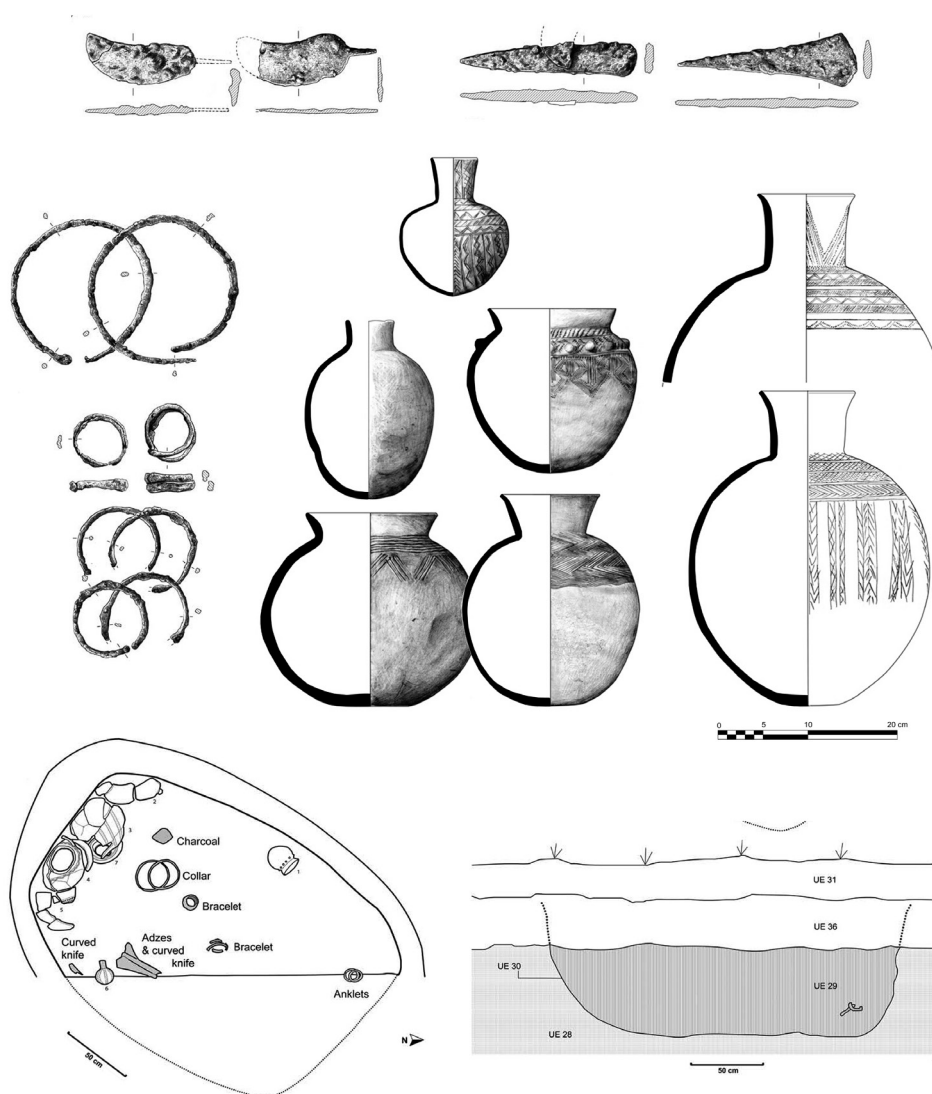


Fig. 7.51. Ajuar, planta y sección del D.E. 9 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c y 2013a: 136, Fig. 16b).

Depósito Estructurado 10

Está localizado en el Sector 3 del Área 8. Esta estructura mostraba parte de su contenido debido a que había sido parcialmente seccionada por las obras del aeropuerto. La erosión de la pendiente en la que se ubicaba también contribuyó a que algunas piezas quedasen expuestas. Tiene una planta irregular, cercana a la cruz latina, lo que nos lleva a suponer que quizás se trata de más de una estructura que se solapó: posiblemente un enterramiento primario con un eje mayor de 1,80 m y uno menor de 90 cm seccionado por una fosa votiva. Entre los restos cerámicos que contenía se identificaron al menos 7 u 8 recipientes. Se encontró también una pequeña campana de metal [Fig. 7.52].

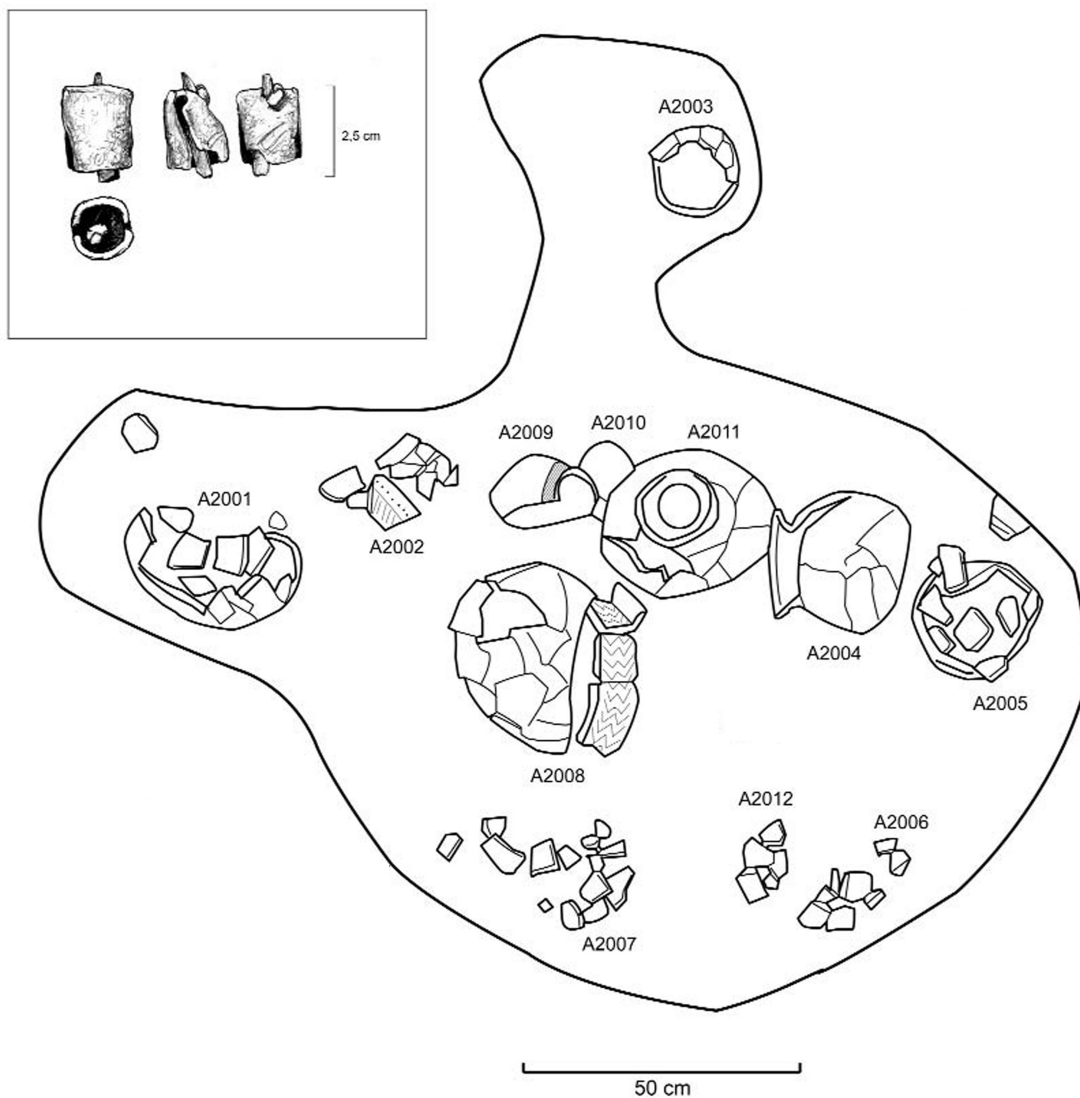


Fig. 7.52. Ajuar y planta del D.E. 10 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c).

Depósito Estructurado 23

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Esta estructura fue completamente destruida por las obras del aeropuerto, por lo que fue imposible registrar su forma. En su interior contenía al menos 3 recipientes cerámicos que no pudieron ser registrados.

Depósito Estructurado 24

Está localizado en el Sector 3 del Área 8. Es una estructura de planta oval cuyo eje mayor mide 1,20 m y su eje menor 1 m. Su ajuar lo componen 4 recipientes cerámicos en tan mal estado de conservación que se desintegraron al recogerlos [Fig. 7.53].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Ua-44137 (907 ± 30) 980 - 1220 calAD.

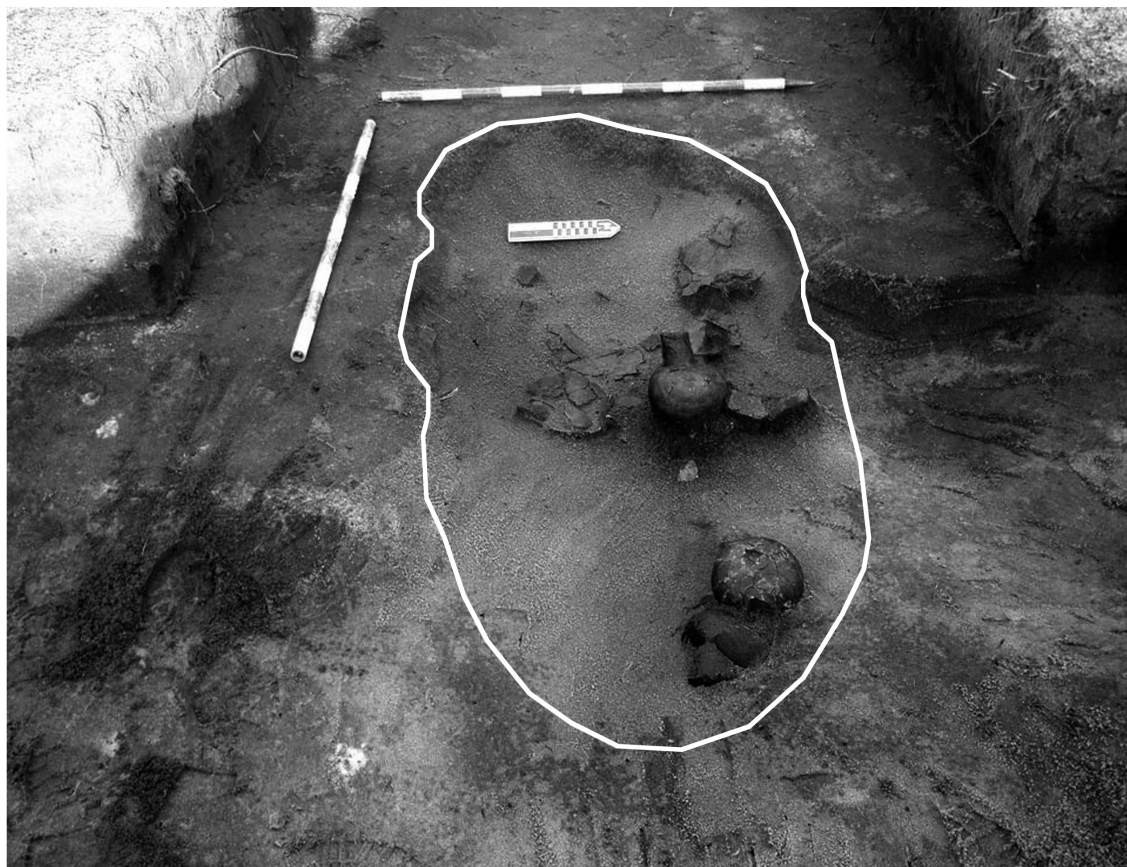


Fig. 7.53. Fotografía del D.E. 24.

Depósito Estructurado 25

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura irregular con tendencia oval. Su eje mayor mide 1,40 m y su eje menor 88 cm. De las tumbas de esta fase es la más rica identificada hasta el momento. Su ajuar lo componen 4 collares simples, 2 cuchillos, 1 hacha y 18 recipientes cerámicos. El mal estado de conservación de las cerámicas nos impidió registrarlas debidamente [Fig. 7.54].

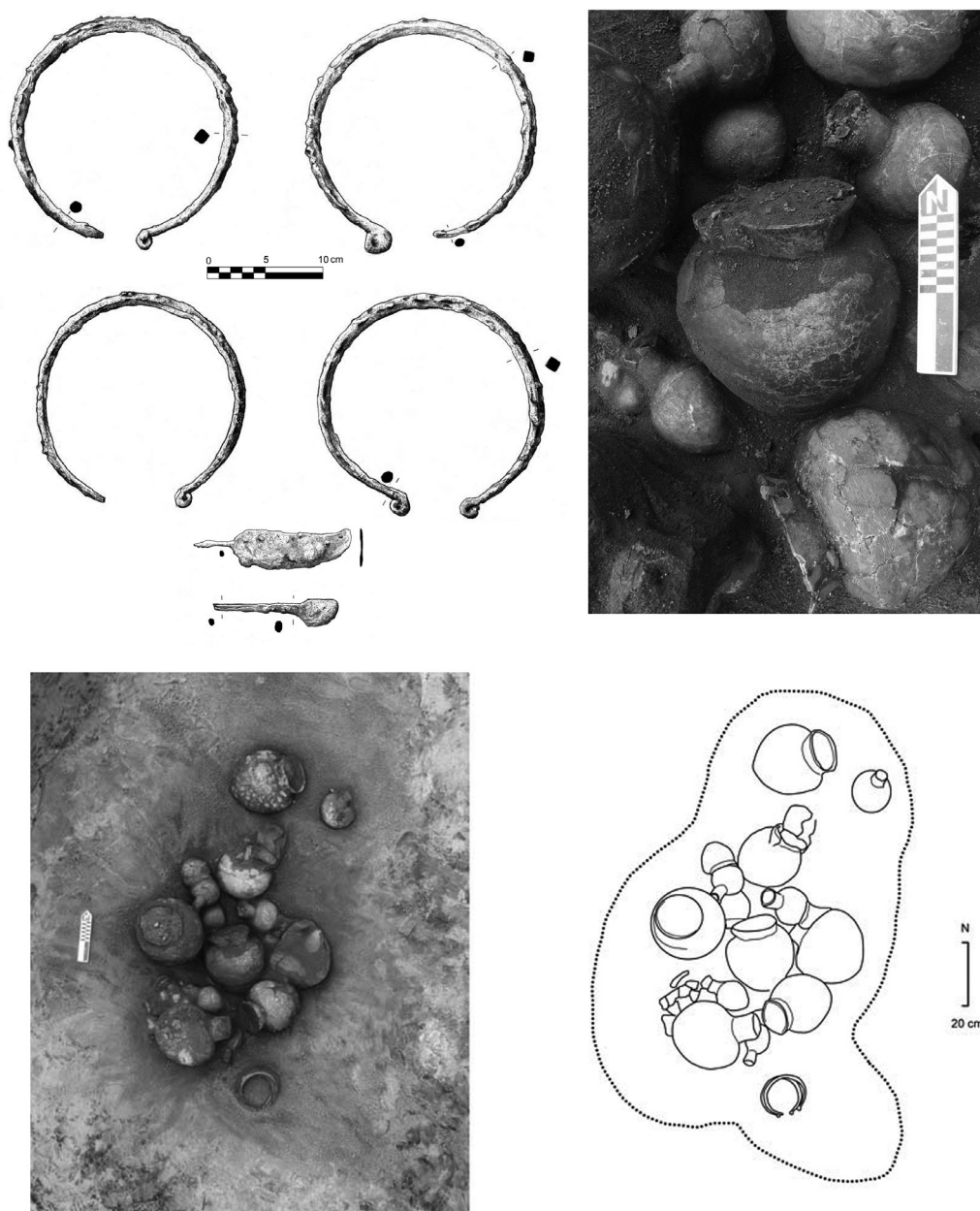


Fig. 7.54. Ajuar y planta del D.E. 25 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 36).

Depósito Estructurado 26

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Esta estructura se descubrió intacta. Su planta es oval, con un eje mayor de 2,22 m y un eje menor 1,40 m. Su ajuar está compuesto por 3 cuchillos, 1 hacha recta, 2 brazaletes de doble vuelta, 2 tobilleras compuestas, dos collares simples y 7 recipientes cerámicos que se distribuían a la derecha del cadáver, a excepción de dos cerámicas de pequeño tamaño que estaban a ambos lados del cuerpo a la altura de la cadera [Fig. 7.55].

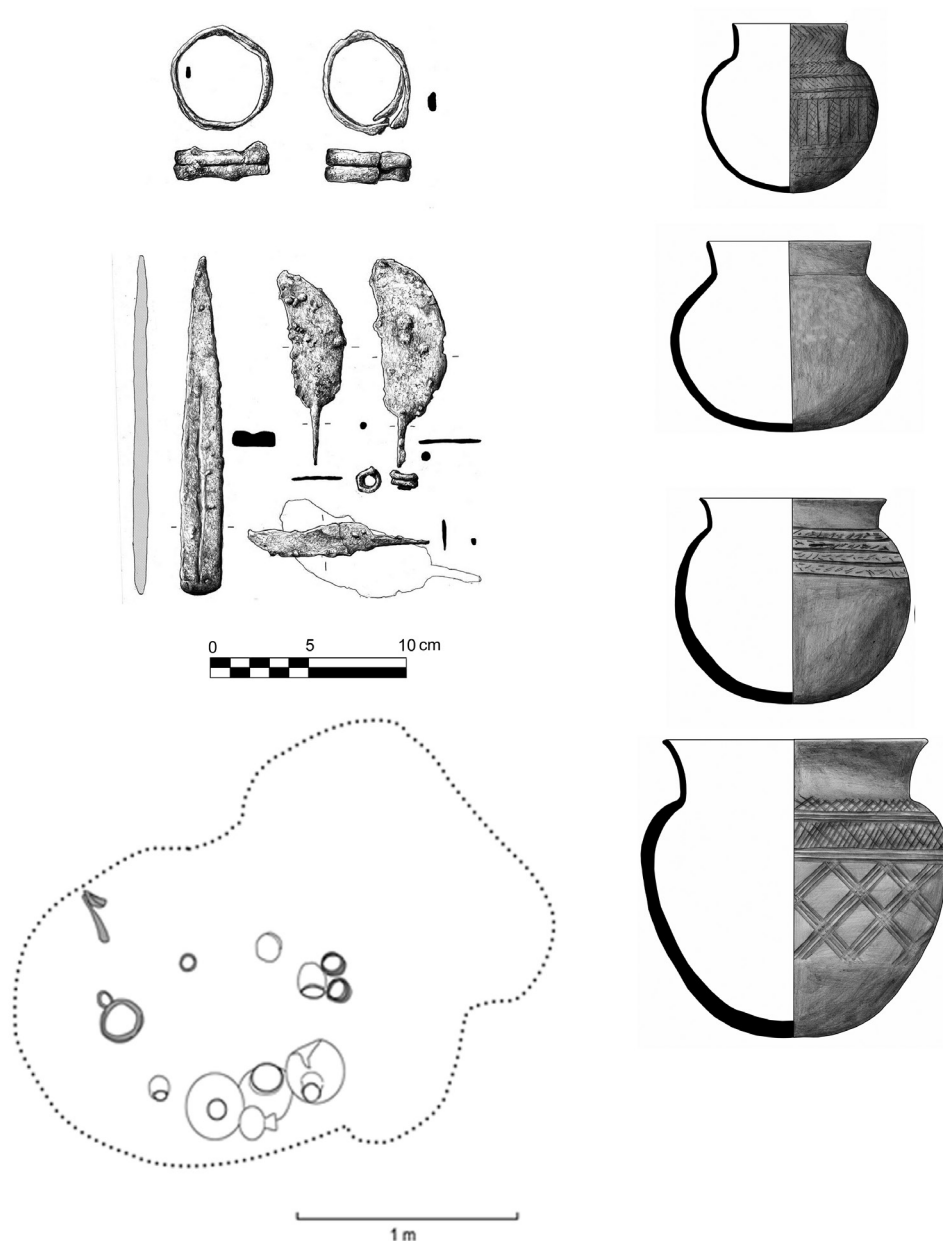


Fig. 7.55. Ajuar y planta del D.E. 26 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 39).

Depósito Estructurado 29

Está localizado en el Sector 2 del Área 7. Es una estructura de planta oval cuyo eje mayor mide 2,40 m y su eje menor 1,60 m. La parte superior de la tumba fue seccionada por una pala excavadora, lo que destruyó los 6 recipientes cerámicos de su interior. Sí pudimos recuperar su ajuar metálico: 1 cuchillo y 1 hacha recta [Fig. 7.56].

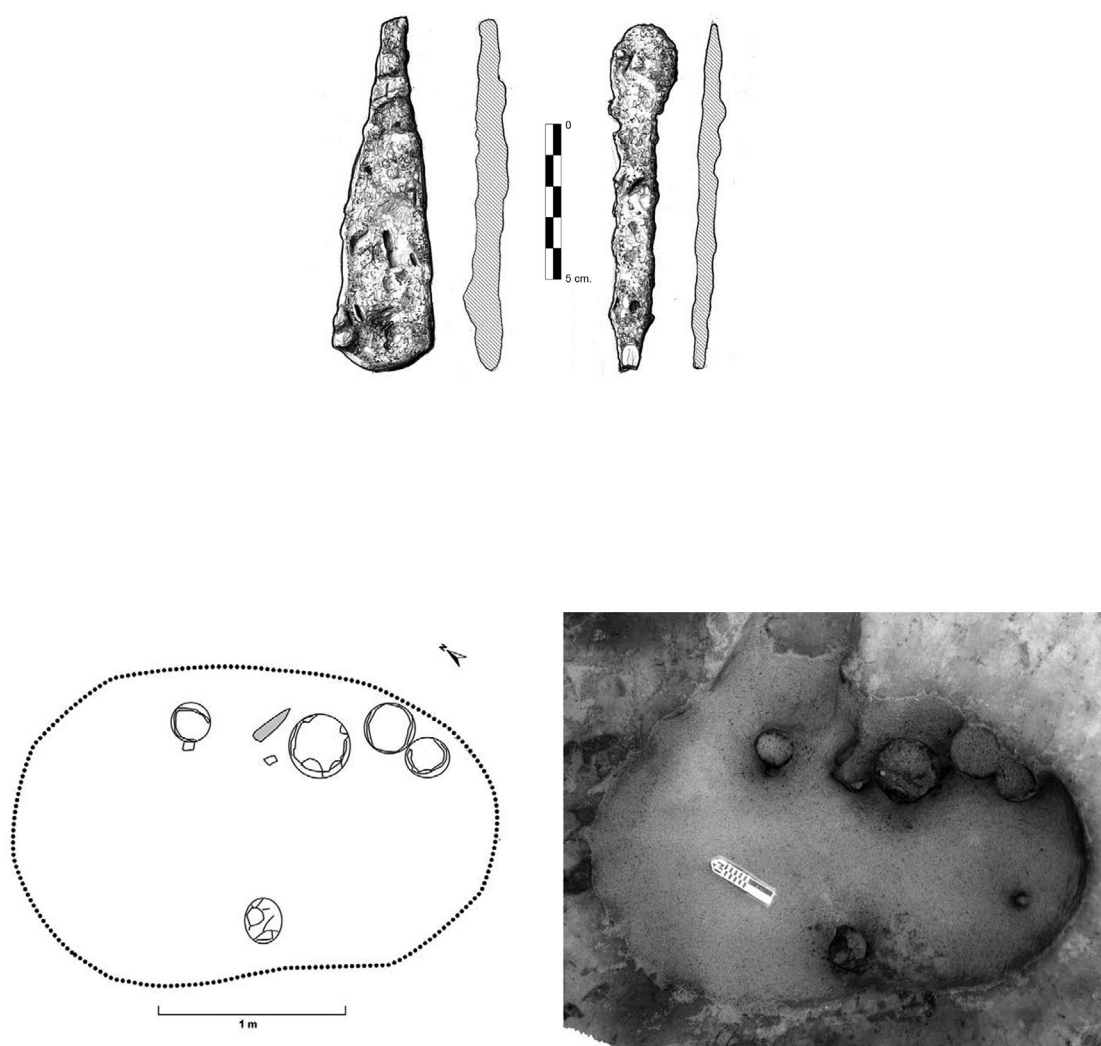


Fig. 7.56. Ajuar, planta y ortoimagen del D.E. 29 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 42-43).

Depósito Estructurado 35

Está localizado en el Sector 4 del Área 8. Es una tumba muy mal conservada debido a la acción de las palas excavadoras, por lo que no fue posible registrar su forma. El ajuar contenido en este depósito lo componían 1 brazalete compuesto, 2 tobilleras simples, 2 collares (no recuperados), 2 cuchillos curvos, 2 hachas rectas y 2 recipientes cerámicos [Fig. 7.57].

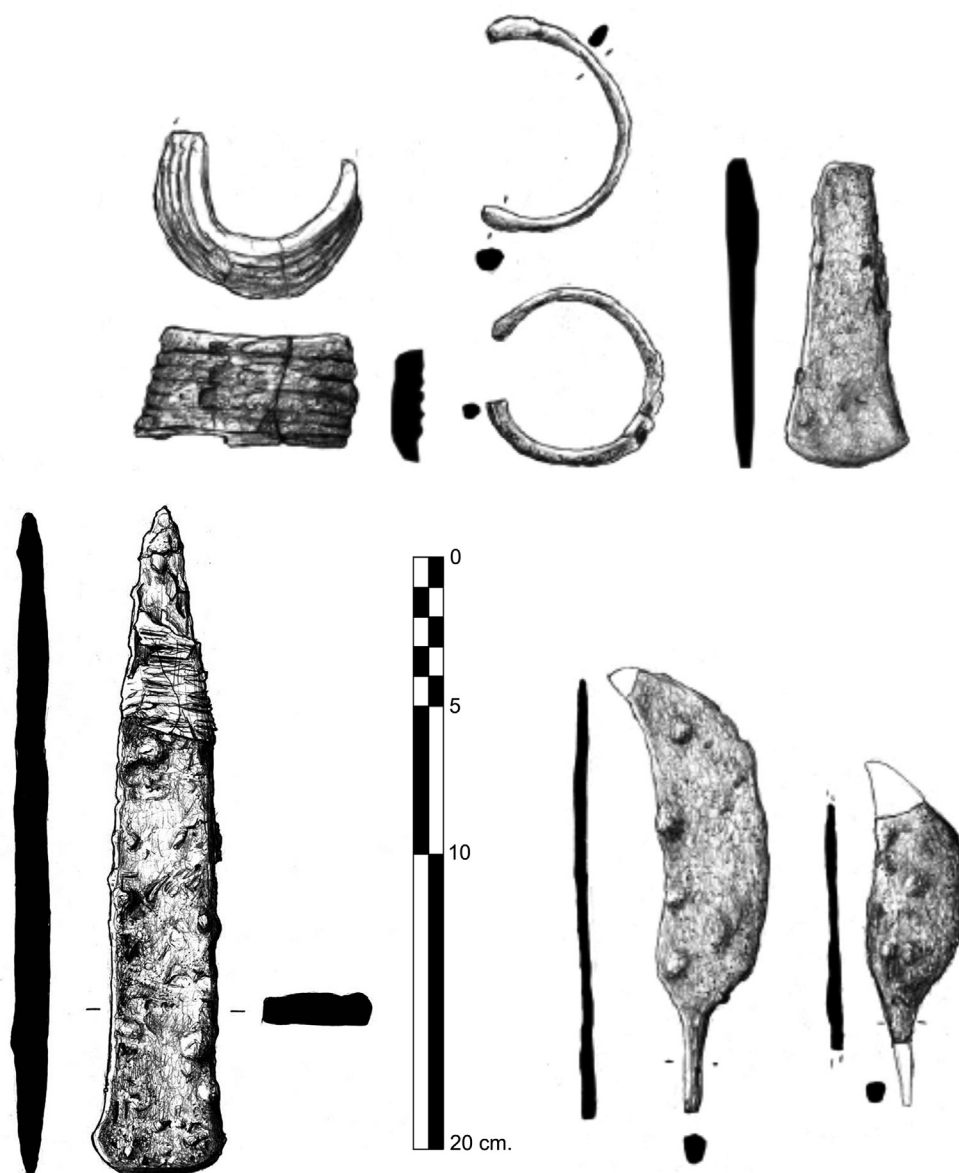


Fig. 7.57. Ajuar del D.E. 35 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 57-58).

Depósito Estructurado 36

Está localizado en el Sector 4 del Área 8. Es una estructura de planta oval cuyo eje mayor mide 2 m y su eje menor 92 cm. Su ajuar lo componen 2 brazaletes simples, 1 brazalete de doble vuelta, 1 cuchillo curvo y 5 recipientes cerámicos [Fig. 7.58].

Del interior de esta tumba se obtuvo una muestra para datar por radiocarbono: Ua-44130 (989 ± 30) 950 - 1150 calAD.

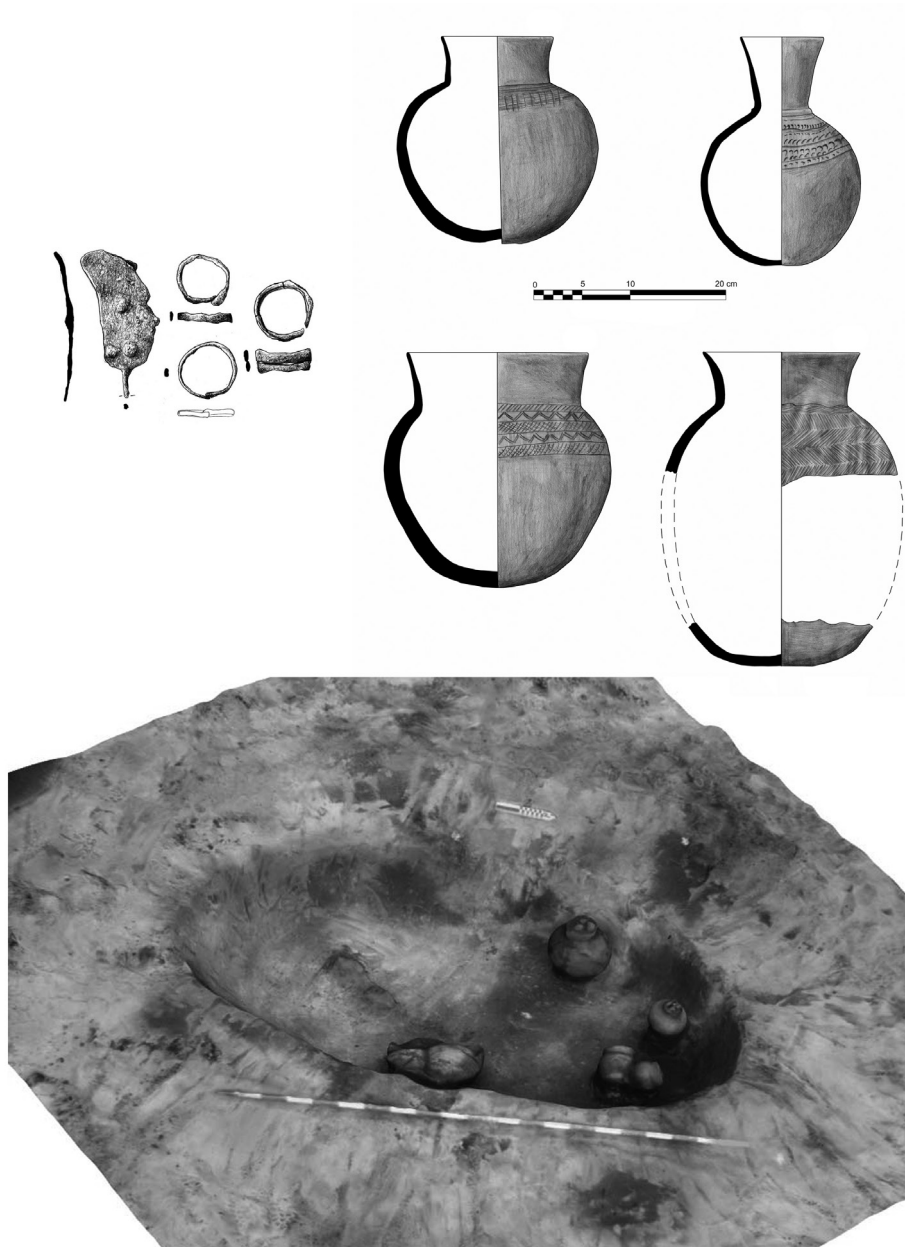


Fig. 7.58. Ajuar y ortoimagen del D.E. 36 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 59).

Depósito Estructurado 37

Está localizado en el Sector 4 del Área 8. Es una estructura oval cuyo eje mayor mide 1,60 m y su eje menor 95 cm. Su ajuar lo componen 2 collares simples, 2 brazaletes simples, 2 tobilleras simples, 1 cuchillo curvo y 6 recipientes cerámicos [Fig. 7.59].

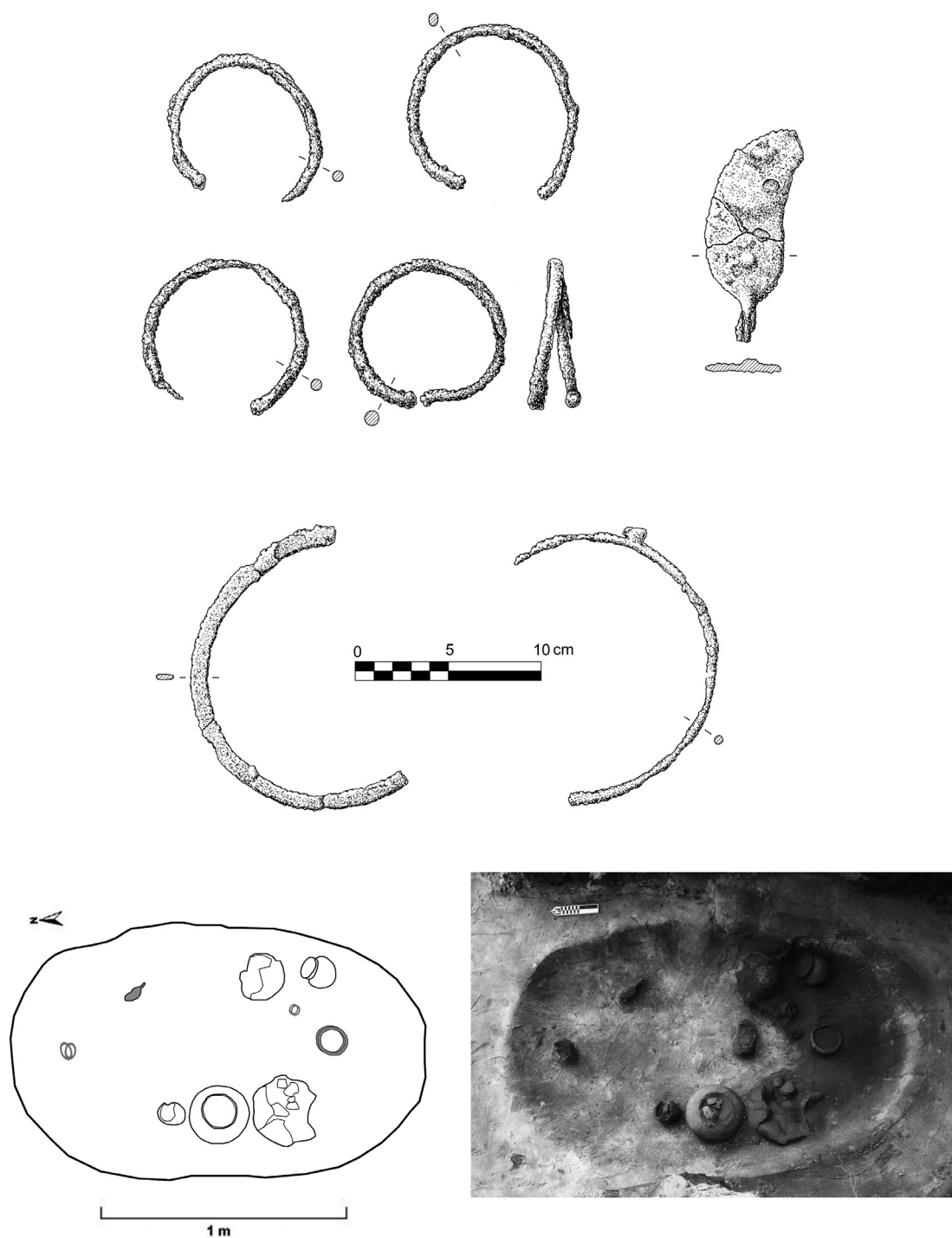


Fig. 7.59. Ajuar y ortoimagen del D.E. 37 (a partir de González-Ruibal *et al.* 2012: 60).

Asentamiento Nandá

Como ya comentamos, la ausencia de una estratigrafía vertical en el yacimiento de Nandá dificulta en muchas ocasiones la adjudicación de una determinada estructura a un momento cronológico concreto. Esto ocurre así, especialmente, con aquéllas que no han podido ser fechadas mediante métodos de datación absoluta y a las que tampoco se les asocia ningún tipo de cultura material. Suele ser el caso de muchas estructuras relacionadas con la esfera del ámbito doméstico. A pesar de eso, la datación de algunas de ellas junto con su distribución espacial nos hacen sospechar de su coetaneidad.

El asentamiento de la fase Nandá ha podido ser identificado de manera parcheada en los Sectores 2, 3 y, tentativamente, en el 4. Al igual que ocurre con la distribución de las tumbas, su ubicación tiende a ser más septentrional que los asentamientos de fase Oveng Medio y Final. Consiste en un suelo de ocupación que presenta fosas de desecho y agujeros de poste.

Suelos de ocupación, agujeros de poste y fosa de desecho

En el Sector 2 (ver Fig. 7.13), se observa cómo las fosas y agujeros de poste y las estructuras funerarias ocupan espacios relativamente diferentes: las zonas de mayor densidad de agujeros de poste tienen una densidad muy baja de tumbas y fosas y viceversa. De hecho, en el plano se puede observar que tanto las tumbas como las fosas de mayor tamaño (posibles tumbas) de los tres periodos funerarios (Oveng Temprano, Oveng Final y Nandá), se distribuyen prioritariamente por los márgenes de las acumulaciones de postes y fosas de menor tamaño. El mayor número de estructuras que relacionamos con un poblado se sitúan en la parte central del área excavada, de la cual ocupan aproximadamente un 70%. Aquí existen dos conjuntos de agujeros de poste que relacionamos tentativamente con sendas cabañas de planta elipsoidal. La situada más al Norte posee lo que parece un canal de drenaje. La más meridional cuenta hacia su lado Oeste con una fosa (Fosa 50) que mezcla en su interior materiales cerámicos Oveng y Nandá.

La cronología de las hipotéticas cabañas es difícil de discernir. Los suelos no se conservan y los estratos que las cubren tienen material muy rodado, tanto de tradición Oveng como Nandá. Quizá un elemento importante sea la Fosa 50 cuyos materiales Nandá indican una fecha *post quem*. En consecuencia, es posible que las dos cabañas pertenezcan a este último

periodo. No obstante, muchos agujeros de poste y fosas deben pertenecer a la fase Oveng. El problema, como ya hemos señalado, es que nos encontramos ante un palimpsesto que tiene la dificultad añadida de que las distintas fases son difíciles de datar. Con frecuencia, las fosas suministran algún fragmento de cerámica Oveng, pero dado que las ocupaciones posteriores perforaron los niveles Oveng, se trata de un testimonio ambiguo.

La asociación entre cabañas y enterramientos parece clara para el periodo Nandá, si consideramos que las dos estructuras elipsoidales pertenecen a esta fase. Esta impresión queda corroborada, como veremos, en el Sector 4, que posee aparentemente un solo nivel de ocupación. La impresión general es que la zona de habitación propiamente dicha del poblado se situaría hacia el Oeste, mientras que las tumbas bordearían las estructuras de habitación por el Este. Un sondeo exploratorio abierto al suroeste del Sector 2 sacó a la luz una gran cantidad de agujeros de poste pero ninguna tumba. Aparte de la distribución de estructuras funerarias y agujeros de poste, corroboraría esta interpretación el hecho de que en la parte más occidental es donde se concentra la mayor cantidad de cerámica, algo que se advierte también en superficie.

En el Sector 3, sobre el poblado Oveng Medio, se estableció uno de tradición Nandá. Uno de los grandes problemas interpretativos es que ambos suelos están formados por un solo paquete de tierra oscura con abundante material y raramente se distinguen con claridad como unidades estratigráficas distintas. Este problema es extensible a la Fosa 43. Se trata de una estructura de planta irregular y grandes dimensiones que probablemente resulte de la ampliación de dos o tres fosas previas de menor tamaño. En su interior apareció material cerámico de tradición Oveng y Nandá [Fig. 7.60]. Posiblemente haya que datar la fosa en este segundo periodo: al perforar niveles Oveng en el interior se mezclaron cerámicas de ambas tradiciones. En este caso, la interpretación de la estructura se complica por el hecho de estar parcialmente decapada por las palas excavadoras y posteriormente degradada por procesos de formación de suelo natural.

El registro doméstico del Sector 4 (ver Fig. 7.15) está compuesto por un conjunto de agujeros de poste que probablemente se correspondan con una cabaña o varias (re) construidas repetidamente en el mismo lugar y un suelo de ocupación con las características habituales de este tipo de elementos en el yacimiento: tierra negruzca muy compacta y material cerámico rodado y aplastado. Excepto su cercanía a las tumbas de la fase Nandá, ningún otro dato nos permite precisar su cronología.



Fig. 7.60. Materiales cerámicos diagnósticos de la Fosa 43 (Nandá)

Asentamientos Angondjé

Los trabajos de prospección llevados a cabo en Corisco nos condujeron a identificar una gran cantidad de yacimientos en donde afloraban materiales cerámicos y metálicos de tipología Angondjé. Curiosamente, esta tradición tecnológica no aparece en las Áreas 6, 7 y 8, pero sí aparece hasta en 17 emplazamientos diferentes tanto al norte como al sur de la isla (ver Fig. 7.5).

La tradición cerámica Angondjé se caracteriza principalmente por estar formada por tapaderas, pomos de tapadera, fondos anulares y barrocas decoraciones incisas e impresas, en ocasiones elaboradas con la técnica conocida como *roulette* (ver Livingstone 2007 y Haour *et al.* 2010). Estas particularidades la convierten en una tradición tecnológica fácilmente reconocible y muy diferente de las otras que han sido documentadas en Corisco [Fig. 7.61].

Han aparecido fragmentos cerámicos de esta tradición en los yacimientos de Cor-3-García, Cor-4-Somagec Bas vie, Cor-5-Covadonga, Cor-6-Upaca, Cor-10 (Sector Oeste del Área 1), Cor-11 (Sector Oeste del Área 2), Cor-15-Bedubu, Cor-15bis, Cor-17, Cor-18 (Sector Este del Área 4), Cor-19 (Sector Este del Área 5), Cor-23, Cor-24-Ayuntamiento, Cor-24bis, Cor-28 (Área 9), Cor-30-Combo, Cor-31 (Sector Norte del Área 10).

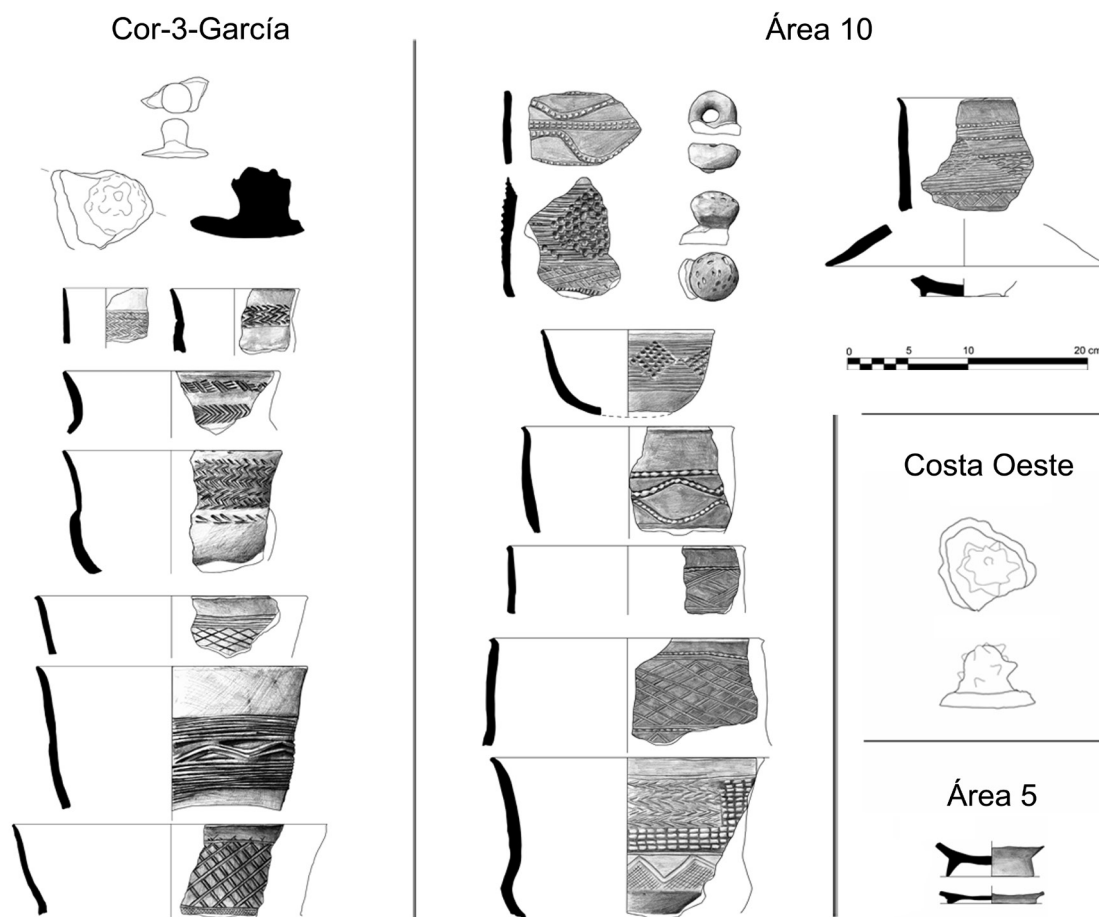


Fig. 7.61. Materiales cerámicos Angondjé procedentes de diferentes yacimientos de Corisco (prospección).

Además de restos cerámicos, hemos encontrado algunos restos metálicos posiblemente del mismo periodo en Cor-10 (Sector Oeste del Área 1) (collares de hierro de sección circular o cuadrangular, brazaletes o tobilleras en espiral, puntas de flecha), Cor-11 (Sector Oeste del Área 2) (un hacha plana y un fragmento de torta de fundición), Cor-18 (Sector Este del Área 4) (una punta de flecha y dos fragmentos de collar de sección circular), Cor-19 (Sector Este del Área 5) (escorias), Cor-23 (azuela o gubia de hierro) y Cor-31 (Sector Norte del Área 10) (tres cuchillos de hierro).

En Cor-10 (Sector Oeste del Área 1) aparecieron, también, algunos materiales líticos pulidos (morteros y alisadores) que recuerdan a los “morteros de ocre” recogidos por Martín del Molino (1965) en Bioko para la fase Carboneras y Bolaopí (*ca.* 800-1200 d.C.). En algunas zonas de Cor-31 (Sector Norte del Área 10) parece aflorar el suelo de ocupación, en forma de estrato negruzco con una compacta masa de fragmentos cerámicos.

La mayoría de estos yacimientos afloraron al haber sido afectados por las obras de construcción del aeropuerto. En dos de ellos pudimos limpiar perfiles estratigráficos con el objetivo de obtener muestras asociadas a los materiales para datarlas por radiocarbono. Obtuvimos una fecha de Cor-3-García: Ua-44138 (968 ± 30) 970 - 1170 calAD, y otra de Cor-7-Ulato: CNA1574 (985 ± 30) 950 - 1150 calAD. Ambas sitúan esta tradición tecnológica en una fase coetánea a la tradición Nandá.

7.3.7. Fase VI: despoblamiento

Las fechas radiocarbónicas extienden la fase Nandá/Angondjé hasta como mucho el siglo XIII. Tras este periodo se sigue una fase de despoblamiento de la isla, tal y como corroboran las fuentes portuguesas, que coinciden en señalar que Corisco a finales del siglo XV estaba deshabitada. De nuevo, creemos que la isla pudo haber sufrido un colapso ecológico y que la población debió haber emigrado hacia enclaves costeros del cercano continente.

7.4. Las fosas

Una de las estructuras más típicas tanto del yacimiento de Nandá como de otros yacimientos de la Edad del Hierro en la costa centro-occidental de África son las fosas (ver Maret 1994, Eggert *et al.* 2006). En apartados anteriores de este mismo capítulo ya hemos mencionado todas aquellas que por su contenido hemos podido datar (básicamente se trata de fosas detríticas). Sin embargo, existe todo un conjunto de fosas, de menor tamaño que las anteriores, cuya datación es prácticamente imposible: la falta de una estratigrafía clara, así como la ausencia en su interior tanto de cultura material como de elementos orgánicos datables por radiocarbono nos lo impiden. Este es el principal motivo por el que nos ocupamos de ellas en un apartado independiente.

En el Sector 2 se ha registrado al menos la presencia de 36 fosas de planta oval o circular con profundidades que oscilan entre los 10 y los 60 cm, pero que suelen estar en torno a los 15 cm [Fig. 7.62]. Las de planta circular tienen diámetros que varían desde los 10 hasta los 70 cm, siendo los diámetros más habituales los que van de los 20 a los 30 cm. Las fosas de planta oval tienen ejes mayores que van de los 30 cm a los 155 cm, la media oscila en torno a 70 cm [ver Tabla 7.1].

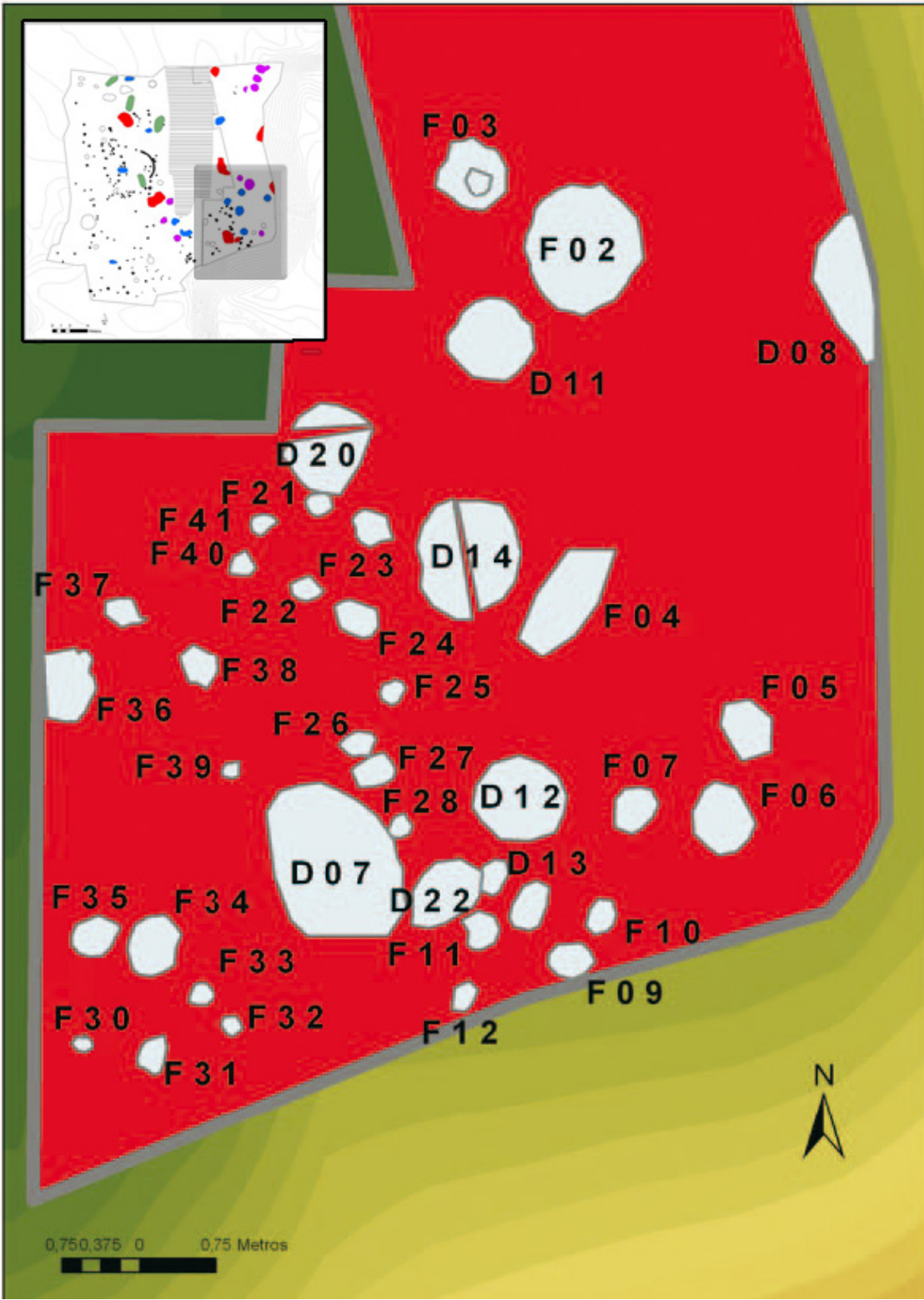


Fig. 7.62. Plano de las fosas pequeñas del Sector 2.

Nº	Forma	Diám.	Eje may.	Eje men.	Prof.	Contenido
2	Oval		1,3	1,5	0,2	Fragmentos cerámicos rodados
3	Circular	0,7			0,1	
4	Rectangular		1,25	0,52	0,4	
5	Oval		0,56	0,46	0,1	
6	Irregular		0,76	0,72		
7	Oval		0,46	0,38	0,1	
8	Oval		0,39	0,26	0,7	
9	Oval		0,42	0,36	0,14	
11	Oval		0,36	0,3		
12	Oval		0,31	0,24	0,15	
13	Oval		1,1	1,2	0,5	Fragmentos cerámicos rodados
14	Oval		1,4	1,1	0,6	Cuenco cerámico fragmentado
15	Oval		1,5	1,15		Ocre y carbones
16	Circular	0,23				
17	Circular	0,14				
18	Circular	0,2				
19	Semicircular		0,6	0,4		
21	Circular	0,23			0,15	
22	Circular	0,26			0,15	
23	Circular	0,25			0,14	
24	Oval		0,45	0,3	0,15	
25	Circular	0,24			0,15	
26	Circular	0,28			0,15	
27	Circular	0,35			0,15	
28	Circular	0,25			0,15	
31	Oval		0,34	0,24	0,8	
32	Circular	0,19			0,1	
33	Circular	0,23			0,8	
34	Oval		0,64	0,46	0,12	Un fragmento cerámico
35	Circular	0,42			0,18	
36	Oval		0,75	0,7	0,3	Fragmentos cerámicos rodados
37	Oval		0,4	0,29	0,8	
38	Oval		0,4	0,32	0,1	
39	Circular	0,2			0,15	
40	Circular	0,24			0,15	
41	Circular	0,1				

Tabla 7.1. Medidas y contenido de las fosas pequeñas del Sector 2 del yacimiento de Nandá (Corisco).

Existen un par de fosas que se salen de la tendencia común. Una de ellas (Fosa 4) es de planta rectangular y la otra (Fosa 6) es absolutamente irregular. La segunda parece ser la sucesión de pequeñas bolsas de aportes arenosos, en ocasiones de menos de 1 cm de potencia. Presenta en un inicio una forma muy regular y vertical, para después, a unos 20 cm de la superficie, estrecharse y cambiar su orientación hacia el Norte. Su gran profundidad y la irregularidad de su sección nos impidieron excavarla por completo. No nos extrañaría que su origen no fuese antrópico y que su forma estuviese relacionada con algún tipo de raíz y su relleno con un posible arrastre eólico.

Estas fosas o carecen de cultura material en su interior o es escasa y poco diagnóstica, lo que no facilita su asociación a ninguna de las fases de ocupación de esta área. No obstante, las que cuentan con algún resto cerámico son siempre de forma oval y, de entre las fosas ovales, son las que tienen un mayor tamaño, con ejes mayores que siempre superan los 60 cm y que alcanzan, en ocasiones, longitudes en torno al metro y medio. Esta peculiaridad nos lleva a considerar que estas fosas podrían ser tumbas sin ajuar del periodo Oveng Temprano.

Aunque a primera vista las fosas están distribuidas de modo aleatorio, tras un examen más detallado podemos constatar que muchas de ellas están dispuestas en pares y que, en cualquier caso, ninguna de ellas se practicó dentro de los enterramientos, ni es tangente a ellos (salvo una fosa presumiblemente Oveng que fue seccionada por el D.E. 26) [Fig. 7.63]. Esta disposición no aleatoria y la falta de homogeneidad entre las características y contenido de las diferentes fosas nos permite aventurar su naturaleza votiva o ritual. Estas fosas podrían funcionar de modo independiente o asociadas entre sí y/o en relación con los enterramientos. En todo caso, el hecho de que las fosas no se solapen creemos que indica claramente que sus constructores respetaron deliberadamente la presencia de enterramientos y deposiciones anteriores, en ocasiones muy anteriores y aparentemente relacionados con tradiciones bien diferentes (como es el caso de los enterramientos secundarios y primarios). Esto abre perspectivas muy sugerentes en lo que atañe al modo en el que este espacio es reutilizado a lo largo del primer milenio de nuestra era.

Por otra parte, a la vista del conjunto de fosas, cabe objetar que dada su densidad inevitablemente algunas de ellas aparecerán pareadas. Sin embargo, a la influencia de este factor debemos añadir al menos tres pautas que no parecen en absoluto casuales: 1) los

pares están dispuestos exclusivamente con dos orientaciones: NO o NE; 2) los pares se encuentran unidos (un único caso) o a una distancia comprendida exclusivamente entre 15 y 20 cm; y 3) todas las fosas pareadas tienen un tamaño inferior a los 45 cm y cada par está formado por fosas de tamaño muy similar. Cabe aventurar que este tipo de fositas fuesen agujeros de poste de alguna estructura vinculada a ritos de conmemoración. Como se comentó más arriba, los fang y los kota veneraban los huesos de los ancestros expuestos en plataformas (LaGamma 2007), estructura también utilizada por los benga para exponer los cadáveres (Andeke 2005: 3).

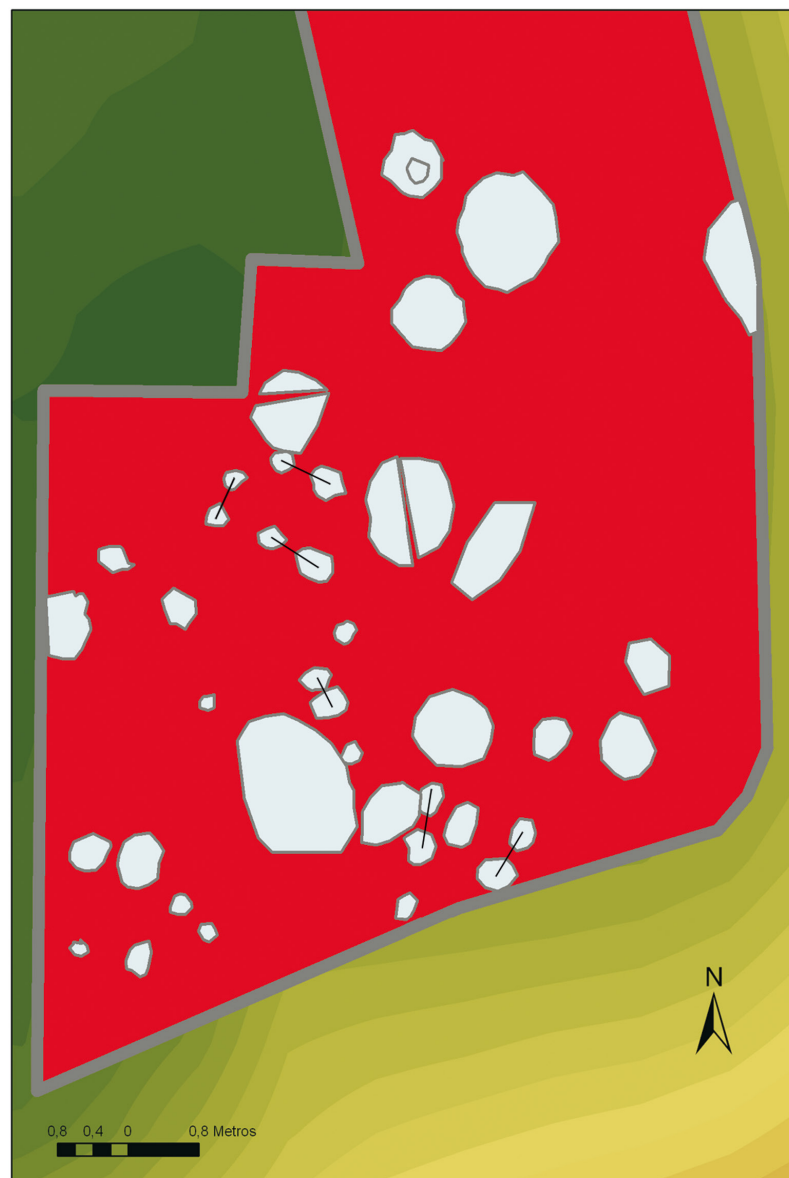


Fig. 7.63. Fosas pareadas del Sector 2 (las líneas indican cuáles creemos que pueden estar asociadas) (a partir de González-Ruibal *et al.* 2011c).

7.5. Tipología de materiales

Dada la gran cantidad de materiales metálicos y cerámicos de la Edad del Hierro recuperados en la isla de Corisco, elaboraremos una tipología que nos permita ordenarlos de manera lógica según su forma. En el caso de las cerámicas trataremos, hasta donde nos sea posible, de ajustarnos a tipologías ya elaboradas para las mismas tradiciones tecnológicas.

7.5.1. Metales

Pasamos a detallar a continuación los diferentes tipos que existen dentro de cada grupo de objetos metálicos. A nuestro juicio, no todos ellos presentan suficientes diferencias como para considerar que existen tipos diferentes. Las cucharas, las puntas de lanza o las hoces-cuchillo son muy similares entre sí (idénticas en algunos casos), por eso simplemente las describiremos.

Dada la homogeneidad formal de los metales de los diferentes periodos no atenderemos a esta variedad de objetos clasificándolos por fases, sino que los estudiaremos en conjunto. Los diferentes tipos serán clasificados con letras (Tipo A, Tipo B, etc.). En el caso de existir subtipos se indicarán con números (Tipo A1, Tipo A2, etc.).

*Bikuele*⁵

Los bikuele solamente han aparecido en tumbas de la fase Oveng Temprano. De los 19 depósitos de este periodo 7 cuentan con bikuele, varias tumbas solamente tienen 1 (D.E. 12, 18 y 27), hay una con 2 (D.E. 11) y las demás tienen 4, 6 y 11 (D.E. 2a/b, 1 y 32 respectivamente). Los bikuele del D.E. 32 aparecían unidos entre sí formando manojos, probablemente estarían anudados por algún elemento de materia orgánica que no se ha preservado.

Los bikuele pueden ser divididos en tres grupos según su forma y en otros dos según su tamaño. Por un lado encontramos los pequeños, cuya longitud no excede los 10-12 cm y su forma puede ser de hachita (**Tipo A**) (D.E. 32), cola de pescado (rectangulares con dos escotaduras) (**Tipo B**) (D.E. 1 y 2a/b), o diamante (**Tipo C**) (D.E. 1, 2a/b y 12). Los medianos

⁵ Remitimos al apartado 4.3.3. para recordar que con el nombre "bikuele" nos referimos a un tipo de objeto metálico usado en África central para pagar la transacción matrimonial. No obstante, las hachas, las hoces-cuchillo e incluso los brazaletes podrían haber sido usados a tal fin, de ahí que aparezcan en lotes, como es el caso de las 15 hachas del D.E. 2a/b.

y grandes, cuya longitud excede los 12 cm, tienen forma de doble diamante apuntado en un extremo y recto en el otro (**Tipo D**) (D.E. 11, 18, 27) y se parecen ligeramente a los de cola de pescado. Aunque en este último grupo los tamaños son variables hemos decidido no subdividirlos más, pues no son numerosos. En un caso (D.E. 27) uno de ellos conservó un vástago cilíndrico unido a su parte apuntada, lo que en total sumaba una longitud de 45 cm (es el más grande localizado hasta el momento).





TIPO	FORMA	TAMAÑO	PERFIL
A	Hacha	Pequeño	
B	Cola de pescado	Pequeño	
C	Diamante	Pequeño	
D	Doble diamante	Mediano/grande	

Tabla 7.2. Tipología de bikuele.

Hachas

Las hachas son un elemento que aparece tanto en tumbas de la fase Oveng Temprano como en las de época Nandá. Aunque las llamemos hachas, las hachas de hoja más estrecha, típicas de la fase Nandá, podrían ser azuelas. Hemos decidido llamarlas hacha porque no corresponden al tipo de azuela encontrado, por ejemplo, en Akonétye (Camerún). En total se han encontrado 37 unidades distribuidas en 17 tumbas. 27 ejemplares pertenecen a la fase Oveng Temprano y las 10 restantes a la fase Nandá.

En ambos periodos lo más habitual es que solamente se encuentre 1 de ellas por depósito (D.E. 1, 6, 7, 8, 11, 12, 17, 21, 25, 26, 29 y 32). Aunque hay tumbas que tienen 2 (D.E. 9, 15 y 35), una tiene 4 (D.E. 2c/d) y, excepcionalmente, un depósito cuenta con 15 ejemplares (D.E. 2a/b).

Según su forma podemos distinguir dos tipos diferentes: las hachas rectas (**Tipo A**) y las hachas en abanico (**Tipo B**), las primeras son típicas de la fase Nandá (en donde sólo aparece una del Tipo B), mientras que las segundas son habituales en la fase Oveng Temprano (en donde sólo aparecen dos del Tipo A). Ambos tipos cuentan, a su vez, con ligeras variaciones: las hachas rectas presentan en ocasiones rebordes en sus extremos longitudinales (D.E. 6), mientras que las hachas en abanico varían en la amplitud del abanico, en la presencia de rebordes, en lo apuntado o redondeado de sus extremos y en la misma amplitud de su abanico. Una de las hachas aún conserva la impronta del empuñadura (D.E. 35) y otra cuenta con una nervadura central (D.E. 26).

Los tamaños de las hachas que se han conservado completas son variables, oscilan entre los 11,5 y los 38 cm. En general, las hachas de época Oveng Temprano son más grandes que las de la fase Nandá.



TIPO	FORMA	PERFIL
A	Recta	
B	Abanico	

Tabla 7.3. Tipología de hachas.

Cuchillos

Los cuchillos son un elemento habitualmente presente en las tumbas de época Nandá. Se han encontrado un total de 19 cuchillos distribuidos en 11 tumbas. Dos de ellos aparecen en sendas tumbas Oveng, y los otros 17 en 9 tumbas Nandá.

Lo más habitual es que las tumbas cuenten con un cuchillo (D.E. 6, 12, 21, 29, 36 y 37) o 2 (D.E. 9, 25 y 35). Excepcionalmente una tumba cuenta con 3 ejemplares (D.E. 26) y otra con 4 (D.E. 8).

Hemos podido identificar tres tipos diferentes de cuchillos que posiblemente sirvieron para distintos usos. El **Tipo A** es un cuchillo de hoja estrecha, alargada y ligeramente curva (D.E. 8, 25 y 26). El **Tipo B** (el único que se documenta en la fase Oveng Temprano) tiene una hoja ancha y curva (D.E. 6, 8, 9, 12, 21, 35, 36 y 37). Finalmente, el **Tipo C**, el más inusual, es un cuchillo de hoja muy pequeña, tendente al círculo, y con filo cortante en su parte distal (D.E. 25 y D.E. 29).

Los tamaños estimados de los cuchillos (a veces el vástago o el extremo distal estaban fracturados pero era fácil estimar su longitud total) son bastante homogéneos, van de los 11 a los 16 cm con la excepción del cuchillo del D.E. 24 que mide 24 cm.




TIPO	FORMA	PERFIL
A	Hoja estrecha, alargada y ligeramente curvada	
B	Hoja ancha, corta y curva	
C	Hoja circular con filo en parte distal	

Tabla 7.4. Tipología de cuchillos.

Puntas de lanza

Las puntas de lanza solamente aparecen en las tumbas de época Oveng Temprano e incluso en este periodo no son especialmente abundantes. Tan sólo se han encontrado 5 ejemplares contenidos en 3 depósitos: dos en los D.E. 2a/b y 15 y una en el D.E. 21. En todos los casos aparecen en tumbas que carecen de ajuar cerámico, pero que tienen un gran número de elementos metálicos, sobre todo aquéllos asociados a altos estatus como las cucharas, las hoces-cuchillo o los collares compuestos. Esta misma asociación ocurre en el yacimiento camerunés de Campo (Meister 2010: 244).

Todas las puntas de lanza presentan las mismas características: son delgadas, lanceoladas, con un largo vástago y con una nervadura central. No todas se han conservado completas, pero no es difícil estimar su tamaño total, que oscila entre los 18 y los 32 cm, siendo las más grandes las del D.E. 2a/b y la más pequeña la del D.E. 21.

Hoces-cuchillo

Hemos llamado hoz-cuchillo a un tipo de hoz de mango alargado y hoja ancha y curva con muescas decorativas. Solamente han aparecido 3 ejemplares en todo el yacimiento, y los tres fueron encontrados dentro de un mismo depósito (D.E. 15), acompañados de muchos otros objetos metálicos y de ninguna cerámica. La forma de los tres es idéntica, aunque difieren ligeramente en longitud: el más grande mide 47,4 cm, el mediano 45 y el pequeño 42,5.

Cucharas

Las cucharas sólo se documentan en la fase Oveng Temprano. Suman un total de 4 y están contenidas en 3 depósitos. El D.E. 2a/b cuenta con 2 cucharas y el 15 y el 34 con 1 cada uno. Ninguno de los 3 depósitos contiene restos cerámicos y 2 de ellos presentan, a su vez, una gran cantidad de objetos metálicos. El D.E. 34 está formado únicamente por la cuchara, lo que nos hace cuestionar su naturaleza funeraria.

Todas las cucharas son muy parecidas entre sí, aunque presentan ligeras diferencias en tamaño y forma. Dos de ellas miden en torno a 22 cm de longitud (una del D.E. 2a/b y la del D.E. 34) y las otras dos entre 28 y 29 cm (una del D.E. 2a/b y la del D.E. 15). Por lo que respecta a su forma, dos de ellas ensanchan ligeramente la parte por la que son sujetadas

(una del D.E. 2a/b y la del D.E. 15) y tres de ellas terminan en una protuberancia (las de los D.E. 2a/b y 34), la cuarta termina en punta.

A pesar de las diferencias que presentan creemos que son suficientemente similares como para no dividirlos en tipos.

Collares

Los collares aparecen en las tres fases funerarias (Oveng Temprano, Oveng Final y Nandá). En total han aparecido 24 collares distribuidos en 12 tumbas. 9 aparecen en 6 depósitos Oveng Temprano, 3 en un depósito Oveng Final y los 12 restantes en 5 depósitos Nandá.

Mientras que en la fase Oveng Temprano lo más habitual es encontrar un único collar por tumba (D.E. 2a/b, 12, 20, 27 y 28), en la fase Nandá lo habitual es encontrar 2 (D.E. 9, 26, 35 y 37). En ambos casos existen excepciones, como los 4 ejemplares del D.E. 16, de fase Oveng Temprano, o los 4 del D.E. 25 de fase Nandá. La tumba con collares de la fase Oveng Final (D.E. 31) cuenta con 3 ejemplares.

Hemos documentado tres tipos diferentes de collar. Por un lado estarían los simples (**Tipo A**) (como los de los D.E. 20, 27 y 28) y los compuestos (**Tipo B**) (como los de los D.E. 2a/b y 12). Ambos realizados de la misma manera: un cilindro de hierro que se curva hasta unir los dos extremos, con la diferencia de que el Tipo A solamente cuenta con uno de esos cilindros y el Tipo B cuenta con varios (hasta cinco). Dentro del Tipo A existen tres subtipos según la forma de sus extremos, el **Tipo A1**, de extremos simples (D.E. 16, 27, 29); el **Tipo A2**, con, al menos, uno de sus extremos terminado en forma de protuberancia redondeada (D.E. 9, 20); y el **Tipo A3**, con, al menos, uno de sus extremos terminado en espiral (D.E. 25). El tercer tipo (**Tipo C**) son las lúnulas (las dos lúnulas encontradas aparecieron ambas en el D.E. 16), formadas por una única pieza de hierro que ha sido aplanada hasta darle la forma de cuarto creciente lunar. Sus diámetros máximos oscilan entre 9 y 20 cm. Los Tipos A1, B y C son Oveng, el Tipo A3 es Nandá, y el tipo A2 aparece tanto en tumbas Oveng como Nandá. En el Área 1 apareció un collar en superficie del Tipo A1.





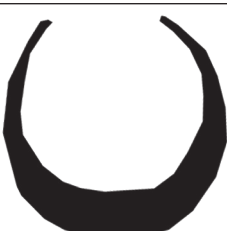
TIPO	FORMA	PERFIL
A1	Simple con extremo simple	
A2	Simple con extremo en forma de protuberancia redondeada	
A3	Simple con extremo en espiral	
B	Compuesto	
C	Lúnula	

Tabla 7.5. Tipología de collares.

Brazaletes y tobilleras

El hecho de que nos ocupemos de los brazaletes y de las tobilleras de manera conjunta se debe a la imposibilidad de diferenciar físicamente unos de otras. Sólo hay una excepción: las tobilleras del D.E. 2a/b se identifican indudablemente como tales por su gran tamaño y

por conservar la forma de la pierna. En el resto de los depósitos Oveng Temprano y Final es imposible diferenciarlas. En el caso de los depósitos Nandá, cuando los materiales se encontraban *in situ* sí fue posible determinar cuáles eran brazaletes y cuáles tobilleras por su posición en la tumba.

En total se han encontrado 48 ejemplares distribuidos en 17 tumbas. 19 de ellas aparecen en 9 depósitos Oveng Temprano, 4 en 2 depósitos Oveng Final y las 25 restantes aparecen en 7 tumbas Nandá.

En la fase Oveng Temprano lo más habitual es encontrar uno o dos ejemplares (D.E. 1, 11, 17, 21, 27 y 28), aunque en un par de tumbas se depositaron cuatro en cada una (D.E. 12 y 16). En la fase Nandá hay tumbas que combinan la presencia de brazaletes y tobilleras (el D.E. 9 con 4 tobilleras y 2 brazaletes, el D.E. 26 con 2 tobilleras y 2 brazaletes, o el D.E. 35 con 2 tobilleras y un brazaletes) y otras sólo cuentan con uno de los dos elementos (el D.E. 8 con un brazaletes o tobillera, el 36 con 3 brazaletes o el 37 con 2 brazaletes).

La técnica con la que han sido elaborados es idéntica a los collares, y sus tipos son los mismos (exceptuando el caso de las lúnulas): brazaletes/tobilleras simples (**Tipo A**) y compuestos (**Tipo B**). En ocasiones los extremos se tocan, permaneciendo abiertos en otras. Las dos tobilleras del D.E. 2a/b, que alcanzan los 22 cm de longitud, pertenecen al Tipo B. Las piezas de época Nandá pertenecen mayoritariamente al Tipo A (simples), aunque existen algunos de Tipo B (compuestos), como los brazaletes del D.E. 26 y 35 y uno del D.E. 36.



TIPO	FORMA	PERFIL
A	Simple	
B	Compuesto	

Tabla 7.6. Tipología de brazaletes/tobilleras.

Anillos

Los anillos serían la versión miniaturizada tanto de los collares como de los brazaletes/tobilleras (puesto que la tipología se repite no incluiremos tabla en este caso). Tan sólo aparecen en tumbas de época Oveng Temprano. Consisten en un pequeño cilindro de hierro cuyas puntas se unen formando un círculo. Han aparecido un total de 4 distribuidos en 4 tumbas (D.E. 2a/b, 16, 21 y 27). Al igual que los collares y brazaletes también presentan dos tipologías, los simples (**Tipo A**) (D.E. 21) y compuestos (**Tipo B**) (D.E. 2a/b, 16 y 27). Anillos de hierro similares se localizaron en la tumba camerunesa de Mpoengu, con cronología de mediados del primer milenio d.C. (Gouem Gouem 2011: 315-316).

Campana

Tan sólo ha aparecido una pequeña campana en una tumba (D.E. 10). Este depósito estaba compuesto, además de por la campanita, por 6 ó 7 recipientes cerámicos muy fragmentados. La campana tiene unos 2,5 cm de longitud y está hecha con una chapa metálica doblada sobre sí misma. Cuenta con un pequeño badajo metálico que atraviesa la chapa.

7.5.2. Cerámicas

Al contrario de lo que hemos hecho con los metales, en este caso los rasgos formales de los recipientes cerámicos para cada fase difieren lo suficiente como para ocuparnos de ellos según periodos. Los tipos cerámicos serán divididos atendiendo a la forma del borde y del cuerpo otorgándoles una letra (Tipo A, Tipo B, etc.). En el caso de existir subtipos se indicarán añadiendo números (Tipo A1, A2, etc.).

Oveng Temprano y Medio

Las similitudes de los estilos cerámicos Oveng Temprano y Medio nos llevan a hacer una tipología conjunta. De Oveng Temprano contamos con los recipientes cerámicos de los D.E. 16, 22, 27, 28 y 30 y con los fragmentos de la Fosa 42. De Oveng Medio disponemos de los materiales conservados en dos fosas de desecho (Fosa 1, 15) y en dos suelos de ocupación (UE 36 y UE 8011).

Los recipientes cerámicos de estas dos fases pueden dividirse en cinco tipos.

El **Tipo A** corresponde con recipientes en forma de jarrón con bordes exvasados acampanados terminados en labios planos, redondeados o biselados (en este caso no hemos multiplicado los tipos según la terminación del labio). El cuerpo del recipiente, en los casos en que se ha conservado, suele ser globular y alargado. Los fondos son planos, con la excepción de uno que presenta un pequeño umbo (D.E. 22).

Dentro de este tipo existen dos subtipos: el **Tipo A1**, en el que la unión entre el borde y el cuerpo se hace en forma de ángulo obtuso, y el **Tipo A2**, en el que la unión entre el borde y el cuerpo es una transición curva cóncava.

La decoración de los recipientes del Tipo A es variada pero siempre incisa. Consiste en líneas en zigzag, líneas rectas paralelas, ondulaciones, retículas, impresiones de punzón, etc.

El Tipo A de Corisco coincide con el Tipo A definido por Clist en Gabón y que él llamó “recipientes de cuello cóncavo”. En esta misma tipología de recipientes Clist también diferencia aquellos que tienen un borde rectilíneo o ligeramente cóncavo (Tipos B y C) (Clist 2004: 564, Tableau 7-4).

Del **Tipo B** tan sólo contamos con un recipiente completo (D.E. 28) y numerosos fragmentos de borde. El recipiente completo tiene un borde entrante con labio redondeado que al interior muestra una concavidad y al exterior una convexidad con carena en forma de ángulo recto. El cuerpo es globular y desconocemos su fondo, aunque por comparación con el resto de recipientes Oveng suponemos que debería ser plano. El ejemplar recuperado carece de decoración alguna.

Gracias al resto de bordes conservados, podemos diferenciar los que realizan el cambio de orientación de una manera continua (**Tipo B1**) y los que la exageran en forma de protuberancia (**Tipo B2**).

El Tipo B de Corisco coincide con el Tipo D definido por Clist en Gabón y que él llamó “recipientes de cuello convexo” (Clist 2004: 564. Tableau 7-4).




El **Tipo C** es un borde ligeramente entrante, de labio aplanado, y que podríamos considerar como un enderezamiento del Tipo B, pues en ocasiones conserva una cierta protuberancia o ángulo en su cara externa. La parte plana del labio puede ir decorada con incisiones.

Este tipo corresponde con los tipos E y F de Clist (2004: 564, *Tableau 7-4*), que el llamó “formas semi-cerradas y cuencos”.

El **Tipo D** es un borde anguloso, muy entrante y profusamente decorado. Podemos considerarlo como una evolución del Tipo C. La forma en que estos bordes se cierran sobre sí mismos hace que presenten múltiples segmentos susceptibles de ser decorados (la parte exterior, la parte superior y la parte interior, que sería el propio labio). El labio, salvo alguna rara excepción, siempre es plano.

Hemos decidido dividir este tipo en dos subtipos. El **Tipo D1**, el más parecido al Tipo C, pero algo más entrante y siempre decorado; y el **Tipo D2**, el más complejo, con ángulos más forzados y presencia ocasional de protuberancias hacia el exterior en el cambio de orientación.

En el D.E. 22 se encontraron los restos de un recipiente de base plana y paredes rectas del que desconocemos su borde. Presentaba cuatro perforaciones circulares en su superficie. Dado que su forma no equivale a los anteriores tipos hemos decidido denominarlo **Tipo E**, a pesar de su escasísima representatividad.

OVENG MEDIO	
TIPO	PERFIL
A1	
A2	
B1	




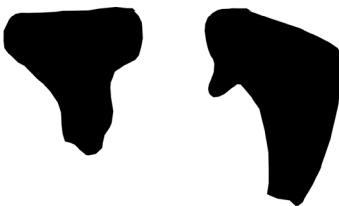

OVENG MEDIO	
TIPO	PERFIL
B2	
C	
D1	
D2	
E	

Tabla 7.7. Tipología cerámica Oveng Temprano y Medio.

Oveng Final

Del periodo Oveng Final solamente contamos con los fragmentos cerámicos recuperados de la Fosa 55 y algunos otros del yacimiento Cor-27. Su escasez y falta de representatividad nos conducen a no realizar una tipología particular para esta fase.

Estos materiales se caracterizan por tener formas similares a las del periodo anterior pero carentes de decoración. La mayoría de los escasos fragmentos recuperados corresponde con el tipo B1. Un único fragmento se asemeja al tipo A2.

En cuatro ocasiones se recuperaron fragmentos decorados, con incisiones de líneas paralelas y quebradas, líneas ondulantes y posibles ungulaciones, pero no son lo habitual. Los fondos son planos o cóncavos.

Nandá

Para elaborar la tipología cerámica de la fase Nandá contamos ante todo con los recipientes contenidos en las tumbas. Aunque parte de la cerámica de la Fosa 43 se identificó también como perteneciente a la tradición Nandá, lo cierto es que aparece demasiado fragmentada como para reconocer formas. La cerámica de las tumbas, al contrario, aparecía completa, aunque en muchos casos no fue posible recuperarla para dibujo. De los 16 depósitos Nandá, tan sólo utilizaremos para hacer la tipología los recipientes provenientes de ocho depósitos (D.E. 3, 5, 6, 7, 8, 9, 26 y 36).

En este caso, dada la grandísima similitud entre los tipos corisqueños y los gaboneses, seguiremos la tipología propuesta por Clist (2004: 603) (ver Fig. 6.41). Él diferenció entre recipientes con cuello cóncavo, botellas y bombonas. Nosotros nos referiremos a ellas como Tipos A, B y C respectivamente.

El **Tipo A** corresponde con los recipientes de mayor tamaño. Son los que presentan las bocas más anchas también. Los bordes son exvasados, con forma troncocónica invertida y de labio redondeado. Son recipientes globulares de base plana o convexa.


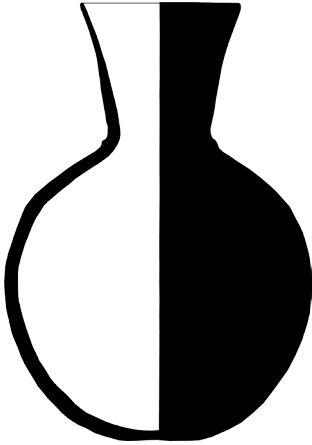
El **Tipo B** lo componen las botellas, caracterizadas por cuerpos globulares u ovoides y largos cuellos cilíndricos y estrechos que terminan en labios aplanados. Suelen ser de menor tamaño que los recipientes del Tipo A. Según la forma del cuerpo podemos diferenciar dos subtipos: el **Tipo B1** lo conforman las botellas de cuerpo aproximadamente esférico, mientras que el **Tipo B2** lo componen las botellas con cuerpos ovoides.

El **Tipo C** puede ser considerado un término medio entre los dos tipos anteriores. Se asemeja en su forma al Tipo A pero cuenta con bocas más estrechas, similares a las de las botellas. Sus bordes pueden ser exvasados o rectos y terminan en labios redondeados o

aplanados. Diferenciamos dos subtipos: el **Tipo C1** presenta cuellos rectos mientras que el **Tipo C2** tiene cuellos exvasados.

Las decoraciones de la superficie de estos recipientes oscilan desde la ausencia total de decoración a la decoración cubriente, pasando por decoraciones parciales. Cuando las cerámicas están decoradas presentan motivos muy similares unas a otras: incisiones de espigas en bandas paralelas bien horizontales, bien verticales; zigzag, punteados e impresiones de peine son también habituales. En un único caso una cerámica presentaba apliques cerámicos (D.E. 9).

Siempre que los fondos se han conservado han resultado ser planos o convexos. Los planos suelen ser habituales en los recipientes de mayor tamaño (Tipos A y C), mientras que las botellas (Tipo B) suelen presentar fondos convexos.

NANDÁ	
TIPO	PERFIL
A	
B1	

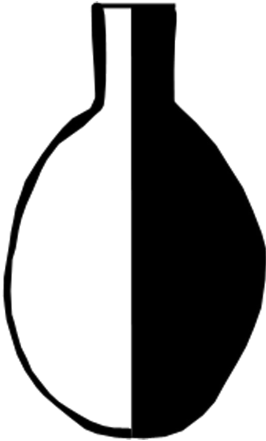

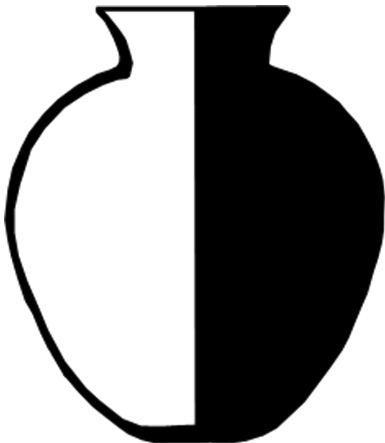
NANDÁ	
TIPO	PERFIL
B2	
C1	
C2	

Tabla 7.8. Tipología cerámica Nandá.

Angondjé

La totalidad de fragmentos cerámicos de tradición Angondjé provienen de lugares alterados por las obras de construcción, por lo que fue imposible recuperar recipientes completos. Esto hace imposible hacer una tipología basada en las formas de los recipientes. Aún así, la tradición tecnológica Angondjé tiene unas especificidades muy marcadas que la hacen fácilmente reconocible. Pasamos a detallarlas.

La primera característica típica de las cerámicas del grupo Angondjé son las paredes rectas, terminadas en bordes ligeramente exvasados y aplanados. Estas paredes en ocasiones presentan una carena fuertemente pronunciada y están cubiertas por una profusa y barroca decoración que empieza siempre unos centímetros por debajo del labio, dejando una primera franja del recipiente sin decorar.

Uno de los elementos más característicos de la cerámica Angondjé son las tapaderas y, sobre todo, los pomos de tapadera, que presentan formas variadas: redondeadas, en forma de asa, irregulares, etc. Las irregulares asemejan a las conchas de los bilolá (*Hemifusus pugilinos*), un caracol con concha en forma de espiral habitual de las playas de Corisco.

Finalmente, otro de los elementos característicos de la cerámica Angondjé son los fondos anulares, que elevan los recipientes dependiendo de su tamaño y que en ocasiones pueden ir decorados.

La decoración superficial de la cerámica Angondjé es fácilmente reconocible. El primero de sus rasgos, ya comentado, es dejar la franja más cercana al labio sin decorar. La parte decorada se caracteriza por no atenerse a un único patrón decorativo sino por incluir varios a veces de forma parcheada. Las decoraciones son muy variadas: acanaladuras, líneas incisas paralelas, en forma de retícula o zigzag, impresiones de peine y, lo que es probablemente más característico de esta tradición, el uso de *roulettes*: una técnica decorativa realizada con vástagos que pueden ser de madera tallada o de fibras vegetales entrelazadas y que aplicadas a modo de rodillo en la superficie arcillosa del recipiente dejan un patrón decorativo regular.

7.6. Conclusión

El proyecto arqueológico desarrollado en las islas del estuario del Muni nos ha permitido conocer en profundidad ciertos aspectos de las sociedades prehistóricas e históricas/

coloniales de esta zona de África. En este capítulo nos hemos encargado de exponer de manera sistemática y descriptiva los resultados del trabajo de campo relativos a la época prehistórica.

De todas las islas del estuario, centramos nuestro trabajo en Corisco, de donde hemos obtenido una secuencia crono-cultural que abarca, excediéndolo, el primer milenio d.C.

Los restos asociados a los primeros grupos humanos que ocuparon Corisco consisten en lascas y láminas de sílex dispersas y descontextualizadas. Creemos que debieron ser fabricadas durante la *Late Stone Age* o Paleolítico Final. Esta evidencia material atestiguaría la presencia humana en la isla en algún momento del primer milenio a.C. Desafortunadamente, disponemos de pocos datos más sobre este periodo y, de hecho, no podemos asegurar la conexión directa del poblamiento paleolítico con el de la Edad del Hierro en la isla.

La Edad del Hierro ha sido el periodo que más restos materiales ha ofrecido y el que, en consecuencia, ha podido ser mejor documentado. Se extiende desde mediados del siglo I a.C. hasta aproximadamente el siglo XII-XIII de nuestra Era. En esta larga etapa se suceden diferentes fases de ocupación que, a pesar de compartir elementos comunes, presentan características diversas.

La primera fase, Oveng Temprano, se extiende desde el siglo I a.C. hasta el siglo V d.C. Ha deparado un gran número de enterramientos secundarios que venían acompañados de ajuares compuestos de objetos de hierro y, en menor medida, cerámicas. Entre los metales encontramos cucharas, hoces-cuchillo, hachas y objetos de adorno (collares, brazaletes/tobilleras, anillos). Todos ellos parecen indicar que las personas enterradas debieron poseer un estatus elevado.

Solapándose ligeramente con la anterior fase documentamos una serie de cambios consistentes en la desaparición de los enterramientos y el establecimiento de un gran poblado del que se han localizado suelos de ocupación, fosas de desecho y agujeros de poste. Esta fase es Oveng Medio, y se extiende entre los siglos IV y VII.

El término de este primer gran periodo es conocido como Oveng Final. Esta fase, fechada en los siglos VII y VIII, ha deparado escasos restos arqueológicos: un par de enterramientos primarios y una fosa de desecho. En general podemos argumentar que se

trata de un momento en el que se inicia un descenso poblacional en Corisco que culminaría con el despoblamiento de la isla durante los siglos VIII, IX y parte del X.

Pasado ese tiempo, los pobladores regresan a Corisco. Entre los siglos X y XIII identificamos dos tradiciones cerámicas en ubicaciones distintas: la tradición tecnológica Nandá y la Angondjé. La fase Nandá viene caracterizada principalmente por la reutilización del espacio de necrópolis esta vez con ricos enterramientos primarios con ajuares cerámicos y metálicos. Una de las piezas cerámicas más habituales son las botellas, quizás relacionadas con líquidos utilizados durante el ritual funerario (vino de palma probablemente), mientras que los objetos metálicos incluyen cuchillos, hachas, collares, brazaletes y tobilleras, principalmente. De nuevo, la riqueza de muchos de los ajuares parece indicar el alto estatus de los individuos enterrados. Pertenecientes a esta tradición también se ha documentado un suelo de ocupación, una fosa de desecho y multitud de agujeros de poste.

Los restos Angondjé no aparecen en las mismas áreas que los anteriores, sino en diferentes puntos de la isla que fueron prospectados. Los contextos de donde provienen están fuertemente alterados debidos a las obras de construcción, pero parecen corresponder con lugares de habitación. Se han recuperado fragmentos cerámicos y algunos objetos metálicos.

A partir del siglo XIII la sociedad que habitaba en Corisco colapsó por algún motivo y la isla quedó de nuevo desierta. Los marineros portugueses fueron los primeros europeos en llegar al estuario del Muni a finales del siglo XV, constatando este dato.

Los restos arqueológicos de la Edad del Hierro en Corisco participan de las mismas características generales que la tradición que hemos identificado para la costa de África centro-occidental. Sin embargo, en este caso contamos con un yacimiento de características excepcionales que nos permitirán dar un paso adelante en la interpretación social de este periodo.

CAPÍTULO 8.

RADIOCARBONO¹

“I felt I had known it before, in a past remote beyond all recollection; beyond even my tenancy of the body I now possess”.

H.P. Lovecraft, *The tomb* (1922)

En los dos últimos capítulos hemos presentado la secuencia arqueológica de la Edad del Hierro con sus principales hallazgos en un área comprendida entre la costa sur de Camerún y la costa norte de Gabón, incluyendo también parte de la congoleña. La escasez de excavaciones en área, junto con la ausencia de estratigrafías claras hace que la cronología venga avalada principalmente por el listado de dataciones radiocarbónicas mencionado.

En este capítulo analizaremos con detalle las dataciones radiocarbónicas procedentes de Corisco, con el objetivo de precisar los límites temporales de las diferentes tradiciones arqueológicas descubiertas en la isla. Posteriormente, las compararemos con las de las regiones vecinas. Para ello hemos hecho una selección de la totalidad de fechas disponibles, incluyendo exclusivamente aquellas que están bien asociadas a estructuras o materiales parangonables a los encontrados en Corisco. El conjunto de dataciones radiocarbónicas calibradas empleadas en este capítulo puede consultarse en el Anexo II.

8.1. Dataciones radiocarbónicas y análisis de validez

Para la realización de este trabajo hemos recopilado un total de 107 dataciones radiocarbónicas bien asociadas a los contextos arqueológicos que pretendían datar. No obstante, carecemos de información homogénea en cuanto al método utilizado para realizar tales dataciones (convencional o AMS) y al material datado.

De Camerún contamos con 24 dataciones radiocarbónicas procedentes de seis yacimientos: Akonétye (Meister y Eggert 2008), Campo-centro (Meister y Eggert 2008),

¹ Para la calibración de fechas y el estudio de las curvas hemos contado con la ayuda de F. Jesús Jordá Pardo, especialista en radiocarbono y profesor del Área de Prehistoria del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UNED. Una versión de este capítulo está pendiente de publicación (Sánchez-Elipe *et al.* e.p.).

Campo-iglesia (Meister 2010), Mouanko-Lobethal (Meister 2010), Mouanko-Epolo (Meister 2010) y Mpoengu (Meister 2010).

De Guinea Ecuatorial contamos con 39 dataciones radiocarbónicas procedentes de tres áreas diferentes. De la isla de Bioko proceden quince dataciones de dos yacimientos: Carboneras y Bolaopí (Clist 1998, Fagan 1967). Del territorio continental contamos con dos dataciones procedentes de dos yacimientos: Akom y Ayene (Clist 1992c, 1998). Finalmente, de la isla de Corisco proceden 22 dataciones radiocarbónicas AMS, de las cuales veinte corresponden al yacimiento de Nandá y las dos restantes a los sitios de Cor-7-Ulato y Cor-3-García, la mayoría de las cuales han sido publicadas en González Ruibal *et al.* (2013a) mientras que diez son inéditas.

De Gabón contamos con 21 dataciones procedentes de catorce yacimientos: Kango 2, Kango 5, Remboué 1, Remboué 3, Remboué 11, Remboué 15, Kafelé 2, Malékou, Sablières, Nkol Ogoum, Oveng 1, Angondjé, Charbonnages y Okala 1 (Clist 1995).

Finalmente, de la República de Congo proceden 23 dataciones de los yacimientos Tandou-Youmbi, BP113, Mango-Kayes, Meringue, Fignou 1 y 4, Kayes, Tchitembo, Lac Ndembo, Condé y Loubanzi (Denbow 2014: 56-58).

Una vez recopiladas las fechas radiocarbónicas, las hemos sometido a un análisis de validez (Mestres 1995, 2000, Mestres y Nicolás 1997), con el fin de realizar una valoración razonada de las mismas y poder compararlas de forma homogénea entre sí y con otras dataciones.

En el orden técnico, no podemos valorar la exactitud de cada uno de los parámetros utilizados para la datación (eliminación de la contaminación, tratamiento químico y medida del contenido en radiocarbono) de los diferentes laboratorios pero, en principio, debemos suponer y aceptar que tanto los laboratorios enfocados a la investigación como aquellos que presentan un carácter comercial cumplen las condiciones mínimas exigibles. Los laboratorios en los que se han realizado las dataciones y su localización aparecen la Tabla 8.1.

CÓDIGO	LABORATORIO	LOCALIZACIÓN
Beta	Beta Analytic Inc	Miami (Florida, EE.UU.)
CNA	Centro Nacional de Aceleradores	Sevilla (España)
Ua	Ångström Laboratory	University of Uppsala (Suecia)
Gif	Laboratoire des Sciences du Climat et de l'Environnement	Gif-sur-Yvette (Francia)
Lv	Laboratoire de Carbone 14	Louvain la Neuve (Bélgica)
Arc	ARC Seibersdorf Research GmbH	Wien (Austria)
Hv	Niedersächsisches Landesamt	Hannover (Alemania)
CSIC	Laboratorio de Geocronología, Instituto de Química-Física Rocasolano, CSIC	Madrid (España)
SR	Salisbury	Rhodesia (actual Zimbabwe)
KIA	AMS 14C Laboratory	Kiel (Alemania)
ERL	AMS Facility	Erlangen (Alemania)
Tx	Radiocarbon Laboratory, University of Texas at Austin	Austin (Texas, EE.UU.)

Tabla 8.1. Listado de laboratorios, con su código y localización, donde se han realizado las dataciones radiocarbónicas.

En cuanto a la valoración de la precisión (desviación típica) de las fechas numéricas obtenidas, observamos que sólo una presenta una desviación superior a 100 años (Beta-20784), por lo que, aunque la tendremos en cuenta de cara a su calibración, no la utilizaremos en las comparaciones. El resto de las fechas tiene desviaciones inferiores o iguales a 100 y un 68,2% de las dataciones (73 de 107) tienen una desviación típica por debajo de 50. Como era de esperar, las dataciones más precisas son aquellas realizadas mediante AMS.

En el orden arqueológico es necesario evaluar si las fechas obtenidas de las diferentes muestras son representativas del contexto que se ha pretendido datar. En este sentido, dos fechas camerunesas, una procedente de Campo-centro (KIA-33074 11211 ± 45 BP) y otra de Mouanko-Epolo (KIA-8458 3860 ± 29 BP), parecen no cumplir con los requisitos de asociación y sincronía con el contexto funerario datado, pues ambas exceden el contexto cronológico esperado.

Tras el examen de validez, hemos descartado estas tres fechas, lo cual indica que tanto el proceso de muestreo como los de datación se han llevado a cabo con el rigor científico deseado. Para el posterior análisis y comparación utilizaremos únicamente las 104 fechas restantes.

Una vez realizado el análisis de validez, hemos calibrado las 104 fechas 14C válidas utilizando la curva de calibración CalPal 2007 Hulu incluida en la versión de junio de 2007 del software CalPal² (Weninger y Jöris 2004), prácticamente idéntica a la IntCal-04 propuesta por *International Calibration Series* para los últimos 24000 años cal. BP (Weninger *et al.* 2005). Realizada la calibración de las fechas, hemos optado por considerar la horquilla temporal correspondiente a la máxima probabilidad (95%) obtenida utilizando en el proceso de calibración dos veces la desviación típica (2σ) de la fecha radiocarbónica, porque entendemos que el intervalo obtenido de esta forma nos ofrece las mayores garantías de contener la fecha verdadera calibrada expresada en años calendáricos. Finalmente, hemos realizado la comparación de las curvas de probabilidad acumulada de las dataciones radiocarbónicas calibradas por países, excepto para Guinea Ecuatorial, que ha sido, a su vez, subdividida en tres áreas geográficas: Bioko, Corisco y costa continental.

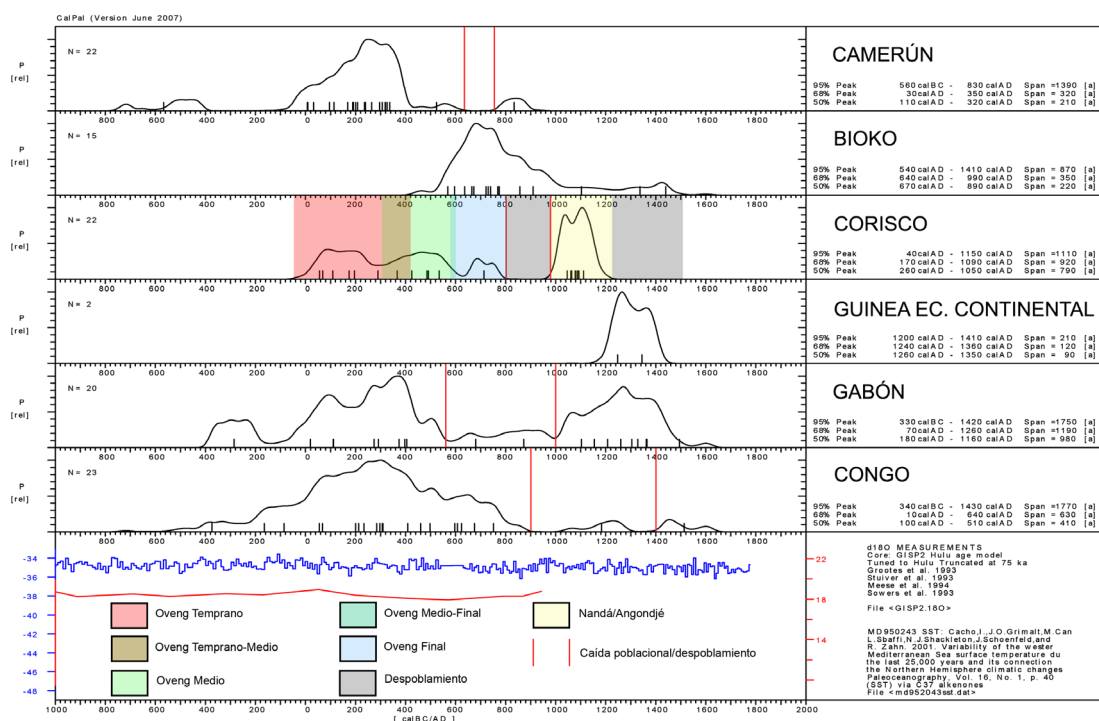


Fig. 8.1. Comparación de las curvas de calibración de las seis áreas estudiadas (elaboración Jesús F. Jordá y el autor).

² www.calpal.de

El producto final de este proceso es una gráfica en la que se muestran seis grupos regionales (territorio continental de Guinea Ecuatorial, Corisco, Bioko, Gabón, Congo y Camerún) (ver Fig. 8.1) donde se observa que la mayor antigüedad de las muestras datadas corresponde a los sitios de Camerún, Congo y Gabón, con fechas anteriores al cambio de era, mientras que los grupos de Corisco, Bioko y Guinea continental son más recientes, comenzando a partir del cambio de era y el siglo VI, respectivamente. También puede apreciarse la ausencia de fechas para un rango temporal similar en Camerún, Gabón, Congo y Corisco, que interpretaremos más adelante.

8.2. Secuencia crono-cultural de la isla de Corisco y el norte de Gabón

Durante el proceso de excavación de la necrópolis de Nandá, antes de que dispusiésemos de dataciones radiocarbónicas, y gracias a la tipología cerámica y al estudio de “cadenas operativas” (*chaînes opératoires*) (ver Van der Leeuw 1993) fuimos capaces de identificar varios grupos cerámicos en la isla de Corisco. Dada su similitud a los documentados previamente en el Estuario de Libreville por el arqueólogo Bernard Clist (1995), decidimos usar, con ciertos matices, la misma terminología que él propuso. En síntesis, asociamos el grupo Oveng a la Edad del Hierro Temprana, y los grupos Nandá (grupo II gabonés) y Angondjé a la Edad del Hierro Final. La bisagra entre ambos momentos la marcaría la caída poblacional identificada en torno a los siglos VII y X d.C.

A continuación analizaremos cada una de las fases asociadas a sus dataciones radiocarbónicas. Con el fin de tener presente las características de cada fase, y aún a riesgo de ser repetitivos, presentaremos muy sintéticamente el tipo de hallazgos que se asocian a cada una de ellas.

8.2.1. Edad del Hierro Temprano: Oveng

El grupo Oveng fue identificado originalmente en once yacimientos del Estuario de Libreville. En total se obtuvieron nueve dataciones radiocarbónicas (Clist 1995: 164-167, 176-179) que situaron este periodo entre el siglo I a.C. y el siglo VI d.C. A pesar de que una de las dataciones (Gif-8151) retrotrae el periodo hasta el siglo IV a.C., no consideramos que contradiga al resto de fechas que sitúan el inicio de Oveng en los siglos II-I a.C. (Beta-14832, Lv-1519 y Arc-343), pues no contamos con información precisa sobre el contexto en el que fue recogida la muestra. El grupo Oveng ha sido también documentado en

las Áreas 7 y 8 de la pradera de Nandá en Corisco, así como en otras zonas de la isla (Área 1, Cruz, etc.). Las 13 dataciones radiocarbónicas disponibles para este periodo, así como la presencia o ausencia de determinadas estructuras arqueológicas y las diferencias estilísticas de la cultura material que las acompaña nos conducen a dividir el periodo en tres fases: Oveng Temprano, Oveng Medio y Oveng Final.

En Corisco, ocho dataciones radiocarbónicas fechan **Oveng Temprano** entre los siglos I y V d.C. Las muestras datadas provienen de estructuras funerarias en donde aparecieron restos cerámicos y objetos metálicos, salvo una, que procede de una fosa de desecho. Como tuvimos la oportunidad de ver, el ritual funerario asociado a Oveng Temprano es el enterramiento secundario, es decir, el cadáver fue primero expuesto junto con su ajuar para posteriormente ser sólo enterrados parte de los huesos y los objetos en fosas ovales o circulares poco profundas.

El ajuar estaba compuesto en su mayoría por objetos de hierro: hachas, cucharas, hoces-cuchillo, tobilleras, collares, bikuele y puntas de lanza. En menor medida también formaban parte de él recipientes cerámicos, cuyo estilo es muy similar a lo que Clist llamó Oveng, particularmente a los tipos A y D: recipientes con bordes acampanados y convexos respectivamente (Clist 2004: 564, Tableau 7-4). Ambos tipos están decorados con impresiones de peine e incisiones.

No se han localizado enterramientos asociados a la fase **Oveng Medio**, sino estructuras que conforman un asentamiento: suelos de ocupación con agujeros de poste, fosas de desecho y un posible horno reutilizado como basurero. Tres dataciones fechan esta fase entre los siglos IV y el VI/VII d.C., solapándose ligeramente tanto con la fase previa como con la posterior. Dentro de las fosas aparecieron fragmentos de cerámica de tradición Oveng. Suele tratarse de cuencos y formas semicerradas con bordes apuntados y convexos, ambos con decoración impresa.

Oveng Final corresponde a una tradición no documentada previamente. Le hemos dado el nombre de Oveng porque se solapa ligeramente con Oveng Medio y su cultura material es parecida a la de los dos periodos anteriores. Los restos arqueológicos asociados a esta fase son dos enterramientos con ajuar y quizás otros tres sin ajuar (Área 7), una fosa de desecho (Área 8) y abundante cerámica recogida en superficie en un yacimiento de la parte sur de la isla (Cruz II). Dos dataciones radiocarbónicas (una procedente

de una tumba y la otra de la fosa) fechan esta fase en los siglos VII/VIII d.C. El único material recuperado de las tumbas son dos pares de brazaletes simples y un collar de hierro estilísticamente idénticos a los que aparecen en las tumbas de la fase temprana. Al contrario que en Oveng Temprano, el tipo de enterramiento de esta fase es primario. La cerámica presente en la fosa de desecho es muy similar en forma a la cerámica de Oveng Medio, especialmente sus labios apuntados, pero la superficie está sin decorar. Oveng Final pudo haber sido el comienzo de un periodo de declive tanto demográfico como social que se extendería hasta finales del primer milenio d.C. Con la escasa información disponible para esta fase no podemos asegurar si realmente forma parte del grupo Oveng o si es algo diferente.

Después de Oveng Medio, tanto las dataciones radiocarbónicas como los resultados de la prospección sugieren un periodo de despoblamiento: los restos de Área 1 y Cruz I desaparecen y las grandes Áreas 7 y 8 se reducen a un pequeño yacimiento situado entre ambas (probablemente de menos de ½ Ha). Entre los siglos VIII y X d.C. no se documentan ni contextos funerarios ni domésticos.

8.2.2. *Edad del Hierro Tardío: Nandá y Angondjé*

Tras varios siglos de despoblamiento en la isla, documentamos un nuevo grupo arqueológico en Corisco: **la tradición Nandá**. En el estuario de Libreville esta tradición fue fechada gracias a tres dataciones radiocarbónicas, de las cuales una (Beta-20784) tiene una desviación típica de 140 años. La muestra, escasamente representativa, sitúa esta tradición entre los siglos X y XI d.C. (Clist 1995: 167-168, 178-179).

La tradición Nandá se documentó en Corisco en las Áreas 7 y 8, en donde se recogieron hasta siete muestras para datar por radiocarbono, seis de ellas procedentes de tumbas. Estas dataciones fechan la tradición entre los siglos XI y XII d.C. La necrópolis de este periodo está formada por enterramientos primarios que contienen objetos de hierro (collares, brazaletes, tobilleras, cuchillos y azadas) y recipientes cerámicos. Las cerámicas pueden ser divididas entre las que tienen forma de botella y los recipientes globulares de labios exvasados, ambos con decoración incisa. Una peculiaridad de la cerámica Nandá es que fue escasamente cocida y se desmorona con facilidad (González-Ruibal *et al.* 2013a: 138), aspecto en el que incidiremos más adelante.

La **tradición Angondjé** fue identificada por primera vez en numerosos yacimientos del estuario de Libreville (Clist 1995: 168), todos ellos poblados. Nueve fechas radiocarbónicas fechan esta tradición en Gabón entre los siglos XI y XV d.C. (Clist 1995: 176-179).

Esta tradición no ha sido documentada en el Área 7 y 8 de Nandá, pero se han localizado dispersiones cerámicas en superficie en multitud de zonas de la isla, prácticamente en todos aquellos lugares donde los bulldozers habían abierto la selva. A pesar de la ausencia de un contexto arqueológico no alterado, fuimos capaces de documentar dos perfiles estratigráficos (en Cor-3-García y en Cor-7-Ulato) de donde obtuvimos varias muestras para datar por radiocarbono, que fechan el periodo entre los siglos X y XII d.C.

Los hallazgos típicos de esta tradición son fragmentos cerámicos que difieren en forma, decoración y proceso técnico de los de la tradición Nandá. La cerámica Angondjé está cocida a alta temperatura, presenta formas carenadas y rectas y bordes ligeramente abiertos. Suelen tener una decoración cubriente, a excepción de la franja más cercana al labio, en un estilo barroco que combina diferentes diseños de incisiones e impresiones de ruleta. Son también comunes las tapaderas, los pomos de tapadera y los fondos anulares. Los objetos de hierro asociados a Angondjé son azadas, gubias y cuchillitos, similares (pero más pequeños) a los encontrados en los enterramientos Nandá.

8.3. La Edad del Hierro en el sur de Camerún, Guinea Ecuatorial y la costa de Congo

Del sur de **Camerún** hemos utilizado las dataciones radiocarbónicas procedentes de seis yacimientos: Akonetyé, Campo-centro, Campo-iglesia, Mouanko-Lobethal, Mouanko-Epolo y Kribi-Mpoengu. Excepto Akonetyé, que está localizado ligeramente hacia el interior, el resto de yacimientos se distribuyen en una franja costera que va desde la desembocadura del río Sanaga (frente a la isla de Bioko) hasta el río Campo (Meister y Eggert 2008).

En estos yacimientos se excavaron fosas con profundidades de entre 2 y 3 m que contenían cerámicas, piedras, restos macrobotánicos, carbones y, en ocasiones, también fragmentos de tobera, anillos, hachas y cuchillos de hierro (Meister 2010: 237-238). A pesar de la ausencia de restos humanos, algunas de estas estructuras fueron interpretadas como tumbas, siguiendo criterios similares a los que nosotros usamos en Corisco. Las 24 dataciones radiocarbónicas procedentes de estos yacimientos fechan esta tradición

funeraria entre el siglo I a.C. y el siglo V d.C., lo que coincide plenamente con el periodo Oveng Temprano en la isla de Corisco.

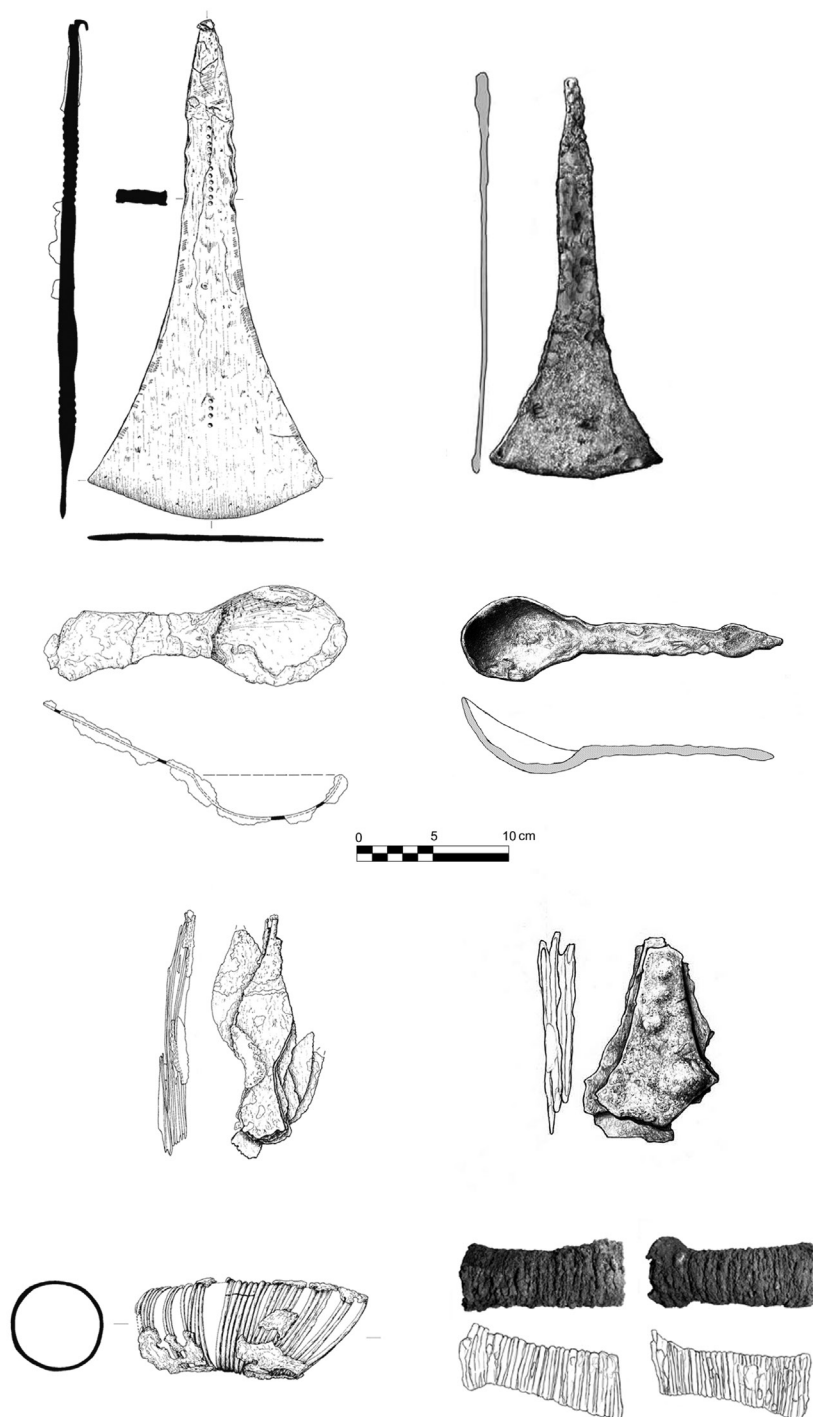


Fig. 8.2. Comparativa de objetos de hierro de Akonétye 05 (Camerún) a la izquierda y de la fase Oveng Temprano de Corisco (Guinea Ecuatorial) a la derecha.

La tradición funeraria del suroeste de Camerún y los enterramientos de Oveng Temprano en Corisco comparten múltiples rasgos, aunque también presentan importantes diferencias. En primer lugar, los enterramientos de Camerún son primarios (al menos los de Akonétye y Campo, las formas en Mpoengu no fueron descritas), mientras que en Oveng Temprano son secundarios. No obstante, los objetos de hierro depositados dentro de las tumbas son muy parecidos: las hachas, brazaletes, tobilleras y bikuele de Akonétye son idénticos a los de Corisco (ver Fig. 8.2). Los bikuele también se encuentran en Mouanko-Epolo (Meister y Eggert 2008: 194). Al contrario de lo que ocurre con los objetos metálicos, las cerámicas, que en ocasiones aparecen boca abajo, difieren estilísticamente de las de Corisco, aunque comparten los fondos planos y algunas de las decoraciones de los labios (Meister y Eggert 2008: 188, 195). Esto no es sorprendente, ya que los objetos metálicos tienden a tener grandes similitudes estilísticas en áreas más extensas que la cerámica, que tiene distribuciones más locales por servir habitualmente de soporte de metáforas que explican ciertos aspectos de la experiencia humana o estructuran ciertos rituales (Gosselain 1999, 2000).

En **Congo**, en la costa al norte de Pointe-Noire, hemos tenido en cuenta once yacimientos arqueológicos: Tandou-Youmbi, BP 113, Madingo-Kayes, Meningue, Fignou 4, Kayes, Fignou1, Tchitembo, Lac Ndembo, Condé and Loubanzi (Denbow 2012, 2014).

De nuevo las estructuras documentadas son fosas que contenían cerámica y endocarpos de palma carbonizados y, en menor medida, escorias de hierro y fragmentos de tobera. Según el autor, estos sitios pueden ser divididos en una Edad del Hierro Temprana (Tandou-Youmbi, Kayes, Fignou 4, BP 113, Madingo-Kayes, Lac Ndembo, Meningue, Fignou 1 y Tchitembo) y una Edad del Hierro Final (Condé y Loubanzi). De la Edad del Hierro Final sólo hemos considerado los yacimientos que no cuentan con materiales europeos entre sus restos. En conjunto, ambos periodos cubren una horquilla temporal que va del siglo II a.C. al siglo XVII d.C., aunque la secuencia presenta un vacío entre los siglos IX y XII d.C.

Los hallazgos de la Edad del Hierro Temprana, caracterizados por fosas, sugieren una ocupación sedentaria. Aunque la cerámica encontrada dentro de las fosas es, en parte, contemporánea del material Oveng, apenas se parece, lo que no es sorprendente, dada la distancia entre ambos lugares (Denbow 2012: 397). Ciertos rasgos sí son parecidos al estilo Oveng: las decoraciones estampadas en forma de espiga habituales en toda la costa

de Loango durante la primera mitad del primer milenio d.C., y la decoración acanalada de la cerámica de BP 113 (Denbow 2012: 398-399). Madingo-Kayes y Lac Ndembo ofrecen un estilo cerámico diferente, llamado por el autor *spaced curvilinear ware*. Algunos rasgos de esta cerámica, datada entre los siglos VII y VIII d.C., sí son parecidos al estilo Oveng³.

Los yacimientos de la Edad del Hierro Final (Condé y Loubanzi) han ofrecido una gran cantidad de fragmentos cerámicos decorados con impresiones de ruleta de madera tallada, muy similares a los típicos de la tradición Angondjé tanto de Corisco como del estuario de Libreville, de los que son contemporáneos. Son los llamados *woven motifs* (motivos entretejidos o trenzados), diseños habituales en tejidos de rafia, tallas de marfil y madera de Loango, el norte de Angola y la República Democrática del Congo (Martin 1986, Denbow 2014: 149-150, 172). Los trenzados también aparecen tatuados en cuerpos humanos durante el siglo XIX a lo largo de la costa de Loango, como recoge Denbow (2012: 402-403).

Finalmente, hay algunas fechas disponibles para Bioko y la costa continental de Guinea Ecuatorial. Las fechas de Bioko fueron obtenidas en la época colonial (Clist 1998). Las dos fechas radiocarbónicas de la costa continental provienen del proyecto de Clist de 1985 (1987b).

Amador Martín del Molino elaboró una secuencia cultural de cinco fases: Carboneras, Bolaopí 1, Bolaopí 2, Buelá y Balombe (Martín del Molino 1960). La fase Carboneras, datada en la segunda mitad del primer milenio d.C. fue el periodo estudiado en mayor detalle (Martín del Molino 1968). La cerámica de Bioko se parece muy poco a la de Corisco, a excepción de un recipiente globular con borde abierto decorado con líneas onduladas a peine y alguna botella similar a las de la tradición Nandá (Martín del Molino 1965: 28, Fig. 10, B1).

Gracias a la prospección llevada a cabo por Clist en la costa continental de Guinea Ecuatorial se descubrieron varios yacimientos de la Edad de Hierro (Clist 1998: 214, Fig. 1). Entre ellos, Akom y Ayene, datados en la primera mitad del segundo milenio d.C., son los más interesantes: el primero consiste en varias fosas de desecho en donde aparecieron cuatro brazaletes de hierro similares a los encontrados en Corisco (Clist, comunicación personal) y el segundo en un conchero con cerámica de estilo Angondjé (Clist 1998: 214, Fig. 1).

³ No estamos completamente seguros de esta asociación ya que el fragmento cerámico referido por Denbow (2012: 401, Fig. 12) aparece únicamente fotografiado.

8.4. Discusión

Gracias a los hallazgos generados por la excavación del yacimiento de Nandá y la prospección a lo largo de la costa de Corisco hemos podido proponer una secuencia cronocultural para la Edad del Hierro de la isla. Al compararla con la información disponible de la costa continental y del estuario de Libreville comprobamos que la secuencia de Corisco presenta ciertas particularidades cronológicas y culturales. A continuación detallaremos cuáles son y trataremos de darles explicación.

8.4.1. Edad del Hierro Temprana: migraciones y colapsos

Los límites cronológicos de la Edad del Hierro Temprana, asociada con la tradición Oveng, son desiguales en Corisco y la cercana costa gabonesa. Si en Corisco su inicio se documenta en torno al cambio de era y su fin se empieza a percibir a partir de los siglos VII y VIII (Oveng Final), en Gabón comienza a finales del primer milenio a.C. y concluye unos 100-200 años antes que en Corisco.

Es más que probable que Corisco empezase a estar habitada de forma regular a partir de inicios del primer milenio d.C. por poblaciones procedentes de la costa cercana, quienes transportaron consigo su cultura material, después de visitas intermitentes en momentos indeterminados de la LSA. En torno al 1.000 a.C. hemos documentado un episodio de quema intencional muy intensa de origen antrópico en Cor-3-García, que podría relacionarse con la llegada de los primeros agricultores bantúes (Ferro-Vázquez *et al.* e.p.) El desgajamiento de ambos grupos conllevaría, a medio plazo, modificaciones en esa cultura material, aunque los más que probables contactos entre costa e isla permitirían que los elementos compartidos siguiesen siendo más numerosos que las diferencias. El fin de la Edad del Hierro Temprana coincide con una tendencia global en toda la costa desde el sur de Camerún hasta Congo en una franja temporal que va de los siglos V al IX, dependiendo de la zona, y que arqueológicamente se expresa con una reducción del número de yacimientos y/o en un empobrecimiento de la cultura material.

A pesar de esta evidente conexión de Corisco con la costa gabonesa, debemos enfatizar las particularidades del proceso histórico de la isla. Los grupos cerámicos documentados en Corisco son similares a los gaboneses, pero muestran especificidades tecnológicas y estilísticas que nos conducen a definirlos como variantes técnicas de

aquéllos. De forma similar, percibimos una conexión cultural con la Edad del Hierro del suroeste de Camerún, tal y como indican los mismos objetos de hierro enterrados en contextos funerarios.

Estos movimientos de población que llevaron a Corisco la metalurgia del hierro a inicios de la era pueden ponerse en relación con la expansión de las lenguas bantúes tal y como es sugerido por Eggert (2005: 313) cuando afirma:

“according to Vansina (1995a: 186), it [Bantu population] expanded from this area [Cameroonian Grasslands] eastwards toward the East African Great Lakes and, on a smaller scale and partly by seaborne travel, toward the lower Ogooué-River area in what is now Gabon. The assumption of seaborne travel was inspired by the linguistic and geographic position of the Bubi and Seki languages on the island of Bioko and in the Muni estuary respectively”.

Este flujo migratorio ha sido documentado por varios autores (Höhn *et al.* 2008: 29, Oslisly *et al.* 2013: 4) quienes atestiguan la llegada de población agricultora y ceramista a las regiones selváticas de África central durante el primer milenio a.C. El yacimiento congolés de Tandou-Youmbi muestra, en una cronología de 370 a.C.-30 d.C., un solapamiento de los niveles de la Edad Final de la Piedra y la Edad del Hierro Temprana, sin embargo las enormes diferencias entre los estilos cerámicos de una fase y la siguiente parecen confirmar la llegada de nueva población a la costa (Denbow 2012).

Para este mismo momento, los perfiles polínicos de África Central indican la existencia de un episodio climático caracterizado por la degradación forestal y el avance de los ecosistemas de sabana (Oslisly *et al.* 2013: 2). Algunos autores han vinculado estos movimientos de poblaciones productoras de alimentos y conocedoras de la metalurgia del hierro con la migración bantú (Schwartz 1992), quienes habrían aprovechado la apertura de la selva y su reemplazo por sabanas para adentrarse en este medio antes cerrado y aparentemente hostil. En cualquier caso, la selva no fue un obstáculo para el avance de los horticultores bantúes (Höhn *et al.* 2008: 38), como lo demuestra el hecho de que a finales del primer milenio a.C. el sur de Camerún aparezca dominado por el bosque tropical lluvioso y que ya encontremos allí en esa fecha restos arqueológicos adscribibles a la Edad del Hierro (Höhn *et al.* 2008: 36).

En Corisco, el fin de la Edad del Hierro Temprana y el inicio de la Edad del Hierro Final están separados por tres siglos (siglos VII/VIII-X) durante los cuales la isla fue probablemente abandonada. No podemos comparar este momento con el de la secuencia arqueológica de la costa de Gabón durante este periodo, por carecer de información. En cualquier caso, los exigüos datos disponibles apuntan, como ya sugerimos, a un posible colapso demográfico. De hecho, el decaimiento de Oveng y la despoblación final de la isla coincide con el periodo 400-700 d.C., momento en el que en toda África centro-occidental, excepto en Bioko, parece experimentarse una caída poblacional (Wotzka 2006: 281) (ver Fig. 8.1). Las causas de este proceso aún están por esclarecer, aunque se ha sugerido que tienen su origen en un incremento progresivo de la humedad seguido por una regresión de la sabana y una expansión de los ecosistemas selváticos (Wotzka 2006: 281-282), es decir, el proceso opuesto al documentado a inicios de la Edad del Hierro Temprana. No deberíamos descartar, sin embargo, que este colapso demográfico tuviese su origen en algún tipo de pandemia que no llegó a afectar a la isla de Bioko gracias a su aislamiento. Naipaul (2011: 215) recoge la hipótesis de Kate White de que las fuertes caídas poblacionales en áreas selváticas de África pudieron haberse debido al virus del ébola, transmitido a los humanos por el murciélago de la fruta.

En definitiva, tanto para este periodo como para los subsiguientes, Corisco puede ser considerada como una zona periférica marginal solamente ocupada durante momentos climáticos favorables y contextos socioeconómicos caracterizados por un aumento de población en la costa.

8.4.2. Edad del Hierro Final: cerámica para la muerte y cerámica para la vida

En la transición del primer al segundo milenio d.C. se documenta un incremento en la población de esta zona de África (Wotzka 2006: 281). No casualmente, es este el momento en el que aparecen en Corisco las tradiciones Nandá y Angondjé y comienza la Edad del Hierro Final, que se extenderá hasta el siglo XIII, cuando la isla vuelve a quedar deshabitada. De nuevo, existen diferencias cronológicas entre la isla y la costa continental: en Gabón, la tradición Angondjé se considera posterior, y no coetánea, de la Nandá, y se solapa con el contacto europeo.

Para abordar esta cuestión necesitamos hacer algunas aclaraciones preliminares. A lo largo del texto hemos usado el término grupo arqueológico para referirnos a una cultura

material con un cierto grado de homogeneidad en sus rasgos tecnológicos, geográficos y cronológicos. Un punto que debemos clarificar es que entendemos estos grupos arqueológicos atendiendo a la cultura material en una manera diferente al término clásico de “cultura arqueológica” (*sensu* González Marcén *et al.* 1992). Nuestro punto de partida es una crítica a la asociación mecánica del registro arqueológico con la etnicidad, la lengua o la raza. Este es el caso con la asociación sistemática tradicional de decoraciones cerámicas con movimientos de población, lenguas bantúes, metalurgia del hierro y producción de alimento, cuando en la mayoría de los casos los datos arqueológicos y lingüísticos sugieren situaciones mucho más complejas (Eggert 2005, Denbow 2012: 405). El caso de Corisco parece ser una de esas situaciones.

Considerar que las tradiciones Nandá y Angondjé son la producción cerámica de dos grupos humanos diferentes ha sido la hipótesis tradicional ya que las (escasas) fechas de Gabón así parecían sugerirlo. La gran diferencia entre las vajillas cerámicas, además de la diferencia cronológica, hacían esta afirmación creíble ya que, como arqueólogos, estamos acostumbrados a asociar conjuntos materiales con agrupaciones humanas. No obstante, en Corisco las tradiciones Nandá y Angondjé comparten cronología, abriendo, al menos, dos opciones interpretativas: que ambas tradiciones cerámicas fueran producidas por un mismo grupo humano o que cada una fue producida por un grupo diferente. No debemos olvidar que en Corisco, hasta donde sabemos, ambas tradiciones no comparten espacio físico, si bien la distancia entre yacimientos de uno y otro grupo es pequeña (sobre 100-200 m).

Dada la debilidad de la muestra radiocarbónica gabonesa para el grupo Nandá y la evidencia arqueológica y cronológica de Corisco, tendemos a pensar que nos encontramos ante un mismo grupo humano con dos tradiciones cerámicas distintas. Esta hipótesis es sustentada por el hecho de que toda la cerámica Nandá ha sido recuperada en contextos funerarios, mientras que la Angondjé proviene de áreas domésticas. Aunque no es frecuente, existen ejemplos arqueológicos de grupos humanos que elaboran diferentes vajillas cerámicas para diferentes ámbitos de la vida, como ocurre en el caso de los Moche de Perú (Bawden 1996: 97, Jackson 2008: 38-42), el Reino Meroítico de Sudán (Edwards 2004: 96-97) o la Cultura Argárica de la Edad del Bronce del sureste de la Península Ibérica (Aranda *et al.* 2009: 144).

Existe otro aspecto que parece corroborar nuestra hipótesis. Para explorarlo, primero hemos de retomar ciertas ideas de la escuela de las cadenas técnico-operativas. Tradicionalmente, los estudios cerámicos han estado centrados en la forma final de los objetos y demasiado preocupados por los objetos decorados. Afortunadamente, esta tendencia está cambiando y ya son numerosos los trabajos sobre cerámica africana que tienen en cuenta el concepto de cadena operativa, en la que cada decisión tecnológica imbricada en la manufactura del objeto es considerada culturalmente significativa (ver, por ejemplo, Gosselain 1999, 2000, 2001, 2008, Haour *et al.* 2010, Livingstone 2001, 2007). La gran particularidad de la cadena técnica de la cerámica Nandá es el haber sido cocida a muy baja temperatura, hasta el punto de ser una cerámica inservible para cocinar. No debemos interpretar este hecho como falta de habilidad (sólo hace falta recordar que el mismo grupo humano que fabricó esas cerámicas era capaz de fundir mineral de hierro) sino como una decisión técnica consciente que nos informa sobre aspectos concretos del ritual funerario. La enorme cantidad de cerámicas presentes en las tumbas Nandá parece indicar que parte del ritual de enterramiento incluía la producción de numerosos recipientes expresamente manufacturados para el muerto. Estos recipientes habrían contenido probablemente comida y bebida (vino de palma) a modo de ofrenda, y ninguno de ellos sería reutilizado posteriormente.

8.5. Conclusión

En este capítulo hemos compilado y evaluado todas las dataciones radiocarbónicas procedentes de Corisco, y hemos seleccionado las que, por cronología y asociación contextual, le fueran equiparables en un área que va desde el sur de Camerún hasta Pointe-Noire, en Congo. Mediante su comparación hemos tratado de cubrir un doble objetivo: por un lado, detallar la cronología y las características de la secuencia arqueológica de Corisco y la del cercano estuario de Libreville y, por otro, estudiar las asociaciones/disociaciones culturales con el resto de la costa de África centro-occidental.

El listado de dataciones radiocarbónicas obtenido en la isla de Corisco nos ha ayudado a precisar la secuencia arqueológica de la Edad del Hierro en la isla, que se muestra en la Tabla 8.2.

GRUPO	HALLAZGOS	EDAD	CRONOLOGÍA
Oveng Temprano	Necrópolis y poblado	HIERRO TEMPRANA	Siglos I-V
Oveng Medio	Poblado		Siglos IV-VI/VII
Oveng Final	Necrópolis y poblado		Siglos VII-VIII
Despoblamiento	Ausencia de hallazgos		Siglos VIII-X
Nandá	Necrópolis	HIERRO FINAL	Siglos XI-XII
Angondjé	Poblado		Siglos X-XII

Tabla. 8.2. Secuencia arqueológica de la Edad del Hierro en la isla de Corisco

El grupo Oveng Temprano comparte estilo cerámico con la costa norte gabonesa, en donde no se han documentado restos asociados a necrópolis y donde apenas han aparecido restos metálicos. En cambio, el sur de Camerún cuenta con una tradición funeraria que comparte cronología con este grupo. El ritual funerario es variable: en ocasiones parece coincidir con el de Oveng Temprano (como es el caso de las estructuras de Kribi-Mpoengu), pero en otras no (como en el caso de Akonétye). Los ajuares introducidos en estos enterramientos incluyen objetos metálicos idénticos a los de Oveng Temprano y recipientes cerámicos de diferente estilo. Las cerámicas congolesas de esta cronología, salvo por algunas técnicas decorativas, difieren en sus patrones formales y estilísticos. Carecemos de dataciones radiocarbónicas para la isla de Bioko en esta franja temporal.

La cerámica del grupo Nandá tan sólo ha sido documentada, aparte de en Corisco, en el estuario de Libreville, donde presenta cronologías más tempranas. Se ha señalado también que algunos estilos cerámicos semejan a los de Carboneras Medio en Bioko. La presencia de las típicas *pierres à cupule* en ambos enclaves parece apuntar a la existencia de algún tipo de conexión, a pesar de la gran distancia que separa ambos lugares (más de 300 km).

Numerosos yacimientos con restos cerámicos de estilo Angondjé han sido encontrados en Gabón y, en menor número, en la costa continental de Guinea Ecuatorial, en donde tienen cronologías iguales y posteriores a las de Corisco. En Congo también se documentan estilos cerámicos cuyas técnicas decorativas son compartidas con Angondjé, aunque su cronología es ligeramente posterior. En general podemos decir que el grupo Angondjé (o las técnicas decorativas asociadas a este grupo) dejan de estar presentes en Corisco a partir del siglo XII, pero permanecen en la costa centro-occidental de África durante varios siglos más.

Frente a lo que se había considerado hasta el momento, los diferentes contextos arqueológicos en los que se encuentran las cerámicas Nandá y Angondjé, funerario y doméstico respectivamente, y su idéntica cronología, nos conduce a creer que fueron elaboradas por un mismo grupo humano.

En definitiva, podemos afirmar que el poblamiento de Corisco durante la Edad del Hierro ha dependido en gran medida de la situación demográfica experimentada en la costa continental más cercana. En épocas caracterizadas por un aumento demográfico y movimientos de población la presencia humana en Corisco se hace más intensa, mientras que los periodos de colapso demográfico se traducen en una caída poblacional acusada que desemboca en un más que probable despoblamiento.

CAPÍTULO 9.

ENSAYO INTERPRETATIVO: IDENTIDADES PREHISTÓRICAS EN CORISCO

“Burials are not ‘mirrors of life’: if anything, they are a ‘hall of mirrors of life’ providing distorted reflections of the past”.

Heinrich Härke, *The nature of burial data*, 1997

Llegamos finalmente a un capítulo dedicado plenamente a la interpretación, que dividiremos en tres grandes apartados precedidos de una pequeña introducción. Puesto que el registro arqueológico que servirá de base para extraer conclusiones sobre la sociedad de la Edad del Hierro en África centro-occidental es de tipo funerario, abriremos el capítulo valorando brevemente las particularidades de este tipo de restos, las posibilidades que ofrece y los problemas que presenta. A continuación, y como forma de retomar las características de la necrópolis de Corisco, realizaremos un análisis multivariante de correspondencias que nos permita validar la secuencia arqueológica que hemos propuesto hasta este momento. Seguidamente aislaremos cada tipo de objeto metálico hallado en las tumbas y rastreamos otros ejemplos arqueológicos y, sobre todo, etnográficos para entender su significado cultural en la tradición bantú. Finalmente, retomando las ideas sobre identidad que elaboramos en el capítulo de teoría, haremos nuestra propuesta interpretativa sobre la sociedad de la Edad del Hierro en Corisco.

9.1. El registro arqueológico funerario como fuente interpretativa

Si tuviésemos que seleccionar un tipo de yacimiento que llame y haya llamado la atención tanto de arqueólogos como de aficionados e, incluso, de saqueadores, la respuesta sería unánime: las necrópolis. Basta recordar la arqueología egipcia, enfocada en la recuperación de enterramientos y ajuares o, más modestamente, el caso del XVII Marqués de Cerralbo, obsesionado con las necrópolis celtibéricas en España. Multitud de ejemplos ilustran esta particular preferencia, probablemente nuestro propio equipo no sea más que el último ejemplo de una larga lista.

¿Por qué las necrópolis? Las tumbas y sus ajuares han sido el objeto predilecto de un tipo de arqueología que podríamos llamar “preciosista”, más preocupada en la recuperación de piezas artísticamente singulares que en la comprensión global de los enterramientos. En la búsqueda de bellos objetos, los arqueólogos historicistas sabían que los ajuares de las tumbas prehistóricas les ofrecerían un premio casi seguro. Esta realidad podría conducirnos a pensar que con el surgimiento de paradigmas teóricos menos centrados en los objetos en sí y defensores de una práctica arqueológica que recuperase contextos más amplios las necrópolis dejarían de acaparar la atención de la disciplina. Sorprendentemente esto no ha ocurrido, lo que quiere decir que las necrópolis, además de bellos objetos, tienen una valiosa información que ofrecer.

La desmedida atención que ha recibido la arqueología funeraria ha hecho correr verdaderos ríos de tinta (algunos ejemplos son Pader 1982, Parker Pearson 1993, 1999, Jensen y Nielsen 1997a, Downes y Pollard 1999, Buikstra *et al.* 2005, Gowland y Knüsel 2006, Murphy 2008). Este no es el lugar en el que desmenuzar la posición de cada uno de los paradigmas teóricos sobre la arqueología funeraria, pero sí valoraremos sintéticamente cómo ha sido considerado el registro funerario y cuáles son sus potenciales y sus inconvenientes de cara a la interpretación arqueológica. Para ello nos basamos en gran medida en la publicación de Härke (1997).

Las necrópolis y las tumbas han sido consideradas excepcionales fuentes de interpretación arqueológica porque nos permiten reconstruir múltiples aspectos de la sociedad que las construyó. El rasgo fundamental que convierte a las tumbas en atractivas para la arqueología es que a diferencia, por ejemplo, de los contextos domésticos, éstas parecen enfrentarnos directamente a los habitantes del pasado que pretendemos interpretar. Según los casos, nos permiten conocer desde cuestiones puramente materiales: cómo vestían, qué objetos usaban, de qué murieron; hasta otras menos evidentes: cuál era su estatus social, en qué consistía el ritual funerario, cómo se organizaba la sociedad, etc. Estas cuestiones, el qué, el cómo y el cuánto podemos interpretar desde el registro funerario ha sido y es el principal caballo de batalla de este tipo de arqueología.

Este debate se ha gestado especialmente en las escuelas alemana y anglosajona (Härke 1997). La escuela alemana sustenta su interpretación de los restos funerarios en dos premisas, una de tipo religioso y otra de tipo legal. La premisa religiosa da por hecho

que la existencia de un rito de enterramiento emana de la creencia en un “más allá”, y esto haría necesario que las diferencias sociales de los miembros del grupo prevaleciesen tras la muerte a través del ajuar. El argumento legal sostiene que las personas poseen objetos que los identifican de tal manera que les son inalienables, no deben por tanto ser heredados sino introducidos en la tumba junto al muerto (Härke 1997: 19). Esta corriente interpretativa, que considera a las tumbas como reflejo directo de la sociedad viva, ha sido duramente criticada tanto desde la propia tradición alemana como desde la anglosajona: el ajuar puede no reflejar el estatus legal de la persona fallecida sino simplemente su riqueza o la de su familia (Christlein 1973, cit. en Härke 1997: 20).

La escuela anglosajona es la que sin duda más ha contribuido al desarrollo de la arqueología funeraria gracias a su cuestionamiento continuo de las ideas propuestas. Gordon Childe ya anticipó que los ajuares podían estar mostrando competición social (Childe 1945 cit en. Härke 1997:20) y con el tiempo quedó claro que la asunción de que el contenido de las tumbas era un reflejo directo de cómo la sociedad estaba organizada era una premisa positivista (Härke 1997: 21) que ni siquiera funciona en nuestra propia sociedad. Ya tuvimos oportunidad de ver cómo los arqueólogos posprocesuales empezaron a considerar la materialidad como un elemento activo de la cultura que servía de soporte a un simbolismo que era necesario interpretar (Hodder 2003: 73) y el registro funerario no era una excepción. Estos investigadores consideran que las tumbas y sus ajuares codifican un lenguaje simbólico que sólo puede leerse atendiendo a su contexto cronológico, geográfico, social, religioso, etc. (Härke 1997: 21). Los restos funerarios serían, como mucho, un reflejo indirecto de la sociedad (Hodder 1980, 1982b) pues, el rito funerario, como todo rito de paso, queda distorsionado por cuestiones ideológicas (Parker-Pearson 1982: 101). Desde la sociología posestructuralista se sugirió, además, que el ritual funerario, como el resto de prácticas sociales, no es un reflejo pasivo de la sociedad sino el resultado de acciones que contribuyen a dar forma a la sociedad misma (Giddens 1979).

No cabe duda de que los enfoques “post” resultan, en general, más iluminadores que los tradicionales en la interpretación de los restos funerarios pero no están exentos de controversia. Härke (1997: 21) recuerda que estas aproximaciones teóricas carecen de una metodología unificada y, aunque dan importancia capital al “contexto”, no lo definen con precisión.

Para concluir, recogemos cinco características básicas del registro arqueológico funerario que son necesarias tener en cuenta a la hora de abordarlo críticamente para elaborar interpretaciones (Härke 1997: 21-23):

- Su naturaleza fragmentaria: característica típica de todo el registro arqueológico en general. Por un lado, la realidad material no es representativa del conjunto de la realidad social y, por otro, el registro al que accedemos suele no ser más que una muestra de lo que originalmente hubo y no se conservó.
- Su naturaleza incompleta: el ritual funerario empieza antes del enterramiento, se desarrolla durante el enterramiento y continúa después de él. La tumba y su ajuar constituyen una representación parcial de un rito más amplio.
- Su naturaleza parcial: el rito funerario es un rito de paso, y como tal se halla entrelazado con otros rituales de vida que sería necesario conocer para comprenderlo plenamente.
- Su naturaleza conceptual: el contexto ritual no tiene por qué reflejar la realidad social sino una estructura de pensamiento. La tumba y su contenido nos informa de aspectos cognitivos y emocionales del pensamiento.
- Su naturaleza selectiva: al contrario de, por ejemplo, los restos de un asentamiento abandonado, los objetos enterrados son una selección deliberada y subjetiva.

Como vemos, la gran particularidad del registro funerario frente a otros registros arqueológicos (ámbitos domésticos o de producción, por ejemplo) es el tratarse de una materialidad especialmente atravesada por la ideología, subjetiva desde el propio momento de su concepción e intencionalmente seleccionada. Estas cuestiones no facilitan la interpretación, y hacen que sea más necesario que nunca la existencia de un aparato teórico sólido que sustente las interpretaciones.

9.2. Análisis de correspondencias

Los avances que ha experimentado la arqueología durante las últimas décadas han dependido en gran medida de dos factores: el surgimiento y aplicación de diferentes paradigmas teóricos, por un lado, y la incorporación de técnicas de análisis provenientes de otras disciplinas, por otro. Si el primero de los factores resulta un claro punto de

desunión entre arqueólogos, el segundo es, con matices, fuente de acuerdo. A pesar de que existan diferentes posturas sobre cómo aplicar estas técnicas o sobre la trascendencia de su significado, nadie niega la gran ayuda que ha supuesto para la interpretación arqueológica la implantación, por ejemplo, de sistemas de datación absoluta (con el radiocarbono y AMS a la cabeza), el uso de Sistemas de Información Geográfica o la combinación de los estudios estadísticos con procedimientos informáticos, por citar algunas de ellas. Todas estas innovaciones han permitido tanto matizar las interpretaciones existentes como sugerir otras nuevas.

Esto quiere decir que, a la hora de interpretar, contamos con la posibilidad de extraer del registro arqueológico toda una serie de informaciones imposibles de percibir a simple vista y que hace años pasaban totalmente inadvertidas. Pero también significa que interpretaciones más tradicionales pueden verse enriquecidas al poder ser analizada su base empírica con mayor precisión: la combinación de estudios estadísticos con procedimientos informáticos permite comparar entre sí los datos de partida a gran escala, sugiriendo nuevas posibilidades interpretativas o bien confirmando o contradiciendo las hipótesis previamente propuestas.

El análisis detallado de cualquier registro arqueológico, y el funerario no es una excepción, revela que el número de variables que pueden emplearse a la hora de elaborar interpretaciones es inmenso (ver Härke 1997). En el caso concreto de una necrópolis, el tipo y la riqueza del ajuar es uno de los factores determinantes, pero también lo es la forma, orientación y ubicación de la tumba en sí misma o la posición del cadáver dentro de ella. A su vez, la inclusión de variables mucho más concretas pueden matizar nuestras interpretaciones, como es el caso de la tipología de los objetos, la presencia o ausencia de decoraciones particulares si éstas son significativas, etc. El número de variables puede llegar a ser tan elevado que a veces el cruce de datos es imposible de realizar mentalmente. Para poner solución a este problema se diseñó la técnica conocida como análisis de correspondencias, que nos permite poner en relación una serie de unidades de análisis con un elevado número de variables e informarnos acerca de sus asociaciones.

Como comprobamos en el capítulo 7, los datos procedentes de la necrópolis de Corisco son limitados y parciales, pero hemos decidido someterlos a un análisis de correspondencias porque nos parecen, sin embargo, suficientemente representativos:

cubren una franja temporal de alrededor de un milenio y representan diferentes rituales asociados a fases cronológicas sucesivas. Mediante este procedimiento hemos testado la validez de nuestra propia interpretación y hemos comprobado la posible existencia de asociaciones que hubiéramos pasado por alto. Antes de entrar a realizar el análisis de correspondencias veamos sucintamente en qué consiste.

9.2.1. ¿Qué es el análisis de correspondencias?

El análisis de correspondencias es una técnica de la estadística multivariante que permite comparar una serie de unidades de análisis entre sí (tumbas, en nuestro caso) atendiendo a un conjunto de variables de tipo cualitativo que se asocian a ellas (tamaño y forma de la tumba, objetos contenidos en ella, tipología de esos objetos, etc.). El análisis consiste en cruzar todos esos datos para comprobar la “cercanía” o “lejanía” de todos los casos entre sí. Una vez realizado el análisis, los datos se exponen en unos ejes de coordenadas mostrando las distancias relativas entre las diferentes unidades. Una mayor distancia corresponde a una gran diferencia entre casos/variables, mientras que una mayor cercanía supone una gran relación entre los mismos. La distancia entre casos y variables ha de ser interpretada por el investigador, pues puede hacer alusión a diferentes circunstancias (cronológicas, sociales, materiales, etc.).

Esta técnica comenzó a aplicarse con éxito al estudio de necrópolis prehistóricas a finales de los años ochenta. Algunos ejemplos son el cementerio escandinavo de Slusegård, de finales de la Edad del Hierro (Bech 1988), la necrópolis meroítica de Amir Abdallah en Sudán (Fernández Martínez y García de la Fuente 1991) o el más recientemente publicado estudio sobre la emergencia de las necrópolis de incineración durante la Edad del Hierro Temprano en el valle medio del Tajo (Torres 2013, 2014) en donde el análisis de correspondencias se usa no sólo para organizar la información sino para realizar una interpretación de tipo social.

Para la realización de este tipo de análisis hemos confiado en el programa informático WinBASP (Bonn Archaeological Statistical Package) versión 5.43 desarrollado por la Universidad de Colonia y disponible de forma gratuita en la página www.unikoeln.de. La base de datos que hemos elaborado ha sido incluida en el Anexo III. Una explicación más detallada de los procedimientos del análisis de correspondencias y ejemplos de uso del programa WinBASP para analizar el registro funerario puede consultarse en la publicación

de Jensen y Nielsen (1997b). Siguiendo el trabajo de estos autores y el realizado por Torres (2013, 2014) en su tesis doctoral, indicamos a continuación una serie de premisas que es necesario tener en cuenta a la hora de realizar el análisis y de interpretar sus resultados:

- Si el resultado del estudio es una seriación, es decir, una secuencia ordenada, el resultado ideal quedaría representado en el gráfico en forma de parábola, lo que indicaría que los cambios se producen siguiendo una misma cadencia. Eso quiere decir que cada uno de los extremos de la parábola representa los casos más diferentes entre ellos, pero la naturaleza de esa diferencia ha de ser interpretada por el arqueólogo, pues puede ser cronológica, de riqueza, de sexo, etc.
- En los extremos las incidencias (casos y variables) suelen separarse del grueso de la serie, sin que signifique necesariamente la existencia de anomalías en la muestra. Consecuentemente, un brazo de la parábola que termine de forma abrupta indica un fin también abrupto, en el que no ha habido una sustitución progresiva en las variables que se iban asociando a las unidades que están representadas en esa parte de la gráfica.
- A lo largo de la parábola, los casos y variables pueden aparecer acumulados o muy separados entre sí. El primero de los casos indica cambios lentos, mientras que el segundo sugiere un cambio rápido. De nuevo, el significado de estos cambios ha de ser interpretado por el arqueólogo.
- Los casos definidos por pocas variables (o las variables que aparecen en pocos casos) tienen tendencia a aparecer separados del cuerpo principal del análisis.

9.2.2. Unidades y variables

El primer dato que debemos tener claro a la hora de realizar un análisis de correspondencias es cuáles van a ser las unidades de análisis y cuáles serán las variables que se les asocian. Las unidades son fáciles de detectar, pues son el conjunto de elementos arqueológicos cuyas formas de asociación pretendemos conocer (pueden ser yacimientos, fases de yacimientos, tumbas, etc.). La selección de las variables depende en gran medida del investigador, que no sólo debe determinar cuáles serán sino que deberá seleccionarlas siguiendo un criterio propio guiado por aquello que se considere más relevante o que pueda dar mejor respuesta a las preguntas que nos planteemos, con la gran carga subjetiva

que esto supone. En el caso del análisis de correspondencias las variables son siempre de tipo cualitativo¹, y el programa las reconoce y las asocia a las unidades en función de su presencia o ausencia.

En nuestro estudio hemos incluido un total de 37 unidades, que corresponden con cada uno de los depósitos estructurados (D.E.1, D.E.2a/b, etc.), y 35 variables. El total de incidencias (es decir, el total de depósitos estructurados que tienen una variable concreta asignada y viceversa) ha resultado ser de 226.

Las variables seleccionadas hacen referencia a la fase cronológica a la que se asocia cada estructura, a su forma y tamaño y a la presencia o ausencia del conjunto de los elementos de ajuar identificados, tanto metálicos como cerámicos. En el caso de los recipientes cerámicos solamente se ha distinguido la tipología como perteneciente a fase Oveng o fase Nandá. Por el contrario, los objetos metálicos han sido considerados atendiendo a todos sus tipos independientemente de su fase. Desafortunadamente, no tenemos información alguna sobre el sexo o la edad de los enterrados, por lo que no hemos podido introducir estas variables que sin duda aportarían importantes matices a la interpretación. En la Tabla 9.1. se detalla el código de cada variable y su significado:

CÓDIGO	SIGNIFICADO	CÓDIGO	SIGNIFICADO
OT	Asociado a la fase Oveng Temprano	HACHAA	Presencia de hacha de tipo A
OF	Asociado a la fase Oveng Final	HACHAB	Presencia de hacha de tipo B
NA	Asociado a la fase Nandá	CUCHIA	Presencia de cuchillo de tipo A
CIRC-	Depósito circular con un diámetro inferior a 0,5 m	HACHAB	Presencia de hacha de tipo B
CIRC+	Depósito circular con un diámetro superior a 0,5 m	CUCHIA	Presencia de cuchillo de tipo A
OVA-	Depósito ovalado con un eje mayor igual o inferior a 1,45 m	CUCHIB	Presencia de cuchillo de tipo B
OVA+	Depósito ovalado con un eje mayor superior a 1,45 m	CUCHIC	Presencia de cuchillo de tipo C
CERAM-	Depósito con hasta 6 recipientes cerámicos Nandá	PLAN	Presencia de punta de lanza

¹ Las variables de tipo *cuantitativo* se caracterizan por identificar la unidad a la que están asociadas en función de la cantidad o grado de esa variable (cuántas veces se repite la variable). Las variables de tipo *cualitativo* identifican las unidades en función de características, propiedades, categorías o atributos que éstas poseen.

CÓDIGO	SIGNIFICADO	CÓDIGO	SIGNIFICADO
CERAM+	Depósito con más de 6 recipientes cerámicos Nandá	HOZCUCH	Presencia de cuchillo-hoz
CERAM0	Depósito sin cerámica	CUCHA	Presencia de cuchara
CERAMOVE	Depósito con cerámica Oveng	COLLA	Presencia de collar de tipo A
BIKA	Presencia de bikuele de tipo A	COLLB	Presencia de collar de tipo B
BIKB	Presencia de bikuele de tipo B	COLLC	Presencia de collar de tipo C
BIKC	Presencia de bikuele de tipo C	BRTBA	Presencia de brazalete/ tobillera de tipo A
BIKD	Presencia de bikuele de tipo D	BRTBB	Presencia de brazalete/ tobillera de tipo B
BIK+	Más de cuatro bikuele	ANIA	Presencia de anillo de tipo A
BIK-	Hasta cuatro bikuele	ANIB	Presencia de anillo de tipo B
BIK0	Sin bikuele	CAMP	Presencia de campana
FICHA	Presencia de ficha		

Tabla 9.1. Código y significado de las variables asociadas a cada unidad en el análisis de correspondencias.

Éstas fueron las variables introducidas inicialmente en la base de datos. El mismo programa cuenta con un filtro para eliminar unidades y variables escasamente asociadas: fue el caso de los D.E. 10 y 13, de la campana, los bikuele Tipo C, los cuchillos-hoz, el collar Tipo C y las fichas. En el caso de los depósitos, ambos se caracterizan por estar asociados a un número de variables muy reducido, de hecho dudamos del carácter funerario del D.E. 13. Por lo que respecta a las variables, todas ellas están asociadas a muy pocas unidades, en la mayoría de los casos tan sólo a una.

La eliminación de estas unidades/variables tiene como objetivo clarificar el resultado del análisis, evitando que los casos excepcionales distorsionen la curva final. No obstante, existen y es labor del arqueólogo volver a tenerlas en cuenta a la hora de realizar la interpretación final, pues dada su excepcionalidad, su significado social suele ser especialmente relevante, como es el caso de los cuchillos-hoz o de los collares de Tipo C, por ejemplo.

A continuación presentaremos descriptivamente los resultados del análisis y posteriormente pasaremos a interpretar las asociaciones.

9.2.3. Presentación de los resultados

Los resultados del análisis de correspondencias se presentan en la Figura 9.1, donde se aprecia claramente una forma de tendencia parabólica con tres grandes concentraciones de casos, uno ubicado en el cuadrante superior izquierda, superpuesto al eje X; otro en el cuadrante superior derecha, también superpuesto al eje X, y uno en la parte inferior del gráfico, ligeramente a la izquierda del eje Y. Una primera valoración nos permite reconocer una seriación cronológica de los depósitos, quedando los más antiguos a la izquierda del gráfico en uno de los extremos de la parábola y los más recientes en el extremo derecho de la misma. A continuación ampliaremos cada uno de los tres grupos identificados para poder analizarlos individualmente. Hemos incluido las fechas radiocarbónicas junto a aquellos depósitos que disponen de alguna.

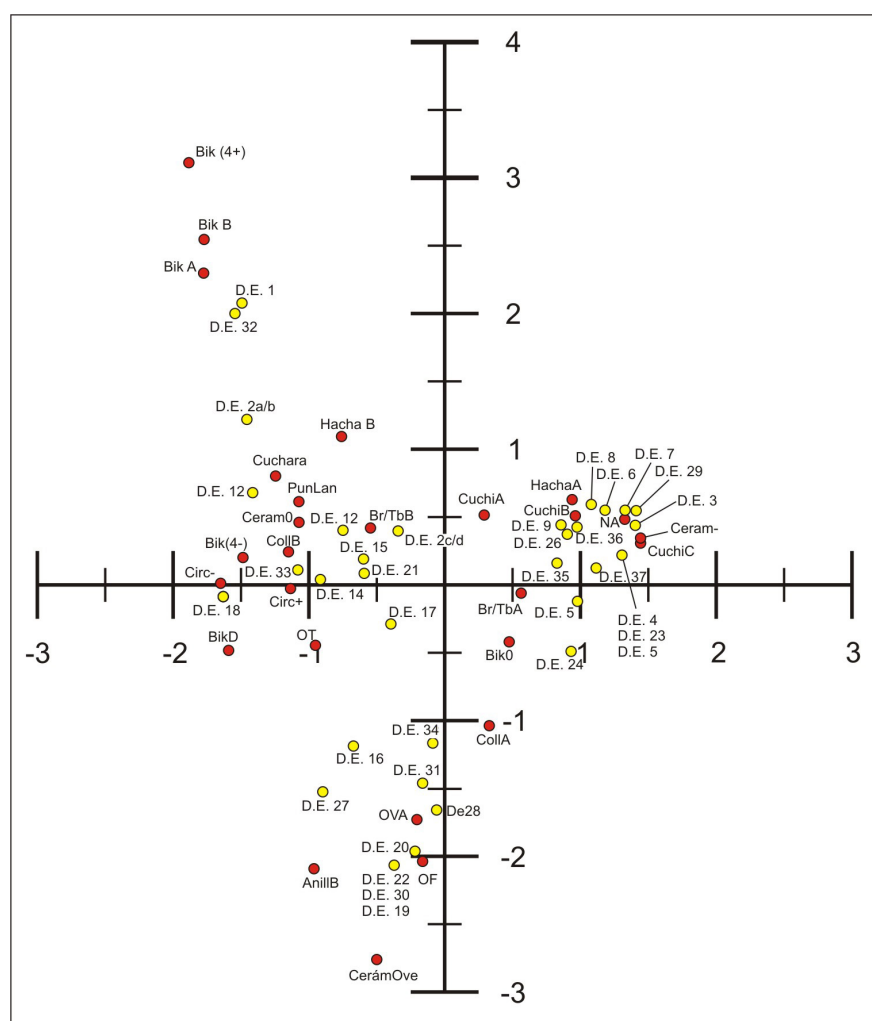


Fig. 9.1. Eje de coordenadas con la dispersión de unidades y variables resultado del análisis de correspondencias (elaboración Jorge de Torres).

Primer grupo

La Figura 9.2 representa el brazo izquierdo de la parábola, que puede ser, a su vez, dividido en dos partes: un inicio cadencioso (en la parte superior) y una agrupación de casos y variables en torno al eje X. Como indicamos anteriormente, que en los extremos de la curva las incidencias aparezcan separadas no significa necesariamente la existencia de anomalías en la muestra, por este motivo los analizaremos en conjunto.

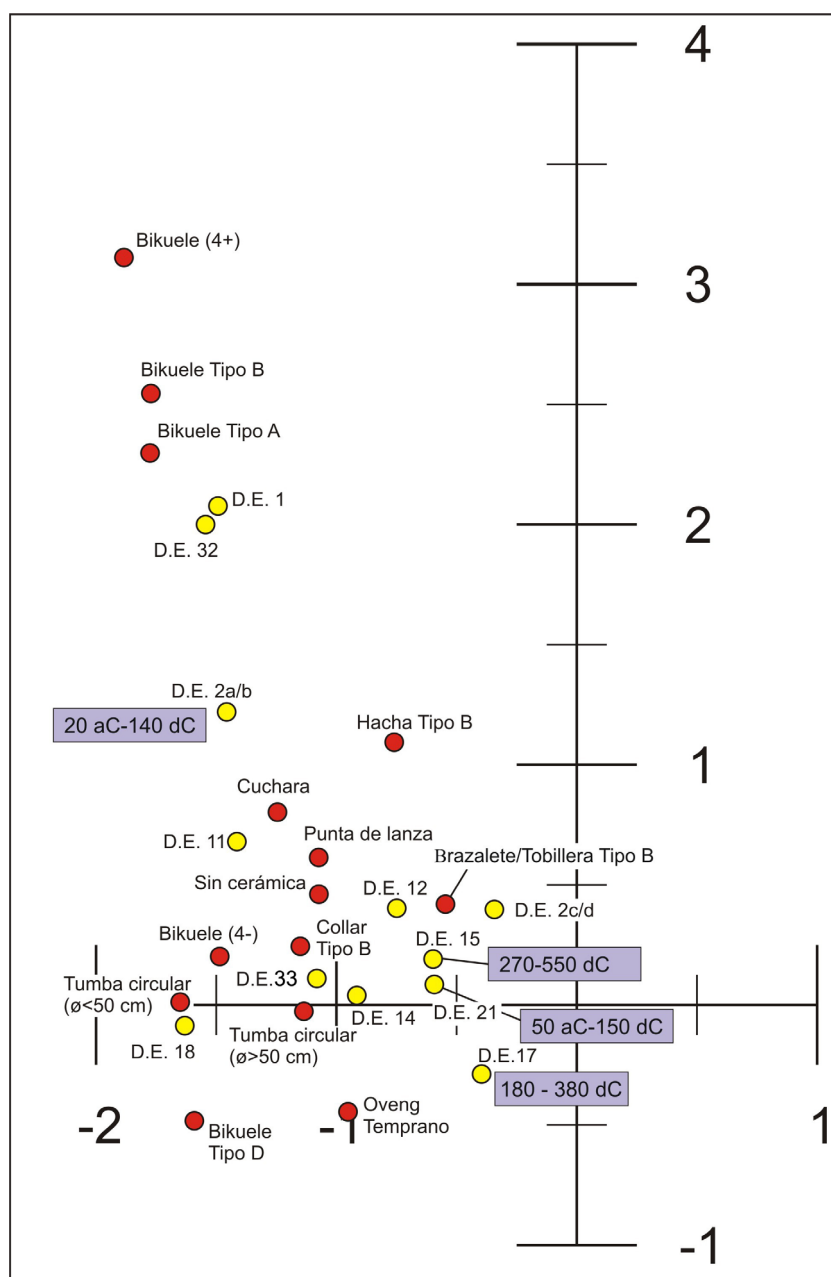


Fig. 9.2. Primer grupo identificado en los resultados del análisis de correspondencias (elaboración Jorge de Torres).

Los depósitos incluidos en este grupo son el D.E. 1, 2a/b, 2c/d, 11, 12, 14, 15, 17, 18, 21, 32 y 34. Las fechas radiocarbónicas asociadas a estos depósitos cubren un margen temporal que va del 50 a.C. al 550 d.C. Las variables que se asocian a estas unidades son: la fase Oveng Temprano, las tumbas circulares independientemente de su diámetro, la ausencia de cerámica, los bikuele de tipo A, B y D, las tumbas con bikuele, independientemente de su cantidad, las hachas de Tipo B, los collares y brazaletes/tobilleras compuestos (Tipo B), las puntas de lanza y las cucharas.

Todos los depósitos de este grupo pertenecen a la fase Oveng Temprano.

Segundo grupo

En la Figura 9.3 vemos el cambio de orientación de la parábola. Los depósitos pertenecientes a este grupo son D.E. 16, 19, 22, 27, 28, 30, 31 y 33. Las fechas radiocarbónicas asociadas a estos depósitos cubren un lapso temporal que va del 20 d.C. al 780 d.C. Las variables asociadas a estas unidades son la fase Oveng Final, las tumbas con cerámica de tipología Oveng, las formas ovales de menor tamaño y los collares de Tipo A y los anillos de Tipo B.

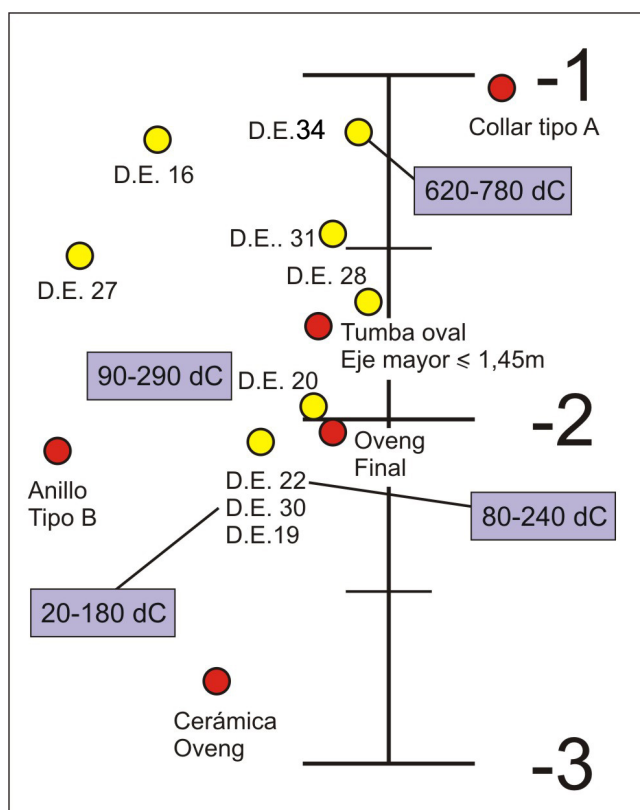


Fig. 9.3. Segundo grupo identificado en los resultados del análisis de correspondencias (elaboración Jorge de Torres).

En este grupo se encuentran ubicados el resto de depósitos de la fase Oveng Temprano y los dos depósitos Oveng Final. Que aparezcan en un mismo grupo quiere decir que dentro de la tradición Oveng Temprano existen, al menos, dos grupos con características ligeramente diferentes, y que uno de ellos semeja más a la siguiente fase, por eso aparecen juntos.

Tercer grupo

En la Figura 9.4 vemos el grupo que corresponde al brazo derecho de la parábola. Los depósitos pertenecientes a este grupo son D.E. 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 23, 24, 25, 26, 29, 35, 36 y 37. Las fechas radiocarbónicas asociadas a estos depósitos cubren un lapso temporal que va del 950 al 1.220 d.C. Las variables asociadas a este grupo son la fase Nandá, la ausencia de bikuele, el cuchillo de Tipo A y C, el hacha de Tipo A, el brazalete/tobillera de Tipo B, y la cerámica de tipo Nandá.

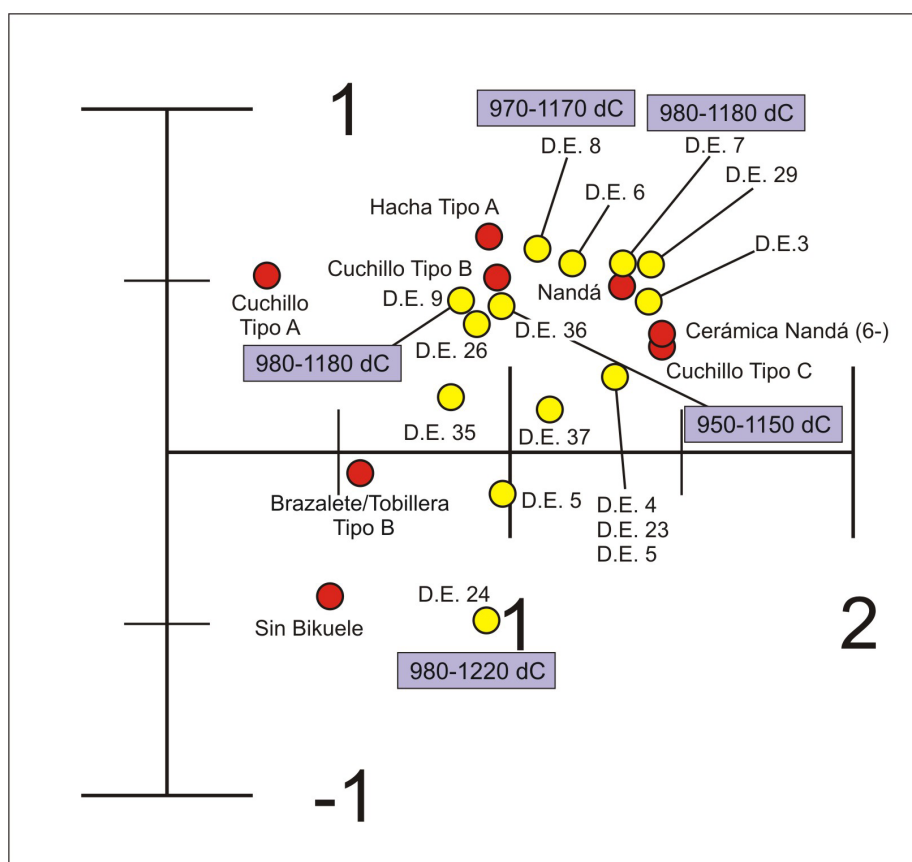


Fig. 9.4. Tercer grupo identificado en los resultados del análisis de correspondencias (elaboración Jorge de Torres).

Todos los depósitos de este grupo pertenecen a la fase Nandá.

9.2.4. Discusión de los resultados

El gráfico resultante del análisis de correspondencias de las tumbas de la necrópolis de Corisco es coherente. Si leemos la curva empezando en su extremo izquierdo y terminando en el derecho apreciamos una sucesión cronológica de depósitos y variables. Esto significa que, con matices que más adelante comentaremos, existió una sustitución paulatina de unas variables por otras. La existencia de tres acumulaciones de unidades/variables quiere decir que existieron “modas”, es decir, fases concretas caracterizadas por rasgos que se repitieron en un número significativo de casos. Además, el radiocarbono nos informa de que estas fases se desarrollaron en rangos temporales diferentes.

El inicio de la curva sugiere una implantación paulatina de las variables que caracterizarían a las tumbas de la fase Oveng Temprano. Asimismo, la dispersión de puntos (mucho menos concentrados que en la parte opuesta de la curva) nos indica que la asociación de unidades y variables, a pesar de ser lo suficientemente recurrente como para formar un grupo, no repite un patrón estricto, es decir, en esta primera fase existió mayor variabilidad en el tipo de objetos que se enterraban en las tumbas que en fases posteriores. Las tumbas son ricas en metales, pero el tipo de metal que se introduce en ellas varía. Este hecho podría apuntar (siguiendo las sugerencias de Wason 1994) a un fenómeno típico de sociedades con estatus sociales contestados, donde existe una competición entre individuos/familias que se expresa con la inversión de riqueza en los ajuares. Sin embargo, y puesto que el rango no se ha consolidado todavía, los objetos depositados suelen ser variados, ya que aún no hay un consenso acerca de cuáles son los elementos concretos que indican el estatus social.

Típicas de esta primera fase son las tumbas circulares, pues no existen en las otras dos fases de la necrópolis, así como la presencia de cucharas y bikuele, que desaparecen en las siguientes fases. También aparecen agrupadas aquí las tumbas sin cerámica, que suelen ser la mayoría de las pertenecientes a la fase Oveng Temprano.

El segundo de los grupos, distribuidos en el cambio de orientación de la parábola, mezcla entre sus unidades el resto de depósitos Oveng Temprano y los dos depósitos Oveng Final. Como podemos comprobar, de los tres grupos es éste el que presenta las unidades y variables menos amontonadas entre sí. Esto nos informa de que las variables asociadas a estos depósitos no se repiten de forma estricta y que, por lo tanto, las características de

este grupo son menos congruentes entre sí que las de los otros dos grupos. Si volvemos a atender al gráfico general comprendemos la razón de esta asociación: los depósitos Oveng Temprano de este segundo grupo caen en esta zona de la gráfica porque cuentan con cerámica en sus ajuares (a diferencia del resto de depósitos Oveng Temprano), característica fundamental de los depósitos Nandá. Por otro lado, los depósitos Oveng Final se ubican en posiciones más avanzadas en la parábola, y eso se debe a que comparten forma (ovalada) con los depósitos agrupados al final de la curva.

El primer y el segundo grupo aparecen separados por un espacio vacío. Esto no indica ruptura de un grupo a otro, sino un cambio brusco de unas a otras características. Las dataciones radiocarbónicas no son explícitas a este respecto, pues no indican necesariamente que el segundo grupo difiera sustancialmente en cronología del primero (a excepción de los dos depósitos Oveng Final), aunque es cierto que las fechas más antiguas, las que se retrotraen a finales del primer milenio a.C. (D.E. 2a/b y 21), aparecen en el primer grupo y no en el segundo. A partir de aquí podríamos conjeturar que la costumbre de introducir cerámica en las tumbas se desarrolló con el tiempo y que no era habitual en los primeros momentos de la fase Oveng.

El tercer grupo es el que presenta la acumulación de unidades y variables más próximas entre sí, lo que nos indica que la coherencia interna del grupo (la recurrencia en la asociación de determinadas variables a ciertas unidades) es mayor que en los anteriores casos o, lo que es lo mismo, que tanto la forma de las tumbas como los objetos contenidos en ellas son repetitivos. Si retomamos las ideas de Wason (1994), esto podría indicar que mientras que en la sociedad Oveng los estatus sociales no estarían consolidados, en la sociedad Nandá ya existiría un orden social dotado de una determinada ortodoxia. Esa norma quedaría materialmente expresada en el mundo funerario mediante la introducción en la tumba de un determinado set de objetos (y no otros) que representarían un estatus elevado.

Una última cuestión que debemos comentar y que resulta evidente al observar el gráfico general es que la forma de los dos brazos de la parábola son diferentes: el inicio es un brazo largo y puntuado mientras que el final termina bruscamente. Esto podría apuntar a que el inicio del grupo Oveng estuvo caracterizado por la progresiva introducción de objetos y su paulatina sustitución por otros tipos de cultura material, sin embargo el fin del grupo Nandá no lo fue. Lo habitual es que al final del proceso vayan desapareciendo

variables o vayan siendo sustituidas por otras menos habituales y el resultado sea una imagen semejante a la del brazo izquierdo. Este no es el caso del fin del grupo Nandá en donde unas variables no fueron siendo sustituidas por otras sino que se pasó de un todo coherente a la nada. Probablemente eso nos indique que el fin de la tradición Nandá en Corisco fue abrupto.

9.3. La materialidad en contexto: la vida social de los objetos

Hemos abierto este capítulo cuestionando las asociaciones directas entre el registro funerario y las características de la sociedad que lo produjo y valorando la necesidad de hacer aproximaciones contextuales que justifiquen más cabalmente las interpretaciones. Una asociación directa recurrente consistiría en afirmar que las tumbas ricas en objetos metálicos pertenecieron a personajes ricos. Para que esta afirmación apriorística fuese válida debería ser primero contrastada valorando el significado social que con más probabilidad se les atribuyó a los objetos enterrados

En este apartado daremos especial relevancia al valor simbólico que se les concedió a esos objetos. Probablemente jugaron un papel importante durante la vida de sus poseedores y, por algún motivo, fueron finalmente introducidos en sus tumbas. La valoración de esa información es la que más certeramente nos permitirá reconstruir el tipo concreto de sociedad que habitó Corisco durante la Edad del Hierro.

Dividiremos este apartado en dos, por un lado, estudiaremos los objetos metálicos asociados exclusivamente, o con mayor recurrencia, a la sociedad Oveng (bikuele, hachas, puntas de lanza, hoces-cuchillo y cucharas) y, después, haremos lo mismo con la Nandá (cuchillos, adornos y campana).

9.3.1. Objetos metálicos Oveng

Bikuele

Ya nos referimos extensamente al uso del ekuele como elemento de intercambio en las transacciones matrimoniales, como elemento fundamental de los depósitos que manifestaban el poder, el valor y el prestigio de los “grandes hombres” y como medida de valor general en las sociedades tradicionales de África central, así que no insistiremos demasiado en ello (remitimos al apartado 4.3.3).

Si atendemos al tipo de objetos que acompañan a los bikuele en los depósitos de Corisco podemos identificar un patrón: generalmente son tumbas en donde aparecen muchos otros objetos metálicos (brazaletes, hachas, collares y tobilleras principalmente) y ninguna cerámica, aunque existen un par de excepciones. De las siete tumbas con bikuele sólo una (D.E. 27) cuenta con algún tipo de cerámica (5 recipientes fragmentados) y otra (D.E. 18) no cuenta con ningún otro objeto metálico. El ekuele del D.E. 27 es, además, el más grande encontrado en toda la necrópolis y atípico en su forma, lo que indica probablemente que el papel que desempeñó en el ritual funerario y lo que quería representarse con él sería diferente al de otros bikuele más similares entre sí y distintos a éste.

Además de en la literatura etnográfica, los bikuele han sido identificados en otros contextos arqueológicos. Bikuele anudados entre sí y del tipo D1 aparecen en Akonétye (Camerún) en fechas similares a las de Oveng Temprano (Meister y Eggert 2008: 194, Fig. 8). En Gabón, Farine conservó cuatro hachas de un total de diez localizadas en un depósito cercano a Libreville (Clist y Farine 1990), similares a nuestro tipo D1, si bien más estilizadas y carentes de contexto cronológico. La estandarización de estas piezas evidencia su uso monetario entre las gentes que ocupaban el territorio entre Camerún y Gabón, comunicados probablemente por vía marítima. Las fuentes etnográficas confirman que a mediados del siglo XIX los benga de Gabón navegaban hasta Kribi, en Camerún, en grandes canoas para mercadear (Du Chaillu 1863: 17-18)

Independientemente de cual fuera su uso, no debemos olvidar que en una sociedad preindustrial la producción de objetos metálicos supone una carga de trabajo considerable, que va desde el aprovisionamiento de mineral de hierro y leña para fabricar el carbón hasta el proceso de construcción del horno, fundido del mineral y posterior trabajo del metal². Tal cantidad de trabajo convertía a estas piezas metálicas en repositorios de valor (económico y social). Por ello, las tumbas que poseen objetos de metal han de ser consideradas pertenecientes a personas de alto estatus.

Llegados a este punto es necesario matizar la diferencia entre forma y función de los bikuele. Hasta ahora hemos descrito el ekuele como una pieza plana de hierro con una forma variable similar a un hacha. En principio todos esos objetos tendrían un valor

² Un interesante documental en el que puede verse este proceso realizado de forma tradicional es *The Ethiopian iron smelter and his world. Technology, organisation and symbolism in transformation of nature*, producido por el matrimonio Haaland (2005) de la Universidad de Bergen, en donde se aprecian no sólo los condicionantes físicos del proceso de fundición, sino también sus implicaciones rituales.

monetario. No obstante, como la literatura etnográfica de África central sugiere, existe todo un conjunto de objetos metálicos que, sin tener “forma de ekuele”, podrían desempeñar su función como moneda o medida de valor: las hachas (como la acumulación del D.E. 2a/b), las hoces-cuchillo (como las tres del D.E. 15), los collares o arandelas de hierro (especialmente los casos de piezas compuestas) y también las puntas de lanza (ver Jones 1958, Bisson 1975, Zeebroek 1976, Eyo 1979, Guyer 1986, 1995a, Rospabé 1995, Papakirillou 2009).

La deposición de bikuele en tumbas nos enfrenta a una controversia: anteriormente defendimos que los bikuele serían probablemente utilizados para realizar los pagos de la transacción matrimonial (Guyer 1986), pero esos bikuele no serían “consumidos” en el transcurso de la celebración del matrimonio. La familia de la novia, receptora de los bikuele, los usaría para pagar la compra de las novias de sus hijos, tal y como indican Goody y Tambiah (1973: 5), es decir, para mantener en equilibrio el sistema de compra de la novia entre el conjunto de la sociedad sería necesario mantener esos objetos en circulación o producirlos de manera continua. El enterramiento de los bikuele, es decir, su “consumo”, los sacaría de este circuito y rompería el equilibrio de las relaciones entre los diferentes miembros de la sociedad. ¿Por qué se enterraban? ¿Qué se simbolizaba con ese enterramiento y cuáles eran sus consecuencias?

En un contexto tan diferente a este como lo es la Europa de la Edad del Bronce, Kristiansen (2001: 115) propuso que la deposición de bienes de prestigio en sepulturas refleja la formación de nuevas élites que demostrarían con ese gesto su poder en un ritual de consumo de riqueza semejante al *potlatch*. Como aproximación especulativa sugerimos que las élites de Corisco podrían estar demostrando con el enterramiento de estos objetos que no necesitaban disponer del pago que habían recibido al entregar a sus hijas para casar a sus hijos dada su capacidad de producir nuevos bikuele. Si esto fuera así se nos ocurren otras preguntas de difícil respuesta: ¿por qué enterrar los bikuele en el momento de la muerte y no durante la celebración del matrimonio? Si el *big man* fallecía sin haber casado a sus hijos, ¿el enterramiento de los bikuele implicaba que sus hijos deberían desarrollar su propia capacidad de generarlos?

Como aproximación interpretativa, podríamos pensar que el entierro de bikuele sería coherente en una sociedad en la que no se hereda el estatus, tal y como Vansina (1990:

75) propuso para la sociedad bantú de este momento. No obstante, lo enterrado también podría tener simplemente un valor testimonial y simbólico de la riqueza, es decir, se trataría tan sólo de elementos significativos de la especial posición social del enterrado, pero no del conjunto de sus bienes.

Hachas

Las hachas son una herramienta esencial en toda África central, espacio que podría dividirse entre el bosque tropical lluvioso, donde predomina el uso del hacha, y sus márgenes de bosque seco y sabana, donde se usa la azada (Blench 2007). Según Vansina (1990: 85) los términos para designar a la azada en el bosque ecuatorial derivan de la palabra “hacha”. En Corisco no se han documentado azadas como tales, pero sí han aparecido en el sur de Camerún, decoradas con impresiones de espigas y líneas en zig-zag y con enmangue tubular (Meister y Eggert 2008: 191, Fig. 6; Meister 2010: 243). Este tipo de enmangue sigue siendo habitual hoy en día en la agricultura de sabana del norte de Camerún y Nigeria.

Desde un punto de vista tecnológico, en la selva de África central el hacha (que sirve para cortar y para cavar) es una herramienta de vital importancia tanto para el desbroce de la selva como para las labores agrícolas y, por tanto, para la supervivencia del grupo y la producción de riqueza. Además, las azadas han sido empleadas como insignias de rango entre muchos grupos de África central, como los tetela, luba y chokwe de la República Democrática del Congo y Angola (Zirngibl 1983: 118-135, Maret 1991: 236-237). Las hachas en forma de abanico (Tipo B) podrían haber sido símbolos de distinción social, sobre todo cuando aparecen decoradas con acanaladuras. Esta idea vendría sustentada por su delgadez, que imposibilita realizar trabajo alguno con ellas, además de por su parecido con las hachas ceremoniales recientes.

El vínculo entre hachas, azadas y poder (religioso, político, o ambos) (Maret 1985a: 84-85) se retrotrae por lo menos a principios del primer milenio: el yacimiento camerunés de Mpoengu, contemporáneo de Oveng Temprano, donde se localizó un rico enterramiento con unos 30 objetos de hierro, presenta un hacha o azada depositada junto a la cabeza del difunto (Gouem Gouem 2011: 384). Algo más tarde, durante el primer milenio, en los cementerios de la depresión del Upemba, en la República Democrática del Congo, se encuentran algunas hachas de desfile (*parade axes*) que parecen haber sido símbolos

de poder (Maret 1985b: 180). Que las hachas de hierro estén asociadas al poder se debe, entre otras cosas, a que representan riqueza: como ya se señaló las hachas y azadas en sus respectivas áreas de distribución han sido uno de los elementos más utilizados como moneda de intercambio en África Central, especialmente para el pago de la transacción matrimonial (Eyo 1979: 51-52). Las 15 hachas del D.E. 2a/b de Corisco probablemente tuvieron ese uso, de ahí que aparezcan juntas en el mismo depósito. Los depósitos de hachas o azadas se conocen arqueológicamente en África central desde finales del primer milenio (Vansina 2004: 172) y aparecen en ocasiones junto con lingotes y otros elementos monetarios (ver, por ejemplo, Daniels 1967). La estandarización en su forma y peso puede estar relacionado con su uso como moneda. Es posible que el modelo más abundante, el hacha en abanico (Tipo B), fuese la moneda más extendida y aceptada, pues su presencia ha sido también atestiguada en Camerún (Meister y Eggert 2008: 191, Fig. 6.6).

Puntas de lanza

Uno de los cometidos de los “grandes hombres” era ser “héroes en la guerra”, es decir, demostrar la capacidad tanto de organizar la defensa como de impulsar los ataques hacia otros grupos. Al contrario de lo que ocurre con las hachas, las armas escasean en las tumbas de este primer periodo y desaparecen en las tumbas de las fases finales, indicando, probablemente, la poca importancia que tuvo el conflicto durante la Edad del Hierro, lo que Vansina (1990: 80) asocia a la escasa ocupación del espacio y la baja densidad poblacional. Las lanzas también pueden relacionarse con la caza: no debemos olvidar que el liderazgo ancestral está asociado a esta práctica en diferentes tradiciones de África central (Maret 1985a: 78-79) y que la carne de caza debió seguir representando un papel muy importante en la dieta, tal y como sigue sucediendo en Corisco en la actualidad. El modelo de punta de lanza encontrado en las tumbas de Corisco es similar a uno de los tipos que Tessmann (2003: 572, Figura 79.e) identifica entre los fang.

Hoces-cuchillo

Hasta donde hemos podido saber, exceptuando el caso ya comentado de Campo, existe solamente un ejemplo arqueológico de un objeto similar depositado en una tumba, la del rey Cyirima II Rujugira de Ruanda (Van Noten 1972: Fig. 8) fallecido en el siglo XVIII y que cuenta con una hoz-cuchillo entre los numerosísimos objetos de su ajuar [Fig. 9.5].

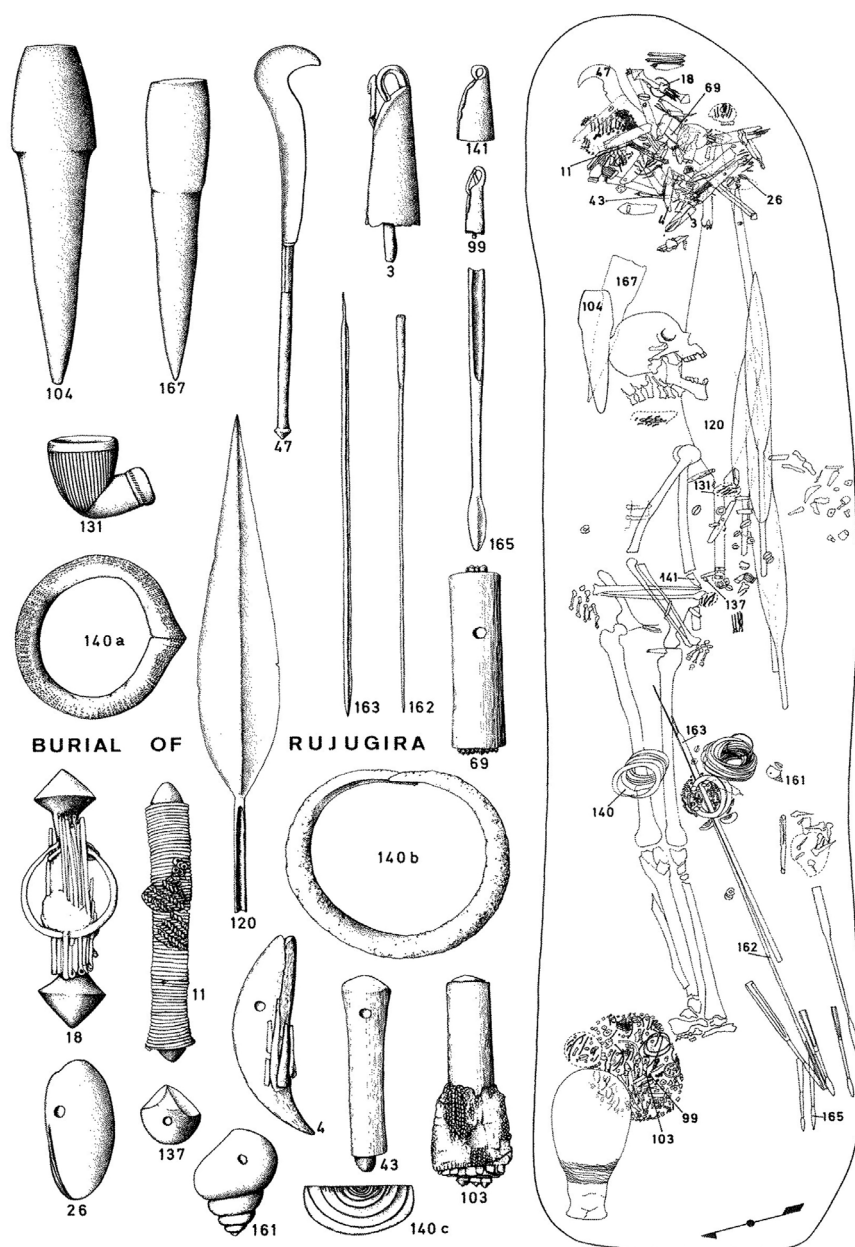


Fig. 9.5. Ajuar de la tumba del rey Cyryima II Rujugira de Ruanda (Van Noten 1972: Fig. 8).

Por el contrario, este tipo de objeto, y sus múltiples variantes, abunda en el registro etnográfico de África central. Los reyes mangbetu, de la República Democrática del Congo, portaban una hoz-cuchillo como cetro real (Zirngibl 1983: 86-92) y los nzakara, ngombe, fali y kapsiki (los dos últimos grupos no son bantúes), son conocidos por haber usado hoces-cuchillo o guadañas como artefactos ceremoniales o elementos monetarios (Zirngibl 1983: 30-31, 52-53). Estos últimos usaban como moneda un tipo de guadaña extraordinariamente parecida a las hoces-cuchillo que han aparecido en Corisco [Fig. 9.6].



Fig. 9.6. Hoces-cuchillo kapsiki (Fuente: <http://coincoin.com/XX465466.jpg>).

La distribución geográfica de las hoces-cuchillos es significativa: aparecen en la franja que va del norte de Camerún al noreste del Congo, en estrecho contacto con la región sudánica central y oriental, donde se originó el cuchillo arrojadizo (McNaughton 1970). Las hoces-cuchillo, las cimitarras y los cuchillos de ejecución típicos de África central probablemente derivan del arrojadizo. Aunque el último es más frecuente en África central, existen algunas versiones en Camerún y en Gabón (McNaughton 1970: 60, Westerdijk 1988: 134-146, 327-363). El uso ritual de estos objetos es similar: ambos eran empleados en danzas y ceremonias. Una fotografía de Angela Fisher (1996: 135) muestra a un grupo de chicas podokwo del norte de Camerún danzando con hoces-cuchillo durante la fiesta de la cosecha.

Tanto la extensísima evidencia etnográfica como la parca evidencia arqueológica asocian este objeto con las personas de alto estatus, por lo que parece razonable pensar que la tumba de Corisco que contiene las tres hoces-cuchillo fuera la de una persona relevante.

Cucharas

Uno de los elementos metálicos más llamativos que encontramos en los depósitos fueron las cucharas de hierro. A pesar de la rareza de este hecho, existe otro par de lugares en donde también se han encontrado: los yacimientos cameruneses de Campo y Akonétye (Meister 2010: 243-244). En Campo aparecen en depósitos asociadas a un posible cuchillo-hoz (como sucede en nuestro D.E. 15). Las cucharas aparecían amontonadas al final de una hilera de hachas cubiertas por recipientes cerámicos colocados del revés. La cuchara de Akonétye (Meister y Eggert 2008: 191, Fig. 6.5a/5b) es de similares características aunque algo más pequeña que las más pequeñas encontradas en Corisco. Apareció asociada a otros elementos metálicos y tres cerámicas.

En África central, las cucharas son objetos de fuerte connotación metafórica. Tradicionalmente, han jugado un papel importante en las ceremonias, por lo que para los contextos prehistóricos su uso ritual es más que probable. En el caso de Campo y Akonétye, las cucharas podrían haber servido para repartir entre los comensales las sustancias contenidas en los recipientes cerámicos. Entre los lega de la República Democrática del Congo, las cucharas son usadas en ritos de iniciación y otras ceremonias asociadas a ideas de continuidad, perpetuidad y no violencia (Biebuyck 1973: 226). Las cucharas son también empleadas para distribuir sustancias especiales durante los ritos de paso: entre los beti del sur de Camerún, los iniciados han de consumirlas de una gran cuchara (Houseman 1992: 48), mientras que entre los fang, las cucharas ceremoniales sirven para dispensar polvo hecho con una raíz alucinógena (*iboga*) durante el rito *bwiti*. Los fang y otras gentes del área Sanaga-Ntem solían elaborar cucharas de marfil y madera, los ejemplares en hierro son más difíciles de documentar (Siroto 1991).

Resulta tentador adoptar la idea del *roi-pot* (rey-recipiente, rey-piel) elaborada por el antropólogo Jean-Pierre Warnier (2007) para el caso del reino de Mankon en Camerún. Según Warnier, el rey actúa como depósito de sustancias ancestrales que son cruciales para la supervivencia y la reproducción del grupo. Él tiene el poder y la responsabilidad de poner en circulación esas sustancias entre su gente exhalando, pronunciando, escupiendo y eyaculando. Dada la fuerte asociación entre las cucharas y los enterramientos ricos en Corisco, se puede plantear la hipótesis de que las cucharas fueran la herramienta utilizada para administrar sustancias vitales.

9.3.2. Objetos metálicos Nandá

Adornos (collares, brazaletes, tobilleras y anillos)

En África central y occidental, pesados adornos metálicos de compleja elaboración han sido a menudo empleados como indicador de estatus reales o de poder: los *obas* y los guerreros aristocráticos de Benin del siglo XVI y XVII portaban collares y grandes tobilleras compuestas similares a las del D.E. 2a/b (Blackmun 1990). Las tobilleras hechas de varios anillos de hierro aparecen también en algunas tumbas excepcionalmente ricas de Sanga, como en la Tumba 53 (Nenquin 1963: 174). Qué sólo aparezcan en una tumba en Corisco, precisamente en la que más hachas contiene, nos lleva a pensar que pertenecería a personas de especial estatus.

Otros objetos singulares son las lúnulas del D.E. 16. En ese mismo depósito apareció un collar decorado con incrustaciones de marfil. Un objeto tan exclusivo debería simbolizar un especial estatus, en comparación con los brazaletes (y/o tobilleras) que estaban más extendidos.

Los fang, además de con escarificaciones, adornaban tradicionalmente su cuerpo con elaborados tocados de cauríes y con collares también de cauríes, dientes de perro, frutos y semillas, brazaletes con fibras de palmera trenzadas, etc. (Tessmann 2003: 203-211) que en el caso de existir en Corisco no se habrían conservado. Pero también se adornaban con collares, brazaletes y tobilleras metálicas cuyas tipologías sólo en ocasiones semejan a las documentadas arqueológicamente (ver Tessmann 2003: 208, Figura 132; 209, Figura 133).

Los pequeños anillos pudieron haber tenido múltiples usos: como prendedores de pelo, como colgantes o como decoración para los dedos. Este último uso es el documentado para objetos muy similares entre los fang (Tessmann 2003: 210, Figura 137).

Cuchillos

La presencia de cuchillos en un contexto funerario nos conduce a pensar que el papel jugado por estos objetos sería más ritual que doméstico. Ya hemos visto que la circuncisión es un rito de paso importante en la tradición bantú (Vansina 1990: 79), y no sería descabellado pensar que alguno de estos cuchillos pudiese haber servido para tal cometido. En nuestra región de estudio muchos grupos practican la circuncisión o la

practicaron hasta tiempos recientes. En Gabón, por ejemplo, el rito de paso de los chicos kota incluye esta práctica realizada por un especialista ritual con el *payi*, un cuchillo especial (Perrois 1968: 45-71); los nzebi también tienen un cuchillo especial (*lesamba*) tanto para circuncidar como para cortar el cordón umbilical (Dupuis 1981: 121). Otros grupos de Gabón que practican o practicaron la circuncisión son los eviya, mitsogo y kele (Avelot 1911, Gaulme 1979).

El cuchillo Tipo A tiene su paralelo más cercano entre los fang, quienes lo usaban tanto para circuncidar como para escarificar (Ocha'a Mve Bengobesama 1981: 202; Tessmann 2003: 219, Fig. 149; Museo Nacional de Antropología, Madrid -MNA-, CE 4301). El tipo B semeja a los cuchillos usados por los fang para afeitar sus cuerpos antes de escarificar (MNA, CE11529; Tessmann 2003: 212, Figura 140). En cualquier caso, parece lógico que la gente se enterrase con objetos que representaban uno de los momentos cruciales en la creación de la persona: los ritos de paso.

En Corisco existen dos depósitos que cuentan con cuatro y tres cuchillos respectivamente (D.E. 8 y 26). Es posible que estas tumbas perteneciesen a especialistas rituales que fueron enterrados con sus instrumentos de trabajo.

Campana

La importancia de la campana no radica ni en su número ni en su tamaño, sino en los significados que se les asocian en África central y occidental, donde tanto las simples como las dobles son símbolos de realeza (Nzewunwa 1980: 185, Childs y Killick 1993: 332, Kriger 1999: 141, Klieman 2003: 170). Vansina (1969) considera que este elemento se extendió por tan vasta área en torno al año 1000, aunque su origen se retrotraería un par de siglos atrás. Se han recuperado campanas en muchos yacimientos de África central y occidental con cronologías semejantes a la de Corisco, pero ninguno en nuestra región de estudio. Campanas aparecen, por ejemplo, en la República Democrática del Congo en algunas tumbas de las necrópolis de Sanga, Katongo y Malemba-Nkulu en la depresión del Upemba fechadas entre el siglo VI y el IX d.C. (Maret 1985b). También se encontraron campanas en varios lugares del sur de Nigeria, como es el caso de dos de los tres yacimientos de Igbo-Ukwu (en Igbo Isaiah -un almacén real- y en Igbo Jonah -una fosa de deposición-), datados en torno al siglo IX d.C. (Shaw 1970: 148-151), y en el enterramiento de Ezira, fechado en torno a los siglos XV-XVI d.C. (Hartle 1966, Andah

y Anquandah 1988: 520). En todos los casos las campanas se asocian a enterramientos reales o de gentes de alto estatus.

Aún así, es necesario tener en cuenta que incluso si las campanas se asocian a liderazgo, no tienen por qué significar necesariamente estratificación social. Es cierto que las campanas pueden ser insignias reales, pero también pueden ser emblemas de los cabeza de linaje o asociación de Pueblo, como ocurre entre los igbo de Nigeria (Vansina 1969), o bien objetos usados por especialistas rituales, como ocurre entre los fang (MNA, CE4124).

Las referencias etnográficas a las campanas a lo largo del siglo XIX son abundantes. Allen y Thomson (1848: 286), en su expedición al río Níger las mencionan como parte de las vestimentas de los reyes y Butt-Thompson (1929: 85) como parte del atuendo de los oficiantes de las sociedades secretas de África occidental. También eran incluidas en las tumbas de los reyes igala del norte de Nigeria (Andah y Anquandah 1988: 521) y eran un objeto habitual entre los reyes igbo (Baikie 1856: 59). Finalmente, Klieman (1997: 194) recoge el dato de que las campanas fueron usadas como moneda entre los nzebi de Gabón.

En Guinea Ecuatorial, tanto los fang como los bubi han usado campanas. Los primeros elaboraban pequeños ejemplares hechos de trozos metálicos, cuerno, piel y trozos de madera atados juntos formando parte de talismanes protectores (Borrego 1994: 150-151, 247, MNA, CE4124). Los bubi cuentan con una larga tradición en el uso de campanas³, realizadas en este caso en madera y decoradas con múltiples motivos, también había algunas pequeñas realizadas con cáscaras de frutos. Su uso estaba asociado a danzas y festividades religiosas en donde representaban la voz de los espíritus (Perramón 1966a: 44, Tessmann 2008: 144, 226-227).

9.4. Identidades prehistóricas en Corisco

El análisis de correspondencias nos ha servido, además de para contrastar la validez de la secuencia arqueológica propuesta y para sugerir nuevas asociaciones, para regresar al estudio del registro material de Corisco. Una vez explorado el contexto cultural de esa materialidad y los significados que se le atribuyen es hora de retomar las principales ideas que planteamos en el capítulo de teoría y proponer una lectura social en clave identitaria de la población de Corisco durante la Edad del Hierro.

³ La fábrica de chocolates guipuzcoana Elgorriaga aún sigue usando como imagen corporativa una campana bubi pues durante la época colonial sus plantaciones de cacao se ubicaban en la actual Bioko.

9.4.1. Riqueza/estatus, complejidad/jerarquía: desambiguación

Antes de entrar a valorar otras cuestiones nos parece importante delimitar el significado de dos pares de conceptos que se usan habitualmente en la literatura arqueológica y que, a pesar de no ser sinónimos, pueden confundirse con facilidad: riqueza/(alto) estatus y complejidad social/jerarquía.

En este trabajo suponemos que la **riqueza** personal equivale al acaparamiento de bienes considerados valiosos en un grupo humano determinado en virtud de una posición de poder (sea este poder político, militar, religioso, etc.). Entenderemos el “poder” en su sentido político y de su manera más simple, esto es, como la capacidad de una persona de influir activamente en el comportamiento de un grupo numeroso de personas (para una visión más matizada sobre el poder recomendamos leer a Lukes 1985). Ya hemos visto que en África precolonial la riqueza venía definida principalmente por la posibilidad de acumular, según las zonas, ganado o metal (Guyer 1986: 584-585; Vansina 1990: 60, 2004: 129-131), aunque también se ha puesto de relieve que el conocimiento (ritual o no) o las personas (o la capacidad de movilizarlas) son fuente de riqueza (Guyer 1995b, Guyer y Belinga 1995). En nuestra zona de trabajo esa riqueza es conocida con el nombre de *akúma* (Guyer 1986: 578, 1995b: 88) y se trata de bienes que suelen ser intercambiables (mujeres y metal, por ejemplo).

El concepto de **estatus** tiene claras conexiones con el de poder, pero no equivale automáticamente a riqueza personal. El estatus (elevado) sería la posición social preponderante de una persona en un entramado de relaciones sociales en virtud de su carisma o capacidad de liderazgo. La naturaleza coercitiva del poder hace que no requiera necesariamente del reconocimiento personal del resto de miembros de la sociedad, mientras que ese reconocimiento social es imprescindible en el caso del estatus. Aunque su relación no sea unívoca, es habitual que las personas que ostentan un estatus elevado en la sociedad, independientemente de si se asocia a poder político o no, terminen acaparando bienes de prestigio, no tanto como propiedad personal sino como bienes simbólicamente asociados al estatus que representan⁴. Todas estas interconexiones entre las posiciones de poder y los estatus elevados hacen que sean especialmente difíciles de diferenciar en el

4 Sirva como ejemplo ilustrativo el caso del Papa de Roma: los Papas ostentan una clara posición de poder dentro de la Iglesia católica, sin embargo el conjunto de bienes de prestigio que se les asocian (la mitra papal, el anillo del Pescador o el báculo) están vinculados a su estatus y no a su riqueza personal.

registro arqueológico, más aún si tenemos en cuenta que cuando los estatus preponderantes se convierten en heredables los bienes de prestigio pasan a ser riquezas personales.

Complejidad y jerarquía son asuntos ampliamente debatidos en la literatura arqueológica (ver, por ejemplo, Patterson y Gailey 1987, Ehrenreich *et al.* 1995, Price y Feinman 1995, McIntosh 1999a, Haas 2001, Klienlin y Zimmerman 2012). El término **complejidad** es especialmente resbaladizo y, al asociarlo a poblaciones humanas puede hacer referencia, al menos, a dos cuestiones: complejidad cultural o complejidad social. La primera hace alusión a una característica intrínseca de todas las sociedades humanas, todas son culturalmente complejas; en este trabajo no nos ocuparemos de ella. La complejidad social se vincula al número y tipo de interrelaciones humanas y a la división y especialización de funciones que se dan dentro de una determinada sociedad. Este tipo de complejidad no debe ser considerada como un valor absoluto sino como una medida relativa, es decir, la complejidad no es un atributo presente o ausente en diferentes grupos sociales, sino que un grupo humano puede ser más o menos complejo en su organización social, y más compleja será ésta cuantas más interrelaciones y de más tipos haya entre sus miembros.

La **jerarquía** tiene que ver con la presencia de posiciones de poder diferenciadas dentro de un grupo humano. Existen varios términos asociados al de jerarquía que suelen utilizarse en los debates sobre la complejidad y que creemos merecen una breve alusión para evitar equívocos y clarificar nuestra postura al respecto. El concepto opuesto al de jerarquía sería, a nuestro juicio, igualitarismo. Una sociedad igualitaria sería aquella en la que no existen posiciones de poder diferenciadas (una banda de cazadores-recolectores, por ejemplo), aunque existen otras opiniones al respecto (ver Roscoe 2000: 96-97). Dentro de las sociedades jerárquicas podríamos diferenciar dos tipos: las homoárquicas y las heterárquicas⁵. Las primeras son aquéllas en las que las posiciones de poder se ordenan verticalmente (las monarquías absolutas o la Iglesia católica son ejemplos de organizaciones sociales homoárquicas), mientras que las segundas son aquellas en las que las posiciones de poder ocupan posiciones variables. Siguiendo a Bondarenko (2005: 19) en una heterarquía las posiciones de poder, aún ordenándose jerárquicamente (verticalmente) lo hacen de tal modo que un mismo elemento podría ocupar diferentes rangos dependiendo

5 El término "heterarquía" surgió en neurociencia (McCulloch 1945). Posteriormente fue aplicado en diferentes disciplinas para estudiar distintos tipos de sistemas (biológicos, empresariales, de información o sociales). Fue Carole Crumley (1987, 1995) quien introdujo el término en la literatura arqueológica.

de las circunstancias. Aunque las organizaciones sociales de este tipo han sido menos investigadas, o simplemente no reconocidas como tales, se ha sugerido que la Creta minoica (Driessen 2002) y el agregado urbano de Jenné-Jeno en Mali (McIntosh 1999b, McIntosh y McIntosh 2003) podrían haberse organizado de manera heterárquica. Un debate sobre estos términos y su aplicación al registro arqueológico puede verse en Galleto *et al.* (2012). Cabe concluir al respecto que, lo que habitualmente ha sido denominado jerarquía debería ser llamado, en nuestra opinión, homoarquía, sin embargo, dado el amplio uso de estos dos términos como sinónimos en este trabajo los utilizaremos indistintamente.

¿Cuál es entonces el vínculo entre complejidad y jerarquía? Parece evidente que, aunque la relación no sea automática, cuanto más compleja sea una sociedad más probabilidades habrá de que esté jerarquizada, sea esta jerarquización de tipo homoárquica o heterárquica.

9.4.2. ¿Es el hierro sinónimo de riqueza en Corisco?

Una vez aclarado que riqueza personal y estatus social elevado no están directamente relacionados cabe preguntarse si en el caso concreto de Corisco los objetos metálicos contenidos en las tumbas significaron riqueza para sus propietarios. En este trabajo defenderemos que, aunque los bienes materiales enterrados en Corisco serían riqueza *-akúma-*, es bastante improbable que fuesen producto de un acaparamiento ejercido coercitivamente. Veamos por qué.

En primer lugar, a la hora de valorar las características de las sociedades de la Edad del Hierro en África centro-occidental debemos tener en cuenta su trayectoria (pre) histórica. Con anterioridad a la Edad del Hierro contamos con sociedades que debían estar organizadas en bandas de escasa complejidad, por lo que los sistemas sociales desarrollados durante la Edad del Hierro estarían experimentando, por así decirlo, con un nuevo grado de complejidad no conocido en etapas anteriores. No cabe esperar, por tanto, que los primeros grupos humanos de la Edad del Hierro de África centro-occidental estuviesen organizados de una manera jerárquica (homoárquica). En consecuencia, tampoco debieron existir personas ocupando posiciones de poder asociadas al acaparamiento de bienes materiales. Debemos recordar, sin embargo, que esto no es óbice para la existencia de posiciones personales diferenciadas más basadas en el estatus que en el poder político que, como vimos, no estaba institucionalizado entre los bantúes de este momento y tampoco parecía ser hereditario.

¿Es posible identificar esas posiciones personales diferenciadas en el registro arqueológico de Corisco? Es evidente que sí, las tumbas de Corisco contienen ajuares que podrían ser calificados, como mínimo, de relevantes: algunos tienen más de una decena de recipientes cerámicos y otros presentan un set de elementos metálicos numerosos. Otras cuentan con ajuares de los dos tipos. Como vimos más arriba, la mayoría de los objetos metálicos que hemos encontrado en las tumbas se asocian de manera generalizada en África central a estatus elevados y, en el siglo XIX e inicios del XX a riqueza (Guyer 1986). Cabe suponer que no todos los miembros de una sociedad tendrían la capacidad, o el derecho, de contar con ellos entre los elementos de su ajuar. Esta idea sugiere otra pregunta, ¿es la necrópolis de Nandá representativa del conjunto de la población? Aquí sólo cabe una respuesta: no. En primer lugar debemos tener en cuenta que para la sociedad Oveng los enterramientos representarían más un lugar ritual y de conmemoración que una necrópolis tal y como la concebimos hoy en día, como es habitual entre las poblaciones bantúes. Además, no debemos olvidar que estamos accediendo a una parte muy pequeña de la necrópolis que no tiene por qué ser representativa de su totalidad (recordemos que la otra parte fue destruida). Finalmente, es muy probable que ante la imposibilidad de recuperar restos óseos así como ante la ausencia de estructura funeraria, la mayoría de tumbas sin ajuar deben habernos pasado inadvertidas.

La conclusión que obtenemos es que las personas enterradas en Corisco serían con toda probabilidad miembros de la sociedad de especial estatus como así parecen demostrar los importantes ajuares que los acompañan. No todo el mundo podría tener acceso a ese conjunto de bienes materiales y mucho menos a ser enterrados con ellos. Por lo tanto, las tumbas identificadas en Nandá nos muestran una parte de la sociedad de Corisco y no la totalidad. Puesto que consideramos que la sociedad no estaría extremadamente jerarquizada ese conjunto de objetos no correspondería tanto a una riqueza personal como a un conjunto de bienes de prestigio asociados a determinadas personalidades. Pero ¿quiénes eran esas personas de especial estatus?

9.4.3. Los Hombres Excepcionales

Hasta ahora venimos delimitando un tipo de sociedad que durante la Edad del Hierro comienza a volverse más compleja y muestra sus primeros signos de jerarquización (que no de jerarquía homoárquica como tal) en la forma de, como Vansina (1990: 73)

propuso y nosotros recogimos (ver apartado 4.3.1), “Grandes Hombres”. Vansina importó este término *-big men-* de la literatura etnográfica desarrollada en Polinesia y Melanesia durante el siglo XX, pero con ello no pretendía imponer al contexto africano una categoría de análisis que había surgido en un ambiente tan diferente, sino simplemente definir una situación de liderazgo social que no podía ser considerada una “jefatura” (*sensu* Service 1962). No obstante, nos parece adecuado volver por un momento al origen del término para comprobar cuáles de sus rasgos son aplicables al caso de Corisco.

Aunque la expresión “Grandes Hombres” fue acuñada por Mead (1935) a mediados de la primera mitad del siglo XX, sería popularizada unas décadas después por Sahlins (1963). Este concepto nació para explicar una realidad muy concreta en el contexto de Nueva Guinea en donde existían sociedades en las que algunos de sus miembros ostentaban una cierta posición de poder asociada a estatus elevados originados en virtud del prestigio personal y la capacidad de liderazgo y no dependiente de la existencia de una jerarquía política impuesta coercitivamente. Desde entonces, esta etiqueta ha sido aplicada a muy diferentes contextos geográficos y cronológicos y, paralelamente, se ha debatido su utilidad y la pertinencia de su uso. Para evaluar su posible aplicación al caso que nos ocupa nos guiaremos por la crítica y la reelaboración del término propuesta por Roscoe (2000, 2012).

Para Sahlins (1963: 290-292) el Gran Hombre era ante todo un empresario económico, alguien lo suficientemente habilidoso como para aprovechar en su favor el sistema financiero y, mediante la posterior redistribución de la riqueza, ser capaz de ganarse la confianza de los suyos. Roscoe (2012: 42), por el contrario, cree que el Gran Hombre es ante todo un empresario social, un organizador de gente, cuyas virtudes, como también recogen Burridge (1975) o Meggit (1973: 193), serían la capacidad de oratoria y persuasión, la habilidad en la mediación de conflictos, en la planificación y en la manipulación política, el carisma, la diplomacia, la laboriosidad, etc. (Roscoe 2012: 43-44). Según sus propias palabras (Roscoe 2012: 41):

“First and foremost, he [the Big Man] was a manager, the initiator and principal organizer of large-scale community displays. In some areas, these displays took the form of conspicuous materials giveaways with which the Big Man is stereotypically associated. They could also, however, take the form of large-

scale exhibitions of singing and dancing. And under yet other circumstances they took the form of monument building”.

El surgimiento de estos Grandes Hombres vendría potenciado por dos circunstancias: por un lado, la existencia de una cierta densidad poblacional y, por otro, la posibilidad de movilizar una determinada fuerza de trabajo para un interés colectivo (Roscoe 2012: 42).

Décadas después de la propuesta de Sahlins, Godelier (1986, 1991) y Godelier y Strathern (1991) matizaron que, atendiendo a la descripción propuesta, la mayor parte de los líderes de Nueva Guinea no podían ser considerados Grandes Hombres. En su lugar, propusieron llamarles Hombres Excepcionales -*great men*⁶-, esto es, personas que debieron haber ganado su estatus dentro de grupos menos numerosos no como empresarios sociales o económicos sino como guerreros, cazadores, horticultores o expertos rituales (Roscoe 2012: 43). De este modo los Hombres Excepcionales se erigen como un antecedente de los Grandes Hombres.

Una vez conocidas las características básicas de los Grandes Hombres y de los Hombres Excepcionales cabe preguntarse si alguna de estas etiquetas es aplicable a la realidad social de la Edad del Hierro en Corisco. Volvamos al registro arqueológico para explorar esta posibilidad.

Uno de los primeros puntos que debemos valorar a la hora de analizar el surgimiento de Grandes Hombres es la misma posibilidad de su existencia. Roscoe incide muy explícitamente en que el caldo de cultivo necesario para su nacimiento es una determinada densidad de población sin la cual la figura del Gran Hombre carece de sentido (Roscoe 2000: 100, 2012: 46-47). Una de las características generales de la población de África central durante el primer milenio d.C. es su escasa presión demográfica, realidad que, siguiendo a Roscoe, limitaría en gran medida la posibilidad del surgimiento de Grandes Hombres. No obstante, como tuvimos la ocasión de comprobar en el capítulo 7, la demografía de Corisco fluctuó durante toda la Edad del Hierro, yendo desde momentos de elevada presión poblacional hasta otros de despoblamiento.

Desde el limitado registro arqueológico resulta imposible, por aventurado y especulativo, proponer cifras demográficas para la Edad del Hierro en Corisco, pero no debemos olvidar dos cuestiones relevantes para la aparición de Grandes Hombres: por un lado, ya

⁶ *Great Men* podría traducirse al castellano como Hombres Excepcionales u Hombres Extraordinarios.

interpretamos que los picos de población de Corisco debieron coincidir con aumentos de la presión demográfica en la costa continental y, asimismo, las fases de despoblamiento con posibles colapsos ecológicos provocados por la sobreexplotación del medio. Esta realidad supone la evidencia indirecta que justifica que durante ciertos periodos, Corisco experimentó una cierta densidad de población. Por otro lado, el propio carácter insular de Corisco unido a sus reducidas dimensiones presenta la isla como un perfecto escenario en donde la restricción del movimiento y el aglutinamiento poblacional justificarían la existencia de Grandes Hombres que gestionasen la incipiente complejidad social⁷.

La segunda cuestión que planteaba Roscoe (2012: 42) como necesaria para el surgimiento de Grandes Hombres era la posibilidad de movilizar una determinada fuerza de trabajo para un interés colectivo. ¿Qué fuerza de trabajo se pudo movilizar en Corisco? El registro arqueológico sólo apunta en una posible dirección: la metalurgia del hierro. Creemos que la empresa fundamental gestionada por los Hombres Excepcionales sería la cadena técnica de la fundición y el trabajo del metal y toda la ritualidad que se le asocia. No debemos olvidar lo fuertemente connotada que está la metalurgia en África subsahariana en donde sus especialistas cuentan tradicionalmente con estatus especiales y muy variables: desde aquéllos que son temidos y respetados hasta los que son despreciados; de hecho en las sociedades estratificadas se consideran, además, una amenaza para el poder político (Richards 1981, Childs y Killick 1993: 329-330, Collett 1993, Herbert 1993, Rowlands y Warnier 1993, Haaland *et al.* 2001, González-Ruibal 2003: 50). No sería de extrañar que las primeras posiciones sociales diferenciadas estuviesen asociadas al conocimiento de esta tecnología y que los primeros Hombres Excepcionales de Corisco aprovecharan su especial dominio del arte de la metalurgia y de su ritualidad para adquirir este estatus diferenciado. Ahondando en esta hipótesis, cabe recordar los vínculos simbólicos que la mayoría de los objetos metálicos recuperados de las tumbas tienen con la idea de prestigio y estatus.

Como vemos, la realidad social de Corisco a inicios de la Edad del Hierro parece disfrutar de las características necesarias para que determinados Hombres Excepcionales empezasen a adquirir un estatus diferenciado, de prestigio y reconocimiento social,

⁷ Hagamos un pequeño juego especulativo: Corisco tiene una superficie de apenas 14 km², si en la fase Nandá su población hubiese sido equivalente a la del periodo de máxima población de la isla, que fue a mediados del XIX con 1.000 habitantes (situación nada inverosímil ya que los datos arqueológicos para ambos periodos son similares), la densidad de población resultante hubiera sido de 71 hab/km², lo cual es más que considerable para una sociedad preindustrial en un ambiente selvático.

sobre el resto de la población. Estos hombres fueron aquellos que supieron dominar con mayor habilidad la metalurgia del hierro y su ritualidad y supieron canalizar la fuerza de trabajo necesaria para ello en los momentos en que Corisco experimentó un aumento de la población. Es importante recordar que, aparte de la propia materialidad del metal, el conocimiento ritual y cosmológico especializado, la capacidad de mediar con esferas metafísicas de la realidad, puede ser considerado como un bien en sí mismo, un recurso tanto político como económico (Roscoe 2000: 94) que en una sociedad tradicional (y, en cierta medida, también en las no tradicionales) permite adquirir grandes dosis de reconocimiento social.

9.4.4. Las Mujeres Excepcionales

Una de las principales críticas que puede hacerse a todo lo afirmado con anterioridad es la ausencia de una perspectiva de género que visibilice a las mujeres en este momento de surgimiento de la complejidad social. ¿Hombres Excepcionales? ¿Acaso ese rol no pudo desempeñarlo una mujer?

Como ya indicamos en su momento, la imposibilidad de recuperar restos esqueléticos en la necrópolis de Nandá ha sido un gran inconveniente para la interpretación social de los restos y un límite insalvable para valorar cuestiones de género. No sabemos si los enterrados eran, en realidad, enterradas. Tampoco sabemos si hay tumbas masculinas y femeninas o si existe alguna diferencia sustancial entre ellas. Tampoco podemos saber si existen tumbas infantiles con o sin ajuar.

El carácter marcadamente patriarcal de la totalidad de las sociedades de África centro-occidental durante los últimos siglos nos conduce a pensar que la implementación de la complejidad social ya venía marcado por este sesgo androcéntrico. Por otro lado, ha sido reconocido etnográficamente que la actividad metalúrgica se asocia mundialmente en las sociedades tradicionales a los hombres, estando vetado explícitamente a las mujeres (Murdock 1969). Ambas realidades confluyen para suponer que en el caso concreto de Corisco los Hombres Excepcionales serían, efectivamente, hombres.

No obstante, a pesar de que el proceso de complejización social estuviese asociado a la aparición de gestores (y no gestoras) de una desigualdad creciente, no podemos afirmar con certeza que todas las tumbas de Corisco pertenezcan a hombres, por lo que

cabe la posibilidad de que existiesen también mujeres con estatus elevado, obtenido por méritos propios como especialistas en algún ámbito (ritual, tecnológico, etc.) o por su relación familiar con alguno de esos Hombres Excepcionales. De hecho, en la fase Oveng Temprano, momento en donde la cerámica escasea en las tumbas, existen dos depósitos (los D.E. 16 y 27) que se diferencian de los demás por la presencia de cerámica y porque la totalidad de sus elementos metálicos son de adorno (a excepción del gran ekuele del D.E. 27), lo que tal vez podría indicar que pertenecen a un colectivo distinto del de la mayoría de las tumbas, presumiblemente a mujeres.

9.4.5. De la partibilidad Oveng a la permeabilidad Nandá

Concluimos este capítulo regresando a los postulados que elaboramos sobre identidad cuando presentamos el marco teórico y retomamos las ideas de dividualidad, partibilidad y permeabilidad. Como vimos, la principal característica de la persona con identidad dividual es su concepción como un compuesto de sustancias de múltiple autoría (propia y ajena). La persona lo es en tanto que comparte con otros partes de su ser, un ser que no puede ser imaginado bajo el prisma dualista cartesiano cuerpo:mente, sino como un nodo donde se entrecruzan e interaccionan elementos de muy diversa índole. Una de las formas en que se materializan estas interacciones es a través de la gestión de las “sustancias”.

A pesar de ser un objeto de estudio reciente, el análisis de las identidades relacionales y su vinculación con la gestión de sustancias en África subsahariana no es algo del todo novedoso, como demuestran los trabajos de Warnier (2006, 2007) o la publicación de Fontein y Harries (2013). En el área de estudio que nos ocupa, el registro etnográfico ha sido una extraordinaria fuente de información para evaluar la importancia que ha tenido este tipo de identidad hasta el momento presente, según los casos. Así lo presenta Bernault (2006: 213) para el caso gabonés:

“The body was not seen as a physical reality whose existence derived from biological integrity, but as a multiple and fragmentable entity that retained power beyond death and dismemberment. To understand the relationship between power and the human body, a convenient starting point is the notion that special talents coming from the other-world of spirits and heroes were attached to an individual in the organic form of a witch-substance located in the belly”.

Tanto la autoridad colonial primero, como los gobiernos que surgieron tras las independencias después, han intentado erradicar este tipo de creencias considerando, precisamente, que son simples costumbres y sin entender que la dificultad de su eliminación radica en el hecho de que son algo más complejo que eso: son una manera particular de constituirse como persona. Dos ejemplos, uno procedente de Camerún y otro de Gabón, nos servirán para ilustrar su pervivencia hasta el presente.

Salpeteur y Warnier (2013) nos cuentan cómo en las praderas camerunesas al menos hasta los años 90 del siglo XX (probablemente se siga practicando clandestinamente hoy en día) se han realizado autopsias abiertas al público y dirigidas por los ancianos del pueblo y los familiares del fallecido. En estas autopsias se examinan las vísceras y las sustancias del cadáver con el fin de conocer la verdadera personalidad del muerto y crear una narrativa sobre su persona, tanto de lo que fue en vida como de lo que será tras su muerte y de la relevancia que esto tendrá para sus conocidos. Esta práctica es especialmente delicada porque la gestión de sustancias puede acarrear consecuencias de todo tipo.

Bernault (2013) recoge el caso de los llamados “crímenes rituales” en Gabón, también habituales, al menos, hasta los años 90 del siglo XX. Se trata de asesinatos que tienen como fin obtener determinadas partes del cuerpo de la víctima que tendrán valor ritual al ser convertidos en amuletos. Según la autora (Bernault 2013: 185), estos crímenes suponen la puesta en marcha de una transacción corporal que produce valor: el asesino destruye una vida, pero crea nuevos vínculos sociales a través de los amuletos.

Aunque sea un ejemplo de muy diferente naturaleza, podemos remontarnos algo más atrás en nuestro rastreo etnográfico y recordar (ver apartado 4.3.4) que diversos pueblos de Guinea Ecuatorial y Gabón (los fang, los kota y los punu, por ejemplo) elaboraron hasta bien entrado el siglo XX relicarios en donde depositaban restos óseos de los antepasados con el fin de venerar a los ancestros.

Somos conscientes de lo impropio de realizar una analogía directa entre estos casos identificados entre los siglos XVIII y XX y el pasado prehistórico de Corisco. No obstante, creemos que su mera existencia es especialmente relevante para interpretar el caso que nos ocupa, pues nos informa de una base cultural común y una idea compartida de concebir a la persona. Vansina (1990: 134) propuso que el inicio del culto a las reliquias de los ancestros comenzó a mediados del segundo milenio d.C. en el área que va desde Camerún

hasta Gabón. Nosotros vamos a proponer retrotraer esta fecha hasta inicios del primer milenio d.C.

La hipótesis que defenderemos a continuación es la existencia generalizada durante la Edad del Hierro en Corisco de una identidad relacional-dividual en donde podemos identificar la aparición de los primeros rasgos de individualidad ligados a la figura de los Hombres Excepcionales. Las dos grandes tradiciones funerarias de la necrópolis, los enterramientos secundarios de la fase Oveng Temprano y los enterramientos primarios de la fase Nandá, nos conducen a sugerir la posibilidad de la existencia de identidades partibles en la primera fase y permeables en la segunda.

Las sociedades no estratificadas se caracterizan, entre otras cosas, por la identidad explícitamente relacional de sus miembros. Como hemos visto, el inicio de la Edad del Hierro en Corisco supone un punto de inflexión en la estratificación social: se dará un paso hacia una mayor complejidad social en el momento en el que algunas personas empiecen a ostentar estatus diferenciados. El correlato de este cambio será la modificación de la percepción de la persona entre los miembros del grupo que participan de esos nuevos estatus.

¿Cómo se viven esas incipientes individualidades en un contexto ampliamente relacional? A través de la utilización de tecnologías del yo que construyan y expresen al mismo tiempo los primeros rasgos de individuación. Es importante destacar que, a diferencia de las sociedades en las que se ha desarrollado la escritura, en las que la individualidad pasa por procesos mentales y la generación de ideas diferentes (voluntades, deseos, etc.), las tecnologías del yo en las sociedades orales se implementan a través de prácticas corporales y las acciones y objetos que se les vinculan (ver Treherne 1995, Hernando y González-Ruibal 2011: 22-23). Los Hombres Excepcionales actuarían su identidad no sólo a través de comportamientos particulares (gestión de la metalurgia del hierro y de su ritualidad, por ejemplo) sino a través del uso y exhibición de objetos “excepcionales” que serían, a su vez, producto de la tecnología impulsada por la movilización de la fuerza de trabajo que ellos mismos canalizaban. Estos objetos, sin embargo, están altamente estandarizados, no hay más que recordar la gran similitud de todos los encontrados en Corisco y la que existe entre éstos y los recuperados en Camerún. Es lógico, recordemos que el desarrollo de la individualidad corre paralelo a

la invisibilización (que no supresión) de ciertas parcelas de relacionalidad. Pero como ésta es una identidad irrenunciable, como propuso Hernando (2012), los primeros Hombres Excepcionales la habrían “actuado” (aunque no lo reconocieran) entrando a formar parte de un grupo de “pares” que se identificaría entre sí haciendo uso de objetos estandarizados.

Paralelo a este proceso, la identidad del conjunto de la población seguiría siendo altamente relacional, y la expresión material de esta forma de concebirse tendría una expresión concreta que podemos identificar a través del ritual funerario, en donde creemos reconocer identidades partibles y permeables.

Los enterramientos de la fase Oveng Temprano presentan un tratamiento especial de los cadáveres: posible exposición y/o enterramiento y un segundo enterramiento de partes seleccionadas. Esta práctica nos informa de la posible creencia en que ciertas partes del cuerpo del fallecido se consideraban especialmente importantes para el ritual funerario y representativas de su totalidad. Este tratamiento corporal *post mortem* es muy parecido al ritual fang del melan, del que hablamos en el apartado 4.3.4, en el que ciertas partes del cuerpo de ancestros se convierten en reliquias que al ser adoradas permiten al pueblo comunicarse con estos héroes míticos que interceden por ellos desde un plano metafísico. En Oveng Temprano podemos tener un caso similar, en el que a través del ritual funerario los Hombres Excepcionales pasarían a convertirse en héroes míticos. El propio ritual podría servir, del mismo modo que las autopsias públicas de Camerún, para reafirmar la historia del grupo a través de narrativas reproducidas mientras se veneraba el cadáver. Toda esta forma de tratar los cadáveres y sus partes nos remite a un tipo de identidad partible tal y como la definió Fowler (2004a: 9), en la que las partes de una persona se originan y pertenecen a otros. Las reliquias de los ancestros depositadas en los enterramientos secundarios no serían un simple recordatorio del difunto, sino que se erigirían como potentes recursos de comunicación con el mundo de ultratumba, de cuya relación dependería el bienestar de los vivos.

En la fase Nandá de la necrópolis el culto a las reliquias y la manipulación de cadáveres parecen perder importancia. El ritual de enterramiento es sustituido por uno de tipo primario y este hecho nos indica, a nuestro juicio, que la forma de concebirse persona estaba también cambiando con él. El cadáver es ahora depositado en una fosa que se sella

para no volver a ser abierta. Debemos preguntarnos entonces qué ocurre durante el ritual antes de que ese hecho definitivo se produzca. Independientemente del tratamiento del cadáver, hay un aspecto del ritual que llama la atención: el tipo de ajuar introducido en la tumba cambia. Frente a ajuares compuestos casi en exclusiva por objetos metálicos durante Oveng Temprano pasamos a otros que incorporan, además, una gran cantidad de recipientes cerámicos (muchos de ellos botellas) en la fase Nandá. En su momento argumentamos que la cadena técnico-operativa de estas cerámicas indica que fueron elaboradas en el momento de la muerte y que tuvieron una funcionalidad exclusivamente funeraria. Esto podría ser indicio de que el ritual funerario Nandá incluía algún tipo de práctica de comensalidad.

Antes de continuar con la interpretación de los enterramientos Nandá vamos a dirigir nuestra atención por un momento al reino de Mankon en Camerún para recuperar algunas de las ideas propuestas por Warnier que creemos que pueden ayudarnos en nuestra interpretación. Dice Warnier (2007: 25):

“The king contains in his own body a number of substances, like those that are contained in any human body: breath, saliva, semen. These are transformed into life-substances by the dead monarchs and stored by the reigning king to be given out to his subjects. However, these bodily substances are multiplied and extended by other substances like raffia wine, palm oil and camwood powder used by the king to spray and smear on people and things”.

Warnier deja claro a lo largo de su trabajo que toda relación social en el reino de Mankon está mediada por la gestión de sustancias cuyo origen está en el monarca, quien tiene la capacidad de transformar simples sustancias en sustancias vitales y la responsabilidad de repartirlas entre sus súbditos para garantizar su bienestar. Aunque el nivel de estratificación social del reino de Mankon es mucho más elevado del que debía ser el de Corisco durante la Edad del Hierro, creemos que los Hombres Excepcionales de la fase Nandá podrían haber sido de algún modo gestores de sustancias vitales. La gestión de esas sustancias quedaría materializada en el registro arqueológico a través del ritual funerario, que incluiría el uso de recipientes cerámicos contenedores de alimentos sólidos y líquidos, aceite y vino de palma entre ellos. Esta práctica podría remitir a un tipo de identidad permeable, tal y como la define Fowler (2004a: 9), en la cual las personas no se

consideran formadas por “partes” sino por un flujo de “sustancias” que permean de unas personas a otras. Siguiendo el caso del reino del Mankon, las sustancias vitales fluyen en una misma dirección: del monarca a su pueblo. En Corisco, el ritual funerario de los Hombres Excepcionales Nandá junto con su ajuar de recipientes pudo constituir el último reparto de sustancias antes de su paso al Más Allá.

Los diferentes rituales identificados ponen el foco en los huesos de los ancestros primero (Oveng) y en los fluidos de los vivos o de los recién muertos después (Nandá). Entre los siglos XVIII y XX, la evidencia antropológica nos dice que los Fang o los Benga pusieron de nuevo el acento en el culto a los huesos de los ancestros. No casualmente, ambos pueblos provienen del interior del continente y mantuvieron, quizá, tradiciones bantúes antiguas que los costeros Nandá perdieron o nunca tuvieron.

Para concluir este capítulo queremos reconocer la dificultad de reconstruir aspectos sociales, en general, y los relacionados con la identidad, en particular, cuando el registro arqueológico disponible es tan fragmentario y limitado. A pesar de ello, hemos creído oportuno y plausible elaborar desde una óptica teórica y usando como límite la información etnográfica del contexto que estudiamos una interpretación social e identitaria de los restos arqueológicos de Corisco. Sería interesante poder avanzar más en este tipo de interpretaciones, y de hecho sería posible si contásemos con otros yacimientos parecidos excavados en extensión en la región. Desafortunadamente la realidad es otra. Estamos seguros de que en un futuro no muy lejano los nuevos datos arqueológicos nos permitirán ahondar en esta vía con el fin de construir una imagen más precisa del pasado prehistórico de África centro-occidental.

9.5. Conclusión

En este capítulo hemos hecho una interpretación social en clave identitaria de los restos de la necrópolis de Corisco. Para ello hemos comenzado evaluando las posibilidades y las limitaciones de la arqueología funeraria y hemos concluido que las tumbas son una fuente de interpretación excelente que nos permite contestar a muy variadas preguntas sobre aspectos sociales de la comunidad que las construyó, pero también cuentan con unas características intrínsecas que dificultan en gran medida este trabajo; nos referimos a su naturaleza fragmentaria, incompleta, parcial, conceptual y selectiva.

A continuación hemos elaborado un análisis de correspondencias utilizando el programa informático WinBASP de la Universidad de Colonia. Tras cruzar los datos de 37 unidades y 35 variables hemos obtenido una dispersión de puntos coherente con las hipótesis que habíamos propuesto con anterioridad. Este análisis nos informa de la secuencia arqueológica de los restos de Corisco y del tipo de asociaciones que se da entre ellos. Entre otros aspectos, hemos confirmado la implantación paulatina de variantes a lo largo de Oveng Temprano y su abrupto final tras la fase Nandá. Por otro lado, la variabilidad de los objetos enterrados en la fase Oveng Temprano y su homogeneidad en la fase Nandá nos ha informado de cómo fue consolidándose la manera en la que el estatus quedaba representado en las tumbas a través del ajuar funerario.

Para contextualizar el posterior análisis social hemos rastreado la presencia de objetos metálicos del mismo tipo en toda la región tanto en contextos arqueológicos como etnográficos y hemos evaluado los significados que se les asocian. Invariablemente, los bikuele y las hachas, las cucharas, las campanas, las puntas de lanza, los cuchillos, los cuchillos-hoz y los adornos corporales se relacionan de diferentes maneras con personas de alto estatus o con aspectos rituales vinculados a ellas.

Para cerrar el capítulo, hemos retomado las ideas que planteamos al hablar de teoría arqueológica y hemos propuesto una interpretación sobre cómo sería la sociedad de Corisco durante la Edad del Hierro y qué gestión de la identidad harían sus habitantes. La conclusión que hemos alcanzado es que a inicios de la Edad del Hierro la sociedad de Corisco estaba empezando a vivir una transformación hacia un tipo de formación más compleja en la que algunos de sus miembros empezarían a ostentar estatus sociales más elevados que los del resto de personas. Se trata de lo que hemos llamado, siguiendo las propuestas de la literatura etnográfica sobre Nueva Guinea, los Hombres Excepcionales, personas que habrían obtenido un especial estatus al destacar dentro de sus grupos como guerreros, cazadores, horticultores o expertos rituales. En concreto, creemos que en Corisco estas personas debieron haber sido aquellas encargadas de gestionar la metalurgia del hierro y su ritualidad, movilizand o la fuerza de trabajo necesaria para ello en los momentos de mayor densidad demográfica. Este rol les llevaría a disfrutar de un estatus particular que implementaría la aparición de los primeros rasgos de individualidad entre ellos.

No obstante, esta incipiente desigualdad en materia de identidad no sería más que el inicio de un proceso todavía en estado embrionario. El resto de la sociedad y los mismos Hombres Excepcionales participarían de una identidad fuertemente relacional que, según hemos identificado en el registro arqueológico, podríamos denominar como *dividual-partible* en la fase Oveng Temprano y *dividual-permeable* en la fase Nandá.

CAPÍTULO 10.

CONCLUSIÓN

“-Yo hablo, hablo -dice Marco- pero el que me escucha sólo
retiene las palabras que espera”.

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, 1972

El capítulo conclusivo de esta tesis doctoral pretende ser una recopilación de las principales ideas que se han ido elaborando a lo largo de este trabajo. Las presentamos a continuación de manera sintética.

La arqueología del África subsahariana, como la de cualquier otra parte del mundo, está estrechamente vinculada a su propia historia. Aunque cada país, o cada región deberíamos decir, participó de unas características diferentes, existe una base común para todos ellos: la arqueología llegó de mano de la colonia, en algunos casos como un proyecto más de dominación cultural y, en otros, como simple pasatiempo de los oficiales coloniales. Tras las independencias, los caminos seguidos por esta disciplina fueron muy variados y dependieron, en gran medida, de la relación de cada nuevo país con su antigua metrópoli.

Si al contexto político derivado de la colonia y las independencias le sumamos otras circunstancias, como pueden ser la toma del poder por dictadores sanguinarios o un ecosistema tropical que dificulta la investigación arqueológica, el resultado en materia científica es desolador, incluso en el mejor de los casos. Grandísimas regiones de África subsahariana en general y de la región centro-occidental en particular vivieron ajenas a cualquier tipo de intervención arqueológica y esto ha lastrado este tipo de conocimiento hasta la actualidad.

Guinea Ecuatorial ha sido uno de estos enclaves sistemáticamente olvidados. Aunque durante la época colonial, en los años 50 y 60 del siglo XX, la arqueología vivió un cierto dinamismo, tras la independencia las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en el país fueron escasísimas, sumando apenas media docena. En este contexto, nuestro trabajo arqueológico en la isla de Corisco (2009-2012) supone el proyecto de mayor envergadura llevado a cabo en el país en toda su historia.

Esta tesis doctoral es uno de los productos de ese proyecto. Ambos, proyecto y tesis, han servido para documentar la riqueza arqueológica de la isla de Corisco y para “rescatar” en la medida de lo posible un yacimiento fuertemente afectado por las obras de construcción de un aeropuerto y en grave peligro de ser completamente destruido. Tanto por la riqueza de su información como por la excepcionalidad de sus características, el yacimiento de Nandá ha resultado ser de máxima relevancia tanto para la arqueología de la región como para la del África subsahariana en general. Estudiarlo nos ha permitido contribuir al conocimiento de una parte de la prehistoria que hasta día de hoy era escasamente conocida.

La manera que tenemos de acercarnos al registro arqueológico, cómo lo leemos y cómo lo interpretamos viene absolutamente condicionada por nuestra propia experiencia, por nuestros presupuestos y, también, por nuestros prejuicios. Cuando se realiza una reflexión sobre toda esta carga “subjetiva” la llamamos “marco teórico”. El nuestro participa de muchas ideas propuestas desde la arqueología posprocesual y desde el programa posestructuralista. Las fundamentales son las siguientes:

1. La cultura material tiene un carácter semiológico: no es un reflejo pasivo de las sociedades que la crearon sino un elemento activo de la cultura que es necesario interpretar.
2. Frente a explicaciones totalizadoras es necesario proponer interpretaciones contextuales, abiertas a reconsideraciones.
3. La validez de esas interpretaciones dependerá de la calidad de la información contextual.
4. Los objetos no son simples productos culturales sino agentes de la red social: expresan y construyen realidad.

La riqueza de los datos contextuales ofrecidos por la necrópolis, además de las inquietudes teóricas de parte del equipo, nos aventuró a ir más allá de la mera descripción de los materiales y de los contextos recuperados. Decidimos que la evidencia material de que disponíamos, a pesar de sus manifiestas limitaciones, nos permitía realizar una aproximación interpretativa sobre la sociedad de Corisco durante la Edad del Hierro y sobre el modo en que sus habitantes gestionaron su identidad. Para analizar cuestiones de este tipo nos fue necesario recurrir a un marco teórico amplio y multidisciplinar que

bebiese de la antropología, la sociología y la filosofía. Nos pareció que el más adecuado para este cometido era el propuesto por la Arqueología de la Identidad, al cual accedimos a través de los trabajos de Almudena Hernando (2002, 2012).

La base que cimenta nuestras interpretaciones pasa por considerar que los mecanismos de construcción de la identidad, tal y como la entendemos nosotros, tienen un carácter estructural. La identidad podría ser definida como el principal mecanismo humano generador de seguridad ontológica. Gracias a ella los seres humanos nos sentimos seguros en un mundo cuya complejidad nos desborda y apenas controlamos, y esto lo conseguimos construyendo redes de interacción positiva con nuestros semejantes, y de oposición frente a quienes consideramos diferentes. La identidad, por lo tanto, se construye siempre en sociedad, en el plano de la interacción. A medida que las interacciones sociales multiplican su número y sus tipos, la identidad personal se vuelve poliédrica, empezando entonces a estar atravesada por la intersección de múltiples ejes (género, edad, rango, raza, sexualidad, etc.) y su producto final, aunque inestable, parece definir individualmente a cada persona.

En las sociedades que empiezan a volverse más complejas, es decir, aquéllas en las que el número y tipo de interrelaciones personales se multiplica, la identidad de sus miembros se construye combinando rasgos individuales y relacionales. Explicado muy sintéticamente podríamos decir que los primeros se vinculan a la idea de un “yo” y los segundos a la de un “nosotros”. Aunque ambos son de importancia capital, la base de toda identidad está formada por los aspectos relacionales (recordemos, la identidad se construye en el plano de la interacción), mientras que la individual la consideramos una ficción reguladora.

La identidad ha sido materia de estudio en muchos grupos humanos del presente y del pasado. Desde la antropología se han propuesto formas de identidad llamadas *dividuales*. A nuestro juicio, esto no es más que otra manera de llamar a aquellas identidades que no niegan su parte relacional y cuya expresión tomará diferentes aspectos dependiendo de cada contexto cultural. En India y Melanesia se han reconocido identidades dividuales-relacionales partibles y permeables que creemos pueden tener aplicabilidad en el contexto prehistórico que nosotros estudiamos.

Con estas ideas de partida, pasamos a estudiar la evidencia arqueológica de la isla de Corisco. La secuencia crono-cultural que deducimos de sus restos y de las dataciones radiocarbónicas asociadas es la siguiente:

La Edad del Hierro en Corisco se extiende en una franja temporal que va desde mediados del siglo I a.C. hasta el siglo XII d.C. y puede ser dividida en 6 fases.

La Fase I (Oveng Temprano) se extiende desde el cambio de era hasta el siglo V d.C. Viene definida por la existencia de una necrópolis de enterramientos secundarios en la que hemos recuperado 20 depósitos cuyos ajuares están formados por objetos de hierro (cucharas, collares, hachas, hoces-cuchillo, bikuele) y, en menor medida, algún resto cerámico.

La Fase II (Oveng Medio) se extiende desde el siglo IV al VII. Viene definida por la existencia de un asentamiento del que hemos recuperado suelos de ocupación con fosas de desecho y agujeros de poste.

La Fase III (Oveng Final) se extiende durante los siglos VII y VIII. Es la menos conocida de todas. Viene definida por una fosa de desecho y un par de enterramientos primarios cuyos ajuares incluyen collares y brazaletes de hierro.

La Fase IV es de despoblamiento. Se extiende aproximadamente entre los siglos VIII y X.

La Fase V (Nandá/Angondjé) es la última fase de ocupación de la isla. Se extiende desde los siglos X al XII. En ella se han identificado dos tradiciones tecnológicas. La tradición Nandá viene definida por una necrópolis de enterramientos primarios en la que hemos recuperado 16 depósitos cuyos ajuares están compuestos por objetos de hierro (collares, brazaletes, cuchillos) y recipientes cerámicos, y un asentamiento con suelos de ocupación, varias fosas de desecho y agujeros de poste. De la tradición Angondjé se han documentado diferentes asentamientos que fueron prospectados y de los que se limpiaron varios perfiles para obtener muestras para análisis edafológicos y radiocarbónicos. En ellos aparecen abundantes fragmentos cerámicos y algún objeto metálico.

La Fase VI se inicia en torno a los siglos XII/XIII. La isla queda de nuevo despoblada tal y como comprobaron los viajeros portugueses que llegaron a ella a finales del siglo XV.

Una vez conocida la secuencia arqueológica de la isla de Corisco y la calidad de sus materiales, un reconocimiento de los yacimientos asociados a la Edad del Hierro en el resto de Guinea Ecuatorial, en el sur de Camerún, en el norte de Gabón y en la costa de Congo-Brazzaville nos confirma la excepcionalidad arqueológica de Corisco. Podemos

agrupar todos los yacimientos de estas regiones en dos tipos: por un lado, aquellos (la grandísima mayoría) que están formados por fosas de desecho en cuyo interior aparecen invariablemente fragmentos cerámicos, endocarpos de palma carbonizados, macrolitos y, ocasionalmente, restos de escorias metálicas y fragmentos de tobera; por otro lado, en el sur de Camerún se han documentado tumbas parecidas en cronología, forma y ajuar a las de Corisco.

Una visión general de este registro arqueológico nos permite hacer algunas inferencias sobre la Edad del Hierro en esta gran área. Lo primero que resulta evidente es la existencia de dos tradiciones diferentes: por un lado, la que corre paralela a la costa continental y, por otro, la de la isla de Bioko.

La primera de las tradiciones se desarrolló durante la Edad del Hierro en el área que transcurre desde la desembocadura del río Sanaga hasta Pointe-Noire, tradición en la que estaría incluida Corisco. La economía de los representantes de esta tradición estaría adaptada al medio de una manera muy versátil, pues para conseguir alimento se confiaría por igual en la horticultura que en la caza, la pesca y la recolección. Se trataría de grupos semi-sedentarios cuya estructura se iría volviendo más compleja a lo largo de la Edad del Hierro al empezar a surgir diferencias de rango en forma de líderes que obtendrían el respeto de los suyos y su estatus elevado en virtud de sus características personales y no por herencia.

La segunda de las tradiciones está restringida geográficamente a la isla de Bioko. No poseemos mucha información arqueológica sobre ella, pero sí la suficiente como para saber que comparte cronología y ciertas características socio-económicas con la anterior tradición. Sin embargo, hay un rasgo importante en el que difieren: los habitantes de Bioko nunca adoptaron la metalurgia del hierro ni el uso de objetos metálicos, con todo lo que esto puede llegar a suponer desde un punto de vista tanto tecnológico como social.

Si la primera tradición se caracteriza, entre otras cosas, por la existencia de contactos a gran escala, como sugiere la similitud de estilos cerámicos y metálicos, la segunda se caracteriza por lo contrario, su aislamiento.

Con las cuestiones teóricas en mente y tras revisar detalladamente el registro arqueológico de África centro-occidental creemos que la necrópolis de Nandá ofrece una base empírica

de máxima calidad (desde un punto de vista contextual) para responder a preguntas sobre cuestiones sociales e identitarias. No obstante, creemos que las conclusiones que hemos podido alcanzar han de ser extensibles al resto del área. Que en el sur de Camerún se hayan encontrado yacimientos parecidos al de Corisco refuerzan la hipótesis de que deben de existir más necrópolis de este tipo que aún no han sido localizadas.

La elaboración de un análisis de correspondencias con los datos procedentes de la necrópolis nos ha permitido corroborar la secuencia arqueológica propuesta y descubrir alguna nueva relación entre unidades y variables que había quedado oculta. Una de las primeras conclusiones de este análisis es que la implantación de variables se inició de una manera cadenciosa, como correspondería a una población que se asienta progresivamente en la isla. Sin embargo, el fin de Nandá es abrupto, es decir, no se van sustituyendo unas variables por otras hasta desaparecer sino que dejan de estar representadas en un momento concreto. Esta información es coherente con la idea de un despoblamiento rápido. Otra de las conclusiones que han llamado nuestra atención es la variabilidad en la formación de los ajuares de Oveng Temprano y Nandá. En el primer periodo son altamente variables, mientras que en el segundo son mucho más homogéneos. Esto se debe, en nuestra opinión, a la propia gestación de la idea de estatus y de cómo representarla materialmente: en Oveng Temprano aún no se había sancionado socialmente el modo de hacerlo, en la fase Nandá sí.

Aunque desde el mismo momento de su excavación nos parecía evidente que las tumbas de Corisco debían pertenecer a personas de alto estatus era necesario hacer una aproximación contextual a sus ajuares tanto para contrastar empíricamente nuestra interpretación como para ser fieles a nuestros principios teóricos. El rastreo arqueológico y antropológico de estos objetos nos ha permitido corroborar que prácticamente la totalidad de ellos (campanas, cucharas, adornos, hachas, bikuele, hoces-cuchillo) se asocian en la tradición bantú a personas poderosas (reyes, dirigentes, especialistas rituales). Esto nos lleva a afirmar que las personas enterradas en la necrópolis de Nandá eran personas de alto estatus.

La identificación de estatus diferenciados en Corisco no sugiere necesariamente la existencia de una sociedad estratificada. Creemos que la sociedad de Corisco a inicios de la Edad del Hierro debió empezar, sin embargo, a ver aumentada su complejidad al acceder

algunos de sus miembros a estatus más elevados que el resto. Se trataría de lo que hemos denominado Hombres Excepcionales, personajes que adquirirían su elevado estatus en virtud de sus habilidades sociales como buenos cazadores, horticultores, mediadores o especialistas rituales. Estas personas harían uso de su capital social para gestionar, en este caso concreto, la metalurgia del hierro, tanto en sus aspectos técnicos como rituales (que en un contexto preindustrial serían indisociables). Esta particularidad identitaria dentro del grupo se expresa a través de unos incipientes rasgos de individualidad que quedan plasmados en sus tumbas a través de un registro material que los diferencia del resto de la población y los identifica entre sí.

Independientemente de que en este momento empezasen a desarrollarse los primeros rasgos de individualidad entre algunos miembros de la sociedad, el conjunto de ella participaría de una identidad fuertemente relacional y escasamente individualizada. Siguiendo nuestras propias premisas teóricas, esta realidad debería quedar plasmada en el registro arqueológico, y así hemos creído reconocerlo en los diferentes rituales funerarios de la fase Oveng Temprano y de la fase Nandá. La gestión de partes del cadáver en la primera de las fases nos remite a una identidad dividual-partible, mientras que la existencia de rituales funerarios vinculados al consumo de sustancias en la segunda nos remite a un tipo de identidad dividual-permeable. Durante la celebración de estos rituales no solamente se actuaría explícitamente este tipo de identidad relacional, sino que los Hombres Excepcionales terrenales serían convertidos en héroes míticos a los que rendir culto.

El campo de estudio de las identidades desde un punto de vista arqueológico ha sido relativamente fecundo en muy variados contextos, tanto prehistóricos como históricos. El caso de África ha sido diferente: las investigaciones etnográficas sí han participado de esta corriente, no así las arqueológicas, que aún están por incorporar este tipo de cuestiones a su agenda. En nuestra opinión, la situación actual de la arqueología africana, que en las últimas décadas ha visto crecer el número de intervenciones de manera exponencial, así como la excepcional disponibilidad de fuentes de información de carácter etnográfico, permiten comenzar a cuestionar la evidencia arqueológica desde este prisma social e identitario. Estamos convencidos de que la incorporación de la arqueología africana a este debate permitirá no sólo enriquecerlo con nuevos casos de estudio, sino que además servirá para construir una imagen más nítida y más humana de la prehistoria africana.



EPÍLOGO

La (otra) vida social de los objetos

Una de nuestras principales inquietudes a la hora de diseñar el proyecto arqueológico del que nace esta tesis fue la necesidad de evitar las trampas neocoloniales que nuestra propia existencia planteaba: éramos arqueólogos españoles trabajando en una antigua colonia. El convencimiento de que la arqueología que nosotros haríamos en África debía beber de los criterios poscoloniales nos llevó a estar convencidos de algo: el Patrimonio Arqueológico de Guinea Ecuatorial debe residir en Guinea Ecuatorial. No queríamos repetir experiencias pasadas en las que los bienes arqueológicos salen de su país de origen con la excusa de ser estudiados y no regresan nunca más, o lo hacen tras décadas y con demandas judiciales de por medio.

Antes de comenzar a excavar, una parte del equipo se reunió con doña Guillermina Mekuy, ministra de cultura de Guinea Ecuatorial, quien se mostró interesada en el proyecto. Poco a poco, confiando en ese interés y a medida que los espectaculares hallazgos de la necrópolis de Nandá iban siendo descubiertos, creímos, inocentemente, que el gobierno de Guinea Ecuatorial se mostraría interesado en salvaguardar su rico patrimonio arqueológico. Un patrimonio que, además, era evidencia de un pasado próspero, libre de injerencias coloniales, con el que una población castigada por la colonia y los excesos dictatoriales podría identificarse. No nos cabía duda de que un país que en las últimas décadas ha visto enriquecer sus arcas gracias al descubrimiento de yacimientos de gas y petróleo no tendría inconveniente en financiar la conservación y la exposición de los restos de su pasado. Nos equivocábamos.

En 2011, al término de la primera campaña de trabajo de campo nos enfrentamos ante el problema de dónde depositar los objetos arqueológicos recuperados. En Corisco no había ningún lugar adecuado, así que decidimos trasladarlos con nosotros a Bata, capital continental de Guinea Ecuatorial. Allí, la única persona que nos ofreció una solución (temporal) fue la directora del Centro Cultural Español en Bata (CCEB) María Ángeles Díaz Ojeda: mientras se decidía un destino mejor quedarían almacenados en el sótano del CCEB, un lugar húmedo y muy poco recomendable para las frágiles piezas arqueológicas,

pero un lugar seguro al fin y al cabo. Debemos agradecerle una vez más su gestión, pues se hizo responsable de un problema del que podría haberse desentendido. Ante la gravedad de la situación nos reunimos de nuevo con la ministra de cultura y el resto de viceministros del ramo, quienes nos escucharon con atención y mostraron interés por nuestros hallazgos y por dar una solución conjunta al destino de las piezas. Tras salir de su despacho no hemos tenido noticia de que se hayan vuelto a preocupar por el asunto.

El problema se agravó tras la segunda campaña, en mayo de 2012. El número de objetos crecía y el gobierno ecuatoguineano se mostraba alternativamente interesado e indiferente: buenas palabras y ningún hecho. Al finalizar la campaña tratamos de volver a reunirnos con los responsables de cultura para encontrar una solución. Concertamos una cita a la que no acudieron. Algo no estaba funcionando. Tal vez no supimos transmitir la idea de por qué creemos que el patrimonio arqueológico debe ser conservado.

No cejamos en nuestro empeño. En septiembre de 2012 viajé a Guinea Ecuatorial, junto con dos restauradoras, Durgha Orozco y Eva Rodríguez, con la misión de evaluar el estado de conservación de las piezas, hacer una “restauración de urgencia” y elaborar un informe que alertase definitivamente a las autoridades ecuatoguineanas. Las restauradoras coincidieron en señalar el grave estado de todos los objetos y lo inútil de su actuación si no se modificaba el ambiente en el que estaban almacenados. Myriam Martínez, nueva directora del CCEB, había heredado nuestro problema y nos ayudó a tratar de darle solución. Elaboramos un informe especializado en donde recogíamos el análisis de las restauradoras y los pasos necesarios a seguir para la correcta restauración y preservación de las piezas. El objetivo era entregárselo a don Anacleto Oló Mibuy, Presidente del Consejo de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, con quien teníamos concertada una cita en Malabo. No pudimos hacerlo porque no se presentó a la cita. El embajador español, Manuel Gómez-Acebo, y la subdirectora del Centro Cultural Español en Malabo (CCEM), Patricia Picazo, se ofrecieron para hacérselo llegar en una próxima reunión. Paralelamente, esa misma tarde yo tenía programada una charla sobre nuestro proyecto en el Centro Cultural Hispano-Guineano de Malabo. Tras esperas y retrasos fui informado de que la charla había sido cancelada. Por la noche volamos a Madrid. Meses después, gracias a la ayuda de Carlos Contreras (anterior director del CCCEM) pude reunirme en Madrid con don Anacleto Oló para tratar de remediar este asunto. Se mostró interesado

en encontrar una solución y me pidió un nuevo informe sobre el estado de la cuestión que yo le hice llegar días después. No recibí respuesta.

Un año después, Andrea Ramos, amiga del proyecto y trabajadora del CCEB, pudo darnos información sobre el estado de conservación de las piezas, que seguían almacenadas en su ubicación “provisional”. El proceso de corrosión de los metales era imparable. Las cerámicas mantenían su habitual fragilidad pero aguantaban. Desde entonces no hemos vuelto a tener noticia de ellos. Probablemente los metales ya no existan. Con suerte las cerámicas aún sí.

Es evidente que algo falló. Seguramente fue un problema de comunicación entre las partes involucradas que no supimos resolver desde ninguno de los dos lados. Esta experiencia nos ha devuelto una imagen amarga de la pretendida relación poscolonial que imaginamos al principio. Si hubiésemos sacado esos objetos de Guinea Ecuatorial ¿qué habría ocurrido? Probablemente estarían bien conservados en algún lugar de España, pero también podríamos haber generado un conflicto diplomático con la antigua colonia que contaría con argumentos suficientes como para acusarnos de expolio. En cualquier caso, habríamos obrado en contra de los principios que suponemos deben regir una práctica arqueológica poscolonial.

La razón de este epílogo es mostrar un caso particular de relación entre una antigua colonia y su metrópolis en el ámbito de la arqueología. Este ejemplo hace evidente la finísima línea que separa una práctica poscolonial de otra neocolonial y de cómo la primera se enfrenta a problemas que muchas veces son difíciles de anticipar desde la pura reflexión teórica.

BIBLIOGRAFÍA

- ADEBAYO FOLORUNSO, C. 2005. Archaeology of Tiv settlements in the Benue Valley and implications for the history of Bantu homeland. En OGUNDIRAN, A. (ed.) *Precolonial Nigeria. Essays in honor of Toyin Falola*. Trenton & Asmara: Africa World Press, Inc., 173–186.
- ALABI, R. 2005. Early agricultural societies: innovations in technology and economy before AD 100. En OGUNDIRAN, A. (ed.) *Precolonial Nigeria. Essays in honor of Toyin Falola*. Trenton & Asmara: Africa World Press, Inc., 87–104.
- ALLEN, W. y THOMSON, T.R.H. 1848. *A narrative of the expedition sent by her Majesty's government to the river Niger, in 1841. Vol. I*, London: Richard Bentley, New Burlington Street.
- ALPERN, S.B. 2005. Did they or didn't they invent it? Iron in sub-saharan Africa. *History in Africa*, 32: 41–94.
- AMUDNSEN-MEYER, L., ENGEL, N. y PICKERING, S. (eds.) 2011. *Identity crisis: archaeological perspectives on social identity*, University of Calgary: Chacmool Archaeological Association.
- ANDAH, B.W. 1993. Identifying early farming traditions of West Africa. En SHAW, T., SINCLAIR, P., ANDAH, B. W. y OKPOKO, A. (eds.) *The archaeology of Africa. Food, metals and towns*. London & New York: Routledge, 240-254.
- ANDAH, B.W. y ANQUANDAH, J. 1988. The Guinean belt: the peoples between Mount Cameroon and the Ivory coast. En ELFASI, M. (ed.) *General History of Africa. Africa from the Seventh to the Eleventh century. Vol. 3*. London: Heinemann educational books, 488–529.
- ANDAH, B. W. y BAGODO, O. 1993. Research and theory in archaeology since the 1960s: an assessment of the African especially West African scene. *West African Journal of Archaeology*, 22: 1-23.
- ANDEKE, P.L. 2005. *La bahía de Corisco y la historia de los benga*, Malabo: La Gaceta de Guinea Ecuatorial.

- ANÓNIMO. 1502. *Planisferio de Cantino*, (disponible online http://es.wikipedia.org/wiki/Planisferio_de_Cantino).
- ANQUANDAH, J. 1993. Urbanization and state formation in Ghana during the Iron Age. En SHAW, T., SINCLAIR, P., ANDAH, B. y OKPOKO, A. (eds.) *The archaeology of Africa. Food, metals and towns*, London & New York: Routledge, 642-651.
- ARANDA, G., MONTÓN-SUBÍAS, S., SÁNCHEZ-ROMERO, M. y ALARCÓN, E. 2009. Death and everyday life. The Argaric societies from southeast Iberia. *Journal of Social Archaeology*, 9(2): 139-162.
- ARMIT, I. 2012. *Headhunting and the body in Iron Age Europe*, New York, Cambridge: University Press.
- ASOMBANG, R. 1988. *Bamenda in Prehistory: The evidence from Fiye Nkwi, Mbi Crater and Shum Laka rockshelters*, London University: PhD. Thesis.
- 1992. MBI Crater Rockshelter: evidence from Mammalian fauna. En ESSOMBA, J.-M. (ed.) *L'archéologie au Cameroun*. Paris: Éditions KARTHALA, 181-196.
- 2004. Interpreting standing stones in Africa: a case study in North-West Cameroon. *Antiquity*, 78(300): 294-305.
- ASOMBANG, R. y SCHMIDT, P.R. 1990. Rock-shelters and a greater history of the Bamenda Grassfields, Cameroon. *Nyame Akuma*, 34: 5-10.
- ASSOKO NDONG, A. 1988. Recherches en traditions orales et en archéologie dans la province du Woleu-Ntem (Gabon). 1985-1987. *Nsi*, 4: 10-20.
- 2000-2001. *Archéologie du peuplement holocène de la réserve de faune de la Lopé, Gabon*. 2 vols., Université Libre de Bruxelles.
- 2002. Synthèse des données archéologiques récentes sur le peuplement à l'Holocène de la réserve de faune de la Lopé, Gabon. *L'Anthropologie*, 106(1): 135-158.
- ATANGANA, C. 1988. *Archéologie au Cameroun Méridional: Étude du site d'Okolo*, Panthéon-Sorbonne, Thèse de doctorat de troisième cycle. Université de Paris I.
- 1992. Les fosses d'Okolo (sud du Cameroun): fouilles et axes recherches. *Nyame Akuma*, 38: 7-13.
- AVELOT, R. 1911. Notes sur les pratiques religieuses des Ba-Kalé. *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, VI^e Série(2): 282-296.

- AYÁN, X., GONZÁLEZ-RUIBAL, A., GARCÍA, S. OTERO, C., PICORNELL, L., SÁNCHEZ-ELIPE, M., TRIGO, M., BAYRE, F., VALENCIANO, A. y PORTO, Y. 2011. Arqueología en el estuario del Muni (Guinea Ecuatorial). *Revista de Arqueología*, 32(362): 24-33.
- AYMENÍ, A. 1926. *Diccionario español-bubi*, Madrid: Edit. del Corazón de María.
- AZCÁRATE, J. M. 1948. El tema iconográfico del salvaje. *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 21(82), 81-99.
- BABET, V. 1932. *Observations géologiques dans la partie méridionale de l'Afrique Équatoriale Française*, Paris: Larose.
- BABIĆ, S. 2005. Status identity and archaeology. En DÍAZ-ANDREU, M., LUCY, S., BABIĆ, S. y EDWARDS, D.N. (eds.) *The Archaeology of Identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*, London & New York: Routledge, 67-85.
- BAEKE, V. 1996. *Le temps des Rites. L'univers magico-religieux des Wuli (Mfumté du Cameroun occidental)*, Université Libre de Bruxelles, Thèse Sc Sociales.
- BAIKIE, W.B. 1856. *Narrative of an exploring voyage up the rivers Kwóra and Bínue (commonly known as the Niger and Tsádda) in 1854*, London: J. Murray.
- BARATAY, E. y HARDOUIN-FUGIER, E. 2002. *Zoo: a history of zoological gardens in the West*, London: Reaktion Books Ltd.
- BARNES, R. F. W. 1990. Deforestation trends in tropical Africa. *African Journal of Ecology*, 28: 161-173.
- BARREIRO RODRÍGUEZ, J., DIÉGUEZ JIMÉNEZ, C., DORDA DORDA, J., GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, J. E., IZQUIERDO MOYA, I., MARTÍN ALBADALEJO, C., PÉREZ DEL VAL, J., SÁNCHEZ CHILLÓN, B., SANTOS MAZORRA, C. M., SORIANO HERNANDO, Ó. y VILLENA SÁNCHEZ-VALERO, M. 2002. Fauna de Guinea Ecuatorial [CD-ROM]. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional.
- BARTH, V. 2011. Des hommes exotiques dans les expositions universelles et internationales (1851-1937). En BLANCHARD, P., BOËTSCH, G. y SNOEP, N. J. (eds.) *Exhibitions. L'invention du sauvage*. Paris: Actes Sud, Musée du Quai Branly, 180-205.
- BARTRA, R. 1996. *El salvaje en el espejo*, Barcelona: Destino.
- 1997. *El salvaje artificial*, Barcelona: Destino.
- 2008. *El mito del salvaje*, México: Fondo de Cultura Económica.

- BASILIO, A. 1962. *La vida animal en la Guinea Española*, Madrid: Instituto de Estudios Africanos, CSIC.
- BASTIN, Y., COUPEZ, A. y MANN, M. 1999. *Continuity and divergence in the Bantu languages: perspectives from a lexicostatistic study*, Musée Royal de l'Afrique Centrale, Annales, Sciences Humaines 162.
- BAUMAN, Z. 2000. *Liquid modernity*, Cambridge: Polity Press.
- 2003. *Liquid love: on the frailty of human bonds*, Wiley-Blackwell.
- BAUMANN, O. 2012 [1888]. *Una isla tropical africana. Fernando Poo y los Bubis*, Madrid: Sial/Casa de África.
- BAWDEN, G. 1996. *The moche*, Cambridge and Oxford: Blackwell Publishers.
- BAXTER, J.E. 2005. *The archaeology of childhood: children, gender, and material culture*, Walnut Creek, CA: AltaMira Press.
- BECH, J.H. 1988. Correspondence Analysis and pottery chronology. A case from the Late Roman Iron Age cemetery Slusegård, Bornholm. En MADSEN, T. (ed.) *Multivariate Archaeology. Numerical approaches in Scandinavian archaeology*. Højbjerg: Jutland Archaeological Society Publications XXI: 91–117.
- BENT, J.T. 1892. The ruins of Mashonaland, and explorations in the country. *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography*, 14(5): 273-298.
- BENTLEY, R.A., MASCHNER, H.D.G. y CHIPPINDALE, C. (eds.) 2008. *Handbook of archaeological theories*, Plymouth: AltaMira Press.
- BERGSLAND, K. y VOGT, H. 1962. On the validity of glottochronology. *Current Anthropology*, 3: 115-153.
- BERNAULT, F. 2006. Body, power and sacrifice in Equatorial Africa. *The Journal of African History*, 47(2): 207-239.
- BETTINGER, R.L. 1991. *Hunter-Gatherers. Archaeological and evolutionary theory*, New York and London: Plenum Press.
- BIEBUYCK, D.P. 1973. *Lega culture; Art, initiation, and moral philosophy among a Central African people*, Berkeley: University of California Press.
- BIFFOT, L. 1977. *Projet de création d'un Département d'Archéologie*, Libreville: Centre National de la Recherche Scientifique et Technique, Institut de Recherches en Sciences Humaines.

- BINFORD, L.R. 1962. Archaeology as Anthropology. *American Antiquity*, 28(2): 217-225.
- 1965. Archaeological systematics and the study of culture process. *American Antiquity*, 31(2): 203-210.
- 2001. *Constructing frames of reference. An analytical method for archaeological theory building*, California: University of California Press.
- BISSEAU, M.S. 1975. Copper currency in Central Africa: the archaeological evidence. *World Archaeology*, 6(3): 276-292.
- BLACKMUN, B.W. 1990. Obas' portraits in Benin. *African Arts*, 23(3): 61-69, 102-104.
- BLAEU, J. 2006. *Atlas Maior of 1665. Hispania, Portugallia, Africa & America*, Hong Kong: Taschen.
- BLANCHARD, P. 2011. Les expositions coloniales ou l'invention des "indigènes". En BLANCHARD, P., BOËTSCH, G. y SNOEP, N. J. (eds.) *Exhibitions. L'invention du sauvage*. Paris: Actes Sud, Musée du Quai Branly, 206-235.
- BLANCHARD, P., BOËTSCH, G. y SNOEP, N. J. (eds.) 2011. *Exhibitions. L'invention du sauvage*, Paris: Actes Sud, Musée du Quai Branly.
- BLANKOFF, B. 1969. L'état des recherches préhistoriques au Gabon. *Actes du premier colloque international d'archéologie africaine, Fort-Lamy 1966*, 1: 62-80.
- BLEEK, W.H.I. 1851. *De nominum generibus, linguarum Africae australis, copticae, semitarum, aliarumque sexualium*, Bonn: A. Marcus.
- BLENCH, R. 1993. Recent developments in African language classification and their implications for prehistory. En SHAW, T., SINCLAIR, P., ANDAH, B. y OKPOKO, A. (eds.) *The archaeology of Africa. Food, metals and towns*. London & New York: Routledge, 126-138.
- 2006. *Archaeology, language, and the African past*, Lanham: AltaMira Press.
- 2007. African agricultural tools: implications of synchronic ethnography for agrarian history. En *5th International Workshop for African Archaeobotany*. London.
- 2013. Language, linguistics, and archaeology: their integration in the study of African prehistory. En MITCHELL, P. y LANE, P. (eds.) *The Oxford Handbook of African Archaeology*. Oxford: University Press, 49-64.
- BONDARENKO, D.M. 2005. A homoarchic alternative to the homoarchic state: Benin kingdom of the 13th - 19th centuries. *Social Evolution & History*, 4(2): 18-88.

- BONINO, L. 2000. Varones, género y salud mental -deconstruyendo la “normalidad” masculina-. En SEGARRA, M. y CARABÍ, A. (eds.) *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria, 41-64.
- BORDO, S. 1987. *The Flight to Objectivity: Essays on Cartesianism and Culture*, Albany: State University of New York Press.
- BORIĆ, D. y ROBB, J. E. (eds.) 2008. *Past bodies: body-centered research in archaeology*, Oxford: Oxbow Books.
- BORREGO NADAL, V. 1994. “Visión” y conocimiento: el arte fang de Guinea Ecuatorial, Tesis Doctoral Inédita, Universidad Complutense de Madrid.
- BOSMAN, W. 1705. *A new and accurate description of the coast of Guinea, divided into the gold, the slave, and the ivory coasts*, Sir Alfred Jones.
- BOSSARD, L. (ed.) 2009. *Regional atlas on West Africa*, OECD Publishing.
- BOURDIEU, P. 2007. *La dominación masculina*, Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, P. 2008. *El sentido práctico*, Salamanca: Siglo XXI.
- BRAVO CARBONELL, J. 1926. *Guinea española. Los mil millones de pesetas anuales*, Madrid: Imp. Zoila Ascasibar y C^a.
- BREAU, P. 1981. *M’Vengue: site préhistorique*.
- BRITTAİN, M. y HARRIS, O. 2010. Enchaining arguments and fragmenting assumptions: reconsidering the fragmentation debate in archaeology. *World Archaeology*, 42(4): 581-594.
- BRÜCK, J. 2004. Material metaphors. The relational construction of identity in Early Bronze Age burials in Ireland and Britain. *Journal of Social Archaeology*, 4(3): 307-333.
- 2005. Experiencing the past? The development of a phenomenological archaeology in British prehistory. *Archaeological Dialogues*, 12(1), 45-72.
- BUDJA, M. 2010. The archaeology of death. From ‘social personae’ to ‘relational personhood’. *Documenta Praehistorica*, 37: 53-54.
- 2012. Interpretative trajectories toward understanding personhoods in prehistory. *Documenta Praehistorica*, 39: 137-153.
- BUIKSTRA, J. BECK, L.A., y WILLIAMS, S.R. (eds.) (2005). *Interacting with the dead: Perspectives on mortuary archaeology for the new millennium*. Florida: University Press of Florida.

- BUISSON, É.-M. 1933. Matériaux pour servir à la Préhistoire du Cameroun. *Bulletin de la Société Préhistorique de France*, 30(6): 335-348.
- BULTOT, F. y GRIFFITHS, J.F. 1972. The equatorial wet zone. En GRIFFITHS, J.F. (ed.) *World Survey of Climatology. Vol. 10. Climates of Africa*. Amsterdam-London-New York: Elsevier Publishing Company, 259-311.
- BURRIDGE, K. 1975. The melanesian manager. En BEATTEI, J.M. y LIENDHART, R.G. (eds.) *Studies in Social Anthropology*. Oxford: University Press, 86-104.
- BURGUIÈRE, A. 1982. The fate of the history of mentalités in the Annales. *Comparative Studies in Society and History*, 24(3): 424-437.
- BURTON, R.F. 1863. A day amongst the Fans. *Anthropological Review*, 1(1): 43-54.
- 1865. *Proverbial sayings and idioms in the Mpangwe*, London: Tongue.
- 1874. A visit to Fernando Po Peak. *Alpin Journal*, VI: 1-19.
- 1876. *Two trips to Gorilla Land and the Cataracts of Congo*, London.
- BUSBY, C. 1997. Permeable and partible persons: a comparative analysis of gender and the body in South India and Melanesia. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 3(2): 261-278.
- BUTLER, J. 1990. Performative acts and gender constitution: an essay in phenomenology and feminist theory. En CASE, S.E. (ed.) *Performing Feminism. Feminist Critical Theory and Theatre*. Baltimore & London: The Johns Hopkins University Press, 270-282.
- BUTT-THOMPSON, F.W. 1929. *West African secret societies*, London: H.F. & G. Witherby.
- BYNON, T. 1977. *Historical linguistics*, Cambridge: University Press.
- CAHEN, D. 1978. Gabon. *Nyame Akuma*, 12: 23-24.
- CALAME-GRIAULE, G. 1994. Jean-Paul Lebeuf (1907-1994). *Journal des africanistes*, 64(2): 97-112.
- CALDWELL, J.R. 1959. The New American Archaeology. *Science*, 129(3345): 303-307.
- CARRITHERS, J.R., COLLINS, S. y LUKES, S. (eds.) 1987. *The category of the person: anthropology, philosophy, history*, Cambridge: Cambridge University Press.
- CASADO APARICIO, E. 2002. *La construcción socio-cognitiva de las identidades de género de las mujeres españolas (1975-1995)*. Universidad Complutense de Madrid.

- 2003. La emergencia del género y su resignificación en tiempos de lo post. *Foro Interno*, 3: 41-65.
- CASELLA, E.C. y FOWLER, C. (eds.) 2004. *The Archaeology of Plural and Changing Identities. Beyond identification*, New York: Springer.
- CASEY, J. 2005. Holocene occupations of the forest and savanna. En STAHL, A. B. (ed.) *African archaeology. A critical introduction*. USA: Blackwell Publishing, 225-248.
- CASTRO, M.L. de y CALLE, M.L. de la. 1992. *Origen de la colonización española en Guinea Ecuatorial (1777-1860)*, Valladolid: Secretariado de Publicaciones, Universidad, D.L.
- CASTROVIEJO, J., JUSTE, J. CASTELO, R. y PÉREZ DEL VAL, J. 1994. The Spanish co-operation programme in Equatorial Guinea: a ten-year review of research and nature conservation in Bioko. *Biodiversity and Conservation*, 3: 951-961.
- CATON-THOMPSON, G. 1931 *The Zimbabwe Culture: Ruins and Reactions*, Oxford: Clarendon Press.
- CHAILLU, P. du. 1863. *Voyages et aventures en Afrique Équatoriale*, Paris: Michel Lévy Frères, Libraires Éditeurs.
- CHAPMAN, C.A. y CHAPMAN, L.J. 2003. Deforestation in Tropical Africa. Impacts on aquatic ecosystems. En CRISMAN, T.L., CHAPMAN, L.J., CHAPMAN, C.A. y KAUFMAN, L.S. (eds.) *Conservation, ecology, and management of African freshwaters*. Gainesville: University Press of Florida, 229-246.
- CHILDE, V.G. 1945. Directional changes in funerary practices during 50,000 years. *Man* 45: 13-19.
- CHILDS, S.T. y KILLICK, D. 1993. Indigenous African metallurgy: nature and culture. *Annual Review of Anthropology*, 22: 317-337.
- CHILDS, S.T. y HERBERT, E.W. 2005. Metallurgy and its consequences. En STAHL, A.B. (ed.) *African Archaeology. A critical introduction*. USA: Blackwell Publishing, 276-300.
- CHIRIKURE, S. 2013. The Archaeology of African Metalworking. En MITCHELL, P. y LANE, P. (eds.) *The Oxford Handbook of African Archaeology*. Oxford: University Press, 131-143.
- CHIRIKURE, S., CRADDOCK, P., EGGERT, M. y MACEACHERN, S. (2010). Thoughts on É. Zangato & A.F.C. Holl's "On the iron front." *Journal of African Archaeology*, 8(1): 25-41.

- CHRISTLEIN, R. 1973. Besitzabstufungen zur Merowingerzeit im Spiegel reicher Grabfunde aus West- und Siiddeutschland. *Jahrbuch des Romisch-Germanischen Zentralmuseums* 20: 147-180.
- CLARKE, D.L. 1973. Archaeology: the loss of innocence. *Antiquity*, 47: 6-18.
- CLARKE, J. 1848. *Introduction to the Fernandian tongue*, Berwick-on-tweed: printed by Daniel Cameron.
- CLIST, B. 1987a. Travaux archéologiques récents en République du Gabon 1985-1986. *Nsi*, 1: 9-12.
- 1987b. Recherches archéologiques en Guinée Equatorial: 1985. *Nsi*, 1: 16-17.
- 1987c. Early Bantu settlements in West-Central Africa: a review of recent research. *Current Anthropology*, 28: 380-382.
- 1989a. Bilan des premiers travaux du Département d'Archéologie du CICIBA: missions du premier semestre 1985. *Actes du colloque international «les peuples bantu, migrations, expansion et identité culturelle»*, 1: 103-110.
- 1989b. Archaeology in Gabon, 1886-1988. *The African Archaeological Review*, 7: 59-95.
- 1989c. Vestiges archeologiques de fontes du fer dans la province du Woleu-Ntem au Gabon. *Nsi*, 6: 79-96.
- 1991. Archaeology and palaeo-environment. *Maguelou: an environmental study of the Ofoubou area for Dupont E. and P. Libreville: Africa Forest*, 59-64 y 94-100.
- 1992a. Fouilles de sauvetage sur la rivière Evinayong, province de l'Estuaire, Gabon, Mars 1991. *Nsi*, 10-11: 36-40.
- 1992b. *Report of the archaeological survey in the Abanga exploration license, British Gas*, Houston: British Gas environmental report.
- 1992c. 1991 excavations and laboratory work in Gabon. *Nyame Akuma*, 37: 4-8.
- 1995. *Gabon: 100.000 ans d'Histoire*, Libreville: Centre Culturel Français Saint-Exupéry, Sépia.
- 1998. Nouvelles données archéologiques sur l'histoire ancienne de la Guinée-Équatoriale. *L'Anthropologie*, 102: 213-217.
- 2004. *Des premiers villages aux premiers europeens autour de l'Estuaire du Gabon. Quatre millenaires d'interactions entre l'homme et son milieu*, Université Libre de Bruxelles, Thèse présentée pur l'obtention du grade de Docteur en Philosophie et Lettres.

- CLIST, B. y FARINE, B. 1990. Decouverte d'un depot de haches plates en fer a Libreville, Gabon. *Nsi*, 7: 20–25.
- CLIST, B. y LANFRANCHI, R. 1988. Le gisement Age de la Pierre Récent de Nzogobeyok (province de l'Estuaire, Gabon): fouilles de 1987-1988. *Nsi*, 4: 21-27.
- 1989. Vestiges archéologiques de fontes du fer dans la province du Woleu– Ntem au Gabon. *Nsi*, 6: 139–150.
- COHEN, A.P. 1994. *Self Consciousness: an alternative anthropology of identity*, London & New York: Routledge.
- COLLETT, D.P. 1993. Metaphors and representations associated with precolonial iron-smelting in eastern and southern Africa. En SHAW, T., SINCLAIR, P., ANDAH, B., y OKPOKO, A. (eds.) *The archaeology of Arica. Food, metals and towns*. London & New York: Routledge, 499–511.
- COLÓN, C. 2002 [1594]. *Diario de a bordo*, Madrid: Arlanza Ediciones.
- CONINGHAM, R. y YOUNG, R. 2007. The archaeological visibility of caste: an introduction. En INSOLL, T. (ed.) *The archaeology of Identities. A reader*. London & New York: Routledge, 250-264.
- CONKEY, M.W. 2007. Questioning Theory: Is there a gender theory in archaeology? *Journal of Archaeological Method and Theory*, 14: 285-310.
- CONKEY, M.W. y SPECTOR, J.F. 1984. Archaeology and the Study of gender. *Advances in Archaeological Method and Theory*, 7: 1-38.
- CONKLIN, B.A. y MORGAN, L.M. 1996. Babies, Bodies, and the Production of Personhood in North America and Native Amazonian Society. *Ethos*, 24(4): 657-694.
- CONNAH, G. 1987. *African civilizations. Precolonial cities and states in tropical Africa: an archaeological perspective*, Cambridge: University Press.
- 2013. Archaeological practice in Africa. A historical perspective. En MITCHELL, P. y LANE, P. (eds.) *The Oxford Handbook of African Archaeology*. Oxford: University Press, 15–36.
- CONNERTON, P. 1989. *How societies remember*, Cambridge: University Press.
- COOPER, B.M. 2005. Oral sources and the challenge of African history. En PHILIPS, J.E. (ed.) *Writing African history*. Rochester and Woodbridge: Rochester University Press, 191–215.

- CORBEY, R. 1993. Ethnographic showcases, 1870-1930. *Cultural Anthropology*, 8(3): 338-369.
- CORNELISSEN, E. 1996. Shum Laka (Cameroon): late Pleistocene and early Holocene deposits. En PWITI, G. y SOPER, R. (eds.) *Aspects of African Archaeology. Papers from the 10th Congress of the PanAfrican Association for Prehistory and Related Studies*. Harare: University of Zimbabwe Publications, 257-263.
- COURSEY, D.G. 1980. The origins and domestication of yams in Africa. En SWARTZ, B.K. y DUMETT, R.E. (eds.) *West african culture dynamics*. The Hague: Mouton Publishers, 67-90.
- COWIE, S.E. 2011. Social status and intersectional identities: consumer behavior, gender, and immigration. *The plurality of power*. New York: Springer, 125-151.
- CRENSHAW, K. 1989. Demarginalizing the intersection of race and sex: a black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum*, 139-167.
- 1991. Mapping the margins: intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 1241-1299.
- CREUS, J. 2007. Cuando las almas no pueden ser custodiadas: el fundamento identitario en la colonización española de Guinea Ecuatorial. *HISPANIA. Revista española de historia*, LXVII: 517-540.
- CRIADO BOADO, F. 1999. Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje. *CAPA: cadernos de arqueología e património*, 6: 1-82.
- 2000. Walking about Lévi-Strauss. Contributions to an Archaeology of Thought. En HOLTORF, C.K. (ed.) *Philosophy and Archaeological Practice. Perspectives for the 21st Century*. Göteborg: Bricoleur Press, 277-303.
- 2006. ¿Se puede evitar la trampa de la subjetividad? Sobre arqueología e interpretación. *Complutum*, 17: 247-253.
- 2012. *Arqueológicas. La razón perdida*, Barcelona: Bellaterra.
- CROSS, M. 2007. Accessing the inaccessible: disability and archaeology. En INSOLL, T. (ed.) *The Archaeology of Identities: a reader*. London & New York: Routledge, 179-194.
- CRUMLEY, C.L. 1987. A dialectical critique of hierarchy. En PATTERSON, T.C. y GAILEY, C.W. (eds.) *Power relations and state formation*. Washington: American Anthropological Association, 155-168.

- 1995. Heterarchy and the analysis of complex societies. *Archaeological Papers of the American Anthropological Association*, 7(1): 1–5.
- DALBY, D. 1975. The prehistorical implications of Guthrie's comparative Bantu. Part I: problems of internal relationship. *The Journal of African History*, 16(4): 481–501.
- 1976. The prehistorical implications of Guthrie's comparative Bantu. Part II: interpretation of cultural vocabulary. *The Journal of African History*, 17(1): 1–27.
- D'ANDREA, A.C., LOGAN, A.L. y WATSON, D.J. 2006. Oil palm and prehistoric subsistence in Tropical West Africa. *Journal of African Archaeology*, 4(2): 195–222.
- DANIELS, S. 1967. A note on the Iron Age material from Kamusongolwa Kopje, Zambia. *The South African Archaeological Bulletin*, 22: 142–150.
- DAVID, N. 1980. History of crops and peoples in North Cameroon to A.D. 1900. En SWARTZ, B.K. y DUMETT, R.E. (eds.) *West african culture dynamics*. The Hague: Mouton Publishers, 139–182.
- 1982a. The archaeological background of cameroonian history. En TARDITS, C. (ed.) *Colloque International du CNRS «Contribution de la recherche ethnologique à l'histoire des civilisations du Cameroun»*. Vol. I. Paris: Éditions du CNRS, 79–98.
- 1982b. Tazunu: megalithic monuments of Central Africa. *Azania*, 17: 43–77.
- 1995. Mortuary practices, ideology and society in the Central Mandara Highlands, North Cameroon. En BAROIN, C., BARRETEU, D. y GRAFFENRIED, C. V. (eds.) *Mort et rites funéraires dans le bassin du lac Tchad*. Paris: ORSTOM, 75–101.
- 2001. Lost in the third hermeneutic? Theory and methodology, objects and representations in the ethnoarchaeology of African metallurgy. *Mediterranean Archaeology. Proceedings of the First International Colloquium on The Archaeology of Africa and the Mediterranean Basin*, 14: 49–72.
- DAVID, N. y MCEACHERN, A.S. 1992. The Mandara Archaeological Project: preliminary results of the 1984 season. En ESSOMBA, J.-M. (ed.) *L'archéologie au Cameroun*. Paris: Éditions KARTHALA, 109–131.
- DE BEAUCHENE, G. 1963. La préhistoire au Gabon. *Objets et Mondes*, 3(1): 3–16.
- DECKARD, S. 2010. *Paradise discourse, imperialism and globalization*, New York: Routledge.

- DELNEUF, M. 1992. L'approche archéologique régionale du Diamaré (Nord-Cameroun). En ESSOMBA, J.-M. (ed.) *L'archéologie au Cameroun*. Paris: Éditions KARTHALA, 37-40.
- DELNEUF, M., ASOMBANG, R. y MBIDA MINDZIÉ, C. 2003. *Surveillance archéologique de l'axe routier Bertoua-Garoua Bouai - Rapport final*, Paris: IRD.
- DELORME, G. 1983. *Rapport concernant la découverte de vestiges préhistoriques et protohistoriques au Gabon*, Moanda: COMILOG.
- DENBOW, J. 1990. Congo to Kalahari: data and hypotheses about the political economy of the Western stream. *The African Archaeological Review*, 8: 139-175.
- 2012. Pride, prejudice, plunder and preservation: archaeology and the re-envisioning of the ethnogenesis on the Loango coast of the Republic of Congo. *Antiquity*, 86(332): 383-408.
- 2014. *The archaeology and ethnography of central Africa*, Cambridge: University Press.
- DENSLOW, J.S. 1988. The tropical rain-forest setting. En DENSLOW, J.S. y PADOCH, C. (eds.) *People of the tropical rain forest*. Berkeley & Los Angeles: University of California Press, 25-36.
- DENSLOW, J.S. y PADOCH, C. (eds.) 1988. *People of the tropical rain forest*, Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- DENTAN, R.K. 1988. Band-level Eden: a mystifying chimera. *Cultural Anthropology*, 3(3): 276-284.
- DERRIDA, J. 1971. *De la gramatología*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina.
- DESCHAMPS, H. 1962. *Traditions orales et archives au Gabon: contribution à l'ethno-histoire*, Paris: Berger-Levrault.
- DESCOLA, P. 1988. *La selva culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los Achuar*, Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- 2004. Las cosmologías indígenas de la Amazonía. En SURRALLÉS, A. G. H., P. (ed.) *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*. Copenhague: IWGIA, 25-35.
- DESCOLA, P. y PÁLSSON, G. (eds.) 2001. *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, México: Siglo XXI.

- DÍAZ-ANDREU, M. 2005. Gender identity. En DÍAZ-ANDREU, M.L., S.; BABIĆ, S.; EDWARDS, D.N. (ed.) *The archaeology of Identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. London & New York: Routledge, 13-42.
- DÍAZ-ANDREU, M. y CHAMPION, T.C. (eds.) 1996. *Nationalism and Archaeology in Europe*, Boulder & San Francisco: Westview Press.
- DÍAZ-ANDREU, M., LUCY, S., BABIĆ, S. y EDWARDS, D.N. (eds.) 2005. *The Archaeology of Identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*, London & New York, Routledge.
- DIETLER, M. 1994. "Our ancestors the gauls": archaeology, ethnic nationalism, and the manipulation of celtic identity in modern Europe. *American Anthropologist*, 96(3): 584-605.
- DIGARA, C. 1988. *Le paléolithique au Cameroun septentrional: prospection et étude technique d'ensembles lithiques*, Université de Paris X, Thèse de doctorat de 3e cycle.
- 1992. *Un site néolithique Age du Fer: les ateliers de taille de Maroua Plaine*, Yaoundé: ORSTOM-MINREST.
- 1993. Datation et chronologie du paléolithique au Cameroun septentrional. En BARRETEAU, D. (ed.) *Datation et chronologie dans le bassin du Lac Tchad, Colloque Méga-Tchad*. Paris: ORSTOM.
- DIGOMBE, L., SCHMIDT, P. R., LOCKO, M., DIOP, A., MOULEINGUI-BOUKOSSO, V. y MOMBO, J.-B. 1984. Résultats des datations au carbone 14 concernant la préhistoire au Gabon. *L'Anthropologie*, 88(3): 457-458.
- DIGOMBE, L., LOCKO, M. y MOULEINGUI-BOUKOSSO, V. 1985. *Recherches archéologiques dans la région de Libreville: rapport préliminaire 1984-1985*.
- DIGOMBE, L. y DIOP, A. 1987. La recherche archéologique au Gabon: état actuel et perspectives. *Archéologie et sciences de la nature appliquée à l'archéologie, actes du premier symposium international*, 413-422.
- DIGOMBE, L., SCHMIDT, P.R., MOULEINGUI-BOUKOSSO, V., MOMBO, J.-B. y LOCKO, M. 1987. Gabon: the earliest Iron Age of West Central Africa. *Nyame Akuma*, 28: 9-11.
- DIGOMBE, L., SCHMIDT, P. R., MOULEINGUI-BOUKOSSO, V., MOMBO, J.-B. y LOCKO, M. 1988. The development of an Early Iron Age Prehistory in Gabon. *Current Anthropology*, 29(1): 179-184.

- DIGOMBE, L., LOCKO, M. y JEZEGOU, M. P. 1989. Recherches archéologiques au Gabon du laboratoire d'archéologie de l'Université Omar Bongo. *Nsi*, 6: 97-101.
- DIXON, R.M.W. 2002. *The rise and fall of languages*, Cambridge: University Press.
- DOBRES, M.-A. y ROBB, J.E. (eds.) 2000a. *Agency in Archaeology*, London: Routledge.
- DOBRES, M.-A. y ROBB, J.E. 2000b. Agency in archaeology. Paradigm or platitude? En DOBRES, M.-A. y ROBB, J. E. (eds.) *Agency in Archaeology*. London: Routledge, 3-17.
- DOMÍNGUEZ-RODRIGO, M. 2008. Arqueología neo-procesual: 'Alive and kicking'. Algunas reflexiones desde el Paleolítico. *Complutum*, 19(1): 195-204.
- DORNAN, J. 2002. Agency and Archaeology: Past, Present and Future Directions. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 9(4): 303-329.
- DOWNES, J. y POLLARD, T. (eds.). (1999). *The loved body's corruption: archaeological contributions to the study of human mortality*. Cruithne Press.
- DOWSON, J. 2000. Why queer archaeology? An introduction. *World Archaeology*, 32(2): 161-165.
- DRIESSEN, J. 2002. "The king must die". Some observations on the use of Minoan court compounds. En DRIESSEN, J., SCHOEP, I. y LAFFINEUR, R. (eds.) *Monuments of Minos. Rethinking the Minoan palaces*. Liège and Austin: Université de Liège and University of Texas, 1-14.
- DROUX, G. 1937. Nouvelles stations préhistoriques au Congo, note préliminaire. *Bulletin de la Société de Recherches Congolaises*, 23: 171-180.
- DUMONT D'URVILLE, J.S.C. 1834. *Philologie, Par M. D'Urville. Seconde Partie. Les Autres Vocabulaires de Langues ou Dialectes Océaniens Recueillis Durant la Voyage, et le Vocabulaire Comparatif des Langues Françaises, Madekass, Malaio, Mawi, Tonga, Taiti et Hawaii, Suivis de Quelques Considérations Générales Sur Ces Langues*, Paris: Ministère de la Marine.
- DUPUIS, A. 1981. Quelques représentations relatives à l'enfant de la conception au sevrage chez les Nzébi du Gabon. *Journal des Africanistes*, 51(1-2): 117-132.
- EARLE, T.K. y PREUCEL, R.W. 1987. Procesual archaeology and the radical critique. *Current Anthropology*, 28(4): 501-513.

- EDWARDS, D.N. 2004. *The Nubian past. An archaeology of the Sudan*, London: Routledge.
- 2005. The archaeology of religion. En DÍAZ-ANDREU, M. L., S.; BABIĆ, S.; EDWARDS, D. N. (ed.) *The Archaeology of Identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. London & New York: Routledge, 13-42.
- EGGERT, M.K.H. 1993. Central Africa and the archaeology of the equatorial rainforest: reflections on some major topics. En SHAW, T., SINCLAIR, P., ANDAH, B. W. y OKPOKO, A. (eds.) *The archaeology of Africa. Food, metals and towns*. London & New York: Routledge, 289-329.
- 2002. Southern Cameroun and the settlement of the Equatorial rainforest: early ceramics from fieldwork in 1997 and 1998-99. En JENNERSTRASSE 8 (eds.) *Tides of the desert - Gezeiten der Wüste. Contributions to the Archaeology and Environmental History of Africa in Honour of Rudolph Kuper*. Köln: Africa Praehistorica 14: 507-522.
- 2005. The Bantu problem and African archaeology. En STAHL, A. B. (ed.) *African Archaeology. A critical introduction*. USA: Blackwell Publishing, 301-326.
- EGGERT, M.K.H., HÖHN, A., KAHLHEBER, S., MEISTER, C., NEUMANN, K. y SCHWEIZER, A. 2006. Pits, graves and grains: archaeological and archaeobotanical research in southern Cameroun. *Journal of African Archaeology*, 4(2): 273-298.
- EHRENREICH, R.M., CRUMLEY, C.L. y LEVY, J.E. (eds.) 1995. *Heterarchy and the Analysis of Complex Societies*. Arlington, Virginia: Archeological Papers of the American Anthropological Association.
- EHRET, C. 1976. Linguistic evidence and its correlation with archaeology. *World Archaeology*, 8: 5-18.
- 1993. Nilo-Saharan and the Saharo-Sudanese Neolithic. En SHAW, T., SINCLAIR, P., ANDAH, B. y OKPOKO, A. (eds.) *The archaeology of Africa. Food, metals and towns*. London & New York: Routledge, 104-125.
- 2001. Bantu expansions: re-envisioning a central problem of early African history. *The International Journal of African Historical Studies*, 34(1): 5-41.
- ELIAS, N. 1990a [1983]. *Compromiso y distanciamiento*, Barcelona: Península.
- 1990b. *La sociedad de los individuos*, Barcelona: Península.
- 1993. *El proceso de la civilización. Investigaciones psicogenéticas y sociogenéticas*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

- ELOUGA, M. 1983. *Introduction à la recherche archéologique dans la Lékié*, Université de Yaoundé, Mémoire de D.I.P.L.E.G.
- 1985. *Prospection archéologique dans la Lékié: étude particulière du site de Nkométou (Mfomakap)*, Université de Yaoundé, Mémoire de Maîtrise en Histoire.
- 1989. Prospection archéologique dans la région Lekie-Mbam (Sud Cameroun): bilan et perspectives 1983-1988. *Nsi*, 5: 4-8.
- 1993. La métallurgie ancienne du fer du pays Vouté: recherches archéologiques dans le Cameroun méridional. *Chroniques du Sud*, 11: 60-66.
- 1998. Recherches archéologiques au Cameroun méridional: résultats des prospections et hypothèses sur les phases de peuplement. En DELNEUF, M., ESSOMBA, J.-M. y FROMENT, A. (eds.) *Paléo-anthropologie en Afrique centrale. Un bilan de l'archéologie au Cameroun. Atelier National de l'Université Yaoundé I et du Réseau PALEANTHRAC*. Paris: L'Harmattan.
- 2001. *Archéologie du Cameroun méridional: étude de la céramique des sites du sud de la boucle de la Sanaga*, Université de Yaoundé I, Thèse de doctorat.
- 2010. Métallurgie du Fer en Afrique: un champ de convergence des sciences sociales, physiques et de la nature. *Nyame Akuma*, 73: 24-36.
- ELSEN, J. 1996. *Les armes-faucilles, partie I*, Brussels: Tribal Arms Monograph Vol. I (1) Tribal Arts.
- 2000. *Les armes-faucilles, partie III*, Brussels: Tribal Arms Monographs Vol I (3) Tribal Arts.
- EMBERLING, G. 1997. Ethnicity in complex societies: archaeological perspectives. *Journal of Archaeological Research*, 5(4): 295-344.
- EMBLETON, S. 2000. Lexicostatistics/Glottochronology: from Swadesh to Sankoff to Starostin to future horizons. En RENFREW, C., MCMAHON, A. y TASK, L. (eds.) *Time depth in historical linguistics 1*. Cambridge: McDonald Institute for Archaeological Research, 143-165.
- ESSOMBA, J.-M. 1985. Archéologie et histoire au Sud du Cameroun, découverte des hautes fourneaux en pays Bassa. *Nyame Akuma*, 26: 2-4.
- 1986. Métallurgie traditionnelle du fer au sud Cameroun (notes préliminaires de recherches). *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines*, 2(1): 3-28.

- 1989. Dix ans de recherches au Cameroun méridional (1979-1989). *Nsi*, 6: 33-57.
- 1992a. Le public et les recherches archéologiques au Cameroun. En ESSOMBA, J.-M. (ed.) *L'archéologie au Cameroun*. Paris: Éditions KARTHALA, 327-337.
- 1992b. Archéologie du Sud du Cameroun: notes préliminaires de recherches au site de Nkometou (Mfomakap). En J.-M. ESSOMBA (ed.) *L'archéologie au Cameroun*. Paris: Éditions KARTHALA, 229-245.
- 2002. Bilan de l'archéologie de l'âge du fer au Cameroun méridional. En BOCOUM, H. (ed.) *Aux origines de la métallurgie du fer en Afrique. Une ancienneté méconnue Afrique de l'Ouest et Afrique centrale*. Paris: Organisation des Nations Unies, 134-146.
- 2004. Status of Iron Age archaeology in southern Cameroon. En BOCOUM, H. (ed.) *The origins of iron metallurgy in Africa: new light on its antiquity*. Paris: UNESCO, 135-147.
- EYO, E. 1979. *Nigeria and the evolution of money*, Lagos: Central Bank on Nigeria.
- FABIAN, J. 2000. *Out of our minds. Reason and madness in the exploration of Central Africa*, Berkeley: University of California Press.
- 2002. *Time and the other: how anthropology makes its object*, New York: Columbia University.
- FAGAN, B.M. 1967. Radiocarbon dates for sub-Saharan Africa: V. *The Journal of African History*, 8(3): 513-527.
- FAGG, B. 1969. Recent work in West Africa: new light on the Nok culture. *World Archaeology*, 1(1): 41-50.
- FAHLANDER, F. 2012. Facing gender corporeality, materiality, intersectionality and resurrection. En BACK DANIELSSON, I.-M. y THEDÉEN, S. (eds.) *To tender gender. The pasts and futures of gender research in archaeology*. Stockholm: Stockholm Studies in Archaeology 58, 137-152.
- FARINE, B. 1963. *Sites Préhistoriques Gabonais*, Libreville: Le Ministère de l'Information au Gabon.
- 1966. Liste de gisements préhistoriques découverts ou répertoriés au Gabon (à partir d'octobre 1961). *Bulletin de la Société Préhistorique et Protohistorique Gabonaise*, 5: 123-133.

- FERNÁNDEZ, J.W. 1982. *Bwiti. An ethnography of the religious imagination in Africa*, Princeton: University Press.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M. 2008 *La construcción arqueológica de la etnicidad*, Noia: Toxosoutos.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. 2000 [1989]. *Teoría y método de la Arqueología*, Madrid: Síntesis.
- 2001. La idea de África en el origen de la Prehistoria española: una perspectiva postcolonial. *Complutum*, 12: 167-184.
- 2006a. *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*, Barcelona: Crítica.
- 2006b. Arqueologías críticas: el conflicto entre verdad y valor. *Complutum*, 17: 191-203.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. y GARCÍA DE LA FUENTE, M. 1991. El tratamiento informático de datos funerarios cualitativos: análisis de correspondencias y algoritmo ID3 de Quinlan. *Complutum*, 1: 123-131.
- FERNÁNDEZ-FÍGARES ROMERO DE LA CRUZ, M.D. 2003. *La colonización del imaginario. Imágenes de África*, Granada: Universidad de Granada, Diputación de Granada.
- FERRO, G. 1989. *As navegações portuguesas no Atlântico e no Índico*, Lisboa: Teorema.
- FERRO-VÁZQUEZ, C., GONZÁLEZ-RUIBAL, A., SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE, M. y PICORNELL GELABERT, L. e.p. Linking landscape change and human activity since LSA in Mandji Island (Equatorial Guinea). Manuscrito en preparación.
- FISCHER, A. 1996 [1984]. *Africa adorned*, London: The Harvill Press.
- FLENLEY, J. 1979. *The equatorial rain forest: a geological history*, London & Boston: Butterworths.
- FOGELIN, L. (ed.) 2008. *Religion, archaeology, and the material world*, Southern Illinois University Carbondale: Center for Archaeological Investigations.
- FONTAIN, J. y HARRIES, J. 2013. The vitality and efficacy of human substances. *Critical African Studies*, 5(3): 115-126.
- FOUCAULT, M. 1990. *Tecnologías del yo*, Barcelona: Paidós.

- FOURNEAU, J. 1935. Le Néolithique au Cameroun, les haches de pierre polie de Bafia et leur signification dans les sociétés indigènes actuelles. *Journal de la Société des Africanistes*, 5(1): 67-84.
- FOWLER, C. 2000. The individual, the subject, and archaeological interpretation. Reading Luce Irigaray and Judith Butler. En HOLTORF, C. K. (ed.) *Philosophy and Archaeological Practice. Perspectives for the 21st Century*. Göteborg: Bricoleur Press, 107-133.
- FOWLER, C. 2002. Body parts: Personhood and materiality in the Manx Neolithic. En HAMILAKIS, Y. y TARLOW, S. (ed.) *Thinking Through the Body: Archaeologies of Corporeality*. London: Kluwer/Academic Press, 47-69.
- FOWLER, C. 2004a. *The archaeology of personhood. An anthropological approach*, London & New York: Routledge.
- FOWLER, C. 2004b. Identity Politics: Personhood, Kinship, Gender and Power in Neolithic and Early Bronze Age Britain. En CASELLA, E. y FOWLER, C. (eds.) *The Archaeology of Plural and Changing Identities. Beyond identification*. New York: Springer, 109-134.
- FREUD, S. 2006 [1929]. *El malestar en la cultura*, Madrid: Alianza Editorial.
- FRYNAS, J.G. 2004. The oil boom in Equatorial Guinea. *African Affairs*, 103: 527-546.
- FULLER, D.Q., BOIVIN, N., HOOGERVORST, T. y ALLABY, R. 2011. Across the Indian Ocean: the prehistoric movement of plants and animals. *Antiquity*, 85(328): 544-558.
- FUNARI, P.P., ZARANKIN, A. y STOVEL, E. (eds.) 2005. *Global archaeological theory. Contextual voices and contemporary thoughts*, New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- FURON, R. 1963. *Manuel de préhistoire générale*, Paris: Payot.
- GALLEGO LLETJÓS, N., LOZANO RUBIO, S., MARÍN AGUILERA, B., MORAGÓN MARTÍNEZ, L. y SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE, M. 2012. Dinámicas identitarias y sistemas sociopolíticos: cuestionando los modelos evolucionistas. En CASCALHEIRA, J. y GONÇALVES, C. (eds.) *Actas das IV Jornadas de Jovens em Investigação Arqueológica*. Faro: Promontoria Monográfica 16, 367-373.
- GARCÍA CANTÚS, D. 2004. *Fernando Poo: una aventura colonial española en el África occidental (1778-1900)*, Valencia: Universitat de Valencia. Servei de Publicacions.

- GARDNER, A. 2007. *An archaeology of Identity: Soldiers & Society in Late Roman Britain*, California: Walnut Creek.
- GAULME, F. 1979. Le Bwiti chez les Nkomi: Association culturelles et évolution historique sur le littoral gabonais. *Journal des Africanistes*, 49(2): 37–87.
- GAUTHIER, J.-G. 1979. *Archéologie du pays Fali, Nord-Cameroun*, Paris: Éditions du CNRS.
- 1992. Sites et gisements archéologiques en pays fali. En ESSOMBA, J.-M. (ed.) *L'archéologie au Cameroun*. Paris: Éditions KARTHALA, 41-49.
- GAUTIER, R.P. 1950. *Étude historique sur les Mpongoués et tribus avoisinantes*, Montpellier: Laffitte-Lauriol.
- GERO, J. y CONKEY, M. 1991. *Engendering archaeology: Women and Prehistory*, Oxford: Blackwell.
- GHOMSI, E. 1992. Les problèmes de la recherche archéologique au Cameroun. En ESSOMBA, J.-M. (ed.) *L'Archéologie au Cameroun. Actes du premier Colloque international de Yaoundé (6-9 janvier 1986)*. Paris: Éditions Karthala, 311-314.
- GIDDENS, A. 1979. *Central problems in social theory: Action, structure and contradiction in social analysis*. University of California Press.
- 1991. *Modernity and self-identity: self and society in the late modern age*, Stanford: University Press.
- 2006 [1984]. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires: Amorrortu.
- GILBERT, S.F., SAPP, J. y TAUBER, A.I. 2012. A symbiotic view of life: we have never been individuals. *The Quarterly Review of Biology*, 87(4): 325–341.
- GILCHRIST, R. 1999. *Gender and archaeology: contesting the past*, London & New York: Routledge.
- GIRESSE, P. 1989. Quaternary sea-level changes on the Atlantic coast of Africa. En TOOLEY, M.J. y SHENNAN, I. (eds.) *Sea-level changes*. London: Basil Blackwell, 249–275.
- GIRESSE, P., MALEY, J. y BRENAC, P. 1994. Late Quaternary palaeoenvironments in the Lake Barombi Mbo (West Cameroon) deduced from pollen and carbon isotopes of organic matter. *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, 107(1-2): 65-78.

- GODELIER, M. 1986. *The Making of Great Men: Male Domination and Power Among the New Guinea Baruya*. Cambridge: University Press.
- 1991. An unfinished attempt at reconstructing the social processes which may have prompted the transformation of great-men societies into big-men societies. En GODELIER, M. y STRATHERN, M. (eds.) *Big Men and Great Men: Personifications of Power in Melanesia*. Cambridge and Paris: Cambridge University Press and Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 275–304.
- GODELIER, M. y STRATHERN, M. (eds.) 1991. *Big Men and Great Men: Personifications of Power in Melanesia*. Cambridge and Paris: University Press and Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- GOFFMAN, E. 1991. El orden de la interacción. *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós, 169-205.
- GOLLEY, F.B. 1983-1989. *Tropical rain forest ecosystems*, Amsterdam, New York: Elsevier Scientific Pub. Co.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, C. 1964. *Estudios Guineos*, Madrid: Instituto de Estudios Africanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- 2002. Expediciones científicas a Guinea Ecuatorial (1873-1968). En DÍEZ TORRE, A.R. (ed.) *Ciencia y Memoria de África. Actas de las III Jornadas sobre 'Expediciones científicas y africanismo español. 1898-1998'*. Madrid: Ateneo de Madrid y Universidad de Alcalá, 328-337.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, C. y HERNÁNDEZ PACHECO, F. 1958. Un yacimiento de cerámica en el Norte de Fernando Poo. *Africa*, 204: 542-543.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., LULL, V. y RISCH, R. 1992. *Arqueología de Europa, 2250-1200 a.C. Una introducción a la "edad del bronce,"* Madrid: Síntesis.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. 2003. *La experiencia del otro. Una introducción a la etnoarqueología*, Madrid: Akal.
- 2007. Arqueología Simétrica: Un giro teórico sin revolución paradigmática. *Complutum*, 18: 283-319.
- e.p. Land of amnesia. Power, predation and heritage in Central Africa. En STARZMANN, M.T. y ROBY, J. (eds.) *Excavating memory. Material culture approaches to sites of remembering and forgetting*. Gainesville: University of Florida Press.

- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. y HERNANDO, A. 2010. Genealogies of destruction. An archaeology of the contemporary past in the Amazon forest. *Archaeologies*, 6(1): 5-28.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A., PICORNELL GELABERT, L. y VALENCIANO MAÑÉ, A. 2011a. Early Iron Age burials from Equatorial Guinea: the sites of Corisco Island. *Journal of African Archaeology*, 9: 41-66.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A., HERNANDO, A. y POLITIS, G. 2011b. Ontology of the self and material culture: Arrow-making among the Awá hunter-gatherers (Brazil). *Journal of Anthropological Archaeology*, 30(1): 1-16.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A., AYÁN VILA, X., GARCÍA RODRÍGUEZ, S., OTERO VILARIÑO, C., PORTO TENREIRO, Y. y SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE, M. 2011c. *Arqueología del Estuario del Muni (Guinea Ecuatorial)*, Informe arqueológico inédito. Campaña de 2011.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. y SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE, M. 2012. *Ephemeral ruins, transient landscapes*. (<http://ruinmemories.org/2012/06/ephemeral-ruins-transient-landscapes/>)
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A., FERRO, C., MARÍN SUÁREZ, C., PICORNELL GELABERT, L. y SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE, M. 2012. *Arqueología en el Estuario del Muni (Guinea Ecuatorial). De la Edad del Hierro a la Descolonización*, Informe arqueológico inédito. Campaña de 2012.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A., SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE, M. y OTERO-VILARIÑO, C. 2013a. An ancient and common tradition: funerary rituals and society in Equatorial Guinea (First-Twelfth centuries AD). *African Archaeological Review*, 30: 115-143.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A., MARÍN SUÁREZ, C., OTERO VILARIÑO, C., PICORNELL GELABERT, L. y SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE, M. 2013b. Excavaciones arqueológicas en la isla de Corisco (Guinea Ecuatorial). Campaña de 2012. *Informes y Trabajos. Excavaciones en el exterior 2011*, 9: 243-260.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A., PICORNELL GELABERT, LL. y SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE, M. e.p. Colonial encounters in Spanish Equatorial Africa (18th – 20th centuries). En MONTÓN, S., CRUZ, M. y RUIZ, A. (eds.) *Archaeology of Early Spanish Colonialism*, Nueva York: Springer.

- GOSDEN, C. 2001. Postcolonial Archaeology: issues of culture, identity, and knowledge. En HODDER, I. (ed.) *Archaeological Theory Today*. Cambridge: Polity Press, 241-261.
- GOSSEAU, C. 1997. *Les armes à terminaison en forme de faucille partie II: Nord-Ouest du Congo (ex-Zaïre)*, Brussels: Tribal Arms Monographs Vol. I (2) Tribal Arts.
- GOSSELAIN, O.P. 1999. In pots we trust. The processing of clay and symbols in sub-Saharan Africa. *Journal of material culture*, 4(2): 205-230.
- 2000. Materializing identities: an African perspective. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 7(3): 187-217.
- 2001. Globalizing local pottery studies. En BEYRIES, S. y PÉTREQUIN, P. (eds.) *Ethnoarchaeology and its transfers*. Oxford: BAR International Series 983, 95-111.
- 2008. Thoughts and adjustments in the potter's backyard. En BERG, I. (ed.) *Breaking the mould: challenging the past through pottery*. Oxford: BAR International Series 1861, 67-79.
- GOUEM GOUEM, B. 2000. *Etude ethnoarchéologique de la céramique du site de Boum-Nsas (pays Basaa)*, Mémoire de Maîtrise, Université de Yaoundé I.
- 2005. *Archéologie de la côte méridionale camerounaise. Données préliminaires pour l'étude du peuplement Holocène du Bas-Nyong*, Mémoire de DEA, Université Libre de Bruxelles.
- 2011. *Des premières communautés villageoises aux sociétés complexes sur le littoral méridional du Cameroun*, Université Libre de Bruxelles, Thèse de Doctorat.
- GOWLAND, R. y KNÜSEL, C.J. (eds.) 2006. *Social archaeology of funerary remains*. Oxford: Oxbow books.
- GOZALBES CRAVIOTO, E. 2013. Las primeras exploraciones científicas de Guinea Ecuatorial. En *Proceedings International Conference Science in the Tropics. Glimpsing the past projecting the future*. Lisboa.
- GOZALBES CRAVIOTO, E., GOZALBES GARCÍA, H. y GOZALBES GARCÍA, E.G. 2013. Arqueología y etnología en la colonia: la expedición de 1946 (EPAOE) a Guinea Ecuatorial. En *Proceedings International Conference Science in the Tropics. Glimpsing the past projecting the future*. Lisboa.
- GRAEBER, D. 2011. *Debt. The first 5,000 years*, Brooklyn: Melville House.

- GRAHAM, E.J. 2009. Becoming persons, becoming ancestors. Personhood, memory and the corpse in Roman rituals of social remembrance. *Archaeological Dialogues*, 16(1): 51-74.
- GRAVES-BROWN, P., JONES, S. y GAMBLE, C. (eds.) 1996. *Cultural identity and archaeology. The construction of european communities*, London & New York: Routledge.
- GREEN, J.R. 1909. *A history of botany 1860-1900. Being a continuation of Sachs 'History of botany, 1530-1860'*, Oxford: Clarendon Press.
- GREENBERG, J.H. 1949a. Studies in African linguistic classification: I. The Niger-Congo family. *Southwestern Journal of Anthropology*, 5: 79-100.
- 1949b. Studies in African linguistic classification: III. The position of Bantu. *Southwestern Journal of Anthropology*, 5: 309-317.
- 1955. *Studies in African linguistic classification*, New Haven: Compass.
- GRINKER, R.R. 1994. *Houses in the rainforest. Ethnicity and inequality among farmers and foragers in Central Africa*, Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- GROVE, A.T. 1993. Africa's climate in the Holocene. En SHAW, T., SINCLAIR, P., ANDAH, B. W. y OKPOKO, A. (eds.) *The archaeology of Africa. Food, metals and towns*. London & New York: Routledge, 32-42.
- GUTHRIE, M. 1959. Problèmes de génétique linguistique: La question du Bantu commun. *Travaux de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris*, 4: 83-92.
- 1962a. Some developments in the Prehistory of the Bantu languages. *Journal of African History*, 3: 273-282.
- 1962. Bantu origins: a tentative new hypothesis. *Journal of African Languages*, 1: 9-21.
- 1969-1970. *Comparative Bantu. 4 vols.*, Farnham.
- 1970. Some developments in the Prehistory of the Bantu languages. En FAGE, J.D. y OLIVER, R. (eds.) *Papers in African Prehistory*. Cambridge: University Press, 131-140.
- GUYER, J.I. 1986. Indigenous currencies and the history of marriage payments. A case study from Cameroon. *Cahiers d'Études africaines*, 26(104): 577-610.
- 1993. Wealth in people and self-realization in Equatorial Africa. *MAN*, 28(2): 243-265.

- (ed.) 1995a. *Money matters: Instability, values and social payments in the modern history of West African communities*, Portsmouth: Heinemann.
- 1995b. Wealth in people, wealth in things - Introduction. *Journal of African History*, 36(1): 83–90.
- GUYER, J.I. y BELINGA, S.M.E. 1995. Wealth in people as wealth in knowledge: accumulation and composition in Equatorial Africa. *Journal of African History*, 36(1): 91–120.
- HAALAND, G. y HAALAND, R. (2005). *The Ethiopian iron smelter and his world. Technology, organisation and symbolism in transformation of nature*. Norwegian Broadcasting Corporation (NRK) & University of Bergen.
- HAALAND, R., HAALAND, G. y RIJAL, S. 2001. The social life of iron. A cross-cultural study of technological, symbolic, and social aspects of iron making, *Anthropos* 97: 35-54.
- HAAS, J. (ed.) 2001. *From Leaders to Rulers*. New York: Kluwer Academic/Plenum Publisher
- HAMILTON, A.C. 1972-74. The significance of patterns of distribution shown by forest plants and animals in tropical Africa for the reconstruction of Upper Pleistocene palaeoenvironments. *Palaeoecology of Africa*, 9: 63-67.
- 1989. African forests. En LIETH, H. y WERGER, M.J.A. (eds.) *Tropical rain forest ecosystems. Biogeographical and ecological studies*. Amsterdam & New York: Elsevier Science Publishers, 155-182.
- HAMILTON, A. C. y TAYLOR, D. 1991. History of climate and forests in tropical Africa during the last 8 m. years. *Climate Change*, 18(1-2): 65-78.
- HAMY, E.T. 1897. L'Âge de Pierre au Gabon. *Bulletin du Muséum National d'Histoire Naturelle*, 5: 154-156.
- HANSON, E. 2002. *Animal attractions. Nature on display in American zoos*, Princeton: University Press.
- HAOUR, A., MANNING, K., ARAZI, N., GOSSELAIN, O., GUÈYE, N.S., KEITA, D., LIVINGSTONE SMITH, A., MACDONALD, K., MAYOR, A., MCINTOSH, S.E., y VERNET, R. 2010. *African pottery roulettes. Past and present. Techniques, identification and distribution*, Oxford: Oxbow Books.

- HARAWAY, D. 1991. Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Simians, cyborgs, and women: The reinvention of nature*. New York: Routledge, 183-201.
- HÄRKE, H. 1997. The nature of burial data. En JENSEN, C.K. y NIELSEN, K.H. (eds.) *Burial and Society. The chronological and social analysis of archaeological burial data*. Aarhus: University Press, 19-27.
- HARLAND, R. 1987. *Superstructuralism. The philosophy of structuralism and post-structuralism*, London & New York: Routledge.
- HARRIS, E.C. 1991. *Principios de estratigrafía arqueológica*, Barcelona: Crítica.
- HARRIS, L.D. 1984. *The fragmented forest. Island biogeography theory and the preservation of biotic diversity*, Chicago & London: The University of Chicago Press.
- HARTLE, D. 1966. Bronze objects from the Ifeka garden site, Ezira. *West African Archaeological Newsletter*, IV: 25-28.
- HAVELOCK, E.A. 1996. *La musa aprende a escribir: reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*, Barcelona: Paidós.
- HAXAIRE, C. 1996. Le vin de palme et la noix de kola: nourritures paradoxales, médiateurs de la communication avec les dieux. En HLADIK, C.M. (ed.) *L'alimentation en forêt tropicale: interactions bioculturelles et applications au développement*. Paris: UNESCO, 923-938.
- HAYS-GILPIN, K. y WITHLEY, D. 1999. *Reader in Gender Archaeology*, London & New York: Routledge.
- HECKENBERGER, M.J., KUIKURO, A., KUIKURO, U.T., RUSSELL, J.C., SCHMIDT, M., FAUSTO, C. y FRANCHETTO, B. 2003. Amazonia 1942: pristine forest or cultural parkland? *Science*, 301: 1710-1714.
- HEINE, B. 1973. Zur genetischen Gliederung der Bantu-Sprachen. *Afrika und Übersee*, 56: 164-185.
- HEINE, B., HOFF, H. y VOSSEN, R. 1977. Neuere Ergebnisse zur Territorialgeschichte der Bantu. En MÖHLIG, W.J.G., ROTTLAND, F. y HEINE, B. (eds.) *Zur Sprachgeschichte und Ethnohistorie in Afrika: Neue Beiträge afrikanistischer Forschungen*. Berlin: Reimer, 57-72.
- HEINRIGS, P. 2009. Oil and gas. En BOSSARD, L. (ed.) *Regional atlas on West Africa*. West African Studies: OECD, 169-189.

- HENIGE, D. 2005. Oral tradition as a means of reconstructing the past. En PHILIPS, J.E. (ed.) *Writing African history*. Rochester and Woodbridge: University of Rochester Press, 169–190.
- HERBERT, E.W. 1993. *Iron, gender, and power. Rituals of transformation in African societies*, Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press.
- HERNANDO GONZALO, A. 1999. Percepción de la realidad y Prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos. *Trabajos de Prehistoria*, 56(2): 19-35.
- 2000a. Factores estructurales asociados a la identidad de género femenina. La no-inocencia de una construcción socio-cultural. En HERNANDO GONZALO, A. (ed.) *La construcción de la subjetividad femenina*. Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas, 101-142.
- 2002. *Arqueología de la Identidad*, Madrid: Akal.
- 2003. En la Prehistoria no vivieron “individuos”. Sobre los problemas de aplicación de la Teoría de la Acción a las sociedades prehistóricas. *Era-Arqueología*, 6: 84-99.
- 2006. Arqueología y Globalización. El problema de la definición del “otro” en la Postmodernidad. *Complutum*, 17: 221-234.
- 2007a. Comentario a la Arqueología Simétrica. *Complutum*, 18: 314-315.
- 2007b. Sexo, Género y Poder: breve reflexión sobre algunos conceptos manejados en la Arqueología del Género. *Complutum*, 18: 167-173.
- 2008. Género y sexo: mujeres, identidad y modernidad. *Claves de razón práctica*, 188: 64-70.
- 2009. El Patrimonio: entre la memoria y la identidad de la Modernidad. *PH: Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 70: 89-97.
- 2012. *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*, Buenos Aires: Katz.
- HERNANDO GONZALO, A. y GONZÁLEZ-RUIBAL, A. 2011. Fractalidad, materialidad y cultura: un estudio etnoarqueológico de lo Awá-Guajá de Maranhão (Brasil). *Revista de Antropología*, 24: 9-61.
- HERVIEU, J. 1969. *Les industries à galets aménagés du haut bassin de la Bénoué*, Yaoundé: ORSTOM.

- 1970. Contribution à l'étude des industries lithiques du Nord Cameroun, Mise au point et données nouvelles. *Cahier ORSTOM, série des sciences humaines*, VII(3): 3-37.
- HEUSCH, L. de. 1972. *Le roi ivre ou l'origine de l'État. Mythes et rites bantous I*, Paris: Gallimard.
- 1982. *Rois nés d'un cœur de vache. Mythes et rites bantous II*, Paris: Gallimard.
- 2000. *Le roi de Kongo et les monstres sacrés. Mythes et rites bantous III*, Paris: Gallimard.
- HOCHSCHILD, A. 2007. *El fantasma del rey Leopoldo*, Barcelona: Ediciones Península.
- HODDER, I. 1980. Social structure and cemeteries: a critical appraisal. En RAHTS, P., DICKINSON, T. y WATTS, L. (eds) *Anglo-Saxon cemeteries 1979: The fourth Anglo-Saxon symposium at Oxford*. Oxford: BAR British Ser. 82, 161-169.
- 1982a. *Symbols in action: ethnoarchaeological studies of material culture*, Cambridge: University Press.
- 1982b. The identification and interpretation of ranking in prehistory: a contextual approach. En RENFREW, C. y SHENNAN, S. (eds.) *Ranking, resource and exchange*. Cambridge: New Directions in Archaeology, 150-154.
- 1989. Post-modernism, post-structuralism and post-processual archaeology. En HODDER, I. (ed.) *The Meanings of Things. Material Culture and Symbolic Expression*. London & New York: Routledge, 64-78.
- 2000. Agency and individuals in long-term processes. En DOBRES, M.-A. y ROBB., J. (eds.) *Agency in Archaeology*. London: Routledge, 21-23.
- (ed.) 2001. *Archaeological theory today*, Cambridge: Polity Press.
- 2003. *Archaeology beyond dialogue*, Salt Lake City: Foundation of archaeological inquiry, The University of Utah Press.
- HÖHN, A., KAHLHEBER, S., NEUMANN, K. y SCHWEIZER, A. 2008. Settling the rain forest: the environment of farming communities in southern Cameroon during the first millennium BC. En RUNGE, J. (ed.) *Dynamics of forest ecosystems in Central Africa during the Holocene. Past - Present - Future*. London: Taylor & Francis, 29-41.
- HOIJER, H. 1956. Lexicostatistics: a critique. *Language*, 32(1): 49-60.
- HOLDEN, C.J. 2002. Bantu language trees reflect the spread of farming across sub-Saharan Africa: a maximum-parsimony analysis. *Proceedings of the Royal Society of London. Series B: Biological Sciences*, 269(1493): 793-799.

- HOLL, A.F.C. 1990. West African archaeology: colonialism and nationalism. En ROBERTSHAW, P. (ed.) *A history of African archaeology*, London: James Currey, 296-308.
- 1991. Cameroun. En LANFRANCHI, R. y CLIST, B. (eds.) *Aux origines de l'Afrique Centrale*. Libreville: Centres Culturels Français d'Afrique centrale, Centre International des Civilisations Bantu, 192-196.
- 1994. The cemetery of Houlouf in Northern Cameroon (AD 1500-1600): fragments of a past social system. *The African Archaeological Review*, 12: 133-170.
- 2001. 500 years in the Cameroons. Making sense of the archaeological record. En DECORSE, C. R. (ed.) *West Africa during the Atlantic slave trade*. London & New York: Leicester University Press, 152-178.
- 2002. *The land of Houlouf. Genesis of a Chadid polity 1900 BC - AD 1800*, Ann Arbor: Michigan, Memoirs of the Museum of Anthropology, Number 35.
- 2009. Early West African metallurgies: new data and old orthodoxy. *Journal of World Prehistory*, 22: 415-438.
- HORKHEIMER, M. y ADORNO, T.W. 2004 [1947]. *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*, Madrid: Trotta.
- HOUSEMAN, M. 1992. La iniciación masculina So o los artificios de la lógica iniciática. En MALLART I GUIMERÀ, L. (ed.) *Ser hombre, ser alguien. Ritos e iniciaciones en el sur de Camerún*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 39-67.
- HUBERT, J. (ed.) 2000. *Madness, disability and social exclusion: the archaeology and anthropology of "difference"*, London & New York: Routledge.
- HUFFMAN, T.N. 2009. Mapungubwe and Great Zimbabwe: the origin and spread of social complexity in southern Africa. *Journal of Anthropological Archaeology*, 28(1): 37-54.
- HUMBOLDT, A. von. 1982 [1820]. *Del Orinoco al Amazonas. Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*, Barcelona: Editorial Labor.
- INSOLL, T. (ed.) 2007. *The Archaeology of Identities. A reader*, London & New York: Routledge.
- (ed.) 2011. *Oxford handbook of the archaeology of ritual and religion*, Oxford, New York: Oxford University Press.

- IRADIER, M. 1994 [1875-1877/1884]. *África. Viajes y trabajos de la Asociación Eúskara La Exploradora*, Madrid: Miraguano Ediciones, Ediciones Polifemo.
- JACKSON, M. 2008. *Moche art and visual culture in ancient Peru*, Albuquerque: University of New Mexico Press.
- JACOBS, B.F. 2004. Palaeobotanical studies from tropical Africa: relevance to the evolution of forest, woodland and savannah biomes. *Philosophical transactions of the Royal Society. Biological Sciences*, 359: 1573-1583.
- JACOBS, M. 1988. *The tropical rain forest. A first encounter*, Berlin: Springer-Verlag.
- JAUZE, J.B. 1944. Contribution à l'archéologie camerounaise. *Bulletin de la Société d'Études Camerounaises*, 8: 105-136.
- JEFFREYS, M.D.W. 1951. Neolithic stone implements, Bamenda (British Cameroons). *Bulletin de l'Institut Français de l'Afrique noire*, 13: 1203-1217.
- 1957. Some notes on the neolithic of West Africa. En CLARK, J.D. (ed.) *Actes du 3ème Congrès Panafricain de Préhistoire et de l'Etude du quaternaire, Livingstone, 1955*. London: Chatto et Windus, 262-273.
- JENKINS, R. 1996. *Social identity*, London & New York: Routledge.
- 2000. Categorization: identity, social process and epistemology. *Current Sociology*, 48(3): 7-25.
- JENSEN, C.K. y NIELSEN, K.H. (eds.) 1997a. *Burial & society: the chronological and social analysis of archaeological burial data*. Aarhus: University Press.
- 1997b. Burial data and correspondence analysis. En JENSEN, C.K. y NIELSEN, K.H. (eds.) *Burial and Society. The chronological and social analysis of archaeological burial data*. Aarhus: University Press, 29-61.
- JÉZÉGOU, M.-P. y CLIST, B. 1991. Gabon. En LANFRANCHI, R. y CLIST, B. (eds.) *Aux origines de l'Afrique centrale*. Libreville: Centres Culturels Français d'Afrique centrale, Centre International des Civilisations Bantu, 202-207.
- JOHNSON, M. 2000. *Teoría arqueológica. Una introducción*, Madrid: Akal.
- JOHNSTON, H.H., TORDAY, E., JOYCE, T.A. y SELIGMANN, C.G. 1913. A survey of the ethnography of Africa: and the former racial and tribal migrations in that continent. *The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 43(2): 375-421.

- JONES, A. 2002. *Archaeological theory and scientific practice*, Cambridge: University Press.
- 2005. Lives in fragments? Personhood and the European Neolithic. *Journal of Social Archaeology*, 5: 193-224.
- JONES, G.I. 1958. Native and trade currencies in southern Nigeria during the Eighteenth and Nineteenth centuries. *Africa*, 28(1): 43-54.
- JONES, S. 2002. *The archaeology of ethnicity: constructing identities in the past and present*, Routledge.
- JOYCE, R. 1994. Dorothy Hughes Popenoe: Eve in an Archaeological Garden. En CLAASEN, C. (ed.) *Women in Archaeology*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 51-66.
- 2005. Archaeology of the Body. *The Annual Review of Anthropology*, 34: 139-158.
- JUANOLA, J. 1890. *Primer paso á la lengua bubí: ó sea Ensayo á una gramática de este idioma; seguido de tres apéndices: bore el lenguaje bubí de Concepción, sobre el de San Carlos, sobre unas cuantas notas de sintáxis*, Madrid: Impr. de A. Pérez Dubrull.
- KAEHR, R., PERROIS, L. y GHYSELS, M. 2007. A masterwork that sheds tears... and light. A complementary study of a Fang ancestral head. *African Arts*, 40(4): 44-57.
- KAMP, K.A. 2001. Where have all the children gone?: the archaeology of childhood. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 8(1): 1-34.
- KAREGA-MUNENE y SCHMIDT, P.R. 2010. Postcolonial archaeologies in Africa: breaking the silence. *African Archaeological Review*, 27(4): 323-337.
- KATCHADOURIAN, H.A. (ed.) 1983. *La sexualidad humana: un estudio comparativo de su evolución*, México: Fondo de Cultura Económica.
- KENNEDY, R.A. 1962. 'Grinding benches' and mortars on Fernando Po. *MAN*, 62: 129-130.
- KIENLIN, T.L. y ZIMMERMAN, A. (eds.) 2012. *Before elites: alternatives to hierarchical systems in modelling social formations*. Bonn: Universitätsforschungen zur prähistorischen Archäologie.
- KILLICK, D. 2004. What do we know about African iron working? *Journal of African Archaeology*, 2(1): 97-112.
- 2009. Cairo to Cape: the spread of metallurgy through Eastern and Southern Africa. *Journal of World Prehistory*, 22(4): 399-414.

- KINGSLEY, M.H. 1897. *Travels in West Africa (Congo Français, Corisco and Cameroons)*, New York: MacMillan and Company, Limited.
- KLIEMAN, K.A. 1997. *Hunters and farmers of the Western Equatorial Rainforest: economy and society, 3000 B.C. to A.D. 1880*, Los Angeles: University of California.
- 2003. “The pygmies were our compass”. *Bantu and Batwa in the history of West Central Africa, early times to c.1900 C.E.*, Portsmouth: Heinemann.
- KNAPP, A.B. y VAN DOMMELEN, P. 2008. Past practices: rethinking individuals and agents in archaeology. *Cambridge Archaeological Journal*, 18(1): 15-34.
- KNAPPERT, J. 1977. *Bantu myths and other tales*, Leiden: E.J. Brill.
- KOCH, H. 1968. *Magie et chasse dans la forêt camerounaise*, Paris.
- KOHL, P.L. (ed.) 1995. *Nationalism, politics, and the practice of archaeology*, Cambridge: University Press.
- KÖHLER, A. 1999. Pigmeos, primates y elefantes: percepciones populares en Occidente y actitudes locales hacia la fauna y el medio ambiente selvático. *Estudios de Asia y África*, 34(2): 259-294.
- KRIGER, C.E. 1999. *Pride of men. Ironworking in 19th century West Central Africa*, Oxford: James Currey Ltd.
- KRISTIANSEN, K. 2001. *Europa antes de la Historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro*, Barcelona: Ediciones Península.
- LA CONDAMINE, C.M. de. 2003 [1745]. *Viaje a la América meridional*, Madrid: Espasa.
- LAGAMMA, A. 2007. Eternal ancestors: The art of the Central African reliquary. *African Arts*, 40(4): 32-43.
- LANE, P. 2011. Possibilities for a postcolonial archaeology in sub-Saharan Africa: indigenous and usable pasts. *World Archaeology*, 43(1): 7-25.
- LANFRANCHI, R. 1988. Prospection dans le Haut-Ogooué (Région de Léconi, Franceville, Boumango): résultats préliminaires. *Nsi*, 4: 28-32.
- LANFRANCHI, R. y CLIST, B. (eds.) 1991. *Aux origines de l'Afrique Centrale*, Libreville: Centres Culturels Français d'Afrique centrale, Centre International des Civilisations Bantu.

- LARGEAU, V. 1901. *Encyclopédie pahouine. Éléments de grammaire et dictionnaire français-pahouin*, Paris: E. Leroux.
- LATOUR, B. 1998. La tecnología es la sociedad hecha para que dure. En DOMÉNECH, M. y TIRADO, F. (eds.) *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: Gedisa, 109-142.
- LAVACHERY, P. 1996. Shum Laka rock shelter late Holocene deposits: from stone to metal (North Western Cameroon). En PWITI, G. y SOPER, R. (eds.) *Aspects of African Archaeology. Papers from the 10th Congress of the PanAfrican Association for Prehistory and Related Studies*. Harare: University of Zimbabwe Publications, 265-274.
- 1998. Le peuplement des Grassfields: recherches archéologiques dans l'ouest du Cameroun. *Afrika Focus*, 14(1): 17-36.
- 2001. The holocene archaeological sequence of Shum Laka rock shelter (Grassfields, Western Cameroon). *African Archaeological Review*, 18(4): 213-247.
- LAVACHERY, P. y CORNELISSEN, E. 2000. Natural and cultural spatial patterning in the Late Holocene deposits of Shum Laka rock shelter, Cameroon. *Journal of Field Archaeology*, 27(2): 153-168.
- LAVACHERY, P., MACEACHERN, S., BOUIMON, T., GOUEM GOUEM, B., KINYOCK, P., MBAIRO, J. y NKOKONDA, O. 2005. Komé to Ebomé: archaeological research for the Chad Export Project, 1999-2003. *Journal of African Archaeology*, 3(2): 175-193.
- LAVACHERY, P., MACEACHERN, S., BOUIMON, T. y MBIDA MINDZIÉ, C. 2010. Komé-Kribi. Rescue archaeology along the Chad-Cameroon oil pipeline, 1999-2004. *Journal of African Archaeology*, Monograph Series 4: 1-177.
- LAYTON, R. 2006. Structuralism and semiotics. En TILLEY, C., KEANE, W., KUECHLER-FOGDEN, S., ROWLANDS, M. J. y SPYER, P. (eds.) *Handbook of material culture*. London: Sage Publications, 29-42.
- LEACOCK, E. y LEE, R.B. (eds.) 1982. *Politics and history in band societies*, Cambridge: University Press.
- LEBAMBA, J., VICENS, A. y MALEY, J. 2012. Pollen, vegetation change and climate at Lake Barombi Mbo (Cameroon) during the last ca. 33 000 cal yr BP: a numerical approach. *Climate of the Past*, 8: 59-78.

- LEBEUF, J.-P. 1962. *Archéologie tchadienne, les Sao du Cameroun et du Tchad*, Paris: Hermann.
- 1969. *Carte archéologique des abords du lac Tchad (Cameroun, Nigeria, Tchad)*. 2 vols., Paris: Centre national de la Recherche Scientifique.
- LEE, R.B. y DEVORE, I. (eds.) 1968. *Man the hunter*, Chicago: Aldine Publishing Company.
- LEENHARDT, M. 1997 [1947]. *Do kamo. La persona y el mito en el mundo melanesio*, Barcelona: Paidós.
- LEJJU, B.J., ROBERTSHAW, P. y TAYLOR, D. 2006. Africa's earliest bananas? *Journal of Archaeological Science*, 33(1): 102-113.
- LEMMONIER, P. 1986. The study of material culture today: toward an anthropology of technical systems. *Journal of Anthropological Archaeology*, 5: 147-186.
- LEONE, M.P., LAROCHE, C.J. y BABIARZ, J.J. 2005. The archaeology of black Americans in recent times. *Annual Review of Anthropology*, 34: 575-598.
- LÉVI-STRAUSS, C. 1967. Respuestas. En VERSTRAEREN, P., RICOEUR, P. y PACI, E. (eds.) *Claude Lévi-Strauss. Problemas del estructuralismo*. Editorial Universitaria de Córdoba, 157-185.
- 1973. *Antropología estructural*, Buenos Aires: Eudeba.
- 1981a. *Mitológicas 3. El origen de las maneras de mesa*, México: Fondo de Cultura Económica.
- 1981b. *Mitológicas 4. El hombre desnudo*, México: Siglo XXI.
- 1982a. *Mitológicas 1. Lo crudo y lo cocido*, México: Fondo de Cultura Económica.
- 1982b. *Mitológicas 2. De la miel a las cenizas*, México: Fondo de Cultura Económica.
- LIETH, H. y WERGER, M. J.A. (eds.) 1989. *Tropical rain forest ecosystems. Biogeographical and ecological studies*, Amsterdam & New York: Elsevier Science Publishers.
- LIPUMA, E. 2001. *Encompassing others. The magic of modernity in Melanesia*, Ann Arbor: University of Michigan Press.
- LIVINGSTONE, D.A. 1980. History of the tropical rain forest. *Paleobiology*, 6(3): 243-344.
- LIVINGSTONE, D. y LIVINGSTONE, C. 1865. *Narrative of an expedition to the Zambesi and its tributaries; and of the discovery of the lakes Shirwa and Nyassa. 1858-1864*, London: John Murray, Albemarle Street.

- LIVINGSTONE SMITH, A. 2001. Pottery manufacturing processes: reconstruction and interpretation. En GARCEA, E. (ed.) *Uan Tabu. In the settlement history of the Libyan Sahara*. Roma: Edizioni all'insegna del Giglio, 113-251.
- 2007. Histoire du décor à la roulette en Afrique subsaharienne. *Journal of African Archaeology*, 5(2): 189-216.
- LOCKO, M. 1991. A la découverte de l'histoire du Gabon, la préhistoire, première partie: les cultures préhistoriques. *Kultura Africa*, 2: 3-8.
- 1999. Peuplement préhistorique de la province de la Ngounié (sud du Gabon). *Cahiers d'Histoire et Archéologie, Université Omar Bongo*, 1: 1-14.
- 2001. Peuplement préhistorique de la Nyanga (extrême sud du Gabon). *Cahiers d'Histoire et Archéologie, Université Omar Bongo*, 3: 15-24.
- LOTHE, H. 1952. La connaissance du fer en Afrique occidentale. *Encyclopédie Mensuelle d'Outre Mer*, 269-272.
- LOUMPET, G. 1987. *Eléments de synthèse pour un cadre paléoclimatologique et paléoécologique quaternaire au Cameroun, première approche d'une industrie lithique ancienne dans les dépôts alluviaux de Biti en Haute-Sangha (est-Cameroun-ouest RCA)*, Université de Paris I, Thèse de 3ième Cycle.
- 1998. Peuplement et environnement de l'homme en zone forestière et post-forestière du Cameroun au début du Pléistocène. En DELNEUF, M., ESSOMBA, J.-M. y FROMENT, A. (eds.) *Paléo-anthropologie en Afrique centrale. Un bilan de l'archéologie au Cameroun. Atelier National de l'Université Yaoundé I et du Réseau PALEANTHRAC*. Paris: L'Harmattan, 167-175.
- LOVETT, J.C. y WASSER, S.K. (eds.) 1993. *Biogeography and ecology of the rain forests of eastern Africa*, Cambridge: University Press.
- LOZANO RUBIO, S. 2011. Interseccionalidad: ¿una nueva herramienta teórica para la arqueología? *Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica. Madrid 2009*, 2: 789-794.
- LUBBOCK, J. 1865. *Prehistoric times, as illustrated by ancient remains, and the manners and customs of modern savages*, London: Williams and Norgate.
- LUCY, S. 2005a. The archaeology of age. En DÍAZ-ANDREU, M., LUCY, S., BABIĆ, S. y EDWARDS, D. N. (eds.) *The Archaeology of Identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. London & New York: Routledge, 86-109.

- 2005b. Ethnic and cultural identities. En DÍAZ-ANDREU, M., LUCY, S., BABIĆ, S. y EDWARDS, D. N. (eds.) *The Archaeology of Identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. London & New York: Routledge, 43-66.
- LUDDINGTON, W.B. y BARLEYCORN, W. 1875. *Bubi na English primer*, Primitive Methodist Mission House.
- LUKES, S. 1985. *El poder. Un enfoque radical*. Madrid: Siglo XXI.
- LWANGA-LUNYIIGO, S. y VANSINA, J. 1988. The Bantu-speaking peoples and their expansion. En ELFASI, M. (ed.) *General History of Africa. Africa from the Seventh to the Eleventh century*. Vol. 3. London: Heinemann educational books, 140-162.
- LYOTARD, J.-F. 2006 [1984]. *La condición postmoderna*, Madrid: Cátedra.
- MACEACHERN, S. 1993. Archaeological research in northern Cameroon, 1992 - the Projet Maya-Wandala. *Nyame Akuma*, 39: 7-13.
- 1996. Iron Age beginnings north of the Mandara Mountains, Cameroon and Nigeria. En PWITI, G. y SOPER, R. (eds.) *Aspects of African Archaeology. Papers from the 10th Congress of the PanAfrican Association for Prehistory and Related Studies*. Harare: University of Zimbabwe Press, 489-495.
- 2001. Setting the boundaries: linguistics, ethnicity, colonialism and archaeology south of Lake Tchad. En TEREILL, J. (ed.) *Archaeology, language and history: essays on culture and ethnicity*. Westport: Bergin and Garvey, 79-102.
- 2010. Seeing like an oil company's CHM programme Exxon and archaeology on the Chad Export Project. *Journal of Social Archaeology*, 10(3): 347-366.
- MACEACHERN, S., SCOTT, D.A., O'GUINNESS CARLSON, M. y DATOUANG DJOUSSOU, J.-M. 2013. Iron artefacts from the DGB-1 site, Northern Cameroon: conservation, metallurgical analysis and ethnoarchaeological analogies. *Journal of African Archaeology*, 11(1): 39-54.
- MALEY, J. 1990. L'histoire récente de la forêt dense humide africaine: essai sur le dynamisme de quelques formations forestières. En LANFRANCHI, R. y SCHWARTZ, D. (eds.) *Paysages quaternaires de l'Afrique centrale Atlantique*. ORSTOM: Didactiques, 367-382.
- 1993. The climatic and vegetational history of the equatorial regions of Africa during the upper Quaternary. En SHAW, T., SINCLAIR, P., ANDAH, B.W. y OKPOKO, A. (eds.) *The archaeology of Africa. Food, metals and towns*. London & New York: Routledge, 43-52.

- 1996. The African rain forest - main characteristics of changes in vegetation and climate from the Upper Cretaceous to the Quaternary. *Proceedings of the Royal Society of Edinburgh*, 104B: 31-73.
 - 1997. Middle to Late Holocene changes in tropical Africa and other continents: paleomonsoon and sea surface temperature variations. En DALFES, H.N., KUKLA, G. y WEISS, H. (eds.) *Third Millennium BC climate change and Old World collapse*. Berlin & Heidelberg: NATO ASI Series, Vol. I 49, Springer-Verlag, 611-640.
 - 1999. L'expansion du palmier à huile (*Elaeis guineensis*) en Afrique Centrale au cours des trois derniers millénaires: nouvelles données et interprétations. En BAHUCHET, S., BLEY, D., PAGEZY, H. y VERNAZZA-LICHT, N. (eds.) *L'homme et la forêt tropicale*. Marseille: Travaux de la Société d'Ecologie Humaine, 237-254.
 - 2004. Les variations de la végétation et des paléoenvironnements du domaine forestier africain au cours du quaternaire récent. En SÉMAH, A.-M. y RENAULT-MISKOVSKY, J. (eds.) *L'évolution de la végétation depuis deux millions d'années*. Éditions Artcom'Errance, 143-178.
- MALEY, J. y CHEPSTOW-LUSTY, A. 2001. *Elaeis guineensis* Jacq. (oil palm) fluctuations in central Africa during the late Holocene: climate or human driving forces for this pioneering species? *Vegetation History and Archaeobotany*, 10(2): 117-120.
- MALLART I GUIMERÀ, L. (ed.) 1993. *Ser hombre, ser alguien. Ritos e iniciaciones en el sur del Camerún*, Barcelona: Bellaterra.
- MANFREDI CANO, D. 1956. *Isla de Fernando Póo*, Madrid: Publicaciones españolas.
- MARCOY, P. 1869. *Voyage a travers de l'Amerique du Sud: de l'Océan Pacifique à l'Océan Atlantique*, Paris: Librairie de L. Hachette.
- MARET, P. de. 1980. Preliminary report on 1980 fieldwork in the Grassfields and Yaoundé, Cameroun. *Nyame Akuma*, 17: 10-12.
- 1982. Belgian archaeological project in Cameroun (July-August 1981 fieldwork). *Nyame Akuma*, 20: 11-12.
 - 1983. Nouvelles données sur la fin de l'âge de la pierre et les debuts de l'âge du fer dans la moitié meridionale du Cameroun. En B. ANDAH, P. MARET, y R. SOPER (eds.) *The proceedings of the 9th congress association of Prehistory and related studies*. Jos: Rex Charles Publications, 198-202.

- 1984. L'archéologie en zone bantu jusqu'en 1984. *MUNTU. Revue scientifique et culturelle du CICIBA*, 1: 37-60.
- 1985a. The smith's myth and the origin of leadership in Central Africa. En HAALAND, R. y SHINNIE, P. (eds.) *African iron working. Ancient and traditional*. Oslo: Norwegian University Press, 73-87.
- 1985b. *Fouilles archéologiques dans la Vallée du Haut-Lualaba, Zaire. II. Sanga et Katongo, 1974*, Tervuren, Belgique: Musée Royal de l'Afrique Centrale.
- 1985c. Recent archaeological research and dates from Central Africa. *The Journal of African History*, 26(2/3): 129-148.
- 1990. Phases and facies in the archaeology of Central Africa. En ROBERTSHAW, P. (ed.) *A history of African archaeology*. London: James Currey, 109-134.
- 1991. Archéologie du Royaume Luba. En LANFRANCHI, R. y CLIST, B. (eds.) *Aux origines de l'Afrique Centrale*. Libreville: Centre Culturel Français, CICIBA, 235-242.
- 1992. Sédentarisation, agriculture et métallurgie du Sud-Cameroun: synthèse des recherches depuis 1978. En ESSOMBA, J.-M. (ed.) *L'archéologie au Cameroun*. Paris: Éditions KARTHALA, 247-262.
- 1994. Pits, pots and the far-West streams. *Azania*, XXIX-XXX: 318-323.
- 1996. Shum Laka (Cameroon): human burials and general perspectives. En PWITI, G. y SOPER, R. (eds.) *Aspects of African Archaeology. Papers from the 10th Congress of the PanAfrican Association for Prehistory and Related Studies*. Harare: University of Zimbabwe Publications, 275-279.
- 2012. From kinship to kingship: an African journey into complexity. *Azania*, 47(3): 314-326.
- 2013. Archaeologies of the Bantu expansion. En MITCHELL, P. y LANE, P. (eds.) *The Oxford Handbook of African Archaeology*. Oxford: University Press, 627-643.
- MARET, P. de y NSUKA, P. 1977. History of Bantu metallurgy: some linguistic aspects. *History in Africa*, 4: 43-65.
- MARET, P. de y CLIST, B. 1987. Mission de fouilles 1987 en Guinée Equatoriale insulaire. *Nsi*, 2: 32-35.
- MARÍN SUÁREZ, C. 2005. *Astures y asturianos. Historiografía de la Edad de Hierro en Asturias*, Noia: Toxosoutos.

- MARLIAC, A. 1973. *L'état des connaissances sur le paléolithique et le néolithique du Cameroun*, Yaoundé: ORSTOM.
- 1978. *Recherches sur les pétroglyphes géométriques de Bizdar au Cameroun du Nord*, Paris, Thèse de Doctorat de 3e cycle, Université de Paris I.
- 1987. Introduction au Paléolithique du Cameroun septentrional. *L'Anthropologie*, 92(2): 521-558.
- 2006. *Archéologie du Diamaré au Cameroun Septentrional. Milieux et peuplements entre Mandara, Logone, Bénoué et Tchad pendant les deux derniers millénaires*, Oxford: BAR International Series 1549.
- MARTIN, M.G.F. 1998. Bodily awareness: a sense of ownership. En BERMÚDEZ, J. L., MARCEL, A. y EILAN, N. (eds.) *The body and the self*. Cambridge & London: The MIT Press, 267-289.
- MARTIN, P.M. 1986. Power, cloth and currency on the Loango coast. *African Economic History*, 15: 1-12.
- MARTÍ LEZANA, R. 2003. *Arqueología en el cinturón forestal de Guinea Ecuatorial*, Madrid: UNED ediciones.
- MARTÍ LEZANA, R., MERCADER, J. y FERNÁNDEZ, N. 2000. El origen de la ocupación humana en la isla de Bioko. *Revista de Arqueología*, 232: 14-23.
- MARTÍN DEL MOLINO, A. 1957. La cerámica antigua de Fernando Poo. *La Guinea Española*, 1485: 353-355.
- 1960. Tipología de la cerámica de Fernando Poo. *Estudios del Instituto Claretiano de Africanistas (Separata de la revista "La Guinea Española")*, 1: 1-36.
- 1961a. Las excavaciones de Bolaopí y las cinco fases del neolítico de Fernando Poo. *La Guinea Española*, 1544: 148-150.
- 1961b. Las excavaciones de Bolaopí y las cinco fases del neolítico de Fernando Poo (continuación). *La Guinea Española*, 1545: 167-169.
- 1962. Las industrias líticas de Fernando Poo. *La Guinea Española*, 1561-1562: 289-316.
- 1963. Datos etnográficos de los bubis en el siglo XVIII. *La Guinea Española*, 1565: 35-42.
- 1964. Industrias sangoenses preneolíticas de Fernando Poo. *La Guinea Española*, 1579: 99-104.

- 1965. *Secuencia cultural en el Neolítico de Fernando Poo*, Madrid, Trabajos de Prehistoria.
- 1967. Las excavaciones de Carboneras. *La Guinea Española*, 1612: 38-44.
- 1968. *Etapas de la cultura Carboneras de Fernando Poo en el primer milenio de nuestra Era*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- 1993. *Los Bubis. Ritos y creencias*, Madrid: Labrys 54.
- MARTÍN DEL MOLINO, A. y LIGERO, A. 1959a. Nuevos hallazgos para la prehistoria de Fernando Poo. *La Guinea Española*, 1522: 200-201.
- 1959b. La industria lítica en Fernando Poo. Los talleres de pulimentación de piedra. *La Guinea Española*, 1525: 294-296.
- 1959c. Tres nuevos hallazgos de cerámica bubi. *La Guinea Española*, 1515: 66-68.
- 1959d. Los talleres de pulimentación de piedra. *La Guinea Española*, 1527: 362-363.
- 1960. Las hachas de cuello fernandinas. *La Guinea Española*, 1530: 75-78.
- MARTÍNEZ SALAZAR, Á. 2004. *Manuel Iradier. Las azarosas empresas de un explorador de quimeras*, Madrid: Miraguano Ediciones.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. 1947. África, en las actividades del Seminario de Historia Primitiva del Hombre. *Seminario de Historia Primitiva del Hombre*, 1: 5-22.
- MARTÍNEZ Y SANZ, M. 1859. *Breves apuntes sobre la isla de Fernando Póo en el golfo de Guinea*, Madrid: Imprenta de Higinio Reneses.
- MAUNY, R. 1952. Essai sur l'histoire des métaux en Afrique occidentale. *Bulletin de l'IFAN*, 14(2): 545-595.
- 1953. Autour de l'introduction du fer en Afrique occidentale. *Encyclopédie Mensuelle d'Outre Mer*, 109-110.
- MAYAUX, P., PEKEL, J.-F., DESCLÉE, B., DONNAY, F., LUPI, A., ACHARD, F., CLERICI, M., BODART, C., BRINK, A., NASI, R. y BELWARD, A. 2013. State and evolution of the African rainforests between 1990 and 2010. *Philosophical transactions of the Royal Society. Biological Sciences*, 368(1625): 1-10.
- MBIDA MINDZIÉ, C. 1992. Archaeological research in South Cameroon: preliminary results on the 1990 field season. *Nyame Akuma*, 37: 2-4.

- 1992b. Étude préliminaire du site de Ndindan et datation d'une première série de fosses. En J.-M. ESSOMBA (ed.) *L'archéologie au Cameroun*. Paris: Éditions KARTHALA, 263-284.
- 1996. *L'émergence de communautés villageoises au Cameroun méridional. Etude archéologique des sites de Nkang et de Ndindan*. Ph.D. Thesis, Université Libre de Bruxelles.
- 2002. Ndindan: synthèse archéologique d'un site datant de trois millénaires à Yaoundé (Cameroun). *L'Anthropologie*, 106(1): 159-172.
- MBIDA MINDZIÉ, C., VAN NEER, W., DOUTRELEPONT, H. y VRYDAGHS, L. 2000. Evidence for banana cultivation and animal husbandry during the first millennium BC in the forest of Southern Cameroon. *Journal of Archaeological Science*, 27(2): 151-162.
- MBIDA MINDZIÉ, C., DOUTRELEPONT, H., VRYDAGHS, L., SWENNEN, R. L., SWENNEN, R. J., BEECKMAN, H., LANGHE, E. D. y MARET, P. de. 2001a. First archaeological evidence of banana cultivation in central Africa during the third millennium before present. *Vegetation History and Archaeobotany*, 10(1): 1-6.
- MBIDA MINDZIÉ, C., ASOMBANG, R. y DELNEUF, M. 2001b. Rescue archaeology in eastern Cameroon. *Antiquity*, 75(290): 805-806.
- M'BOKOLO, E. 1988. *Rapport sur la mission de recherches sur l'histoire et les civilisations Teke (24 Septembre-7 Octobre 1988)*, Libreville: GRECHO.
- MCCALL, L. 2005. The complexity of intersectionality. *Signs*, 30(3): 1771-1800.
- MCCULLOCH, W.S. 1945. A hierarchy of values determined by the topology of neural nets. *Bulletin of Mathematical Biophysics* 7: 89-93.
- MCINELLY, B.C. 2003. Expanding empires, expanding selves: colonialism, the novel, and Robinson Crusoe. *Studies in the Novel*, 35(1): 1-21.
- MCINTOSH, S.K. (ed.) 1999a. *Beyond chiefdoms. Pathways to complexity in Africa*, Cambridge: University Press.
- 1999b. Modeling political organization in large-scale settlement clusters: a case study from the Inland Niger Delta. En MCINTOSH, S.K. (ed.) *Beyond chiefdoms. Pathways to complexity in Africa*. Cambridge: University Press, 66-79.

- MCINTOSH, S.K. y MCINTOSH, R.J. 1988. From stone to metal: new perspectives on the later prehistory of West Africa. *Journal of World Prehistory*, 2(1): 89–113.
- 1993. Cities without citadels: understanding urban origins along the middle Niger. En SHAW, T., SINCLAIR, P., ANDAH, B. y OKPOKO, A. (eds.) *The archaeology of Africa. Food, metals and towns*. London & New York: Routledge, 622–641.
- 2003. Early urban configurations on the Middle Niger. Clustered cities and landscapes of power. En SMITH, M.L. (ed.) *The social construction of ancient cities*. Washington and London: Smithsonian books, 103–120.
- MCNAUGHTON, P.R. 1970. The throwing knife in African history. *African Arts*, 3(2): 54–89.
- MCSHERRY, B. 2006. The political economy of oil in Equatorial Guinea. *African Studies Quarterly*, 8: 23–45.
- MEAD, M. 1935. *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*. New York: W. Morrow.
- MEGGITT, M.J. 1973. The pattern of leadership among the Mae-Enga of New Guinea. En BERNDT, R.M. y LAWRENCE, P. (eds.) *Politics in New Guinea*. Seattle: University of Washington Press, 191–206.
- MEISTER, C. 2008. Recent archaeological investigations in the tropical rain forest of South-West Cameroon. En RUNGE, J. (ed.) *Dynamics of forest ecosystems in Central Africa during the Holocene. Past - Present - Future*. London: Taylor & Francis, 43–57.
- 2010. Remarks on Early Iron Age burial sites from southern Cameroon. *African Archaeological Review*, 27: 237–249.
- MEISTER, C. y EGGERT, M.K.H. 2008. On the Early Iron Age in Southern Cameroon: the sites of Akonétye. *Journal of African Archaeology*, 6(2): 183–202.
- MERCADER, J. y MARTÍ, R. 1999a. Middle Stone Age sites in the tropical forests of Equatorial Guinea. *Nyame Akuma*, 51: 14–24.
- 1999b. Archaeology in the tropical forest of Banyang-Mbo, Southwest Cameroon. *Nyame Akuma*, 52: 17–24.
- 2000. Recherches archéologiques dans le parc national de Monte Alén. *Canope*, 16: 8–9.
- 2003. The Middle Stone Age occupation of Atlantic Central Africa. En MERCADER, J. (ed.) *Under the canopy. The archaeology of tropical rain forests*. New Brunswick, New Jersey & London: Rutgers University Press.

- MERCADER, J., MARTÍ, R., MARTÍNEZ, J.L. y BROOKS, A. 2002. The nature of 'stone-lines' in the African Quaternary record: archaeological resolution at the rainforest site of Mosumu, Equatorial Guinea. *Quaternary International*, 89: 71-96.
- MERCADER, J., MARTÍ, R., WILKINS, J. y FOWLER, K.D. 2006. The eastern periphery of the Yoruba Cultural sphere: ceramics from the Lowland rain forests of Southwestern Cameroon. *Current Anthropology*, 47(1): 173-184.
- MESKELL, L. 1998a. Intimate archaeologies: the case of Kha and Merit. *World Archaeology*, 29: 363-379.
- 1998b. The irresistible body and the seduction of archaeology. En MONTSERRAT, D. (ed.) *Changing bodies, changing meanings. Studies on the human body in antiquity*. London & New York: Routledge, 139-161.
- MESTRES TORRES, J.S. 1995. La datació per radiocarboni i el calibratge de les dates radiocarbòniques. Objectius, problemes i aplicacions. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 5: 260-275.
- 2000. La datació per radiocarboni. Una visió actual. *Tribuna d'Arqueologia*, 1997-1998: 195-239.
- MESTRES TORRES, J.S. y NICOLÁS, J.C. 1997. Contribución de la datación por radiocarbono al establecimiento de la cronología absoluta de la prehistoria menorquina. *Caesaraugusta*, 73: 237-341.
- MEYE MEDOU, F. 1990. Nouvelles prospections archéologiques dans la province du Woleu-Ntem au Gabon de 1987 a 1989. *Nsi*, 7: 26-32.
- MEYER, S.V y EGGERT, M.K.H. 2009. Iron production in Southern Cameroon: New evidence in comparative perspective. En *Proceedings of the 19th Biennial Meeting of the Society of Africanist Archaeologists*. Frankfurt: Goethe University.
- MEYER, S.V, MEISTER, C. y EGGERT, M.K.H. 2009. Preliminary report on the excavations at Bagofit and Mampang, East Province, Cameroon. *Nyame Akuma*, 72: 67-73.
- MEZOP TEMGOUA, A.L. 2004. *Etude du peuplement actuel et sub-actuel de la région du Faro (bassion de la Benoué, Nord-Cameroun): Approches archéologique et ethnoarchéologique de la céramique*, Université Libre de Bruxelles, Mémoire présenté en vue de l'obtention du Diplôme d'Etudes Approfondies.

- 2011. *Archéologie, traditions orales et ethnographie au Nord du Cameroun: histoire du peuplement de la région du Faro durant le dernier millénaire*, Université Libre de Bruxelles: Thèse présentée en vue de l'obtention du grade académique de Docteur en Histoire, Art et Archéologie.
- MITCHELL, P. y LANE, P. (eds.) 2013. *The Oxford Handbook of African Archaeology*, Oxford: University Press.
- 2013. Introducing African archaeology. En MITCHELL, P. y LANE, P. (eds.) *The Oxford Handbook of African Archaeology*. Oxford: University Press, 3–11.
- MOEYERSONS, J. 1996. Evolution of the Shum Laka rock shelter (Western Cameroon) since Late Stone Age times. En PWITI, G. y SOPER, R. (eds.) *Aspects of African Archaeology. Papers from the 10th Congress of the PanAfrican Association for Prehistory and Related Studies*. Harare: University of Zimbabwe Publications, 245–255.
- MONTÓN SUBIAS, S. y SÁNCHEZ ROMERO, M. (eds.) 2008. *Engendering social dynamics: the archaeology of maintenance activities*, Oxford: BAR International Series 1862.
- MORAGÓN MARTÍNEZ, L. 2007. Estructuralismo y Post-estructuralismo en Arqueología. *Arqueoweb. Revista sobre arqueología en Internet*, 9(1).
- 2008. *Introducción a una Arqueología del Cuerpo para el estudio del Campaniforme*, Universidad Complutense de Madrid, Trabajo de Investigación de Tercer Ciclo.
- 2009. Aproximación teórica a una Arqueología del Cuerpo. *I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la Cultura Material*, 2: 473-478.
- 2013. *Cuerpo y sociedades orales. Una reflexión sobre la concepción del cuerpo y sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria*, Universidad Complutense de Madrid, Tesis doctoral inédita.
- MOROS Y MORELLON, J.D. y RÍOS, J.M. 1844. *Memorias sobre las islas africanas de España. Fernando Poo y Annobon*, Madrid: Compañía Tipográfica.
- MORTON, A.G. 1986. *History of botanical science, an account of the development of botany from ancient times to the present day*, London: Academic Press.
- MOSER, S. 1998. *Ancestral images: the iconography of human origins*, Cornell University Press.

- MOUHOT, H. 1999 [1868]. *Voyage dans les royaumes de Siam, de Cambodge, de Laos et autres parties centrales de l'Indo-Chine*, Genève: Olizane.
- MUDIMBE, V.Y. 1991. *The invention of Africa: gnosis, philosophy, and the order of knowledge*, Bloomington & Indianapolis, Indiana University Press.
- MURDOCK, G.P. 1959. *Africa: its peoples and their culture history*, New York: McGraw-Hill.
- 1969. *Ethnographic Atlas*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- MURPHY, E.M. 2008. *Deviant burial in the archaeological record* (Vol. 2). Oxford: Oxbow Books.
- MVENG, E. 1965. *Histoire du Cameroun*, Paris: Présence Africaine.
- 1966. Ngoro, nouveau site archéologique du Cameroun. *Abbia*, 14-15: 143-152.
- 1968. Archéologie Camerounaise, découverte des poteries de Mimetala. *Bulletin Association Française pour les Recherches et Etudes Camerounaises*, 3.
- 1971. Archéologie camerounaise: Mvolye. *Revue de la Société Camerounaise d'Histoire*, 1: 123-125.
- NAIPAUL, V.S. 2011. *La máscara de África. Un viaje por las creencias africanas*, Barcelona: Mondadori.
- NASSAU, R.H. 1914. *Bantu sociology*, Philadelphia.
- NAUGHTON-TREVES, L. y WEBER, W. 2001. Human dimensions of the African rain forest. En WEBER, W., WHITE, L.J.T., VEDDER, A. y NAUGHTON-TREVES, L. (eds.) *African rain forest ecology and conservation. An interdisciplinary perspective*. New Haven & London: Yale University Press, 30-41.
- NAVARRO, J.J. 1859. *Apuntes sobre el estado de la costa occidental de África y principalmente de las posesiones españolas en el Golfo de Guinea*, Madrid: Imprenta Nacional.
- NELSON, S.M. (ed.) 2006. *Handbook of gender in archaeology*, Lanham, MD: AltaMira Press.
- NENQUIN, J. 1963. *Excavations at Sanga, 1957. The protohistoric necropolis*, Tervuren, Belgique: Musée Royal de l'Afrique Centrale.
- NERÍN, G. 1997. Mito franquista y realidad de la colonización de la Guinea española. *Estudios de Asia y África*, XXXII: 9-30.

- 2008. *Un guardia civil en la selva*, Barcelona: Ariel.
 - 2010. *La última selva de España. Antropófagos, misioneros y guardia civiles. Crónica de la conquista de los Fang de la Guinea española, 1914-1930*, Madrid: Catarata.
 - 2012a. *La isla de Corisco (1470-1900), entre el aislamiento y la globalización*, Manuscrito inédito.
 - 2012b. *La esclavitud en Guinea Ecuatorial. Islas de conocimiento, un océano de ignorancia y brumas que lo esconden todo*. Manuscrito inédito.
- NEUMANN, K. 2005. The romance of farming: plant cultivation and domestication in Africa. En STAHL, A.B. (ed.) *African archaeology. A critical introduction*. USA: Blackwell Publishing, 249-275.
- NGOMANDA, A., CHEPSTOW-LUSTY, A., MAKAYA, M., SCHEVIN, P., MALEY, J., FONTUGNE, M., OSLISLY, R., RABENKOGO, N. y JOLLY, D. 2005. Vegetation changes during the past 1300 years in western equatorial Africa: a high-resolution pollen record from Lake Kamalété, Lopé Reserve, Central Gabon. *The Holocene*, 15(7): 1021-1031.
- NGOMANDA, A., JOLLY, D., BENTALEB, I., CHEPSTOW-LUSTY, A., MAKAYA, M., MALEY, J., FONTUGNE, M., OSLISLY, R. y RABENKOGO, N. 2007. Lowland rainforest response to hydrological changes during the last 1500 years in Gabon, Western Equatorial Africa. *Quaternary Research*, 67: 411-425.
- NGOMANDA, A., CHEPSTOW-LUSTY, A., MAKAYA, M., FAVIER, C., SCHEVIN, P., MALEY, J., FONTUGNE, M., OSLISLY, R. y JOLLY, D. 2009a. Western equatorial African forest-savanna mosaics: a legacy of late Holocene climatic change? *Climate of the Past*, 5: 647-659.
- NGOMANDA, A., NEUMANN, K., SCHWEIZER, A. y MALEY, J. 2009b. Seasonality change and the third millennium BP rainforest crisis in southern Cameroon (Central Africa). *Quaternary Research*, 71(3): 307-318.
- NGUETSOP, V.F., SERVANT-VILDARY, S. y SERVANT, M. 2004. Late Holocene climatic changes in west Africa, a high resolution diatom record from equatorial Cameroon. *Quaternary Science Reviews*, 23(5-6): 591-609.
- NICOLAS, J.P. 1951. Préhistoire et protohistoire in Cameroun. En GUERNIER, D.E. (ed.) *Encyclopédie de l'Afrique Française, Cameroun, Togo*. Paris: Éditions de l'Union Française, 47-50.

- NLEND, P. 2001. *Inventaire des sites archéologiques de Kribi à Campo: étude préliminaire des sites Malongo 1, Nlendé-Dibé et Boussibiliga, Mémoire de Maîtrise, Université de Yaoundé I.*, Université de Yaoundé I, Mémoire de Maîtrise.
- 2004. *Contribution de l'étude de la céramique à la connaissance des populations anciennes de la région de Kribi-Campo*, Université de Yaoundé I, Mémoire de DEA.
- 2008. *Synthèse préliminaire de l'étude du site archéologique de Bwambé (Kribi - Littoral du Cameroun)*, Frankfurt, Proceedings of the 19th biennial meeting of SAFA.
- NURSE, D. 1997. The contributions of linguistics to the study of History in Africa. *The Journal of African History*, 38: 359-391.
- NZEWUNWA, N. 1980. *The Niger Delta. Aspects of its prehistoric economy and culture*, Oxford: BAR International Series 75.
- OATES, J.F. 1999. *Myth and reality in the rain forest. How conservation strategies are failing in West Africa*, Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- OCHA'A MVE BENGOBESAMA, C. 1981. *Tradiciones del pueblo fang*, Madrid: Ediciones Rialp.
- OKAFOR, E.E. 2002. La réduction du fer dans les bas fourneaux. Une industrie vieille de 2.500 ans au Nigéria. En BOCOUM, H. (ed.) *Aux origines de la métallurgie du fer en Afrique. Une ancienneté méconnue Afrique de l'Ouest et Afrique centrale*. Paris: Organisation des Nations Unies, 35-48.
- OKAFOR, E.E. y PHILLIPS, P. 1992. New 14C ages from Nsukka, Nigeria, and the origins of African metallurgy. *Antiquity*, 66(3): 686-688.
- OLIVER, R. 1966. The problem of the Bantu expansion. *Journal of African History*, 7: 361-376.
- 1970. The problem of the Bantu expansion. En FAGE, J.D. y OLIVER, R. (eds.) *Papers in African Prehistory*. Cambridge: University Press.
- OLSEN, B. 2003. Material culture after text: re-membering things. *Norwegian Archaeological Review*, 36(2): 87-104.
- 2006. Archaeology, hermeneutics of suspicion and phenomenological trivialization. *Archaeological Dialogues*, 13(2): 144-150.
- 2010. *In defense of things. Archaeology and the ontology of objects*, Plymouth: AltaMira Press.

- OLSON, D.R. 1998. *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*, Barcelona: Gedisa.
- ONDO MANGUE, F. 2010. El culto a los ancestros de los fang. *Atanga*, 4: 32–35.
- ONG, W.J. 1994 [1982]. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México: Fondo de Cultura Económica.
- ORTÍN, P. y PEREIRÓ, V. 2006. *Mbini. Cazadores de imágenes en la Guinea colonial*, Barcelona: Altaïr.
- OSADOLOR, O.B. y OTOIDE, L.E. 2005. State formation in precolonial Nigeria: a historiographic assessment. En OGUNDIRAN, A. (ed.) *Precolonial Nigeria. Essays in honor of Toyin Falola*. Trenton & Asmara: Africa World Press, Inc., 159-172.
- Ó SÍOCHÁIN, S. y O'SULLIVAN, M. (eds.) 2003. *The eyes of another race. Roger Casement's Congo Report and 1903 diary*, Dublin: University College Dublin Press.
- OSLISLY, R. 1986. *Archéologie des enclaves savanicoles du Moyen Ogooué*, Université de Paris I, Mémoire de Diplôme d'Études Approfondies.
- 1992. *Préhistoire de la moyenne vallée de l'Ogooué (Gabon)*, Université de Paris I, Thèse de Doctorat.
- 1993. Rock art in Gabon: petroglyphs on the Oggoué river. *Rock Art Research*, 10(1): 18-23.
- 1994-1995. The middle Ogooué valley: cultural changes and palaeoclimatic implications of the last four millennia. *Azania*, XXIX-XXX: 324-331.
- 1995. Archéologie et éco-tourisme dans la réserve de la Lopé. *Canopée*, 5.
- 1996a. *Archéologie et paléoenvironnement dans la réserve de la Lopé, Rapport final*, Camposante Gabon, Groupement AGRECO/CTFT, Projet ECOFAC.
- 1996b. The rock art of Gabon: techniques, themes and estimation of its age by cultural association. En PWITI, G. y SOPER, R. (eds.) *Aspects of African Archaeology. Papers from the 10th Congress of the PanAfrican Association for Prehistory and Related Studies*. Harare: University of Zimbabwe Publications, 361-370.
- 1997. Nouvelle problématique et thématique culturelles dans l'art rupestre du Gabon. *L'Anthropologie*, 101(1): 248-259.
- 1998. L'influence de l'homme sur son milieu naturel: préhistoire et environnement à la Lopé, au Gabon. *Canopée*, 11.

- 2001. Chronologie des Ages du Fer dans la moyenne vallée de l'Ogooué au Gabon. *Mediterranean Archaeology. Proceedings of the First International Colloquium on The Archaeology of Africa and the Mediterranean Basin*, 14: 263-268.
- 2006. Les traditions culturelles de l'Holocène sur le littoral du Cameroun entre Kribi et Campo. En WOTZKA, H.-P. (ed.) *Grundlegungen. Beiträge zur europäischen und afrikanischen Archäologie für Manfred K. H. Eggert*. Tübingen: Francke, 303-317.
- 2008. Les reptiles dans l'art rupestre du Gabon. En PAUWELS, O. S. G. y VAN DE WEGHE, J. P. (eds.) *Reptiles du Gabon*. Washington: Smithsonian Institution, 247-250.
- 2011. *Archéologie dans le Parc National de la Lopé, Site Mixte Nature Culture du Patrimoine Mondial*, Libreville, ECOFAC.
- OSLISLY, R. y FONTUGNE, M. 1993. La fin du stade néolithique et le début de l'âge du fer dans la moyenne vallée de l'Ogooué au Gabon. Problèmes chronologiques et changements culturels. *Comptes rendus de l'Académie des sciences*, 316(7): 997-1003.
- OSLISLY, R. y PEYROT, B. 1985. *Mission de recherches sur le paléoenvironnement et l'archéologie dans les provinces du Moyen-Ogooué et de l'Ogooué-Ivindo*.
- 1992. L'arrivée des premiers métallurgistes sur l'Ogooué, Gabon. *The African Archaeological Review*, 10: 129-138.
- OSLISLY, R., PICKFORD, M., DESCHAMPS, R. y FONTUGNE, M. 1994. Sur une présence humaine mi-Holocène à caractère rituel en grottes au Gabon. *Comptes rendus de l'Académie des Sciences de Paris*, 319(II): 1423-1428.
- OSLISLY, R., ATEBA, L., BETOUGEDA, R., KINYOCK, P., MBIDA MINDZIÉ, C., NLEND, P. y VINCENS, A. 2006. Premiers resultats de la recherche archeologique sur le littoral du Cameroun entre Kribi et Campo. En CONGRÈS, L. S. D. (ed.) *Actes du XIVème Congrès UISPP*. Oxford: BAR International Series 1522, 127-134.
- OSLISLY, R. y WHITE, L. 2009. Human impact and environmental exploitation in Gabon during the Holocene. En DENHAM, T., IRIARTE, J. y VRYDAGHS, L. (eds.) *Rethinking agriculture: archaeological and ethnoarchaeological perspectives*. Walnut Creek: Left Coast Press, 347-360.
- OSLISLY, R., WHITE, L., BENTALEB, I., FAVIER, C., FONTUGNE, M., GILLET, J.-F. y SEBAG, D. 2013. Climatic and cultural changes in the west Congo Basin forests over the past 5000 years. *Philosophical transactions of the Royal Society. Biological Sciences*, 368(1625): 1-10.

- OSLISLY, R., MBIDA, C. y WHITE, L. 2000. Les premiers résultats de la recherche archéologique dans le sanctuaire de Banyang Mbo (Sud-Ouest du Cameroun). *L'Anthropologie*, 104: 341-354.
- OSSAH MVONDO, J.-P. 1997. Peuplement ancien de la forêt: la fouille du site de Nkoongop (Sud Cameroun). *Nyame Akuma*, 47: 7-13.
- PADER, E.-J. 1982. *Symbolism, Social Relations and the Interpretation of Mortuary Remains*, Oxford: British Archaeological Report International Series 130.
- PANYELLA, A. 1959. El poblado neolítico de playa Carboneras (Fernando Poo). 1ª parte. *La Guinea Española*, 1516: 84-88.
- PANYELLA, A. y SABATER, J. 1958. Primeras impresiones de la cultura neolítica de la isla de Fernando Poo. *La Guinea Española*, 1503: 263-264, 260.
- 1959. El poblado neolítico de playa Carboneras (Fernando Poo). 2ª parte. *La Guinea Española*, 1517: 100-103.
- PAPAKIRILLOU, I. 2009. *A metallurgical study of West African iron monies from Cameroon and Liberia*, Boston: Massachusetts Institute of Technology.
- PARKER PEARSON, M. 1982. Mortuary practices, society and ideology: an ethnoarchaeological study. En HODDER, I. (ed.) *Symbolic and structural archaeology*. Cambridge: New Directions in Archaeology, 99-113.
- 1993. The powerful dead: archaeological relationships between the living and the dead. *Cambridge Archaeological Journal*, 3(2): 203-229.
- 1999. *The Archaeology of Death and Burial*, Gloucestershire: Sutton Publishing.
- PATTERSON, T.C. y GAILEY, C.W. (eds.) (1987). *Power relations and state formation*. Washington DC: American Anthropological Association.
- PAVIE, A. 2006. *Passage du Mékong au Tonkin (1887-1888). Exploration du Cambodge, du Laos et du Vietnam*, Maxéville: Transboréal.
- PECHUËL-LOESCHE, E. 1888. *Die Loango-Expedition*, Baldamus.
- PEREIRA, D.P. (1506) *Esmeraldo de Situ Orbis*.
- PERRAMÓN MARTÍ, R. 1957. Afiladores de hachas de piedra de Río Muni. *La Guinea Española*, 1484: 145-147.
- 1963a. Restos prehistóricos en Annobón. *La Guinea Española*, 1575: 329-330.

- 1963. Objetos de la dote entre los “fang”. *La Guinea Española*, 1574: 292-294.
 - 1963b. En busca de objetos primitivos. *La Guinea Española*, 1568: 135-139.
 - 1963c. Hallazgos prehistóricos en la región del Muni. *La Guinea Española*, 1573: 259-264.
 - 1963d. Museo etnológico misional de Santa Isabel. *La Guinea Española*, 1571-1572: 227-244.
 - 1963e. Objetos de la dote entre los “fang.” *La Guinea Española*, 1574: 292-294.
 - 1964a. Comercio primitivo en África occidental. *La Guinea Española*, 1580: 136-140.
 - 1964b. Notas sobre prehistoria de Guinea Ecuatorial. Analogía entre culturas europeas y africanas. *La Guinea Española*, 1578: 68-70.
 - 1965a. Cultura prehistórica de Guinea. Su analogía con culturas europeas y egipcias. *La Guinea Española*, 1587: 5-7.
 - 1965b. Mitos, leyendas y tradiciones del pueblo fang. *La Guinea Española*, 1591: 111-114.
 - 1966a. *Culturas primitivas de la Guinea Ecuatorial*, Barcelona: Diputación Provincial de Barcelona. Instituto de Prehistoria y Arqueología.
 - 1966b. Monumentos megalíticos de la Isla de Fernando Poo. 1ª parte. *La Guinea Española*, 1604: 128-132.
 - 1966c. Monumentos megalíticos de la Isla de Fernando Poo. 2ª Parte. *La Guinea Española*, 1605: 160-166.
 - 1966d. Notas sobre arqueología de Río Muni. *La Guinea Española*, 1603: 98-99.
 - 1966e. Prehistoria de Río Muni. *La Guinea Española*, 1609: 298-305.
 - 1968a. *Contribución a la Prehistoria y Protohistoria de Río Muni*, Santa Isabel de Fernando Poo: Publicaciones del Instituto Claretiano de Africanistas.
 - 1968b. Ensayo sobre arte fang. *La Guinea Española*, 1623: 34-52.
 - 1968c. Monumentos megalíticos de Fernando Poo. 1ª Parte. *La Guinea Española*, 1626: 104-109.
 - 1968d. Monumentos megalíticos de Fernando Poo. 2ª parte. *La Guinea Española*, 1627: 131-133.
- PERROIS, L. 1968. *La circoncision Bakota (Gabon)*, Paris: ORSTOM.

- 1979. Rites et croyances funéraires des peuples du Bassin de l'Ogooué. En GUIART, J. (ed.) *Les hommes et la mort. Rituels funéraires à travers le monde*. Paris: Objets et Mondes, Le Sycomore, 293–304.
- 2006. *Fang*, Milan: Continents Editions.
- PETCHESKY, R.P. 1995. The body as property: a feminist re-vision. En GINSBURG, F. y RAPP, R. (eds.) *Conceiving the New World Order*. Berkeley: University of California Press, 387–406.
- PEYROT, B. 1985. Nouvelles données sur la préhistoire du littoral du Gabon. *Les Cahiers d'Outre Mer*, 149: 88–92.
- 2001. *Dynamiques environnementales en Afrique centrale. Indicateurs géomorphologiques, écologiques et anthropogènes des dynamiques présentes et passées. Congo, Gabon, Rwanda, Burundi*, Université Michel de Montaigne - Bordeaux III, Thèse HDR.
- 2008. Incidences écologiques, anthropiques et paléoécologiques sur l'évolution des forêts du Gabon. *Cahiers d'Outre-Mer*, 241–242: 111–144.
- PEYROT, B. y OSLISLY, R. 1985. Recherches archéologiques récentes au Gabon, 1982–1985. *Nyame Akuma*, 26: 14–16.
- 1986. Recherches récentes sur le paléoenvironnement et l'archéologie au Gabon: 1982–1985. *L'Anthropologie*, 90(2): 201–216.
- PEYROT, B., CLIST, B. y OSLISLY, R. 1990. Le gisement des “Sablières” de Libreville: étude géomorphologique et archéologique d'un site préhistorique de l'Estuaire du Gabon. *L'Anthropologie*, 94(3): 483–498.
- PEYROT, B., OSLISLY, R., ABDESSADOK, S., FONTUGNE, M., HATTE, C. y WHITE, L. 2003. Les paléoenvironnements de la fin du Pléistocène et de l'Holocène dans la réserve de la Lopé (Gabon): approche par les indicateurs géomorphologiques, sédimentologiques, phytologiques, géochimiques et anthropogènes des milieux enregistreurs de la dépression de la Lopé. *L'Anthropologie*, 107(2): 291–307.
- PHILLIPSON, D.W. 1976. Archaeology and Bantu linguistics. *World Archaeology*, 8(1): 65–82.
- 1977. The spread of the Bantu language. *Scientific American*, 236: 106–114.
- 1985. An archaeological reconsideration of bantu expansion. *MUNTU. Revue scientifique et culturelle du CICIBA*, 2: 69–84.

- 2005. *African archaeology*, Cambridge: University Press.
- PICORNELL GELABERT, L. 2009a. Quemar la prosperidad: leña y vida cotidiana en los pueblos fang de Guinea Ecuatorial. *Afrohispanic review*, 28(2): 43-56.
- 2009b. Antracología y etnoarqueología. Perspectivas para el estudio de las relaciones entre las sociedades humanas y su entorno. *Complutum*, 20(1): 133-151.
- PICORNELL GELABERT, L., ASOUTI, E. y ALLUÉ MARTÍ, E. 2011. The ethnoarchaeology of firewood management in the Fang villages of Equatorial Guinea, central Africa: Implications for the interpretation of wood fuel remains from archaeological sites. *Journal of Anthropological Archaeology*, 30(3): 375-384.
- PITARCH, P. 1996. *Ch'ulel, una etnografía de las almas tzeltales*, México: Fondo de Cultura Económica.
- PLANA, V. 2004. Mechanisms and tempo of evolution in the African Guineo-Congolian rainforest. *Philosophical transactions of the Royal Society. Biological Sciences*, 359: 1585-1594.
- POLITIS, G. 1998. Arqueología de la infancia: una perspectiva etnoarqueológica. *Trabajos de Prehistoria*, 55(2): 5-19.
- POLITIS, G., MARTÍNEZ, G. A. y RODRÍGUEZ, J. 1997. Caza, recolección y pesca como estrategia de explotación de recursos en forestas tropicales lluviosas: los Nukak de la amazonía colombiana. *Revista Española de Antropología Americana*, 27: 167-197.
- POSNANSKY, M. 1968. 'Bantu genesis - archaeological reflexions', *The Journal of African History*, 9(1): 1-11.
- PRICE, T.D. y FEINMAN, G.M. (eds.) 1995. *Foundations of social inequality*. New York: Plenum Press.
- PRINGLE, H. 2009. Seeking Africa's first iron men. *Science*, 323(5911): 200-202.
- PUTZ, F. E. y HOLBROOK, N. M. 1988. Tropical rain-forest images. En DENSLOW, J.S. y PADOCH, C. (eds.) *People of the tropical rain forest*. Berkeley & Los Angeles: University of California Press, 37-52.
- QUESNÉ, J.S. 1823. *Mémoires du capitaine Landolphe: contenant l'histoire de ses voyages pendant trente-six ans, aux côtes d'Afrique et aux deux Amériques*, Arthus Bertrand.

- QURESHI, S. 2011. *Peoples on parade. Exhibitions, empire, and anthropology in Nineteenth-century Britain*, Chicago: The University of Chicago Press.
- RAAB, L.M. y GOODYEAR, A.C. 1984. Middle-Range Theory in archaeology: a critical review of origins and applications. *American Antiquity*, 49(2): 255-268.
- READE, W.W. 1864. *Savage Africa*, New York: Harper & Brothers, Publishers.
- REBAY-SALISBURY, K., STIG SORENSEN, M.L. y HUGHES, J. (eds.) 2010. *Body parts and bodies whole: changing relations and meanings*, Oxford: D. Brown Bk. Co.
- RENFREW, C. 1990. *Archaeology and Language. The puzzle of Indo-European origins*, Cambridge: University Press.
- RICHARDS, D. 1981. The Nyama of the blacksmith: the metaphysical significance of metallurgy in Africa. *Journal of Black Studies*, 12(2): 218-238.
- RICHARDS, P.W. 1967. The future of the tropical rain forest. En LENT, H. (ed.) *Atas do Simpósio sobre a Biota Amazônica. Vol. 7: Conservação da Natureza e Recursos Naturais*. Rio de Janeiro: Conselho Nacional de Pesquisas, 49-56.
- 1979 [1952]. *The tropical rain forest*, Cambridge: University Press.
- ROBB, J. E. 2010. Beyond agency. *World Archaeology*, 42(4): 493-520.
- ROBERTSHAW, P. (ed.) 1990. *A history of African archaeology*, London: James Currey.
- ROBERTSON, J.H. y BRADLEY, R. 2000. A new paradigm: the African Early Iron Age without Bantu migrations. *History in Africa*, 27: 287-323.
- ROCHE, J.-B. 1904. *Au pays des Pahouins du Rio Muni au Cameroun*, Paris: Lavauzelle.
- RODGERS, W.A. 1993. The conservation of the forest resources of eastern Africa: past influences, present practices and future needs. En LOVETT, J.C. y WASSER, S.K. (eds.) *Biogeography and ecology of the rain forest of eastern Africa*. Cambridge: University Press, 283-327.
- RODRÍGUEZ, J.L. 2006. *Reino animal. Descubrir la vida salvaje. Mundo verde*, Madrid: Planeta DeAgostini.
- ROSCOE, P. 2000. New Guinea leadership as ethnographic analogy: a critical review. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 7(2): 79-126.
- 2012. Before elites: the political capacities of big men. En KIENLIN, T. L. y ZIMMERMAN, A. (eds.) *Before elites: alternatives to hierarchical systems in*

- modelling social formations*. Bonn: Universitätsforschungen zur prähistorischen Archäologie, 41–54.
- ROSPABÉ, P. 1995. *La dette de vie: aux origines de la monnaie*, Paris: Editions la Découverte/MAUSS.
- ROTHFELS, N. 2002. *Savages and beasts. The birth of the modern zoo*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- ROWLANDS, M.J. 1989. The archaeology of colonialism and constituting the African peasantry. En MILLER, D., ROWLANDS, M.J. y TILLEY, C. (eds.) *Domination and Resistance*. London: Unwin Hyman, 261–283.
- ROWLANDS, M.J. y WARNIER, J.-P. 1993. The magical production of iron in the Cameroon Grassfields. En SHAW, T., SINCLAIR, P., ANDAH, B.W. y OKPOKO, A. (eds.) *The archaeology of Arica. Food, metals and towns*. London & New York: Routledge, 512–550.
- 1996. Magical iron technology in the Cameroon grassfields. En ARNOLDI, M.J., GEARY, C.M. y HARDIN, K.L. (eds.) *African material culture*. Bloomington & Indianapolis: Indiana University Press, 51–72.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. 1992. La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica. *SPAL: Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 1: 219–251.
- RUIZ ZAPATERO, G. 2009. Etnicidad protohistórica y arqueología: límites y posibilidades. *Arqueología Espacial*, 27: 13–27.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ SANCHÍS, J. 2002. Etnicidad y Arqueología: tras la identidad de los vettones. *SPAL: Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 11: 253–277.
- RUSSELL, L. 2004. “Either, or, Neither Nor”: Resisting the Production of Gender, Race and Class Dichotomies in the Pre-Colonial Period. En CASELLA, E.C. y FOWLER, C. (eds.) *The Archaeology of Plural and Changing Identities. Beyond identification*. New York: Springer, 33–51.
- SAHLINS, M. 1963. Poor man, rich man, chief: political types in Melanesia and Polynesia. *Comparative Studies in Society and History*, 5(3): 285–303.
- 1983. *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid: Akal.

- SAID, E.W. 2003 [1978]. *Orientalismo*, Barcelona: Debolsillo.
- SALPETEUR, M. y WARNIER, J.-P. 2013. Looking for the effects of bodily organs and substances through vernacular public autopsy in Cameroon. *Critical African Studies*, 5(3): 153–174.
- SALZMANN, U. y HOELZMANN, P. 2005. The Dahomey Gap: an abrupt climatically induced rain forest fragmentation in West Africa during the late Holocene. *Holocene*, 15(2): 190–199.
- SÁNCHEZ-ELIPE LORENTE, M., MARÍN SUÁREZ, C., JORDÁ PARDO, J.F. y GONZÁLEZ-RUIBAL, A. e.p. The Iron Age in West Central Africa: radiocarbon dates from Corisco island (Equatorial Guinea).
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L.Á. 2002. Las exhibiciones etnológicas y coloniales decimonónicas y la Exposición de Filipinas de 1887. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LVII(2): 79–104.
- 2003. *Un imperio en la vitrina: el colonialismo español en el Pacífico y la exposición de Filipinas de 1887*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- 2006. África en Sevilla: la exhibición colonial de la exposición iberoamericana de 1929. *HISPANIA. Revista española de historia*, LXVI(224): 1045–1082.
- 2013. Human zoos or ethnic shows? Essence and contingency in living ethnological exhibitons. *Culture & History Digital Journal* 2(2): e022. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/chdj.2013.022>
- SANTOS MORO, F. 2005. Los fang. Ritos y creencias en torno a los Byeri. En CASANOVAS, A. y GASPAR, A. (eds.) *Orígenes. Artes Primeras*. Madrid: Centro Cultural Conde Duque, 304–325.
- SAUSSURE, F. de. 2007 [1916]. *Curso de lingüística general*, Buenos Aires: Losada.
- SCHIFFER, M.B. (ed.) 2000. *Social theory in archaeology*, Salt Lake City: University of Utah Press.
- SCHIMPER, A.F.W. 1898. *Pflanzen-Geographie auf physiologischer Grundlage*, Jena: G. Fischer.
- 1903. *Plant-geography upon a physiological basis*, Oxford: Clarendon Press.
- SCHMIDT, P.R. 1985. Newly dated Iron Age sites in Gabon. *Nyame Akuma*, 26: 16–18.

- 1997. *Iron technology in East Africa*, Bloomington & Indianapolis: Indiana University Press.
- (ed.) 2009. *Postcolonial archaeologies in Africa*, Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- SCHMIDT, P.R., DIGOMBE, L., LOCKO, M. y MOULEINGUI-BOUKOSSO, V. 1985.
Newly dated Iron Age sites in Gabon. *Nyame Akuma*, 26: 16-18.
- SCHRIRE, C. (ed.) 1984. *Past and present in hunter gatherer studies*, Orlando: Academic Press, Inc.
- SCHWARTZ, D. 1992. Assèchement climatique vers 3 000 B.P. et expansion Bantu en Afrique centrale atlantique: quelques réflexions. *Bulletin de la Société Géologique Française*, 163(3): 353-361.
- SCHWARTZ, D., DE FORESTA, H., DECHAMPS, R. y LANFRANCHI, R. 1990.
Découverte d'un premier site de l'âge du fer ancien (2110 B.P.) dans le Mayombe congolais. Implications paléobotaniques et pédologiques. *Comptes rendus de l'Académie des Sciences Paris*, t. 310(Série II): 1293-1298.
- SERVICE, E. 1962. *Primitive social organization. An evolutionary perspective*, New York: Random House.
- SHANKS, M. y TILLEY, C. 1987. *Re-constructing archaeology*, Cambridge: University Press.
- SHAPLAND, F. y ARMIT, I. 2012. The useful dead: bodies as objects in Iron Age and Norse Atlantic Scotland. *European Journal of Archaeology*, 15(1): 98-116.
- SHAW, T. 1970. *Igbo-Ukwu: an account of archaeological discoveries in Eastern Nigeria*. Vols. 1 & 2, London: Faber and Faber.
- 1981. The Nok sculptures of Nigeria. *Scientific American*, 244(2): 154-166.
- SHEPHERD, N. 2002a. The politics of archaeology in Africa. *Annual Review of Anthropology*, 31: 189-209.
- 2002b. Heading south, looking north. *Archaeological Dialogues*, 9(2): 74-82.
- 2003. When the hand that holds the trowel is black... "Disciplinary practices of self-representation and the issue of native labour in archaeology." *Journal of Social Archaeology*, 3(3): 334-352.

- SHEPPHERD, J. 1983. *Prehistoric production and dispersal of groundstone artefacts of the island of Bioko*, Cambridge, Thesis for the degree of Master of Philosophy in Archaeology. Manuscript.
- SHERRATT, A. 1981. Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution. En HODDER, I., ISAAC, G. y HAMMOND, N. (eds.) *Pattern of the past. Studies in honour of David Clarke*. Cambridge: University Press, 261-303.
- SIROTO, L. 1991. Spoons from Western Equatorial Africa. En HOMBERGER, L. (ed.) *Spoons in African art: Cooking-serving-eating: Emblems of abundance*. Zurich: Museum Rietberg, 56-63.
- SMITH, L. 2004. *Archaeological theory and the politics of cultural heritage*, London & New York: Routledge.
- SØRENSEN, M.L.S. 2000. *Gender archaeology*, Cambridge: Polity.
- SORIANO, M. D. 2010. *Guardianes de la historia y de la memoria: "tradiciones", colecciones y otras manifestaciones (in)materiales del periodo colonial*, Lisboa, 7º Congreso de Estudios Africanos.
- SOWUNMI, M. A. 1999. The significance of the oil palm (*Elaeis guineensis* Jacq.) in the late Holocene environments of west and west central Africa: a further consideration. *Vegetation History and Archaeobotany*, 8: 199-210.
- SPECTOR, J.D. 1993. *What this awl means. Feminist archaeology at a Wahpeton Dakota Village*, Minnesota: The Minnesota Historical Society Press.
- SPENCER, P. 1980. Polygyny as a measure of social differentiation in Africa. En MITCHELL, J.C. (ed.) *Numerical techniques in social anthropology*. Philadelphia: Institute for the Study of Human Issues, 117-160.
- STAHL, A. B. 1984. A history and critique of investigations into early African agriculture. En CLARK, J.D. y BRANDT, S.A. (eds.) *From hunters to farmers*. Berkeley: University of California Press, 9-21.
- (ed.) 2005a. *African Archaeology. A critical introduction*, USA: Blackwell Publishing.
- 2005b. Introduction: changing perspectives on Africa's pasts. En STAHL, A. B. (ed.) *African Archaeology. A critical introduction*. USA: Blackwell Publishing, 1-23.
- STANLEY, H.M. 1890. *In darkest Africa*, New York: C. Scribner's sons.

- STEADMAN, S.R. 2009. *The archaeology of religion: cultures and their beliefs in worldwide context*, Walnut Creek, CA, Left Coast Press.
- STOLER, A. 1989. Rethinking colonial categories: European communities and the boundaries of rule. *Comparative Studies in Society and History*, 31: 134-161.
- STRATHERN, M. 1988. *The Gender of the Gift: Problems with Women and Problems with Society in Melanesia*, Berkeley: University of California Press.
- SUNDIATA, A.K. 1973. A note on an abortive slave trade: Fernando Po (1778-1781). *Bulletin de l'IFAN*, XXXV.B(4).
- SUNDIATA, I. 1996. *From Slaving to Neoslavery. The Bight of Biafra and Fernando Po in the Era of Abolition, 1827-1930*, Madison: University of Wisconsin Press.
- SWADESH, M. 1952. Lexico-Statistic dating of prehistoric ethnic contacts: with special reference to North American Indians and Eskimos. *Proceedings of the American Philosophical Society*, 96: 452-463.
- 1955. Towards greater accuracy in lexicostatistic dating. *International Journal of American Linguistics*, 21: 121-137.
- TESSMANN, G. 2003 [1913]. *Los pamues (los fang). Monografía etnológica de una rama de las tribus negras del África occidental*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Agencia Española de Cooperación Internacional, Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial y Universidad de Alcalá.
- 2008 [1923]. *Los Bubis de Fernando Póo. Descripción monográfica etnológica de una tribu de negros del África Occidental*, Madrid: Sial/Casa de África.
- THEDÉEN, S. 2012. Box brooches beyond the border. Female Viking age identities of intersectionality. En BACK DANIELSSON, I.-M. y THEDÉEN, S. (eds.) *To tender gender. The pasts and futures of gender research in archaeology*. Stockholm: Stockholm Studies in Archaeology 58, 61-81.
- THOMAS, J. 1996. *Time, Culture and Identity. An interpretative archaeology*, London & New York: Routledge.
- 2007. Archaeology's humanism and the materiality of the body. En INSOLL, T. (ed.) *The Archaeology of Identities: a reader*. London & New York: Routledge, 211-224.
- THOMAS, N. 1991. *Entangled objects: exchange, material culture and colonialism in the Pacific*. Cambridge: Harvard University Press.

- TILLEY, C., KEANE, W., KÜCHLER, S., ROWLANDS, M. J. y SPYER, P. (eds.) 2006. *Handbook of material culture*, London, Thousand Oaks, New Delhi: SAGE Publications.
- TORRES RODRÍGUEZ, J. de. 2013. La tierra sin límites: territorio, sociedad e identidades en el valle medio del Tajo (s. IX-I a.C.). *Zona Arqueológica*, 16.
- 2014. A place for everyone. The structure of Arroyo Culebro D cemetery and the social organization in the Middle Tagus Valley Iron Age (Spain). *Oxford Journal of Archaeology*, 33(2): 155–176.
- TREHERNE, P. 1995. The warrior's beauty: the masculine body and self-identity in Bronze-age Europe. *Journal of European Archaeology*, 3(1): 105-144.
- TRIGGER, B.G. 1990. The history of African archaeology in world perspective. En ROBERTSHAW, P. (ed.) *A history of African archaeology*. London: James Currey, 309-319.
- 2006. *A history of archaeological thought*, Cambridge: University Press.
- TYLECOTE, R.F. 1975. The origin of iron smelting in Africa. *West African Journal of Archaeology*, 5: 1–9.
- UCKO, P.J. (ed.) 1995. *Theory in Archaeology. A world perspective*, London & New York: Routledge.
- UNZUETA Y YUSTE, A. 1944. *Guinea continental española*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- 1945. *Islas del golfo de Guinea*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- 1947. *Historia geográfica de la isla de Fernando Poo*, Madrid: I.D.E.A. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- URBAN, P. y SCHORTMAN, E. 2012. *Archaeological theory in practice*, Walnut Creek, California: Left Coast Press Inc.
- USERA Y ALARCÓN, J.M. 1848. *Memoria de la isla de Fernando Poo*, Madrid: Imprenta de D. Tomás Aguado.
- VALENCIANO MAÑÉ, A. y BAYRE, F. 2009. Cuerpos naturales, mentes coloniales: las imágenes de Hermic Films en la Guinea española. *Afrohispanic review*, 28: 245-268.

- VAN DER LEEUW, S. 1993. Giving the potter a choice. Conceptual aspects of pottery technique. En LEMMONIER, P. (ed.) *Technological Choices. Transformation in material cultures since the Neolithic*. London: Routledge, 238–288.
- VAN DER MERWE, N.J. 1980. The advent of iron in Africa. En WERTIME, T.A. y MUHLY, J.D. (eds.) *The coming of the Age of Iron*. New Haven & London: Yale University Press, 463–506.
- VAN DOMMELEN, P. 1997. Colonial constructs: colonialism and archaeology in the Mediterranean. *World Archaeology*, 28(3): 305–323.
- VAN NOTEN, E. 1972. *Les tombes du roi Cyirima Rujugira et de la reine-mère Nyirayuhi Kanjogera. Description archéologique*, Tervuren: Musée Royal de l'Afrique Centrale.
- VAN NOTEN, F.V. y CAHEN, D. 1982. *The archaeology of Central Africa*, Graz: Akademische Druck-u. Verlagsanstalt.
- VANSINA, J. 1969. The bells of kings. *Journal of African History*, 10(2): 187–197.
- 1979. Bantu in the crystal ball, I. *History in Africa*, 6: 287–333.
- 1984. Western Bantu expansion. *The Journal of African History*, 25(2): 129–145.
- 1985. *Oral tradition as history*, Madison: The University of Wisconsin Press.
- 1990. *Paths in the rainforests. Toward a history of political tradition in Equatorial Africa*, Madison: The University of Wisconsin Press.
- 1995a. New linguistic evidence and “the Bantu expansion.” *The Journal of African History*, 36(2): 173–195.
- 1995b. Historians, are archaeologists your siblings? *History in Africa*, 22: 369–408.
- 1995c. The roots of African cultures. En CURTIN, P., FEIERMAN, S., THOMPSON, L. y VANSINA, J. (eds.) *African History. From earliest times to independence*. London & New York: Longman, 1–28.
- 1996. A slow revolution: farming in subequatorial Africa. *Azania*, XXIX–XXX: 5–26.
- 2003. Bananas in Cameroun c. 500 BCE? Not proven. *Azania*, 38(1): 174–176.
- 2004. *How societies are born. Governance in West Central Africa before 1600*, Charlottesville & London: University of Virginia Press.
- 2006. Linguistic evidence for the introduction of ironworking into Bantu-speaking Africa. *History in Africa*, 33: 321–361.

- VICENT, J.M. 1991. Arqueología y Filosofía: la Teoría Crítica. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 29-36.
- VINCENS, A., SCWARTZ, D., BERTAUX, J., ELENGA, H. y NAMUR, C. D. 1998. Late Holocen climatic changes in Western Equatorial Africa inferred from pollen from Lake Sinnda, Southern Congo. *Quaternary Research*, 50(1): 34-45.
- VINCENS, A., BUCHET, G., SERVANT, M. y COLLABORATORS, E.M. 2010. Vegetation response to the “African Humid Period” termination in Central Cameroon (7°N) - new pollen insight from Lake Mbalang. *Climate of the Past*, 6: 281-294.
- VIVEIROS DE CASTRO, E. 1996. Images of nature and society in amazonian ethnology. *Annual Review of Anthropology*, 25: 179-200.
- VIZCONDE DE SAN JAVIER s.f. *Tres años en Fernando Póo*, Madrid: Urbano Manini.
- VOSS, B.L. 2007. Feminisms, queer theories, and the archaeological study of past sexualities. En INSOLL, T. (ed.) *The Archaeology of Identities: a reader*. London & New York: Routledge, 124-136.
- 2008. *The archaeology of ethnogenesis: race and sexuality in colonial San Francisco*, Berkeley: University of California Press.
- VV.AA. (2007): Número dedicado a la arqueología de género y la arqueología feminista, *Journal of Archaeological Method and Theory*, 14(3).
- VV.AA. 2010. Monográfico Arqueología de la Infancia. *Complutum*, 21(2).
- WALDRON, T. 2007. Hidden or overlooked? Where are the disadvantaged in the skeletal record? En INSOLL, T. (ed.) *The Archaeology of Identities: a reader*. London & New York: Routledge, 195-210.
- WALLACE, A.R. 1992 [1853]. *Una narración de viajes por el Amazonas y el río Negro*, Iquitos: Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía.
- WARNIER, J.-P. 1990. Peuplement et paysages des Grassfields du Cameroun. En LANFRANCHI, R. y SCHWARTZ, D. (eds.) *Paysages quaternaires de l'Afrique Centrale atlantique*. Paris: Editions de l'ORSTOM, 502-503.
- 2006. Inside and outside. Surfaces and containers. En TILLEY, C., KEANE, W., KÜCHLER, S., ROWLANDS, M. y SPYER, P. (eds.) *Handbook of material culture*. London: SAGE Publications, 186-195.

- 2007. *The Pot-King. The body and technologies of power*, Leiden & Boston: Brill.
- 2010. Royal branding and the techniques of the body, the self, and power in West Cameroon. En BEVAN, A. y WENGROW, D. (eds.) *Cultures of commodity branding*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press, 155-166.
- WARNIER, J.-P. y FOWLER, I. 1979. A nineteenth-century Ruhr in Central Africa. *Africa*, 49(4): 329-351.
- WARNIER, J.-P. y NKWI, P.N. 1982. *Elements for a history of the western Grassfields*, Yaoundé: Éditions SOPECAM.
- WASON, P.K. 1994. *The archaeology of rank*, Cambridge: University Press.
- WATSON, P.J. 1979. *Archaeological Ethnology in Western Iran*, Tucson: University of Arizona Press.
- WEBER, W., WHITE, L.J.T., VEDDER, A. y NAUGHTON-TREVES, L. (eds.) 2001. *African rain forest ecology and conservation. An interdisciplinary perspective*, New Haven & London: Yale University Press.
- WEBMOOR, T. y WITMORE, C.L. 2008. Things Are Us! A Commentary on Human/Things Relations under the Banner of a “Social Archaeology.” *Norwegian Archaeological Review*, 41(1): 53-70.
- WELLS, P. 2001. *Beyond Celts, Germans and Scythians. Archaeology and identity in Iron Age Europe*, London: Duckworth.
- WENINGER, B. y JÖRIS, O. 2004. Glacial Radiocarbon Calibration. The CalPal Program. Oxford University School of Archaeology Monograph, 62(9).
- WENINGER, B., JÖRIS, O. y DANZEGLOCKE, U. 2013. *Glacial radiocarbon age conversion. Cologne radiocarbon calibration and palaeoclimate research package <CALPAL> User manual*. Köln: Institut für Ur-und Frühgeschichte.
- WESLER, K.W. 2012. *An archaeology of religion*, Lanham, Md.: University Press of America.
- WESTERDIJK, P. 1988. *The African throwing knife*, Utrecht: University of Utrecht.
- WHITE, F. 1976. The underground forests of Africa: a preliminary review. *Singapore Gardens' Bulletin*, 29: 57-71.
- 1979. The Guineo-Congolian Region and its relationships to other phytocoria. *Bulletin du Jardin Botanique National de Belgique*, 49: 11-55.

- 1983. *The vegetation of Africa. A descriptive memoir to accompany the UNESCO/AETFAT/UNSO vegetation map of Africa*, Paris: Natural Resource Research XX. UNESCO.
- WHITE, L.J.T. 2001. The African rain forest. Climate and vegetation. En WEBER, W., WHITE, L.J.T., VEDDER, A. y NAUGHTON-TREVES, L. (eds.) *African rain forest ecology and conservation. An interdisciplinary perspective*. New Haven & London: Yale University Press, 3-29.
- WHITLEY, D.S. (ed.) 1998. *Reader in archaeological theory. Post-processual and cognitive approaches*, London & New York: Routledge.
- WHITMORE, T.C. 1990. *An introduction to tropical rain forest*, New York: Ed. Ox. U.P.
- WILKIE, D.S. 1988. Hunters and farmers of the African forest. En DENSLOW, J.S. y PADOCH, C. (eds.) *People of the tropical rain forest*. Berkeley & Los Angeles: University of California Press, 111-126.
- WILMSEN, E.N. 1989. *Land filled with flies. A political economy of the Kalahari*, Chicago & London: The University of Chicago Press.
- WILSON, R.J.L. 1856. *Western Africa: its history, condition, and prospects*, London: Sampson Low, Son, & Co.
- WIRRMANN, D., BERTAUX, J. y KOSSONI, A. 2001. Late Holocene paleoclimatic changes in Western Central Africa inferred from mineral abundance in dated sediments from Lake Ossa (Southwest Cameroon). *Quaternary Research*, 56: 275-287.
- WITMORE, C.L. 2007. Symmetrical archaeology: excerpts of a manifesto. *World Archaeology*, 39(4): 546-562.
- WOODHOUSE, J. 1998. Iron in Africa: metal from nowhere. En CONNAH, G. (ed.) *Transformations in Africa. Essays on Africa's later past*. London & Washington: Leicester University Press, 160-185.
- WOTZKA, H.-P. 1993. Zur Tradition der Keramikdeponierung im äquatorialen Regenwald Zaires: ein Bekenntnis zur allgemein-vergleichenden Analogie. *Ethnographisch-Archäologische Zeitschrift*, 34: 252-283.
- 2006. Records of activity: radiocarbon and the structure of Iron Age settlement in Central Africa. En H.-P. WOTZKA (ed.) *Grundlegende Beiträge zur europäischen und afrikanischen Archäologie für Manfred K. H. Eggert*. Tübingen: Francke, 271-289.

- WRIGLEY, C. 1960. Speculations on the economic prehistory of Africa. *The Journal of African History*, 1(2): 189–203.
- ZAFRA CALVO, N. 2008. *Planificación sistemática de la conservación en la isla de Bioko, Guinea Ecuatorial*, Universidad de Alcalá: Tesis doctoral inédita.
- ZAFRA CALVO, N., CERRO, R., FULLER, T., LOBO, J., RODRÍGUEZ, M.A. y SARKAR, S. 2010. Prioritizing areas for conservation and vegetation restoration in post-agricultural landscapes: a biosphere reserve plan for Bioko, Equatorial Guinea. *Biological Conservation*, 143: 787–794.
- ZANGATO, É. 2007. *Les ateliers d'Oboui: premières communautés métallurgistes dans le Nord-Ouest du Centrafrique*, Paris: Editions Recherches sur les Civilisations.
- ZANGATO, É. y HOLL, A.F.C. 2010. On the iron front: new evidence from North-Central Africa. *Journal of African Archaeology*, 8(1): 7–23.
- ZEEBROEK, R. 1976. *La monnaie dans le monde bantoue. Le cas des Luba du Shaba*, Université Libre de Bruxelles: Mémoire présenté en vue de l'obtention du grade de licencié en Sciences Sociales.
- ZEVEN, A.C. 1964. On the origin of the oil palm (*Elaeis Guineensis* Jacq.). *Grana Palynologica*, 5(1): 121–123.
- ZIRNGIBL, M.A. 1983. *Seltene Afrikanische Kurtzwaffen*, Grafenau: Morsak.

Nº	Área	Sector	Forma y medidas	Ajuar metálico	Ajuar cerámico	Fecha radiocarbónica	Tradición
1	7	1	No recuperadas	6 bikuele, 2 brazaletes compuestos, 1 hacha de abanico			Oveng Temprano
2a/b	7	1	No recuperadas	2 tobilleras compuestas, 1 collar compuesto, 15 hachas de abanico, 2 cucharas, 2 puntas de lanza, 4 bikuele, 1 indeterminado		CNA1573 (1930±30) 20 calBC - 140 calAD	Oveng Temprano
2c/d	7	1	No recuperadas	3 hachas de abanico, 1 hacha recta			Oveng Temprano
3	7	2	Oval. Eje mayor: 1,80 m.		1 recipiente		Nandá
4	7	2	No recuperadas		1 recipiente		Nandá
5	7	2	No recuperadas		1 recipiente		Nandá
6	7	2	Rectangular con esquinas redondeadas. Longitud: 1,70 m. Anchura: 1,30 m.	1 cuchillo curvo, 1 hacha recta, 6 brazaletes/tobilleras simples	7 recipientes		Nandá
7	7	2	Oval. Eje mayor: 1,80 m. Eje menor: 1,20 m. Profundidad: 30 cm.	1 fragmento de hacha, 1 indeterminado	4 recipientes	Ua-42372 (951±30) 980 - 1180 calAD	Nandá
8	7	2	Oval. Eje mayor: 1,80 m. Eje menor: 50 cm.	4 cuchillos curvos, 1 hacha recta, 1 brazalete/tobillera simple	8 recipientes	Ua-42371 (962±30) 970 - 1170 calAD	Nandá
9	7	2	Rectangular con esquinas redondeadas. Longitud: 2 m. Anchura: 1,05 m.	2 cuchillos curvos, 1 hacha recta, 1 hacha de abanico, 4 tobilleras simples, 2 brazaletes simles, 2 collares simles	7 recipientes	Ua-42373 (949±30) 980 - 1180 calAD Beta-296115 (940±30) 980 - 1180 calAD	Nandá
10	8	3	Irregular. Eje mayor: 1,80 m. Eje menor: 90 cm.	1 campanita	7/8 recipientes		Nandá
11	7	2	Circular. Diámetro: 80 cm. Profundidad: 25 cm.	1 hacha de abanico, 2 bikuele, 1 brazalete compuesto			Oveng Temprano
12	7	2	Circular. Diámetro 80 cm. Profundidad máxima: 75 cm. Profundidad mínima: 25 cm.	1 hacha de abanico, 1 collar compuesto, 3 brazaletes simples, 1 brazalete compuesto, 1 ekuele, 1 cuchillo, 1 indeterminado			Oveng Temprano
13							Oveng Temprano
14	7	2	Circular. Diámetro: 1,15 m. Profundidad: 25 cm.	1 punta			Oveng Temprano
15	7	1	Oval. Eje mayor: 1,20 m. Eje menor: 70 cm. Profundidad: 35 cm.	2 hachas de abanico, 1 hacha recta, 3 hoces-cuchillo, 1 cuchara, 2 puntas de lanza		Beta-296113 (1640±40) 270 - 550 calAD.	Oveng Temprano
16	7	1	Circular. Diámetro: 1,20 m. Profundidad: 30 cm.	1 collar simple con incrustaciones de marfil, 1 collar compuesto, 2 lúnulas, 4 brazaletes compuestos, 1 anillo, 1 indeterminado	4 recipientes		Oveng Temprano
17	7	1	Oval. Eje mayor: 1,25 m. Eje menor: 70 cm. Profundidad: 40 cm.	1 hacha de abanico, 1 brazalete simple enroscado		Beta-296116 (1750±40) 180 - 380 calAD.	Oveng Temprano
18	7	2	Circular. Diámetro: 40 cm.	1 ekuele			Oveng Temprano
19	7	1	Oval. Eje mayor: 80 cm. Eje menor: 55 cm.		1 recipiente		Oveng Temprano

Nº	Área	Sector	Forma y medidas	Ajuar metálico	Ajuar cerámico	Fecha radiocarbónica	Tradición
20	7	2	Oval. Eje mayor: 80 cm. Eje menor: 70 cm. Profundidad: 20 cm.	1 collar simple con adherencias óseas	1 recipiente	Ua-42374 (1808±30) 90 - 290 calAD.	Oveng Temprano
21	7	2	Oval. Eje mayor: 1,20 m. Eje menor: 80 cm. Profundidad: 10-20 cm.	1 hacha de abanico, 1 punta de lanza, 1 anillo, 2 fichas, 1 brazalete compuesto, 1 cuchillo		Beta-296117 (1940±40) 50 calBC - 150 calAD	Oveng Temprano
22	7	2	Oval. Eje mayor: 80 cm. Eje menor: 50 cm. Profundidad: 15 cm.		4 recipientes	Ua-44133 (1836±30) 80 - 240 calAD	Oveng Temprano
23	7	2	No recuperadas		3 recipientes		Nandá
24	8	3	Oval. Eje mayor: 1,20 m. Eje menor: 1 m.		4 recipientes	Ua-44137 (907±30) 980 - 1220 calAD	Nandá
25	7	2	Irregular. Eje mayor: 1,40 m. Eje menor: 88 cm.	4 collares simples, 2 cuchillos, 1 hacha	18 recipientes		Nandá
26	7	2	Oval. Eje mayor: 2,22 m. Eje menor: 1,40 m.	3 cuchillos, 1 hacha recta, 2 brazaletes de doble vuelta, 2 tobilleras compuestas, 2 collares simples	7 recipientes		Nandá
27	7	2	Oval. Eje mayor: 70 cm. Eje menor: 30 cm.	1 ekuele, 1 collar simple, 2 brazaletes compuestos, 1 anillo	5 recipientes		Oveng Temprano
28	7	2	Irregular. Eje mayor: 74 cm. Eje menor: 68 cm.	2 brazaletes simples, 1 collar simple	2 recipientes		Oveng Temprano
29	7	2	Oval. Eje mayor: 2,40 m. Eje menor: 1,60 m.	1 cuchillo, 1 hacha recta	6 recipientes		Nandá
30	7	2	Irregular. Eje mayor: 1,13 m. Eje menor: 52 cm.		2 recipientes	Ua-44136 (1892±30) 20 - 180 calAD.	Oveng Temprano
31	7	2	Oval. Eje mayor: 1,45 m. Eje menor: 45 cm.	3 collares			Oveng Final
32	7	2	No recuperadas	11 bikuele, 1 hacha de abanico			Oveng Temprano
33	7	2	Circular. Diámetro: 28 cm.	1 cuchara			Oveng Temprano
34	7	2	Oval. Eje mayor: 1,40 m. Eje menor: 45 cm.	2 brazaletes		Ua-44134 (1297±30) 620 - 780 calAD	Oveng Final
35	8	4	No recuperadas	1 brazalete compuesto, 2 tobilleras simples, 2 collares, 2 cuchillos, 2 hachas rectas	2 recipientes		Nandá
36	8	4	Oval. Eje mayor: 2 m. Eje menor: 92 cm.	2 brazaletes simples, 1 brazalete de doble vuelta, 1 cuchillo curvo	5 recipientes	Ua-44130 (989±30) 950 - 1150 calAD	Nandá
37	8	4	Oval. Eje mayor: 1,60 m. Eje menor: 95 cm.	2 collares simples, 2 brazaletes simples, 2 tobilleras simples, 1 cuchillo curvo	6 recipientes		Nandá

PAÍS	YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	Edad calibrada p(95%) [calBC/AD]	Edad calibrada p(95%) [calBP(0=AD1950)]	BIBLIOGRAFÍA
GUINEA EC.	Nandá	Beta-296117	1940	40	50 calBC - 150 calAD	2000 - 1800 calBP	González-Ruibal et al. 2013a
GUINEA EC.	Nandá	CNA1573	1930	30	20 calBC - 140 calAD	1970 - 1810 calBP	Sánchez-Elise et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Nandá	Ua-44136	1892	30	20 - 180 calAD	1930 - 1770 calBP	Sánchez-Elise et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Nandá	Ua-44133	1836	30	80 - 240 calAD	1870 - 1710 calBP	Sánchez-Elise et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Nandá	Ua-42374	1808	30	90 - 290 calAD	1860 - 1660 calBP	González-Ruibal et al. 2013a
GUINEA EC.	Nandá	Beta-296116	1750	40	180 - 380 calAD	1770 - 1570 calBP	González-Ruibal et al. 2013a
GUINEA EC.	Nandá	Ua-44132	1671	30	280 - 440 calAD	1670 - 1510 calBP	Sánchez-Elise et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Nandá	Beta-296113	1640	40	270 - 550 calAD	1680 - 1400 calBP	González-Ruibal et al. 2013a
GUINEA EC.	Nandá	Beta-296114	1570	40	370 - 570 calAD	1580 - 1380 calBP	Sánchez-Elise et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Nandá	Beta-264859	1560	40	380 - 580 calAD	1570 - 1370 calBP	González-Ruibal et al. 2011a
GUINEA EC.	Nandá	Beta-264858	1510	40	400 - 640 calAD	1550 - 1310 calBP	González-Ruibal et al. 2011a
GUINEA EC.	Nandá	Ua-44134	1297	30	620 - 780 calAD	1330 - 1170 calBP	Sánchez-Elise et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Nandá	Ua-44131	1296	30	620 - 780 calAD	1330 - 1170 calBP	Sánchez-Elise et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Nandá	Ua-44135	1001	30	940 - 1140 calAD	1010 - 810 calBP	Sánchez-Elise et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Nandá	Ua-44130	989	30	950 - 1150 calAD	1000 - 800 calBP	Sánchez-Elise et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Nandá	Ua-42371	962	30	970 - 1170 calAD	980 - 780 calBP	González-Ruibal et al. 2013a
GUINEA EC.	Nandá	Ua-42372	951	30	980 - 1180 calAD	970 - 770 calBP	González-Ruibal et al. 2013a
GUINEA EC.	Nandá	Ua-42373	949	30	980 - 1180 calAD	970 - 770 calBP	González-Ruibal et al. 2013a
GUINEA EC.	Nandá	Beta-296115	940	30	980 - 1180 calAD	970 - 770 calBP	González-Ruibal et al. 2013a

PAÍS	YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	Edad calibrada p(95%) [calBC/AD]	Edad calibrada p(95%) [calBP(0=AD1950)]	BIBLIOGRAFÍA
GUINEA EC.	Nandá	Ua-44137	907	30	980 - 1220 calAD	970 - 730 calBP	Sánchez-Elípe et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Ulató	CNA1574	985	30	950 - 1150 calAD	1000 - 800 calBP	Sánchez-Elípe et al. (e.p.)
GUINEA EC.	García	Ua-44138	968	30	970 - 1170 calAD	980 - 780 calBP	Sánchez-Elípe et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Carboneras	CSIC-102	1390	50	550 - 710 calAD	1400 - 1240 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	Beta-25581	1370	60	530 - 770 calAD	1420 - 1180 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	CSIC-103	1360	50	560 - 760 calAD	1390 - 1190 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	CSIC-100	1300	50	610 - 810 calAD	1340 - 1140 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	CSIC-139	1290	50	620 - 820 calAD	1330 - 1130 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	Beta-25545	1280	50	610 - 850 calAD	1340 - 1100 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	SR-18	1270	100	560 - 960 calAD	1390 - 990 calBP	Fagan 1967, Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	CSIC-99	1250	50	620 - 900 calAD	1330 - 1050 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	CSIC-96	1170	50	710 - 990 calAD	1240 - 960 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	Beta-25544	1110	60	760 - 1040 calAD	1190 - 910 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	CSIC-97	470	50	1350 - 1510 calAD	600 - 440 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Carboneras	CSIC-101	1480	50	460 - 660 calAD	1490 - 1290 calBP	Sánchez-Elípe et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Carboneras	CSIC-98	1450	50	510 - 670 calAD	1440 - 1280 calBP	Sánchez-Elípe et al. (e.p.)
GUINEA EC.	Bolaopí	SR-104	930	100	910 - 1270 calAD	1040 - 680 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Bolaopí	SR-105	630	100	1210 - 1450 calAD	740 - 500 calBP	Clist 1998
GUINEA EC.	Akom	Gif-8610	760	40	1180 - 1300 calAD	770 - 650 calBP	Clist 1992, 1998

PAÍS	YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	Edad calibrada p(95%) [calBC/AD]	Edad calibrada p(95%) [calBP(0=AD1950)]	BIBLIOGRAFÍA
GUINEA EC.	Ayene	Beta-17062	620	60	1230 - 1430 calAD	720 - 520 calBP	Clist 1998
GABÓN	Oveng 1	Gif-8151	2210	40	430 - 150 calBC	2380 - 2100 calBP	Clist 1995
GABÓN	Oveng 1	Beta-14832	1970	70	150 calBC - 170 calAD	2100 - 1780 calBP	Clist 1995
GABÓN	Kango 5	Lv-1519	1900	70	60 calBC - 260 calAD	2010 - 1690 calBP	Clist 1995
GABÓN	Oveng 1	Arc-343	1900	50	20 calBC - 220 calAD	1970 - 1730 calBP	Clist 1995
GABÓN	Remboué 3	Beta-53552	1750	70	80 - 440 calAD	1870 - 1510 calBP	Clist 1995
GABÓN	Oveng 1	Beta-14833	1740	60	120 - 440 calAD	1830 - 1510 calBP	Clist 1995
GABÓN	Kafelé 2	Gif-6905	1670	80	140 - 580 calAD	1810 - 1370 calBP	Clist 1995
GABÓN	Oveng 1	Gif-6424	1650	70	190 - 590 calAD	1760 - 1360 calBP	Clist 1995
GABÓN	Remboué 1	Beta-53554	1650	50	230 - 550 calAD	1720 - 1400 calBP	Clist 1995
GABÓN	Remboué 11	Beta-54220	1360	70	530 - 810 calAD	1420 - 1140 calBP	Clist 1995
GABÓN	Malékou	Beta-20784	1290	140	470 - 1030 calAD	1480 - 920 calBP	Clist 1995
GABÓN	Sablières	Gif-6426	1150	60	700 - 1020 calAD	1250 - 930 calBP	Clist 1995
GABÓN	Angondjé	Beta-74283	930	50	970 - 1210 calAD	980 - 740 calBP	Clist 1995
GABÓN	Charbonnages	Hv-13432	850	60	980 - 1300 calAD	970 - 650 calBP	Clist 1995
GABÓN	Kango 2	Lv-1517	800	60	1100 - 1300 calAD	850 - 650 calBP	Clist 1995
GABÓN	Angondjé	Beta-74282	740	50	1170 - 1330 calAD	780 - 620 calBP	Clist 1995
GABÓN	Nkol Ogoum	Lv-1518	710	50	1170 - 1410 calAD	780 - 540 calBP	Clist 1995
GABÓN	Remboué 15	Beta-54221	670	50	1220 - 1420 calAD	730 - 530 calBP	Clist 1995

PAÍS	YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	Edad calibrada p(95%) [calBC/AD]	Edad calibrada p(95%) [calBP(0=AD1950)]	BIBLIOGRAFÍA
GABÓN	Charbonnages	Hv-13430	565	50	1250 - 1450 calAD	700 - 500 calBP	Clist 1995
GABÓN	Okala 1	Beta-20787	560	50	1250 - 1450 calAD	700 - 500 calBP	Clist 1995
GABÓN	Okala 1	Gif-8152	440	50	1340 - 1620 calAD	610 - 330 calBP	Clist 1995
CAMERÚN	Akonétye	KIA-27026	1692	29	230 - 430 calAD	1720 - 1520	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Akonétye	KIA-31781	1787	17	170 - 290 calAD	1780 - 1660	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Akonétye	KIA-27032	1771	30	150 - 350 calAD	1800 - 1600	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Akonétye	KIA-31779	1814	23	100 - 260 calAD	1850 - 1690	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Akonétye	KIA-31780	1801	24	110 - 270 calAD	1840 - 1680	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Akonétye	KIA-27031/1	2429	30	830 - 310 calBC	2780 - 2260	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Akonétye	KIA-27031/2	1982	50	100 calBC - 100 calAD	2050 - 1850	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo	KIA-33074	11211	45	11310 - 11070 calBC	13260 - 13020	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo	KIA-33075	1713	25	210 - 410 calAD	1740 - 1540	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo	KIA-33076	1796	24	100 - 300 calAD	1850 - 1650	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo	KIA-33077	1742	26	210 - 370 calAD	1740 - 1580	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo	KIA-33078	1705	25	220 - 420 calAD	1720 - 1530	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo	KIA-33068	1729	26	200 - 400 calAD	1750 - 1550	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo	KIA-33069	1714	23	210 - 410 calAD	1740 - 1540	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo	KIA-33070	1901	24	30 - 150 calAD	1920 - 1800	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo	KIA-33071	1988	28	80 calBC - 80 calAD	2030 - 1870	Meister y Eggert 2008

PAÍS	YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	Edad calibrada p(95%) [calBC/AD]	Edad calibrada p(95%) [calBP(0=AD1950)]	BIBLIOGRAFÍA
CAMERÚN	Campo	KIA-33072	1184	22	740 - 900 calAD	1210 - 1050	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo	KIA-33073	1847	22	80 - 240 calAD	1870 - 1710	Meister y Eggert 2008
CAMERÚN	Campo Eglise	Beta-156385	1830	70	0 - 360 calAD	1950 - 1590	Meister 2010: 241
CAMERÚN	Mouanko-Lobethal	KIA-12949	1888	29	20 - 180 calAD	1930 - 1770	Meister 2010: 241
CAMERÚN	Mouanko-Lobethal	ERL-12264	1960	39	60 calBC - 100 calAD	2010 - 1850	Meister 2010: 241
CAMERÚN	Mouanko-Epolo	KIA-8457	1783	33	110 - 350 calAD	1840 - 1600	Meister 2010: 241
CAMERÚN	Mouanko-Epolo	KIA-8458	3860	29	2500 - 2220 calBC	4450 - 4170	Meister 2010: 241
CAMERÚN	Mpoengu	Beta-233400	1520	40	390 - 630 calAD	1560 - 1320	Meister 2010: 241
CONGO	Tandou-Youmbi	Tx-6183	2110	60	370 calBC - 30 calAD	2320 - 1920 calBP	Denbow 2012
CONGO	BP113	Tx-7016	2060	60	250 calBC - 70 calAD	2200 - 1880 calBP	Denbow 2012
CONGO	BP113	Tx-7729	1930	50	60 calBC - 180 calAD	2010 - 1770 calBP	Denbow 2012
CONGO	BP113	Tx-7728	1940	50	70 calBC - 170 calAD	2020 - 1780 calBP	Denbow 2012
CONGO	BP113	Tx-7730	1930	50	60 calBC - 180 calAD	2010 - 1770 calBP	Denbow 2012
CONGO	BP113	Tx-7014	1820	60	30 - 350 calAD	1920 - 1600 calBP	Denbow 2012
CONGO	BP113	Tx-7727	1640	70	200 - 600 calAD	1750 - 1350 calBP	Denbow 2012
CONGO	Madingo-Kayes	Tx-5958	1810	60	40 - 360 calAD	1910 - 1590 calBP	Denbow 2012
CONGO	Madingo-Kayes	Tx-5957	1720	80	120 - 480 calAD	1830 - 1470 calBP	Denbow 2012
CONGO	Meningue	Tx-6189	1740	70	100 - 460 calAD	1850 - 1490 calBP	Denbow 2012
CONGO	Fignou 4	Tx-7362	1730	70	130 - 450 calAD	1820 - 1500 calBP	Denbow 2012

PAÍS	YACIMIENTO	CÓDIGO	FECHA BP	DESV.	Edad calibrada p(95%) [calBC/AD]	Edad calibrada p(95%) [calBP(0=AD1950)]	BIBLIOGRAFÍA
CONGO	Fignou 4	Tx-7363	1790	70	40 - 400 calAD	1910 - 1550 calBP	Denbow 2012
CONGO	Kayes	Tx-6690	2310	70	610 - 130 calBC	2560 - 2080 calBP	Denbow 2012
CONGO	Kayes	Tx-6689	1550	80	330 - 650 calAD	1620 - 1300 calBP	Denbow 2012
CONGO	Kayes	Tx-6692	1440	60	490 - 690 calAD	1460 - 1260 calBP	Denbow 2012
CONGO	Kayes	Tx-6691	1720	70	140 - 460 calAD	1810 - 1490 calBP	Denbow 2012
CONGO	Fignou 1	Tx-7364	1410	100	410 - 810 calAD	1540 - 1140 calBP	Denbow 2012
CONGO	Tchitembo	Tx-6751	1420	80	460 - 740 calAD	1490 - 1210 calBP	Denbow 2012
CONGO	Lac Ndembo	Beta-292442	1610	40	330 - 570 calAD	1620 - 1380 calBP	Denbow 2012
CONGO	Lac Ndembo	Beta-292440	1340	30	610 - 730 calAD	1340 - 1220 calBP	Denbow 2012
CONGO	Lac Ndembo	Beta-292441	1250	30	640 - 840 calAD	1310 - 1110 calBP	Denbow 2012
CONGO	Condé	Tx-7019	810	70	1030 - 1310 calAD	920 - 640 calBP	Denbow 2012
CONGO	Loubanzi	Tx-7017	420	50	1340 - 1660 calAD	610 - 290 calBP	Denbow 2012

DEPO	OT	OF	NA	CIRC-	CIRC+	OVA-	OVA+	CERAM-	CERAM+	CERAM0	CERAMOVE	BIKA	BIKB	BIKC	BIKD	BIK+	BIK-	BIK0	HACHAA	HACHAB	CUCHIA	CUCHIB	CUCHIC	PLAN	HOZCUCU	CUCHA	COLLA	COLLB	COLLC	BRTBA	BRTBB	ANIA	ANIB	CAMP	FICHA
DE.1																																			
DE.2a/b																																			
DE.2c/d																																			
DE.3																																			
DE.4																																			
DE.5																																			
DE.6																																			
DE.7																																			
DE.8																																			
DE.9																																			
DE.10																																			
DE.11																																			
DE.12																																			
DE.14																																			
DE.15																																			
DE.16																																			
DE.17																																			
DE.18																																			
DE.19																																			
DE.20																																			
DE.21																																			
DE.22																																			
DE.23																																			
DE.24																																			
DE.25																																			
DE.26																																			
DE.27																																			
DE.28																																			
DE.29																																			
DE.30																																			
DE.31																																			
DE.32																																			
DE.33																																			
DE.34																																			
DE.35																																			
DE.36																																			
DE.37																																			

OT Oveng Temprano
OF Oveng Final
N Nandá
DEPO Depósito
DIÁM Diámetro
EJEMAY Eje mayor
EJEMEN Eje menor
OV oval
CI circular
CERAM Cerámicas
BIK Bikuele (más tipos)
HACHA Hacha (más tipos)
CUCHI Cuchillo (más tipos)
PLAN Punta de lanza
HOZCUCU Hoces-cuchillo
CUCHA Cuchara
COLL Collares (más tipos)
BRTB Brazalete/Tobillera (más tipos)
ANI Anillos (más tipos)
CAMP Campana

